BIBLIOTECA DE FIDELIS P. DEL SOLAR

Destruccion de un libro.

El que mata un hombre mata un ser dotado de razon i creado a semejanza de Dios; pero el que destruye un libro aniquila la razon misma i la verdadera representacion de la Divinidad. Muchos hombres viven como inútiles fardos sobre la tierra; mas un buen libro es la sustancia misma de un espíritu superior, recojida con cuidado i embalsamada para sobrevivirle.

MYLTON.

Estante N.°..... *Casilla N.°*.....

SANTIAGO

VELUT ARBOR ÆVO

Presented to the

LIBRARY *of the*

UNIVERSITY OF TORONTO

by

PROFESSOR
ROBERT J. GLICKMAN

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

V.

8.228

IMPRENTA DE "EL PROGRESO" VEINTIUNO DE MAYO N.º 26

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO V.

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUERFANOS, NUM. 64 A.

MDCCCLXXXV

3.228

LIBRARY
DEC 7 1904
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
7900
R43
T. 5

PROCUREMOS FIJAR EL RUMBO.

I

Los que fundaron esta revista y, un poco mas tarde, allegaron elementos para sostenerla—parece escusada la advertencia—no se propusieron realizar un negocio.

Pero si no eran bastante candorosos para cifrar espectativas de lucro en una obra como la que acometían, no eran tampoco suficientemente ricos para tomar sobre sí—a pesar de su aficcion a las bellas letras—la árdua y costosa empresa de ofrecer a sus aficionados, cada quince dias, un cuaderno en blanco para que en él les presentasen públicamente sus homenajes y requiebros.

La Revista de Artes y Letras, que no fué fundada con miras estrechas ni con intenciones de propaganda, ofreció desde sus primeros números franca y cariñosa hospitalidad a los trabajos con qué algunos de los mas aplaudidos escritores nacionales tuvieron a bien honrar sus pájinas, sin que los encargados de dirijirla se creyeran autorizados a mas que a cerciorarse préviamente de que en los artículos que acojían no habia nada de ofensivo a la moral ni de contrario al decoro, ni de opuesto a los principios irreemplazables en que la familia y la sociedad se sustentan.

Con esas únicas salvedades, los directores de la *Revista*

invitaron cortesmente a entrar y han dejado hasta el día de hoy franca entrada a todos los injénios chilenos que—debemos recordarlo para agradecerlo—han acudido a la invitacion en la medida de lo posible.

Pero al adoptar ese procedimiento, del cual no están arrepentidos sino al contrario perfectamente satisfechos, y en el cual tienen el propósito de perseverar hasto el fin, no quisieron dar a entender que en materias literarias, políticas, sociales o relijiosas, carecían de ideas o se vedaban por indolencia, o por exesiva timidez, para manifestarlas, el uso de las pájinas que ponían con el mas absoluto desinteres a la disposicion del público.

Al contrario, debemos manifestar sin rodeos que, ligados los fundadores y sostenedores de la *Revista*, no solo por los vínculos de una amistad estrecha, sino tambien por los de la comunidad de las ideas, acariciaron desde el principio el pensamiento de utilizar, para exponerlas y defenderlas, las pájinas del nuevo órgano que acababan de sacar a la luz de la publicidad.

Parecióles, no solo lícito, sino tamhien en sumo grado conveniente, que en la especie de tertulia literaria y científica que abrian a los hombres estudiosos y en la cual todos usaban de la libertad de exponer sus miras e ideas, los dueños de casa, sin pretensiones, con llaneza y usando del mismo derecho que concedían a los demas, expusieran tambien las suyas.

Este pensamiento, que no era ciertamente una novedad, como que es sabido apenas hai revista literaria, artística, o relijiosa en el mundo que no tenga una seccion destinada a expresar el juicio de sus directores sobre los problemas que se debatan o los sucesos que ocurran, no ha podido realizarse, sin embargo, en el tiempo que esta publicacion lleva ya de vida, por diferentes motivos y circunstancias cuya explicacion, por innecesaria y en obsequio de la brevedad, omitiremos.

Afortunadamente, vencidos por la buena voluntad de los Directores, los mas poderos obtáculos que se oponían a la realización del antiguo y bien madurado propósito, cábenos la honra y satisfaccion de dar principio a la obra, en este número, que será el primero del quinto volúmen de la *Revista de Artes y Letras.*

II

No serán, a pesar de lo expuesto, a semejanza de los editoriales de los diario políticos, los artículos que en esta seccion hemos de publicar. Bien pueden ellos, como que salen a luz todos los dias, seguir paso a paso el desarrollo de los acontecimientos, ya para apreciarlos, ya solo para referirlos a los lectores. Pero eso que es fácil para el diario, es de todo punto imposible para una publicacion de carácter literario y quincenal como la nuestra. Lo que haremos será lo único que nos es dable y lo único tambien que cuadra con los propósitos de los fundadores de esta publicacion.

En una seccion especial, los directores de la *Revista de Artes y Letras*, aprovechando las oportunidades que se presenten y elijiendo con absoluta libertad sus temas, expondrán, en asuntos literarios, sociales, económicos, políticos y relijiosos, los principios y doctrinas que estimen verdaderos, haciendo tambien, sobre los acontecimientos que en esos diversos órdenes ocurran, las apreciaciones que juzguen útiles y oportunas.

En la realizacion de la insinuada labor—apénas parecerá necesario advertirlo—los directores de la *Revista* se impondrán como norma constante, no solo en la forma sino tambien en el fondo, la moderacion y la templanza. La franqueza y hasta la enerjía con que sostendrán sus ideas no será parte a hacerles olvidar por un momento las con-

sideraciones que se deben a las personas, Todo lo respetable será escrupulosamente respetado. ¿Ni cómo habríamos de echar en olvido, por un solo momento, ese deber de los que escriben para el público, cuando para hacerlo faltarían hasta los pretextos que en disculpa de sus intemperancias de polémica pueden alegar los diaristas? En la elevada rejion de los principios, donde tienen su asiento las ideas y donde las doctrinas pe[illegible] sus batallas, solo por acaso y accidentalmente mue[illegible] [illegible] implacable interes sus garras y hacen las pasiones [illegible] desastrosas correrías.

Repitámoslo, pues, para que quede aquí escrito como un solemne compromiso: no solo las personas, sino todo lo respetable será de nosotros escrupulosamente respetado.

III

Previas las anteriores declaraciones, y ya que nos ha cabido la honra de ser los primeros llamados a traer a esta nueva seccion de la *Revista de Artes y Letras* nuestras ofrendas, quisiéramos, aunque fuese en breves conceptos, dar a conocer a los lectores el rumbo de nuestros trabajos, la norma de nuestra conducta, el criterio a que obedecerán nuestras apreciaciones y el ideal qne procuraremos realízar en cuanto de nosstros dependa. Impedidos, sinembargo, por la falta de tiempo para dar a un tan vasto programa los desenvolvimientos que comporta, nos limitaremos en este primer artículo a señalar, solo en lo tocante a los problemas políticos, cuáles han de ser el objetivo de nuestros esfuerzos y el criterio a que habrán de sujetarse nuestras apreciaciones.

Creados los hombres iguales, libres y dueños de sus fuerzas y facultades por el supremo Hacedor, tienen el derecho y el deber de trabajar en desenvolverlas y per-

feccionarlas, buscando con incesante afan la luz de la verdad, el esplendor de lo bello, la alteza de la virtud.

El progreso en todos sentidos es el resultado del cumplimiento de esta triple obligacion. Progresar es para las sociedades humanas ir paulatinamente ganando en libertad y en poder. A medida que los siglos pasan va el hombre siendo ménos siervo de las fuerzas ciegas de la naturaleza y obligando a la materia a que le sirva con mayor docilidad y eficacia. Por lo cual dijo sentenciosamente un publicista: "El progreso está en razon inversa del imperio del hombre sobre el hombre y en razon directa del imperio del hombre sobre la naturaleza."

Para ir adelante por la vía de su perfeccionamiento, necesita la sociedad, o con mas exactitud, necesitan los individuos, irse emancipando de las fuerzas brutas de la naturaleza, mediante el conocimiento de las leyes que rijen la materia, e ir reduciendo a sus justos límites la tiranía de los gobiernos, mediante el estudio de las ciencias políticas y sociales.

Nada mas profundo que aquella sentencia evanjélica: *Veritas liberabit vos*: la verdad os hará libres.

En efecto, mientras la naturaleza fué para la humanidad como un libro sellado, los hombres sujetos a todas las fatalidades de la materia, fueron poco mas que acémilas. Víctimas de las fuerzas naturales, ellos hacían lo que hoy hacen las bestias de carga, las máquinas, las herramientas perfeccionadas, la electricidad, el vapor, y los mil ajentes que con la ciencia han descubierto y que con el arte han obligado a servirles y reemplazarles en las mas penosas tareas. El conocimiento de las leyes que rijen la materia lo ha hecho en realidad rey y señor del universo.

No de otra suerte, si ha de ser libre alguna vez, conquistará el hombre su libertad política. Solo en el conocimiento de los verdaderos principios de gobierno encontrará el camino de la emancipacion y la fortaleza y constan-

cia indispensables para derrotar definitivamente a los tiranos. De otra suerte y mientras insista en lanzarse a la lucha sin mas consejeros que sus sentimientos y sin otro incentivo que el del odio a los tiranos, sus victorias serán de dias y, aun las mas decisivas al parecer, no tardarán en resolverse en desengaños.

Hay, en resúmen, que tener fijos los ojos en algun ideal, aunque lejano, para no desandar un dia lo andado el precedente, y poder, cuando lleguemos al fin de la vida, consolarnos de no haber podido tocarlo, con la idea de haber contribuido en algo siquiera a acortar la distancia inmensa que de él nos separaba.

IV

Esos ideales brillan como estrellas polares sobre todos los horizontes de la actividad humana. Hay un ideal de santidad para los que caminan por los ásperos senderos de la virtud, sedientos de obtener su perfeccionamiento moral; hai un ideal económico a cuya luz trabajan los que en el campo fecundo de la ciencia económica se afanan por descubrir las leyes de la produccion y de la circulacion de la riqueza, deseosos de obtener para los pueblos la mas fácil y abundante satisfaccion de sus necesidades con el menor esfuerzo posible; hay en fin—para no prolongar demasiado esta enumeracion—un ideal para los que, luchando a brazo partido con el despotismo, enamorados de la libertad política, prefieren vivir sirviéndola entre los nobles vencidos de la violencia o del fraude a vivir triunfantes entre los interesados cortesanos del poder y viles adoradores del éxito.

De esos y otros ideales hemos procurado formarnos concepto y acaso, andando el tiempo, sobre cada uno de ellos se nos ofrezca oportunidad de declarar nuestro pensa-

miento. Pero ya que no podemos hoy señalarlos, tales cuales los descubrimos separadamente a los lectores, diremos en breves líneas lo que sobre el político se nos alcanza.

De conformidad con las ideas que algunos colaboradores de esta *Revista* han emitido sobre el oríjen, naturaleza, límites y objeto del Gobierno y de sus facultades, creemos que no incumbe al lejislador la realizacion de ninguno de los aludidos ideales; o sea, que la autoridad política no ha sido constituida para llevar a los hombres como de la mano a las alturas de la santidad, ni a los palacios encantados de la dicha, ni a la esplendorosa morada de la ciencia. No tiene para nada de eso, ni mision, ni poder, ni aptitudes. No puede, como lo tiene probado la experiencia, poner mano sobre esas luces sin apagarlas, ni sobre esas flores sin ajarlas, ni sobre esos frutos sin volverlos ácedos y dañinos. Porque la jurisdiccion le falta, cada vez que en la consecucion de esos objetos se entromete, se hace reo de usurpacion y de injusticia; porque para ello no tiene competencia, acontécele casi siempre que los resultados que obtiene son diametralmente contrarios a los que persigue.

La omnipotencia del Estado es, por otra parte, causa de que los hombres y bandos políticos mantengan contra el Gobierno guerra permanente e implacable. A medida que el poder crece, crece tambien el rabioso anhelo de conquistarlo para esplotarlo en pro de las pasiones, de los intereses y de las ideas que de mas cerca nos tocan y dominan.

Pero triunfe quien triunfe y vuelva hácia donde quiera el triunfador sus manos protectoras, como no tiene competencia para discernir lo bueno de lo malo ni lo verdadero de lo falso, ni lo bello de lo deforme, y como, aunque la tuviese, nadie ha podido darle facultad ni tiene facultad, por lo tanto, para imponer por la fuerza lo que él reputa bueno, verdadero o bello, a los individuos o grupos que entienden

las cosas de otro modo, la accion de aquél, caso de obrar así, sería necesariamente arbitraria, opresora y tiránica.

Por consiguiente, si colocado el hombre en presencia de Dios, no puede ser libre para violar sus leyes ni reclamar como un derecho la libertad de los actos, de las palabras, y aun de los pensamientos, si es exacto que delante de Dios ni el error ni el vicio tienen derechos, enfrente del Gobierno y en el órden político, es otra cosa muy diversa. En efecto, en ese órden puede el individuo, aunque esté en el error y aunque peque ante Dios, reclamar sus derechos civiles, gozar de las garantías comunes y ejercer sus facultades políticas.

Y el Estado debe detenerse en la línea de las fronteras trazadas por el mandato del cual deriva sus poderes, absteniéndose de salvarlas, no en obsequio del error o del vicio, sino en razon de su incompetencia.

¡Ni con qué razon o expectativa, los que perseguimos un ideal relijioso, económico, literario, etc, habíamos de pedir al Gobierno que tomase sobre sí el empeño de realizarlo, cuando la historia nos enseña que cada vez que ha llevado su intervencion a esos terrenos no ha sido sino para sembrarlos de abrojos y regarlos con lágrimas y sangre de los buenos?

V

En nombre, pues, de la ciencia, y en obsequio del progreso humano de los individuos, como hombres políticos, no perseguimos otro ideal que la libertad por medio de la reduccion de las facultades del Gobierno.

La pedimos, no como otros, para buscar, especialmente en materias relijiosas, la verdad; sino para defenderla y propagarla cumpliendo así con los deberes que nuestras crencias nos inmponen.

La pedimos entera y sola, no porque miremos con indiferencia la consecucion de otros ideales, sino, al reves, porque, deseosos de consagrarles nuestros esfuerzos, rechazamos como inútil, como dañosa y como esterilizadora y mortífera, la intervencion del Estado.

Así, puestos en presencia de él, y en medio de la grita ensordecedora de los pedigüeños que reclaman para sus doctrinas, programas, intereses y amigos, la intervencion, la fuerza, los favores, los privilejios y monopolios del Estado Omnipotente, nosotros, como uno de los diarios que se publican en Valparaiso, en el programa de su primer número, y como uno de los mas ilustrados miembros de la oposision conservadora de la Cámara de Diputados en la interpelacion que, por los abusos cometidos en la pasada contienda electoral, dirijió al Ministerio, formulamos nuestro pensamiento político diciendo que pediremos a los que gobiernen, siempre y sean ellos quienes sean, *la libertad, toda la libertad y nada mas que la libertad.*

La libertad, porque es un don de Dios que nos pertenece y que, en cuanto es compatible con la libertad ajena, ni los gobiernos ni las mayorías tienen derecho de arrebatarnos.

Toda la libertad, porque es indivisible: porque implicitamente la niega quien la cercena aunque sea en un ápice, y porque de ella en toda su amplitud necesitamos para hacer el bien, para cumplir con el deber, para propagar la verdad y para vencer el error.

Nada mas que la libertad, porque con ella el triunfo de la verdad quedaría asegurado; porque con la libertad nos bastaría; porque, supuesta la actual organizacion de las sociedades, pedir mas para nosotros no traería en la práctica otro resultado que dar pretexto a los gobiernos para darnos la parte angosta del embudo, ofreciendo la parte ancha a los propagandistas del error y a los esbirros de la tiranía. *Nada mas que la libertad*, porque si a títu-

lo de estar en la verdad o de practicar el bien, pidiésemos mas que ella para nosotros ¿cómo podríamos impedir que, viéndose arriba nuestros adversarios e invocando en favor de sus doctrinas las mismas teorías, nos colocasen en una situacion de irritante inferioridad? ¿O se cree que habian de ser bastante humildes, viéndose con la fuerza, para confesar que estaban ellos en el error y para poner, obrando en consecuencia, los elementos de la autoridad al servicio de nuestras ideas con perjuicio y mengua de las suyas?

No seríamos nosotros quienes espusiéramos nuestros derechos de ciudadanos y el porvenir de nuestras ideas a un juego tan peligroso, ni quienes diéramos a nuestros adversarios para oprimirnos un pretexto tan cómodo.

Por eso, sin hacer la mas mínima concesion al error ni al vicio en el terreno de la moral, nos abstendremos cuidadosamente de pedir al Gobierno que nos dé para combatirlos lo que en la organizacion actual de las sociedades, ni querría ni podría darnos aunque quisiera: lo que para mantener la lucha y ganar al fin la victoria, no conceptuamos necesario.

Tal es la formula de nuestras aspiraciones politicas: tal el criterio que aplicaremos a las medidas o actos que en ese órden suministren materia a nuestras apreciaciones: tal la norma en fin, a que procuraremos ajustar nuestra conducta.

ORIJEN DEL ARTE RELIJIOSO ENTRE LOS GRIEGOS (*)

Cada relijion consta de dos elementos: del *dogma*, éste es, la idea jeneral del pueblo sobre el mundo y sobre lo hombre, y del *culto*, la manifestacion esterior de la creencia. Así como la poesía fué la forma espontánea del dogma helénico, el culto relijioso de esta nacion encontró su espresion natural en los otros ramos del arte, y principalmente en la escultura. En las fases consecutivas de la civilizacion griega puede conocerse el desenvolvimiento paralelo del culto y del arte, lo mismo que el de la poesía y del dogma. En efecto, la historia de esta civilizacion es inseparable de la del politeismo, cuya naturaleza esplica únicamente tanto la vida intelectual de la Grecia, como su moral política, en razon de que la moral no es sino la aplicacion del ideal relijioso a la vida social, y se relaciona con el dogma como un efecto a su causa.

Segun las leyes de la lójica, el dogma antecede al culto; la palabra es la primera creacion del hombre, y la poesía es la primera forma del arte. La historia no admite ilimitadamente esta sucesion, pues la vida, considerada en sentido intelectual y moral, es, como la física, compuesta, y los elementos de que se compone, no aparecen nunca aislados. Ninguna creencia puede existir, sin que se manifieste inmediatamente por signos exteriores; la palabra es inseparable de la mímica, y la palabra rítmica, esto es,

(*) Damos cabida gustosos en nuestra publicación á este interesante estudio, debido á la amabilidad del autor á quien damos las gracias.

Los Editores.

la poesía, la cual en su oríjen se auna a la música, es inseparable de la mímica acompañada del ritmo, de cuya union nace el arte coreográfico, el baile. Las artes plásticas, que suponen el uso de una materia esterior, no pueden aparecer sino posteriormente, cuando el hombre, libre del dominio de las fuerzas esteriores, se aprovecha del servicio de la naturaleza, no tan solo referente a la satisfaccion de sus necesidades, sino a la espresion de sus pensamientos. Esta aparicion posterior de las artes plásticas permite sacar conclusiones acerca del oríjen de ellas sin recurrir absolutamente al tiempo prehistórico. Pero, si queremos formarnos una idea concerniente al culto orijinario en la Grecia, nos vemos reducidos, a causa de la falta de documentos literarios ántes de los cantos de Homero, tan solo a conjeturas. No obstante, estas conjeturas pueden fundarse en comparaciones de los griegos y de otros pueblos de la misma familia con los Vedas, que contribuyen a comprender los mitos mas antiguos de los griegos, a veces, pueden dejar adivinar las formas antiquísimas del culto helénico. Aun existen caractéres jenerales, comunes a todas las relijiones primitivas. Por lo tocante a este órden fundamental de caractéres, baste hacer mencion, a la lijera, de algunas manifestaciones que, en oríjen, ofrecen las propiedades especiales del culto entre los griegos.

La relijion ocupa un lugar tan estenso en las civilizaciones nacientes que se puede discernir en él, apénas, el culto de los actos mas ordinarios de la vida. La existencia del hombre no se ha separado aun de la naturaleza; los poderes esteriores la rodean y la penetran; el hombre los siente dentro y fuera de sí; los vé, los oye, los respira; cada movimiento, cada impresion lo llena con una vida divina.

Semejante carácter profundamente relijioso de la juventud de los pueblos se comprende con mucha dificultad en una civilizacion adelantada. Es una exajeracion si se toma, como sucede a menudo, este sentimiento interior de la vida universal por un grosero materialismo, y los testimonios, precisamente respetables en su sencillez, de esta veneracion de las causas desconocidas, aquellas manifestaciones vivas y claras de la relijion jenuina de los primeros tiempos, por un absurdo fetichismo. Este, sin embargo, trayendo su oríjen de otras ideas, solo apareció posterior-

mente, bajo formas estrañas al culto orijinario, entre diversos pueblos, no solamente salvajes.

La idea relijiosa que se desenvuelve propiamente en presencia de la naturaleza, se dá a conocer en el cambio de alegría y de temor, el cual caracteriza el gran asombro de la niñez; es al mismo tiempo una gratitud ilimitada por el inmenso beneficio de la vida, y la inquietud secreta que la conciencia de su debilidad infunde al hombre en presencia de tanta grandeza. Pero en la predominacion de estos dos sentimientos ya se indican las cualidades primordiales de las razas; cada cual conserva la inextinguible huella de sus primeras impresiones. Se dá a conocer el depresivo terror del hombre en los desiertos arenosos, donde la fuerza reinante de tempestades con su destructora violencia llena la monótona soledad. A diferencia, no es el temor que ha creado los dioses de la Grecia.

Para este pueblo dichoso, nacido bajo un cielo benigno, en un suelo dotado abundantemente de manantiales, rios y lagos, de montes y valles, de bosques y campiñas, templados por el aire marítimo, el primer despertar, por decirlo así, fué un regocijo, la primera palabra, un himno. Los arios de la India, estos hermanos mayores de Grecia, han conservado en sus himnos un eco de esta alegre admiracion del maravilloso espectáculo de la primera aurora. Eran los rebosamientos permanentes del corazon, acentos siempre nuevos de una alegría comparable al gozo del niño que juega al sol, alegrándose que vive, tendiendo la mano a todos los tesoros que le rodean, saludando con su voz todas las magnificencias del cielo y de la tierra.

Despues de esta primera efusion del sentimiento de admiracion, la que se compara a una cancion triunfal (*Rig-Veda*), los corazones de este pueblo en su niñez tributan inagotables acciones de gracias a la tierra florida, que es su cuna; al aire vivificante, que le alimenta; a los frescos arroyos, que le dan de beber; a la luz resplandeciente, que le rodea; y no pudiendo dar otra cosa que lo que ha recibido, quiere devolver a sus bienhechores por lo ménos alguna parte de sus beneficios. Esta eucaristía primitiva, estas ofrendas de frutos y de leche, o de un líquido sagrado que los arios de la India llamaban *soma*, era la forma mas antigua del culto. La tradicion de Cain y Abel pa-

rece demostrar que entre los semitas se preferian orijinariamente los sacrificios sanguíneos al ofrecimiento de los frutos del campo; al contrario, parece haber sido distinto entre la raza indo-europea, y principalmente entre los griegos, donde el uso de sacrificios no sanguíneos, el cual era sagrado por las mas antiguas tradiciones, se ha conservado en algunos santuarios antiguos hasta el fin del politeismo. Segun Pausanias (VIII, 42) se le ofrecia en Figalia de Arcadia a Céres (Deméter), cuyo culto se estendió hasta el tiempo pelásjico, solamente frutos, panales de miel y lana. Tambien refiere Pausanias (I, 26) que delante del templo de Erecteo en Aténas estaba colocado un altar consagrado a Júpiter, (*Zeús*), sobre el cual no se sacrificaba víctima alguna, sino que encima de él solo se ponia pan de oblacion; y en otro lugar (VIII, 2) atribuye este uso a Cécrope, antepasado mitolójico de los atenienses. Segun Porfirio se conservaban en Eleusis tres mandamientos, referentes asimismo a la diosa Céres o Deméter: "Honra tus padres. Ofrece a los dioses frutos. No mates animales."

A estos testimonios positivos de la pureza del culto primitivo, se les ha opuesto algunas leyendas de víctimas humanas ofrecidas en sacrificio. Pero, si la Biblia contiene tradiciones del mismo jenero, sin que se pueda imputar a la relijion de los judíos un uso comparable al que ha deshonrado la relijion de los fenicios y de otras naciones bárbaras, todo lo que sabemos acerca de las piadosas costumbres griegas, habla aun mas decididamente contra tal estravío del sentimiento relijioso. Ningun indicio de ello se encuentra en Homero; pues, si Aquiles sacrifica prisioneros troyanos sobre el túmulo de Patroclo despues de haber alejado todos los otros jefes, este acto aparece como el impulso de cólera desaforada, que el poeta condena evidentemente. En la leyenda de Ifijenia, que es una invencion de poetas posteriores, Diana (*Artemís*) sustituye una cierva a la doncella, así como se sustituye un morueco a Isaac en el sacrificio de Abrahan. El castigo de Licaon y de Tántalo demuestra igualmente que las divinidades de la Grecia reprobaban estos sacrificios impíos, que se usaban entre los bárbaros. Hasta el sacrificar animales debe haber causado orijinariamente

una profunda aversion, lo que prueba una ceremonia mencionada por Pausanias (I, 24 y 28).

Es probable que, cuando los frutos y la leche ya no bastaban a los hombres como alimento, se ofrecian a los dioses las víctimas para aplacar los escrúpulos que se tenia con motivo de matarlas. A juzgar por Homero, no se mataba ningun animal sin haberlo consagrado a los inmortales; pero estos se contentaban con las primicias; los que presenciaban el acto, repartian lo demas entre sí. Cualesquiera que sea el cambio de ideas civilizadoras, y a pesar del escarnio de la filosofia desde los tiempos antiguos, no hai nada mas respetable que aquella costumbre piadosa de ofrecer a los dioses una parte del alimento del hombre; es la jenuina gratitud del niño, que se manifiesta en la voluntad de hacer gustar al que le da fruta, o semejantes cosas, algo de lo recibido. Los festines, siempre consagrados por el sacrificio son llamados divinos por Hesíodo. Así como los reyes honran a sus súbditos, sentándose con ellos a la mesa, del mismo modo santificaban los dioses por su invisible presencia la comida del hombre; se encomendaba a la llama ofrecerles parte de ella, y el humo del sacrificio se elevaba hácia el cielo. Ciertas espresiones, que se han conservado en las relijiones modernas, recuerdan este uso, así como nuestros brindis recuerdan las libaciones; pero se debe olvidar por un momento lo vulgar y ordinario que tienen nuestras comidas para comprender los sentimientos relijiosos, que llenaban al hombre cada vez que pensaba en la renovacion cotidiana de la vida por el alimento.

Las tradiciones poéticas han conservado el recuerdo de la edad de oro; cuando el hombre se sentaba a la mesa de los dioses. Homero *(Od.* VII, 201–203*)* pone en boca de Alcínoo las palabras:

"Visibles nos aparecen siempre los inmortales, cuando los honramos con sacrificios y sagradas hecatombes; están sentados a nuestro lado, participando de nuestros festines."

En la descripcion del banquete de los Feacios se nota un reflejo de la alegría relijiosa que animaba los agapes de la comunion primitiva. Nada aparece mas sencillo ni mas moderado que aquel banquete hospitalario, pero va acompañado de música y de himnos; concluye por ejercicios

fuerza y habilidad, a los cuales se une la danza. Laodamas, hijo de Alcínoo, dirije a Ulises las palabras (*Od.* VIII, 145): "Ven tambien con nosotros, digno estranjero, a ensayarte en nuestros juegos, si es que conoces alguno; pues parece que eres diestro en todos los ejercicios... Ven, pues, a ensayarte con nosotros y destierra la inquietud de tu corazon."

Los griegos creian no poder ofrecer a los dioses ningun espectáculo mas agradable que la alegría del hombre y el libre desarrollo de las nobles facultades que éste ha recibido de ellos.

El mismo carácter se nota en el culto fúnebre, que forma una parte mui importante en el politeismo. Con el objeto de honrar a los héroes, se celebraban alrededor de su hoguera juegos de que se alegraban en la vida. El canto XXIII de la Ilíada contiene una descripcion de los juegos funerales que se destinaron a la sepultura de Patroclo. Aun parece que este nombre no es sino la personificacion de los honores tributados a los antepasados; esta es la significacion de su nombre· se sabe ademas que la tendencia de revestir las ideas de formas corpóreas es un rasgo del espíritu poético de los griegos; así, *Linos* aparece como la personificacion del canto fúnebre; *Dédalo* como la de la industria y del arte.

Del mismo modo, aquel leal amigo, Patroclo, es el compañero inseparable en la desgracia; en el combate, la *gloria de los padres* (*patrôn kleos*). El pensamiento de vengar la muerte, infundiendo esfuerzo y valentía, lleva por consecuencia el olvido de la funesta rencilla de los héroes, los hace salir de su desidia, y los conduce envalentonados e irresistibles al combate sanguinario. Despues de salidos vencedores, la grandiosa solemnidad fúnebre en torno de la enorme hoguera, la lucha, las carreras de carruajes, así como los espléndidos premios, han de eternizar el recuerdo a los amigos, cuya muerte se llora, pero con la idea de unirse a ellos nuevamente; pues la urna mortuoria queda abierta; las cenizas de los vivientes se mezclarán tarde o temprano con las suyas; su alma espera la reunion en la morada del *invisible* (*Hades*). En la descripcion de los juegos fúnebres en honor de Patroclo, el poeta recuerda incidentalmente algunos célebres juegos de este jénero des-

tinados a antiguos héroes, como los de Edipo. La Odisea contiene un bellísimo cuadro de los juegos funerales cerca del sepulcro de Aquiles.

Los cantos de las Musas en honor de Aquiles recuerdan el certámen poético que se abrió en los funerales de Anfidamas, y al cual alude Hesíodo (en los *Trabajos y Dias*, v. 654). La música y poesía contribuian, lo mismo que la lucha y, en jeneral, los ejercicios del cuerpo, a estas ceremonias relijiosas. Hesíodo habla del trípode que fué el premio de su victoria, el cual consagró a las Musas del Helicon. Una tradicion posterior llama a Homero como competidor de Hesíodo en este certámen poético; pero no indica el nombre de su rival. En un fragmento atribuídole dice que Homero y él cantaban himnos a Apolo con ocasion de las fiestas en Delos. El himno de uno de los homéridas dedicado a Apolo habla de estas fiestas celebradas por los jonios, y de las competencias de pujilato, de danza y de canto en union a ellas.

El conjunto de los caractéres principales designados anteriormente, en virtud del testimonio de autores antiguos, comprende en jérmen todo lo que constituye en lo sucesivo las fiestas relijiosas: las primeras formas del arte, la música y poesía, la jimnástica y el baile caracterizan desde el oríjen entre los griegos el culto de los dioses y el de los muertos. Aun la oracion fúnebre, que posteriormente es un ornamento de la elocuencia griega, tiene su modelo en los discursos que se pronuncian en la Ilíada cerca del cadáver de Héctor en el palacio de Príamo.

Despues del canto y baile nació la arquitectura. Durante el tiempo que los griegos llevaban una vida de nómadas, no podia haber templos entre ellos; tampoco eran necesarios. Los dioses se manifestaban por todas partes en la naturaleza, y el hombre sentia su presencia. Vivian con él en los campos, donde apacentaba su ganado, en los bosques que le abrigaban con su sombra, en las grutas, donde buscaba su amparo contra la intemperie del aire; y estas primeras habitaciones de los hombres permanecian sagradas para las jeneraciones posteriores como las mas antiguas moradas de los inmortales. Las cimas de los montes, las alturas vecinas al cielo eran consagradas jeneralmente a las deidades celestes, y sobre todo a Júpiter; las grutas, de

donde manaban fuentes, eran dedicadas a las ninfas, diosas protectoras fontanales; así la gruta de las ninfas, cuya descripcion se encuentra en la Odisea (V. 57-74). Los mitos mas antiguos, que trasladan el nacimiento de los dioses al interior de cavernas, se esplican por la comparacion de la noche con una profunda caverna de donde proviene en la mañana toda la magnificencia del dia. Las florestas sagradas (*alsé*), pobladas de árboles frondosos, con sus estremecimientos misteriosos, parecen habitadas principalmente por los inmortales. Ahí nacieron los primeros santuarios, como el de Dodona, la institucion mas venerable de los pelasgos. Los primeros altares eran montones de piedras o pedazos de césped. Cuando los hombres comenzaban a determinar los límites de los campos, se construian cercas para los dioses (*temenê*, de *temno*, cortar, dividir); desde que comenzaban a edificar habitaciones sólidas, hubo tambien habitaciones (*naoi*, de *naió*, habitar) para los dioses. Segun Vitruvio, el templo griego nació de la choza; esta forma orijinaria, sagrada por la tradicion se conservó hasta el fin del politeismo. Ciertas leyes de la arquitectura relijiosa recuerdan el tiempo, cuando los dioses no tenian todavía simulacros, dando a conocer su presencia solamente por sus manifestaciones naturales. Relaciónase con ésto el uso de colocar la entrada a los templos al lado oriental, así como el de abrir una parte del techo para dejar visible el cielo, *ut videatur cœlum*, dice Varron.

Sucesivamente, sin embargo, la costumbre de tomar los templos por los domicilios sagrados de los dioses (*theôn hieroi domoi*), orijinó, como una consecuencia mui natural, la necesidad de colocar signos permanentes de su presencia. Estos signos materiales no se contemplaban como imájenes de los dioses, sino que servian simplemente para recordarlos a todo tiempo; ocupaban en los templos el lugar de los dueños invisibles de estas moradas sagradas. Así, el cetro de Agamemnon, obra de Vulcano (*Héfesto*), destinada a Júpiter, fué, aun en tiempo de Pausanias el objeto de un culto en Queronea.

Si la referida manifestacion del sentimiento relijioso hace pensar en las formas diversas del culto de los fetiches, subsiste este conexo, a no caber duda. Empero, el fetichismo, considerado principalmente en civilizaciones

inferiores, se esplica, a pesar de la preocupacion y del menosprecio acerca de él, en razon de una disposicion peculiar de la naturaleza mental del hombre. Cada idea exije una espresion, y ésta, aunque arbitraria, no es por eso ménos lejítima; asimismo representamos una idea, segun un convenio o segun un uso habitual, por una palabra; no es impropio representarla por una figura; puede decirse que es un lenguaje mudo de signos, el cual habla a la vista en lugar de hablar al oido. Pero, sea que un pensamiento se trasmita por un sonido de la voz humana o por un signo jeroglífico, siempre subsiste la misma diferencia entre el signo y el objeto significado. Nada pareció a los griegos mas sencillo que despertar la idea de una divinidad mediante una insignia caraterística, por ejemplo, la de Mercurio por un caduceo, la de Neptuno por un tridente, la de Marte o de Minerva por una lanza. Los animales simbólicos de Ejipto, los pilares de madera o las columnas de piedra, que los griegos antiquísimos consagraban en sus templos, no descubren nada que sea irrisorio, así como no despiertan irrision alguna las palabras de un idioma estranjero. La representacion mas inculta puede volverse por la consagracion, el símbolo de la idea mas elevada.

El oríjen de las columnas de Mercurio, conocidas con el nombre de Hérmas (*Hermái*), a manera de estátua, sin brazos ni piernas, y con solo cabeza de hombre por capitel, las cuales eran los primeros simulacros divinos entre los griegos, se relaciona con un uso que caracteriza mui bien la injénua caridad de los primeros siglos. Apartábanse las piedras de los caminos, se formaban con ellas montones, consagrados a Mercurio (*Hermés*), dios de los caminos y de los viajeros, venerado como mediador universal.

Sobre estos montones se dejaba algun mantenimiento o comestible, y cuando pasaba por ahí un viajero hambriento, esclamaba: *Koinos Hermés*, esto es, comun a todos es Mercurio. y se comia la dádiva, dando gracias al benigno dios por el hallazgo; y, si él mismo no tenia nada que pudiese ofrecer, al ménos llevaba una piedra al altar, donde habia reposado, lo cual contribuia, ademas, a despedregar el camino. En todas las encrucijadas, por todas partes, donde el camino se ladeaba, estaban cotos, al pié de los cuales se amontonaban poco a poco las piedras del simu-

lacro de Mercurio. Cada uno erijía tal columna a la entrada de su verjel, o de su campo con el objeto de señalar así el linde. Si álguien habia vuelto a su casa en la tarde, veia su Mercurio colocado al lado de la calle y le saludaba como a un amigo que está esperando en el umbral, o como a un guardian que ha cuidado los bienes de su amo durante su ausencia. Encontrándose entónces en la habitacion todo ordenado y bien conservado, se lo atribuia confiadamente a la custodia de Mercurio, como efecto de la vijilancia de este fiel custodio de las puertas. Si los frutos en la huerta prosperaban, si el ganado en el establo se propagaba, se debia ésto al dios procreador, al dios de la fecundidad. Estos Hermas primitivos, columnas de forma tetragonal, se honraban siempre entre los pueblos agrícolas y pelásjicos, principalmente en Arcadia, donde Pausanias vió un gran número de ellos, y en Atica; en esta última provincia, los Pisistrátidas hicieron construirlos en todas las calles, para indicar con ellos el camino, así como para inscripciones de sentencias morales. Segun el testimonio de Tucídides, la mutilacion de tales Hermas se tomó aun en tiempo de la guerra del Peloponeso por un sacrilejio, el que llevó por consecuencia para Alcibíades el destierro.

Todas las antiguas imájenes de dioses *(agálmata)* tenian figuras semejantes, y la palabra Hermas llegó a emplearse en sentido jenérico para estas representaciones primitivas. Pausanias, segun su relato (VII, 22), ha visto en Faras, una de las doce ciudades de la liga de Acaya, cerca de treinta columnas de piedra que se veneraban como estatuas de divinidades, advirtiendo que orijinariamente todos los griegos representaban a los dioses de esta manera. Así, bajo símbolos de la misma especie, se tributaba veneracion en lugares distintos a Eros (Amor), a las Cárites (las Gracias), a Artemis (Diana), a Zeús (Júpiter), y a otros.

A la sencillez primordial del arte relijiosa vino a juntarse un uso piadoso que supone una influencia orijinada en los medios sucesivamente adelantados de satisfacer las necesidades de la vida. A medida que se desarrollaban la industria, se ofrecia a los dioses lo mejor de los objetos artificiales recien fabricados, como armas, vestidos, vasijas,

del mismo modo que se les habia ofrecido orijinariamente las primicias de la agricultura y de los ganados. Para revestir los simulacros de los atributos distintivos de las divinidades que debian representar, era necesario darles un aspecto a imitacion de la figura humana; de esas informes columnas cuadradas provinieron figuras provistas de miembros, y poco despues verdaderas estátuas. De tal manera, el fetichismo primitivo se trasformó paulatinamente en lo que se ha llamado idolatría o culto de imájenes. Esta manifestacion especial del sentimiento relijioso fué despues de haber desenvuelto en la Grecia aquel arte sin igual, la escultura, en lo sucesivo el objeto de los ataques apasionados de una nueva relijion. No obstante, la tendencia de representar ideas relijiosas mediante formas plásticas parece tan propia del ideal artístico, o sea del culto esterno, que se la vió aparecer de nuevo casi inmediatamente despues de la caida del politeismo.

El progreso gradual de las formas simbólicas a las imitativas debia facilitarse con el empleo de la madera para la mayor parte de las imájenes de dioses en los templos. No se exijia un gran esfuerzo intelectual para agregar a las columnas de madera una cabeza o brazos formados toscamente, las cuales despues se vestian y se adornaban a manera de muñecas; y los griegos no necesitaron de la instruccion forastera, como la del Ejipto, para hacer lo que se practica todavía hoi hasta entre pueblos salvajes. Tocante, en particular, a la influencia de Ejipto, el carácter histórico de las antiguas colonias ejipcias no queda demostrado aun; las relaciones posteriores de Ejipto con la Grecia no pasan mas allá del reinado de Sammético. La influencia de los fenicios y de los pueblos del Asia Menor parece ménos cuestionable, principalmente en cuanto a las artes industriales. Homero habla de telas y de vasijas provenidas de Sidon: sin embargo, hai que advertir que describe tambien artefactos del mismo jénero, los que fueron fabricados por griegos, como el bordado de Elena, de Penélope, el vestido de Ulises, la bella armadura de Agamemnon. La descripcion del escudo de Aquiles no puede tomarse sino por una obra de la fantasía, lo mismo que la del escudo de Hércules en Hesíodo; pero es probable que los rasgos fundamentales con este objeto trajeron su orí-

jen de obras efectivas, que los rapsodas y sus oyentes tenian amenudo a la vista. Los trabajos en metal, y principalmente la fabricacion de las hermosas armas, debian desarrollarse pronto entre un pueblo guerrero y naturalmente dotado del sentido artístico.

En cuanto a los templos del tiempo heróico, es difícil, bien que Homero habla a menudo de ellos, conocerlos en sus poesías; puede presumirse tan solo que las habitaciones de los dioses no se diferenciaban mucho de aquellas de los jefes, porque las mismas espresiones se emplean para designar las unas y las otras *(domoi, naos, mégaron)*. La diferencia entre las arquitecturas relijiosa y profana resalta tanto ménos distintamente, cuanto que los dioses ocupan fuera de sus habitaciones especiales siempre las de los hombres, donde estaban erijidos para ellos altares y probablemente estátuas. Así, Minerva *(Atená)*, cuando sale de la isla de los Feacios, se traslada a la habitacion de Erecteo. Los reyes, que no son sino los primeros ciudadanos de estos estados primitivos, ofrecian sacrificios en su recinto doméstico, los cuales terminaban por festines públicos. En el atrio de cada casa estaba un altar de Júpiter (*Zeús herkeios*); la puerta era consagrada a Mercurio (*Hermes*); el hogar, a Vesta (*Hestia*).

Los restos conservados de la antigua arquitectura de los griegos, segun el juicio de viajeros, no pueden completar las descripciones insuficientes de Homero. Las observaciones que se han destinado a este objeto, dan por cierto: entre los monumentos ciclópeos y pelásjicos no se encuentran ruinas de templos; son muros de baluartes, fortificaciones de una construccion cuya orijinalidad escluye cada idea de una influencia extranjera, y cuya solidez inalterable se resiste al efecto del tiempo. Nada impide creer que a esa época, cuando se levantaron estas indestructibles fortalezas de peña para defender los tesoros del vecindario, o, en caso de necesidad, la poblacion misma contra un asalto de piratas, o contra la invasion de una tribu hostil, las casas de los vecinos, de los príncipes del pueblo, y aun, las de los dioses, se fabricaban de madera, lo cual podria esplicar la circunstancia de que ya no se encuentra huella alguna de ellas. Ademas, estas habitaciones estaban adornadas mas o ménos, segun su importancia, y guarnecidas en

el interior de planchas, lo que puede inferirse de la descripcion de las residencias de Alcínoo, de Menelao y de Ulises.

Entre las tradiciones que se refieren a los monumentos de la escultura primitiva, revelan una idea especial sobre todo aquellas, que ponen el oríjen de las artes plásticas en relacion con los nombres de Prometeo, de Vulcano y de Minerva. Lo que estas leyendas manifiestan, es la consagracion relijiosa del arte entre los griegos. Los dioses, apareciendo en efije como las mismas leyes vivas del mundo, representan todas las fuerzas humanas; todos los ramos de la industria y del trabajo están bajo su proteccion. Céres (*Demeter*) dirije y proteje la agricultura, Neptano (*Poseidon*) la navegacion, Mercurio (*Hermés*) el comercio; los trabajos de Hércules en conjunto exaltan la lucha de una sociedad naciente; las diferentes formas de la ciencia y del arte se enseñan por Apolo y las Musas, por Minerva (*Palas Atená*) y Vulcano (*Héfesto*). De esta glorificacion del trabajo por la relijion debia nacer una moral viva y práctica, civilizadora y fecunda, así como el mas admirable desenvolvimiento artístico de que el mundo jamas haya sido testigo.

Miéntras que la tribu jonia fijaba por la poesía épica los rasgos principales del dogma relijioso de la Grecia, los dorios preparaban por el desarrollo de los ramos principales del arte la forma definitiva del culto. Estos dos movimientos son paralelos: segun la teolojía de los poetas, el mundo es un estado, en que los dioses son, a la vez, las leyes y la autoridad superior; el único culto correspondiente a estos dioses que se conciben bajo los atributos característicos del hombre, razon y libertad, era el regular y armonioso desenvolvimiento de todas las facultades humanas, la educacion simultánea del cuerpo y del espíritu por la jimnástica y por la música. La música tiempla y dirije los afectos del alma, la jimnástica da al cuerpo fuerza y hermosura. En virtud de esta educacion doble, el hombre honra a los dioses, fundando el órden en sí mismo, así como ellos han fundado el órden en el mundo.

Noviembre de 1885.

JOSÉ ROEHNER.

YUNGAS.

A Walter SalinasR.

(*De Cochabamba.*)

I

¿Es fábula?—¿Es mentira?—Quién soñara
ese Edén en el seno de la América!
¿Son devaneos de una mente loca,
ó son ficciones que el poeta inventa?
Ah! no: no es una fábula ese Yungas
ni una ficción que imaginó el poeta!....
Allí están esos bosques de mil años
que el huracán sacude con violencia;
escúchanse esos himnos que las palmas
entonan con sus ramas gigantescas;
vibrando, al ser heridas por el viento,
como una lira de robustas cuerdas.
La nieve brilla en las agrestes cimas
cual manto inmenso de plateadas perlas,
y á los piés de los Andes entreabren
hondos abismos su garganta hambrienta,
donde ruge el jaguar que entre las ramas
su débil presa con afán acecha.

II

Los árboles extienden su follaje,
dosel formando á la fecunda tierra:
sus ramas se entrelazan, se confunden,
cual las ardientes llamas de una hoguera,
y el sol que brilla en el azul espacio
el seno de verdura no penetra.
De las rocas despéñanse en desorden
las aguas, cual revuelta cabellera
en las blancas espaldas de una virgen
que en un lecho de yerbas se recuesta.
Las cascadas rugientes sus mil notas
con ímpetu salvaje al aire elevan,
entonando esos himnos poderosos
que no imitó jamás humana orquesta:
notas que aturden, como aturde el trueno
ó el huracán que con las olas juega.

III

Los verdes horizontes se dilatan,
formando un mar sin playas ni riberas,
donde rugen los vientos, imitando
la fragorosa voz de las tormentas.
Los troncos seculares se confunden
como columnas de tallada piedra,
y de las ramas cuelgan en desorden
cortinas de tupida enredadera,
salpicadas de flores caprichosas
que el aire pueblan de fragante esencia.
Mil aves de fantásticos colores,
de ricas plumas y de arpadas lenguas,
se mecen en las ramas, ó el espacio
azotan con sus alas, que remedan
con su brillo los prismas caprichosos
que forma el sol en las errantes nieblas.

Cruzan el verde suelo mil arroyos
que se pierden fugaces en la hierba
y vuelven en seguida á derramarse
como madejas de plateadas hebras.

IV

Todo es grande: los bosques, las montañas
que en las nubes ocultan su cabeza,
los torrentes que braman, al silencio
de esas noches solemnes, que semejan
la inmensidad con sus opacas sombras,
sus misterios, sus luchas y sus quejas.
Pero allí hay luz, y es esa luz fosfórica
que despiden millones de luciérnagas,
luz que se mueve, y gira, y se entrelaza
y se teje á sí misma entre las selvas.
En las noches espléndidas del trópico
la luna hermosa en la verdura riela,
sin que rompa su luz las densas ramas
que en mil años juntó naturaleza.

V

Ah! quién pudiera en esos bosques vírgenes
errar sin rumbo, cual las sueltas aves!
¡quién pudiera escuchar la voz solemne
de la tormenta en los robustos árboles!
¡quién pudiera en las nieves de esas cimas
estampar de sus planta las señales,
ó mecerse en la hamaca de verdura
que cuelga de las ramas seculares!
No he de morir sin admirarte ¡oh Yungas!
paraíso de América, mi madre!
Algún día en tu seno de verdura
iré á aspirar las ráfagas fragantes
que juegan con tus flores caprichosas
y sus ricas esencias tropicales.

VI

¡Feliz, si á las orillas del torrente,
ó bajo los doseles de tus árboles,
hallara un sér que me dijera:—"¡Te amo
con la fuerza salvage é indomable
que imprime la vital naturaleza
en la mujer que en esa tierra nace!.....
¡Feliz, si en el transporte de la dicha,
me durmiera en sus brazos, y al juntarse
nuestros labios sedientos de deleites,
brotara un beso cadencioso y suave!.....

VII

El amor flota como blanca nube,
con rica esencia perfumando el aire,
y es el amor ardiente de los trópicos,
amor sincero que engañar no sabe.
Ah! quién pudiera bajo un viejo ceibo
ó un naranjo cuajado de azahares
oír el juramento de unos labios
que destilan más miel que los panales!
Allí el amor subyuga y adormece
bajo la forma de mujer ó de ángel,
y ès la pasión inmensa, cual sus bosques,
cual la natura espléndida y salvaje.

VIII

¡No he de morir sin verte, Edén perdido
en el seno de América, mi madre!
¡No he de morir sin encontrar la dicha
bajo la sombra de tus viejos árboles!

N. TONDREAU.

SANTIAGO, Á 29 DE NOVIEMBRE DE 1884.

EL EMBAJADOR DE CHILE EN ESPAÑA EN 1808.

I

Alentados por la favorable acojida que nos dispensan los distinguidos redactores de la Revista de Artes y Letras, persistimos en el propósito que anteriormente insinuamos de consignar en sus pájinas el contenido de los papeles históricos que conservamos en nuestro poder, anhelosos de contribuir, siquiera en esta forma, a las ímprobas labores que las investigaciones históricas imponen a los que con laudable celo e incalculables ventajas, se dedican a este estudio.

Damos hoi a luz algunos documentos que, a juicio de personas competentes a quienes hemos consultado, son completamente inéditos, pues no solo han sido silenciados por los cronistas de los hechos que precedieron a la inmortal epopeya de 1810, sino que la mision confiada por el cabildo de 1808 ante el gobierno español al doctor don Joaquin Fernandez de Leiva ni siquiera la mencionan los historiadores de esa época a quienes hemos prolijamente consultado.

De todos modos, como al hacer esta publicacion solo nos estimula el deseo de que estos documentos sirvan a los historiadores, que como el señor Barros Arana por ejemplo, actualmente recorren con infatigable y ejemplar constancia todas las complicadas épocas de nuestra oscura e incompleta historia, los damos hoi a luz omitiendo todos

los comentarios que de estos documentos podriamos deducir, porque en el concepto público y en beneficio de la historia de nuestro pais son los escritores a que acabamos de aludir los llamados a juzgarlos con la rectitud de criterio que es de esperar de sus talentos y constante consagracion al estudio; y lo hacemos persuadidos de que la actual jeneracion no tiene conocimiento de la mision que el cabildo de 1808 confió al doctor Fernandez de Leiva ante el trono de Fernando VII y que, por consiguiente, esta publicacion será fructuosa para la historia de Chile.

II

"Por una rara casualidad vinieron hoi a mis manos los testimonios de algunos acuerdos de cabildo que lleva a España el doctor don Joaquin Fernandez de Leiva, rejidor secretario en clase de apoderado: en el corto espacio de tiempo que los mantuve en mi poder apenas pude estractar lo siguiente:

ACUERDO DE 19 DE SETIEMBRE DE 1808.

Art. 1.° Que sin pérdida de momento se ponga el Reino en mejor estado de defensa.

Art. 2.° Que se alisten mil hombres de infantería en este Obispado y seiscientos en el de Concepcion, arreglados a estilo de guerra.

Art. 3.° Que en ámbos obispados se alisten para su formacion todos los habitantes y los de las ciudades y villas de ambas provincias.

Art. 4.° Que para su disciplina se comisionen oficiales y para la de los escuadrones y rejimientos de caballería ya formados.

Art. 5.° Que se compren aunque sea de las potencias estranjeras, a la mayor brevedad, a lo ménos mil fusiles con fornituras.

Art. 6.° Que se compren 300 pares de pistolas i 600 sables.

Art. 7.° Que sin perder instantes se manden fundir en Lima 50 cañones con sus respectivas balas.

Art. 8.° Que se construyan abantrenes y demas pertrechos de artillería.

Art. 9.° Que se pidan 800 quintales de pólvora al Vireinato del Perú o se compren en Lima supuesto que ha pedido el plomo para balas.

Art. 10. Que se pidan al subasentista del ramo de pólvora 500 quintales de esta municion.

Art. 11. Que para estos gastos se apliquen los caudales de amortizacion y consolidacion.

Art. 12. Que tambien se apliquen todos los ramos remisibles a

España de cualesquier clase y naturaleza sin escepcion ni del de Real Hacienda.

Art. 13. Que se inviertan en lo mismo los caudales colectados por los derechos de almirantazgo.

Art. 14. Que paren las obras que se hacen de cuenta del Real Erario que no tengan por objeto la defensa del Reino.

(Falta el art. 15, no sé si por descuido del amanuence o porque se ha tenido motivo de omitirlo.)

Art. 16. Que el cabildo meditará arbitrios convenientes para que su producto y el de las rentas reales sirvan al pago del armamento.

ACUERDO DE 22 DE SETIEMBRE CITADO PARA ARBITRIOS APLICADOS AL PLAN DE ARMAMENTOS

Un medio diezmo en las dos provincias cobrable de los frutos, como el eclesiástico.

Medio por ciento adicional sobre todo efecto de comercio.

Dos reales sobre cada mazo de tabaco.

Dos pesos sobre la libra de tabaco en polvo.

Dos reales sobre las barajas finas.

1 ¾ sobre las ordinarias.

Un peso sobre el zurron de yerba y otro sobre el fardo de azúcar a su entrada y salida.

Un real sobre cada fanega de trigo estraida a los puertos del Reino.

Los demas efectos agraciados, sin escepcion, incluso los negros, pagarán los mismos derechos que los no privilejiados.

Los buques estranjeros de real permiso, el 8 por ciento por la importacion y esportacion sobre los derechos ordinarios.

El oro el uno por ciento, la plata el dos por ciento, cuanto se estraiga en numerario, alhajas o pastas: ⅛ de real del castellano de oro y ½ real del marco de plata y quintal de cobre.

El gremio de panaderos mil pesos.

El de bodegueros de Valparaiso mil pesos.

Las tiendas, almacenes, baratillos, pulperías, bodegones, boticas y fondas lo que la superioridad designe.

La ciudad cede, para las urjencias de la guerra, el ramo de balanza y propios.

Los empleados que gozan sueldo desde 300 pesos hasta 6,000, serán gravados proporcionalmente desde el uno por ciento hasta el trece.

Un noveno de la cuarta capitular.

Estos impuestos durarán por un año o se exijirán por una vez, y si dura la necesidad se propondrán otros o los mismos.

Los caudales que se colecten de estas contribuciones, se custodiarán con el nombre de *Fondo Patriótico* en una arca de tres llaves de la Tesorería Jeneral, y tendrá una la persona que dipute el cabildo. El fondo patriótico se invertirá en la artillería y armamento para la defensa del Reino, sin dársele otro destino a ménos que sea de acuerdo y por consentimiento del cabildo.

ACUERDO DE 7 DE OCTUBRE DE 1808.

Hace mérito de las propuestas hechas por el irlandes don Tomas Ogosman y por el doctor don Prudencio Lazcano para proveer el Reino, de fusiles, sables y pistolas, y acuerda se pida al gobierno se mande fijar carteles para que dentro de seis dias hagan sus propuestas los que quieran negociar en este articulo.

Santiago de Chile, 26 de abril de 1809.

III

Hé aquí la importante comunicacion con que desde la isla de Leon remitió el doctor Fernandez de Leiva sus credenciales al gobierno español; lamentando no poseer detalles sobre el modo como la desempeñó, aun cuando parece indudable que la revolucion de 1810 le puso obligado término.

Señor:

Don Joaquin Fernandez de Leiva espone reverentemente a V. M. que cuando el tirano de la Europa persuadido de su impotencia para violar el territorio de las Americas Españolas y sus Islas, concibió el proyecto de seducir a sus habitantes con las promesas lisonjeras que han envuelto en la miseria a tantos pueblos incautos, ántes felices, los Americanos se esmeraron en probar su buen juicio y el carácter noble y jeneroso que han heredado y conservado en su pureza.

La uniforme union de las Provincias Meridionales y Septentrionales a la justa causa que ha sostenido y sostiene el gobierno lejítimo, un reconocimiento jurado sobre que los derechos de V. M. y de la casa reinante son perpetuas e inenajenables y el desprecio de la autoridad intrusa que intenta invertirlos fueron el resultado de aquel ardid y ofrecieron a su autor una conviccion del paso impolítico y grande error a que le precipitó su ambicion en los sucesos forzados de Bayona. El meditó inútilmente destruir a España y apoderarse de sus establecimientos ultramarinos inspirando la discordia.

En tal crisis pensó el Cabildo de Santiago, Capital del Reyno de Chile (compuesto de los Rejidores propietarios y otros vecinos del primer rango, que a su postulacion nombró temporalmente el capitan Jeneral en calidad de auxiliares en sus tareas patrióticas para el mejor Real servicio) que V. M. se agradaria de tener a su lado representantes de aquellos Reynos, que fuesen fieles órganos de los sentimientos de sus compatriotas, de sus esfuerzos por sostener el

tronco Nacional, que espusiesen sus necesidades en solicitud de providencias dirijidas al provecho público y que consolidasen mas y mas la oposicion invencible que la lealtad Americana hace a las miras revolucionarias del enemigo del jénero humano.

A este fin fué el esponente comisionado por su amada patria segun los amplios poderes que tiene la honra de presentar a V. M.—El concepto del Cabildo de la capital de Chile fué conforme a las ideas paternales del gobierno supremo habiéndose espedido en Enero de 1809 la convocatoria de Diputados Americanos que llegó a Chile despues de su partida.

Un largo viaje interrumpido con dos arribadas necesarias y otros accidentes le han privado hasta hoi de la satisfaccion de asegurar a V. M. que los chilenos, sus mui queridos compatriotas, nacidos en el mas hermoso pais de la América del Sur, poseen las virtudes de sus padres que lo poblaron y civilizaron a costa de su heróica sangre. La memoria de que Chile fué el teatro de la América donde mas se ejercitó el valor español por defender la dignidad del hombre y establecer el órden social en las ruinas de la barbarie atrae y atraerá siempre la gratitud de sus habitantes a la beneficencia de nuestros Reyes y a la Patria madre. Son españoles y jamas dejarán de serlo constantemente obedientes a la autoridad soberana que sostiene la libertad e independencia de esta gran Nacion contra los insultos de la tiranía y las usurpaciones.

Asi que suplica el esponente a V. M. que reconociéndole en su carácter de diputado o representante de Chile interino y hasta la venida del que se nombre a virtud de la convocatoria, se sirva oir con clemencia las solicitudes que eleva ante el trono en conformidad de sus instruciones y que el Real decreto que resulte se comunique a las autoridades que corresponda.

Dios guarde la Augusta persona de V. M. muchos años.—Real Isla de Leon, Abril 14 de 1810.

Señor

JOAQUIN FERNANDEZ DE LEIVA

IV

Copiamos en seguida el contenido de un pliego de *consejos* y *encargos* hechos por Fernandez a su amigo el doctor don Antonio Gárfias, al proyectar éste en España regresar a Chile, lo que desgraciadamente no realizó nunca; porque consideramos de algun valor para apreciar los hombres y las circunstancias. Dice textualmente:

ENCARGO QUE HACE FERNANDEZ A SU AMIGO GÁRFIAS.

1.° Que procure la felicidad pública del Reino de Chile y honre a sus compatriotas y les quiera como ellos le han querido.

2.° Que atienda y quiera mucho a su parienta doña Dolores Vergara y la visite a lo ménos cada quince dias.

3.° Que proteja a su padre político don Cárlos Rodriguez de Herrera contra las incidias que diariamente le prepara su enemigo. Ademas de hallarse su amigo persuadido de los distinguidos méritos de este antiguo empleado y de ser su corazon opuesto a toda clase de estorsion sabe que el gobierno quiere desterrar de los españoles el tedio u odio que tanto envilece a los hombres.

Que proteja así mismo y quiera mucho a su compadre e íntimo amigo don Antonio Lavin. Este sujeto ha hecho particulares favores a Fernandez en su ausencia (que es cuando mas se estiman y la ocasion en que se conocen los verdaderos amigos.) Procura Lavin las mas apreciables circunstancias, ha contraido méritos considerables en diversos ramos y es amigo comun. Le instruirá en los pasos que ha dado Fernandez en sus asuntos, en la dificultad que se ofreció sobre si el extracto de sus autos debia tenerse en la cobachuela de hacienda o en la secretaría del Consejo y que vencida poco ha y conseguido el segundo estremo que se deseaba, se está formando.

Le dará así mismo las razones que persuaden a Fernandez sobre ser conveniente que don Miguel Lavin vuelva a Chile al lado de su padre, para evitar los gastos enormes que a este se seguirian en las circunstancias actuales y sin fruto fundadamente presumible. Espera Fernandez que Gárfias proteja a Lavin en sus pretensiones de minería. Le dirá así mismo que si se halla en disposicion de salir prontamente de la Corte sostituirá sus poderes en don Pedro de Garibay instruyéndole sobre la conducta de este sujeto.

Luego que llegue Gárfias a Chile escribirá al señor Obispo de Concepcion a nombre de Fernandez ofreciéndole su fiel amistad y atenderle en cuanto pueda ser. Hallará Gárfias en este prelado un amigo verdadero. Fernandez le ha merecido mucha atencion y le ama como a su sobrino y Provisor don Diego Villodres.

Instruirá Gárfias a Aeta de la dilijencia con que Fernandez procuró sus negocios luego que llegó a esta Corte, y atenderá a este hermano suyo.

Quiera Gárfias mucho a los hermanos de Fernandez: José Antonio, Manuel, Cárlos y Ambrosio. Procurará acreditar a Manuel y a los otros si siguen la carrera de la abogacía y darles buenos consejos.

Dará muchos abrazos a nombre de Fernandez a sus amigos Lavin, Argomedo, Salas, Rozas, Tocornal, Toro, Rosales, don Joaquin Sotomayor, don Javier Errázuriz, don Joaquin Rodriguez, don Manuel Perez Cotapos, don Juan Francisco Larrain, al subdelegado del Huasco don Miguel Montt, a don Teodoro Sanchez, don Feliciano Letelier, a don Juan José Aldunate, a don Francisco Echazarreta, a su mui amado dicípulo Vildózola, a su sobrino José Manuel Barros, a sus demas dicípulos, al padre Ramirez, al Provincial de San Francisco y a todos los buenos patriotas chilenos que encuentre y vea.

Muchas espresiones a cada uno de los señores que componen y compusieron el ilustre cabildo esponiéndoles la consideracion particular que les tiene el menos de los chilenos Fernandez.

Dirá a don Juan Francisco Larrain que en caso de ausencia de Fernandez sus poderes quedarán sostitundos en don Pedro Garivay. Querrá mucho a dicho don Juan Francisco.

Tambien le recomienda a don José Santiago Herquíñigo digno de compasion.

Le recomienda a don Juan Bautista Aeta.

Dirá a su compadre Lavin que ajite la conclusion de las particiones: que el haber pasado el término de ocho meses que dieron los jueces compromisarios para que se reformase la ordenata, con arreglo a las últimas declaraciones, no ha consistido en Fernandez sino en Aeta encargado de ella y en la conducta de otros coherederos que, por sus fines particulares, se oponen a la conclusion y que de consiguiente, a que por una regulacion se obliga a Fernandez pasado dicho término; no son ni penden de su responsabilidad pues que de lo contrario las demorarian eternamente y sus coherederos se gravarian injustamente.

Si Fernandez obtiene alguna solucion por la corte, y en Chile se quiere hacer novedad sobre su plaza de Minería hará Gárfias que el apoderado de Fernandez se oponga, alegando que éste se halla en comision del trono y ocupado en la Diputacion de la capital y que está en servicio de todo el Reyno. Así que seria un agravio suspenderle su sueldo ántes que llegue el tiempo de la convocacion de la Junta, que debe ser para diciembre de 1811.

Los demas encargos verbales quedan fiados a la privilijiada memoria de Gárfias.

Escrito a toda prisa en Cádiz, mayo 22 de 1810.

Consejo de Fernandez a Gárfias.

Contraerse en cuanto permitan sus fuerzas y facultades a hacer el bien posible al Reino de Chile.

Esta es la primera obligacion de un chileno.

Hacer justicia sin reparo ni contemplacion que sea en perjuicio de alguno. Si por hacer la justicia padecemos algunos trabajos, el testimonio de la buena conciencia nos debe tranquilizar y Dios todo poderoso premia.

Hai materias en que una transaccion es acto de justicia.

Agradar sin intimarse. Esta máxima envuelve mucha sabiduría y los que la aprovechan con oportunidad conocen sus buenos efectos. Especialmente es adoptable a un juez.

Perdon racional a los enemigos en cuanto dictan la relijion y el honor.

Mucha precaucion con los amigos nuevos. Se debe acordar de Ovidio:

"Donec eris felix multos numeravis amicos;
"tempora si fuerint nubila, solus eris."

Honrar al Cabildo como cuerpo representativo de una capital, y una harmonia racional con todas las autoridades; pero que no toque la raya de intimidad y union principalmente, porque asi se hacen inútiles los grados que las leyes conceden al vasallo.

No tomar partido en capitulos de relijioso, de universidad, etc. Oponerse a las entradas que con sagacidad se hacen a este fin y no se sentirán los estorbos insuperables que se ofrecen despues de concebir partido.

Procurar Gárfias aprovechar las oportunidades en que el Presidente informe sobre su buen desempeño y la audiencia del modo conferenciado.

V

Relacion de méritos del Doctor Don Joaquin Fernandez de Leiva, Abogado de la Real audiencia de Chile y primer diputado jeneral del importante cuerpo de minería de aquel Reino.

Es natural de la ciudad de Santiago, capital de Chile, de edad de 35 años cumplidos, hijo lejitimo de don Lucas Fernandez de Leiva y de doña Maria Loreto Erdoyza y Aguirre. De la informacion recibida por el correjidor de la ciudad de Burgos, con audiencia del Sindico Provisorio, conste que don Lúcas natural de ella es hijo lejitimo de padres nobles e hijosdalgos, y de las mas distinguidas familias de aquel vecindario. De la informacion secreta recibida por el Oidor juez de semana de Chile, compuesta de diez testigos y ocho informes jurados, resulta que doña Loreto, natural de la ciudad de Santiago, es hija lejitima de personas nobles y de la mayor distincion de aquel Reino, habiendo en su familia empleados de rango en el Real Servicio. Se hace particular espresion de su abuelo materno don Pedro Ignacio Aguirre, Canciller y Arguacil mayor de corte de dicha Real Audiencia—De sus tios el marques de Montepio, que fundó a sus espensas la casa de niños esposito de dicha ciudad, y de don Pablo Aguirre que enviado por el rei comandando una escuadra al mar Pacifico para la espulsion de los piratas estranjeros que hostilizaban en las costas del Perú y Chile, sirvió gloriosamente a Su Majestad.

Despues de haber estudiado el doctor Fernandez de Leiva la gramática latina, retórica, filosofia, sagrados cánones y leyes en la Real Universidad de San Felipe de la ciudad de Santiago, obtuvo el grado de bachiller en estas dos facultades en 25 de enero de 1797 y los de licenciado y doctor en 21 de enero de 1799 habiendo tenido plena aprobacion en todos sus exámenes y desempeñado con lucimiento várias funciones públicas durante su curso. Se contrajo a enseñar graciosamente la jurisprudencia a muchos jóvenes que por su buena direccion obtuvieron grados. Dedicó a S. M. el acto mayor que precede al doctorado y propuso por tésis los justos derechos con que la corona de España domina las dos Américas. Se contrajo particularmente a examinar estudiantes y a replicar sus funciones públicas y

secretas. Fué elejido Consiliario mayor y espidió interinamente en várias ocasiones las funciones del Rectorado. El Rector y Claustro informaron a S. M. de oficio en 1.° de febrero de 1803, recomendando los distinguidos talentos de este individuo y la particular aplicacion y entereza con que se condujo en las dependencias de su cargo, procurando siempre el lustre y progreso de la universidad, en la administracion económica de sus fondos y en el buen servicio de las cátedras.

De su hoja certificada de méritos contraidos en la Real Academia Carolina, de leyes reales y práctica forense establecida en dicha ciudad de Santiago de Chile, resulta que se incorporó en ella en 22 de febrero de 1797, que el tiempo de su práctica cumplió a satisfaccion los ensayes forenses que se le encargaron i otros que no le tocaban por turnó. Habiendo salido de la clase de practicante obtuvo sucesivamente los empleos de revisor de papeletas, consultor para juntas estraordinarias, Ministro de Ceremonia Fiscal, Vice-Presidente y Presidente por aclamacion. Sin embargo de que este carácter le eximia de alternar en los ejercicios, turnó en toda la época de su presidencia para exitar la esplicacion. Estableció dos asistencias a la semana y cerraba las sesiones esplicando el órden de proceder en las diversas clases de juicios. Repartió medallas de oro costeadas de su peculio por premio de honor a los que formaron piezas mas elojiantes fundadas sobre puntos curiosos de derecho Real, Civil y de Jentes. Restituyó a su vigor la constitucion que previene que la Academia consteste las consultas que se le hagan y por este medio se cortasen muchos pleitos que habrian resultado de una intelijencia errónea en los interesados.—Hai archivados por acuerdo de la Academia en su secretaría discursos oratorios y disertaciones de derecho, obras de este individuo.

El oidor decano antiguo director informó a su sucesor el particular mérito del doctor Fernandez de Leiva en este establecimiento científico. En consecuencia de esto y de la acta de dicha Academia, en Junta Jeneral de 3 de marzo de 1804, por la que se acordó que en prueba de gratitud a los buenos oficios que debia al doctor Fernandez de Leiva, quien por sus tareas, su ejemplo y conducta política habia logrado consolidar su crédito público, poniendo en formar práctica todas las constituciones, se informase a Vice-Patrono, dió cuenta instruida el actual oidor director al gobierno superior de Chile, esponiendo que en el tiempo que ejercia esta comision habia observado el esmero del referido doctor Fernandez en desempeño de sus obligaciones; que en las piezas que habia leido y de que era autor daba pruebas de su injenio y aplicacion y que creyéndole acreedor a los elojios de la Academia pedia en su nombre se informase al Rey para que se dignase premiarle como fuese de su soberano agrado.

Fué recibido al ejercicio de Abogado de la Real Audiencia de Chile el 1.° de diciembre de 1800, habiendo pagado el Real derecho de medianata, fué nombrado Abogado de pobres en lo civil, cuyo cargo ejerció por el espacio de un año con empeño y prontitud. Así resulta de certificacion de la escribanía de Cámara y de la citada informacion secreta, y que habiéndose dedicado al despacho jeneral de causas en todos los fueros de la judicatura de Chile ha logrado la esti-

macion pública por su integridad, desinteres, literatura y facilidad en el despacho.

Despues de cumplido el año en que era obligado a defender a los pobres se encargó gratuitamente de la defensa de causas de personas miserables, en lo civil y criminal. Se dedicó a transijir muchos pleitos por medios amigables con conocido provecho público. La Real Audiencia designó a su estudio ocho practicantes a quienes diariamente hacia esplicaciones y ensayaba en la práctica. Fué Asesor de los Alcaldes i en muchas causas que le remitian los subdelegados de los partidos del Reino, y de la Intendencia de Concepcion por sus méritos contraidos en el importante cuerpo de la minería y haberse dedicado a esta profesion fué nombrado uno de los cuatro consultores que segun ordenanza deben residir en la capital. Asesoró en várias causas de este ramo, sin exijir derechos a las partes; hizo de juez de tribunal en otras y de con-juez de alzadas. Habiéndose ausentado el administrador a negocios del Tribunal, fué nombrado diputado jeneral interino, cuyo empleo sirvió por dos años sin sueldo. Los demas ministros observando la dedicacion del doctor Fernández al servicio del importante cuerpo, hal'aron de justicia que debia asignársele la dotacion de seiscientos pesos anuales, que no fué admitida por el interesado. Esta liberalidad se comunicó al Gobierno por el mismo Tribunal en oficio de 20 de julio de 1805, esponiendo que el ramo debia al celo de este empleado muchos servicios interesantes, i todos liberales en lo judicial i gubernativo, pues por sus planes y reglamentos económicos que habia propuesto, se habian hecho ahorros considerables.

Reparando el referido doctor Fernández los atrasos que resultaban a su carrera de abogado por el ejercicio de esta comision gratuita, que habia desempeñado en tan largo tiempo, pidió al Presidente don Luis Muñoz de Guzman con cuyo acuerdo habia sido nombrado diputado jeneral interino, que le relevase de esta incumbencia. El Presidente en oficio de 14 de enero de 1806 contestó que no convenia esta renuncia, asegurándole "que seria dificil llenar la falta con persona de igual celo, justificacion y bondad."

En la 2ª Junta Jeneral de Minería celebrada en diciembre de 1806 fué electo 2.°. Diputado Jeneral, y en la 3ª de diciembre de 1808 quedó en la clase de 1.° El Tribunal jeneral y los Diputados de los Rs. de Minas del Reyno, por oficio de 12 de enero de 1809, dieron al Dr. Fernandez de Leiva, a nombre de sus comitentes, las gracias por el esmero y utilidad que se habia notado en sus tareas, porque habiéndose reconocido la Escribanía y Secretaría, segun ordenanza, observaron los comisionados que el arreglo y buena organizacion de aquellas oficinas, eran obra de la vijilancia y método de dicho empleado, que salía de los términos de su Instituto por servir el ramo: que el órden económico y alivio en que se hallaban las atenciones del ramo, le eran debidos, y que la Junta en sus sesiones habia quedado convencida, por documentos justificativos, que todos los pasos de dicho Diputado jeneral se habian dirijido a la reforma de los abusos, a simplificar el despacho en lo contencioso, evitando que las cuestiones de los mineros se redujesen a papeles, y componiendo amigablemente sus dificultades, segun el método consular de la or-

denanza, y a establecer el mejor órden en los fondos de minería, librando al banco de negociaciones extrañas de su instituto natural, a que antiguamente se le habia ligado. Dió, por una vez, para las urjencias actuales del estado cuatro mil reales y ofreció el 10% de los veinte mil reales, que goza por su empleo de Diputado Jeneral, durante la guerra.

Creyendo el capitan Jeneral de Chile que en la crísis de la usurpacion intentada por José Bonaparte era conforme a las prevenciones del supremo gobierno lejítimo, no cesar en hacer manifiestos patrióticos a nombre de la Municipalidad contra la conducta del tirano, y en favor de la justicia, de la union de aquellos fieles habitantes a la buena causa, y que se propusiesen medios y arbitrios para auxiliar a la metrópoli, y poner el Reino cubierto de cualquiera agresion extranjera, dispuso que temporalmente se asociasen en las tareas del Cabildo algunos vecinos de la primera distincion mui conocidos por su patriotismo y lealtad. En consecuencia previno al Dr. Fernandez de Leiva, en oficio de 14 de setiembre de 1808, que a postulacion oficial del Cabildo le habia nombrado en calidad de regidor auxiliar, y secretario, y que esperaba aceptase esta comision en recompensa de la justa opinion que se tenia en aquel público de su carácter y literatura.

La Real Audiencia de conformidad con el Mininisterio Fiscal aplaude este nombramiento. El Cabildo en informe dirijido a dicho Tribunal en 7 de febrero de 1809 asegura que el referido Dr. Fernandez ha desempeñado sus funciones con el mas vivo celo por el real servicio: que desprendiéndose de negocios particulares, se dedicó a los de la patria, habiéndose hecho distinguir en sus tareas el método, su juicio y sus conocimientos políticos que le habian adquirido el concepto jeneral.

Establecida de Real órden, la Junta central de Vacuna en la capital de Chile, bajo la inmediata presidencia del Capitan Jeneral, fué nombrado por él mismo, uno de sus vocales el Dr. Fernandez de Leiva., segun título comunicado con oficio de 7 de noviembre de 1808, cuyo empleo sirvió con empeño y sin compensacion alguna, estando encargado de la direccion del despacho de la Junta, y la correspondencia con las subalternas establecidas en las ciudades y villas cabeceras de los partidos, para la conservacion del fluido vacuno y su buena administracion.

El Cabildo secular y el eclesiástico, Sede vacante, el Vicario Capitular y varios jefes militares y políticos informan la notoriedad de los talentos de este individuo, su aplicacion, arreglada conducta y esclarecido linaje. El Ministerio Fiscal contrayéndose a cada una de sus ocupaciones públicas las halla cumplidas de un modo conforme al mejor servicio del Soberano y de los cuerpos en que ha sido empleado.

La Real Audiencia reasumiendo los mismos en su informe reservado de 22 de marzo de 1809, conviene en su certeza: expone que ha merecido el aprecio del Tribunal por su literatura, aplicacion e integridad en el ejercicio de la abogacía, en calidad de patrocinante y de asesor en el espediente de várias comisiones. Así que le consi-

dera acreedor a que la piedad del Soberano le condecore con una plaza togada.

El Capitan Jeneral don Luis Muñoz de Guzman informó al mismo fin en 12 de marzo de 1806, haciendo una relacion honorífica de sus méritos.

VI.

Estos son los documentos que hemos hallado en nuestros papeles sobre la mision a España, confiada por el Cabildo de 1808 al Dr. Fernandez de Leiva, y los datos que existen sobre los antecedentes y servicios de este personaje, todos ellos hasta hoy completamente inéditos.

Consideramos que la importancia de los sucesos, que de cualquier modo se encadenan con la revolucion de nuestra independencia, necesitan ser juzgados por historiadores de talento, pues solo así el rol que desempeña la historia de dar a la posteridad útiles lecciones, que sirvan a la vez de enseñanza y estímulo para los pueblos y sus gobiernos, podrá guiar a unos y a otros por sendas rectas y felices.

Solo por allanarles el camino, y alentados por la benevolencia de los redactores de este periódico, nos resolvemos a poner en estas pájinas al alcance de esos historiadores los documentos que dejamos copiados.

VII.

En prensa este artículo, pero felizmente a tiempo todavía, nuestro ilustrado amigo don Luis Montt nos ha suministrado, sobre el doctor Fernandez de Leiva, algunos datos interesantes que dan una idea mas exacta de este personaje y lo trasparentan mejor.

Fernandez de Leiva, nos dice nuestro distinguido amigo, mereció el honor de ser citado y hasta elojiado por el Conde de Toreno, don José María Queipo de Llano en su historia de España; en esa misma historia, agregaremos nosotros, que su autor tuvo la vanidad de calificar en el Congreso de su pais "*como un monumento elevado a la me-*

moria de su patria", y que Espronceda, en su inmortal "Diablo Mundo", lo retrata como sigue.

"Al que supo elevarse un monumento
(Que tal le llama en su modestia suma)
Premio dar a su gran merecimiento,
Y en pluma de oro convertir su pluma,
Al ilustre asturiano, al gran talento
Flor de la historia y de la hacienda espuma,
Al necio audaz de corazon de cieno
A quien llaman el *Conde de Toreno*."

El Dr. Fernandez de Leiva, nos agrega el señor Montt, murió en Lima como ministro o talvez Rejente de una corte de justicia.

Por último nos dice, que fué deudo inmediato de la familia Luco, y por consiguiente, pariente cercano del distinguido hombre público don Ambrosio Montt.

Santiago, octubre de 1885.

RAMON RICARDO ROZAS

EL SUEÑO DE UN NIÑO

Cuando yo era mui niño tenia un amiguito de tan pocos años como yo. Nos queriamos mucho y casi nunca nos separabamos. Desde entonces he olvidado muchas cosas, pero, su recuerdo ha sobrevivido al de otros compañeros de mi niñez, sin que, apesar de los años, se borren de mi memoria sus frescos y amables colores. En torno de su imájen y como evocados por ella, despierta la dulce cadena de los recuerdos, atrayendome con todo el irresistible encanto de las cosas pasadas. Me parece escuchar de nuevo los acentos tan alegres de su voz y ver su rostro iluminado por su risa expresiva y que tenia a veces modulaciones sonoras como un instrumento de cristal. Seducido por el encanto de estas visiones, llego hasta a olvidar la realidad y me siento feliz figurandome por breves instantes que he vuelto a ser niño con él.

No diré su nombre, porque para los mas seria indiferente, y los que lo amaron lo guardan en la memoria como una de esas preciosas reliquias que se llevan siempre sobre el corazon.

No era un niño aturdido, ni tampoco uno de esos pequeños filósofos prematuros, en quienes la juiciosidad suele no ser sino el efecto de cierta enfermiza pereza del espíritu, o el manto naciente de la hipocresia con que ocultan los primeros asomos de la corrupcion que exhibiran mas tarde desvergonzada, cuando el tiempo haya despojado sus almas del velo virjinal de los tiernos años. Era alegre, casi travieso; pero, la dulzura de su carácter templando la alegria naturalmente irreflexiva propia de su edad, daba a su

caracter un tinte de seriedad que lo hacia mas atrayente. En nuestros juegos se distinguia por la animacion y por su espíritu inventivo que siempre estaba en actividad. Preferia los juegos en que tomaban parte todos, y el verlo gozar de tan buena gana en medio de los otros niños, hacia irresistible el deseo de acompañarlos. Pero, otras veces le gustaba pensar y entónces en su cabecita de niño revolvia muchas cosas. Se habria podido sorprender, en esos momentos, una lijera sombra de melancolía que solía dibujarse en su mirada fija vagamente en el espacio; pero, era apenas perceptible, y mui luego desaparecia, volviendo otra vez la alegria a iluminar su carita pensadora.

Tenia varias hermanitas a quienes amaba con injenuo entusiasmo. Queria tambien a los otros niños, a los pajaritos del campo, a los arboles, a las nubecitas blancas del cielo y hasta al aire que las hacia andar despacito, soplando suavemente. Queria mucho a los pobres, sobre todo a los niños pequeñitos; como, él no era mui rico, no siempre tenia dinero que darles, y solia tener que privarse de satisfacer sus gustos de niño o renunciar a algun juguete, para socorrer a algun pobre mas necesitado. Pero, era tan grande el gusto de dar una monedita de plata al miserable niño harapiento que habia pasado la noche tiritando de frio, y sin comer, que en comparacion nada importaba el sacrificio de un juguete.

Por las tardes antes de comer, soliamos ir juntos a la Alameda y despues que nos cansabamos de correr y de trepar a los bancos de piedra, nos ibamos caminando debajo de los grandes arboles, entretenidos en mirar el fino encaje que formaban las ramas sobre el azul del cielo, admirandonos porque nos iban haciendo sombra a lo largo del camino. Como le gustaba pensar y todavia era mui niño para ir al colejio, pensaba en lo grande que seria el mundo y si se extenderia hasta mucho mas allá de los cerros de la cordillera, tan distantes que apenas los divisabamos. Otras veces, sentado en un banco a la orilla del agua, la miraba correr, lleno de curiosidad de si tambien llegaria hasta los cerros; atento al murmurio del agua, gozaba asi largo rato, distraido con los caprichos de la corriente, que se iba dando vuelta en los pequeños remolinos, se detenia en cada obstáculo, para seguir despues mas lijero.

¡Con que viva ansiedad, veiamos acercarse tumbado y remolineando un buquecito de papel que habiamos soltado un poco mas arriba!—El agua lo azotaba de un lado a otro hasta que el pobrecito desesperado se metia entre las piedras por buscar refujio.—"¡Que tonto el buque!"—exclamaba, corriendo al lugar del naufrajio,—"sí, todos los buquecitos de papel son tan ignorantes!"—El agua que parece conocerlos mui bien, se metia tras el barquichuelo, y forcejeando por sacarlo, lo golpeaba con tanto empeño como si hubiese querido hacerle perder hasta la forma de buque. El buquecito, entre tanto, sin sospechar que se estrellaba en el peligro no se atrevia a salir de su escondite. Le causaba tanto miedo la corriente, que preferia romperse en las piedras. El agua no cesaba de despedazarlo, y sacudia sus débiles paredes con furiosos estremecimientos de colera, hasta que, por fin lograba sacarlo, ya medio deshecho; entonces, lo arrebataba sin piedad, y se iba jugando con él.—El buque se habia perdido de vista, despues de mucho rato, y el niño aun permanecia absorto y lo seguia con la imajinacion preguntandose en donde se habria detenido.

***

En su cuarto no le faltaban, por cierto, los juguetes y tenia algunos de gran valor. Pero, los que mas le gustaban eran sus jarritos de hoja de lata. Viólos un dia en la ventana de una tienda, y cada vez que pasaba por allí se detenia a mirarlos. Y eran realmente tentadores los jarritos; colgados de un clavo de tosca cabeza, en la puerta de la tienda, daban vuelta al sol, luciendo como bruñidos espejos y lanzando destellos capaces de deslumbrar los ojos a todos los niños del mundo. Convinimos en reunir nuestros pequeños ahorros para comprarlos entre los dos. Desgraciadamente, en esa semana él habia dado casi todo su dinero a un niño pobre y sin zapatos que habia excitado su compasion; mis recursos, tampoco alcanzaban para enterar toda la suma, y despues de buscar muchas combinaciones fué necesario aplazar la descada compra. Al cabo pudo obtenerlos, gracias a un donativo extraordinario de su mamá que habia sabido la causa del retardo de su proyecto y quiso premiar su buen corazon.—¡Oh! Y qué buen

dia, fué el dia en que el dueño de la tienda los desprendió del feo clavo para entregarselos! El niño no cabia dentro de si de gozo, y al llevarlos a su casa, por el camino apenas podia reprimir la emocion. Pero, eso no era nada; al llegar corrió a enseñar sus lindos jarritos a su mamá, a sus hermanitas, a todos los de la casa, tan alegre como si hubieran sido un tesoro rarísimo.

"¡Mira, ya tengo los jarritos!"—me gritó alborozado, cuando fuí a verlo al dia siguiente,—"mamá es tan buena. Ella me dió la plata para comprarlos.—¿No son mui lindos?"—Yo los hallé mui bonitos, y como estaban cubiertos de preciosas pinturas, nos pusimos a examinarlos uno por uno.

En el primero habia un paisaje con una casita de rojo techo medio escondida entre los álamos, y un pequeño jardin salpicado de flores de todos colores, blancas, azules, amarillas. La casa ocupaba el centro de un prado verde y mui cerca de un lago azul de aguas dormidas y transparentes; a la orilla descansaba perezosamente un grupo de aves acuáticas que miraban reflejarse en la profundidad la casita, las flores y los árboles; por el fondo del agua se veia correr las nubes como si fuera el cielo.

En otro, un caballero anciano comenzaba a referir cierta vieja historia cuyo tema agotó mui pronto todas nuestras conjeturas. Una señora sentada a su lado parecia escuchar con particular interes. El caballero jesticulaba con viveza, miéntras la señora paseaba su mano cargada de sortijas, por la piel de un hermoso gato gris, que, con los ojos brillantes como chispas, atisbaba el momento de echarse sobre una miserable *laucha* que aparecia asomada, detrás de la mesa. Los dos tenian un aire mui bondadoso, apesar de sus rostros barnizados por alguna mano poco prolija, pues, el color de la cara del viejo caballero era tan encendido como el de su roja corbata, y el peinado antiquísimo de la señora se confundia con el tapiz de su silla. Lo cierto es que tenian el aspecto mas respetable del mundo y nosotros nos acostumbramos a mirarlos casi como a dos viejos amigos.

¡Como celebramos la pastorcita con su blanco rebaño de ovejas! Un corderito que debia ser su regalon le lamia las manos, miéntras ella lo acariciaba; las demas ovejas iban

dando vuelta por toda la pared del jarro hasta que se volvian a juntar bien cerca de ella. Era un dia de sol ardiente, y ella debia sentir mucho calor, porque acababa de dejar sobre una piedra el sombrero de paja con anchas cintas verdes y su pañuelo de vivos colores, luciendo descubierta su cabeza rubia y su lindo talle. Luego tratamos de buscar un nombre para bautizarla y despues de mucho repasar los de todas nuestras primas y amigas, nos decidimos por el de Emilia que nos pareció alegre y simpático. Y aunque otro niño que tenia pretensiones de conocer el mundo, sostenia que el traje de Emilia era demasiado elegante para una pastora, y él aseguraba que mas bien seria una princesa encantada, nosotros no le hacíamos caso, y la hallábamos mui bonita y mui natural.

Pero, las pinturas no eran lo que los hacia mas interesantes; en las tiendas se ven otros mejor pintados y mas finos. Lo que los hacia inapreciables a nuestra vista, era que poseian una virtud maravillosa para transformarse a nuestro antojo en cien objetos diferentes. Habria sido imposible encontrar unos jarritos que se prestasen con la misma docilidad a todos los deseos de los niños.

Encaramados sobre una mesa, y unos encima de otros, figuraban alguna temible fortaleza, con su guarnicion, resguardada por inexpugnables muros, capaces de resistir a la mas poderosa artillería enemiga. Un minuto despues, pues, no eran engreidos, un lijero cambio los hacia representar un corral de campo con gran número de hombres a caballo y animales en movimiento.

Una nueva combinacion los convertia en tren de ferrocarril con sus máquinas y larga fila de carros para el equipaje y los pasajeros. Pero, les sentaba mas acomodarse en un pequeño carreton del que tiraba uno de nosotros, miéntras el otro hacia de cochero lo mejor que podia. Sacudiéndose y saltando a cada movimiento, representaban fardos de toda clase de mercaderías que íbamos a vender de plaza en plaza. Nuestro variado surtido se componia de barricas de vino, útiles de caza, provisiones domésticas, fardos de lienzo, objetos de fantasía; habia de todo, ménos, por cierto, otros jarritos.

No siempre andaban en el comercio; porque se les notaba marcada propension guerrera. Formados en batallon

hacian ejercicio a las órdenes del mas alto que ocupaba el grado de coronel. Alineados en formacion y cada uno con su fusil que era una larga varilla pasada por el interior de los brazos, les hallábamos una apariencia mui marcial. Al principio nos desazonaba la dificultad para hacerlos marchar; se alineaban mui regularmente, pero, a la voz de mando ninguno se movia de su puesto. Hasta que un dia se le ocurrió una idea luminosa: atamos sólidamente nuestros soldados con una cuerda, y despues de pasar un extremo por la oreja del coronel, lo tirábamos suavemente. El resultado fué admirable; obedecian a las voces de mando como un solo hombre, y aunque frecuentemente se caia alguno introduciendo la confusion en las filas, el ejército no cesaba de marchar, y nuestra felicidad era completa.

Los jarritos pasaban por todo sin murmurar, y apénas se ponian en movimiento comenzaban a conversar y se contaban divertidas historias en el lenguaje de los arritos, segun lo que representaban las pinturas de sus paredes. Y no se crea que hablaban todos en el mismo idioma; cada uno tenia sonido diferente. Pero, ellos se entendian sin duda. Y qué agradables eran sus voces! Se hacian visitas con saludos mui corteses y para expresar sus sentimientos mas cariñosos acercaban sus bordes haciéndolos chocar lijeramente.

Aunque eran tan pacientes, sufrian mucho cuando los golpeaban por descuido o en un momento de mal humor; entónces, los pobrecitos se quejaban exhalando sonidos lastimeros. Bien podian rodar, y aun sobre la alfombra lo hacian sin repugnancia, con tal de que los fueran impeliendo suavemente y no los llevaran a saltos por el empedrado. Pero, les causaba un terror indecible que los dejaran caer inconsideradamente desde una altura; eso si que los aflijia y su llanto se prolongaba mucho rato despues de la caida.

***

Como los jarritos se ajitaban tanto en el dia, en la noche dormian a su modo, acostados en el bello cesto de mimbres que quedaba colgado a los pies de la cama. El era un niñito piadoso y nunca se acostaba sin haber dado gracias a Dios por todos sus beneficios. Arrodillado junto

a su cama, repetia las oraciones que su mamá le enseñaba todas las noches y al concluir le daba tambien gracias a Dios por haberle enviado esos jarritos tan hermosos y que le servian tanto. Y aunque algunas veces se distraia por mirar sus jarritos, era solo un instante, y al momento continuaba rezando con mucha devocion. Luego se quedaba dormido encomendándose a la proteccion de la Vírjen y de su Anjel de la Guarda.

Su imajinacion estaba continuamente ocupada en una porcion de cosas y por su cabecita pasaban muchas ideas; por eso durante la noche solia soñar en las mismas, y en muchas otras en que ni habia pensado en el dia. Sus sueños eran siempre mui hermosos. Unas veces, veia anjeles iguales a niños con alas, que venian bajando y volaban sin que el aire tocara sus largas, flotantes túnicas de nubes; se le acercaban sonriendo y luego se desvanecian. Otras veces, eran árboles de follaje resplandeciente y pájaros de oro y plata, de infinita variedad de colores, que cantaban saltando entre las ramas; ovejas con preciosas cintas encarnadas en el cuello, cubiertas de un vellon blanco como nieve y que les llegaba hasta el suelo. Tambien soñaba que le daban toda clase de juguetes, y naturalmente los jarritos desempeñaban un papel importantísimo en los sueños.

En un extremo del cuarto y frente a su cama habia arreglado un pequeño altar que recibía la luz que penetraba por los vidrios de la ventana. En el centro de la mesa, un sencillo pedestal pintado de blanco con relieves dorados, sostenia un grupo que representaba a Jesus trabajando en el taller de su padre. El Divino Niño, sentado en un banquito, trataba de dar la forma de cruz al trozo de madera que sostenia entre sus rodillas. San José manejaba una pesada sierra, pero, sin apartar la vista de su hijo; la Vírjen hilaba cerca de su esposo. Los dos contemplaban enternecidos los esfuerzos del pequeño trabajador y el aire de celestial dulzura que brillaba en su rostro. Un precioso crucifijo de marfil puesto entre dos candelabros, delante del grupo, completaba con varias otras imájenes y vasos de flores, todo el adorno del altar, cubierto por blanquísimo lienzo bordado por las cariñosas manos de sus dos hermanitas.

Una tarde, sus hermanitas se habian convenido para causarle una sorpresa. Mientras él andaba fuera, se introdujeron a su cuarto sin decir nada. Cubrieron de flores la mesa del altar y en cada ángulo hermosos lazos de seda; y para que su gusto fuera mayor, en dos de los jarritos pusieron ramos compuestos de las flores mas bonitas y olorosas y las colocaron en el medio a los piés del Niño Jesus. Y despues de encender todas las luces salieron a llamarlo con un aire mui misterioso.

¡Qué sorpresa, al abrir la puerta, y qué alegría!—Nunca se habia visto algo comparable; el altar estaba deslumbrante y las flores embalsamaban el aire. Pero, los corazones, esa si que era fiesta! Todos saltaban de júbilo y se reian; él por celebrar la idea de sus hermanitas, y ellas por el buen resultado de su inocente travesura, al verlo tan contento. Cada una le contaba a porfia lo que habia hecho; cómo habia sido la primera en concebir el proyecto o en la ejecucion de los arreglos que mas le habian gustado. Se disputaban y hablaban al mismo tiempo; despues se interrumpian para abrazarse, y volvian a reirse y a saltar, y todos eran mui felices y se querian mucho.

***

En la noche tuvo un sueño extraordinario. Le pareció que despertaba de repente; se encontraba acostado en su cama, pero, el cuarto no era el mismo, ni era un cuarto el lugar donde creia hallarse. Cerca de él distinguia los objetos familiares a su vista en los mismos lugares que ocupaban durante el dia, pero, con formas vagas, visibles apenas en la oscuridad por una especie de fosforencia que brillaba ya en un punto, ya en otro. Mas lejos, masas desordenadas de árboles enredaban sus brazos en figuras fantásticas que se iban debilitando mui poco a poco hasta confundirse en una gran cortina vaporosa que comenzaba a moverse con un movimiento inexplicable. Jiraba toda mui lentamente, y al mismo tiempo en pequeños fragmentos circulares que se ajitaban con extrema velocidad, creciendo, y disminuyendo, de modo que llenaban, unas veces, todo el espacio, o se reducian a puntos casi imperceptibles. Otras veces, era el aire que se llenaba de colores extraños,

o bien se dibujaban sombras caprichosas que se alejaban desvaneciéndose despues de pasar por prodijiosa serie de transformaciones.

. . . . . .

De repente, todas aquellas figuras se disiparon, y apareció una gran cruz negra suspendida encima del pequeño altar. La cruz estaba vacía, y de las extremidades de sus brazos y de cada letra de la inscripcion de los judios, arrojaba vivos destellos semejantes a los que se desprenden de las lámparas de las iglesias. El niño atemorizado cerró los ojos. Pero, una ardiente claridad que iluminaba todo el espacio lo obligó a abrirlos de nuevo. Vió entónces a Jesus extendido en la cruz, con la apariencia de un hermoso niño cubierto de ricas vestiduras; innumerables grupos de ánjeles en un fondo de nubes de plata, flotaban al rededor de la cruz entre blancas azucenas y rosas. Del cuerpo de Jesus emanaba aquel resplandor suavísimo que llenaba el espacio; la luz del niño del cielo penetraba blandamente en el corazon del niño de la tierra, y era tal su dulzura que un deseo vehementísimo de irse y seguir a Jesus se apoderó de él, atrayéndolo hácia la cruz con fuerza irresistible.

En ese momento, la Vírjen que nunca se aparta del lado de su Hijo, (aunque el niño nó la habia visto antes), se acercó a él y tomándolo por la mano lo llevó hasta el pié de la cruz. El niño se arrodilló y juntando sus manecitas comenzó a recitar una oracion. Al hincarse, notó con gran sorpresa, que sus queridos jarritos se hallaban a su lado; por un incomprensible prodijio se habian trasladado tambien a las gradas en que descansaba la cruz, y allí estaban ahora, en su canasto, tales como él mismo los habia arreglado al lado de su cama, antes de dormirse. Confundido por tanto misterio, acercó los labios a los piés del Divino Niño y los besó tímidamente dos veces, La Vírjen lo miró sonriendo y mostrándole la cruz.

En el mismo instante resonó en el aire una música deliciosa; el sonido de instrumentos misteriosos se confundia con las voces de los anjeles en un concierto de prodijiosas armonías. Las azucenas comenzaron a cantar dulcemente con los anjeles aquel himno indescriptible, cuyas notas parecian remontarse hasta perderse en el cielo. El niño escuchaba arrobado y fuera de sí.

La divina música fué extinguiéndose lentamente, y al apagarse las últimas vibraciones, desapareció tambien la cruz. Solo los dos jarritos en que las niñitas habian colocado sus flores, permanecian aun visibles sobre el altar, convertidos en dos vasos de oro brillante que comenzaron poco a poco a perder el color y oscurecerse.

La luz de la mañana penetrando por la ventana, despertó al niño, que se encontró no poco sorprendido de hallarse en su aposento, y ver otra vez, el pequeño altar, los jarritos y los demas objetos de su cuarto, como estaban antes de acostarse.

***

Pasaron varios dias despues de la noche del sueño.

Una mañana, el niño se hallaba otra vez acostado en su cama y soñaba. Y otra vez, eran sus sueños de dicha, de anjeles y de hermosas flores, porque una dulce sonrisa entreabria delicadamente sus labios. Dormia muy sosegadamente con las manos juntas sobre el pecho como si rezara. Con la rubia cabecita inmóvil, apenas hundida sobre la almohada, parecia un anjel dormido.

Sobre la mesa se veian los jarritos con flores, como sus hermanitas los habian arreglado el dia de la sorpresa, y dos velas ardian delante del pequeño crucifijo de marfil. Pero, las flores estaban marchitas y algunas esparcidas por el suelo; las velas casi consumidas: habian ardido durante toda la noche arrojando una luz escasa y vacilante. El aposento no estaba solo; pero, el silencio era apenas interrumpido por algun sollozo contenido, o por el ruido de la puerta, al abrirse con tiento, para dar paso a los raros visitantes.

¡Qué tranquilo era su sueño! Pocos dias antes, habian notado en él un lijero acceso de tristeza, como si sufriera algo sin causa aparente. Se quejaba de un frio excesivo, y dijo a su mamá que sentia un lijero dolor de cabeza. El médico de la casa aseguró que no era nada; una fiebre insignificante que cederia muy pronto. El niño se sentia débil, pero, su estado no inspiraba sérios temores. La docilidad y dulzura de su carácter parecian haber aumentado

con la enfermedad, aunque continuaba siempre un poco triste.

Una tarde, suplicó con mucha insistencia a su mamá que se acercara porque deseaba contarle una cosa muy interesante que le habia sucedido. Hizo que lo enderezaran en la cama, y con acento muy animado, le refirió que un lindo niño habia venido a llamarlo y lo convidaba para llevarlo a un lugar muy hermoso en que se encontraria con muchos niños de su edad y todos eran muy buenos y muy felices. Pidió el Niño Dios de su altar y luego que se lo pasaron, lo besó con mucha ternura diciendo que era muy parecido al niño que habia venido a buscarlo, pero, que el último era vivo y mucho mas bonito. Al ver el rostro afligido de su mamá que lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, le dijo con tono que se esforzaba en parecer alegre, que no se aflijiera por él; que iba a ser tan feliz y si el Niño-Dios se lo llevaba, no se olvidaria nunca de su mamá ni de sus hermanitas y desde el cielo las estaria siempre mirando; que ellas tampoco se olvidasen de él y lo encomendasen todos los dias a Dios.

No dijo mas. Poco despues cerró los ojos con tanta tranquilidad que todos creyeron se habia dormido. Alguien, en voz muy baja recomendó que se quedasen en silencio para no interrumpir su reposo.

Pero, luego advirtieron que la vida se acababa de retirar de su cuerpecito, tan blandamente que no lo habian conocido. Unos a otros se lo dijeron muy despacito como si todavía temieran perturbar su sueño. En seguida, cerraron sus ojos con cariño, y juntaron sus frias manecitas, como las de un anjel en oracion. Besaron, entonces, llorando, los labios sonrientes y la frente pálida del niño querido, y sin una palabra, se alejaron, uno tras otro, del triste aposento.

Todos se habian retirado y aun quedaba una mujer abrumada por el dolor, rezando arrodillada al lado de su anjel dormido.

RAIMUNDO SALAS.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

O

TOMAS BECKET.

POEMA DRAMATICO DEL POETA LAUREADO DE LA GRAN BRETAÑA: A. TENNYSON.

(Continuacion.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Retiro de Rosamunda.—Un jardín.—En el centro un prado de flores silvestres y un banco.

(*Se oyen voces cantando entre los árboles.*

1ª Voz. Es la brisa del alba lo que oigo
que entre pinos suspira?

2ª Voz. No! es la voz de la mar que se estrella
de la Sierra en la falda!

1ª Voz. Con el eco de la ola no subo
Como el son de una lira,
Como un canto que sale de Oriente
con la luz roja y gualda?

2ª Voz. Es amor del profundo surjiendo
con el sol el que canta!

1ª Voz. Es amor que fecunda una vida
o la quiebra y la agosta?

2ª Voz. Acojámosle bien que hasta al muerto
de la tumba levanta!
1ª Voz. Yo de mi isla prefiero el reposo;
que no aborde a esta costa!
2ª Voz. No; dejad que su trono aquí erija,
que el mejor soberano
es amor cuando nace del fondo
como el sol del oceano!
(*Entran Enrique y Rosamuda.*)
Rosamuda. Hazte otra vez su amigo; te suplico
Enrique. De Becket? Para verte tengo una hora;
El báculo está en choque con el cetro.
La mitra en lucha está con la corona,
Y cuando de la lid huyendo salgo
Por respirar aquí mas libre atmósfera
Y olvido y paz gozar sobre tu seno,
Tú, mi alma, a Becket sin cesar me nombras,
Así dorado ideal de mi ternura,
Renuevas pesadilla que me agobia.
Rosamuda. !Oh! vida de mi vida, no te enfades
Que es mi muerte; mi sol, no arrojes sombras.
De tus horas, esta es la única mia;
Nada venga a empañarla que es bien corta.
Muéstrate régio cual la vez primera.
Enrique. Dónde fué?
Rosamuda. Si perdiste esa memoria
Tambien me olvidarás!
Enrique. Bien lo recuerdo
Fué en el campo!
Rosamuda. Y en una senda angosta,
Ví alzarse entre retamas amarillas
El alto potro negro que tú montas
Cual repentina noche en plena tarde,
Y espantada voló tímida tórtola.
Deslumbrada sentí que alguien me hablaba.
Enrique. Te pregunté por el camino.
Rosamuda. Ahora
Me parece que sí, pues perdí el mio.
Enrique. Y no obtuve palabra de tu boca.
Rosamuda. Es que era aun muy niña y azoréme.
Enrique. Boton que a producir iba esta rosa!

No le nombremos mas; a sus comparsas
He arrojado en pos suya a extrañas costas,
Madres, nodrizas, huérfanos y viejos
A que mueran o vivan de limosnas.
El buen Rey Luis nutrir no puede tantos!
El hombre ha de sentir lo que es mi cólera!

ROSAMUDA. A niños y nodrizas! y ¿eso es régio?

ENRIQUE. Y tampoco en la Iglesia aguanté bromas.
De Pontigny en el Cláustro lo albergaban
Y él lo pasaba allí la ley canónica
Aguzando en mi contra, pero el día
En que a los de Vesclay que me aman y honran,
Escomulgó, notifiqué a los frailes
Que o le espulsan del Cláustro sin demora
O los disperso y mando con sus hábitos
Al infierno a parar sin ceremonias!

ROSAMUDA. Y es digno eso de un Rey?

ENRIQUE. Traidora acaso?

ROSAMUDA. Zelosa por tu fama, soy traidora!

ENRIQUE. La fama! qué me importa si el despecho
La ignorancia, la envidia, y aun la historia
La pintan como quieren; lo que hoy fama
Es infamia mañana, qué me importa?
Soy el Rey y a mi raz. legar quiero
Integra y respetada la corona!

ROSAMUDA. Y tu honra tambien como a un Rey cumple

ENRIQUE. No hago caso del dicho niña hermosa.

ROSAMUDA. Yo a mi vez de tu dicho no hago caso;
Un Rey que te supera: amor! transforma
Tu "no hago caso" en "hago caso." Dime
Si es o nó la verdad.

ENRIQUE. Mortal congoja
Atormémtame siempre que cesare
De hacerte caso.

ROSAMUDA. Inútil! Bien me consta!
Siéntate en ese banco, yo a tus plantas;
Sean flores silvestres nuestra alfombra.
(*El Rey se sienta y Rosamuda a sus piés.*)

ENRIQUE. Mandé que un sitio real te preparasen
Y en tu corte han dejado agreste flora.

ROSAMUDA. Del bosque trasplantéla por mis manos.

Las flores del jardin son aquí exóticas;
Huéspedes pasajeros me parecen
En una tierra cuya lengua ignoran.
No es porque no me gusten, pero apuesto
Que no hay rosa en el mundo que en aroma
Iguale a esta silvestre. (*coje una zarsa-rosa.*)
Las espinas
Evitar sé. Dónde hay mas olorosa?

ENRIQUE. Rosa eres tú, y entre las rosas reina!
Indigno de ella soy; la culpa es toda
De este cuerpo brutal que encierra mi alma.
Yo que abusé por vías tenebrosas
Del trono, y me hice, andante entre mujeres,
Un lodazal de que las fiebres brotan;
Volver aquí a su lado a correr puro
Bajo arboledas verdes y frondosas
Y libre ya del lodo que arrastraba
Tornar el cielo a reflejar en mi onda. (*mirándola y distraido en voz alta.*)
Tuyo! tuyo!

ROSAMUDA. Lo sé

ENRIQUE. (*Murmurando*) No de ella; un lazo
Solo nos une, a Becket tambien odia!

ROSAMUDA. Qué estás, dí, murmurando! qué odio a Becket?

ENRIQUE. (*Murmurando*) Su odio es el instintivo que alma torva
Tiene a otra alma mas pura y mas sincera;
El mio es un acíbar que devora,
Odio bastardo que enjendró el cariño.

ROSAMUDA. Fué mi culpa el mentarlo; en otra cosa
Piensa y permite que la mano de una
Que en tu voz halla música que arroba,
La detenga un instante. [*Le pone la mano en los labios*]
[*El Rey besa su mano*] De amor habla!
Como el mendigo que a la puerta toca,
De amor recibió el óbolo mi mano,
Tu beso! y como fué santa limosna
Besarélo a mi vez. [*Se besa la mano: el Rey la examina.*]

¿Por qué la miras?
No vayas a hallar señas desastrosas!

ENRIQUE. [*Murmurando*] Es mitad de la suya; nó, con [ella
No podría medirse si se afrontan

ROSAMUDA. Con ella?...dí con quién?

ENRIQUE. [*Murmurando*] La quiromancia
Es de gitanos arte mentirosa.
En la cara refléjase la vida.
Ni un surco, terso mármol; mientras la otra
Tiene el rostro cruzado y recruzado
Como tela de araña venenosa.

ROSAMUDA. [*Poniéndose de pié*]Salga mi sol de nube que lo [eclipsa
Y que mi hora de luz así me roba.

ENRIQUE. Rosamunda, querría ser sincero
Y decírtelo todo: me lo estorba
Sólo el temor de ocasionarte pena.

ROSAMUDA. Es algo en contra mía?

ENRIQUE. Nó; en mi contra.

ROSAMUDA. Pues no quiero saberlo; mi hora exijo.
Llamaré al niño. Godofredo! hola!
(*Entra Godofredo.*)

ENRIQUE. Cómo crece este chico!

ROSAMUDA. La sien tuya,
De mi padre, de Clifford es la boca.

GODOFREDO. Qué me traes, señor?

ENRIQUE. Interesado!
Dí, mi cancillería te acomoda?

GODOFREDO. Sí, señor!

ENRIQUE. (*imitándolo*) *Sí, señor*! Como si fuese
Un pastel de genjibre, así lo toma!
Lo que es ser canciller, entiendes niño?

GODOFREDO. Algo bueno ha de ser, pues me lo donas.

ENRIQUE. Es estar por el Rey miéntras lo seas;
Luego que en sede arzobispal te ponga
Es volverte contra él y el mundo entero
Trastornar en funesta batahola.

GODOFREDO. No lo quiero; mas dámelo y te juro
No trastornar el mundo.

ENRIQUE. Una pelota

Te traigo con que juegues a tus anchas,
Que es mas de lo que yo hago con mi bola.
Anda y pruébala.
(*Sale Godofredo con su pelota.*)
Niño lindo y ágil!

ROSAMUDA. Tan parecido a tí; será tu copia.

ENRIQUE. No a mi barba confío, porque asusta.

ROSAMUDA. Como hombre eres perfecto!

ENRIQUE. (*Riendo*) Sin lisonja!
Si fuese jorobado aun lo dirias.
Así sois cuando amáis todas vosotras
Y por eso os adoro; Dios os guarde
Y os evite a los dos toda zozobra
Cuando yo falte.

ROSAMUDA. Dudas tú del único
Que sabe donde Rosamuda mora!

ENRIQUE. Bien podría mandar descuartizarlo
Entre potros, él nunca traiciona!
Antes que ser villano me escomulga.

ROSAMUDA. Y yo con piés descalzos por las rocas
De agudos filos andaría leguas
Por detener el rayo!

ENRIQUE. Y si lo arroja?
Como hija de la Iglesia, tú sin duda
De mí te alejarás?

ROSAMUDA. No lo hace!

ENRIQUE. Y si osa?

ROSAMUDA. Entónces, el decirlo me horripila,
Forzaré al corazon a que responda
Con anatema al anatema; en lazo
Me uniré mas estrecho a tu Persona!

ENRIQUE. [*Levantando a Rosamuda y besándola*]
Oh mi valiente Rosa, ha estado a verte?

ROSAMUDA. Aquí, jamás! Ni un confesor asoma:

ENRIQUE. Confiésate conmigo de tus culpas.

ROSAMUDA. Ademas la venida fué tan pronta
Que ni siquiera traje un crucifijo.

ENRIQUE. Aquí tienes. [*Dándole la cruz de Leonor*]

ROSAMUDA. Qué hermoso! es una joya!
Hasta que tenga el mio me lo dejas?

ENRIQUE. Como yo, sea tuyo hasta la fosa

ROSAMUDA. Llevarélo a la fosa en mi mortaja
Y subirá conmigo hasta la gloria!
ENRIQUE. Debo partir, mas siempre que lo beses
Pensando en quien por tí murió en el Gólgota,
Piensa en uno que vive por tí en Francia,
Pues allá voy, que a guerra me provocan
El Papa, Luis y el clérigo rebelde.
ROSAMUDA. Por tu amor, por el de ésta que te adora
(*Arrodillándose*) No arrojes tu alma al fuego del [infierno;
Reanuda con él la amistad rota!
ENRIQUE. ¡Mira, mira, que el niño en la coriente
Persigue su pelota, que se ahoga!
(*Salen todos*)

Escena II. Montmirail—Entrevista de los Reyes—Juan de Oxford y Enrique—Muchedumbre a la distancia.

JUAN DE OXFORD. Aún no coronáis al joven Príncipe?
ENRIQUE. No pienso, vive Dios, hacer tal cosa!
Me replicó el muchacho el otro día
Como si ya ciñera la corona.
No lo coronaré; que a Becket creo
Y temo que su madre me le oponga.
JUAN DE OXFORD. No lo coronaréis?
ENRIQUE. Tan sólo Becket
Podría celebrar la ceremonia
Y desde que ser dueño en casa mía
He decidido, como herida corza,
De mis sotos ha huido Cantorbery,
JUAN DE OXFORD. No podría una voz artificiosa
A vuestra voluntad domesticarlo?
ENRIQUE. Odia mi voluntad, no mi persona!
JUAN DE OXFORD. Tenéis a York.
ENRIQUE. Mas dudo que Inglaterra
Como su rey a Enrique reconozca
Si lo consagra York y doblaría
De York las pretensiones tanta honra.
Diviso agitacion entre la gente,
Ve si es nuestro ex-marido, alma devota
Soberano esquilmado que al campo entra.

JUAN DE OXFORD. Voy!
(*Sale*)
ENRIQUE Pascar y volverme! astuto en Roma
Casi se encaramó de nuevo el Papa.
No tarda en dominar a Barbaroja
Y al fin podrá con desatada lengua
Interdecir mis reinos. Transitoria,
En la lid del Estado con la Iglesia
Que muestra ya la trama de la estofa
Surzamos una paz; ni yo ni el Papa
Podemos seguir rumbo entre las rocas.
Por hoy me vence el hijo de mi súbdito
Y el vencido a la paz siempre se amolda.
(*Entra Luis Rey de Francia*)
Qué vamos, real hermano, a hacer con Becket?
LUIS. Hermano, a un tiempo con los tres negocias
Con Papado e Imperio y Antipapa!
Nadie así burla a Dios sin que se expongan
ENRIQUE. Buen hermano, Rey Monje te apellidan.
LUIS. Mas quién? la que fué mia y es tu esposa?
Ya tienes su ducado que anhelabas,
Tuya en lo temporal fue la victoria.
Que te sea constante al cielo ruega.
ENRIQUE. Por conservar la herencia nadie ignora
Que hiciste cuanto estuvo de tu parte;
Mas con sus garras el leopardo asióla
Con tal vigor que reculaste a Francia.
Díme si a esta entrevista me convocas
Para hablar de consortes? ya sobrado
En nuestros interiores incocomodan.
LUIS. Luchamos en Oriente, nuestras mallas
Caldeadas fueron por el Sol de Antioquía,
Alanceamos pechos sarracenos,
Pero nunca asuzamos las golosas
Jaurías al despojo de la Iglesia!
Llámenme monje; quién asi me apoda
Me hace un honor, y considera, hermano,
Que la Iglesia ni amaina ni sozobra,
Ni su piloto pierde el equilibrio
En tempestades que los reyes soplan.
Te perdono los males que me has hecho

(Enrique levanta la mano)
No te defiendas! Lo pasado borras,
Todo el encono antiguo se disipa
Si el daño que haces a Tomás revocas,
Y reinstalándolo en su sede
A su leal amistad de nuevo tornas!

ENRIQUE. Más que leal amistad, compañerísimo!
Juntos nos divertimos y en concordia
Juntos tambien dictábamos las leyes!
Estaba de esa union la gente atónita;
Tú para comprenderla eres muy frio!
Será con el mi majestad graciosa;
Mas soy el Rey y si él que abrió la sima
Hoy la quiere cerrar, hablar le toca
(Entra Becket y en pos de él Juan de Oxford, Rogerio de York, Gilberto Foliot, De Broc, Reginaldo etc).

BECKET. Pues entonces, Señor, la controversia
(Arrodillándose)
En vuestras manos consentid que ponga.

ENRIQUE. Tomás, Tomás! has vuelto a ser el mismo!

BECKET. Salva la honra de Dios!
(Alzándose)

ENRIQUE. Fuera; se mofa!
Salva la honra del diablo; afirma y niega!
Condes, Obispos, lores, por Mahoma,
Este estiércol de Londres—moro fuera
Que con sus sacerdotes menos choca.
Estoy a media cuesta; quién me ataja?—
Me despeño;—me aguanto;—qué me importa?
Allá voy: Esto Becket obra mia!—
Y tu, hermano de Francia, aquí le alojas
Cuando furtivamente huyó de noche
Y su Iglesia aquí prófugo abandona!
Yo iba a reinstalarlo; ten cuidado
No se vuelva y a tí tambien te rompa
Porque cuanto no encuentra a su albedrío
Declara ser de Dios contra la honra.
Ardid con que me ostiga y me acomete
Y de mis reales fueros me despoja.
Para que nadie piense ni aún el mismo

Que de honra divina voy en contra
Cien sabios elegid en Inglaterra,
En Normandía y en Anjou que expongan
Lo que fué en otros tiempos la costumbre
Y decídalo Francia que es católica!
Mas aún! me conformo a que me trate
Como a mi antecesor de menos monta.
Trato el mas grande y santo de los suyos!

LUIS. Vamos que ya bastante el Rey se dobla!

BECKET. Palabras! de las cuales como anguila
(*Aparte*)
Se sabrá deslizar si se le antoja
(*En voz alta*)
La gratitud merecen de la Iglesia
Los que nos precedieron en la obra,
Ellos hoy la cosecha facilitan.
Con todo....

LUIS. Qué dudáis; la paz otorga!
Aventajar presumes a los santos
Aun a San Pedro?

BECKET. Digo que no todas
Las malezas del mundo arrancar pudo
La valiente falange precursora
Muchas se alzan al cielo y lo oscurecen
Porque infernal calor las desarrolla.
Si hubiesen sido todas arrancadas
Sin dejar las raices que hoy retoñan
Hoy sería menor vuestra tarea.
Ora exesivas y ora defectuosas
Eran las santas gentes, y no admito
Que sus faltas ni exesos sean norma.
Si a Cristo negó Pedro en su flaqueza
Y desafió después iras despóticas
No su flaqueza su valor seguimos.
Oh! no me aconsejéis que a Dios proponga
Por rey alguno!

ENRIQUE. Dios es uno solo
Y su Profeta yo, dijo Mahoma;
Pero éste va mas léjos, éste dice:
Mortales, no hay mas Dios, que mi persona.
Tomás, hijo de oscuro mercachifle,

Fuera! no escucho mas!
(*Sale*)

LUIS. Ciego de cólera
Sale el pobre de quicio, vuestra causa
A abrazar nos movió la idea errónea
De que érais maltratado por Enrique.
Os brindó a nuestros ojos paz honrosa
Y en la guerra insistís; si bien la Iglesia
Reina sobre los reyes y es señora,
Los reyes en el mundo somos algo!
Retiráos os ruego de la sombra
Que os estendía el ala de la Francia;
No os cobijamos mas.
(*Sale*)

JUAN DE OXFORD. Mi alma rebosa
Viéndole despedido por la Francia.
La clase de hombre que es ya espuse en Roma.
(*Sale*)

ROGERIO DE YORK. Pues burla a ambos estados, es muy [justo
Que le rechazen ambos como Roma.
(*Sale*)

FOLIOT. Su herencia caiga en manos estranjeras,
Y que su arzobispado otro recoja.
(*Sale*)

DE BROCK. Nuestros castillos son de Cantorbery.
Venid a rescatarlos.

REGINALDO A vuestra hora.
(*Sale*)

BECKET. Malditos sean Foliot y Rogerio!
Malditos Juan de Oxford, y los que roban
El castillo de Saltiwood a mi diócesis
De Broc y Reginaldo y las raposas
Que calumnian y siembran la zizaña
Entre mi Rey y yo; raza diabólica!
(*Voces de la muchedumbre*)
Bendito sea el Santo que de reyes
En servicio de Dios la furia arrastra!

BECKET. Hijos, os agradezco la alabanza
De vuestros tiernos labios: las coronas
Sólo buscan los reyes cuando el pueblo

Solo aspira a servírsela en la gloria.
El es mi Rey

HERBERTO. Tu Rey te mandó fueros,
Pescador de los hombres y copiosa
Pesca has hecho hoy, tus redes están llenas.

BECKET. La sangre como al Rey se me alborota,
A cual es para el puesto menos apto.
Quién fuera, Herberto, pescador de Bosham
Tu caleta natal; ya me imagino
Playa en que espira lánguida la ola,
El cristalino arroyo por el prado
De perenne verdor, la gris parroquia,
La medida y simpática tarea,
La parda red, el cesto de langostas.
Y como pajarillos en sus nidos,
Con los picos abiertos, en las chozas
Niños que piden pan; la diaria angustia
Cada dia aliviada, y la que goza
Quien diariamente gana su existencia!

HERBERTO. Tomás, no hubieras aguantado ni horas

BECKET. Quizás nó.

HERBERTO. Walter Majo de los Sucesos
Te viene a conversar, con él razona.
(*Entra Walter Majo*)

WALTER MAJO Es lástima milord que hayáis cegado
Hoy en Francia el afecto, aun cuando torna
Después de tantos humos, a encenderse
El cariño del Papa.

BECKET. Y quien estorba
Qué en humo a parar vuelva?

WALTÉR MAJO. Cuando el fuego
Ardió, le dijo al humo: "a la alta bóveda
Sube, mi hijo, derecho;" al punto el humo
Le contestó "me voy:" pero en la atmósfera
Torcióle el Norte al Sur y el Este al Oeste
Y desde entónces con los vientos flota;
Es su ley natural el subir recto
Pero el más leve soplo le trastorna.
Asi afecta seguir su Señoría
Las perpendiculares rigorosas,
Mientras que el Papa a quien a un tiempo jalan

Emperador y Rey, va sin derrota,
Y si se ha de mover, por fuerza tiene
Que diagonalizar.

HERBERTO. Arte injeniosa
Para inventar palabras es la tuya.
El diagonalizar va a entrar en voga.
Pero Becket jamas diagonaliza:
Pródigo eres de burla en verso y prosa!

WALKER MAJO. Peor se halla acaso el mundo porque el [verso
De mi cargada péñola desborda?
Hago a las gentes mal, porque hago al chiste
De la verdad el arma defensora?

BECKET. Y si el chiste es inmundo, y si la musa
Como cerdo en chiquero, en él se embota?
No crées que la verdad, si tales tipos
Asumen su defensa, se abochorna?

WALKER MAJO. Es tal mi caso? Si se enferma el pueblo
Y no hallo blando el lecho en que reposa,
Sin mas causa, milord, suspendería
Mi noble facultad de escribir coplas,
Como él se suspendió cuando firmara?

BECKET. Flaqueza aquella fué que mi alma llora.

WALKER MAJO. Consoláos milord; Si os suspendísteis,
De nuevo el Santo Padre en tierra os posa;
Con Foliot y demas por vos suspensos
Veréis que hace otro tanto sin demora;
Que el mismo Papa siempre está en el aire
Como cuentan del cuerpo de Mahoma,
Siempre como platillo de balanza
Que arrastra ya la gravedad tentónica,
Ya el oro inglés, oscilacion perpetua
Del péndulo que llega a ser monótona.
Ni falta quien afirme que si un dia
Con una bolsa de oro al Papa azotan,
Puede que salga de su quicio, pero
Si la atrapa, no suelta de la bolsa.
Lo dijo Joselyn de Salisbury.
Muchos capelos rojos el Rey compra,
Hoy os brindó la paz, la rehusásteis
Y ambos amáis a Dios! Haced de forma

Que os compongáis por el amor del cielo!
Os siembro un buen consejo ¿a que nó brota?
Detesto en las antiguas amistades
Ver así producirse simas hondas
Como fauces de frailes cistercenses
Capaces de engullir cualquiera cosa.

(*Vase*)

BECKET. Majo de Roma se burla; y es muy cierto
Que si por mí no fuera, ya de Roma
No habría ni señal en Inglaterra.
Será que siempre Roma, Roma! escoja
A Barrabás de preferencia a Cristo,
Que al siniestro ladron absuelva y oiga
Y condene al ladron de la derecha,
Que escuche a los tiranos que sobornan,
Que el sacrilejio disimule haciendo
Lo que Pedro no osara ¿Será que ahora
Condene al inocente desterrado?

HERBERTO. Quién te viera Tomás de Papa en Roma!

BECKET. Fuera mi aspiracion santificarla
De Cristo mantenerla digna esposa,
Le enrostrara su ruin inconsecuencia
La intriga y avaricia que la apocan,
Le haría comprender que es todavía
La Roma eterna, que sin fé se azora
Y tiembla ante los Príncipes mortales
Cuando ella vive siglos y ellos horas!
Cuánto inocente ¡oh Dios! dejó sus huesos
Desconocido en el camino a Roma!
Sobre mí mismo el Rey, merced a ella
Tiene poder; ella es quién me deporta!

HERBERTO. Milord, ya vuelve Luis; va de su rejas
A arrojaros!

BECKET. Jamas lo pondrá en obra:
No eres profeta, ni hijo de profeta.

HERBERTO. Por lo que diga un Rey no seáis apóstata.
Le noto turbacion.

(*Entra Luis.*)

LUIS Caro arzobispo,
Acabo de saber que a los que moran

En Portou, que abrazaron vuestra causa
Maltratan y aun mandan a la horca
Y apesar de que Enrique su promesa
Me dió de perdonarlos, no perdona.
Perdí en él toda fé; la Iglesia es la única
Que ve con claridad, yo estaba en sombras
Cuando por un mortal a Dios dejaba,

(*Arrodillándose*)

El Rey de Francia a vuestros piés se postra;
Padre Santo! absolverme.

BECKET. Yo te absuelvo
En el nombre de Dios!

LUIS. (*Levantándose*).

De hoy mas que corra
A nuestro cargo el protejeros; sean
Frutas y vinos, la riqueza toda
De nuestra Francia cual si fueran vuestros,
Vuelve a Sens y allí en paz estudia y ora.

(*Vánse*).

(*Voces de la multitud.*)

Viva el Rey Luis! y viva el Arzobispo!

(*Entran Enrique y Juan de Oxford*).

ENRIQUE [*Mirando al Rey Luis y a Becket que se retiran*]
Se marchan y la espalda ámbos me tornan,
Pues bien, entónces, a mis planes vuelvo
A coronar al hijo, y que Leonora
Salga de su tibieza y casi me ame—
En Roma ya has servido Juan, te apodan
Juan el jurero.

JUAN. Porque serte adicto.
Juré, y he de jurar la misma fórmula!

ENRIQUE. [*Palmeándole la espalda*].
Honrado Juan ¡vé a Roma! la borrasca
Recomienza. Tu mano sea pródiga,
Tu lengua infatigable; pronostica
Que me uniré al Emperador; lisonjas
Al Papa no escatimes ni amenazas;
No quede cardenal que no corrompas;

Ciega con polvos de oro al Vaticano,
Jura y perjura, a tu sabor embrolla!
Que yo salgo de aquí de York en busca
Para que ciña a mi hijo la corona!

Cárlos Morla Vicuña.

(*Continuará*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

LO QUE ELLA CANTABA

Hace ya para dos años que una noche, al salir del teatro, me encontré con un antiguo amigo de colegio, el cual no salía jamás á parte alguna ni menos al teatro. Sorprendióme tan extrañamente el verle en una pública diversión, que junto con estrecharle la mano brotó de mis labios esta indiscreta frase:

—¡Hombre, tú por acá? ¿Qué misterio encierra esta calaverada? Porque en tí es grán calaverada lo de venir al teatro, cuando ni siquiera vás á casa de tus amigos.

—Si no hay tal calaverada, sino que Gounod me enloquece, que su música es la sóla que me desencastilla de mis manías y que como esta noche cantaban *Fausto*, vínome en deseo oir tan bella partitura. Y aquí me tienes. No hay más.

Mi amigo era de natural reservado y casi nunca hablaba de sí propio. Así, pués, creí debido no insistir sobre el particular y darme por satisfecho con la explicación recién oída, no obstante que en aquel mismo punto creció en mi mente la sospecha de que alguna causa misteriosa influía en aquella exagerada pasión por la música de Gounod.

Ambos quedamos silenciosos y como nuestras casas estaban en una misma calle, dirigímonos juntos á ellas.

La noche era linda, serena, clara, perfumada. Ni una estrella lucía en el firmamento. La luz de la luna inundaba sóla la azul inmensidad.

La vereda por que caminábamos, iluminada por esa misma luz cuyos tibios y blancos rayos helaban sus reflejos quebrándose en las duras losas del pavimento y

tiñendo la acera con la albura deslumbradora del mármol, contrastaba de una manera fantástica con la del frente que, sumergida en las tinieblas impenetrables de la sombra, ocultaba con el crespón de la oscuridad la mitad de la solitaria calle.

No recuerdo de qué hablábamos en esos instantes: talvez de la regular ejecución de la ópera, talvez de las inmortales bellezas que la antigua leyenda de Fausto arrancó á Geöthe y á Gounod ó talvez íbamos silenciosos soñando cada cual las inexpresables imaginaciones que nacen en el alma á la contemplación de la hermosura sublime de las noches de luna. Ello es que no recuerdo lo que hablábamos, más sí recuerdo que á poco andar, mi amigo se detuvo y me preguntó:

—¡Oyes!

Puse atento el oído y escuché entonces el eco lejano de una melodía que, partiendo de una garganta de mujer y envuelta en las ondas infidentes del aire, venía rodando, rodando por el espacio hasta espirar muy quedamente cerca de nosotros.

Habíamosnos detenido para que nuestros pasos no empañaran la nitidez de tan sobrehumana voz que llegaba á nuestros oídos desde lejos, cual si viniera del cielo.

Entre tanto mi compañero murmuraba en voz baja y como hablando consigo mismo:

—Eso es de Gounod, sí; eso es lo que Ella cantaba... lo que Ella cantaba.

Y luego, dirigiéndose á mí, agregó en voz más alta:

—¿Quiéres que oigamos de cerca ese canto?

Apresuramos el paso, doblamos la esquina y ya oímos mejor la voz que cantaba. Al mirar á lo largo de la calle vimos, á corta distancia de nosotros, una ventana abierta en los altos de elegante casa. De allí partía la voz y al pié de esos balcones nos quedamos mucho rato.

¡Qué voz aquella, Diós mío! Era una voz de soprano, no muy aguda, pero de timbre bellísimo é impregnado de tal sentimiento y de tal dulzura que llegaban á lo último del alma sus notas y transportaba suavemente el espíritu á las regiones divinas del soñar.

Mi amigo decía extasiado:

—¡Qué voz y qué música! Una mujer así y la *Serenata* de Gounod!....

Pasó un momento y luego que la voz calló un instante, como escapadas del alma, salieron de sus labios estas palabras:

—¡Sublime! Sublime! Esa mujer canta la *Serenata* casi tan bién como Ella la cantaba... Ah! La *Serenata*,... no hay música tal como esa; pero tampoco hay mujer como Ella, tampoco hay voz como la de Ella!

Entre tanto, la voz no había vuelto á cantar y el piano había enmudecido.

En esto, pasado ya el mágico subyugador efecto que la *Serenata* de Gounod producía en mi compañero, tornó éste en su acuerdo y cómo yo le preguntara qué significaba el nombre de Ella pronunciado con tan insólita vehemencia, me respondió:

—Has sorprendido, sin que yo lo pensara, la interioridad más íntima de mi alma. Creo, de consiguiente, que tienes derecho á saber por qué me enloquece tanto esa *Serenata* y voy á explicártelo después que me digas quién vive en esta casa, quién es el ruiseñor que hemos oido y de quién es la jaula que le encierra.

No pude contestar en ese instante á estas preguntas porque ignoraba absolutamente hasta el número de aquella casa. Pero al siguiente día supe que la habitaba una pareja de recién casados, los cuales se lo llevaban dentro de ella los días enteros sin que persona humana les viera la cara más que los domingos en misa; por donde se sabía que *ella* era muy hermosa y *él* muy gallardo y amante. En las noches sí que solía vérseles, cogidos estrechamente del brazo, pasear por las solitarias calles vecinas en muy animada conversación. Tornaban después á la casa y ahí, acompañada al piano por su marido, cantaba élla los romances más lindos y sentidos y aún no pocos trozos de óperas notables. Los vecinos que estas cosas me contaban, habían escuchado ya más de una vez el *Pieta Roberto!*, *Le Lac*, *Alla Stella Confidente* y otras melodías semejantes. Todos envidiaban la sublime dicha de tan enamorada pareja: los mozos murmurando: "Caramba! ¡Quién tuviera una mujer como ésa! ¡Feliz él! Y las niñas pensando calladamente: "Feliz élla!"

—Mañana, repliqué entonces á mi amigo, contestaré á tu pregunta averiguando cuya es la pareja que aquí vive. Porque, de cierto, es pareja de amantes: ninguna mujer puede cantar con tanto sentimiento sino delante del que ama. Mientras tanto, bién será que respondas á mi pregunta....

—Voy á hacerlo, dijo él; mas como no estamos léjos de casa, vén conmigo á tomar té y oirás una historieta que nunca, hasta el día, salió de mis labios y que, á tí, que eres aficionado á escribir, podría servirte para componer algún cuentito en que se pruebe que, apesar del decantado materialismo de este siglo, aún hay hombres en el mundo que tienen verdadera alma; que saben sentir, amar y comprender á las mujeres como éllas merecen, sueñan y desean ser comprendidas; y que cifran su más legítimo orgullo en abrigar todos esos dulces sentimientos y esas grandes ideas con que adorna la mujer la imagen del hombre de sus ilusiones.

En este punto sentimos el ruido de un balcón que se cierra. Miramos hacia arriba y vimos que una mano, de hombre al parecer, por la fuerza de sus movimientos, cerraba entrambas hojas de la ventana.

Un instante después, apagábase la luz de aquella estancia y echábamos á andar silenciosos y pensando:

—Eso es lo que he soñado siempre. Una mujer, un amor, una casa y unas noches así!

Dos horas más tarde llegué á casa y me puse á escribir el siguiente sencillísimo relato que acababa de oir á mi amigo.

I.

Desde niño soñé siempre á la mujer amada con muy linda voz y con muy buenas disposiciones para el canto. Parecíame que, sin este requisito, élla no podía ser todo lo ideal, todo lo perfecta que en mis deseos me la figuraba. Parecíame también que de todas las dichas del amor correspondido; de todas las más poéticas escenas de la vida de dos esposos enamorados; de todos los encantos de la mujer amada, ninguno podía igualar á los de una de esas es-

cenas que llamaré líricas, del matrimonio, en que la esposa, no contenta con ser el cariñoso ángel guardián del hombre que la adora; no contenta con ser el calor y la luz, la reina y el alma de ese nido qus se llama hogar de un matrimonio, quiere ser además el ave, el ruiseñor de ese nido y entonces... canta! Y entonces la dicha llega á su más alta cumbre, porque llega verdaderamente al lirismo. Y el lirismo es siempre la nota última, la línea más alta, el término más acabado de todas las expresiones.

¡Cuán dulce debe de ser, me decía, oir el canto de un ruiseñor que sólo para mí gorgea; que escoje sus temas de de mis melodías favoritas; que me dice con el lenguaje vago y misterioso, pero expresivo y sublime de la música, cuánto de palabras no puede explicarme, y cuántos sentimientos se agitan en él que, por ser demasiado puros, demasiado tiernos, no caben en el ritmo mezquino de una frase y buscan para espaciarse el campo inmenso de una melodía! ¡Cuán dulce debe de ser escuchar de la misma boca adorada que siempre me sonríe, esas frases musicales que con sólo cuatro ó cinco notas hieren las cuerdas todas del harpa del sentimiento, y penetran y se graban en nuestra alma mejor que penetran ni se graban mil palabras y mil períodos del más elocuente de los lenguajes! ¡Cuán dulce debe de ser el que esas frases musicales, cantadas con la verdadera inspiración del arte, vengan dirigidas solamente á mí y sean, antes que obra musical de Gounod, de Niedermeyer ó de Robaudy, manifestación arrobadora del alma que más quiero, expresiones de un corazón tierno y apasionado que, en formas de armoniosos torrentes de melodías, derrama sus sentimientos todos en el mío! Y en una palabra, ¡cuán grato me fuera que la misma voz que me ha de jurar amor eterno en los altares, sea, además de la voz de mujer y de ánjel que me ha subyugado con sus acentos tímidos y suaves, la voz del ruiseñor que me hechice, que me fascine, que me enloquezca con los arpegios tiernos de su canto!

¡Ah! Yo no me enamoraré nunca ni me casaré jamás sinó con una mujer que tenga muchas disposiciones y mucho amor por el canto. Poco me importa que su voz no posea timbre ni extensión extraordinariamente notables, con tal que posea gusto y sentimiento para cantar. Poco

me importa que tenga mucha ó poca escuela, mucho ó poco estudio, con tal que sepa cantar algo de mi gusto y para mí solo.

Estas cosas pensaba cuando llegaron los días en que me enamoré por primera y por última vez. Te advierto que no me enamoré, como los más, repentinamente, en un sólo día ó, como quien dice, de golpe y zumbido: nada de eso, sino muy al contrario. Recién salido del colegio, la ví á *Ella* un día y, como es natural, me pareció muy simpática. Segunda vez hube de verla poco más tarde, y entonces connoté la simpatía que me inspiraba. Torné á verla después y ya no había, para mi gusto, tan hechicera persona como *Ella*. Volví á verla algunas veces más, con lo que mi único afán era verla nuevamente y mi única dicha, mirar sus bellos negrísimos ojos, que jamás se habían puesto en mí; su boca pequeñísima y agraciada más allá de lo decible; sus cabellos oscuros que, en ensortijadas guedejas, besábanla en las puras sienes, en la pálida frente, y caían por su espalda en forma de larga trenza que enredaba siempre las miradas mías entre sus hilos interminables de seda; y en fin, sus monísimas manos, sus piecesitos y su cuerpo, el mas gentil y perfecto de cuantos había visto. Empero, lo que más me desatinaba, era aquel su andar inimitable de pasitos cortos, llenos de gracia y de garbo á par que de modestia y timidez. En el cual andar yo veía algo del andar de las palomas sobre la nieve.

Así, de poco en poco, íbame enamorando de *Ella* hasta que un día la conocí personalmente, supe por buen conducto cuanto había que saber de *Ella* y después de estudiarla con frialdad, vine en convencerme de que *Ella* era el mismo sér que yo había soñado tantas veces, de que tenía perfecciones intelectuales y morales que no se hallan casi nunca juntas en el mundo, de que era en verdad—no por vana ficción de enamorado, como tantas otras mujeres,—ángel del cielo en la tierra, y de que, por fin, yo había nacido para *Ella*, aún cuando *Ella* no hubiera nacido para mí sino para cualquiera otro de menores imperfecciones y mayores méritos que yo.

Tu conoces, amigo mío, el pensar y el sentir que tengo respecto de la mujer, del hogar y de la felicidad. De esas mis ideas inferirás sin trabajo con qué profunda terneza,

con qué viva intensidad, con qué inmenso sentimiento me enamoré de *Ella* dedicándola todas mis facultades y mis pensamientos todos. Ya mis acciones no tuvieron más objetivo ni más móvil que *Ella* y ya la vaguedad de mis ensueños se precisó en un ser fijo y todos mis ideales se confundieron, se adunaron y tuvieron un nombre: el nombre de *Ella*. Ya mi existencia adquirió invariable norma en que inspirar sus actos. Ya en el camino de mi vida encontré una luz hácia la cual enderezar mis pasos y una estrella en que poner mis esperanzas.

Si estudiaba, era sólo á intento de llegar á ser algo á los ojos de *Ella*. Si trataba de mejorarme, si quería hacerme meritorio, era sólo con el loco anhelo de ser menos indigno de *Ella*.... Pero ¿á qué decirte cómo la amaba, cuando ni es menester que lo haga ni atinaría á hacerlo más que lo intentara? y ¿á qué intentar la pintura de lo que en la pintura no cabe?

Si tu sabes lo que es el verdadero amor; si tu conoces ese amor inmenso del alma que todo lo absorbe en sí, que de todo es capaz, y que gasta la vida entera de un hombre, imagínale en mí y perdona la vanidad de que pretenda haber sabido amar; perdónala , porque es la única vanidad que tengo y el sólo orgullo de mi vida!

La adoraba con todo mi corazón, con el hondo convencimiento de que *Ella* era el sér más perfecto de Dios creado, con la profunda certeza de que jamás dejaría de amarla y sin embargo, debo confesarte, en honor de la verdad, que todavía ignoraba yo si *Ella* cantaba ó no cantaba. El amor del corazón había procedido, como siempre, sin consultar los planes de la cabeza. Al enamorarme no reparé en si *Ella* tenía ó nó aquel requisito del canto que tan indispensable juzgaba para mi completa felicidad.

De su voz, no me eran conocidos más que los acentos sin iguales de la palabra. Verdad que nunca he escuchado acentos de palabra humana tan bellos como esos; verdad que su hermosa voz llena siempre de inimitable dulcedumbre y de entonaciones suavísimas, delicadas y apenas perceptibles, no había menester cantar para ser música sublime á mis oidos; mas por esto mismo, extrañábame con mayor viveza de no haber averiguado antes si *Ella* cantaba ó no cantaba; por que si me hubieran dicho que *Ella* no

cantaba, la nueva llegara demasiado tardía para no seguirla amando.

¿Y *Ella*? dirás tú. *Ella*, era, apesar de niña, y de niña hermosísima, persona muy séria con lo que yo más la adoraba. Fué siempre severa conmigo y jamás me manisfestó ni simpatía ni antipatía; ni amor, ni desprecio, nada, absolutamente nada. Por manera que con su amable indiferencia, que así debe de llamarse su conducta para con mis manifestaciones, ni me impedía fundar las más risueñas esperanzas para el porvenir, ni me impedía desesperarme á cada instante de mi desdicha y de mi negra estrella.

Como yo era muchacho todavía y como aún me faltaba mucho para hallarme en situación de pretender sériamente á una mujer, hubiérame puesto en ridículo y quedado de chiquillo sin juicio si, en aquel entonces, me acercara á *Ella* para pedirla atrevidamente su amor, su desdén, ó su odio, que alguna de las tres cosas había de darme. Resignéme, por tanto, á seguirla amando silencioso, consolándome sólo con esta idea: Si alguna vez llego á la felicidad que ambiciono, mi dicha será tanto mayor cuanto más la haya aguardado; y si alguna vez llego á la desdicha que temo y veo probable, esta durará tanto menos, cuanto más tarde llegue. Así, pués, todas mis ilusiones se acendraron con el tiempo más y más, á tal punto, que algunos años después, como que eran parte íntima de mi propia naturaleza. Calcula tú con qué vehemencia esperaba yo el día en que, mediante la autorización que me prestaran, el ser ya un hombre formado y el haberla querido durante toda mi vida con más alma que ninguno de sus muchos adoradores, pudiera exigir de los preciosos labios de *Ella* sinó un *sí* de amor que talvez no se hizo para mí, al menos un *nó* de desdén que se ha hecho para cualquiera.

II.

Era una noche de invierno. Oscuro estaba el cielo, fría la atmósfera y el alma, soñando con más fuerza que nunca, en los dulces calores de un futuro hogar propio.

Como todas las noches, yo había salido á andar. Andaba sin rumbo y por andar, nada más que por andar, de

suerte que, sin quererlo ni pensarlo, mis pasos se dirigían siempre á la calle en que moraba *Ella*. Jamás pasaba de dia por ahí, pués ni tenía tiempo para ello, ni me gustaba adquirir reputación de ocioso y de azotacalles y, sobre todo, *Ella* no se asomaba nunca al cancel de sus siempre cerrados balcones. Más, lo que á la luz de sol no me gustaba hacer, hacíalo, sí, cobijado á las sombras de la noche, porque aún cuando tampoco la veía, hallaba melancólico, recóndito gozo en ver las ventanas de su casa, en pasar por aquellas veredas que tantas veces había *Ella* pisado, en divisar á traves de las rendijas de los postigos y por los vidrios de los tragaluces, la luz de la misma lámpara cuyos rayos, junto con acariciar mis ojos, acaso besaban el hechicero rostro de mi adorada cayendo sobre algún libro que quizás leía y esclareciendo las muy negras sombras de sus muy negros ojos. ¡Con qué delicada y profunda delicia respiraba yo el aire de la noche al saber que, no lejos de allí, aunque oculta á mis ojos por las importunas paredes de su casa, estaba *Ella* perfumando el ambiente con su presencia y respirando el mismo aire que yo respiraba!...

Pero sin quererlo, amigo mío, te estoy refiriendo pequeñeces é intimidades que talvez no te interesan: dispénsalas; tú no sabes con qué fuerza me agobia á veces la necesidad de desahogar mi alma, de airear mis comprimidos sentimientos! Ah! y tú no sabes tampoco cuánto placer me regalaban esas nimiedades que impensadamente te he narrado! Si llegares alguna vez á situación semejante á la mía, comprenderás sólo entonces lo que digo. En fin... abreviemos:

Aquella noche salí, como siempre, solo. Andando, andando, llegaba ya á donde todas las noches... á casa de *Ella*, cuando detuvieron mis pasos, suavísimos acordes de piano que partían de casa de mi amada. Dióme al punto en el corazón que algo muy bello iba á oír: así, pués, aproximado cuanto era posible á la ventana de que salían los acordes musicales, contuve el aliento y me puse á escuchar...

La calle continuaba solitaria, y sosegada y oscura.

No me engañé: terminados los brevísimos acordes primeros, que preludiaban con su sencillez el acompañamiento

de alguna voz humana, hendió el aire una nota de canto... Digo mal, que no era nota de canto; era acento de ángel, era acorde célico de harpa sobrehumana, era nota sublime, nota más dulce que los trinos del canario que canta y enamora á su amada desde el alta copa del árbol en que élla anida... Aquella nota me hirió rápida en el tímpano y sin detenerse en él, corrió veloz hasta clavárseme en lo más hondo del alma. En pos de esa nota vinieron otras que con la fuerza de su tiernísima dulzura llegaban hasta mí rompiendo las paredes de la casa y resonando tan cercanas á mis oídos, como cercana está del hijo la voz cariñosa de la madre que le adormece.

Yo no había oído nunca aquellas melodías sin iguales y sin embargo, desde sus notas primeras, comprendí toda la melancolía de sus sonoros compases; compases que en la terneza encantadora de su ritmo, tienen algo de adormecedor que arroba el alma y la lleva mansamente al éter puro de los ensueños.

Yo no había escuchado jamás aquella voz y no obstante, desde su modulación primera, figuróseme voz en sueños conocida y repercutió tan en lo último de mis adentros, que su timbre indescriptible vibrará eternamente en mis oídos.

¿Qué melodías eran esas? ¿Qué cualidades tenía aquella voz y cuáles la faltaban? No lo sabía, ni me importaba saberlo. Sabía solo que esas melodías me enamoraban y que aquella voz me enloquecía: Aquella voz era, pués, sin duda, voz de *Ella*, y sin poseer dato alguno, así lo hubiera jurado por lo más caro de mis afectos. Parecíanme sus acentos tan bellos, tan únicos, tan de ángel, que solamente en *Ella* les concebía. Además ¿qué voz en el mundo, que no fuera la suya, podía producirme la honda, imborrable impresión de aquellos instantes? Y luégo, yo tenía la intuición de que *Ella* cantaba, tenía la certeza de estar escuchando su voz, porque, aún cuando *Ella* no se hallaba delante de mis ojos, yo la veía en aquel momento delante de mi espíritu. Yo la veía de piés, junta al piano en que talvez su bondadosa hermana tocaba; veíala buscando en el cielo el ideal de su inspiración; veía el mirar impensadamente melancólico que tenían casi siempre sus negrísimos ojos enloquecedores; veía sus oscuros cabellos cortos,—

como entonces les usaba,—que jugaban en sedosos ricillos sobre su frente pura; veía la expresión incomparable, enamoradora de su hermosísima faz; veía hasta su blanca manecita derecha apoyada con blandura en el extremo del teclado, y veía en fin, cómo de cuando en cuando, ponía sus ojos en la pieza de música y con la exquisita y tímida suavidad de todos sus movimientos, volvía la hoja de la pieza mientras exhalaban sus preciosos labios la sentidísima melodía que acompaña á estas inolvidables palabras:

Ton doux chant me rappelle
les plus beaux de mes jours.
Ah¡ chantez, chantez ma belle
chantez toujours!

De repente la voz se apagó, el piano expidió su última nota y todo volvió al silencio. Sin embargo, yo quedé aun por largo espacio oyendo aquella voz celestial tan cara al alma mía y aquellas notas tan suaves, tan tiernas, tan melancólicas. ¿Cuánto rato continué absorto, enclavado en la desierta calle como inánime estátua y creyendo oir todavía los sones dulcísimos y vibrantes que partieron de la garganta de mi amada? Nunca lo supe y sólo recuerdo que no salí de mi ilusión hasta que los bellos acordes de uno de esos sentidos valses ingleses de Caroline Lowthian, me dijeron que el encanto había cesado.

Apesar de esto, muchas veces se me figura que ese encanto no ha concluído y que aún subsiste mi ilusión. Y es que yo oigo siempre esa bella voz. Y es que yo oigo siempre esa triste melodía.

III

Demás fuera decirte que en toda aquella noche memorable no pegué un instante los ojos.

La imagen de *Ella* que de pié, cantaba delante del piano, no se apartó un momento de mi fantasía, y el aire

tierno, lánguido y suave de la sin par melodía, vibraba siempre en mis oídos con el timbre divino de la voz de *Ella* y acompañado por unas palabras que desde entonces resuenan perdurablemente en mi memoria.

¡Cuántas veces en la noche, al pensar que mientras yo me agitaba desvelado en mi lecho, *Ella* dormía talvez el sueño casto é inocente de los ángeles; cuántas veces mi pensamiento se representaba la imagen de *Ella* dormida y la dirigía atrevido aquellas frases de la melodía:

Quand tu dors calme et pure
dans l' ombre sous mes yeux,
ton haleine murmure
des mots harmonieux,
ton beau corps se revèle
sans voile et sans atours.
Ah! dormez, dormez ma belle
dormez, dormez toujours!

¡Qué noche, Diós mío! Y cuán felíz me sentía sabiendo de cierto que *Ella* cantaba! Ni cómo era posible que *Ella*, suma y compendio de todas las perfecciones, no poseyera la más divina de las gracias: la del cantar!

¡Cuán felíz me sentía al pensar en la remota posibilidad de que alguna vez en mi vida pudiera esa voz adorada cantar hermosas melodías á solas, junto á mí, acompañada por mí y tan sólo para mí! ¡Con qué honda sinceridad, conqué loca ebriedad de dicha la diría entonces al oído, recordando esa pasada noche:

Ton doux chant me rapelle
les plus beaux de mes jours...

y con qué vehemente anhelo la suplicaría desde el fondo de mi corazón:

Ah! Chantez, chantez ma belle,
chantez toujours!

Sin duda que eran muy locos mis sueños, empero yo les consideraba del todo inocentes porque ¿á quién ofendía con ellos?

Al siguiente día, guiado por las palabras que acompañaron á aquel canto, me dí á buscar la melodía á fin de conocer el nombre de la pieza, el del autor de la música y el del autor de la letra. Abrigaba la certeza de que estos dos últimos no podían ser sino dos grandes nombres. Y á fé que no sufrí engaño, porque el nombre del poeta, era Víctor Hugo y el del músico....¿no has adivinado que el del músico era el nombre inmortal de Gounod.

La pieza que había oido aquella noche era la *Sérénade de Charles Gounod*, la misma que hemos escuchado hace pocos momentos, la misma que oigo y oiré toda mi vida.

¿Comprendes ahora porqué me enloquece *Gounod?*

La *Serenata* me gustaba tanto, que, si bien no sé música, conseguí, después de algún tiempo, tocarla en el piano. La pieza es fácil y sus sencillas melodías estaban tanto en mi oído, que sin muchas dificultades, pude ejecutarlas en el piano.

Por las noches, cuando regresaba á casa y solía hallarme solo, sentábame al piano y mientras de mis pensamientos brotaba la hermosa imagen de *Ella*, de las notas del piano brotaban las melodías tiernas de la *Serenata*. Veníame á las veces el deseo de cantarla, pero luego le rechazaba pués creía profanar con mi intento la voz de *Ella* Contentábame entonces con recitar en voz muy queda y acompañado por el piano:

Ton doux chant me rapelle
la plus belle de mes nuits...

Desde esa noche no hay música para mí como la de Gounod. Desde esa noche la *Serenata* me entusiasma y conmueve con tal extremosidad, que, aún ahora, cuando vuelvo á oirla, siento desde los primeros compases, impulsos de llorar en los ojos; y en la garganta, ese nudo

ahogado con que nos embargan la voz las grandes impresiones.

IV.

Algún tiempo después partí de Santiago al largo viaje que tú sabes. Tres años interminables anduve léjos de *Ella* y fuera de mi patria, que fué para mí como vivir un siglo en la más triste desesperanza. El paternal amor de mis padres me enviaba á perfeccionar mis estudios en Europa y á arreglar ciertos asuntos de familia, y como buen hijo hube de resignarme á darles gusto sometiendo mi amor á los tormentos inenarrables de una larga ausencia.

Partí por fin, llevando de *Ella* unos bellísimos retratos que me distraían de mi habitual tristeza con los simpáticos rasgos de la amada figura que representaban. En ellos miraba de contínuo los ojos que tan lejanos tenía y era el único de mis consuelos el ponerme á copiarles yo mismo y tocar en seguida las dulces melodías de la *Serenata*, pensando que al rodar los acordes de estas sobre las murmurantes olas del mar, quizás llevarían hasta mi patria, envueltas entre las ondas de sus armonías, el eco perdido de alguno de mis enamorados suspiros.

Imagina tú cuál sufrí en aquella ausencia y cuál sería mi gozo al tornar á ver las playas de mi patria, esto es, al volver á respirar el mismo aire que *Ella* respiraba, al volver á contemplar las mismas cordilleras, las mismas nubes, los mismos astros y el mismo cielo que en los ojos de *Ella* se miraban. Imagina tú con qué loca ansiedad volví á verla á *Ella*; á *Ella*, cuya imagen no se había huido un instante de mí, sinó que, al contrario, había con su presencia, conservado intacto todo el amor inmenso del alma mía.

Como yo era hombre formado ya, mi primera diligencia al regresar á Santiago fué buscar quien me llevara á casa de mi amada. El propio día de mi llegada encontré á un bondadoso amigo que al punto concertó mi visita para de allí á pocas noches.

Lo que por mí pasó en la noche inolvidable de aquella

visita, cosa fué que no refiriera debidamente ni la pluma más insigne, cuanto menos la palabra mía. Imposible es que te figures las mil violentas emociones que estremecían mi corazón cuando estreché la blanca mano de *Ella*. Imposible es que te figures lo hondo de mi profunda turbación cuando por primera vez en tan largo tiempo, escuché los suaves acentos de esa voz que tantas noches me dejó insomne.

Ella estaba más hermosa que antes. Su desarrollo físico se había completado maravillosamente. Sus ojos, siempre tan bellos, y ahora algo más sombreados, y con mayor fijeza en el mirar, denunciaban que *Ella* había llegado ya á la edad en que se sueña mucho al dormir. Su boca, siempre perfecta; y siempre con esa sonrisa enamoradora que prestan la inocencia del alma, los lindos dientes y los labios agraciados. Toda *Ella*, en fin, tan hermosa como antes, más hermosa que antes y su conducta para conmigo también como antes: amable, pero indiferente: indiferente, pero amable.

A poco de estar allí, y pasado ya el ligero relato de mi viaje, entró de visita al salón un joven de buena presencia, de muy simpática figura y que fué recibido con suma cordialidad y cual corresponde á los amigos de confianza de una casa. No le conocía, de suerte que al punto le fuí presentado.

Reparé que él daba la mano con efusión y aún con fuerza. Parecía ser persona apasionada. Yo también dí la mano siempre efusivamente y sin embargo, al estrechar la suya, noté que no había en nuestro saludo ni apretón, ni cordialidad alguna, y apenas si un débil asomo de la helada cortesanía que imponen las reglas de una buena educación.

Disimulé la reveladora idea que este incidente me produjo, y dirigiéndome á *Ella*, la pedí cantara alguna romanza ó lo que fuera más de su agrado.

—¿De dónde ha sacado Ud. que yo canto?, me dijo *Ella* entre sorprendida y risueña.

Por vez primera me vino á las mientes que en verdad yo no poseía ningún dato positivo para asegurar que *Ella* cantaba, de forma que evadí la respuesta replicando atrevidamente con esta nueva pregunta:

—Pero ¿no canta Ud?

—Sí, mas no me atrevo á hacerlo nunca delante de gente.

—Canta, no más, hijita, (interpuso la bondadosa mamá); sé complaciente y no tengas miedo.

Indecisa estaba *Ella* todavía, cuando el recién llegado agregó:

—Sí, sí; sea Ud. complaciente. Vea. ¿Por qué no nos canta la *Serenata* de Gounod? Nadie interpreta como Ud. esa pieza.

—¿Ud. se la ha oído? pregunté yo al joven afectando gran naturalidad.

—Sí; y muchas veces, respondió el interpelado, mirándome profundamente.

—Sea, expuso *Ella*; la cantaré, pero á condición de que el que ha pedido la *Serenata*, la cante en seguida. También yo sé que Ud. canta.

—Y ¿por qué no la cantan á duo? insinuó la simpática hermana de *Ella*; aquí tenemos la transcripción para soprano y tenor.

—Por mi parte.... repuso el joven.

No sé que confusa sombra pasó por mi cerebro. Creí un instante que *Ella* y él estaban de acuerdo para burlarse de mí. Al punto abandoné la idea con respecto á *Ella*: la creía, y la creo tan buena, que me repugnó vivamente la sospecha de que en su alma pura se albergaran los sentimientos incompasivos de una burla cruel. Empero, al ver la confiada suficiencia con que el joven iba á cantar, sentí leve escozor en mi amor propio y para suavizarle, dije confiadamente:

—Completemos el concierto: yo les acompañaré en el piano la *Serenata*.

—¿Sí? Qué buena idea! exclamó la vivaz hermana de mi amor. Muy buena. Aquí tiene Ud. la pieza....

Me senté al piano y trás de mí, á la izquierda, colocóse *Ella* de pié, reflejando su hermosa faz, juntamente con la del joven que iba á cantar, en el ancho lujoso espejo que descansaba sobre el piano.

Comenzó el canto.

En las primeras notas:

Quand tu chantes bercée
le soir entre mes bras,
entends tu ma pensée
qui te répond tout bas?,

no miré ni al espejo ni á la pieza de música Como tantas veces había tocado á mis solas la *Serenata*, sabíala ya muy de memoria, de suerte que, al escuchar los acentos bellísimos é incomparables de la voz de *Ella*, cerré instintivamente los ojos y dejé que se agolparan á mi fantasía los más locos ensueños. Figurábaseme ya que estaba á solas con *Ella* acompañando en el piano las notas inspiradas y sublimes que, partiendo de su garganta sin igual, venían á herir el alma mía, cuando una firme, robusta voz de tenor que cantaba con bastante sentimiento:

Ton doux chant me rappelle
les plus beaux de mes jours,

me sacudió las anteriores ideas y me hizo abrir los ojos, recordar en donde me hallaba, atender más al acompañamiento y por último, mirar sin saber porqué, al espejo.

¡Ojalá nunca hubiera mirado!

¡Ay! ¡Con qué profunda, elocuente fijeza sorprendí enclavados los ojos claros, parleros de él, en la sombra oscura de los ojos negrísimos de *Ella!* Y cuán punzadora y dolorosamente llegó esa mirada al fondo de mi corazón!

El no la miraba realmente: mirarla de tal modo en un salón y en su propia casa, habría sido, en verdad, atrevimiento demasiado inaudito, demasiado imperdonable: miraba sólo la imagen de *Ella* en el espejo! Miraba, pués, los ojos de *Ella*, sin mirarles!

¿Y *Ella?* .... *Ella* bajaba los ojos y se veía aún más hermosa; pero en la intranquila movilidad de sus largas pestañas, en la agitada inquietud de sus párpados, transparentábase que sentía toda la fuerza de la mirada profunda y ardiente del cantor. Y en la seguridad de su clara entonación, en la frescura de su tierna voz, traslucíase que

si aquella mirada no la alegraba, al menos tampoco la desazonaba en lo más mínimo.

Mi mano quiso entonces turbarse y cortar así una escena en que yo quedaba demasiadamente desairado. Pude contenerme, sin embargo, merced á la habitual tranquilidad de mi carácter, la cual me permitió volver á escuchar la voz de él, que, mirando el rostro sonriente y hoyuelado de *Ella*, seguía cantando:

Quand tu ris, sur ta bouche
l' amour s' épanouit;
et soudain, le farouche
sompçon s' évanouit.
Ah! le rire fidèle
prouve un coeur sans détours.
Ah! Riez, riez ma belle,
riez, riez toujours!

Al llegar á este punto, mis manos se negaron á obedecerme, y no pudiendo ya soportar más tiempo el insufrible martirio de ver la expresión de los rostros de los que cantaban, exteriorizóse mi turbación con lo que creció mi tormento.

Lo que más me hería era el *Riez, riez ma belle!* que cantaba el joven con insultante ironía y como diciéndole a *Ella: Riez, riez ma belle; mais riez de lui!*

¡Ah! Yo no tenía duda: ese tácito *lui*, esa risa interminable de entrambos, se refería a mí, á nadie más que á mí!

Aunque mis ojos se habían nublado por la impresión, hice un supremo esfuerzo, y torné á mirar al espejo y ¡oh Diós! ¿por qué no cegué entónces?. Yo ví que *Ella* obedecía sumisa á esa órden de: *Riez, riez ma belle.* Yo ví que *Ella* me miraba fijamente y que, en efecto...., reía!

Aquello era demasiado para mí. No sé si todo fué visión ó mentira, más no debió de serlo porque en esos instantes, á pretexto de volver la hoja de la pieza, recuerdo que arrojé las páginas musicales al suelo y puse así repentino fin á aquella escena que martirizaba mi amor á *Ella* y hasta humillaba mi amor propio.

Creo que, cuando dejé de tocar, éllos dejaron de cantar: no lo sé de fijo, porque mi pensamiento estaba absorto en otras ideas y mis ojos no veían más que la risa de él y la sonrisa de *Ella* y en mis oídos zumbaba sólo un: *ma belle, ma belle*, tan expresivo, que decía claramente que él era ya dueño del alma de *Ella*.

I en efecto: éllos se amaban.

Perdidas en un minuto las esperanzas de toda mi vida; destrizadas en un instante mis más caras ilusiones, aquel golpe me anonadaba con su crudelísima brusquedad. No te extrañará, por tanto, que, en lo restante de aquella terrible noche, quedara como alelado, sin darme cabal cuenta de lo que acontecía y sin nunca acabar de medir la inmensidad de mi desdicha.

Abrevié cuanto pude la visita y salí por fin, azorado, y con ansia febril á la calle. Sólo entónces, y después de haber aspirado por largo espacio el ambiente frío y puro de la noche, vine á abarcar con el recuerdo cuanto había ocurrido.

En esa noche, como en la primera en que oí la *Serenata*, no pude dormir un instante; pero, ¡ay! que tampoco pude acariciar las ilusiones y las esperanzas que entonces me acariciaron!

Jamás podré pintarte cuanto por mí pasó en aquella noche eterna y apénas si te dará bosquejo pálido de ello la desgarradora estrofa de Becquer:

Ni sé tampoco en tan horribles horas
en qué pensaba y qué pasó por mí;
sòlo recuerdo que lloré y maldije
y que en aquella noche envejecí.

¡Ah! Yo también lloré y maldije y envejecí....

Envejecí hasta en el alma, porque desde esa noche ya no me siento joven como antes y sí, siento que no tengo ánimos para nada sino es para desear que las alas negras del ángel de la muerte vengan pronto á reemplazar á aquellas alas blancas del ángel de la esperanza que en otros tiempos se cernía cariñoso sobre mi triste lecho.

¿Comprendes ahora por qué me gusta tanto la música de Gounod? ¿Comprendes ahora por qué tengo siempre vivo

el recuerdo de esa *Serenata* sublime que me simboliza en una misma melodía la noche más feliz de mi existencia y la noche más aciaga de mi vida?

Aún ahora, como ya no salgo á andar de noche, suelo á veces sentarme al piano y tocar la *Serenata*. Y ¡ay! amigo, cada día me parece más triste esa música y cada día la amo más porque, comprendiendo que ya no debo de amar a la mujer que eso cantaba, he intentado amar lo que esa mujer, *lo que Ella cantaba.*

Septiembre de 1885.

JORGE HUNEEUS GANA.

REVISTA LITERARIA

"La Nueva Legislación de Minas de la República de Bolivia, concordada, comentada y anotada por Melquiades Loaiza."

A la atenta cortesía del señor don Aniceto Arce, primer Vice-Presidente de Bolivia y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de esa República en la nuestra, debemos el placer con que hoy damos cuenta de la obra arriba apuntada y que el señor Arce se ha servido remitir a los Editores de la La Revista.

Sentimos que la falta de tiempo nos impida entrar por ahora en un trabajo mas completo y mas de fondo sobre el libro del señor Loaiza; pero no podemos ménos de anticiparnos á consignar en este número una lijera reseña de la obra y á recomendarla desde luego á todos aquellos de nuestros lectores que se interesen por el estudio de la legislación de minas.

El libro del señor Loaiza puede prestar, y estamos seguro de que prestará, muy importantes servicios no sólo á la industria minera, en cuanto ella se relaciona con el derecho que la rige, sino tambien a nuestros legisladores y estadistas, ocupados actualmente en la obra de reformar las leyes que hoy estan en vigencia sobre aquel ramo.

El autor de la obra que nos ocupa ha consignado, por via de *Introducción*, una breve, pero comprensiva, noticia de la antigua legislación española y colonial sobre minas; y entrando al examen comparativo de este derecho anterior con el moderno adoptado en la misma España y con los proyectos y códigos que Bolivia ha estudiado y sancionado, concluye esta parte de la obra con algunas observaciones generales á cerca de la conveniencia de reformar en parte

la legislacion vigente en aquella república, reforma que, á juicio del señor Loaiza, debería llevarse á cabo tomando por modelo á la España, cuyas leyes han servido de base para las de Bolivia.

Viene, en seguida, la *Ley de Minería de* 13 *de Octubre de* 1880, compuesta de 37artículos, que el señor Loaiza comenta uno á uno, examinándolos según su contexto, según sus concordancias ó diferencias con las legislaciones de España, Francia, Sajonia, Chile y otros paises mineros y según, también, las opiniones de algunos jurisconsultos que se han ocupado de la materia.

A continuación de esta ley, que sólo consigna bases generales para regimentar la industria extractiva de las sustancias metalíferas, se encuentra el *Decreto de* 31 *de Diciembre de* 1872, que reglamenta la adjudicación y trabajo de sustancias inorgánicas no metalíferas, como el bórax, amoniaco, cal, carbon fósil etc.; y después el *Reglamento de la ley de minería de* 1880, que completa las disposiciones de esta última, si bien, como lo observa el señor Loaiza, no contiene solamente disposiciones reglamentarias sino tambien algunas otras que para su debida estabilidad debian haber entrado en la ley y no en un decreto gubernativo.

Aquel decreto, con sus cuarenta artículos, y este reglamento, con 75, estan comentados con escrupulosidad por el señor Loaiza, del mismo modo que lo hemos advertido respecto de la ley de 1880.

En pos de un *Arancel* dictado en 1882 para fijar los derechos á que dan origen las operaciones judiciales ó administrativas referentes á la mineria, se encuentra un *Apéndice* en que se consignan la legislación y la jurisprudencia españolas sobre el ramo; con lo cual y los respectivos índices, concluye el útil trabajo de que damos cuenta.

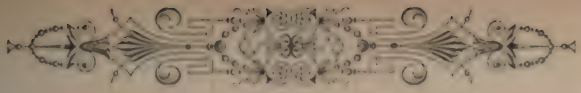
En una reseña como la presente, seria excusado consignar otras observaciones que se refieran á la materia misma tratada por el señor Loaiza, ó al juicio que pudiera fundarse en las actuales leyes bolivianas sobre mineria; leyes y decretos que se prestan á un estudio aparte, y á cuyo examen el autor ha consagrado notable erudición, copiosa práctica y reconocida inteligencia;

Las leyes y disposiciones recopiladas por el señor Loaiza

y los importantes comentarios con que las ha complementado, son tambien; de inmediata utilidad para Chile, ya que la nuestra ofrece mas de un punto de contacto con la legislación de Bolivia.

Creemos, por esto, que el libro del señor Loaiza será leido no sólo con gusto sino también con indisputable provecho.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.



EL MAL DE LA ABSORCION

I

Uno de los fenómenos mas dignos de estudio que presenta la familia humana, considerada por el aspecto de su sociabilidad, es, sin duda alguna, el incesante vaiven y el contínuo batallar de los pueblos y de los gobiernos en el campo de sus constituciones, de sus derechos y facultades.

En todos los paises surgen y se discuten problemas relacionados con las bases mismas de la organización social; y en gran parte de los Estados de Europa y América no es sólo la ciencia la empeñada en resolver esos problemas: unas veces es la vara del poder público la que pretende zanjar la dificultad por medio de la persecución ó de las leyes penales; y otras veces son los pueblos mismos quienes apelan á la medida de hacerse justicia por sí propios en aquello que estiman como de su derecho inalienable.

Las monarquias europeas se ven amenazadas por la creciente ola del republicanismo; y, á su turno, las repúblicas americanas se agitan luchando por la libertad, que sus gobiernos atacan y monopolizan.

Los de arriba, á título de orden, de paz y de seguridad, pretenden extirpar el cáncer de la anarquía por medio de

la proscripción, de la policía y de los tribunales, llamados á aplicar leyes rigurosas de escarmiento. Los de abajo, invocando el nombre de la libertad, se asocian en público ó en secreto, se organizan y marchan á combatir el mal del despotismo, á derrocar á aquellos que son los usurpadores de los derechos del pueblo, que beben su sangre y se enriquecen con sus despojos.

Esta agitación, esta lucha constante prueba una cosa: que los pueblos no se sienten bien dentro de sus respectivas organizaciones; que les falta el aire en la atmósfera en que viven, el campo en que se extienda el juego de su actividad.

Las sociedades, puede decirse así, estan enfermas, y buscan el remedio que les devuelva el bienestar y el vigor.

Conviene entonces estudiar las causas del mal y ver modo de aplicar al paciente el sistema que lo sane ó siquiera lo alivie de su dolencia.

II

De que los males que aquejan al hombre sean múltiples, no se desprende que deba irse á buscar la causa de todos ellos en diversas fuentes.

Si nos concretamos al malestar más visible de las sociedades á aquel que reconoce una causa más inmediata y común, debemos buscar su raiz en los mismos fundamentos de la organización de las sociedades, en los vicios que desnaturalizan ó atacan el objeto y fin del régimen constitucional ó político que ellas se han dado.

Y puede acometerse la tarea de buscar el remedio sin que nadie tilde de presunción la obra, como quiera que la entidad política de la sociedad tiene su fin en este mundo, y no está llamada á otra vida que la de esta tierra, y debe,

por lo mismo, realizar su objeto,—la felicidad temporal de los asociados,—á no ser que se interpongan elementos extraños á su propio fin, elementos que es dado al hombre eliminar para que la maquinaria funcione con éxito.

La humanidad no busca un ideal irrealizable en su empeño de encontrar en cada una de sus grandes agrupaciones la solución del problema de su bienestar. Está convencida de que hay un remedio para los males que provienen de su organización como sociedad civil. Por eso se afana por hallarlo en la modificación de las leyes que determinan el régimen público y el derecho privado en cada pais. Por eso ha ido cambiando de legislación desde los tiempos mas remotos hasta los presentes, desde que abandonó el sistema patriarcal, nómade ó sedentario, de las primeras edades, hasta que, al través de las ruinas del feudalismo de la Edad Media, levantó el edificio, hoy ya atacado y conmovido, del despotismo centralizador.

Siempre oscilando entre la opresión y la anarquía, parece que las sociedades, en cada una de sus transformaciones hubieran pasado la raya que les está naturalmente señalada: ó huyendo de la revolución se han refugiado en sombríos despotismos, ó por escapar de los tiranos, han caido en los desórdenes de la anarquía. Por carta de más ó por carta de menos, los pueblos jamás han podido disfrutar de un régimen que no embarace el libre ejercicio de sus fuerzas, que no sofoque en sus gérmenes la actividad cuyo desenvolvimiento los ha de llevar al más alto grado de progreso y de civilización.

III

Pero cabe preguntar: ¿cuál es ese justo medio en que deben situarse las sociedades, ese término señalado entre

uno y otro precipicio, entre la tiranía del cetro y el terror de la revolución, entre el Czar y el nihilismo?

No hay necesidad de un violento esfuerzo, para comprender que, siendo la naturaleza humana el fundamento de toda sociedad, ha de ser causa de desorden, de desquiciamiento y de desgracia todo aquello que contraríe las exigencias de esa misma naturaleza del hombre; y por el contrario, que siempre será fuente de cultura, de paz y de progreso todo aquello que le sea conforme, todo aquello que, léjos de perturbar el orden natural, se acomoda a él, lo sirve y favorece.

Compuesta la sociedad civil ó política de los individuos y de las familias que forman esa tercera entidad, no puede tener por objeto ni por cuerpo de sus derechos, digámoslo asi, el mismo objeto y los mismos derechos del hombre, ya aisladamente considerado, ya como cabeza de una familia.

Los individuos y la sociedad doméstica, al formar la sociedad civil, no renuncian ni pueden renunciar á sus derechos, porque son inalienables, porque son los medios de que han servirse para realizar su fin, porque ni las personas ni las familias pueden sustraerse, con el abandono de esos medios, al objeto que están llamados á realizar en la sabia economía de la creación.

Ni habría para qué renunciar, desde que, siendo natural y no arbitraria la sociedad política, no puede estar destinada al mismo fin que los individuos y la sociedad doméstica, que tienen uno separado y diferente; y no estando destinada al mismo fin, no puede tener tampoco los mismos medios de realizarlo.

Dios nada hace en vano, y no ha creado, por consiguiente, en el hombre una necesidad, como la de la asociación civil, que ya estuviese satisfecha con otra asociación como la doméstica.

Si los derechos individuales y los de la familia son irrenunciables, porque corresponden á otros tantos deberes que

tampoco pueden renunciarse; si estos derechos son preferentes en el orden de la razón y prévios en el del tiempo á los derechos de la sociedad civil, ya que ésta se ha hecho para los primeros y no los primeros para ésta; si la sociedad civil tiene un objeto temporal y caduco en vez del eterno de los individuos, evidente es, como la luz del dia, que no puede arrebatar ni al individuo ni á la familia aquellos de sus derechos que el hombre ó la sociedad doméstica posee para realizar su objeto propio; no puede arrogarse como fin el de las personas ó de la familia aisladamente consideradas; no puede, en una palabra, servir para otra cosa que para conseguir aquellos fines y beneficios que el individuo y la familia no pueden conseguir por sí mismos y sin necesidad de asociarse civilmente.

Y como la autoridad pública no es otra cosa que el derecho de realizar este fin en la sociedad civil, derecho que existe en cada uno y en todos los asociados, claro es que los encargados de ella no pueden tampoco invadir la esfera de los derechos individuales ó domésticos sin perturbar profundamente el órden providencial y sin hacerse reos de violencia y usurpación.

Interesa, pues, sobremanera, deslindar con estricta escrupulosidad cuáles son los derechos del individuo y de la familia, y cuáles los del poder público; porque de la absorción de los primeros por la sociedad política resulta el desquiciamiento del órden social, producido por la falta de medios en las personas para realizar sus fines propios y por el exceso de poder en los que no saben ni pueden usarlo en el objeto á que está destinado.

No sería dable negar, por otra parte, que si todos se asocian, todos tienen derecho á participar de los beneficios, derechos y prerogativas de la sociedad, pues el objeto de ésta es lograr en común el bienestar y perfección que no se pueden conseguir con el esfuerzo particular y aislado; y por lo mismo ha de reconocerse que el objeto del poder

público ha de ser la realización del fin social y no el privado de las personas ó sociedades particulares, que deben quedar libres dentro de la esfera más vasta de la asociación civil ó política.

El poder público es el derecho de obligar por la fuerza á la realización del fin común de la sociedad, y por lo tanto no puede pasar más allá de lo que se necesita para conservar el órden interior, dando á cada uno lo que es suyo; la paz y la seguridad común contra los enemigos exteriores; y el servicio público de las contribuciones para llevar á efecto esos mismos fines.

Los demás beneficios sociales se logran por el solo hecho de vivir el hombre en comunidad, con el ejercicio libre de sus derechos y sin que sea necesario que el poder se encargue de hacerlo gozar de esos mismos bienes.

No se tracen estos deslindes del individuo, de la familia, de la sociedad civil ó política y el poder público; confúndase el objeto de este último con el de cualquiera de las otras entidades; invádanse los dominios que la naturaleza ha señalado a cada una; y el resultado preciso, inevitable y doloroso será el desorden en todas sus manifestaciones, condensado, por decirlo así, en los funestos extremos del despotismo agostador de todo progreso y de la anarquía destructora de toda felicidad.

En esta materia, como en muchas otras, los males grandes ó pequeños que aquejan á las naciones en el organismo de su vida interna, provienen de que hombres y autoridades se apartan del sistema natural, armónico y fecundo, indicado por la Sabiduría Creadora en la admirable economía de su obra.

IV

Excusado sería que en una oportunidad como la presente entráramos á indicar cuáles derechos y prerogativas

del individuo y de la familia se encuentran generalmente usurpadas por el Estado así como tampoco es dable examinar por ahora el alcance de las limitaciones que, por el hecho de la asociacion civil ó política, deben experimentar las facultades externas de los asociados.

Pero no por eso podemos dejar de llamar la atención desde luego hácia el fenómeno de que casi en todos los pueblos civilizados el grito constante y poderoso de libertad, que alzan el individuo y las sociedades particulares, el industrial y el comerciante, el político y el periodista, el sabio y el ignorante, el hombre de fé y el incrédulo, es, á no dudarlo, el clamor de los oprimidos contra un régimen que ya no corresponde á las actuales condiciones del progreso humano, contra un régimen social que está perturbando el órden de las leyes de la naturaleza y que debe producir por lo mismo agrios frutos de infelicidad pública y privada.

Ese régimen de la confusion y de la absorción pasará poco á poco, como pasó el sistema del feudalismo y de la monarquía absoluta, y alguna vez ha de llegar la cultura de la humanidad hasta devolver á sus legítimos dueños el derecho y la libertad que les pertenece, para que cada uno realice en su esfera el fin propio, sin empeñarse en obtener el ajeno, para el cual no tiene medios ni vocación.

Entretanto, incumbe á todos trabajar en la civilizadora tarea de la restitución pública de los derechos usurpados ó desconocidos; llevando la persuación al espíritu de los desposeídos y de los opresores, limando las cadenas que todavía subsisten y empeñándose en que las leyes no sean otra cosa que el reconocimiento y la sanción de los derechos que á cada orden le han sido dados por un Legislador mas sabio que todos los de la tierra.

DOS NOVELAS Y DOS NOVELISTAS.

"Marianita" de don Vicente Grez, y "Ventura" de don Alejandro Silva de la Fuente.

Puestas á un lado ciertas obras de carácter científico ó didáctico, y sin tomar en cuenta la sabia y acabada *Historia de Chile* de don Diego Barros Arana, novelas han sido las solas producciones de alguna consideración con que en estos últimos dos años se ha aumentado el caudal de la patria Literatura. Si se hubiera de recordar aquella máxima que hace á la aparición de la novela, contemporánea de la decadencia de los pueblos y de las letras, no fuera signo muy consolador éste, si por otra parte no estuviéramos seguro de que esa decadencia sólo puede llegar tras vida dilatada y fecunda, y después, de una edad de oro en que el cultivo del arte ha tocado las cimas más altas á que es dado alcanzar.

La Poesía no ha sido reina cortejada en esta vez. Versos buenos y malos, pero nada más que versos, han salido á luz: sólo el laureado poeta de la queja y de las lágrimas ha hecho escuchar inspiradas *Armonías.* Y ¡castigos del mundo al genio! Blest Gana, por ser poeta, ha debido descender de las alturas de tal al prosaico asiento de Oficial Civil. El público, inconsciente justicia mayor de la República Literaria, ha dejado dormir todos aquellos versos, encerrados en volumencitos de portadas coloreadas y con títulos más ó menos románticos, en los escaparates de las librerías que los ostentaban con la tentadora faja *Acaba de*

salir. Los periodistas, dedicados á los pasajeros y mudables intereses de la política interior, nada que salga de los límites de lo vulgar han exigido de sus plumas hábiles y ligeras. Eso sí que ha habido días oscuros, en que la prensa, como bacante licenciosa, con garganta "seca y enronquecida por el vino", ha usado el denuesto en el lugar de la palabra, y ha buscado sus armas en los guijarros del lodazal.

Eso es todo: sólo la novela ha levantado cabeza y ha despertado cierto interés. Vicente Grez y Pedro Cruz primero, y ahora Alejandro Silva de la Fuente, han venido á recordarnos que también hay quienes escriban en este país. No todos ¡gracias á Dios! pasan la velada en el desorden ó en torno de la mesa en que se pierden el tiempo y el dinero: á la luz de la lámpara algunas frentes aún no encalvecidas van tras del ideal del arte en sus hermosas manifestaciones de la palabra escrita. Bien por nuestras letras, aunque no sea la novela el género más noble ni más digno de estímulo; recibamos y aplaudamos lo bueno, vénganos de donde viniere.

Uno de esos autores, Vicente Grez, ha sido ya juzgado por sus anteriores producciones novelescas, y algo se ha dicho también de él con motivo de su última obra, de su *Marianita*. Y siempre se le ha elogiado, porque siempre Vicente Grez se hará leer con gusto y se hará perdonar mucho. Sus primeras producciones, su *Emilia Reinals* y su *Dote de una joven*, fueron infelicísimas bajo el punto de vista de la forma, y no carecieron de otros defectos de consideración: pero eran ligeras, fáciles, como es ligero, fácil y amable el carácter de su autor, y se hicieron leer y se les disculparon muchos yerros. Yo las he visto en manos envidiables, y he oído pronunciarse con favor acerca de ellas á hombres y mujeres, á jóvenes y á viejos.

Marianita es distinta cosa: su autor ha mejorado mucho en el manejo del idioma. Las páginas de sus otras novelas quedaban negras con la anotación de sus defectos gramaticales: ahora no son tantos. Vamos al decir: serán de á uno por cada dos páginas. Grande y laudable progreso.— Igual cosa debe decirse del fondo. Antes, Vicente Grez no se preocupaba del enredo: con tal de trabajar cuadritos, especies de miniaturas, la descripción de un baile aquí, la

pintura de un traje allá, la reproducción picante de una conversación social por este lado, la cópia de una fisonomía moral ó física por otro, creía terminada su tarea, sin acordarse que la novela, como toda obra literaria de su importancia, debe tener exposición, nudo y desenlace, sin que le sean enteramente ajenos los episodios ó las digresiones. *Marianita* es más literaria, porque se hallan demarcados en ella con cierta claridad el *principio*, el *medio* y el *fin* que requiere indispensablemente la escuela.

Las primeras de estas tres partes están bien desempeñadas. El *principio*, el pórtico de la novela, es magnífico: esa escena del puerto de los Vilos en que su escasa población está atisbando con curiosidad el buque que entra á la rada, el desembarco de Camilo y su rápida permanencia en casa de Albarracín, son cuadritos incomparables, y, lo que es más y era necesario, abren oportunamente la narración y preparan insensiblemente el ánimo para el nudo que ha de formarse. Tienen la luz de una mañana de verano en las playas, y parece que en su lectura se respirara el acre perfume de las brisas suaves del mar. El que lee ese principio, esa exposición, lee forzosamente todo el resto de la novela. Es como el primer verso del soneto de Quevedo. *Érase un hombre á una nariz pegado*, que por ser tan bueno, hace leer todo el soneto, para inspirar al fin la idea de que todo él no vale lo que ese verso. El *medio* es interesante, aunque quizá se podría observar al autor que no se ha detenido lo necesario en explicarnos las transformaciones del carácter de Camilo.

¿Fué la sola fuerza de las cosas, las amargas i corruptoras lecciones del mundo lo que hizo que ese joven, excelente en su primera permanencia en los Vilos, fuera un bribón la segunda vez que allá volvió? Pero la solución de esta pregunta llevaría a consideraciones que tendrán su lugar unas pocas líneas más adelante, cuando se trate de los caractéres de los personajes de *Marianita*.

Y ¿el *fin*? Hé ahí lo más difícil. Hé ahí el escollo de todo novelista. Hé ahí el punto que ha de determinar la excelencia ó la mediocridad de una novela.

Sucede á veces que un autor oye contar alguno de esos hechos trágicos-dramáticos que se verifican en el doloroso silencio de un hogar, y halla que es remate y fin sobresa-

liente y nuevo para una obra novelesca, y teniéndole como constante punto de mira, traza todo un camino de acontecimientos, toda una cerca viva de escenas para llegar á ese punto terminal, á ese desenlace. Ocurre otras que después de tener levantado todo el andamio de su enredo y narración, no halla qué cúspide ponerle, cómo acabar esa construcción, sin que aparezca fea ni se venga abajo, y entonces pide á las palmadas en la frente, á los nocturnos paseos solitarios, al humo vagaroso del cigarro, quizá á las rememoraciones del sueño, la palabra del fin de su novela. Pero, sea cuaquiera de estas dos indicadas la generación de lo que en Literatura llaman la catástrofe, ello es que casi siempre, y en estos modernos tiempos con mas frecuencia, se pone en olvido que toda novela ha de tener algún fin moral, que, á mas de recrearnos con sus imaginativas pintorescas, ha de inspirarnos aversión de lo que es malo y amor á lo que es bueno. Porque el arte no puede ser para el arte; porque Dios no ha dado el talento á los escritores únicamente para que copien con rica fidelidad las costumbres ó pongan en animado juego las pasiones, sinó muy principalmente para que contribuyan con ese su talento á hacer mejores á los demás, censurándoles ó poniéndoles en ridículo sus vicios, y alabando sus buenas obras y prestándolas amplio y generoso estímulo. Porque también la tarea del escritor desmerecería no poco, abatida á sólo el papel de recrear y deleitar, sin enseñar al mismo tiempo. Ya Horacio lo dijo. Y nosotros, hijos de este siglo grande, en que han tenido cuna y raiz tantas ideas á que antes no daban curso imbéciles preocupaciones, nosotros no debemos permitir que el nivel moral de nadie, el de los escritores mucho menos, se abaje hasta confundirse con el de que no salen los juglares ó divertidores públicos. Enseñar deleitando es la tarea del novelista, como la del autor cómico es de castigar, riendo, las costumbres viciosas.

Á esta regla ha faltado el autor de *Marianita.* Su fin, sobre no ser de novedad, sobre casi no ser verosímil, no encierra ninguna lección saludable. Una niña que, loca ó medio loca por el desamor y la traición del hombre á quien entregó su alma y su honra, se precipita al mar, no ofrece á nadie ejemplo de moralidad social ó de alta virtud. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Si estaba loca, no procedió ni bien ni

mal; si no lo estaba, cometió el crimen de suicidio, de que no la absuelve el que el móvil haya sido el amor.

¿Querrá el señor Grez mostrarnos cuán odiosas son las felonías en el cariño, que precipitan á sus víctimas á tan deplorables fines? Pero la moralidad no está ahí: cuando más, hay un cuadro de suprema lástima. La moralidad habría estado en el castigo de Camilo, que era el traidor. Y si Camilo no era traidor consciente, si procedió mal arrastrado por dolorosas fatalidades, no lo premie al menos, ostentándolo á nuestros ojos como objeto feliz de otro amor sincero, del amor de Laura, al mismo tiempo precisamente que con su dolosa conducta hacía perpetuamente infeliz á Marianita. Ello es que toda cosa en el fin de esta animada narración contribuye á ahuyentar el espíritu de doctrina que debe presidir á todo bien puesto desenlace, de conformidad con los austeros preceptos literarios: Camilo que, en el curso de la obra, se nos ha hecho simpático á pesar de su gran infidelidad, á que fué arrastrado por causas extrañas,y acaso superiores á su albedrío, pasa á ser un corrompido liso y llano, en quien no ejercen influjo ni los recuerdos de un amor feliz y correspondido, ni los respetos que todo hombre debe á la mujer; y Marianita, ese perfecto ejemplar de niña buena y de amante, esa madre de unos hermanos menores, esa personificación de la moral y de la dignidad de la vida, concluye con actos vulgares y no propios de ella, haciendo desgraciado á Sergio, entregándose sin virtud á los desahogos de su amor, volviéndose loca de despecho y de zelos en seguida, y, por último, suicidándose, loca ó cuerda, como una mujer cualquiera, quizá aún como una manola de arrabal. Deplorable fin para un principío y medio sobresalientes.

No tan deplorable es la manera como han sido delineados y sostenidos los caractéres en este vistoso cuadro romancesco. Y al hablar de caractéres, se entiende referencia á los de Marianita y Camilo, ya que son los dos principales personajes de este drama narrado, y ya que el de Sergio no se presta á observación alguna. Sergio en el principio es un mozo alegre y tarambana, á quien los años, el trabajo asiduo y el sentimiento de una pasión seria, transforman en un hombre cabal y excelente. No se transformó así Camilo. El mundo—esta sociedad aristocrática,

moral por de fuera y por dentro corrompida—le pervirtió y le hizo infame.

Camilo llegó al puerto de los Vilos con el alma sana, y amó á Marianita con el ímpetu de un amor primerizo y joven, pero también con la honrada entereza de un corazón patricio. Si regresó á Santiago, si pensó en hacerse hombre en cuanto á la fortuna y á la posición, fué para dar una posición y una fortuna á Marianita que era aldeana y pobre. La fatalidad, mediante mil combinaciones, entre las cuales son de contarse algunas debilidades del héroe, torció el rumbo de sus ideas y de los acontecimientos, é hizo que Camilo olvidara su puro y primer cariño y se casara con Elena. Envinda pronto, y se halla, bajo todos aspectos, en situacion de realizar su compromiso con Marianita. Va á verla, la posee enteramente, la jura una y mil veces que la quiere, en seguida la hace traición, la impulsa á la locura, y vuélvese á cortejar á la graciosa Laura. ¿Es verosímil que este hombre corrompido sea el mismo Camilo del principio?

Yo no acusaría al autor de inverosimilitud. En el corazón humano se verifican de continuo transformaciones inesperadas que no se acuerdan con la lógica de los sentimientos y de los hechos. A veces lo que principia siendo amor ideal se torna ¡sabe Dios cómo! en solo apetito carnal,—y al revés. A veces el cariño afianzado por el trato mutuo y la conformidad de ideas y afecto, se trueca en ódio sin causa, en aversión inexplicable. El héroe del señor Grez, á la edad de veintitres años, se horrorizaba ante la idea de que Marianita pudiera ser sólo una espléndida querida y no la grande y virtuosa compañera de sus días; á los veintiseis ó veintiocho años, no creyó que pudiera ser otra cosa que su amante rendida, y fué y la buscó y le juró amor para que ella se le entregara y se hiciera suya. La alta sociedad en que había figurado durante cuatro ó cinco años le había hecho arraigar la idea de que un mozo rico y de familia aristocrática no puede pretender á una aldeana pobre—quienquiera y como quiera que ésta sea—sinó para hacerla su querida furtiva y enamorada. ¿Es de extrañar que, influido y embriagado por este aire envenenado y maligno que se respira en la sociedad nuestra, cambiara radicalmente sus ideas, y llegara á creer lícito

y corriente lo que al principio abominó y maldijo? No es de extrañar, y por eso no es inverosímil que Camilo de joven bueno, pasara á ser hombre bribón. Lo único que quedaria por averiguar, y que ahora no hace al caso, es hasta qué punto fué él culpable y responsable de sus malas acciones, y hasta qué punto fué también culpable y responsable la alta sociedad en que se había formado á la vida.

Algo muy distinto ocurre con el carácter de Marianita, en el cual todo es sicológico y obra de la pasión, porque en ella no hubo medio social que la influyera y transformara. Correspondió á Camilo con un amor de inocencia é inocentemente le entregó su alma y su vida. Le escribió conmovedoras cartas y no recibió contestación, supo su casamiento y aún siguió queriéndolo. Un hombre honrado le brindó en esas circunstancias su mano, y por deferencia á él, nó por cariño, Marianita se la otorgó. En tal estado, llega Camilo de improviso, y la dulce niña, olvidándolo todo—pasado y presente,—arroja al mar su anillo de compromiso con Sergio y se entrega incondicionalmente en brazos del que le hizo traición. Llega aún hasta á ir á buscarlo á su alojamiento una media noche que él faltó á la cita concertada. ¿Es verosímil esto en Marianita?

Las caídas de las mujeres honradas, según asevera Feuillet en su *M. de Camors*, se verifican frecuentemente con una rapidez asombrosa: hay quienes caen al primer golpe "por haber tocado un instante su mano maldita." ¿Es esta ley sentada por un gran observador del corazón humano la que se ha verificado en la novela del señor Grez? Marianita se presenta á nuestros ojos como la reproducción de esa mujer fuerte que elogia el Eclesiástico, y creemos que "cimientos eternos sobre piedra sólida son los mandamientos de Dios en su corazón." Se mantiene así, en ese mismo concepto, hasta que una tarde la habla Camilo, le recuerda el poema de la felicidad pasada, la subyuga. . y la hace caer. ¿No es demasiado precipitada la caída? De un solo soplo se desvanece la virtud de aquel ángel de sencillez y hermosura, se abate al suelo la altivez de la mujer que ha sido víctima de olvido y traición, y se pierde la santidad de aquella tierra madre de sus hermanos y de ese apoyo y consuelo de un anciano padre. ¿Se salva así tan

fácilmente el abismo que hay entre la pureza y la corrupción, entre la mujer virgen de alma y cuerpo y la ramera que sale á venderse á la margen del camino? Gran conocimiento de la mujer, y singularmente de sus pasiones y arrebatos, ha demostrado siempre el autor de *Marianita*; pero, acaso fuera mucho exigir el pedirnos que le creamos sobre su palabra cuando nos pinta situaciones que parece hasta cierto punto difícil encontrar en la vida real. Por lo que á mí toca, no me atrevo á pronunciarme en el caso presente, y dejo que los lectores del señor Grez juzguen según su leal saber y entender. Lo único que desde luego se puede avanzar es que esa idea, falsa ó verdadera, es bastantemente atrevida. Sorprende en la novela y es uno de sus rasgos más interesantes por lo inesperado. En su narración hay toques delicadísimos:

"—Apaga aquella luz, dijo él con voz suplicante y temblorosa: al entrar por este postigo, podrían divisarme de lejos.

"Ella obedeció, y, al apagar la lámpara, vió que una mariposa revoloteaba junto al globo y se quemaba las alas."—Esta es la frase final de un capítulo.

De la pasión á la calma se pasa sin esfuerzo; lo mismo de la novela del señor Grez á la del señor Silva de la Fuente. *Marianita* es novela de pasión y *Ventura* nó.

Los espíritus vulgares, al oir hablar simultáneamente de dos obras, tienen por primera ocurrencia "¿Cuál de las dos es la mejor?" Se comprende sin esfuerzo que, siendo de muy distinto carácter las dos novelas nombradas, no se las pueda parangonar sin peligros. Hay además que tomar en cuenta la respectiva situación de sus autores: el señor Grez cultiva desde años atrás este género literario, ha producido algunas obras, y ha estudiado y oído críticas y observaciones, mientras que el señor Silva de la Fuente se estrena con *Ventura* y hace ahora sus primeras armas literarias. Antes de hoy, su reputación de joven estudioso y de talento, formada brillantemente en las aulas, no salía de los centros de sus amigos y conocidos.

A lo de joven estudioso y de talento agregaré de poco mundo y tímido, por lo que se echa de ver en esta su primera producción. Al modo de esas personas distinguidas pero tímidas que andan buscando siempre el úl-

timo lugar de la mesa y que no se mueven del asiento que al principio ocuparon en el salón, el señor Silva de la Fuente ha sido poco audaz en la concepción de su novela y en la pintura en acción de sus personajes, cuando no le habrían faltado recursos para afrontar con éxito un mayor desarrollo en el plan y una mayor energía en sus creaturas. Tímido en su invención literaria, ha tratado de imitar en mucho—y con acierto—algunas de las novelas de Pereda, cuyo donoso lenguaje, fuerza es reconocerlo, se ha apropiado en parte, y ha hecho tímido á su personaje Ventura, que es enamorado tímido, orador tímido y político tímido.

Con razón de esa timidez, en *Ventura* hai muchos cuadros incompletos. Conocemos el amor de éste á Margarita, no por lo que los enamorados hacen ó dicen, sinó por lo que nos dice el autor. Las veces que los pone en escena, revelan un cariño que no es el que corresponde á dos individuos de su edad y que tienen el propósito y los medios de casarse en breve. Son dos prometidos mui friones. Más adelante, cuando pone á Ventura en camino de la realización de los sueños de su vida, no lo hace proceder tampoco con bastante energía. ¿Ni qué diré de aquella final escena con doña Carmen, prolongada inútil y desgraciadamente, en que el Ventura enamorado, politiqueante corrido y audaz diputado de oposición, hace aquel papel de colegial tímido y deja tímidamente que juguetee con él la Señora?

Nada habría perjudicado al señor Silva de la Fuente un poco de mas valentía en la concepción y desempeño de su obra. Ha trabajado con mano de principiante cuando tiene pulso para trabajar como maestro.

Dadas las reflexiones anteriores, se sabrá sin extrañeza que *Ventura* es una obra perfectamente armonizada con la observancia de las reglas literarias. Desconfiado de su talento, el señor Silva ha pedido auxilio á los preceptos. Su principal personaje es un hombre que desde la primera juventud abriga vehementes aspiraciones de hacer figura, y deja hogar, amor y bienes para lanzarse entre el revuelto hervidero de la política, donde espera conquistarse nombre, fortuna y felicidad. Naturalmente, y como lo saben muchos ¡ay! por propia experiencia, no halló en la políti-

ca más que trapacerías, disgustos y desgracias, y regresó á su tierra y á su casa, donde halló paz venturosa casándose con su antigua prometida, la dulce Margarita.

Esta novela tiene fin moral, y es el de hacer ver que el sosiego del espíritu y la dicha relativa que nos es dado alcanzar en la tierra, no residen en el falso brillo de las honras que proporciona la reputación o el mando, sinó en el cariño de los nuestros, en el oscuro rincón del hogar, donde no hay amigos falsos, ni calumniadores sin motivo, y donde sólo se conciben esperanzas para verlas hermosamente realizadas. Sí:

¡Feliz aquél que no ha visto
Mas río que el de su Patria,
Y duerme, anciano, á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

Tanto más moral aparece la idea que sirve de mira al señor Silva de la Fuente cuanto que ya semeja plaga cundidora la desmedida afición que á intervenir en las cosas políticas se nota en la juventud estudiosa de este país. Dedicando á la holgazanería de la charla fútil del corrillo ó á las tribunas del Congreso el tiempo que debía dedicar al pulimento de su espíritu y á la perfección de sus estudios, no progresa en éstos ó los abandona, y descuida aquél, echando sin embargo por el camino fácil de los fáciles triunfos que proporciona la oratoria de los comicios populares, donde una concurrencia interesada y de ordinario ignorante aplaude indiscreta tanto lo bueno como lo malo. La inclinación á la charlatanería política, es decir, á hablar magistralmente de lo que no se ha estudiado ni se sabe, la creencia de que es posible y conveniente hablar en público sin preparación alguna y sin conocimientos previos, el tono y aire de suficiencia que se avienen mal con la modestia necesaria en los primeros pasos de la vida, y la pérdida lamentable del tiempo, esos son los únicos frutos que en su primera época puede coger la juventud del árbol envenenado de la política. Los frutos de más tarde son desconsoladores desengaños: se ve que las palabras sirven únicamente y siempre para disfrazar el pensamiento, y que, cuando menos uno lo piensa, se halla convertido en el va-

so de elección de la calumnia de aquéllos que se decían y á quienes creía amigos. Y más se esfuerzan en calumniarlo aquéllos á quienes uno ha servido más. Agréguense á todo esto pérdidas de salud, de tiempo y de dinero, disgustos y enojosas quimeras, y traiciones y desencantos por todas partes, y se tendrá una idea pálida de lo que puede conseguir en la vida quien se consagra con fe y entusiasmo á la política

Mucha razón tiene, pues, el señor Silva de la Fuente para poner el hogar como tipo de felicidad en contraposición al mar nunca tranquilo de la vida política y pública. ¡Ojalá su Ventura vaya teniendo cada día menos imitadores!

Sobre esta idea capital basa su naración el autor, é intercala descripciones que tienen cierto interés y que demuestran en el señor Silva de la Fuente un espíritu de observación no poco ejercitado. El enredo carece de importancia, y, si no fuera por esas aludidas descripciones, el libro sería frio y caería de las manos. Ya expresé mi opinión sobre el incidente ocurrido entre doña Carmen y Ventura, incidente que determinó la vuelta de ésta á Bellavista, y que de buenas ganas yo habría suprimido de la novela. Después de haber presentado en toda la obra á su personaje como un hombre razonable, "como lo común de los mortales, del talento que da Dios á casi todos, pues los tontos y los hábiles son los menos", nos lo manifiesta en aquella escena como un idiota titulado, como no es de creer que lo fuera un diputado al Congreso y un hombre que había tenido la fortuna de ser amado de Margarita. Y ¿qué decir, en ese mismo acto, de doña Carmen? Por mucho que obceque á una mujer el deseo de verse servida y galanteada, nunca llega á esos tan ridículos extremos. Y ¿no es suponer sin pizca de penetración á una madre, quien quiera que ésta sea, que equivoque los cortejos que se hacen á su hija con los que pueden dirigirse á ella?

¡Poco mundo! es la expresión que varias veces asoma á los labios cuando uno lee la castigada narración del señor Silva de la Fuente. Por fortuna, el *mundo* se puede adquirir con facilidad, sobre todo cuando hay de antemano talento y buenas disposiciones.

El lenguaje es lo mejor de la novelita *Ventura*: castizo

sin afectación, elegante con claridad, sencillo cuando conviene, apropiado á cada circunstancia y suelto en todas ocasiones, pone en transparencia el dilatado é inteligente estudio hecho por el señor Silva de la Fuente en los buenos clásicos españoles, y el gusto con que en varios casos ha sabido apropiarse su dicción. Ya recordé á don José María Pereda á quien el autor de *Ventura* ha tenido sin duda muy presente y á la vista, no sólo en punto á lenguaje, sinó también en la creación de la fábula, disposición de los incidentes y caractéres generales de los personajes.

No hay, pues, exageración, á virtud de los méritos apuntados, en decir de esta obra que es un ensayo felicísimo, y que su autor merece el título y la palma de novelista, con cargo, sin embargo, de proseguir en la tarea, de estudiar más y más cada día el corazón y las costumbres, de beneficiar los temas que le ocurran con mas soltura y audacia, y de acordarse siempre de que su campo es el de la novela, de que en ella hará mucho bien á los demás y se lo hará á sí mismo, y de que, en consecuencia, todas sus lecturas y todos sus estudios y pensamientos deben girar dentro del círculo que, á lo que parece, la Providencia le ha señalado como suyo. Quizá el señor Silva de la Fuente halle un poco duros algunos juicios y un poco dogmáticos algunos consejos: perdone lo uno y lo otro al antiguo maestro de literatura que con tanto gusto le ha visto dar estos primeros buenos pasos, y que tantos deseos tiene de verle dar otros mejores.

Una observación final: *Ventura* y *Marianita*, títulos de las novelas en que he estado ocupándome, son dos nombres propios. ¿Será esto moda ó casualidad? *Pepita Jiménez* ha llamado á su más notable producción el insigne don Juan Valera: *Pedro Sánchez* y *Gonzalo González de la Gonzalera* son los nombres de dos novelas de don José María Pereda. Si el título de un libro debe ser la palabra ó frase con que se enuncia ó da á conocer el asunto ó materia de una obra científica ó literaria, ¿no es cierto que *Ventura* y *Marianita* no deberían ser los títulos de las dos novelas analizadas? Cuando una obra romancesca se llama *Nuestra Señora de París*, como la inmortal de Víctor Hugo, ó *Lo prohibido*, como la reciente de Pérez Galdós, entonces es

cierto que el título da una idea del asunto ó materia que se va á tratar. Y tanto es así que la primera de estas obras tiene por teatro los torres de la Iglesia de Nuestra Señora y la segunda por tema varias cosas que, por prohibidas, son el objetivo del apetito humano.—Tratemos de enmendarnos.

En Noviembre de 1885.

E. Nercasseau Morán.

FELICIDAD!

MELODIA. (*)

I.

Te busco en vano, como la abeja
busca las flores en que libar;
como las olas buscan la playa,
como el acero busca el imán.

Te busco en medio de la fortuna,
en los placeres que el amor dá;
de las lisonjas en el murmullo,
en los halagos de dulce paz.

Te busco ansioso de noche y día.
¿Donde te ocultas que aquí no estás?
Sólo he logrado saber tu nombre,....
sé que te llamas felicidad!

(*) A la exquisita amabilidad y atención del señor don Manuel del Palacio, debemos la publicación de estas bellas poesías que nos han sido enviadas por su autor desde Montevideo, en cuya capital representa con tanta dignidad como ingenio á la nación y la literatura españolas.

LOS EDITORES.

II.

Una cabaña junto á una fuente,
una barquilla sobre la mar,
una palmera de fruto henchida
y del desierto la inmensidad:

Un sol radiante dorando el cielo,
un dócil potro fuerte y leal,
un sueño puro como el de un niño
y una conciencia libre de afán:

Una voz grata que cante y ría,
un rostro bello que contemplar,
un alma joven que nos comprenda....
eso se llama felicidad!

Montevideo, 1885.

MANUEL DEL PALACIO.

ANALES DE LA PRENSA BOLIVIANA

"El Juicio Publico."

(Conclusión).

VII

1862

Sumario:—Sarcasmos sobre las matanzas.—Definición del setembrismo.—Juicio sobre el golpe de Estado.—Ofensas á los personajes caídos.—La aristocracia feble.—El motín belcista y la prensa belcista.—Una declaración aguardada con curiosidad.—Análisis crítico de la declaración.—Conflicto de El Juicio Publico.—Malévolas trascripciones.—Táctica burda de ataque.—Fuerzas para pacificar el sur.—Las leyes y el militarismo pretoriano.—Ultimos momentos de El Juicio Publico.—Su opinión postrera sobre los partidos.

En *El Liberal*, de Sucre, se dió cuenta de un suelto, aparecido los primeros días de febrero en La Paz, sobre el descubrimiento de una conspiración en favor de Belzu. Los ciudadanos con tal motivo sometidos á juicio se descartaron bien, fueron absueltos y todo quedó en nada. Menos la alarma que era grande en forma de una inquietud indecible, y menos la reacción belcista que indudablemente se apercibía para las vías de hecho.

En la hoja aquella se decía: "Buscaban un gobierno de garantías? Contesten los infames revoltosos del 23 de oc-

tubre." A este cruel sarcasmo se siguieron otros. En un periódico se dijo que si mañana resonara en Bolivia otra vez el nombre de Belzu, también tornaría á resonar el violín del 23 de octubre.

No sé lo que sintieron entonces los belcistas. Lo que es El Juicio Publico no perdió su aplomo. Replicó: "Y si ese nombre se pronunciara por superchería y para satánicos designios, ¿qué harían entonces los inocentes? Repetirán sólo: venga Dios contra el infierno."

A ese espíritu resuelto, según cierto calificativo de Ruperto Fernández, para concluir con los belcistas, nuestro periódico le da el nombre de "espíritu degollador propio del setembrismo." Por eso es útil dejar aquí constancia de lo que él piensa sobre el partido setembrista.

En su número 17, correspondiente al 25 de diciembre, el periódico que nos ocupa se ensayaba en definir y establecer la filiación política del setembrismo. El punto es de interés. Es el concepto público del belcismo respecto del setembrismo, estos dos grandes y fieros bandos de las discordias bolivianas.

Decía así:

"Es preciso que nos entendamos.

"Si por setembrismo se comprende progreso, libertad, imperio de la razón, desarrollo industrial, ensanche de los derechos del hombre, instrucción del pueblo, en fin, realización de la verdadera república, entonces no hay boliviano honrado que no sea setembrista, ni puede haber cosmopolita que no corriera á acogerse á tan espléndida bandera. Los que así entienden el setembrismo y obran en este sentido, son los regenadores de la patria, los nobles soldados del porvenir. Su memoria será venerada por las generaciones. Entonces el setembrismo es y será la más noble de las causas.

"Empero, si la palabra setembrismo se toma por consigna para dar cima á aspiraciones bastardas, para formar banderíos exclusivistas, para hacer un centro de reunión al proselitismo sangriento y esterminador del bando que se cree rival: si el setembrismo ha de ser la clave de un constante monopolio del poder, para tener aprisionado á ese noble pueblo que otro día, lleno de ilusiones consumara una revolución social con la fe más pura en mejores desti-

nos: si el setembrismo ha de marcar la división más bárbara y funesta de partidos, y ha de consignar en nuestra historia la éra de Tiberio y Diocleciano: entonces los setembristas del tal bando serán los renegados de la naturaleza, los verdugos y depredadores de la humanidad.

"Es preciso distinguir el setembrismo—causa, del setembrismo—pretexto.

"El cristianismo es y ha sido desde su cuna la más grande causa de la especie humana, ¿y cuántas abominaciones no se han cometido en su nombre por los falsos cristianos, por los correligionarios de la hipocrecía? No hay crimen que no haya cometido Fernández, el Ante-Cristo del setembrismo, á nombre del setembrismo. Lo invocó á tiempo de cometer la más infame de las traiciones,—la del 14 de enero. Lo invocó Yáñez con su cuadrilla en las negras horas de las matanzas de dormidos. Entre los afiliados del crimen que capitaneaba Fernández, se hizo del "viva Setiembre" la contraseña de sangre y el nema de las comunicaciones públicas y privadas. Invocaron Setiembre los traidores á la patria, en 30 de noviembre último, al tiempo de vender la patria al extranjero, y en el instante de atravesar los corazones de los ilustres defensores del honor nacional con el plomo asesino.

"La causa de Setiembre fué aclamada por una gran mayoría de la nación, si, como lo es toda causa de los pueblos; pero, ¿qué se propusieron éstos con tan solemne proclamación? Lo diremos sencillamente: el imperio pleno del derecho y el rápido impulso del progreso. Uno de los votos más ardientes, consignados en las actas populares, fué dar las más altas franquicias á la emisión del pensamiento por la prensa, emisión que tanto aborrecen las tiranías y tanto temen los cómplices de grandes crímenes contra la sociedad.

"La primera herida mortal dada á la causa de Setiembre, fué el decreto de 31 de marzo: autocrática ordenanza, que condenó al silencio á un pueblo, en momentos en que más necesitaba de la libre emisión del pensamiento para fijar sus destinos.

"Los pueblos recibieron un primer desengaño, vieron la esterilidad de tantos sacrificios recientes por la libertad, y desesperaron de su salud, traicionados por los caudillos

que tantos bienes les habían hecho entrever en falaces promesas, que se hicieron pedazos el día que empuñaron esos caudillos el poder.

"Pero, al silencio de la prensa síguese siempre el sordo rugir de la opinión comprimida, dispuesta siempre á estallar. Así sucedió; y el malestar público se pronunció desde aquel momento, para marchar sin detenerse con creciente cortejo de calamidades. La opinión zumbaba indignada debajo de la compresión.

"Hubo un partido que creyó poder aprovechar de esta disposición crítica de los ánimos, para proclamar la reacción; porque los partidos han buscado siempre en el descontento popular el apoyo de sus tentativas. La política se colocó en la ruta funesta de los hechos: estallaron motines, se levantaron patíbulos políticos, y fué ultrajada y cubierta de oprobio la faz de una noble revolución.

"Cuando se proclama la causa del derecho y de la justicia, es un atroz ultraje á ella misma el tesón de sostenerla con sangrientas violencias."

¿Cómo negar que dentro de esta invectiva hay un manojo de verdades históricas?

Dice que, apesar de este estadó de cosas, los hombres de bien y la masa popular, cuyo instinto certero rara vez se equivoca en la explicación de los hechos públicos, miraron con marcadísimo desvío ó con desprecio el golpe de Estado del 14 de enero. Presintieron que iba á ser preludio de un mayor envilecimiento de los caracteres políticos.

"Un hecho de profunda perfidia, por grandes objetos que se propusiese, era incapaz de fundar ningún orden de cosas laudable ni legítimo."

El crimen, según nuestro periódico, no puede servir de base para nada que esté llamado á establecer derechos y obligaciones recíprocas, como son aquellos que constituyen el mecanismo de un partido en ejercicio del poder.

Tocando la cosa más de cerca dice sobre la dictadura:

"La dictadura del doctor Linares había llegado á fatigar al pueblo. Habiéndose inaugurado su administración bajo los auspicios del derecho, declaró el hecho y la violencia como el único símbolo de su gobierno. La absorción del espíritu nacional en una férrea y caprichosa voluntad, de la cual estaban colgadas todas las garantías sociales, ha-

bía hecho, ante la nación, vitalmente necesario el descenso de Linares del poder. De otro lado, á lo último ya no ejercía el dictador, por la creciente gravedad de sus males, ese poder sino para satisfacer las perversas miras de un extranjero, cuya depravación afectó aquél descubrir en hora póstuma.

"Fernández era el alma de esa dictadura: conocía bien este aventurero, que el pueblo se exasperaba de un gobierno que él mismo, el aventurero, había calculadamente conducido al desacierto.

"La nación conocía al fatal mentor, al criminal instigador, que Linares sostenía á despecho de todos los bolivianos. Fernández no era al fin sino un funesto prestidigitador, que sabía agitar entre sus manos á una momia irascible, á cuya voluntad presunta sacrificaba la vida y los intereses nacionales de un país de heroicos recuerdos.

"Esta era la actitud de Bolivia la víspera del 14 de enero.

"La madrugada de este día sorprendió al pueblo con el rumor de un cambio político. Todos se agitaron. Diversos rumores circulaban sobre la índole del acontecimiento. Muchos le creían popular.

"Pero, más tarde, un intenso y desgarrador desengaño sembró el espanto en todos los espíritus y heló todos los corazones. Fernández á la cabeza de un batallón era el que proclamaba el motín militar.

"Su presencia arrancó un grito de maldición al pueblo. La miradas de indignación y desprecio seguían por todos lados á todos los que aprobaban aquel execrable suceso. Tuvo que soportarlas el general Sánchez, que ascendido poco há por el dictador, paseó ese día por la plaza mayor su ignominia y su ingratitud, á la cabeza de una división seducida y engañada.

"El pueblo es siempre noble en sus primeros arranques. En ese día no vió ya en Linares sino una víctima digna de miramientos, y convirtió su odio contra una infidencia la más inesperada."

Ni una palabra sobre el otro reo de esa atroz infidencia, el actual presidente Achá.

El estado mayor del partido setembrista, en La Paz, estaba muy resentido con El Juicio Público, tanto por sus

acriminaciones un poco genéricas respecto a las carnicerías del 23, cuanto por ciertas trascripciones, aun más recriminatorias, tomadas de la prensa belcista por nuestra gaceta.

Según estos escritos, el setembrismo (y esta palabra usada en absoluto) había estimulado, azuzado é inflamado los feroces instintos de Yáñez.

Como en ese estado mayor estuviesen figurando hombres verdaderamente intachables y dignos de gran respeto, como Tomás Frías, Evaristo Valle y Adolfo Ballivián, El Juicio Público hubo de restringir el alcance de esos escritos, con entereza ciertamente, y poniendo á salvo los derechos de la prensa garantida, pero diciendo en desagravio lo siguiente:

"Algunos escritores quieren suponer que pretendemos hacer recaer los crímenes del 23 de octubre en el partido setembrista. Error. No queremos sino que recaiga sobre sus verdaderos autores. Una absoluta generalizacion sería demasiado injusta. Nuestro tesón de buscar pruebas, es por conocer la verdad, para hacer una justa apreciación del hecho y de sus perpetradores.

"Si hacemos algunas trascripciones, es por dar á conocer á todos el juicio que la prensa de otras partes ha hecho del acontecimiento más alarmante, por su ferocidad, que en el presente siglo ha podido tener lugar en un pueblo del orbe cristiano."

Pero llegó el caso en que los tres individuos nombrados acusasen la trascripción de un suelto, de la prensa boliviana de Tacna, intitulado *¡Adelante Setembristas!* La trascripción fué condenada en la persona de su garante Román Barragán. Este dijo de nulidad ante la Corte Suprema y la obtuvo. Mientras se tramitaba, no sin peripecias y emociones, este juicio de imprenta, El Juicio Público se mostró duro y durísimo contra los setembristas.

Antes se había ensañado contra los infidentes y por lo mismo secuaces de Fernández, dejando en paz á los leales al dictador, entre los cuales figuraban Frías, Valle y Ballivián. Ahora los disparos son también contra los leales, á quiénes trata de señalar, en mal punto, á las animadversiones mestizas ó plebeyas.

Pinta el aristócrata de las viejas monarquías europeas,

benéfico, patriota etc., y habla de que la aristocracia no tiene razón de ser en nuestras repúblicas:

"Por desgracia vemos en las repúblicas esas aristocracias de impostura, esas noblezas postizas, que como cosa bastarda, son el reverso de la virtud y de la fraternidad filosófica. En tales sociedades, donde la igualdad debía ser la esencia del cuerpo colectivo, esa igualdad de la razón y de la religión, que establece necesariamente las categorías del verdadero mérito, en esas sociedades, por la más funesta aberración, saltan á engreírse aristócratas hechizos, que toman la inhumanidad por hidalguía, el egoísmo é indiferencia cruel hacia sus semejantes por gran tono, la absorción de la sustancia pública por título hereditario, y el eterno monopolio del poder por blasón incuestionable de la raza.

"El aristócrata de esta laya, si no mira con estúpida indiferencia, se complace en las calamidades públicas que no le tocan: verá morir al pueblo de hambre y desnudez, y una mirada sañuda y desdeñosa, tan solo responderá á los lamentos de la desgracia. Verá cadáveres de ilustres víctimas, no aristócratas, de inocente é inerme pueblo descuartizado en las plazas, por la mano de un verdugo consabido: y, lejos de verter una lágrima, de hacer un gesto de horror á la sangre corriendo, y á los miembros humanos esparcidos, ese aristócrata trabajará por infamar la memoria de las víctimas para emponzoñar hasta el mismo dolor de las huérfanas familias.

"Sacando argumento de hechos infaustos que por mucho tiempo pasaron, y contra los que ha habido las mas sublimes protestas, perseguirá al inocente pueblo sin permitirle un momento de reposo, haciéndole retorcerse sin consuelo entre la miseria y la ignorancia; y de esto sacará también cómodo pretexto, para hacerle morir por el látigo y el tormento, en los traspatios de cuarteles y en el abandono de los páramos.

"Tal es el ligero paralelo entre el verdadero noble y el aristócrata bastardo".

Los setembristas de *El Telégrafo* motejaron como una falta á El Juicio Público el que su espíritu y tendencias más ó menos bien encubiertas fuesen belcistas.

El hecho es que El Juicio Público apareció para re-

clamar el desagravio de la moral pública, cuando dicho bando acababa de ser asesinado en las personas de cincuenta de sus miembros. Es también un hecho que dejó el palenque de la prensa cuando acababa de estallar en Sucre un motín, que invocó á Belzu contra la constitución y las leyes. Es lo que bien interesa consignar en estos anales del periodismo. Ese deslinde cronológico señala á esos clamores su valedero diapasón, y de aqueste diapasón arranció El Juicio Público su nota dominante y memorable. Lo demás ¿qué nos importa ahora?

Mas, por lo mismo que á este órgano de la opinión se le ha concedido, á mérito de su independencia y oportunidad tan luminosas, un espacio preferente en estas páginas, es necesario dejar constancia de un cargo formulado contra su belcismo por *El Telégrafo.*

Estalló aquel motín, y los redactores de nuestra gaceta quedaron colocados en una posición espinosa, ellos que venían defendiendo con intrepidez á los caídos, defendiéndolos en campo legal con armas lícitas.

"Aquí los queremos ver,—se dijeron entonces conmaligno placer los setembristas de *El Telégrafo,*—aquí los queremos ver. Esos redactores tendrán ahora que hablar ora reprobando con la energía más vehemente aquellas tendencias proditorias, ora aprobando un hecho en que, sólo la ceguedad é interés depravados de un infame partido, pueden fundar esperanzas."

El sábado 15 de marzo salió por la tarde el número 46 de El Juicio Público, que era aguardado con ansiedad desde las primeras horas del día. Sus palabras revestían para todos una doble solemnidad: la de una determinación concienzudamente adoptada, y la de un sabor inusitado y peregrino en Bolivia, donde lo común són sólo prensa autoritaria y prensa revolucionaria. Hé aquí esas palabras:

"Se sabe que en la capital de la república ha estallado un movimiento revolucionario, y que la suprema autoridad se prepara á reprimirlo con prontitud, por los medios que la ley pone en sus manos. Muy bueno, muy oportuno.

"Así como deploramos los males de nuestra desgraciada patria, así también tenemos la satisfacción de que rija una constitución y un gobierno que ha protestado acatarlas has-

ta en sus ápices. Que cumpla tan solemne juramento, y esto le acarreará más glorias que mil triunfos sobre hermanos, y mil ovaciones del partido vencedor.

"Un gobierno nacional no tiene la fatal necesidad de apoyarse en un partido para combatir á otros. La ley y los medios de ejecutarla, que los pueblos han depositado en sus manos, son suficientes para reprimir los avances, tanto de las personas como de los mismos partidos.

"Cada uno de éstos está en acecho de los destinos de la patria, para darles el giro que más conviene á su índole y á sus intentos. Si el gobierno ha tenido la ventura de sorprender á tiempo las tramas de un partido, que castigue á los verdaderos delincuentes, conforme á esa ley tantas veces invocada.

"Pero que no vuelva á suceder, por Dios, que se entregue un partido aprisionado á la rabia de su rival.

"Aun no acaba de deplorar el mundo, con respecto á Bolivia, los horrores de semejante política."...

Es menester estar muy al tanto de la política boliviana, para poder saborear todos los ápices de consumada malicia contenidos en estos serenos y llanísimos conceptos. Pero es terreno pecaminoso el de querer glosar muy á fondo la prensa de partidos tan enconados y astutos. No obstante, la malicia puede conocerse por el verdadero furor con que dichos conceptos fueron recibidos por *El Telégrafo*, en su número 486, correspondiente al 19 de marzo.

Entre tanto, dos cosas saltan á la vista en este artículo: primera, no existe la aguardada reprobación enérgica, vehemente, de las tendencias proditorias del belcismo: segunda, un gobernante puede sostenerse en Bolivia sin el apoyo resuelto de un partido, siéndole en tal caso suficientes los medios legales para contener los desmanes de las facciones anárquicas.

¿Está dicho esto último con un sentido práctico capaz de parar el golpe del calificativo, que merece lo que no está dicho con sinceridad? Lo primero ¿acredita un deseo decidido de ver consolidadas las instituciones mediante el afianzamiento del orden legal? En uno y otro caso me parece que nó. Y no hay para qué moralizar aquí sobre el deber tribunicio de apoyar, por sobre cualquier otro interés, el principio de autoridad, autoridad legítima, contra los

embates de la soldadesca pretoriana, en un país minado y contraminado por las facciones del caudillaje.

Pero adonde no puede uno seguir á *El Telégrafo* es hasta la severidad con que condena, en los escritores de El Juicio Públbico, su improbación tibia del motín belcista y su reclamo simultáneo de garantías al poder represor. Debían anatematizar por malvados á sus correligionarios sediciosos. Tanto rigor de virtud apenas era exigibles de humanos lidiadores, si la prensa es escuela de disciplina democrática para milicianos políticos, y no claustro cenobítico de votos solemnes para heroísmos de otro mundo. La gaceta setembrista exigía bien, pero exigía demasiado de la gaceta belcista.

Entre tanto, era deber de toda prensa honrada sostener al presidente legítimo Achá, contra todo avance revolucionario.

Duro, durísimo conflicto, para los intrépidos belcistas de El Juicio Público, que ya veían coronados sus valerosos esfuerzos con una vastísima circulación del periódico en toda la república. Esta circulación aumentaba la influencia positiva del periódico mucho más allá de los muros de La Paz, en momento que estaba próxima á abrirse la campaña electoral de la legislatura y de la presidencia.

Pero tuvieron el noble sentimiento de su situación nueva. Aun vencida, la rebelión belcista acababa de desautorizar la palabra de los redactores, que para belcistas habían reclamado justicia conforme á las leyes contra las vias de hecho. Por eso, y antes que bastardear el timbre distintivo del periódico con otros tonos y otras modulaciones, bajaron de la tribuna dejando la escena.

Los adversarios no sospecharon esta dimisión. Creían que los propietarios y redactores habían de seguir maniobrando, según los casos, tras, contra ó al sesgo de la corriente. Olvidaron que en Bolivia, á nueva situación, nueva gaceta.

El Juicio Público, á su holgada subsistencia económica, juntaba entonces la ventaja moral y positiva del reciente triunfo que acababa de obtener, en la Suprema Corte, contra los tribunales de La Paz. En el citado número 46 dice al respecto lo siguiente:

"Hacemos la trascripción de un papel suelto de Tacna

titulado *¡Setembristas, adelante!*, para dar á conocer la impresión que ha hecho en los ánimos la causa que con tenacidad se siguió á nuestro editor responsable, por el simple hecho de una trascripción. Pero es preciso que conozca el mundo, que si en Bolivia hay algunos jueces que desconocen los deberes de su sagrado ministerio, también hay altos magistrados que dan expléndidas pruebas de encumbrada justificación. Así ha sucedido en nuestro caso, con la excelentísima Corte Suprema de la nación, á cuya eminente probidad debemos el haber cesado toda persecución á nuestro respecto, y el gozar hoy de la plenitud de las garantías individuales."

La trascripción acusada y condenada en La Paz, fué la que nuestro periódico hizo del suelto tacneño intitulado *¡Adelante setembristas!* Contenía inculpaciones injustas y sangrientas contra determinadas personas. El nuevo suelto que hoy trascribe contiene el siguiente párrafo, que tomo al acaso para que se conozcan á la vez el temple de todo el escrito y la perversa hipocrecía del periódico trascriptor:

"¿Creéis, por ventura, matar la idea despedazando el cráneo que la cobija? O, como aquel maniaco de la historia, ¿pensáis acaso contener el océano dentro de una copa? ¡Necios! Suponéis que cortando la lengua á los que se quejan y sacando los ojos á los que lloran, habéis hecho olvidar vuestras iniquidades y maldades. Os asemejáis á los asesinos que borran presurosos las huellas de la sangre derramada, como si después de eso no arrastraran consigo la soga que los ata al crimen, soga que tarde ó temprano ha de ponerlos sobre la horca. Aun humea la sangre vertida por los setembristas en las manchadas calles de La Paz. ¡Quién lo creyera! Todavía el setembrismo está de pie aguzando en secreto el puñal homicida. ¿Qué decimos en secreto? No está la justicia en poder suyo? ¿No están confiados á ellos los altos puestos?"

El Telégrafo declaró, después de esta caída á fondo, que en adelante no guardaría ya miramientos con escritores que habían depuesto toda buena fe en la discusión, abjurando del respeto debido á sí propios y á los colegas del periodismo, hasta el punto de llevar la invectiva más allá de una vehemencia, no tolerable ni aún en tiempo de mayor exaltación que los presentes etc. etc.

El Juicio Público no tuvo ningún inconveniente en convenir en todo esto, mas sin darse él por aludido. "Francamente decimos, agregó, que no queremos ver escritos, ni como algunos de los que contiene *El Telégrafo*, ni como el intitulado *¡Setembristas, adelante!* trascrito en El Juicio Público. Son la más alta expresión del encarnizamiento de los partidos, á quienes el pueblo y el gobierno debieran contener en sus justos límites, como á esos seres atacados de insanía."

Indudablemente que esta táctica de combate no era ingeniosa; pero su misma calidad basta estaba tejida como para sacar de quicio á los contrarios; y así sucedía en efecto. Estos gastaban, no obstante, algunos adarmes de espíritu agudo al preparar sus grajeas. Así, por ejemplo, decían lo siguiente que tiene importancia para las nomenclaturas históricas, y que alude con oportunidad al famoso saqueo de marzo ejecutado por los belcistas en 1849, y á las recientes expoliaciones de Sucre y Potosí, tamdién en marzo.

"Los partidos que hicieron la revolución de 1857, tomaron la denominación de *setembristas;* es decir, que rehusaron llevar el nombre de linaristas por temor de que se les tachara de ser bando personal. ¿Por qué el partido *belcista* no abandonaría esta denominación, tomando así mismo el nombre del mes en que siempre se ha hecho notable? Por nuestra parte creemos que debieran ellos adoptar el de *marcistas*. Marzo es el mes de acontecimientos memorables de nuestra historia. En un marzo los belcistas se hicieron célebres, en otro marzo quieren renacerá una mayor celebridad".

Por esos momentos la ansiedad general, en La Paz, era extremada con respecto al resultado del choque entre la división constitucional puesta al mando del general Gregorio Pérez, y las fuerzas revolucionarias organizadas por los belcistas en Sucre y Potosí.

Pérez acababa de salir de La Paz el 14 de marzo con dirección á la capital de la república, llevando consigo el batallón Primero. Debían de incorporársele en Oruro una brigada de artillería, el regimiento Sucre y la columna municipal de aquella ciudad.

Por correo extraordinario se supo el 15, que los facciosos habían desocupado Sucre el 11 con la mira de pertrecharse

y engrosarse en Potosí. Comunicaciones fidedignas aseguraban que el vecindario sucrense no había tomado parte y que reprobaba, *in petto* se entiende, el movimiento. Burlas y rechiflas de los estudiantes habían acompañado á su salida á los cabecillas Torrelio y Aguilar. Las autoridades legítimas, prontamente restablecidas, hacían esfuerzos para que los vecinos formularan una protesta por escrito contra el motín pretoriano de la columna municipal, motín que constituía el origen militar y base única de la rebelión.

Con esta última noticia y con la de no ser más que unos doscientos hombres los que los facciosos habían logrado organizar y movilizar en tan pocos días, los partidarios del gobierno decían el 15 por boca de *El Telégrafo*: "A nuestro juicio, la pacificación del sur será completa, porque los facciosos de Sucre carecen de apoyo moral y material."

Antes de partir Pérez, al pretoriano Balsa le bajó de lo alto un amor muy grande á la constitución y á las leyes. Junto con empaparse en sangre y enlutar un centenar de hogares, habíalas conculcado á secas, sin invocar nada ni á nadie, el 23 de noviembre del año próximo pasado.

"Circunstancia es esta, dice ahora, en que sería una mengua para todos los hombres de corazón, para los que conservan un resto de amor al país y á sus instituciones, y en especial para los militares de honor, no empuñar la espada y volar en apoyo de los defensores del orden."

El gobierno le dió las gracias ofreciendo utilizar sus servicios oportunamente.

Este aplomo increíble valió á Balsa mansas brisa de olvido, que fueron á soplar benéficas sobre sus heridas. El trivialísimo "no hay sanción moral en Bolivia," comenzó á descender como bálsamo para él, y como hiel para los huérfanos é inválidos constitucionalistas del 23 de noviembre. Luego veremos eso.

Muy pronto hemos de ver también al actual general en jefe de los defensores del orden, á Gregorio Pérez, alzarse á su vez contra ese orden invocando su yá, por ser éste preferible á la constitución y las leyes. El proselitismo que entonces acaudilló este pretoriano costó igualmente mucha sangre y daños al país.

Hé aquí lo que á punto mismo dice un impreso de es-

tos momentos para caracterizar la actual rebelión soldadesca de Sucre:

"Quisiéramos que se reunan todos los belcistas en sinagoga plena, y que, después de meditada discusión, y puesta la mano sobre el pecho, sin dar oídos más que á las inspiraciones de la conciencia y de la razón, nos respondieran á esta pregunta: ¿Qué motivos tenéis para revolucionaros? Los hombres de corazón callarían. Un belcista exaltado y rojo, que quisiese romper el silencio para expresar su pensamiento, con franqueza y audacia nos diría:—Nosotros hacemos la revolución simplemente para que gobierne Belzu, porque cuatro años de proscripción hemos sufrido, porque nuestros prohombres han sido asesinados en alta noche, porque queremos dominar, porque queremos vengarnos."

Se recordará la manera arrogante y presuntuosa con que El Juicio Publico apareció en la prensa á mediar entre los partidos, cada vez más exigentes por virtud de su egoísmo y sus rencores recíprocos. Como si quisiese cerrar el ciclo de sus trabajos justicieros acentuando la falacia de aquel oriflama de combate, el 20 de marzo se presenta él vistiendo con colores belcistas la toga de árbitro arbitrador y amigable componedor. Con la formalidad imperturbable del que va á recomenzar de nuevo sus tareas, dice:

"Que el pueblo imparcial y sensato vea la disposición respectiva de los bandos, para que con mano diestra, con previsora conciencia, aleje la tempestad que amaga. Respecto de nosotros, diremos que hemos procurado dar pruebas de imparcialidad entre las facciones, acusando el crimen en cualquiera de ellas. Hemos hecho una irrevocable profesión de fe, de independencia, y esto nos es característico. Se engaña quien crea que pudiéramos someter nuestro pensamiento á ningún caudillaje. Lo que hemos intentado es interponernos entre los partidos para que no se destrocen.

"Tampoco nos arredra la amenaza con el ministerio fiscal, ni otras que se nos hacen material y moralmente. No lo primero, porque existe un gobierno constitucional que garantiza el cumplimiento de las leyes relativas á la libertad individual, sin ceder á las sujestiones de los partidos

en furia. No lo segundo, porque el apoyo de una conciencia pura desconoce todo temor.....

"Nos complacemos al leer los partes de haber terminado ó de estar próximo á terminar el motín del sur. Ojalá los negocios públicos tomen su marcha normal y entremos de una vez en el palenque en que solos deban luchar la razón y la ley, cuyo eco es el periodismo y con cuya arma podemos lidiar con ventaja nosotros los escritores públicos, enemigos naturales de las vías de hecho. Sucediendo al actual conflicto la calma política, calmará también la efervescencia de los partidos....."

Pero, antes que eso suceda y durante el actual conflicto, fué táctica de nuestra gaceta el vituperar el motín setembrista de noviembre en el sur y en el norte, señalado por la traición de Fernández en Sucre y por el sangriento combate de Balsa en La Paz. Ahora bien, los amigos de estos cabecillas rodeaban actualmente al presidente Achá en la última ciudad, y las alusiones y referencias de El Juicio Publico tendían á abochornar á los cortesanos y á impresionar á Achá, sembrando entre uno y otros la poca gana de anatematizar con furor el actual motín belcista del sur.

Aquella confianza en el buen éxito de la campaña contra los facciosos no estaba exenta de zozobras, y con razón. En Potosí había dos mil fusiles y mucho dinero en la casa de moneda. Esto era grave. En una solución librada á la brutalidad de la fuerza, entra por mucho en el cálculo de probabilidades, como factor, el acaso sin lógica.

En los encuentros de las facciones del caudillaje boliviano era principal agente el militarismo; y el militarismo, por el estado social engendrado, era aleve, desvergonzado y sin principios. Genízaros el presidente, en su proclama de uso y costumbre, llamaba á los traidores de la columna municipal de Sucre; pero, los que de La Paz y Oruro iban á combatirlos en sostén de la ley, eran también genízaros, como pudo certificarlo más tarde el mismo Achá, presidente constitucional. Lo cierto es que cuando el 9 de abril llegó á La Paz la noticia de la total dispersión de los rebeldes, no pudo menos que confesar en un documento público el gobierno, que su espíritu acababa de salir de una mortal inquietud.

A la sazón veinte días hacía que El Juicio Público había dejado de existir. No cantó su muerte como el cisne su próximo fin, ni celebró con pompa sus propias exequias como Carlos V al abandonar la mundanal batalla. Firme al pie de la brecha estaba en el postrero cual estuvo en el primero de sus días, asumiendo la judicatura política en el foro tempestuoso de los partidos, zurrando á manteniente al setembrismo paceño, si bien ahora más que nunca particularizándose contra éste, mediante el ardid pueril de no llamarle partido sino partidos.

Pero su mala intención le delata á él mismo ante nosotros, y véase si su generalización, meramente verbal, no es también por muchos conceptos una generalización sustancial, con sentido perfecta y justicieramente histórico respecto de todos los bandos, el belcista incluso. Las alusiones locales y personales, perdidas para la posteridad, no perturbarán sino acentuarán la integridad del juicio.

"Los partidos conjuran en su ayuda á todos sus afiliados, no importa si son grandes criminales, no importa si el anatema universal, y el de ellos mismos, han marcado la frente de algunos renegados de la patria y de la humanidad.

"Los últimos acontecimientos de la capital no han hecho sino servir de piedra de toque, para conocer los grados de iracundia que se profesan los dos partidos belcista y setembrista. Se miden de hito en hito, se amenazan, se denuestan, se enfurecen y se lanzan al terreno de la lucha.

"Qué diferencia de esta época á aquella en que, habiéndose levantado el pendón de extranjero motín por Fernández en Sucre! El pueblo, el verdadero pueblo, levantó su majestuosa frente, prestó su apoyo al gobierno, y en pocas horas quedó aniquilada la perfidia del huésped ingrato, y salvado el honor nacional. Sucedió instantáneamente la paz, la clemencia con todos los delincuentes políticos, que se cobijaron bajo la égida del espíritu de confraternidad y filantropía, que caracteriza al pueblo boliviano con pocas excepciones.

"Pero los partidos, los envenenados partidos, más se resignan al baldón de coyunda extranjera, que á la reconciliación, exigida por los futuros destinos de Bolivia, por la naturaleza y por la misma religión.

"Sobre los partidos está, no obstante, ese pueblo, hijo predilecto de Dios, compuesto de propietarios industriales, pensadores y artesanos. Son las abejas de la república. Sus tareas y lucubraciones se ven amenudo interrumpidas por los zánganos partidaristas, que no les permiten elaborar el espléndido *panal* de las sociedades, que consiste en el progreso y la ventura.

"Pero ese pueblo se ilustrará al fin sobre sus verdaderos intereses: conocerá que los partidos son el enemigo capital de su dicha y reposo, y ahogará los partidos todos á la vez, con esa omnipotencia que sólo es concedida á un designio verdaderamente nacional.

"Bien sabemos que todas las revoluciones de Bolivia, que marcan otras tantas éras luctuosas, han venido acompañadas de un abundante y falaz cortejo de principios, propósitos y promesas más ó menos lisongeros. ¿Qué han visto como consecuencia los pueblos? Tan sólo el eclipsarse cada día más y más la estrella de su porvenir, socavarse más bajo sus plantas la fosa de su ruina. El partido que domina hoy, siempre más detestable que el que dominó la víspera.

"Y no sólo eso: cada partido á su vez ha fundado, en el aniquilamiento de Bolivia, su título para dominarla eternamente. Cada partido dice: yo operé una revolución social en tal época ó mes; esta revolución ha hecho de la patria un cadáver; pues bien, de allí arranca mi exclusiva prerogativa de eterno dominio.

"Es abonimable el contraste que forma la actualidad tristísima del país con las baladronadas de principios, progreso y perfectibilidad social, que arrojan los partidos. Y lo remarcable es que el mundo ya contempla compasivo y horrorizado á la joven nación, explotada, deshonrada y envilecida antes de haber llegado á la pubertad.

"Con atroz injusticia los partidos de Bolivia se disputan hoy la presa. Aparte de que en los sistemas republicanos el gobierno nacional debe resolver y reprimir las odiosas parcialidades, entre nosotros no hay partido que pueda, con justicia, atribuirse la satisfacción de haber labrado un bien positivo á la patria, beneficio que pudiera fundar un título de merecimiento, mucho menos que le concediera la prerogativa exclusiva del mando.

"Este prurito exclusivista no es estéril, sino demasiado fecundo en calamidades. Fernández dijo: *Quiero mandar tan sólo con el partido setembrista.* Y una divisa semejante es en su caso la de todos los partidos, y por mandar entienden nuestros políticos *dominar, poseer, aniquilar.*

"Los partidos han sido incapaces de obrar el bien alejándonos del mal. En adelante continuarán demostrando su impotencia como una calamidad inevitable de la patria.

"Buen ejemplo tenemos de esta verdad en la rebelión extranjera de noviembre próximo. En ese acontecimiento tan alarmante para la dignidad y honra nacional, los partidos ¿qué hicieron? Guardar la actitud del egoísmo y de la intriga, conservar esa espectación del cuervo para lanzarse, cuando convenga, sobre la consabida presa descuidando al rival, ó bien para ponerse á merced del vencedor haciéndoselo propicio, y aplazar las tentativas.

"Sólo los pueblos, con su heroísmo innato y con el sentimiento intuitivo del honor nacional, pudieron entonces salvar la patria, al gobierno y las instituciones, del conflicto más calamitoso que han ofrecido nuestros lúgubres anales.

"¡Pueblos de Bolivia! reinstalaos en vuestros derechos, que tan sólo así los partidos depondrán sus pretensiones liberticidas, y se retirarán arrepentidos á una vida de reparación."

Las adulaciones de siempre al pueblo boliviano por su heroísmo innato y su vivo sentimiento del honor nacional. Es indudable que los escritores allá necesitan el uso de esta salza, puesto que con ella todos guisan sus manjares todos. Pero, francamente, esto de que el pueblo de Bolivia compuesto de artesanos, industriales y pensadores, sea el pueblo predilecto de Dios, me parece poco conciliable con aquello de que el mundo ya contempla horrorizado á la joven nación, envilecida antes de llegar á la pubertad.

G. René-Moreno.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

O

TOMAS BECKET.

POEMA DRAMATICO DEL POETA LAUREADO DE LA GRAN BRETAÑA: A. TENNYSON.

(Continuacion.)

ACTO TERCERO

ESCENA III.—El Retiro.

ENRIQUE Y ROSAMUNDA

Enrique. Cuanto dices es justo; mas respuesta
No puedo darte hasta mejores tiempos
Cuando, por fin, despida....
Rosamunda. Qué despidas?
Enrique. Lo que estorba que cumpla tus deseos;
Que te baste por hoy la sertidumbre
De que a todas, a todas te prefiero!
Rosamunda. Qué mas una mujer desear podría?
Enrique Un niño hermoso que mimar!
Rosamunda. Es cierto.
Bastante lo aguardamos; vino al cabo
Como un regalo que nos hizo el cielo.

Cómo entónces chocheabas; temo casi
Que no lo beses ya con tanto afecto.
Y es el niño, ¡qué niño! Dudo mucho
De que pueda hacerse hombre en el silencio.
Yo hago cuanto está en mí; mas no soi sábia.

ENRIQUE Soy Rey y soy su padre; me incumbe eso.
Has tenido algún susto? algún extraño?
Nos pertenece aún nuestro secreto?

ROSAMUNDA Sí; pero mi guardian últimamente
Se ha dado al vino y creo aún que al sueño
Cuando debe velar, mas no hay peligro
Que este bosque encantado juzga el pueblo.
Aquí ni amigo ni enemigo alcanza.
Su excesiva afición al vino efecto
Es de la soledad de este refugio,
Y yo misma a sentir principio el peso.

ENRIQUE. Estas bóvedas de árboles frondosos
Que a las canoras aves forman eco,
Esas faldas floridas y doradas,
El perpetuo rumor del arroyuelo,
Tu misma en otro tiempo me dijiste
Que te encantaban.

ROSAMUNDA. Hoy me encantan ménos.
Veíate en Anjou mas amenudo;
Fuera de tí en el mundo nada tengo!
La voz del arroyuelo no es la tuya,
Y no hay flor, aunque el sol bajara al suelo
A transformarse en una, que disipe
La sombra del vacío en que me veo,
Cuando falta el amor!

ENRIQUE. El amor falta?

ROSAMUNDA. No estando tú! atrevida ser no debo;
Pero esperaba que pudieras ántes...
(*Lo mira encarecidamente*)

ENRIQUE. Se te ofrece algo mas?

ROSAMUNDA. Solo que ha muerto
Mi doncella mejor, y que el buen fraile
De Salisbury confidente luego
Me ha mandado otra.

ENRIQUE. Y es discreta?

ROSAMUNDA. Sólo

Una breve pregunta hasta hoy le he hecho,
Y se apretó la boca con las manos
En signo de haber hecho juramento
De nunca hablar.

ENRIQUE. Y ¿qué le preguntaste?

ROSAMUNDA. Una insignificancia.

ENRIQUE. Eso es perfecto!

ROSAMUNDA. No me gusta! Porqué te vas tan pronto!

ENRIQUE. A Inglaterra he venido de ligero
Con propósito grande que sin duda
Va a despertar de Becket el despecho.

ROSAMUNDA. Siempre Becket! y siempre atravesándose!

ENRIQUE. Parto a poner en obra mi proyecto;
Ponte tu caperuza porque llueve
Y ven a acompañarme a los linderos.
(*Vanse*).

MARGARITA. (*Cantando detras de la escena*)

Del árbol cabe
Le habla a la oreja;
¡No zumba abeja,
Whoop! pero sabe.

Bésame chica
Bajo la parra!
¡Quieta cigarra!
Whoop! oido aplica!

La niña cede
Y besa al que ama,
¡Calle ave en rama
Whoop! mas ver puede!

(*Entra Margarita*)

MARGARITA. Hace solo una semana
Que en este sitio me encuentro,
Y ya he visto tantas cosas,
¡Cuántas cosas vistas tengo!
Aun no hacen ocho días
Que de mi madre a los ruegos
Nuestro buen Padre Felipe

Viéndonos de hambre en estremos,
Porque a decir la verdad
El último pan ya recio
Comíamos aquel día,
Se ofreció a buscarme empleo,
Que me haga mujer de mundo
Para ganar mi sustento!
Peguntóme si podía
Poner a mi lengua freno
Y no hablar sin que me hablasen,
Y contesté: por supuesto
Que yo nunca hablo de mas.
Entónces me dijo el clérigo
Que de gran dama al servicio
Me destinaría presto.
Y palmeándome la cara
Me hizo hacer un gran rodeo,
Y diciendo que era amor
Vendar ojos tan risueños
Vendómelos, sin embargo,
Y asi me trajo a este encierro
Que es un jardin y no el mundo
Como prometió embustero.
No cesó de encomendarme
El mas estricto silencio
Sobre todo cuanto mire
Porque al fin obtendré el premio
De manos de personajes
Que cuidan bien de sus siervos;
Y seguro es que hoy he visto
Personas de lo primero:
Recomendóme ademas
Que aqui no se oyese el eco
De mi voz, que asi lo manda
Del jardin el reglamento.
A haber sido Eva yo habría
Desdeñado con desprecio
La manzana; una manzana
Qué es al cabo? un embeleco
Para tentar a chiquillas,
Y yo ya me considero

Como una mujer de mundo.
Y mas que mi ama por cierto.
Y aqui he visto lo que he visto,
Y yo no me chupo el dedo!
Es verdad que si Eva hubiese
Obedecido el precepto,
Andaríamos desnudos
¡Benditos Santos del cielo!
Mirándonos las espaldas
En un verano perpetuo.
Yo la peor no habiera sido
Por lo que respecta a cuerpo,
Que ni aun a mi Señora
En lo que hace a formas cedo;
Mas para qué estoy aquí
Devanándome los cesos
Hablando a solas.
(*Entra Rosamuda*).
Señora,
Aun cuando hablaros no debo,
Con el hermano del Rey
Felicidad os deseo.

ROSAMUNDA. Qué quieres decir?

MARGARITA. Al joven
Vuestro esposo me refiero,
Presencié su despedida,
Que estaba flores cojiendo
Para cambiaros las mustias
Que estan en vuestro aposento.
Una vez al Rey he visto
En Oxford y el caballero
Se le asemeja a tal punto
Que al principio creí verlo,
Sólo que el Rey es casado;
Que el Rey Luis.

ROSAMUNDA Casado?

MARGARITA Y viejo!
Porque el Rey Luis su marido....

ROSAMUNDA Chiton!

MARGARITA Tuve el pensamiento,
Que si es del rey el hermano

Lo gana en novia, que el pueblo
Dice que es mala la suya
Como no hay dos.

ROSAMUNDA Vulgo necio!

MARGARITA Puede engañarse, señora;
Pero los mas su concepto
Con solo ver a una dama
Saben formar con acierto.
Dicen tambien en su contra
Que se ocupa de hacer versos.
Y ¿quién tiene por honrada
Mujer que es capaz de hacerlos?
Mi madre puede, sin duda,
Cantarlos días enteros,
Mas ella los ha heredado
Pues vienen de sus abuelos.
Y va a perderse su orígen
En la noche de los tiempos;
Pero ninguna en mi casa
Una cancion ha compuesto
Y todas en mi familia
Honradas mujeres fueron.

ROSAMUNDA Vete, por ahora, en otra
Ocasion, de ella hablaremos.

MARGARITA No hay mucho que decir, sólo
Que el séptimo mandamiento,
Guardaba mejor que algunas
Que he conocido, y sin esto
Yo de frente no mirara.
Su cerveza mucho aprecio
Mereció en Glocester cuando
De la *Corona* era dueño.

ROSAMUNDA De la Corona? quién?

MARGARITA Madre!

ROSAMUNDA Yo hablo de la que ha un momento
Del hermano de mi esposo
Llamabas mujer.

MARGARITA Ya entiendo,
La reina Leonor; su historia
Contaros íntegra puedo,
Aunque de no hablar palabra

Obligacion me han impuesto.

ROSAMUNDA Por ahora, punto en boca;
Débil estoy y con sueño.
Déjame, véte! Qué aguardas?
Quieres ensayar mi genio?
(Sale Margarita)
Me encargó que jamas interrogara
A la gente en mi torno y ¿hélo echo?
Nó; que ella comenzó, pero sin duda
Que ésta calumnia! Quedará en su puesto?
Teniéndola a mi lado, tentaciones
No sentiré de cuestionar de nuevo?
Sin permiso del Rey cómo alejarla?
No sé en verdad qué hacer! Pobre jilguero!
De jaula en jaula trascurrió mi vida.
No conozco otro que él, feliz me siento
Con tal que me ame y siento que me ama.
Por su amor me he obligado a este secreto
Hasta que él determine.

. . . . . .

Leonor! algo
En su contra oí en Francia: ya comprendo.
Es la Reina de Francia! He confundido
Agitada del Rey con el regreso
Sin duda entendí mal.

MARGARITA *(Tras de la escena)*
No zumba abeja
Whoop; pero sabe!

ROSAMUNDA Mas *ella* dijo;
Quién es ella? y el Rey, ora recuerdo
Tambien ludió a *ella*, y fué sobre algo
Que podía afectarme. Del sendero
Del amor descarriado entre las zarzas
Quizas se rasguñó y contrito ha vuelto
A su rosa que nunca tiene espinas
Con que punzarle, y nunca le da celos.

MARGARITA *(Tras de la escena)*
Calle ave en rama
Whoop! mas ver puede!

ROSAMUNDA Yo no quise escuchar; él murmuraba
"No podría con ella" y frunció el ceño.

MARGARITA (*Tras de la escena*)
Whoop! pero sabe!
Whoop! pero sabe!
ROSAMUNDA Se me prepara ¡oh Dios! algo terrible;
Sobre mí va a caer algo tremendo!
(*Entra Godofredo.*)
GODOFREDO Porqué lloras, mamá, cuando el sol brilla?
ROSAMUNDA Se acaba de ir tu padre, Godofredo!
GODOFREDO Sí; la lluvia que trajo se ha llevado.
Allí esta Margarita; a jugar vuelo.
(*Vase Godofredo*)
ROSAMUNDA Iris fino
Permanece!
En mi duelo
Me das ánimo
Eres luz!
Como vino
Desparece,
Y ya al cielo
Sube tétrico
Capuz.
Mi destino
Ya anochece:
Un consuelo
Me queda único:
La cruz!
(*Besa la cruz que le dió el Rey*)

ESCENA II.

Fuera del bosque: cerca del retiro de Rosamunda.

LEONOR Y REGINALDO.

LEONOR Hemos seguido al Rey desde la playa
Hasta la sombra de este bosque interno,
Y por aquí se nos perdió; su nido
No ha colgado su tórtola muy léjos:
Vijila bien, porque en salir no tarda,
Pues debe de Westminster en el templo

Estar mañana a coronar a Enrique.
Por su salida nuestra entrada haremos.

REGINALDO. Buen rato ayer de valde vijilamos.
Ha salido, sin duda, al lado opuesto.
(*Resuena un cuerno*).
Oyes, Señora?

LEONOR. Si! suena fantástico
En la espesura de la Selva el eco!
(*Un campesino huyendo*).
Adónde y de quién huyes, mi buen hombre?

EL CAMPESINO. La Bruja! la bruja és! del bosque en medio
Desnuda en pila de oro entronizada,
Sale hecha lobo cuando brama el cuerno.
No me atajeis: huid de estas regiones!
Hoy vi pasar un hombre para adentro,
Le grité, no me oyó; no saldrá nunca.
La bruja le cojió. Yo estoy que tiemblo!

LEONOR. No es tan crüel la bruja, pues avisa.
(*Huye el hombre*).
La bruja que al villano inspíra miedo
La Circe no será que al Rey embruja?
(*Suena el cuerno; otro huyendo*).

REGINALDO. Detente! dí de qué huyes, majadero?

CAMPESINO. Escapa tú tambien: aqui el Rey guarda
De su caza rëal lo mas selecto,
Y a la señal del cuerno sueltan libre
Una jauría de feroces perros
Que al que pillan destrozan; huid al punto:
Otra seña aguardar no os aconsejo!
(*Huye*)

LEONOR. Eso es mas verosimil; acertamos
Con el sitio, que ahora saque el cuerpo
De Su Real Majestad la caza fina
(*Suena el cuerno*)

REGINALDO. Otra vez! y ya galgos y Sabuezos
Corren ladrando por la selva oscura!

LEONOR. Con mi puñal les inpondré silencio

REGINALDO. No esta tarde, Señora, es casi noche:
Nada se puede hacer!

LEONOR. Bien; a'ejémonos!

ESCENA III.

Prado del traidor en Freteval—Pabellones y tiendas de Barones ingleses y franceses.

BECKET Y HERBERTO DE BOSHAN.

BECKET. Ved esto!
HERBERTO. Qué es?
BECKET. Del padre es un aviso,
De que la reina-loba anda en acecho
En torno del redil. Esto me arrastra
A Inglaterra tambien, querido Herberto.
HERBERTO. Eso ante la gran causa es secundario.
BECKET. No hay nada secundario ante el Eterno!
La inocencia oprimida, sus sollozos
Acusando al verdugo eleva al cielo
Y hará el Señor justicia en el gran día.
No se me oculta nó, tu pensamiento;
Que ella, que yo, que todos perezcamos
Salvándose la Iglesia y sus derechos!
HERBERTO. Veis que con Walter Majo el Rey conversa?
BECKET. Del Padre Santo ha recibido un pliego
Precursor inmediato de entredicho
Que en reventar no tarda como un trueno!
Pero de eso no puede estar tratando
Que a estarlo, no estuviera tan risueño.
HERBERTO. No fiéis de sonrisa que insegura
Es como el fujitivo sol de invierno
Sino queréis que todos perezcamos
Con fiebres y espeluznos. Descubierto
Y sonriendo se acerca
(Entran el Rey Enrique y Walter Majo)
ENRIQUE. Tantas horas
Juntos, Tomás, pasamos en un tiempo.
Tantas horas a solas y felices
Que a solas otra vez contigo quiero
Como amigos hablar en abandono.
BECKET. Señor, vuestro deseo es mi deseo!
(Vanse el Rey y Becket).

HERBERTO. Siempre la misma risa!
WALTER MAJO. Veis la nube
Que oculta al sol y en sombra nos ha envuelto?
HERBERTO. Y la siento tambien.
WALTER MAJO. De luz un rayo
Veis que saliendo por debajo, en fuego
Parece que abrazara en la colina
Al campanario, hecho ascua del infierno?
HERBERTO. Si!
WALTER MAJO. El entredicho que hace a las campanas
Enmudecer, que impide casamientos,
Que sepultar prohibe, es quien proboca
La sonrisa o fatídico destello
Que ojalá a Cantorbery no consuma!
Si yo fuera Tomás, fiaría ménos,
Que es casa sobre arena, cambio súbito;
Y aun cuando el Rey, sin duda, es caballero,
Con todo, el honor huye por la espalda
Cuando penetra por delante el miedo.
Y Enrique, al fin y al cabo, con la nube
De este entredicho lóbrego está inquieto.
Mas por el Rey que por la Iglesia he estado,
Durante este conflicto, y yo pretendo
Que sirvo así a la Iglesia, pues había
Llegado ya la lucha a tal estremo
Que matar un chivato era mas grave
Que enviar un arzobispo entre los muertos.
Pues nuestro paladin de antiguos usos
Con este irregular coronamiento
En Londres y por York del joven Principe,
Del uso inmemorial tal burla ha hecho
Que pasándole está lo que al acólito
Que se halló, por meterse a campanero,
De la Iglesia en la soga medio ahorcado.
Está dando tirones tan violentos
A la Iglesia y al Papa, que hoy encima
Le caen juntos con enorme peso!
HERBERTO. Te encontrabas allí?
WALTER MAJO. Dónde? en la soga?
Fuí a la coronacion, pues nunca pierdo
El placer de engolfarme entre las masas

Y de estudiar en su alboroto al pueblo.
HERBERTO. Y Rogerio de York qué tal estuvo?
WALTER MAJO. Tan archiepiscopal y tan soberbio
Como el mismo Tomás; solo que su ojo
Provocar parecía al mismo infierno,
O provocar a Becket mejor dicho.
Para él dos Reyes ménos que un Rogerio
Eran; Rey se sentía en ese instante?
Foliot es mas claustral, quizas mas bueno!
En várias ocasiones por su rostro
Vi cruzar de inquietud rápido jesto
En qué irá esto a parar? como pensando;
Mas Salisbury no es sino un becerro
Por nuestra madre Iglesia sometido.
Y miraba en su torno con recelo
Cual nocturno ladron que siente bulla
Y piensa que a la casa llega el dueño.
HERBERTO. Y el Rey-Padre?
WALTER MAJO. Tan tierna su mirada
Que lo hubiera seguido un ganso hambriento
El grano abandonando; un instante hubo
En que el rostro ocultó como el Rey griego
Que asistía de su hija al sacrificio;
Mas serenóse; el caso era diverso
Porque perder una hija halló mas grave
Que a un perillan sacrificar un reino.
En petulancia rebozó a tal punto
El inesperto y joven reyezuelo
Que a haber sido su padre yo le habría
Dado de varillazos y nó el cetro!
Disparáronles regios arcabuces.
Se inauguró el festin con clamoréos;
Los dioses de la Iglesia y del Estado
Aspiraron aromas suculentos
Que afrentaran a Lúculo y a Apício
Porque en sus mesas nunca tal incienso
Las fuentes exhalaron.
HERBERTO. Hiperbólico
Te vas pasando, Majo, al otro extremo.
WALTER MAJO. Qué de peces!; la pesca milagrosa
Exedida; los hubo en tal exeso

Que a su empuje una flota sozobrara.
HERBERTO. De nuevo ajigantando y jigantezco!
WALTER MAJO. Qué haber de viandas! una mesa enorme
Con caza y aves de distinto género.
HERBERTO. Tambien habrian cosas que se arrastran
A mas de las que corren y alzan vuelo?
WALTER MAJO. Bueno! hubo abades, mas sin hembras iban
De modo que al principio hubo silencio,
Pero, al fin, la alegría declaróse.
Quiso el antiguo Rey hacer de siervo.
Y a su hijo pasó un plato; en este punto
Milord de York con su semblante terso
Y aquella radiante cortesía
Que de sinceridad tiene aún menos
Que de un saltimbanco en los salones:
"Grande honra, esclamó, a su hijo el Rey ha [hecho!
Supiste del Rey-jóven la salida?
HERBERTO. Nó; cual fué?
WALTER MAJO. Refiriéndose al recuerdo
De que conde de Anjou fué solo el padre
Dijo: "servir debiera en mi concepto,
"A un hijo de Rey quien lo es sólo de conde."
Rióse con esto el padre; rompió el hielo,
Y a carcajadas todos nos reimos;
Unos por cortesano y real respeto
Porque si el Rey y su hijo se reian
Los demas no podian hacer ménos;
Otros, como muchachos, por librarse
De seguir largo rato estando serios,
Y sentimos que, habiéndonos lanzado,
No nos era posible detenernos.
Mas de un diafragma al cabo rompió en lá- [grimas
Cual surgen fuentes cuando tiembla el suelo,
Y de estas temo como ya ántes dije
Que llegue a originarse algun incendio,
O mas bien que las lágrimas de risa,
Se conviertan en llantos de lamentos!
Mas, mira si Tomás no se ha arrojado
A las plantas del Rey. En paz de nuevo!

HERBERTO. Gracias a Magdalena venturosa
Cuya fiesta hoy celebra el universo!
(Entran Enrique y Becket. Durante su conferencia los Barones y Obispos de Francia e Inglaterra aparecen en el fondo de la escena.)
BECKET. Sabéis que en nuestro reino está caida
La esposa del Gran Rey, que es el Rey vues-
[tro
La hija de Sion yace ultrajada.
Robáronle sus ricos ornamentos
Y hóllanla de Baal los sacerdotes.
ENRIQUE. Tomás, desagraviarla te prometo
Y otra vez instalarte en Cantorbery!
BECKET. Repatriad a los mios del destierro
En que vagan hambrientos por el mundo.
ENRIQUE. De repatriarlos mi palabra empeño.
BECKET. Algo mas todavía!; habéis violado
Todos mis seculares privilegios,
Haciendo que otros coronasen tu hijo
Y Cantorbery sólo puede hacerlo.
ENRIQUE. York coronó al conquistador!
BECKET. No había
Cantorbery en los días de Guillermo.
ENRIQUE. Hereford coronó al primer Enrique.
BECKET. Pero de nuevo ungiólo el gran Anselmo.
ENRIQUE. Y tú coronarás de nuevo a mi hijo.
BECKET. Así, contra perversos consejeros
Voy con tu asentimiento a entablar causa;
Y a los usurpadores de mi puesto
Mitras subordinadas que hoy ocupan
El dosel del Primado sin derecho.
Voy a lanzar la escomunion temida!
ENRIQUE. Haz cuanto te parezca; en todo vengo!
Puede que fueran consejeros malos.
Exiges algo aún? Manda! Obedezco.
Te doy satisfaccion; pero no exhales
Todo el furor ante estos estrangeros.
BECKET. ¡Que a la promesa el acto corresponda!
ENRIQUE. *(Estendiéndole la mano.)*
Dame tu mano! Lores de ámbos Reinos,
Mi amigo Cantorbery a mí se ha unido

De amistad con los lazos mas estrechos.
Y si no me esforzase, a un siendo en vano,
De su virtud cristiana por ser émulo,
No sería conducta de un Rey digna
Ni podría estimarme caballero.

HERBERTO. Sean Dios y sus Santos alabados!

ENRIQUE. En Inglaterra pronto nos veremos.

BECKET: Temo, Señor, que allá no nos veamos.

ENRIQUE. Traidor me supondríais?

BECKET. No, por cierto!
Léjos de vos tal cosa.

ENRIQUE. Ven entónces
Y quédate conmigo hasta el regreso!

BECKET. Las horas que me restan, justo es darlas
Al Rey Luis, que en mi afan fué mi consuelo.

HERBERTO. De vida en Inglaterra os da una hora
Si ántes de paz Enrique no os da el beso.

ENRIQUE. Con que eso ha dicho Luis? Herberto escucha:
Con Luis enfurecido en mal momento,
Juré que no daría en Francia el ósculo
Ni en otro que Británico terreno
Do está su catedral! Tomás, amigo,
Quisiera que reinara en nuestros pechos
Como en días mejores la confianza
Cuando éramos al Papa y Rey ajenos.
Hoy mismo, sabe Dios, que os fiara todo
Si tú...no diré mas... adios!...

BECKET. (*Inclinándose.*) Mi dueño!
(*Vanse Enrique, Barones y Obispos.*)

WALTER MAJO. Otra ocasion perdida! cuando el fruto
Ya en sazon de su real ofrecimiento
Estaba por caer en nuestra boca,
Ni para gracias dar la habéis abierto.

BECKET. Encerró con un *sí* su real palabra!

WALTER MAJO. Y es ese *sí* del Rey tan alto cerco
Que saltar no se pueda por encima
Para llegar al campo del provecho?

BECKET. Y si es el *sí* infernal: *si* te prosternas
Y me adoras!

HERBERTO. Tomás, yo sí que puedo
Ante Vos prosternarme y adoraros,

Pues solo habéis sufrido este tormento.
BECKET. Nó; la masa del pueblo está conmigo!
WALTER MAJO. Pues yo, milord, no os sigo como ciego;
Por mas que no alzaría entre vosotros
Borrascas a no ser que tema verlos,
Cual dos naos en calma reunidos!
Ofendísteis al Rey; hoy fué sincero,
Lo que despues será, quien asegura?
Una palabra aún. Mayor aprecio
No se hace de las cosas mas escasas?
No es estimado por lo raro el mérito?
Cuando es la infancia excepcional no surge
Tambien excepcional el vilipendio?
Si fueran todos como vos de nobles,
Quién admirara vuestro porte egregio?
Si todos, cual Fitz-Urse y sus comparsas
Quién los vería bajos y pequeños?
Tantos escomulgásteis en la corte
Que, milord, en la corte se están riendo.
BECKET. A su costa! a su costa!
WALTER MAJO. Que aunque horada
Gota constante, el azotar perpetuo
Curte la piel, al fin, contra el azote.
Es la segunda vez que os doy consejo
Y el mio es bueno porque es siempre escaso.
Quiera Dios que este caiga en buen terreno;
Porque yo os aseguro que en sus bosques
Tiene el Rey muchos lobos carniceros
Que no alcanza a domar y si esos medran
Con ahullar al Rey, y si vos terco
Continuáis combatiendo a la corona,
Tendréis, acaso, que morir por ello!
Que el Señor y sus vientos favorables
Os concedan, milord, feliz regreso,
Y de paz el real asiento en la patria.
Adios! parto! del rei formo en el séquito
HERBERTO. Habló su majestad de regalías?
BECKET. Nó!...que morir por ello! no me arredro
Vivo para morir y eterna vida
Ganaré si por ello al fin soy muerto.
Muere el Estado; mas la Iglesia nunca!

No querrá por lo que es perecedero
Morir el Rey; mas yo por lo divino
Por lo que nunca muere, morir debo!
Así ha de ser; mis sueños lo anunciaron;
Tiene, amigo, que ser; lobos siniestros
Matarán al pastor para que puedan
Pacer en paz sus cándidos corderos.
Majo hubiera esclamado: paradoja!
La del mundo, verdad es en el cielo.
Cuando mi voz se estinga en el martirio
Y no haya mas del hombre que el recuerdo,
Volverá nuestra antigua confianza;
Mas solo allá, allá, allá, la espero
Do al redil mis ovejas hoy perdidas
Veré volver con íntimo contento!
Vámonos que la gente ya se esparce,
Y a Inglaterra despues, mi leal Herberto.
(*Vanse*)

CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(*Continuará*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ESTUDIOS ORTOLOJICOS Y ORTOGRAFICOS

La *y* ¿es vocal o consonante? —Uso de la *y* como vocal.—Uso de la *g* y de la *j*.—Las nuevas reglas sobre el acento.

I

El señor Hermosilla, dice:

"Tampoco incluyo en el número de las consonantes (ni la incluyó Volney, admitiendo tantas) a la *y*, porque no representa ninguna articulacion: es un segundo modo de escribir la *i*. Demostracion: 1º El sonido que percibimos cuando la vocal *i* está seguida de cualquiera de las otras cuatro, *formando con ellas diptongo*, parece a primera vista una articulación; pero si se pone cuidado se verá que es el efecto necesario y mecánico, que resulta de pronunciar con una sola emision de voz la vocal *i* y la otra que le sigue. Escríbanse con la *i* llamada vocal las sílabas *ia*, *ie*, *io*, *iu*; no se pronuncien con diéresis *ïa*, *ïe*, *ïo*, *ïu*, sino con sinéresis, es decir, de un solo golpe, con suma rapidez, y deteniéndose mas en la segunda que en la primera, y el oido percibirá la misma impresion que si se hubiese escrito *ya*, *ye*, *yo*, *yu*. Haga la prueba el que guste con la voz *Iocasta*, por ejemplo, y verá que suena lo mismo

si se hace diptongo con la *i* y la *o*, cargando el acento en ésta, que escribiendo *Yocasta*. 2º Cuando la *i* vocal está entre dos, formando diptongo con la primera, suena necesariamente como si se hubiese escrito una *y*. Así, el mismo sonido resulta, si al leer se forma diptongo con la *a* primera y la *i*, escribiendo *vaia*, que si se hubiese escrito *vaya*. 3º La *i* en los singulares *rei*, *lei* (o aunque se escriban *ley*, *rey*), y otras de la misma terminacion, es indudablemente vocal: luego no puede ser consonante en los plurales *leyes*, *reyes*. Claro: la sílaba *es* añadida al singular terminado en vocal, no transforma ésta, ni la puede transformar, en otra letra. Así lo vemos en *albalá* y *albalaes*, *alelì* y *alelíes*. Por la misma razon: si en el presente *hay* esta *y* es vocal, como efectivamente lo es, ¿por qué analogía, o mas bien, por qué monstruosidad, se ha de hacer consonante en el presente del subjuntivo, *haya*? solo porque se le añade una *a*? Ademas: con *y* se escribe generalmente la conjuncion copulativa, y sin embargo se pronuncia como si fuera *i* vocal; porque en realidad lo es, aunque con distinta figura. 4º En frances, cuando forma una sola voz, como en el adverbio *y*, o principia diccion, como en *yeux*, es la simple vocal *i (i, l a; ieux)*. Cuando está con otra u otras vocales, como en *paysant*, *ayant*, equivale a dos *ies*: la una forma diptongo con la primera, y la otra se pronuncia separadamente, o le forma verdadero con la segunda, y sucede lo que en castellano, que sin serlo parece consonante, *peysant*, *eyant*. 5º En lo manuscrito la ponemos *I* mayúscula en *Ignacio*, *Isabel*, ni deja por eso de ser vocal. 6º En el alfabeto griego no hai consonante que corresponda a la *y* griega, pues la que en la figura se le parece es la *U* mayúscula, y sin embargo la *iota* de los griegos, que es nuestra *i* vocal, siempre que forma diptongo con la vocal siguiente, o está entre dos, formándole con la primera, suena como nuestra *i*. Lo mismo sucede en latin: en su alfabeto no habia la *i* prolongada o *j* y se escribia *iustitia*, *Aiax*; y sin embargo se pronunciaban lo mismo estas voces, que cuando modernamente se han escrito *justitia*, *Ajax*. Nosotros tambien antiguamente poníamos *i* vocal en los mismos casos en que ahora se pone la llamada consonante. No quiero decir con esto que la *y* se borre de nuestro alfabeto: quede en buena hora; pero sépase que no

es signo de articulacion, sino un segundo modo de figurar la *i* en ciertos casos."

La Real Academia Española en su Diccionario, dice:

"*Y*—Vigésima séptima letra de nuestro alfabeto, y vigésima segunda de las *consonantes*: se la llamaba *y griega*, y hoy se le da el nombre de *ye*."

Como se vé, no están acordes las opiniones sobre el carácter que debe dársele a la *y*, considerándola como vocal únicamente, autores tan respetables como el señor Gómez Hermosilla, y como consonante, autoridades de tanto peso como la Academia Española.

Aunque la presente cuestion ortolójica, es puramente teórica, y su solucion, cualquiera que sea, en nada influye en el lenguaje hablado o escrito, no será tiempo perdido, sin embargo, el que se emplee en resolverla con acierto, ya que nunca lo será el fijar con precision y claridad los elementos de un idioma.

Por respetable que sea la opinion del señor Gomez Hermosilla, y por poderosas que parezcan las razones en que la apoya, no nos contamos, con todo eso, en el número de sus partidarios, ántes bien, vamos a procurar demostrar que, al sostener semejante teoría, incurrió en un grave yerro, apénas comprensible en un hombre tan ilustrado.

"Escríbanse con la *i* llamada vocal, dice el señor Hermosilla, las sílabas *ia*, *ie*, *io*, *iu*; no se pronuncien con diéresis *ïa*, *ïe*, *ïo*, *ïu*, sino con sinéresis, es decir, de un solo golpe, con suma rapidez, y deteniéndose mas en la segunda que en la primera; y el oido percibirá la misma impresion que si se hubiese escrito *ya*, *ye*, *yo*, *yu*."

Nó, decimos nosotros, no es exacta la afirmacion del señor Hermosilla. En efecto, tenemos ya escritas, como él lo quiere, las sílabas *ia*, *ie*, *io*, *iu*: las pronunciamos con sinéresis, de un solo golpe, y con suma rapidez. ¿Qué habrá resultado despues de todas estas operaciones? que el espacio de tiempo que media entre la *i* y la vocal que le sigue es, en realidad, imperceptible, o mejor dicho, inapreciable al oido; pero de ninguna manera que las vocales hayan dejado de pronunciarse *dístintamente*; porque el que dos vocales concurrentes se pronunsien formando dipton-

go, o con sinéresis, no quiere decir que ámbas se confundan en una sola (lo que seria un verdadero barbarismo), sino que se pronuncien con suma rapidez, empleando en las dos casi el mismo tiempo que se emplearia en una sola. Ahora bien, si en la sílaba *ia*, por ejemplo, no pueden ni deben confundirse las dos vocales, de cualquier modo que se pronuncien, habrá dos sonidos. Y si es cierto que el oido no percibe el espacio de tiempo que media entre uno y otro, eso quiere decir solamente que no percibe los dos sonidos con perfecta prioridad de tiempo, sino casi simultáneamente, lo cual no quita, por cierto, que sean dos.

Se dirá que en gramática se llama diptongo la reunion de dos vocales que se pronuncian en un *solo* tiempo, y por consiguiente que en la sílaba *ia*, (formando diptongo), no hai dos sonidos. Es verdad que en lenguaje gramatical se consideran como pronunciadas en un solo tiempo dos vocales que forman diptongo; pero con notar que no es lo mismo tiempo que sonido, y que en un solo tiempo pueden pronunciarse dos sonidos distintos, la observacion queda desvanecida. La palabra *diptongo* significa sonido de *dos* vocales.

Queda, pues, puesto en claro que las combinaciones o sílabas *ia*, *ie*, *io*, *iu*, forman dos sonidos distintos. Ahora bien, ¿sucede lo mismo en las sílabas *ya*, *ye*, *yo*, *yu*? Es evidente que nó: el oido percibe en estas combinaciones un solo sonido, compuesto, en verdad, pero de ninguna manera dos; percibe el mismo sonido que al pronunciar las sílabas *la*, *le*, *lo*, *lu*. Y la razon es obvia: en las sílabas *ia*, *ie*, *io*, *iu*; la *i* no hiere a la vocal siguiente, sino que se junta con ella; miéntras que en las sílabas *ya*, *ye*, *yo*, *yu*, la *y* hiere a la vocal que le sigue, o mas bien, como se dice en gramática, se articula con ella: es, por consiguiente la *y* un sonido articulado, una consonante.

Hasta el mismo acto mecánico de pronunciar las sílabas *ia*, *ie*, *io*, *iu*, y las otras *ya*, *ye*, *yo*, *yu*, manifiesta lo que estamos demostrando: para pronunciar las primeras hai que plegar la lengua en la parte superior del paladar, lo que produce el sonido *i*, y bajarla en seguida para producir el sonido *a*; al paso que la pronunciacion de las segundas se produce con la sola operacion de bajar la lengua de

la parte superior; lo que prueba que la *y* va articulada con la *a*.

La segunda razon que da el señor Hermosilla, en favor de su teoría, no se diferencia de la primera; por lo tanto, despues de lo que hemos dicho en contra de ésta, nada tenemos que agregar respecto de aquélla.

"La *i*, agrega el autor citado, en los singulares *lei*, *rei* (o aunque se escriban ley rey), es indudablemente vocal; luego no puede ser consonante en los plurales *leyes*, *reyes*. Claro: la sílaba *es* añadida al singular terminado en vocal, no transforma ésta, ni la puede transformar en otra letra."

Estamos mui de acuerdo con el señor Hermosilla en que la *y* es indudablemente vocal, o mas bien, hace la veces de vocal, en los singulares *ley*, *rey;* pero deducir de aquí que tambien lo sea en los plurales *leyes*, *reyes*, nos parece una mui falsa consecuencia. En efecto, en *ley*, *rey*, el uso ha querido dar á la *y* el mismo valor y sonido de la *i;* miéntras que en *leyes*, *reyes*, está en su verdadero y propio carácter de consonante, Si así como el uso ha querido, en algunos casos, sustituir la *i* por la *y*, quisiese sustituirla por la *l*, escribiendo, por ejemplo, *lel*, *rel*, en lugar de *lei*, *rei*, ¿dejaria la *l* de ser consonánte, porque a veces remplazaba a la *i*? Claro que nó.

La cuarta razon del señor Hermosilla, se reduce á este argumento: en frances la *y* no es consonante; luego tampoco lo es en español. Nos parece que la conclusion está tan lejos de ajustarse a las reglas de la lójica, que seria del todo inútil detenerse en demostrar su falsedad.

Se dice, por último, que en el alfabeto griego no hai consonante que corresponda a la *y*, y por consiguiente que en el nuestro tampoco debe tener tal carácter, sino el de vocal. Esta razon es tan débil como la anterior; puesto que nada obsta para que hayamos importado del griego a nuestra lengua una letra, dándole un carácter distinto del que en su idioma primitivo tenia.

Agrega todavía el señor Hermosilla "que en latin no habia la *i* prolongada o la *j*, y se escribia *iustitia*, *Aiax*, y sin embargo se pronunciaban lo mismo estas voces, que cuando modernamente se han escrito *justitia*, *Ajax*."

Aquí el ilustrado autor se encargó de refutarse a sí mis-

mo, dándonos una poderosísima razon en favor de la doctrina que sostenemos. Don Juan de Iriarte, hombre harto mas versado en el idioma latino que el señor Hermosilla, dice en su Gramática Latina: "Las vocales *i*, *v*, se hacen consonantes siempre que hieren a otra vocal, v. g. *iustus*, *vivus*! Y para denotar esta diferencia, la *i* y *v*, cuando son vocales, se suelen escribir de este modo *i*, *u;* y cuando son consonantes, en esta forma *J*, *V*."

Así como en latin, la *i*, cuando hiere a la vocal que sigue, (en el cual caso se le daba el carácter de verdadera consonante), fué sustituida por la *j*, así tambien en castellano se le sustituyó por la consonante *y*, y en vez de escribir *ió*, *iá*, *aio aiuno* etc, se escribió *yo*, *ya*, *ayo*, *ayuno*.

Hechas las observaciones precedentes en contra de las razones expuestas por el señor Hermosilla, podríamos dar por demostrada la falsedad de la doctrina sostenida por dicho autor, y por probada la verdad de la nuestra. Haremos, sin embargo algunas otras, aunque ello sea a mayor abundamiento, o por si quedase todavía alguna duda.

Hai una propension mui jeneral (a lo ménos entre nosotros) a confundir, en la pronunciacion, la consonte *ll* con la *y*, pronunciando *poyo*, *seyo*, en lugar de *pollo*, *sello*. ¿Cómo se explicaria semejante propension , si la *y* no es mas que un segundo modo de escribir la *i*, como afirma el señor Hermosilla? Realmente que, a ser esto cierto, no se comprenderia bien la causa del vicio que notamos; bien al reves de lo que sucede admitiendo nuestra doctrina, pues nada es de mas fácil explicacion con solo observar la semejanza de sonido que existe entre la *ll* y la *y*: *pollo*, *poyo*; lo que manifiesta que no tiene diverso carácter la segunda que la primera.

Segun el señor Hermosilla, *ia* suena lo mismo que *ya*, y por consiguiente *raya* lo mismo que *raia*. Dado caso que la semejanza de sonido en esta combinacion fuera tal que muchos no alcanzaran a percibir diferencia alguna, preguntamos a la persona de oido ménos delicado, ¿es lo mismo *rayita* (diminutivo de raya) que *raiita*?

Preguntamos por fin, al señor Hermosilla, y a sus partidarios: ¿cuántas sílabas hai en la palabra *haya*? Dos, sin duda alguna. Pues bien, si la *y* es puramente vocal, lo

mismo que la *i*, no puede haber dos sílabas. Para el señor Hermosilla, *haya* es lo mismo que *haia*, es decir, hai en esta palabra tres vocales concurrentes. Segun las reglas de ortolojía, tres vocales concurrentes forman triptongo cuando la primera forma diptongo con la segunda, y la segunda con la tercera. Veamos: la combinacion *hai* forma diptongo, porque concurriendo dos vocales, la primera llena y la segunda débil con el acento en la llena forman diptongo; *ia* tambien forma, porque así sucede cuando concurren dos vocales, la primera débil y la segunda llena, yendo el acento en una vocal anterior. Luego si la *y* es vocal, en la palabra *haya* las tres vocales que concurren forman triptongo, o lo que es lo mismo, una sola sílaba; lo que es falso a todas luces.

Queda pues demostrado que la *y* es, en nuestro alfabeto, verdadera consonante, y no solamente un segundo modo de escribir la *i*, como asegura el señor Hermosilla. Y si bien es cierto que el uso ha querido darle el sonido y el valor de la *i* en algunos casos, esto no le quita el verdadero y propio carácter que de suyo tiene.

II

Los que, como el que estas líneas escribe, tienen alguna aficion al estudio de la lengua patria, no pueden ménos de haber saludado la fundacion de la Academia Chilena, como a la aurora de un nuevo dia, o mas bien, como el preludio de una nueva época, que podríamos llamar de renacimiento para la literatura nacional.

No sabemos todavía por donde irá a principiar, esta ilustre corporacion, los importantísimos trabajos que debe llevar a cabo; pero sí podemos preveer ya que está animada del mejor espíritu para secundar los nobles propósitos de la Española, a juzgar por los primeros acuerdos que ha tomado.

La Academia Chilena no va a ser una esclava de la Española; no va a ser tampoco una hija, obligada a obedecer

ciega y servilmente: va a ser una hermana menor, dispuesta a recibir de buen grado todos los consejos y observaciones fraternales, nacidas de una mayor experiencia, y de una mayor ilustracion; reclamando a su vez para sí todas las recíprocas consideraciones a que obligan esta misma sincera y buena voluntad, y la identidad de fines a que ámbas se encaminan.

No sabemos, decíamos, por donde, la Academia Chilena, comenzará sus trabajos; pero pensamos que habrá un punto en el cual todos sus ilustres miembros estarán de acuerdo: *Uniformar el idioma.*

En la escritura, por ejemplo, se ha introducido una lamentable confusion: nos hemos separado de la ortografía española en varios puntos; pero esta separacion no ha sido jeneral, pues entre nosotros no hai tampoco uniformidad en las reglas. De modo que no seguimos la ortografía española, ni tenemos ortografía propia.

Los malos resultados de esta desconformidad en las reglas ortográficas, no hai que decirlos. Esperamos, por lo tanto, confiadamente, que el poner término a esta confusion y desórden no será el último beneficio de que le seremos deudores a la Academia Chilena.

Pasamos a examinar en seguida las principales discordancias que hai entre la ortografía española y la ortografía usada en Chile.

La *y* como conjuncion la usan invariablemente todos los escritores españoles. Entre nosotros se introdujo la costumbre de sustituirla por la *i:* costumbre que se hizo tan jeneral, que se desterró casi por completo la *y* como conjuncion. Hoi ha vuelto otra vez a su primitivo uso, y creemos que éste se arraigará tanto, que no será fácil introducir de nuevo otra innovacion. Por lo que a nosotros toca, nos alegramos sobre manera de que se vaya abandonando una práctica que no reportaba ventaja alguna, para conformarnos en esta parte con la ortografía española.

La ortografía española usa tambien la *y* vocal en los diptongos *ai, ei, oi, ui,* cuando son finales de palabras, y no está acentuada la *i: hay, ley, convoy, muy.*

En Chile, la costumbre jeneral y constante es escribir siempre *i* al fin de palabra: *hai, lei, convoi, mui.* Esta práctica tiene la ventaja de simplificar mas las reglas ortográ-

ficas, puesto que los españoles en algunos casos escriben *i* y en otro *y*; así en *leí* escriben *i*, y en *ley*, *y*: miéntras que sentando como regla jeneral que al fin de palabra se escriba siempre *i*, no hai que distinguir caso alguno.

En cambio el uso español tiene sobre el nuestro la no despreciable ventaja de facilitar la formacion del plural en los nombres, y de hacerlo de un modo mas regular: de facilitarlo, porque no hai mas que aplicar la regla jeneral: *ley leyes*; de un modo mas regular, porque no hai que hacer cambio alguno en las palabras; al paso que escribiendo *i* es de necesidad cambiar esta letra en *y: lei, leyes.*

Si la regla de la ortografía española tiene sus ventajas, y la nuestra no las tiene mayores, juzgamos que seria conveniente ajustarnos tambien en esta parte a la costumbre de la madre patria, ya que, sin perder nada, daríamos otro paso hácia la uniformidad del idioma.

Por lo que hace a nuestro personal proceder, mantendremos todavía, en este punto, la práctica antigua hasta oir el dictámen de la Academia Chilena, la cual, segun lo esperamos, ha de resolver estas y otras dificultades con todo tino y acierto.

III

Si en las diferencias apuntadas hasta aquí, en cuanto al diferente uso que de algunas letras de nuestro alfabeto se hace en Chile y en España, no seria difícil someterlas a reglas comunes, no sucede lo mismo respecto de la *g* y de la *j*.

Entre nosotros no ofrece dificultad alguna el uso de estas dos letras, la regla es sensillísima: se escribe *g* cuando hai sonido suave, y *j* cuando hai sonido fuerte: *gota*, *jente.*

Por el contrario, las reglas de la ortografía española son harto numerosas y complicadas. Véanse sinó las que da la Real Academia en su Gramática:

Para usar bien de esta y de aquella [*g* y *j*] tenemos algunas reglas de etimolojía y de uso, y por suplemento hai que recurrir al catálogo de voces de escritura dudosa. Las

sílabas *ge*, *gi*, solo se han de escribir con *g* en las voces que notoriamente la tienen en su oríjen.

Regla 1ª—Se escriben con *g* las dicciones que principian con los sonidos *geo*, como *geógrafo*, *geometría*.

2ª—A excepcion de *tejer*, *brujir*, crujir y sus derivados, que se escriben con *j*, los infinitivos terminados en *jer*, *jir*, se escriben con *g*, y con ella, por consiguiente, la conjugacion toda de dichos verbos, exceptuando (por supuesto) las personas que terminan en *ja*, *jas*, *ja jamos*, *jais jan*. Así se escribe *coge*, *proteged*, *elegíamos*, *rigieron*.

3ª—La sílaba *gen*, final de nombre, como *origen* y *margen*, se escribe así mismo con *g*. Exceptúase *comejen*.

4ª—Con ella tambien las voces que terminan en gélico, *genario*, *génea*, *génico*, *genio*, *génito*, *gesimal*, *gésimo*, y *gético*, como *angélico*, *sexagenario*, *homogéneo*, *fotogénico*, *ingenio*, *primogénito*, *cuadragesimal*, *vigésimo* y *apologético*; sus plurales, y los femeninos, singular y plural, que les corresponden.

5ª—Los acabados en *giénico*. *ginal*, *gíneo*, *ginoso* y *gismo*, como *higiénico*, *original*, *virgíneo*, *ferruginoso* y *neologismo*; sus plurales, y los femeninos, singular y plurar, que tuvieren. Exceptúanse *aguajinoso*, *espejismo* y *salvajismo*, que se escriben con *j*.

6ª—Los nombres y adjetivos acabados en los monosílabos *gio* y *gión*, en *gional*, *gionario*, *gioso* y *gírico*, como *litigio*, *religión*, *regional*, *legionario*, *prodigioso* y *panegírico*; sus plurales, y los femeninos, singular y plural, de los que los tuvieren."

Como se ve por las reglas precedentes, no es tan demasiado sencillo el acertado uso de la *g* y de la *j*. Y si bien estas mismas reglas acaso pudieran reducirse a menor número, siempre quedaria subsistente la principal, y la mas difícil de todas: la etimolojía. *Gente* se escribe con *g* porque viene de *gens*, y *majestad* con *j*, porque viene de *majestas*. Y *ajeno*, ¿con qué se escribe, con *g* o con *j*? no puede aplicársele ninguna de las reglas dadas por la Academia, ni se deriva de palabra latina con *g* o con *j*: no habrá, pues, otra regla que el uso, a no ser que se adopte la que indica Salvá: escribir tambien *j* siempre que esta letra sustituya a otra que no sea *g* ni *j*; y así escribiremos *ajeno* con *j* por venir de *alienus*.

El uso de la *g* y de la *j* queda, por lo tanto, en la ortografía española, sometido a reglas determinadas, en algunos casos, a la etimolojía y al uso en otras. Lo cual es bastante prueba de la no pequeña dificultad que presenta el manejo de estas letras.

No hablamos aquí de una dificultad absoluta, sino relativa, esto es, que las reglas que siguen los españoles, en cuanto al uso de estas letras, son de ménos fácil aplicacion que la regla adoptada en Chile.

Ahora bien, ¿será conveniente abandonar la práctica vijente en Chile y amoldarse a la española?

Si se nos pidiese nuestra humilde opinion, la daríamos, diciendo: el que introdujo en Chile la costumbre que hoi se sigue, hizo una cosa buena; el que introduzca la costumbre de que todos los que hablan un mismo idioma, lo escriban de un mismo modo (en cuanto a la ortografía), hará otra cosa mejor.

IV

La reforma mas importante que la Academia Española ha introducido en los últimos años en nuestra ortografía, es, sin duda alguna, la que se refiere a las reglas del acento.

La Ilustre Corporacion, que es tan parca en introducir innovaciones en el idioma que ella está encargada de conservar, creyó que podian modificarse con ventaja algunas de las reglas que hasta ahora habian servido para determinar la posicion del acento en las palabras castellanas.

Segun esas reglas llevaban acento las palabras graves terminadas en *n* o *s: órden, entónces*; pero no lo llevaban las formas verbales, graves, terminadas en cualquiera de esas dos letras: *canten, ames;* y por el contrario, se acentúan las agudas, terminadas en dichas consonantes, *n, s: cantarán, estarás.*

La Real Academia creyó que podrian simplificarse estas reglas, dando otras que fuesen comunes a todas las partes

de la oracion. Para esto era necesario (en la parte de que tratamos), eliminar una de las reglas antiguas, y dejar subsistente la otra, es decir, que la regla que se daba para los nombres y partes invariables de la oracion, comprendiese tambien a los verbos, o vice-versa, que la de los verbos comprendiese a los nombres i demas palabras. La Academia optó por esto último, y formuló la regla de este modo: Se acentúan *todas* las palabras agudas terminadas en *n* o *s*: *atención*, *cortés*, *vendrás*, *amarán*, y no las graves terminadas en estas mismas letras: *imagen*, *antes*, *cantan*, *pides*.

¿Qué razon tuvo en vista la Academia para hacer extensiva a las demas palabras la regla que ántes se aplicaba a los verbos? por qué no sometió los verbos a la regla de los nombres?

La Academia juzgó indudablemente que lo mas natural era dejar subsistente y hacer mas extensiva la regla que comprendiese mayor número de voces, lo que sucede ciertamente con la que rejia a los verbos. En efecto, pueden contarse hasta diez mil verbos castellanos, los cuales, (aunque quitemos dos mil, por anticuados), dan dieziseis mil formas verbales agudas en *n* o *s*. Las demas palabras agudas en *n* o *s*, no bajarán de dos mil quinientas; miéntras que las graves en *n* o *s* (no contando las formas verbales) no pasarán de doscientas.

Creemos, pues, que las modificaciones introducidas por la Real Academia en esta parte de la ortografía castellana, han venido a simplificar notablemente las reglas sobre el acento, y que éllas no son hijas del capricho, sino que están fundadas en mui atendibles razones.

Hemos concluido estos lijeros estudios. Nuestro objeto ha sido dilucidar algunas cuestiones gramaticales, no todas de utilidad práctica, pero sí la mayor parte. No nos halaga la confianza de haber procedido siempre con acierto; pero si nuestro juicio ha fallado algunas veces, quedamos satisfechos, sin embargo, con que otros criterios mas ilustrados y seguros, vengan a enmendar nuestros yerros. En este caso lo que falta a la intelijencia, lo tiene la voluntad, pues la nuestra no es otra sino contribuir tambien de algun modo al perfeccionamiento de nuestra hermosa lengua patria. Si esto nos fuera dado alcanzar, de ello nos alegramos sin soberbia, y si nó, los deseos frustrados tampoco

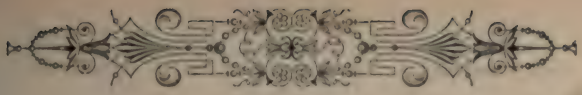
nos desazonan, porque no todos los soldados que se alistan y toman, armas, alcanzan los honores del triunfo.

En el presente artículo, y en otros que ha publicado *La Revista* , no hemos adoptado aun várias de las reglas ortográficas, a que, segun lo que dejamos escrito, nos inclinamos. Dimos la razon de ello en el párrafo II, al hablar de la *y* como vocal. En efecto, las innovaciones gramaticales deben hacerse con toda calma y madurez, y despues de un prolijo estudio y detenido exámen. Pues bien, ese estudio y ese exámen comienza a hacerse solo ahora, y no seria cuerdo, por lo tanto, poner en práctica desde luego y precipitadamente doctrinas que todavía no se han puesto bien en claro.

Para proceder a la reforma de nuestra ortografía, debemos atender, ante todo, a la regla capital, a la que está sobre todas las demas: el *uso*. Este lo forma la mayoría de la jente verdaderamente ilustrada; las opiniones aisladas no hacen lei en materia de lenguaje. La voz de los que deben señalar los nuevos rumbos, no se ha dejadó oir todavía; vendrá pronto a no dudarlo. Entre tanto, ocupémonos nosotros en indicar siquiera los estorbos del camino, hasta que fuerzas mas poderosas vengan a removerlos.

PEDRO N. ALBORNOZ.

Julio de 1885.



CONVIENE QUE ESTUDIEMOS.

I.

Dos corrientes principales dividen el imperio científico en el siglo XIX. Forman la una las ciencias naturales y físicas, compuesta la otra por las ciencias sociales entre las que pueden contarse las historicas: observacion del mundo material; conocimiento experimental y especulativo de la sociedad humana y de las leyes que la gobiernan. Han recibido, las primeras, impulso tan extraordinario y tan portensosas aplicaciones en nuestro tiempo, que pueden, sin impropiedad llamarse hijas de él, aun cuando no le pertenezcan exclusivamente. Las segundas han nacido casi en nuestros dias, y durante ellos las hemos visto adquirir maravilloso desenvolvimiento, de manera que a pesar de lo breve de su existencia han ya ejercido influencia incalculable en el progreso de las sociedades modernas: preludio que permite con certeza calcular la que ejercerán mas tarde, cuando haya llegado la época de su robustez y pleno desarrollo.

Y puede afirmarse con rigorosa justicia que la sociolojía es hija exclusiva de nuestro siglo y gloria propia de él. Porque si en los escritos de los jurisconsultos y filósofos de épocas anteriores, se tratan puntos relativos a la orga-

nizacion natural de las sociedades, no es sino accidentalmente; como corolarios de principios metafísicos mas que como ciencias de observacion; sin formar un cuerpo coordinado e independiente de doctrina y casi nunca hasta llegar a la aplicacion por un conjunto de reglas prácticas que se propongan utilizar las consecuencias de las verdades descubiertas por la investigacion científica. Ni Platon, ni algunos libros de Aristóteles pueden en puridad llamarse predecesores de los modernos sociólogos; ni siquiera los admirables escritos de Santo Tomás, quien adelantándose a la ciencia de su tiempo con incomprensible vuelo y claridad asombrosa, anticipó nociones trascendentales acerca de la idea del Estado y Gobierno modernos.

II.

Para hallar los projenitores directos es necesario aguardar que nazca la ciencia de las riquezas, cerrado y esteril logogrifo para quien pretenda descifrarla sin la palabra libertad; es menester llegar hasta el siglo XVIII con sus fisiócratas que justamente merecen ser llamados con el nombre de padres ilustres de la ciencia social, y al XIX con la brillante pléyade de escritores economistas y publicistas que si mucho han hecho por la ciencia, todavia no son sino los gastadores del camino, o si se quiere la vanguardia del mas afortunado ejército que logrará levantar el mas bello edificio científico reuniendo con método rigoroso y ordenadas proporciones la abundantísima masa de preciosos materiales, que hoi estan acumulando sabios de todo el mundo. ¡Feliz quien pueda inscribir su nombre en alguna de las pájinas del hermoso libro!

Pero, si el nacimiento de la ciencia ha sido tardío, asombra el largo camino recorrido en tan breve tiempo. En 1695 Bois Guilbert, y doce años mas tarde, el célebre in-

jeniero Vauban publican *El Detalle de la Francia* y la *Dîme Royale*, tímidos ensayos, en que proponen algunos expedientes para mejorar el malestar económico de la Francia especialmente un mejor y mas equitativo reparto de las contribuciones que habían llegado a ser agobiadoras en la miseria jeneral. Poco mas de un siglo ha trascurrido desde la aparicion de los primeros libros de los fisiócratas, autores de las primeras tentativas para sentar la ciencia sobre bases sistemáticas y conforme a la razon. En 1758 publica, en efecto Quesnay su notable libro (1) en que se atreve a echar los cimientos de una ciencia nueva fundada en la observancia del órden natural y la libertad: la Economía política. Poco despues, otro fisiócrata, Turgot, que como ministro prestó tan bellos servicios a la causa de la libertad, desenvolvió en un libro escrito con mas método el principio de la libertad comercial, considerando nocivas a la industria y al comercio toda intervencion del estado. (2)

En Inglaterra, Adam Smith, padre venerable de la economía política, publica en 1776 su investigacion acerca de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones, libro monumental en que la ciencia es tratada con notable extension, mayor profundidad y un método mucho mas perfecto que cuantos escritos lo precedieron, fijándose en él de una manera definitiva muchos de los principios que que presiden a la formacion de las riquezas. En este mismo pais fecundísimo en escritores economistas, Malthus y Ricardo dan sus nombres a importantes leyes económicas. Imposible seria enumerar todos los nombres de estos infatigables servidores del progreso humano; pero, seria ingratitud y olvido inexcusable no citar a lo ménos los de

(1) Tableau économique, et Maximes générales du Gouvernement Economique.
(2) Reflexions sur la formation et la distribution des richesses.

Cobden y Bastiat. El primero haciéndose el tribuno de la libertad comercial prestó a su patria y a la causa jeneral de los pueblos el mas inestimable servicio. El segundo, excitado en parte por el ejemplo del ilustre inglés, dedicó su clarísima intelijencia a combatir los absurdos monopolios que en Francia impedian el reparto equitativo de las riquezas y el completo desarrollo de las fuerzas industriales. Nadie ha pintado con colores mas enérjicos la injusticia de toda clase de monopolios y los males ocasionados por esta plaga que absorbe y hace estériles las mejores y mas vivas fuerzas de las sociedades que tienen la desgracia de soportarla. Bastiat tiene el mérito singular de haber puesto la ciencia al alcance de todas las intelijencias en sus bellísimos libros que merecidamente ha denominado un escritor, los poemas de la ciencia social.

A medida que ha crecido el número de los exploradores, el campo de la investigacion se extiende. Si las ventajas de la libertad comercial demuestran que los interesados son los mejores jestores de sus intereses, parece natural aplicar este mismo principio a las demas esferas de la actividad humana. Del estudio de los problemas económicos se pasa a los problemas de gobierno y se comienza ya a considerar la economía política como la ciencia destinada a enseñar la forma en que deben organizarse los elementos sociales, asegurando a los asociados la mayor suma de bienestar por la mayor suma de libertad. Se fijan límites a la intervencion del Estado, reduciendo las atribuciones del gobierno a lo indispensable, es decir, a las funciones que esencialmente le corresponden en conformidad a la naturaleza de sus medios propios. De esa manera los intereses individuales libres de toda odiosa tutela se desarrollarán en la proporcion de su importancia y de la enerjía con que los interesados procuren el ejercicio de sus fuerzas. La accion del Estado, en cambio, se simplifica, disminuyen

las cargas públicas, y la custodia de los intereses jenerales reducida a los negocios que los particulares no pueden desempeñar por sí, se hace mas espedita y se ejerce con mas imparcialidad y eficacia.

III

Con harta sobrada razon se ha atribuido una importancia capital a la ciencia que tales propósitos persigue. Podrán ellos mirarse como ilusorios y quiméricos, pero ántes de condenarlos por tales, conviene estudiarlos. Si el gobierno de los pueblos no ha de ser negocio de ciego azar; si no han de entregarse a la voluntad soberbia de uno solo, no atemperada por leyes de naturaleza superior; si la felicidad pública no ha de confiarse en brazos de los caprichosos vaivenes de la multitud, tan desenfrenada en la licencia , como extremada en el despotismo, entónces es indispensable buscar leyes que repriman la ambicion del uno, y enfrenen las veleidades de la otra. Esas leyes, si existen, deben fundarse en la naturaleza de los hombres y de la sociedad; solamente así podrán ser principios estables y superiores a las combinaciones artificiales a que deben contraponerse. Su estudio y aplicacion práctica es lo que se propone la ciencia social.

IV

Hai sin embargo, espíritus poseidos por cierta preocupacion contra todo lo que es científico, que preguntan desdeñosamente cuál es la utilidad de estos estudios, para qué sirven las teorías escritas en los libros. Para esta laya de políticos no hai mas arte de gobernar que la buena vo-

luntad de los que gobiernan; los negocios del estado se manejan así, a la buena de Dios como dicen, conforme a las impresiones del momento: es la política de los expedientes tan ruinosa para los paises en que domina esta raza del oportunismo empírico y charlatan.

No intentamos demostrar la importancia de los estudios cuyo objeto es la economía social. Basta enunciar su objeto para que se comprenda su trascendental alcance. Apenas puede ser discutida la conveniencia de organizar los varios elementos de la sociedad en la forma que mas se acerque a su organizacion natural, fundada por consiguiente, en la realidad misma de las cosas. Se trata de una de esas verdades jenerales de primera evidencia; podran discutirse las condiciones especiales de su realizacion, pero, no se podrá negar en absoluto. Ello equivaldria a negar el carácter providencial injénito en toda sociedad, en todo ser creado. Lo contrario solo puede afirmarse por ignorancia o por el egoismo de los que esperen hallar su conveniencia en la confusion que seria el necesario resultado de la ausencia de toda lei en el mundo social. El empirismo social nos parece una de las concepciones mas absurdas, mezquinas e impías de cuantas haya producido el cerebro humano tan fecundo en discurrir medios para oscurecer la luz natural que Dios le dió. Involuntariamente quizá esta clase de espíritus profesa una impiedad grosera: atribuyen la debilidad de su propia ceguera al Supremo Hacedor, quien, así como ha ordenado con peso, número y medida, los cuerpos del universo físico, tambien, ha sujetado el mundo moral a las leyes de su inmutable sabiduría y lo gobierna por medio de ellas, como a los astros que se mueven en admirables órbitas, impulsados por un aliento divino.

No queremos decir que estas leyes sociales sean tan claras y sobre todo tan ríjidas e inmutables como las que nos

parecen gobernar el mundo material. No, la accion de las leyes sociales tiene por ajentes inmediatos y por objeto a seres morales e intelijentes y por lo tanto progresistas. Esto basta para manifestar, que sin salir de su órbita providencial y dentro de ciertos límites inmutables, su aplicacion debe cambiar segun los tiempos y modificarse por la libre voluntad del hombre. Afirmar lo contrario seria quitar a las sociedades humanas toda esperanza de progreso, condenándolas a una especie de fatalismo social, error tan grosero como el que se queria evitar; seria ponerse en contradiccion con la historia y con la conciencia humana. Las sociedades son, en gran parte, los arbitros de sus destinos. Libres son de conformarse a las leyes naturales o de contrariar su aplicacion. Si se desenvuelven conforme a ellas serán progresistas y felices; si se empeñan en contrariarlas, aun parcialmente, retrocederán y se expondrán a graves sufrimientos en proporcion de lo que de ellas se hayan desviado.

V

De aquí nace la distincion de la política como ciencia especulativa y como arte de gobernar; una es la teoría que enseña, el otro, la aplicacion práctica de los principios jenerales a una sociedad determinada. La ciencia muestra el ideal, el arte procura acercarse a él.

Esta distincion es fundamental y de grandes consecuencias. El hombre de estado debe trazarse un ideal al cual consagrará todos sus desvelos, pero, en la eleccion de medios y sobre todo para determinar cual parte de su ideal podrá él realizar inmediatamente y cual nó, necesita obedecer a las sujestiones del espíritu práctico, haciendo las indispensables concesiones al estado de su tiempo, a las ideas dominantes en su nacion. La primera condicion del

político es no precipitarse. Marchando constantemente hácia la gran obra, debe ir soltando los estorbos, allanando con paciencia el camino para que realicen otros el pensamiento por él concebido e iniciado. Las reformas sociales requieren preparacion larga, muchas veces de siglos, y seria petulancia pretender de súbito y con violencia cambiar el estado social de un pais, aun por otro mas perfecto. Las ideas familiares a un espíritu superior deslumbran al principio al vulgo que solo lentamente se habitúa a soportar su brillo. Rechaza el vulgo como novedad peligrosa, lo que no comprende; para que las ideas de reforma lleguen a convertirse en realidades, es menester que primero poniéndose al alcance de todos, se medianizen aun a riesgo de perder algo de su belleza nativa, entónces se hacen aceptables a las mayorías y logran penetrar en la conciencia de las masas que concluyen por exijir como necesidad lo mismo que habian rechazado con recelo de cosa nueva.

La pretendida contradiccion entre la práctica y la teoría, entre lo ideal y lo real, no es sino una simple cuestion de tiempo o de oportunidad. Entre los principios científicos y los hechos no hai, no puede haber contradiccion, como no puede haberla entre la regla y los resultados de su aplicacion. Pero, donde no hai contradiccion, cabe si distincion; esta última es la que hemos procurado señalar en las líneas precedentes.

Aunque diferentes en cierto modo, la práctica y la teoría deben marchar unidas.

Rafael ha expresado este pensamiento con la feliz lucidez de su jenio en la mas perfecta de sus creaciones. En su Escuela de Atenas ha tenido un rasgo de inspiracion admirable. En el centro de esta composicion tan notable por la belleza de las líneas y la ponderacion exquisita de sus partes, ha colocado a los dos mayores maestros de la filosofía antigua, resumiendo en el jesto de cada uno las

dos tendencias fundamentales del espíritu humano, divinamente idealista con Platon, severo observador y experimentador rigoroso con Aristoteles; el primero señala el cielo como la fuente de todo ideal, el segundo se inclina a la tierra, objeto de sus prácticas investigaciones. El hombre de estado ha de reunir ambas condiciones; paciente y audaz, debe marchar hácia un punto invisible en el horizonte de las miradas vulgares, pero, sin perder el punto de apoyo en su camino hácia la altura. Mirando al cielo, iluminado por la luz interior de su mente, correria peligro de tropezar y caer en los obstáculos mas pegados a la tierra, si no mirase tambien hácia ésta; los mezquinos farolillos de otros viajeros mas tímidos le van señalando los estorbos mas inmediatos, indicándole con las vacilaciones de su luz, hasta donde puede avanzar sin peligro en cada jornada, sin trastornos para la sociedad cuya felicidad él va preparando. Se ha dicho que en el hombre de estado, en el reformador social especialmente, se oculta muchas veces un poeta. Debe ser poeta enamorado de un ideal y observador práctico de las cosas de su tiempo; debe tambien ser médico sagaz para medir el pulso de la sociedad y proporcionar la planteacion de las reformas, como un médico prudente modifica sus recetas por las variaciones del físico de su enfermo. El hombre de estado debe, pues, poseer ciencia consumada con todos los recursos de la habilidad práctica y la experiencia; debe conocer las teorías y los hombres; en él Platon debe unirse a Aristóteles.

VI

Carecen, pues, de razon los que a fuer de espíritus prácticos desprecian la ciencia social y condenan a los que se inspiran en sus doctrinas como a utópicos idealistas. La

experiencia enseña que al cabo se aplaude como hecho consumado lo mismo que se comienza por rechazar como temeraria novedad; las desdeñadas teorías se van abriendo camino entre contradicciones y la sociedad es la que gana en fin de cuentas.

La necesidad del estudio se impone como indispensable hoi que la preocupacion contra los libros ha desaparecido y que se estudia en ellos la mas rudimentaria y práctica de las industrias humanas, la Agricultura. En los paises de cultivo adelantado, nadie pretenderia dirijir una esplotacion agrícola sin haberse preparado por los estudios especiales de la ciencia agronómica; entre nosotros mismos se ha comenzado a reconocer la necesidad de esta clase de conocimientos y se han abierto cursos del ramo en diversas partes de la República. Y sin embargo, todavía se considera como mui natural la pretension de dirijir el incomparablemente mas complicado mecanismo de los intereses sociales, sin poseer siquiera una leve tintura de la ciencia que enseña a conocer sus resortes y el órden admirable de sus relaciones.

Son éstas verdades de un órden tan evidente que no es necesario insistir mucho en su demostracion. Basta exponerlas simplemente. Es un truismo vulgar que los que pretenden dirijir las sociedades deben comenzar por estudiarlas. Porque bajo un desórden aparente, a pesar de sus muchas incoherencias y contradicciones, ellas poseen un organismo perfectísimo y de exquisita sensibilidad, sujeto a una sábia regularidad, a una armonía maravillosa, órden tanto mas maravilloso cuanto que el progreso es su lei y la intelijencia del hombre su motor inmediato.

Este conocimiento social es, entre las ciencias humanas, el mas noble objeto de estudio de cuantos puede proponerse el espíritu del hombre, porque él encierra el secreto de la felicidad de todos por la de cada uno. Es indispen-

sable, porque el que aspira a gobernar un pueblo sin la suficiente preparacion, teniendo por toda ciencia las inspiraciones de su voluntad buena o mala, es semejante al niño temerario que pretendiera manejar una poderosa máquina de vapor sin conocer los resortes que la ponen en movimiento, ni el funcionamiento de las válvulas que regulan su marcha. A cada instante estaria en riesgo de destruir la máquina y perecer víctima de la fuerza que él fué incapaz de regular. Y todavía, si el niño peligroso que provocó la esplosion fuera la única víctima de su temeridad. Pero, hai que contar con los circunstantes, que tienen derecho a exijir que no se pongan juguetes peligrosos en manos de los inocentes o de los que no sepan manejarlos con seguridad para ellos mismos y para los demas.

No es pues arrogancia, sino convencimiento sincero el que nos hace repetir a manera de conclusion y resúmen de lo anterior: conviene que estudiemos.

UNA AUTOBIOGRAFIA.

Comunísimos son los diccionarios biográficos modernos, en que por orden alfabético se narra la vida de hombres que están buenos y sanos, como tú, lector amigo, y que pueden vivir mil años más.

La verdad, en las tales obras, yo, que á apesar de mis añitos, soy más inocentón que poeta sentimental enamodo, sólo sabía admirarme de dos cosas: primeramente, de la vasta erudición del autor del Diccionario, asombrosa verdaderamente, y en segundo lugar, de que en esta bendita tierra y otras parecidas, hubiese tal muchedumbre de hombres célebres, que ni abogados en Santiago. Pues, ¿cómo nó? ¿es nada saberse al dedillo la vida y hechos de miles de personas de diferente condición y nacionalidad? Y ¿no había de admirar encontrar en cada página del libro un paisano conocidísimo, del cual le decían á Ud. "crea que es sabio eminente, pues yo se lo aseguro á Ud."? Registrando cierta vez una obra de las de que trato, ven mis ojos el nombre de un sujeto muy conocido para mí: si á Uds. les importa, el dueño del palacio de enfrente y dos fundos más. ¡Es posible!—exclamo en mis adentros—que ande tan alabado en biografías este varón, de quien nadie habla, un bienaventurado, un.....Tuve la inocencia de creer que yo también figuraría en el diccionario, y curioso por saber lo que decía de mí, busco en la letra S presuroso....¡Vana esperanza!

La explicación de todos estos arcanos la he descubierto por fin en dos cartas, ya viejas, que en el umbral del palacio de enfrente encontré ayer.

Allá van, lector mío, sin cambiar en ellas más que los nombres.

Madrid, 25 *de Junio de* 1875.

Sr. D. Modesto del Río.

Señor de toda mi consideración y respeto: De todos es sabido que desde algunos años á esta parte me ocupo en la redacción de un Gran Diccionario Biográfico Americano Moderno, que contendrá la biografía de los hombres del nuevo mundo que se han distinguido en las letras, artes, ciencias, industrias, etc.; obra que, como Ud. comprenderá, está llamada á prestar grandes servicios á aquellos cuyas biografías salgan en ella. Entre los personajes que aparecerán en tan importante obra, figura Ud. Mas aunque Ud., los actos más notables de su vida y todas sus obras son conocidas y alabadas dentro y fuera de Chile, no se extrañe Ud. de que aun no hayan llegado á mi conocimiento. Lo más obvio me ha parecido dirigirme á Ud. para pedirle me subministre los datos bastantes para componer su biografía. Ni esto tiene nada de raro, ya que es el método que he seguido para componer casi todas las biografías que figuran en mi obra. Excusado me parece decirle que para el juicio que formaremos de su vida y sus hechos, seguiremos al pie de la letra las imparciales y verídicas noticias que Ud. nos subministre.

Demás está que me empeñe en manifestarle el interés que debe haber para que se lleve á cabo una empresa comercial y literaria de este género por parte de todos los que figuren en el diccionario.

Espero pronta respuesta.

Su A. y S. S. Q. B. S. M.

PLUTARCO VALDÉS.

P. D.—Una empresa comercial y literaria de la magnitud de la que dirijo, ha menester ingentes capitales. El Diccionario Biográfico constará de dos volúmenes en folio menor, de elegante y esmerada impresión, papel de hilo y buena pasta. Espero que Ud., que comprende la utilidad del Diccionario, se dignará inscribirse para costear sus gastos con la cantidad que su generoso desprendimiento

fije, contribuyendo así á que se lleve á cabo esta empresa á que está vinculado el adelantamiento de la humanidad. Letras para Londres ó París á mi orden. Vale.

Santiago, 30 de *Agosto de* 1875.

Sr. D. Plutarco Valdés.

Señor de toda mi consideración y respeto: Recibí su carta del mes de Junio. Yo, como Ud., conozco cuán interesados estamos todos en se lleve á cabo su Gran Diccionario, que le dará á Ud. honra y prez universal, y á los que figuremos en él, pago, aunque escaso, de los servicios que hemos prestado á la humanidad, y singularmento á nuestra nación.

Adjunta á esta carta encontrará Ud. una letra de cambio para Londres de.... libras esterlinas á 90 días vista.

He querido darme algún tiempo para escribir esta carta, tanto porque vaya en ella casi acabado el trabajo de mi biografía, cuanto para buscar y recordar yo los actos de mi vida que merezcan ser universalmente conocidos. Como no ignoro que no podré disponer de más de dos páginas de su Diccionario, sólo llamaré su atención á lo más importante.

Yo nací el 6 de agosto del año de 1833. Aunque este hecho no redunde en honra mía, pues nacen todas las personas (aún las que no figuran en el Diccionario de Ud.), cuáles en un día y cuáles en otro, conviene que Ud. haga hincapié en él, observando de paso que ese mismo año se promulgó y juró la Constitución Política de la República. Esto le servirá, demás de manifestar erudición historica y hermosear la biografía, para, fundándose en ese hecho, decir p. ej.: "Parecía que el destino con esta rara coincidencia, desde entonces anunciaba el papel que en los destinos de su patria había de desempeñar," Recuerde también que mi padre fué miembro de la Gran Convención que sancionó la citada Constitución; pero de corrida, porque advierto que este dato, tal vez, pueda figurar con más perfecta propiedad en una biografía de mi padre que en la

mía. Cuente Ud. también entre los hechos que más me enaltecen el que la familia en que nací era una de las principales de la época colonial, y el haber crecido en medio de la opulencia.

Asegure Ud. que desde muy pequeño dí pruebas de una extraordinaria precocidad intelectual que asombraba á mis padres (q. e. p. d.), esto, porque noto que en muchas vidas de hombres célebres se dice otro tanto. Pero cuide Ud. de agregar con explícitas afirmaciones que mi capacidad intelectual en nada ha amenguado, antes bien, se ha aumentado con el transcurso de los años, porque si no pudiera entenderse lo contrario.

Diga Ud. que, andando los años, fuí la admiración de mis profesores, sin temor de que ellos se levanten de su tumba para negarlo; que á la edad de veinte años abandoné la carrera del foro que había empezado; pero sin confesar que fuera por no poderla continuar, sino (puede decir Ud.) porque la naturaleza de esos estudios no se avenía con mi talento á mayores cosas destinado; que figuré entre los más entusiastas en las asambleas populares, las cuales resonaron con el eco conmovido de los aplausos, que tributaba á la elocuencia ajena; que en campañas electorales posteriores, tomé parte activa y principal, votando en ellas; y que el candidato que yo apoyaba llegó á formar parte del Congreso, gracias á la intervención del Gobierno en la elección.

Después de esa época, muy joven todavía, me dediqué á la industria agrícola, á la cual dí grande impulso, poniendo en el fundo heredado de mis padres un excelente agricultor que triplicó sus productos. Puedo gloriarme con razón de haber prestado grandes servicios á la agricultura en mi patria con la introducción en Chile hecha por mi ingeniero de raras especies de animales europeos.

En ese tiempo contraje matrimonio con la que ahora es mi mujer. Mencione este dato, no porque no haya muchos que se casan y no andan en biografías, mas para extenderse algunas líneas en alabanza de mi mujer, de la cual debe decir que es un modelo de id., digan lo que dijeren aquí malas lenguas.

Pero la época más importante de mi historia es sin du-

da aquella en que comienza mi vida pública, que así llamo al período en que fuí diputado al Congreso. El Presidente de la República, haciendo justicia á mis escondidas virtudes cívicas y talento, me hizo figurar en la lista de candidatos gubernativos y, no necesito decirlo á Ud., salí elegido diputado. Desde ese tiempo he permanecido fiel á las ideas liberales, menos en cierta ocasión que subieron al gobierno los conservadores. La nación debe de estar muy agradecida de mis servicios, porque no ha habido ley de importancia mucha ó poca á cuya formación no haya coadyuvado con mi voto, siempre con la mayoría gubernativa. Entre las principales, nombre Ud. la que aprobó el proyecto del Código Civil, algunas de reformas de artículos constitucionales y otras que sería largo enumerar.

Yo he hablado muy poco en la Cámara: fuera de tres ó cuatro ocasiones en que he solicitado se levante la sesión ó que se prolongue, que se designe una comisión de diputados para solemnizar el entierro de algún representante del pueblo, ó que se deje para segunda discusión un proyecto urgente, no he pedido la palabra, y de ello me glorío. Mencione Ud. este importante hecho, diciendo que yo pertenezco á la especie de hombres de acción, que por sobre las vanas palabras colocan los hechos. Diga Ud. también que á pesar de mis ideas á este respecto, la naturaleza, como si quisiera contradecirme, me ha dotado de brillantes dotes oratorias que hacen de mí, aunque no sea sabido, uno de los primeros oradores del parlamento chileno. Mi palabra es desembarazada y fácil, los gestos expresivos, la frase grandilocuente. Nadie puede decir (se lo aseguro á Ud.) que yo no posea éstas y otras cualidades.

He hecho profundos estudios económicos; puede probarlo Ud. con el solo dato que, habiendo heredado de mi padre una cuantiosa hacienda, en el espacio de veinte años, no ha sufrido menoscabo muy notable. En esta parte de mi biografía, extiéndase cuanto quiera, hable Ud. de mis fundos, palacios y coches, que la talla de la persona se ha de medir por lo que posee, aunque más rabien los pobretes.

Asegure Ud. que soy de una grande ilustración y talento, pero al mismo tiempo de una modestia no menor; cua-

lidades (puede observar Ud.) que no á menudo se encuentran reunidas y siempre debían estarlo; sentencia filosófica que hace más verosímil el hecho de que se deduce y presta dignidad y alteza al relato. Diga á renglón seguido que soy poseedor de una de las mejores bibliotecas de Santiago, dato solo que convencerá de mi ilustración, á todos los que creen (y son muchos) que la ciencia de un hombre se cuenta por los libros que tiene en sus estantes.

Otra cosa que me puede enaltecer mucho, son mis relaciones sociales, que las tengo con gente principal, á Dios gracias, y á mi dinero. Por influjo de ellas soy miembro correspondiente y honorario de varias academias y sociedades sabias de uno y otro continente. Mencione Ud. también esto último, porque hay muchos que creen que no hay más que ser académico para hacerse un pozo de ciencia. Respecto de obras científicas y literarias, le confesaré á Ud. que en mi vida he compuesto ninguna, ni siquiera artículos de periódico. No que no sea capaz, por supuesto, si yo me hubiera empeñado en ello. . ya. . Pero, la verdad, nunca me he podido penetrar de la utilidad de los libros. Vea Ud.: yo, pocos ó ninguno he leído, y con todo. . . . Pero esta verdad es de aquellas impopulares, que no deben decirse. En lugar de ella, ponga en mi biografía un párrafo así, que principie con esta exclamación de Moratín, que encuentro en el diario de hoy: "¿Por qué los que debían escribir callan, cuando los que no saben leer escriben?" "Decimos esto por D. Modesto del Río, de quien por su talento é instrucción podíamos esperar y aun exigir muchas obras literarias y científicas. De él se puede asegurar que es un autor superior á sus obras, su celebridad proviene, no tanto de lo que ha escrito cuanto de lo que ha dejado de escribir".

Mas si á Ud. le pareciere indispensable para la biografía la composición de alguna obra literaria ó científica, diga que por amigos míos Ud. sabe que daré á luz una obra sobre. . . . sobre lo que Ud. quiera. . . . la política de las naciones en lo porvenir, verbigracia. Muchos hay que pasan por autores, y no lo son más que yo.

Los datos que á la ligera he apuntado más arriba le probarán á Ud. que soy uno de los hombres más conspicuos

de Chile; y la seguridad de que esto así es, no es nueva en mí; mucho tiempo ha que por tal me tengo. Resumiendo al fin de la biografía, puede decir Ud.: "Notable economista, antiguo diputado, orador parlamentario y hombre público distinguido, es uno de los chilenos que más honran á su patria por su carácter, ilustración y talento. De él se puede decir que su vida es de aquéllas que pertenecen á la historia por entero."

Me parece excusado advertirle, Sr. D. Plutarco, que en esta carta ha guiado mi pluma la modestia únicamente; repugna á mi carácter alabarme. ¿Le parece necesario que aquí le diga á Ud. que, si los fallos del biógrafo no deben atenerse á la vanidad del hombre cuya vida ha de apreciar, tampoco deben rebajarse hasta la manera como éste, en su exagerada modestia, pueda considerar los hechos de su vida?

Su S. S. Q. B. S. M.

MODESTO DEL RÍO.

P. D.—Le suplico á Ud. que cuando esté redactada la parte del Diccionario relativa á mi persona, se sirva enviármela, que si yo la encontrara hecha con la debida imparcialidad y justicia, no le digo á Ud. que sería imposible mandarle alguna cosa, para llevar á cabo esta empresa, á que como Ud. muy bien dice, está vinculado el adelantamiento de la humanidad.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE.

Santiago, Noviembre de 1885.

"ERNESTO."

CUADRO SOCIAL POR J. S. H.

CRÍTICA.

A JULIO S. HERNANDEZ.

Julio: ayer por la noche, de seis á siete,
con mi Cristina, Pepa, Láura y Teresa,
leímos tu cuadrito, social juguete,
así, como quien dice, de sobremesa;
y, sin andar con mucha filosofía,
Ya que en saber te empeñas la opinión mía,
te diré, francamente, que el tal cuadrito
lo hallé bueno en la forma, muy bien escrito.
Pero, chico, en el fondo te encuentro injusto
y te lo digo.. ¡vamos!.. con aire adusto;
y, pues eres mancebo de gran talento,
estos mis refunfuños escucha atento.
Ay! todavía siento yo *contumelia*
con tu Fidelia, hermano.. Buena Fidelia!
¡Si se me ha atragantado la señorita,
cual si fuera aceituna con su pepita!
El tipo es *avis rara*: sin más razones,
Julio, generalizas las excepciones;
y no con entidades excepcionales,
formalizarse deben cuadros sociales.
No son así las niñas americanas;
antes que interesadas son casquivanas;
á un capricho bien pueden dar su decoro,
mas nunca culto rinden á un cerro de oro.

Quede eso á las princesas del *puff* alzado,
pero no á las muchachas de hogar honrado.
Nuestra muger limeña, por excelencia,
es abnegada, y huye de la bambolla;
no cambia su cariño por la opulencia,
y, con amor, prefiere pan y cebolla.
Tu Ernesto es un enfermo de pesimismo,
con algunos ribetes de orientalismo,
que se ha forjado un mundo, mundo-quimera,
que no es el que Dios quiso que mundo fuera.
En síntesis: mi juicio ya te es notorio—
Forma, intachable.—Fondo, contradictorio—
porque son, hasta absurdos, tus caractéres,
y falso tu concepto de las mujeres.
Para mí no la hay mala. Paladín de ellas,
ya casadas, ya viudas ó ya doncellas,
(excepciono á las viejas, que el pergamino
no tiene de lo humano, ni lo divino;
y á más, para polilla, la necesaria
combato en mi faena bibliotecaria)
aun contigo, á quien mi alma calor dispensa,
me atrevo á romper lanzas en su defensa.
Y basta. Punto póngole á este billete,
que te suplico leas con toda calma;
y, excusando llanezas... *Noviembre* 7
Tuyo, sincero amigo. RICARDO PALMA.

RESPUESTA.

A RICARDO PALMA.

Mi querido Maestro: con más agallas
que un tiburón, y mundo más que mi abuelo;
que te has parapetado tras antiguallas
como para ponerte bien con el Cielo,
huyendo de este *mundo* de pura farsa
en el que imperan, Oro, Prosa y comparsa;
de este mundo con fiebre, politiquero,
mentiroso, taimado, ruín y banquero,
que compone, por suerte, la minoría
de esta patria adorada, *tan tuya y mía.*
Recibí tu galana *carta-palmeta*;
—discípulo obediente que te respeta,
y te aplaude, y te quiere de todas veras
como quieren al sauce las trepaderas—
y tal mi gozo ha sido por tu filípica,
como tuya, salada, sabrosa, típica,
que si ahora me vieras—¡dá gusto el verme!—
—usando mi derecho de defenderme,
orondo y satisfecho, cambiar razones
con el de "*Pasionarias y Tradiciones*,"—
pensando, al par que escribo, cómo mis nietos,
rebuscarán mañana tus mamotretos,
hasta probar, felices, que en este día
para mí de expansiones y de ventura,
discutí con UN PALMA filosofía,
y —¡lo que es más pasmoso!—literatura.
Si ahora me vieras, digo, péñola en ristre,
tan hueco, y tan alegre como un albazo,
—(¡yo que siempre la paso doliente y triste!)—
el contagio te haría darme un abrazo.

He meditado mucho sobre mi "*Ernesto*"
y hoy que á tu *juicio*, dócil atención presto,
medito todavía, y al fin concluyo,
en que debo argüirte como te arguyo.
Permite que así lo haga con tu licencia,
y haz caudal de amistosa benevolencia.

El cuadro que he trazado, no representa
la sociedad limeña, ni sus mujeres,
que son nobles y honradas; y en buena cuenta,
acordes nos hallamos en pareceres
sobre que la limeña de buen manejo
es como el pan, la leche y el vino añejo.
No es Fidelia su tipo: líbreme el Cielo
de presentarla al mundo como modelo
de la madre, la hija, la dulce esposa
de esta bendita tierra de Santa Rosa!
El poeta no toma sus creaciones
de generalidades, fiel á su *oficio;*
y sólo le interesan las excepciones:
un Paris por hermoso, por feo un Picio.
Al público, en el teatro, ¿qué efecto haría,
ver lo que vé á toda hora, día por día?
Yo he tomado mi tipo de ese elemento
descreído y helado, de oro sediento,
(así, cual "*tus princesas del puff alzado*")
que ama..el diamante, el coche, la temporada....
la modista, el espejo, la trasnochada.....
y desdeña á "*la niña de hogar honrado*"
porque la vé cosiendo, tarde y mañana
para que no padezca la madre anciana,
y porque canta, ó reza soñando amores,
y coronas de azahares y blanco velo,
y cuida al hermanito, cultiva flores,
y pasa por la tierra mirando al Cielo!
¿Te estremece Fidelia? Pues yo he temblado
al trazar un carácter tan *evidente*,
y con suma cautela lo he dibujado

por. . . . pudor de mancebo *leal* y *creyente*.
¡Fidelias! ¡cuántas de ellas hay, por desgracia,
en ese circulito de envanecidos
que echan pujos risibles de aristocracia
por unos milloncejos mal adquiridos!
¡huérfanas infelices de sentimientos!
á quién el torpe padre da por lecciones
que arreglando con Oro su casamiento,
lugar se dan más tarde. . . . *las ilusiones*!
¿Te horrorizas? ¡lo creo! Mas, ten en cuenta
que el tipo que mi pluma fiel te presenta,
porque con tus doctrinas morales cuadre,
está sólo en la escena—¡*no tiene madre*!

Don Roque fué banquero, por esos días
en que cuatro bribones de guante blanco
cometían impunes sus fechorías
con papel de colores fundando un Banco,
arruinado, á la postre, por las orgías,
sin un certificado ya del Estanco.
Si su hija ha crecído como esas plantas
en el conservatorio, bajo fanales,
fría y calculadora,—¿por qué te espantas
que tenga sentimientos artificiales?
Acaso por Augusto se inclinó antaño,
pero las reflexiones del ex-banquero,
por *fuerza positiva*, que yo no extraño,
la hicieron decidirse por Don Dinero.
Sin él ¿dónde los trajes de sedería?
¿dónde el palacio, el coche, la pedrería?
¿y dónde los banquetes y los paseos,
y los famosos bailes de fantasía,
y las *satisfacciones de los deseos*?
Augusto es pobre; rico don Casimiro
y necio, corrompido, grosero, vano;
da Fidelia á *su* Augusto quizá un suspiro,
pero al viejo ajiotista le da su mano.

Así como Fidelia son todas ellas,
Con excepciones raras, entre esa gente
viciosa, improvisada, ruín, insolente:
y Ernesto está en lo justo con sus querellas.

Conviene aquí decirte que yo protesto
si me has juzgado Ernesto—No soy Ernesto;
mas, le conozco mucho, sé de su historia,
y que al fin ha encontrado, cual tú, su gloria,
formando una familia que le embelesa
como á tí tu Cristina, Láura y Teresa.
Y conviene agregarte, que yo respeto
la fortuna heredada, bien adquirida,
la buena sangre, el lujo cuando es discreto,
y me gusta á mí mismo la buena vida;
y que conozco á muchas grandes señoras
lejítimas, humildes y nunca altivas,
y á muchas de sus hijas encantadoras,
amables, delicadas, caritativas.

Mira bien que mi *cuadro* se desarrolla
entre marcados tipos de vulgar gente
cubierta de oropeles y de bambolla,
donde todo se finje, nada se siente!
Maclovia, advenediza como su hermano,
necia y adefesiera más que una mona,
no es carácter divino, pero es humano.
Y Gramal, que aprovecha de la jamona,
estrafalario y listo como un macaco,
no pasa de la esfera de un gran bellaco.
Observa en los salones, y hallarás ciento
como este par de peines que traigo á cuento.

¿Quién habrá que de Ernesto burlón, reclame
en ese diminuto círculo infame,
que he pintado en la escena, sin gran talento,
pero sin que me quede remordimiento?
Y si chistan.. mi objeto veré cumplido:
"¡Ay de aquel que se diera por aludido!"
¿Por qué encuentras á Ernesto contradictorio?
¿por sus burlas sangrientas de la canalla
de frac, donde ha pasado su purgatorio?
Ante esos figurones, dí, ¿quién no estalla?
¿Procede como un loco? Si, su careta
sarcástica, aprovecha las ocasiones,
escarneciendo todo *lo que respeta*
la mercachifleria de corazones.

No es un truhan de mal tono rey de la chanza,
¡es el génio terrible de la venganza!

Pues qu : de él se burlaron,tiene derecho
á encerrar ilusiones dentro del pecho,
y retornar la burla dura y sangrienta,
pena talionis bíblica, punzante abrojo
lanzado cara á cara, que no le afrenta
porque Moisés lo dijo: *¡ojo por ojo!*

¿Lo quieres más cristiano? Mírale atento
dejar la carcajada y el ceño adusto,
cuando muestra el camino del *sentimiento*
al amigo de su alma, mísero Augusto.

Su doctrina es la tuya: cuando ha logrado
valiente cirujano de corazones,
amputando de Augusto las ilusiones
librarle, "*de princesas del puff alzado,*"
lo inclina hácia "*la niña de hogar honrado,*
" *á la mujer limeña por excelencia*
" *que es abnegada y huye de la bamboll*a,
"*no cambia su cariño por la opulencia*
" *y con amor, prefiere pan y cebolla*".
" Le hace cambiar su ingrato "*mundo-quimera*
por aquel que Dios quiso que mundo fuera".
¿Sus medios son atroces? Son necesarios.
Los médicos lo saben, y boticarios.
¿Nunca para librarte de un apoplético
te recetó un Galeno tártaro emético?
Yo cojí ha pocos meses una terciana,
y quinina me dieron por la mañana,
por la tarde, en la noche, y, al fin, arsénico.
(y no sé si nuez vómica y ácido fénico.)
Ernesto, al ver que Augusto se le desliza,
tanto el mal le exajera, que lo horroriza:
la crísis viene y pasa la calentura;
¡es *heroico el remedio* con que lo cura!

Pero, luego que logra salvar al triste,
fíjate en la ternura con que lo asiste
guiándole á la tierra de la inocencia
en busca de tranquila convalescencia.

Estoy por admirarme de tu *cinismo*,
¡Maestro, mi Maestro! cuando aseguras
que *Ernesto* es un enfermo de pesimismo,
y hace y dice en la escena sólo locuras!
Confiesa que mi tipo no es ilusorio
ni absurdo, mucho menos contradictorio.
Original, concedo; noble y valiente,
de forma caprichosa, fondo excelente.
(Todas estas humildes explicaciones,
no son *á posteriori*—pues no me libro
así de tus durillas apreciaciones—
Cuanto en ésta te digo, lo dice *el libro*
que, respetando fueros de magisterio,
sometí ha pocos días á tu criterio).

La verdad de las cosas, Maestro, es ésta:
de la guerra mundana te has retirado,
y sabe tu experiencia, cuánto nos cuesta
ser Redentor, y luego, crucificado!
Sepultando en tu pecho viejas congojas
¡bribón tradicionista! te has "*puesto á fojas*",
Tu mundo son los libros que clasificas,
tu Cielo los cariños de tus tres chicas;
y mientras vas viviendo, libre de pena,
afirmas que las hembras *todas* son buenas.

¡Sí, buenas! ¡sí muy buenas!—con tal tonada,
por querer probar mucho no pruebas nada.
¡No imites de los gringos el "*mi no entendi*"
en auxilio de tu hábil *modus vivendi!*

¿Paladín tú de todas? Sin más razones
"*asi generalizas las excepciones*".
Yo también rompo lanzas, y por docenas,
por las que son muy lindas y son muy buenas,
pero por ciertos tipos de *cajetilla*,
Maestro, ni siquiera rompo una astilla!
Turco, todas te gustan, y sólo dejas
sin sexo y excecradas las pobres viejas!
¡Así te traten ellas, permita el Cielo,
cuando un *bebé* rollizo te llame ¡abuelo!

Entre tanto, sé justo; no refunfuñes
porque miro las cosas como las miro;

la galana palmeta no más empuñes;
pues, si con telescopio, de tu retiro,
ves sólo sobre el mundo *faldas-estrellas;*
yo las miro de cerca y ¡así son ellas!
cuando, como Fidelia, mal educadas,
arrancan del sarcasmo las carcajadas.
Son pocas, pero pueden ser luego muchas,
y porque la familia no se acreciente,
Ernesto moraliza como lo escuchas,
y tiene sus temores al siglo XX.

Gracias con toda el alma, Maestro querido,
por tu bondad. Ahora, sólo te pido
que leas estas líneas de sobremesa
con tu Cristina, Pepa, Láura y Teresa;
que, como dice *Ernesto:* "Dios darte quiso
para darte una idea del Paraiso".

JULIO S. HERNÁNDEZ.

Noviembre 8 de 1885.

ESTUDIO

DE LA ANÁLISIS IDEOLÓJICA

DE LOS TIEMPOS DE LA CONJUGACION CASTELLANA DE DON ANDRES BELLO.

I

"Bello, con su doctrina, nos ha suministrado el hilo de Ariadna, que puede conducirnos por el intrincado laberinto de la multitud de inflexiones que componen la conjugacion del verbo," nos dice su distinguido biógrafo, Don Miguel Luis Amunátegui, cuando diserta en la vida de don Andrés Bello, sobre las doctrinas espuestas en el opúsculo *Análisis Ideolójica de los Tiempos de la Conjugacion Castellana*, que el señor Bello, despues de haberlo tenido treinta años sin ver la luz, publicó en Valparaiso, por la imprenta de don Manuel Rivadeneira, el año de 1841, y que nosotros solo conociamos por la cita que de él hace don Pedro Felipe Monlau en su Diccionario Etimolójico de la Lengua Castellana. Ese opúsculo ha sido reproducido en el tomo V de la edicion oficial de sus obras completas y, aunque su biógrafo, nos dice que habia sido reimpreso en Madrid, por don Juan Vicente Gonzalez, para el uso del colejio El Salvador del Mundo, creemos mas exacta la noticia que de esa misma reimpresion nos da don Luis Montt en la *Revista de Chile.*

El único temor que asaltó a Bello, segun lo consigna en el prólogo de su opúsculo, fué que sus lectores no tuvieran paciencia para seguirlo en todos los pormenores de un análisis necesariamente delicado y minucioso, y se apresuraran a condenarlo sin haberlo entendido. A la verdad, que si ese opúsculo habia estado sepultado durante tantos años; si su autor estaba seguro de que sus esplicaciones descansaban en bases ciertas y si, ademas, le alimentaba la esperanza de que no faltarian, tarde o temprano, personas intelijentes que lo examinaran, adoptaran y perfeccio-

naran sus doctrinas ¿por qué no abrigar entónces el temor de que sus lectores anduvieran un poco de prisa para juzgar su obra? A la luz de su análisis, agrega ahí mismo Bello, desaparecerá el caos y el desórden que presentan los significados de las inflexiones del verbo, y en su lugar se verá un sistema de leyes jenerales, que obran con absoluta independencia, que se combinan y se descomponen, como los del idioma aljebráico.

Mas, Bello, va un poco mas allá todavía: nos dice que el proceder y los principios que ha descubierto, son aplicables, con ciertas modificaciones, a las demas lenguas, y el señor Amunátegui le da la gloria de haber alcanzado lo que no consiguieron Condillac, Beauzée i otros eminentes pensadores;pero debe, no obstante, tomarse en cuenta que, considerándose jeneralmente la gramática como un análisis empírico de las formas del lenguaje, en que los hechos se esplican sin sujetarlos a un principio jeneral, Bello, y mas tarde su biógrafo, se sintieron seducidos por la novedad y aparente simplicidad de un sistema que esplicaba, de una manera filosófica, el significado de las inflexiones del verbo de una lengua, que está llamada, con la inglesa, a dominar el mayor de los continentes.

A nosotros se nos antoja creer, con perdon de los filólogos y gramáticos, que léjos de haber sacado del caos las inflexiones del verbo, sujetándolas a un sistema de leyes jenerales, no hizo otra cosa que complicar un poco mas una materia que tiene sus dificultades i popularizar, con el prestijio de su nombre, de su larga vida, y con las ideas que suelen infundir en el alma un lenguaje misterioso y aljebráico, algunos errores que, por desgracia, han hecho escuela entre nosotros y que continuarán haciéndola, sabe Dios, hasta cuando.

Recordamos con cierta tristeza, que cuando, en calidad de alumnos de Gramática Castellana, asistíamos al Instituto Nacional, uno de los profesores del ramo, temeroso de que por lo velado del lenguaje no comprendieran sus alumnos a Bello en el desarrollo de su delicada doctrina sobre los modos y significados de los tiempos del verbo, nos hizo copiar un enorme cuaderno, que despues mereció los honores de la impresion, con el cual creía y estaba se-

guro poderles trasmitir a sus discipulos la nomenclatura, ideas y doctrinas del autor del Análisis; pero recordamos tambien que ni merced a este amuleto que, a juicio del profesor como de sus alumnos era soberano, se vió a estudiante alguno de gramática que, separándose de la letra del testo, se diera cuenta de tan enmarañadas doctrinas y saliera ileso en su exámen, cuando algun examinador, para vengar alguna enemiga, aunque fuera la falta de simpatías, hacia recaer sus preguntas sobre algo parecido al significado secundario o al metafórico del ante-presente o del ante-copretérito de indicativo; y en otras ocasiones, era de ver, cuando, sin darse cuenta exacta del terreno en que el autor del Análisis los colocaba, el examinador y el examido, quedaban envueltos por las mallas de la red del significado de las inflexiones verbales. Hace cerca de un cuarto de siglo que eso ocurria, y creemos que hoi, como entónces, se siguen formulando las mismas preguntas, que pondrian en aprieto, no solo a los que componen la Correspondiente Chilena sino a los mismos doctores de la Real Academia Española.

En obsequio de Bello, debemos decir, sin embargo, que se adelantó a su época, y que en sus trabajos sobre el habla castellana sobrepujó a la Academia Española y a los que en su tiempo se ocuparon de la misma materia. Sus errores son hijos del tiempo, de su educacion, de sus deseos de innovar y de someter los hechos, que jeneralmente no observó bien, a leyes mas o ménos jenerales. Preocupado con la idea aun tan arraigada, de que el griego i el latin son los projenitores del castellano, sobre todo el último, para esplicar la índole de nuestro idioma, tuvo con frecuencia puestos los ojos en las gramáticas de aquellas lenguas y seducido talvez mas por la forma, sacrificó la claridad al corte atildado de la frase; pero en punto a gramática latina fué siempre mucho mas parco que sus contemporáneos, pues trató de hacer prevalecer el estudio del castellano sobre el del latin, separándose con frecuencia en sus doctrinas de las teorías latinas, tan en boga en los tiempos de Bello, así como estuvo siempre ménos poseido de la fiebre filo-rabiosa que distinguió a Puigblanch, Hermosilla, Martinez Lopez e Irisarri y sigue distinguiendo a

otros gramáticos y filólogos de aquiende y allende el Atlántico.

En materia de lenguas, Bello fué solo gramático, y, aun que decirlo parezca irrespetuoso, no encontramos en sus obras vestijio alguno de que hubiera conocido los trabajos de Bopp, de Grimm, de Pott, de Humboldt y otros filólogos distinguidos que dieron a luz la mayor parte de sus obras entre 1816 y 1837, esto es, desde mucho ántes del año 1829, época en que Bello vino a Chile, cuando el autor del Análisis, se encontraba en Lóndres, en el corazon del mundo, relacionado con James Mill i los hijos de Hamilton, asistiendo al Museo Británico, ocupado en el estudio de los monumentos primitivos de la literatura castellana, escribiendo en *El Repertorio Americano* y ávido, en suma, de estudio y de conocimientos. De ello nos da una prueba el prólogo de su Análisis en que asegura que aunque su obra se contrae particularmente a la conjugacion castellana, está persuadido de que el procedimiento y los principios que sienta son aplicables, con ciertas modificaciones, a las demas lenguas. Por esto, quizás, como por haber hecho del estudio del castellano la ocupacion de toda su vida, su biógrafo, el señor Amunátegui, que cada dia sube de punto en la admiracion de Bello, lo llama *filólogo distinguido*, *filólogo egrejio*, y lo compara, por haber estudiado *la proposicion en sus últimos elementos* y *la palabra en sus sonidos indivisibles*, sirviéndose mas de una frase de retórica, que del lenguaje imparcial del biógrafo, al fisiolojista que estudia el organismo humano en sus últimas células.

Desde que el lenguaje es un instrumento del pensamiento, no procede el filólogo, como con frecuencia se ve al filósofo, por el entendimiento, sino por los sonidos, por las palabras; ni consigna tampoco, como éste, sus teorías *a priori*, sino despues de detenidos y rigurosos estudios, observaciones, comparaciones y clasificaciones de los hechos que ofrece la vida del lenguaje. Ya no se acepta, jeneralmente el oríjen divino del lenguaje ni se hace representar a Dios el papel de maestro de sordo-mudos. Hoi se estudia o como un producto de la naturaleza o como una institucion social. No hai tampoco unidad entre el

pensamiento y el lenguaje; podemos pensar sin encontrar palabras para espresar nuestro pensamiento, como podemos hablar sin ligar el pensamiento al lenguaje hablado: ¡Cuántas veces la urbanidad, la decencia, etc., nos obliga a usar una palabra diversa de la que retrata la idea! Pero que no hai unidad entre la razon y el lenguaje, lo prueban los sordo-mudos. ¿Por qué no hablan los sordo-mudos: por que no tienen razon o porque hai alguna alteracion en el nervio auditivo? Y como la fisiolojía prueba que la segunda proposicion es la verdadera, aceptando esa unidad, debemos concluir lójicamente que la razon es una facultad de ese nervio.

No negamos que la psicolojía sea un recurso precioso, como lo es en muchas materias, para emprender o profundizar el estudio del lenguaje; lo que negamos es que el estudio de la gramática de una lengua deba comenzar por la psicolojía o que en los principios de ésta deban basarse los del lenguaje. Por esto creemos que al titular don Andres Bello su obra *Análisis ideolójica*, y al pretender fundar su doctrina en la idea de tiempo y en ciertas relaciones, que cree haber esplicado derivándolas de ciertas relaciones mentales y considerándolas como esenciales del lenguaje, incurrió en uno de los sofismas que el mismo Bello, en su *Filosofía del Entendimiento*, llama *fallacia accidentis*, y no hizo mas que establecer *a priori*, segun lo vamos a demostrar, un sistema ideolójico inaplicable al lenguaje y seguir un procedimiento diverso del adoptado por los filólogos. Su estudio sobre los tiempos del verbo castellano, podria formar parte de una obra sobre filosofía; quizas pudo agregarlo como apéndice al capítulo de su *Filosofía del Entendimiento* en que estudia las relaciones de sucesion y de coexistencia; o mejor considerarlo como un estudio metafísico-ideolójico de lo que las lenguas deberian espresar con las inflexiones verbales, pero de ningun modo puede figurar en una gramática.

Hai, sin embargo, en esa obra el testimonio de un fenómeno, que lo notarán todos los que, durante su juventud—y no son pocos en Chile—hicieron de las obras de Bello el pan de cada dia. ¿Por qué Bello, no armonizó sus estudios gramaticales con los filosóficos? Por qué

prescindió de los hechos del lenguaje cuando compuso su Análisis? Bello, en sus trabajos literarios como gramaticales, fué no solo grande inquiridor de palabras, sino grande amigo de restaurar el lenguaje de las antiguas leyendas; arregló un glosario para la intelijencia del Poema del Cid, anterior, segun se cree, al siglo XII; no hai casi una pájina de su Gramática Castellana en que no trate de comprobar alguna de sus doctrinas con la cita de algun poeta o prosista peninsular del tiempo de los Cárlos o de los Felipes, o de una fecha anterior, y siempre nos ofrece como modelos de lenguaje el castellano de Granada, Santa Teresa, Cervantes, Lope, Coloma, Mariana, Garcilaso, Calderon, etc. Con escepcion del *Fundamento de la Lengua Castellana* de Garcés, creemos que no hai libro de estudio, como la Gramática Castellana de Bello, en que se cite mas a Cervantes. Sin embargo, Bello fué a buscar en la psicolojía el fundamento de su Análisis, cuando tantos monumentos, como esos i muchos otros, le ofrecian preciosos hechos a su estudio y meditacion; pero faltó el diafragma, que relacionara los estremos en que se colocó en sus investigaciones.

Para esplicar los diversos significados de las inflexiones verbales, parte Bello de la idea de tiempo y, nos dice, que su trabajo sobre el verbo castellano, con ciertas modificaciones, puede aplicarse a las demas lenguas.

A la verdad, la idea de tiempo, envuelta en el verbo, es indesalojable de la intelijencia de todo el que habla el castellano, o alguna de las lenguas que componen la familia indo-europea. Pero ¿sucede lo mismo en las lenguas que componen las otras familias del lenguaje? Parece que Bello, al decir que su procedimiento y los principios que estableció eran aplicables a las demas lenguas, no hizo mas que dejarse llevar de falsas apariencias, y que supuso que el verbo castellano o el inglés, por ejemplo, eran idénticos, o por lo ménos debian tener grandes analojías con el verbo chino, japones o hebreo. De aquí es que leyendo el prólogo de su obra, uno se imajina que creyó echar las bases de los principios que deben rejir el estudio del verbo, no solo del verbo de las lenguas de flexion sino tambien del de las monosilábicas y aglutinantes. Pero en esa creen-

cia hai un error grave y un error que si lo observáramos en otro, lo creeríamos orijinado por la falta absoluta de observacion de los hechos del lenguaje y por el deseo de jeneralizar *a priori*. La índole y estructura de las lenguas flexionales son tan distintas de las monosilábicas y aglutinantes que escluyen casi toda analojía. Aunque el verbo castellano se parece mucho al inglés, como las lenguas que componen la rama romana se parecen a las de la rama jermánica, seria difícil aplicarle al verbo ingles, aunque se hicieran ciertas modificaciones, el procedimiento de la conjugacion castellana. No creemos necesario indicar esas diferencias, que son muchas y trascedentales; para nuestro propósito basta llamar la atencion a las funciones del verbo castellano *ser*, que la jeneralidad de los gramáticos consideran y admiten como el único verbo posible, y examinar si esas funciones existen en otras familias de lenguas.

La funcion del verbo *ser* castellano, consiste, a juicio de la jeneralidad de los gramáticos, en ligar o relacionar un sujeto con un predicado; pero falta este vínculo, que a nosotros nos parece esencial, en muchas lenguas que carecen de conectivos de esta clase y que, en tal situacion, se ven en la necesidad de juntar o yustaponer los dos elementos, dejando al espíritu el cuidado de establecer la relacion. Por consiguiente, la idea de tiempo, en las lenguas de esa clase desaparece. En otras, la idea de tiempo, espresada por el verbo es secundaria, o mejor, dejan a los demas elementos de la frase el cuidado de indicar el tiempo de la accion, del mismo modo, que nosotros procedemos en otras circunstancias que esas lenguas indican con la forma del verbo. *Cantar*, v. gr., no es cantar solamente en este o aquel tiempo, sino tambien que es cantar de diferentes modos y con objetos diferentes: es cantar bien, mal, alto, bajo, etc.

Una monografía, que tenemos sobre nuestra mesa, titulada "Grammaire de la Langue Jâgane de Adam" publicada en Paris en el presente año, nos ofrece la oportunidad de traducir lo siguiente, relativo al verbo *ser*.

Se espresa en fueguino la idea abstracta que representa entre nosotros el verbo ser: 1º por la simple aposicion; 2º con el ausilio del tema *annù*; 3º mediante los verbos con-

cretos *mutu*, *möni*; 4º con el ausilio del tema *musch* y 5º por la sufijacion de *-ja-*

a) *Sa-tula Gâd-nk' i maku-n* "si tu (eres) hijo de Dios" *hauan hau api* "este (es) mi cuerpo", *hei-ndagia bav Kuka hakun âala-nk'i* "yo no (soi) como los demas"

b) *Gâd annu manâana* "Dios (es) grande", *sâlt annu heima* "el cielo (es) bueno", *anija Gâd-nk'i kutona annu* "la semilla de Dios, la palabra, la semilla (es) la palabra de Dios"

Adam nos hace notar que la necesidad de precisar en la lengua fueguina es de tal modo imperiosa, que los verbos llevan ciertos prefijos, ademas de otros, que indican las direcciones siguientes: hácia arriba, hácia abajo, fuera, adentro, al este, al oeste, al norte, al sur.—Así, el prefijo *mat* "al norte", que se convierte en *mö* ántes de consonante, señala esta direccion—Ejemplos: *mat-ata*, ir al norte i tomar", *momok-i* " ir al norte y entrar—Del mismo modo, el prefijo *Ku* "al oeste" que pierde la vocal ántes de la *w*, indica esa direccion—Ejemplos: *Ku-ata* "ir al oeste i tomar", *K' uiamana-na* "ir al oeste i curar"

El verbo fueguino tiene cuatro números: singular, dual, trial y plural. Ejemplos: *Ko-Kuta nude* "el ha dicho", *Ko-Kutana-peken-de* "los dos han dicho" y *Ko-Kutana wsjude* "los tres han dicho" Tiene ademas doce modos: indicativo, imperativo, conjuntivo I, conjuntivo II, conjuntivo III, interrogativo, participio I, participio II, participio III, participio IV, imperativo y supino.

En las lenguas monosilábicas, en el chino, por ejemplo, la idea espresada por el verbo indo-europeo, es necesario deducirla del sentido jeneral de la frase. No hai propiamente verbo, como no existe la distincion que hacemos de las palabras del discurso: todo depende de la posicion que ocupa la palabra en la frase; segun sea su posicion así tambien es su valor. *Ta*, por ejemplo, significa "grande, grandemente, grandeza, engrandecer." (1)

Sabido es que el jénero, por ejemplo, se indica en las lenguas de flexion con el sustantivo. Si de este hecho, que podemos observar en el castellano, en el frances, en el in–

(1) La Lingüística de A. Hovelacque.

glés, etc, estableciéramos que el jénero en todas las lenguas es propio del sustantivo y aseguráramos que esta es una lei aplicable a todas las lenguas ¿qué podríasenos decir?—Que sin observar los hechos, sentábamos una proposicion errónea, porque hai muchas lenguas en que el jénero lo indica el verbo, y de ningun modo el sustantivo.

II

La idea de tiempo de que, como un postulado, parte Bello para esplicar el significado de las diversas inflexiones verbales, no está definida ni aun desarrollada en su Análisis. En una obra didáctica, como esta, esa falta es grave.—Sin embargo, en su Gramática Castellana, dice que entiende por tiempo "el ser ahora, ántes o despues, con respecto al momento mismo en que se habla"; fórmula que tiene el no pequeño inconveniente de contener las palabras *ahora*, *ántes* y *despues*, que por sí solas espresan tiempo, y de referirlas al momento en que se habla, esto es, al tiempo presente—Mas, consideraremos esto como un leve descuido, pero veamos si sus ideas son exactas respecto al concepto del tiempo que desarrolla esplicando el significado de las diversas inflecciones verbales, advirtiendo que para nosotros, y en esto no hacemos mas que ajustarnos en cierto modo a las doctrinas del maestro, contenidas en su *Filosofia del Entendimiento*, el tiempo es una relacion de sucesion, jamas de coexistencia, que se verifica en los cambios de estado de la conciencia. Concebimos el tiempo de una manera gráfica, figurándonoslo como una série de puntos colocados en línea recta y cuyos estremos sean indefinidos—Veamos, pues, como esplica Bello el tiempo en las fórmulas del verbo.

Bello dice que el *presente* de indicativo significa la *coexistencia* del atributo con el *momento* en que proferimos el verbo.—Prescindamos, por ahora, de lo que Bello entiende por atributo, y examinemos la concepcion del tiempo envuelta en esta fórmula.—Nos encontramos en presencia de esta disyuntiva: o el momento en que se habla, es presen-

te, o no es presente; si es presente, el presente coexiste con el presente, no como se quiera, un minuto o una hora mas o ménos que el otro, sino como presentes, sin ninguna diferencia en la duracion, y, por consiguiente, el presente y el momento en que se habla se identifican, son un solo y único tiempo; si, por el contrario, el momento en que se habla, no es presente, la relacion de coexistencia no existe, puesto que ese momento tiene que ser forzosamente pasado o futuro, y, en tal caso, el presente no puede coexistir con hechos o acciones ocurridas o que están en vía de ocurrir.—Y como es indudable que el momento en que hablamos es presente, con mas claridad, pudo Bello haber dicho que el *presente* significa la coexistencia del atributo con el presente.

"*Amaba*, co-pretérito. Significa la coexistencia del atributo con una cosa pasada. *Cuando llegaste llovia*, la lluvia se representa como coexistente con tu llegada, que es una cosa pretérita", nos dice Bello, esplicando el significado del co- pretérito.—Pues bien: si la lluvia coexistió con tu llegada, el tiempo que señaló ese momento, no pudo coexistir con nada: sirvió para marcar la coexistencia de la lluvia con la llegada y nada mas. La coexistencia del tiempo existiria, si cambiáramos la naturaleza de las cosas; si supusiéramos que la *lluvia* y la *llegada* son tiempos y tiempos diversos, o que la idea de tiempo espresada por el verbo *llover*, sea distinta de la idea de tiempo espresada por el verbo llegar, pues, solo pueden coexistir cosas distintas, jamas una cosa consigo mismo.

Esplicando Bello, en su *Filosofía del Entendimiento* las relaciones, o las percepciones, como las llama, de sucesion y de coexistencia, dice a la letra (pájina 107,) lo que sigue: "Es de notar que cuando percibimos que muchas cosas coexisten, la duracion de cada una de ellas *se identifica* en nuestro espíritu con la duracion de todas las otras, o en otros términos, concebimos que todas ellas tienen una *duracion comun*; porque como les aplicamos una *idéntica medida* de años, meses, dias, horas etc, representamos la cantidad mensurada, que es en todas ellas distinta, por la cantidad mensurante, que es *una misma para todas*" Por consiguiente, si la duracion de las cosas, se identifican en

nuestro espíritu, si todas tienen una duracion comun, el tiempo que señala el presente y el tiempo que señala el pasado solo pueden coexistir, en el supuesto de que haya dos instantes de la duracion que sean presentes, y dos instantes de la duracion que sean pasados

Y no se diga que esto es nimio, porque ademas de ser errónea la concepcion que tuvo Bello del tiempo, considerándolo como una percepcion de sucesion y de coexistencia, cuando solo es una relacion de sucesion, partió de esa misma errónea concepcion para clasificar el significado de los verbos en *primitivo y secundario*, propio de este último dice, de los tiempos del indicativo que significan *coexistencia*.

Si no nos equivocamos, Bello llegó a establecer esta coexistencia, llamando *atributo* a la duracion de la accion del verbo—"Nótese, dice en su Análisis, que en unos verbos el atributo, por el hecho de haber llegado a su perfeccion, espira, y en otros, sin embargo, subsiste durando; a los primeros llamo verbos *desinentes*, y a los segundos *permanentes*. *Nacer*, *morir*, son verbos desinentes, porque luego que uno nace o muere, deja de nacer o morir; pero *ser*, *ver*, *oir*, son verbos permanentes, porque, sin embargo de que la existencia, la vision o la audicion sea desde el principio perfecta, puede seguir durante gran tiempo."

Por esto el pretérito significa, segun el autor del Análisis, anterioridad del atributo al acto de la palabra, esto es, que la duracion de la accion del verbo es anterior a la palabra; el futuro, la posterioridad del atributo al acto de la palabra, es decir, que la duracion de la accion del verbo es posterior a la palabra, etc.—Así es que *atributo* no significa en este caso *aquello que da a conocer lo que pensamos del sujeto*, pues tal es la definicion dada por Bello en su Gramática Castellana; ni lo que se afirma o se niega del sujeto de una proposicion, segun la definicion que da la lójica conjuntamente con la gramática, ni siquiera lo que es propio o particular de alguna cosa, sino que es algo mui distinto de todo esto; es la duracion de la accion o de la inaccion espresada por el verbo.—De este modo, puede esplicarse que la accion del verbo *llegar* coexista con la del verbo *llover*, en un momento del tiempo pasado, pero

de ningun modo que coexistan dos tiempos; mas, no cabe esplicacion posible de la *coexistencia* del presente de que nos habla Bello.

Ya que Bello trató de esplicar el significado de las diversas inflexiones verbales por relaciones de coexistencia, de anterioridad y de posterioridad con el momento de la palabra y ocurrió para ello a la concepcion del tiempo, propongamos una cuestion, que a nuestro entender, y creemos que tambien a juicio de su biógrafo, el señor Amunátegui, es primordial en una obra de la naturaleza de la que nos ocupamos. ¿Por qué unido el participio de un verbo cualquiera con cualquiera de los tiempos del verbo *haber*, el momento de tiempo espresado por la forma compuesta es anterior al momento señalado por el ausiliar?—Esta cuestion envuelve otra ¿a qué se debe la anterioridad del tiempo: al ausiliar *haber* o al participio que se junta con el verbo?—Aunque nada, absolutamente nada nos dice Bello en su Análisis encaminado sea a notar o a resolver esta cuestion, en su Gramática Castellana dice que el *participio* "jeneralmente significa anterioridad al tiempo del verbo con el cual se construye", y agrega que significa "coexistencia con la época significada por el verbo, cuando se junta con el verbo *ser;* pero tomemos la frase: "Ha cantado bien" y preguntamos ¿Es la inflexion *ha* la que significa anterioridad, o es la forma *cantado?—Ha* es presente y la tenemos en estos antiguos adajios:

Poco por uvas, quando non las ha.
Quien lengua ha, a Roma va.
Quien ha buen vecino, ha buen matino.

¿Por qué, pues, la forma *ha* depone su significado de presente y pasa a ser pretérito, cuando *cantado* por si sola no lleva envuelta idea alguna de tiempo? ¿O es que *ha*, que lleva envuelta la idea de tiempo, unida al participio, deja de significar presente para espresar pretérito?—Un filólogo, estudiando la conjugacion castellana, habria observado el hecho y habria tratado de esplicarlo.

Tratándose de adquirir un conocimiento científico de lo que es el lenguaje, como lo hacen los filólogos, no podemos contentarnos con decir que así procedió Cervántes, los

Arjensolas, Lope de Vega ni contestar que *Sic voluere patres*, tanto mas cuanto que el señor Bello, como su biógrafo, nos dicen, que con el *análisis* se ha sustituido al desórden un sistema de leyes jenerales, susceptibles aun de espresarse por fórmulas aljebraicas.

Otra cuestion—Bello dice que el infinitivo no significa tiempo, o si lo significa, no espresa relacion alguna determinada con el instante en que lo proferimos... Pues bien; tomemos la frase "Pedro ha de cantar" y observaremos que con las palabras *ha de cantar* significamos algo que se realizará, esto es, un futuro. ¿Por qué, entonces, en un caso el verbo *haber* atrasa la idea de tiempo y en otras la adelanta; en un caso se convierte en pretérito y en otro en futuro?—Todo el que quiere esplicar la índole y naturaleza del verbo castellano, se encuentra en la presicion de ocuparse de estas y otras cuestiones semejantes y de resolverlas en cualquier sentido; pero el que prescinde de ellas, da pruebas de que no le han llamado la atencion los hechos mas culminantes que ofrece al estudio y a la observacion nuestra lengua.

Es tal la influencia del verbo *haber* en la conjugacion del verbo castellano, o de las lenguas que componen la rama romana, que la formacion de nuestro futuro de indicativo, que es de ayer, la debemos a ese verbo.—Asi en el *Poema del Cid*, revisado por Bello, encontramos en el canto I.

Mas si convuzco escapo sano e vivo
Aun cerca o tarde el rey *quererme ha* por amigo

Si yo vivo, *doblarvos he* la soldada
Empeñargelo he, por lo que fuere guisado.

En Granada, citado por Garcés, encontramos, aludiendo a la misma idea de tiempo: *Sacarlas he* (a mis ovejas, dice el Señor por el Profeta) de entre los pueblos y *juntarlas he* a la suya, y *apacentarlas he* en juicio, que es con grande recaudo y providencia. En Cervántes, citado por él mismo, se lee tambien: "si fuere tal (la respuesta de Dulcinea) cual a mi fé se le debe, *acabarse ha* mi sandez y penitencia"; y en otra parte: "Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque, *comeros heis* las manos tras el gobierno.

Los antiguos monumentos del castellano están llenos de testimonios que acreditan la grande influencia del verbo *haber* en la formacion y significado de las inflexiones verbales, hasta el punto que nuestro actual futuro de indicativo, se formó del infinitivo de un verbo cualquiera y el presente del verbo *haber*, desapareciendo la *h* en todas las personas, como se observa en *cantar*, de que sale *cantar-he* o cantaré, *cantar-has* o cantaras, *cantar-ha* o cantará, *cantar-hemos* o cantaremos, *cantar-heis* o cantareis y *cantar-han* o cantarán; pero sin embargo Bello, que conoció tanto a los que podemos llamar *santos padres* del castellano, que revisó el Poema del Cid, que leyó a Garcés, a quien cita en el prólogo de su Gramática Castellana, no le hirieron esos hechos, no obstante que, al decir de su biógrafo, Bello procedió en el estudio de la lengua castellana "a la manera del fisiolojista que observa el organismo humano, hasta en sus últimas células."

III

¿Qué cosa es el verbo? ¿Qué elementos o circunstancias lo constituyen? Hai quien dice que es la idea del tiempo; hai quien afirma que es la idea de accion; éste asegura que es la existencia, aquél la afirmacion, etc., etc. Mucho han discutido, pues, los filósofos y los gramáticos sobre la naturaleza del verbo, y solo a la filolojía toca el honor de haber resuelto la cuestion, no formulando una definicion jeneral, sino indicando que la cuestion es por demas compleja; que para resolverla de una manera jeneral es necesario estudiar el verbo en las diversas familias, ramas y ramos de lenguas que componen el lenguaje; que son infinitas las circunstancias espresadas por el verbo y que, por muy rico que sea el sistema de su conjugacion, no puede comprenderlas y espresarlas todas.

La ciencia del lenguaje, como todas las inductivas, ha tenido que combatir los errores, las preocupaciones que existian y que aun existen, sobre su oríjen y naturaleza; y si bien es cierto que en su marcha lenta, pero siempre

progresiva, ha tenido que proceder por ensayos, muchas veces empíricos, y de adoptar un método que no le pertenece, ha conseguido, por fin, echar sobre las bases del conocimiento vulgar el edificio entero del conocimiento científico. Antes de Copérnico, Galileo, Keplero i Newton, los movimientos de los cuerpos celestes se esplicaban aceptándose que la tierra estaba inmóvil en el centro de nuestro sistema planetario. Hasta el siglo XVII, la humanidad creyó que el hebreo era la lengua primitiva; que Dios se la habia dado al hombre en la persona de Adan. El amor a la tierra en que nacemos obligó a algunos a sostener que Dios le habló a Adan en sueco; que Adan respondió en danés y que la serpiente le habló a Eva en francés; a otros, que en el paraiso terrenal, se hablaron tres lenguas: el árabe, por la serpiente, el persa por Adan i Eva, y el turco por el arcanjel Gabriel (1) Hoi mismo se sostiene, aun por los que hacen de la gramática y de la filolojía su profesion, que el castellano es hijo del latin y se enseña en nuestras escuelas y colejios, que la gramática de una lengua es el arte de hablar conforme al uso de la jente educada! ¡Qué mucho, pues, que el verbo corriera la suerte de todo el edificio del lenguaje!

¿Cuál es el oríjen del verbo; de donde procede? Del propio modo como para esplicar el oríjen del lenguaje, se ocurrió a la teoría de la onomatopeya o imitacion y a la de la interjeccion, del mismo modo se echó mano de estas teorías para esplicar el oríjen del verbo. ¿De dónde procede el verbo? De la interjeccion, se dijo: de oh, oh, salió el verbo reir; de ah, ah, el verbo *sufrir*, *doler*, etc., etc.; pero el verbo imita el movimiento no solo de nuestro espíritu sino tambien de los objetos corpóreos; los hombres primitivos observaron la accion que los objetos esteriores ejercen en nuestro espíritu y la que nuestra alma les imprime en virtud de la actividad de que está dotada, y, tomando como norma estos fenómenos, inventaron el signo que los representara. Hé aquí, pues, el verbo, segun otros.

Ocupándonos de un trabajo sobre la lengua castellana, no tenemos para que entrar en las diversas cuestiones

(1) Max Müller.—La Science du Langage.

planteadas por los filósofos y gramáticos encaminadas a averiguar si solo hai un verbo, el verbo *ser*, o si hai muchos; nos bastará decir que Bello creyó echar *in eternum* las bases del edificio del verbo, definiéndolo: "una palabra que significa el atributo de la proposicion, indicando juntamente el número y persona del sujeto, el tiempo del atributo y el modo de la proposicion." Antes de Bello, el testo de Port-Royal habia definido el verbo diciendo que "es una palabra que significa la afirmacion, designando la *persona*, el *número* y el *tiempo*"; y Buchez, "el signo de la actividad misma"; pero como la actividad recibe diversas modificaciones, su signo, el verbo, recibe tambien várias modificaciones para señalar las que son propias de la actividad. De aquí es que para Buchez el verbo era el signo de la actividad modificada por el *tiempo*, por el *número*, por el *modo* y la *persona*.

Antes de examinar la definicion de Bello, necesitamos ponernos de acuerdo con el autor del Análisis en lo que debemos entender por *atributo*.

Esta palabra no está definida en el Análisis, aunque hemos visto que la toma en dos sentidos; se encuentra en el núm. 18 de su Gramática Castellana y en la *nota* ilustrativa. En ese número se dice que el *sujeto* significa una cosa o porcion de cosas; que el atributo, lo que acerca de ella o ellas pensamos y que el sujeto y el atributo unidos forman la *proposicion*. En la nota encontramos: "para la gramática no hai en la proposicion mas que dos partes distintas y separadas; el sujeto, a cuya cabeza está el sustantivo, y el atributo, a que preside el verbo." De manera, pues, que el atributo es lo que pensamos del sujeto y está formado o constituido por el verbo solo o con sus modificativos.

Ahora bien, si el atributo de una proposicion da a conocer lo que pensamos del sujeto, o mejor sus cualidades o lo que le atribuimos, no puede decirse que el verbo significa el atributo, porque eso es aseverar que el verbo significa el verbo. En "Pedro lée", *lee* es el verbo y es tambien el atributo; y si para definir el verbo decimos que el verbo es el atributo, solo decimos que el verbo es el verbo, puesto que *lee*, que es el atributo, es tambien el verbo. En "Lee el libro", *lee el libro*, es el atribu-

to; pero este atributo consta de dos partes: del verbo *lee* y del complemento *el libro*. Luego, si el verbo designa el atributo, el verbo *lee* debe señalar todo el atributo, pues no basta que lo presida, y de ningun modo una parte, como lo es *lee*. Y como el verbo indica el tiempo del atributo, tendremos que los atributos *lee* y *lee el libro*, en los ejemplos propuestos, están en tercera persona, porque el verbo *lee* tambien lo está, y todo esto en el supuesto de que el atributo indique tiempo.

En un exámen de Catecismo de la Doctrina Cristiana, se le preguntó a un examinado. ¿Por qué no puede morir el alma del hombre? "Porque es inmortal", contestó el examinado sin trepidar, pero entónces otro de los examinadores, formuló la pregunta de este otro modo: Y ¿por qué es inmortal? "Porque no puede morir", repuso el jóven; con lo cual la mesa se dió por satisfecha.

Eso es aplicable a la primera parte de la definicion del verbo que nos da Bello; pero con esta diferencia que los discípulos exijen algo mas del maestro.

En el capítulo XXX de su Gramática Castellana nos dice Bello, y así lo aseguran por unanimidad los gramáticos, que hai concordancia de verbo con sujeto, y agrega que cuando el verbo se refiere a un solo objeto, concuerda con éste en número y persona; pero no nos dice que el sujeto concuerde con el verbo ni ménos que cuando el sujeto se refiere a un verbo, concuerde con éste en número y persona. Ahora bien; definiendo el verbo Bello agrega que "indica juntamente el número y persona del sujeto", esto es, que el sujeto está subordinado al verbo, cuando es el verbo el que está subordinado al sujeto; cuando es el sujeto el que indica el número y persona del verbo; de ningun modo el verbo, el número y persona del sujeto.

De aquí proviene que Bello llega a la conclusion de que el *infinitivo* no es verbo, porque no significa atributo ni indica persona o número, aunque sí, tiempo, pero indeterminado con respecto al momento en que se habla. No obstante en su Gramática Castellana se espresa así:

"Los infinitivos compuestos se forman con el infinitivo de *haber* i el participio sustantivado de los otros verbos: *haber amado, haber temido.*

"Y supuesto que el infinitivo simple denota presente o futuro respecto de la época designada por el verbo a que en la oracion lo referimos, el infinitivo compuesto deberá tener el valor de pretérito o de ante futuro respecto de la misma época.

"*Tenemos, tuvimos, tendremos*, noticias de *haberse ganado* la victoria."—Aquí el ganar la victoria es anterior al *tener*. "En vano *espera, esperaba, esperará haber dado* fin a tan larga obra ántes de la muerte." El dar fin se representa como anterior a la muerte, que es un futuro respecto a la esperanza."

Y ya en el Núm. 203, letra c, habia dicho respecto de las funciones del infinitivo:

"Finalmente, aunque el infinitivo, miéntras conserva el carácter de tal, se construya con adjetivos precedentes a la manera de los sustantivos ordinarios, como ántes se ha observado, en todas sus construcciones imita al verbo de que se deriva. Las construcciones características del verbo y que solo le son comunes con los derivados verbales, consisten en llevar sujeto, complemento acusativo y afijos o enclíticos: v. g. "Informado el jeneral de estar ya a poca distancia los enemigos, mandó reforzar las avanzadas," *enemigos* es sujeto de *estar*, etc."

Nos escusamos de hacer notar las contradicciones en que incurre Bello al sostener que el infinitivo no es verbo, porque bastará tomar en cuenta los párrafos trascritos para que se vea que son manifiestos.

IV.

Si no temiéramos salir del círculo que nos hemos trazado al consignar algunas de las observaciones que nos ha sujerido la lectura del Análisis, examinaríamos aquí de buen grado los *modos* del verbo y las divisiones establecidas por Bello en su obra; pero toda vez que nuestro propósito es estudiar el trabajo de Bello bajo cierto aspecto, entramos de lleno al estudio del significado de los tiempos de la conjugacion castellana.

Bello nos dice en el prólogo de su obra que "cree que muchos deslices se evitaría, y el lenguaje de los escritores seria mas jeneralmente correcto y exacto, si se prestara mas atencion a lo que pasa en el *entendimiento* cuando hablamos, objeto por otra parte, que, aun prescindiendo de su utilidad práctica, es interesante a los ojos de la filosofia, porque descubre *procederes mentales* delicados, que nadie se figuraria en el uso vulgar de una lengua."

Como Bello desarrolla esta doctrina a propósito de la conjugacion castellana, creemos necesario formular aquí una cuestion que prueba que los procederes mentales tienen poco que ver con el empleo de los tiempos del verbo.—Para esto, comparemos algunos tiempos del verbo castellano, francés e inglés. En esta última lengua, el presente de indicativo tiene tres formas: 1ª *I love*; 2ª *I do love* y 3ª *I am loving*. La primera espresa la accion jeneral de amar; la segunda, la accion de amar actualmente, y, la tercera, la accion de amar de una manera mas inmediata aun.—La primera tendríamos que traducirla: amo o amo de veras, (j'aime); la segunda: si, ciertamente amo, (je fais aimer), y la tercera, estoy amando, (je suis aimant).

La frase francesa: "Si je pouvais, je le ferais," traducida literalmente y empleando en castellano los mismos tiempos del frances, dice; *si yo podia, lo haria*; pero en este caso nosotros no empleamos el co-pretérito, como los franceses, sino segun las relaciones de tiempo, el presente de indicativo, o el pretérito o futuro de subjuntivo.—Decimos pues: *Si puedo, si pudiera, si pudiese lo haré* o *lo haria.*

La frase inglesa: "If I could, I would do it," traducida al castellano, empleando los mismos tiempos del inglés, dice: *Si podria o pudiera, lo haria* o lo *hiciera.*

Tomemos la frase de César: *Vine, vi, venci.* Al frances seria necesario traducirla: Je suis venu, j'ai vu, j'ai vaincu; al inglés: I came, I saw, I overconquered.

Si los *procederes mentales* son los mismos, como no lo dudamos, en el inglés, francés y en el que habla el castellano ¿cómo es que cuando el castellano emplea el presente, el francés se sirve del ante-presente y el inglés del pretérito? No dudamos por un momento que haya diferencia entre el cerebro del inglés i entre el del francés y el del

español, y, sin embargo, vemos que no proceden de un modo uniforme en el empleo de los tiempos del verbo. ¿O es que el inglés hace distincion, que no hace el francés ni el español? Las distinciones existen en el espíritu del inglés como en el del francés y en el del español; y cuando quieren hacerlas, su lengua, les da los signos respectivos. No hai para que atender a lo que pasa en el entendimiento cuando hablamos, si la lengua se vale de medios diversos para espresar nuestros pensamientos; lo importante y necesario es estudiar en la espresion, en las palabras los procederes mentales.

Estudiando las diversas indicaciones de tiempo significadas por las formas simples y compuestas del verbo castellano, sin combinar esas formas con otras palabras que pueden modificar y que con frecuencia modifican su significacion, es como podremos únicamente penetrarnos de la naturaleza del verbo de que nos servimos en nuestra lengua y precisar su significado temporal. Por no haber seguido este camino, Bello incurrió en errores de clasificacion y en errores de significacion.—Clasifica el significado de las formas verbales en primitivo o propio, en secundario y en metafórico. Les da ademas una especie de significado cuaternario, propio, dice, de ciertas formas del verbo que llevan envueltas la idea de negacion. El significado primitivo lo dan las formas del presente, pretérito, futuro, co-pretérito y pos-pretérito y los respectivos tiempos compuestos; el secundario, las formas del presente y co-pretérito y sus compuestos, y el metafórico, el presente, futuro y pos-pretérito. En cuanto a las formas del subjuntivo, incluyéndose en éstas las del optativo e hipotético, no se hace esta division, y, por consiguiente, tienen una significacion propia. Espliquemos como esto debe entenderse.

Las formas del indicativo tienen un valor propio, porque el presente indica la duracion actual; el pretérito, la pasada; el futuro, la venidera; pero como ocurre que el presente no espresa siempre la duracion actual, ni el futuro la venidera ni el copretérito la coexistencia de dos sucesos pasados, etc. etc. es claro que estas variaciones de tiempo, señaladas con una misma forma del verbo, autorizan para considerar el signifiado de estas formas, no como

primitivo, sino como secundario y metafórico, tanto mas cuanto que esas variaciones no ocurren siempre, sino cuando se realizan ciertas condiciones.

Nadie pone en duda, que la forma del presente de indicativo, v. gr. unas veces significa *presente*, otras *futuro* y otras *pretérito* o *co-pretérito*; lo que se pone en duda es que unas veces el significado de esas formas sea primitivo, otras secundario y otras metafórico. Así mismo hai quien dude que se deba al verbo la variacion del significado. Así, si digo: "Amo a María", espreso un acto que ocurre en este instante; pero si le agrego a la frase el condícional *si* y digo: "Si amo a María, me casaré", el tiempo espresado por el verbo—*amo*, cambia, pasa de presente a futuro. Luego, agrego, surje aqui una dificultad ¿por qué agregando la palabra *si*, el amor presente se convierte en amor futuro? ¿Es el verbo el que ha producido esta transformacion de o es de el condicional?—Si es el verbo, la division del significado de las inflexiones verbales en *secundario* puede estar bien hecha; pero si es el adverbio el que produce esa transformacion, es evidente que no podemos darle al verbo una propiedad que es de otra palabra ni establecer una clasificacion fundada en una cualidad que no tiene el verbo.

Esplicando el significado secundario de ciertas inflexiones verbales, nos dice Bello que puede decirse: "Cuando percibas que mi pluma se envejece, cuando notes que se baja mi estilo, no dejes de advertírmelo", en que *envejece* y *baja*, son futuros, con formas de presente; pero no puede decirse: "vi que se debilita, o que se ha debilitado", sino "vi que se debilitaba, o que se habia debilitado mi cabeza" porque, a juicio del autor del Análisis, parece que así como la *mera coexistencia* se vuelve en ciertos casos coexistencia con el futuro, deberia volverse, en casos análogos, coexistencia con el pretérito, resultando de aqui otros valores secundarios de las formas verbales; pero no sucede asi, sin duda porque no tenemos formas que primitivamente denoten coexistencia con el futuro" (nos parece que debió decir, pretérito.)—Sin embargo, a nosotros se nos antoja creer que la razon no es ninguna de las apuntadas, sino porque *envejece* y *baja* en el primer ejemplo, están rejidos por un verbo en subjuntivo, y sabido es que subjuntivo

lleva siempre envuelta la idea de futuridad. Y es tan cierto esto, que cambiando el modo del verbo del segundo ejemplo, se puede decir correctamente: "Cuando veas que se debilita", sin alterar en nada la forma *debilita.*

Bien se nota, pues, que el cambio en el significado temporal de la inflexion del presente, no se debe a esta inflexion, sino a la infiuencia del verbo de que depende y mui principalmente a la intercalacion del adverbio *cuando*, que modifica casi siempre la significacion del tiempo del verbo que introduce. Asi, si digo: "Pedro se casa", y el que me oye, me pregunta "¿cuándo se casa?" puedo contestarle corrientemente, y sin ninguna elixis: "Cuando quiera, se casa."—En estos ejemplos, las formas *casa*, estan en presente de indicativo, pero significan futuro.—Por el contrario, en la frase "cuando conozco que amo a María, me siento mal", las formas *conozco* y *siento*, son presentes, con el significado de pretéritos, porque el conocer y el sentir los he esperimentado a la época en que profiero esos verbos.

Asi como en la composicion de un verbo, entran componentes que alteran su significacion primitiqa, como *preveer*, que significa la accion de ver en lo futuro, del propio modo en la oracion concurren muchas palabras que modifican su significado, como se ha visto en los ejemplos propuestos y como puede verse en los siguientes: "Mañana sale el correo", Pedro se casa el año entrante", "cuando estudio me enfermo" etc. etc.; pero esto no autoriza para ver en la forma sola del verbo un cambio de significacion ni ménos para establecer una clasificacion, como la establecida por Bello.—A nuestro entender, lo único que puede justificar una clasificacion de esa clase, seria la prueba de que cuando se formó la lengua, la forma del presente, por ejemplo, significó solo presente, de ningun modo futuro o pretérito, y que solo con el trascurso del tiempo, llegó a espresar tambien futuro o pretérito, y, por cierto, que sin esta prueba, la clasificacion es inadmisible, porque tan primitivo puede ser el significado restrictivo como el estensivo, y aun hai mas propabilidades que el restrictivo sea mas primitivo que el estensivo.

Esplicando Bello los valores metafóricos de las formas

verbales, nos dice que las ideas relativas de tiempo indicadas por las formas verbales pueden hacerse signos de otras ideas, y que en este cambio consiste la metáfora. Cuando se dice, agrega, que un tirano sanguinario es un tigre, la palabra *tigre*, no varia de significado; lo único que sucede es que esta palabra se hace en el entendimiento un signo del hombre cruel. Esto ocurre con las ideas relativas de tiempo.—De aqui nace una nueva variedad de sentidos en uso de las formas verbales, que el autor del Análisis cree que él es el primero en esplicar.

A virtud de los cambios en el significado de las inflexiones verbales, el pretérito y el futuro se trasportan al presente, esto es, la forma del presente significa en ciertos casos pretérito o futuro; el futuro al presente; el pos-pretérito al co-pretérito, etc., etc.; pero ¿qué significa todo esto? ¿Hai realmente metáfora en esos cambios de significado? Que la forma del presente, por ejemplo, signifique en algunos casos accion pasada y, en otros futuro, se comprende, desde que todas las formas verbales indican solo tiempo relativo, y precisamente es esta relatividad la que influye en la significacion de esas formas; pero en eso no hai metáfora. Esos cambios son el resultado necesario de los elementos que entran en la composicion de la frase, los cuales se encargan de señalar las circunstancias que precisan el tiempo de la accion del verbo y determinan, si se puede hablar así, su centro de gravedad.

Si en términos de mecánica pudieramos esplicar lo que entendemos por el significado de las inflexiones verbales, así como Bello acudió a nuestro entender, a la terminalojía jeolójica para establecer la division de los tiempos del verbo en primitivos, secundarios y metafóricos *(metamorfoseados)*, diríamos que las formas simples o compuestas del verbo, se encuentran en las condiciones que tienen los cuerpos cuando estan en *equilibrio inestable*, entendiendo por tal, el estado de un cuerpo o de un sistema de cuerpos en equilibrio, pero de tal modo, que la intervencion de una nueva fuerza destruye la coordinacion existente y produce otra distinta; y así como la Mecánica, para esplicar esa condicion de equilibrio, se sirve del ejemplo del huevo que puede mantenerse sobre un plano horizontal, siempre

que sea vertical su eje mayor, o del baston que podemos mantener vertical apoyada una de sus estremidades en la punta de un dedo o en un plano horizontal, diciéndonos que desde el momento en que se les desvíe lo mas mínimo de su posicion vertical, el huevo o el baston se inclinan y caen rápidamente, tomando otra posicion de equilibrio, del propio modo diremos que se destruye el significado de la forma simple o compuesta del verbo por la atraccion de los demas elementos que, espresos o subentendidos, entran en la composicion de frase, y toma otro significado distinto, aunque dependiente de los elementos de fuerza que actúan sobre la forma del verbo. Véase, sinó, los diversos significados temporales que tiene la misma forma del verbo en los siguientes ejemplos: ¿Quién viene?—¿Cuándo viene?—Viene hoi.—Viene mañana.—Viene en la semana entrante.—Siempre que quiere, viene.— Si viene; le regalaré un libro.—Viene de Lóndres.—El bien viene de Dios. —Para batir a los españoles y concluir con el órden de cosas establecido, San Martin viene de Mendoza a Chile y obtiene una de sus mas grandes victorias." Todo esto manifiesta, pues, que la significacion temporal de inflexiones verbales que entran en la composicion de una frase, varia segun los diversos elementos que la constituyen, y que no se puede prescindir de tomar en cuenta esos elementos, si se quiere emplear de una manera sólida y verdadera el significado de las formas verbales.

Consecuente con lo que nos dice en el prólogo de su obra, Bello insertó, casi por completo, su Análisis, en la primera edicion de su Gramática de la Lengua Castellana, que vió la luz en 1847, y, desde entónces hasta su muerte, ocurrida en octubre de 1865 no hizo mas que variar una que otra cosa, de poca importancia, en las cuatro primeras ediciones de su obra, que son las únicas correjidas por él. Desde esa fecha hasta hoi, se ha creido, y nos parece que en ello no ha contribuido poco su biógrafo, el señor Amunátegui, que el trabajo de que nos ocupamos es la última palabra que puede pronunciarse tratándose de una materia tan difícil como delicada. Sin embargo, a nosotros, que consideramos y vemos en Bello, a uno de los mas pacientes y grandes esploradores de la lengua caste-

llana, mereciendo por ello todo nuestro reconocimiento, como creemos que merece el de los que hablan el castellano, se nos ha antojado creer que su Análisis no es sino un ensayo, con que, si su autor mostró que tenia mucho injenio, gran paciencia i la voluntad del divino Hércules, dió el espectáculo de un esplorador que, para recojer las mieses, aquí, en este suelo que pisamos, clasificarlas y reducirlas a sistema, siguiendo las indicaciones del método esperimental, cree que es mas conveniente colocarse en una altura inaccesible, seguro de que sin anteojos, brújula y todo lo que la ciencia esperimental aconseja, en casos análos, podrá descubrir el hilo de Ariadna.

Como hemos consignado estos apuntes en obsequio de los que en nuestros colejios se ocupan en estudiar y comprender las doctrinas del autor del Análisis reproducidas en su Gramática Castellana y de los que en Chile se han dedicado a estudiar la naturaleza é índole de nuestra lengua, creeríamos que no habíamos conseguido nuestro propósito si, como epílogo, no espresaramos la conviccion profunda que abrigamos de que el señor Bello fué solo uno de los esploradores del castellano; que en sus esploraciones no no pasó mas alla del dintel de la gramática; que hai muchos hechos que rectificar y un campo inmenso que esplorar y cultivar en la manifestacion fraccionaria del lenguaje que llamamos castellano.

José María Diaz.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

O

TOMAS BECKET.

POEMA DRAMATICO DEL POETA LAUREADO DE LA GRAN BRETAÑA: A. TENNYSON.

(Continuacion.)

ACTO CUARTO

ESCENA I.

Linderos del retiro.

GODOFREDO. *(Saliendo de la selva)*
Mas luces! nuevas luces! Margarita!
No! que aquello es mejor! como relumbra!
LEONOR. *(Entrando)*
Ven chico; dime cómo aquí has llegado?
GODOFREDO. Por mis piernas.
LEONOR. Y no hai como ellas muchas.
Nadie te gana a lindo; dí ¿me quieres?
GODOFREDO. Solo quiero a mi madre: ella es la única.
LEONOR. Dime, quien es tu madre?
GODOFREDO La apellidan....
Viendo no estás que vive oculta?
LEONOR. Porqué?

GODOFREDO. No sé!
LEONOR. Pero álguien viene a verla?
Quién es?
GODOFREDO. No sé!
LEONOR. Lo nombra ella, sin duda?
GODOFREDO. Mi dueño!
LEONOR. Dí, por donde te has venido?
GODOFREDO. Siguiendo por el bosque unas peluzas
De seda color de oro, que parecen
Alumbradas luciérnagas noctunas;
Creía que siguiéndolas daria
Con las hadas.
LEONOR. Pues de ellas yo soy una
Que a tu madre protejo; llévame a ella!
GODOFREDO. Unas hadas son buenas, otras brujas:
Mi madre llora a veces y no duerme
Por causa de las malas.
LEONOR. Porque nunca
Llore ya y se desvele hasta ella vamos:
Buena hada soy!
GODOFREDO. No tienes la figura.
Madre si que parece porque es linda.
No eres como ella tú!
LEONOR. *(Aparte)*
No todas usan
Ser lindas como tú—*(en voz alta)*
Ven, bastardillo;
Esta cadena de oro será tuya
Si me conduces donde está tu madre.
GODOFREDO. Madre, dice que el oro es cosa sucia;
Que el amor es tesoro.
LEONOR. Pues yo la amo!
Por dónde atravesaste la espesura?
GODOFREDO. Por este árbol; no sé si podré ahora
La senda hallar.
LEONOR. Ni un guarda el bosque cruza?
GODOFREDO. Está malo; golpeáronlo.
LEONOR. Quién, hijo?
GODOFREDO. No sé decir; mas sé que está en las últimas.
A no haber sido así, su cuerno habrias

Sentido ya; si quieres que conduzca,
Ven, seguiremos por las mismas sedas;
Porque quiero cenar, el hambre apura

ESCENA II.

El retiro de Rosamunda.

ROSAMUNDA. En qué se tarda el niño; quiera el cielo
Que no se haya estraviado; mandé a una
Y no regresa aun; tras de esta otra
Y como la primera la segunda!
Iré yo misma; hay tantas avenidas,
Alamedas y sendas que se cruzan!
Si hoy lo perdiese cuando ya lo vago
Cesó, y conozco la verdad desnuda,
Mi perdicion sería.

(Entran Godofredo y Leonor)

Godofredo!
Hijo mio, tenías me en angustias!

(Viendo a Leonor)

Y tú? Cómo has venido?

LEONOR. Tu hijo propio
Me ha traido.

GODOFREDO. Tenias tantas dudas
De Margarita, que me fuí tras de ella
Y la perdí; siguiendo en derechura
Llegué donde hallé luz y a esta señora
Que dice que es tu hada y que te busca!

ROSAMUNDA. Cómo te has atrevido? No te han dicho
Que el Rey en este sitio se refujia,
Y que lo considera mas sagrado
Que sus bosques de caza? Dios su ayuda
Te acuerde; no te espongas! vete a prisa.

LEONOR. Soy bien del Rey yo misma, criatura;
Porque el Rey tiene varias propiedades,
Y vive, como es fama, a usanza turca
Con queridas, mancebas y aun esposas
Que le place este nombre dar a algunas;
Pero la suerte quiso, bella niña,

Que fuera yo sultana y su esposa única.
La paz entre dos tórtolas mui tiernas
Aun en jaula de oro se perturba;
No ha mucho en un enfado hizo a mis hijos
De bastardearlos la exacrable injuria.
Dime ¿te crees con él bien deposada?

ROSAMUNDA. Debo considerarme.

LEONOR. Eres ilusa;
No lo debes pensar; traigo un remedio
Que en sueño eterno la ilusion sepulta.
Con él te consideras bien casada?
Respóndeme, preciosa, a esta pregunta!

ROSAMUNDA. Vé a buscar, Godofredo, la pelota
Que ví junto del Sauce en la laguna;
Cuidado con caer!

GODOFREDO. Y que te deje
Con esta hada? su aspecto no me gusta.
Bien! pues me mandas, voy por mi pelota

ROSAMUNDA. Anda ya! *(Vase Godofredo)*

LEONOR. Fácil es que le descubra!
Si crees estar casada; te suplico,
La pocion que te ofrezo al punto apura.
Si te negases mira!....

(Saca un puñal)

Ya la rosa
De tu tez mi amenaza ha puesto en fuga;
Pero éste al corazon irá a cortarla
Certero y de raiz!

ROSAMUNDA. Socorro! Ayuda!

LEONOR: Dicen, que oidos tienen las paredes
Mas éstas nó, y los mios no te escuchan.

ROSAMUNDA. Ten compasion: mi hijito es tan pequeño
Y tan débil; reclama mi ternura.
Tan dichosa no soy, que morir no ose;
Pero el niño es tan tierno! Esposa suya,
Hijos suyos tendrás, y el mio es su hijo;
Por su amor, no cometas esta culpa.
Si no le amas, si te es indiferente
Como, quienes lo saben te aseguran,
Déjame irme con mi hijo; de jitana

Con el difraz me perderé en las turbas,
El Rey nunca sabrá de mi persona,
Viviré de limosna vagamunda.
Con mi hijo de la mano Dios me guie.
Jamas desearé tu daño en forma alguna.
Ya mas decir no puedo!

LEONOR Aún pretendes
Haberte a él ligado en buenas nupcias?

ROSAMUNDA, Diré que nó, Señora, si lo mandas.

LEONOR. Y por bastardo a tu hijo así reputas?

ROSAMUNDA. Eso nó!

LEONOR. Y a tí misma por manceba?

ROSAMUNDA. Jamás! Yo no soy de esas; mi alma es pura!
Yo no he amado mas que uno; sé que existen
Mujeres que de amantes así mudan
Como las fieras en la selva, si eso
Puede llamarse amor; y me aseguran
Que aun las hay sobre tronos; nunca he visto
Ni conocí una tal; aunque tu furia
Se exalte, comparadas con aquesas
Ampo de nieve soy junto a hez inmunda.

LEONOR. Entonces no es estraño que esté el cielo,
Tu verdadero hogar, con tal premura
Reclamándote, casta en demasia,
Para la tierra.

REGINALDO. Dádmela!

LEONOR. Ya el Judas
De vuestra redencion dió con la senda.

REGINALDO. Vos y el niño enseñásteisme la ruta;
No cesó él de charlar todo el camino;
Dádmela! que yo goce a Rosamunda.

LEONOR. Como el oso a la miel! ¿Puedes tenerla
En prision tan cerrada y tan oscura,
Que no reciba del aire ni una ráfaga
Ni un pálido destello de la luna?
Pues, si no puedes, deja que a mi modo
Tu venganza y la mia obtenga juntas.

REGINALDO. Venganza muy distinta me ordenasteis:
Infamarla!—Amor mio, haz mi ventura
Siguiéndome!—La vida concededle!

Tengo, Señora, una apartada gruta
Y ocultaré el tesoro como avaro.
Y el Rey ni la verá ni sabrá nunca!

LEONOR. Que dices, niña amante, te acomoda?
Se casará contigo.—

ROSAMUNDA. Antes la tumba.
Dame veneno y líbrame de este hombre.
(Leonor le ofrece el frasco)
No puedo!

LEONOR. Preferible es daga aguda:
Es eleccion mas sabia, porque el tósigo
Alteraria, niña, tu hermosura
Y el cadaver a tu hijo horrorizara;
Miéntras que hiriendo el corazon la punta
Como una estátua quedarás marmórea.
Si Godofredo al verte yerta y muda
No muere a su dolor, le matarémos!

ROSAMUNDA. Tu propósito entiendo; no me asustas
Trovador que combinas las palabras;
Si resuelto tuvieras lo que anuncias
Tantas no emplearas, no! Piedad! un niño!
No puede ser! *(Arrodillándose)*

LEONOR Y crées que estoy de burlas!
Del Rey bajo la mano, de tu seno
No formó el oleaja tal balumba
Como ante el hierro que tu horror suscita
Para ahogarlo en sangre! Esclava, lucha
Si crees que te ama, que su amor merece
Que se luche por él; álzate adusta,
Sobre mí precipítate y que pueda
Ynflinjirte en defensa muerte cruda!
?Qué hacer del gusanillo? Perdonadlo?—
Mas ¿qué veo?—mi cruz! con blanda astucia
Escamoteóla en medio de caricias
Y de garganta real pasó a rústica.
Con permiso; *(Acercándose y tomando la cruz)*
es la misma! Habrás jurado
Sobre ella, no dejarlo, estoy segura,
Y eres reo de muerte, pues juráste
Sobre la cruz en falso; que hoy sin duda

Le tendrás que dejar. Mas atractivo
Hallo en tener la presa entre las uñas,
Que en matarla. Quien sabe si tu amante
Me mueva a perdonarte con sus súplicas.
Ven Reginaldo *(dirijiéndose a Rosamunda)*
Y tú no deperdicies
La ocasion que te queda que es la última,
Arrástrate a los pies del que aborreces,
Por la vida de tu hijo y por la tuya.

ROSAMUNDA. *(Irguiéndase)* De Clifford; soy Plantageneta
es mi hijo!
Y ya veo que es fuerza que sucumba,
Que aunque a tu lado hay uno que arrancarte
Pudiera el arma que tu diestra empuña,
No es un hombre; o es fuerza que a la infamia
Peor que la misma muerte me reduzca.
Sea así! moriremos! pregonando
Ascenderé con mi hijo a las alturas,
Que es Leonor de Aquitania y de Inglaterra
Nuestra asesina cruel, Leonor la adúltera
Cuya vida fué oprobio de Occidente
Y de Oriente el escándalo y pavura.
Raimundo de Poitou, tu propio tio,
Godofredo tu suegro, en tu zahurda
Alcanzaron tus lúbricos favores.
Y hasta el hereje Saladino, impúdica.
Hiere! para ante Dios de aquí te aplazo
Ante él contestarás a mis preguntas.

LEONOR. *(Alzando la daga)*
Entre a tu pecho y luego en el de tu hijo!
(Entra Becket por detras—Coje y mantiene su
(brazo)

BECKET. Asesina!
(Cae la daga, y quedan ambos mirándose; despues
[de una pausa

LEONOR. Milord, de mano pulcra
Os preciais y ya todos la admirábamos.
No le impide el ser fina, el ser robusta,
A lo ménos la mia estais rompiendo,

BECKET Mas vale rota que teñida en púrpura

Tronchando una existencia que a mi cargo
Enrique puso y que mi brazo escuda.
Tiembla de que este crimen cuando mueras
En las eternas llamas no te hunda.

LEONOR. No ignoramos, milord que nuestro Enrique
Habla, sin ton ni son, cuando se inmuta;
Pero al día siguiente se reprocha
Lo que inconsciente dijo en su locura.
Reginaldo!

BECKET. Está aquí? Cómo se atreve
Del Cóndor en el nido a entrar la oruga?
Un golpe de su garra le dejára
A polvo reducido! Sal; que zumba
Sobre tí mi anatema convirtiéndote
En objeto de horror!

REGINALDO. ¡Esto se apuesta!

BECKET. Tiembla de que te acuse, oruga, al cóndor!
(*Sale Fitzurse*)
(*A Leonor*) Coje y envaina tu puñal!

LEONOR. No se usa
El gastar con las damas cortesía?
Las mitras es verdad, tanto hoy se acostum-
[bran
Que cumple a las coronas inclinarse.
(*Recoje la daga*)
Bien! bien! arma tan rica quién renuncia?
Proviene de un emir fanatizado
Por las occidentales hermosuras
Y que admiraba mucho mi constancia
Por el Rey-monje Luis; esa coyunda
Por razones de estrecho parentezco
Sabeis, declaró la Iglesia nula.
Al emir, con el tiempo, yo le hubiera
De diez mujeres reducido a una.
Mirad qué mano de obra tan artística;
Qué endamascado el de esta empuñadura!
No trabajan tan bien en Occidente.

BECKET. Trabajan mucho peor, que ví la punta
De la daga rozando tu garganta
Y oí tu grito bárbaro!

LEONOR. Fué burla!
Comedia que trajedia parecia!
Buena actriz, no es verdad? Es fama pública,
Milord, que incontenible en las violencias
Hombre sois que perdeis las causas justas.
Juzgais mal a Fitz Urse, yo por mi no hablo.
Todo nuestro proyecto era una astucia
Para obligar por miedo a esta manceba
A que su trato adúltero interumpa,
Y del primer amor torne a los brazos
Que es Reginaldo, y desposarla jura.
Frustráisteis nuestro plan! Mi grito bárbaro?
Ella cuando le reprochaba su lujuria
Por su bien, me ladró tales injurias
Que el Rey, pues su heredero es de mi cuna,
Al oirla la habria castigado.
La daga entonce alcé como se asusta
A un gozque con la vara; mas no niego
Que me irritara, y no me preocuqa
Que me creais o nó; ya habeis perdido
La confianza de Enrique que hoy me escucha.
Se dignará el omnímodo Prelado
Dar respuesta a su Reina que se exalta?

BECKET. Rosamunda a tus cargos no responde
Y yo a mi vez haré cual Rosamunda.
Hija mia, este mundo te ha burlado
Abandónalo; basta; mas no sufras.
De Godstow ven conmigo al monasterio.
Vive allí en la pacífica penumbra
En union con aquel que por milagro
Te salvó ante la abierta sepultura.
(*Entra Godofredo*).

GODOFREDO. Buena la broma que me hiciste, madre;
No estaba la pelota en la laguna.

BECKET. Síguenos, hijo; la hallaremos, u algo
Mas varonil que tu alma forme y nutra.
(*Vanse Becket, Rosamunda y Godofredo*)

LEONOR. El mundo la ha burlado! El Rey no el mundo.
Suya la farza fué, suya la culpa.
El esgrimir la daga fué comedia

No pensé en verter sangre ni hacer bulla,
Pensé infiltrar la muerte con el tósigo;
Ni aun de eso cierta estoy; si a mi pregunta
Hubiera contestado sometiéndose,
Si se hubiera inclinado y no repudia
La justa humillacion, si a lo que odia
Por un instante adoracion tributa,
De hacerle daño hubiera desistido!
No puede el Rey, si Becket me denuncia,
Matarme, porque es fuerza que Aquitania
El dia de mi muerte restituya!
Encarcelarme? menos; no hay motivo
Porque víctima no hay que quede inulta.
Yo juraré que todo fué comedia...
Y ¿porqué he de jurar? Soy Reina Augusta
Y ejerzo mi poder; el Rey los ojos
Puede arrancar al que le exita a furia,
Y yo, Reina, con daga o con veneno,
A quien me usurpa el tálamo y me insulta,
No podrè el corazon hacer pedazos?
No soy de esas; pues eso me repugna.
Chit! perdí la ocasion; pero si vive
No es para él; mi venganza se inaugura.
Yo que mediante el Papa a Luis dejara
Escarneciendo su piedad insulsa
Y que almirando al hombre busqué a Enrique
Para verme pospuesta a una palurda!
Cómo deben reirse; es necesario
Que ella y él otra vez no se reunan.
Reginaldo!

(*Entra Reginaldo*)

REGINALDO. Mandadme lo que os plazca
Para que como ley vuestra órden cumpla.

LEONOR. A mi lado tener me place un hombre
Y no que como gozque se escabulla.

REGINALDO. Tan hombre como el Rey, Señora, temo
Como el las eclesiásticas censuras.

LEONOR. Cede a la Iglesia el Rey cuando está malo;
Mas como cumple a un Rey trató la lucha
Con el prelado audaz y el Papa mismo;

Y cuando digno de Hormanda alcurnia
Con los usos y leyes de Inglaterra
A ese gigante espiritnal enyuga,
Orgullosa me siento con el vínculo
Que a su destino mi destino anuda
Y de que el ser me deba su heredero.
De que no le amo aún, no estoy segura.
Tú tan hombre como él! basta de audacia:
Hoy de Francia a tomar vamos la ruta
Y a ver al Rey primero; me propongo
De la tal Godstow Becket aventura
Destilar filtro de odio tan activo
Que le saque de tino y que le infunda
Una pasion voraz peor que un incendio
En que arda el arzobispo y se consuma!

CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Continuará)

FIN DEL ACTO CUARTO.

UNA GOLONDRINA

(A LA SEÑORITA M. M.)

Me encontraba en una linda tarde de otoño sentado en mi pieza; tras las ventanas veia la alameda, casi desierta, con sus olmos seculares perdidos en un cielo azul admirable, donde una que otra nubecilla flotaba mecida por la brisa juguetona.

Los olmos estaban tristes, veia azotarse sus ramas, caer sus hojas; veia raros contrastes de luces y sombras. Puede ser, pensaba, que los vea de nuevo en la próxima primavera, vestirse de esas flores, que duran una sola mañana como tantas ilusiones; y de esas verdes hojas condenadas a morir, como mueren los sueños de felicidad, de dicha; como muere todo lo bello y dulce que hai en la vida.

No sé en que otras cosas pensaba, cuando vino a sacarme de mis meditaciones una golondrina, que se habia posado sobre el solitario marco de mi ventana.

La pobrecita parecia triste, preocupada, a manera de una flor que cargada de rocío se dobla a su peso y se inclina a la tierra, derramando sus secretos y misterios; así ella lijera hija del aire, parecia buscar álguien a quien comunicar sus sentimientos.

¿Existe en realidad una simpatía oculta e íntima entre las almas que sufren?

Yo no lo sé... La golondrina, sin embargo, respondió a mis preguntas, y me contó su historia.

Es una historia de amor tierna y sencilla, un amor de dos avecitas.

***

No hace muchos meses encontré entre un hermoso y variado grupo, una golondrina de ojos misteriosos y dulces.

Ella parecia feliz, vivia en el mundo mas ideal, se pascaba sobre los mas altos muros de la ciudad, tenia alegres y lindas compañeras, tenia una madre.

Sentia la necesidad de verla, de encontrarla; algunas tardes la veia volando alto, mui alto, otras rozando el tranquilo lago, como buscando el cielo queveia temblando en sus aguas.

Yo era feliz entonces: me daba al mundo, como se dan las flores a la vida, sin pensar en las abejas que han de venir a robar su miel, ni en el sol que ha de marchitarlas.

Notaba que cada dia me interesaba mas la existencia de mi avecita; la seguia en su vuelo; ya me juntaba menos con mis antiguas compañeras, y hasta llegué a olvidar esa alegre bandada que cantaba en la enramada, por mi golondrinita muda y solitaria.

Queria conocer su corazon; me preguntaba amenudo ¿si tendrá alma? ¿Nosotras tenemos vuestras mismas preocupaciones, vuestras mismas dudas!

Ahora.. ¡qué delicados debian de ser sus pensamientos, sus ideas, viviendo en el cielo, entre los árboles y flores!

No me era indiferente ya, verla con sus compañeras vivarachas y locas; me agradaba mas que tuviera por confidente a las flores que veía a sus piés, o a la brisa que la impulsaba en sus alegres correrías.

***

Ya élla me conocia, conocia mis sueños, mis proyectos, mi loco amor; ella sabia cómo mis dias eran ménos tranquilos, y cómo mi cielo no era ya tan trasparente.

De tarde en tarde alcanzaba a oirle algunas vagas y sentidas quejas que me llegaban al alma, y compensaban sobradamente todas mis preocupaciones.

Sin quererlo, ella habia ido tomando un lugarcito en mi corazon, de manera que, cuando quise cerrarle la puerta, me encontré con que élla tenia la llave...

¿De qué hablábamos? no sabria decirlo; solo sé que el tiempo corria, que las horas pasaban sin darnos cuenta, que hablábamos mui poco y sin embargo, nuestras almas se

entendian; y que nos mirábamos, nos mirábamos mucho, y que no habria trocado la mas divina armonía del mundo por una de esas tristes y deliciosas miradas.

Son tan rosados los sueños juveniles, tan azules sus ilusiones; se abria su corazon al amor, como se abre el sol al dia entre gazas celestes y diáfanas.

Tenia el alma mas romántica y soñadora que he conocido; sus notas eran cada dia mas sentidas: no tenian el sello que dan los tormentos del amor, sino los acentos de un corazon que despierta al sentimiento y la pasion.

***

Llegó la primavera con sus mañanas alegres y sus noches luminosas, en que todo era perfume de flores, brisas tibias, y cantos de aves. En esas horas las mas rosadas de mi vida ¡qué efectos de tarde vimos! qué de veces ibamos a ver perderse el sol en horizonte lejano! cómo le asustaban esas figuras de colores, que en formas estrañas y fantásticas veia dibujarse en el cielo! cómo se acercaba a mí para que la protejiera con mis alas, diciéndome "tengo miedo"! Eramos tan felices que dábamos envidia a todas las aves juntas.

Sí ¡felices eran esas horas! el primer saludo del dia me lo enviaba ella; en las tardes perfumadas de verano, oia sus cantos; en las noches aun creia oir el arrullo de su voz, de manera que me dormia entre esperanzas y lágrimas ¡que tambien se llora de felicidad y de amor!

!Cuánto soñábamos...!

***

Principiábamos a hacer nuestro nido: lindas y doradas cañas se entretejian con hilos de seda, con delicadas plumas, y con ese musgo, que aun seco, tiene el color verde de las esperanzas que no se realizan; todo formado segun el capricho de su soñadora fantasía.

El nido iba tomando formas, era *mignon*, encantador, y sin embargo, era pobre, descansaba sobre la rasa tabla del alero de una ventana.

Yo he visto, me decia, en mis correrias mas de un idi-

lio en alguna sencilla casita, mas de una lágrima en algun hermoso edificio; sí, ella habia visto que los nidos colocados en los mas encumbrados árboles no siempre son los mas seguros y defendidos del viento.

Una tarde, vimos unas oscuras nubes en el cielo; élla no pudo ocultar su tristeza; en sus palabras creí sorprender algo como el compromiso para un mundo mejor.

¡No sé que estrañas coincidencias tienen los fenómenos de la naturaleza y los del alma!

Al dia siguiente, ví el nido columpiándose solo y triste, a merced de los vientos; la golondrinita habia emigrado para volver... Dios sabe cuando.

***

Así habló mi golondrina, y emprendió el vuelo.

—¡Ah! ¡cuántas veces he pensado en una avecita que he encontrado en mi camino, que ha pasado alguna vez por mi balcon, tambien de dulces y misteriosos ojos! pero no sé porqué siempre viene a mi memoria la historia de la golondrina; no sé porqué oigo una voz que, como un eco, me repite: ¿para qué formar nidos que se ha de llevar el viento?

J. Larrain Irarrázaval.

27 de Noviembre de 1885.

TESORO INMORTAL

Nunca fué digno de la egregia mente
Rendirse al peso del brutal insulto,
Que quien tributa á su conciencia culto
Alza orgulloso, sin temor la frente!

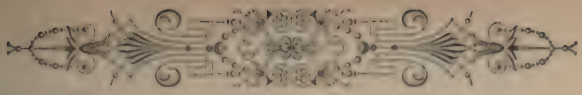
Así la roca, inconmovible, siente
Las olas que la asedian en tumulto:
Rujan en tanto!....Del tesoro oculto
No encontrarán la misteriosa fuente.

"Alerta! alerta! no quedeis dormidos,"
(Nos dice el corazón en sus latidos)—
"Guardad la joya á que debéis un nombre."

Y al buscarla en el pecho los poetas,
Un diamante hacen ver, que en sus facetas
Muestra por luz—la dignidad del hombre!

La Paz—1885

R. VILLALOBOS.



A PROPOSITO DEL SALON
DE 1885.

Los que por primera vez hemos visto en Santiago una Esposicion Nacional de Pinturas, hemos recibido con la del último Octubre una gratísima sorpresa.

Comienza el arte a echar raices profundas en nuestro pais, y no faltan ya artistas distinguidos o aficionados entusiastas que, dejando a un lado la rutina de la vida comun, dedican su tiempo al culto de lo Bello, y colocan sus producciones ante el juicio y la admiracion de todo el mundo. Ello es un gran paso de progreso, porque éste no debe consistir tan solo en el aumento de las comodidades materiales de la vida que la ciencia e industria proporcionan, sino tambien en el desarrollo de los poderes intelectuales y en el cultivo de todas las dotes que encierran los pueblos cuya vida está aún en jérmen.

En Chile llegarán las artes a un alto grado de desenvolvimiento, porque los chilenos somos hijos de España, y habremos necesariamente heredado algo siquiera del talento artístico, y de la imajinacion poderosa y rica de nuestra madre. Lo único que falta es fomentar ese talento por medio del estímulo, no permitir que ese calor latente se apague por el enfriamiento, y que esa sávia vivificadora vaya a perderse por indiferencia o desidia. Por eso es obra mui laudable y hermosa el contribuir, de cualquiera manera

que sea, al desarrollo de esas naturales aptitudes, y el esforzarse para que el progreso material del pais marche a parejas con el intelectual y el artístico, y tanto mas que este último cuenta con mui escasos elementos de accion y propaganda.

En los últimos años se ha dado un gran paso. Alentados los jóvenes por el estímulo de los premios y concursos, para lo que personas patriotas y de buena voluntad han contribuido; halagados todos los artistas por un renombre que ahora es timbre de orgullo, luchan ya con verdadero entusiasmo en esa palestra honrosísima, disputándose la victoria maestros, discípulos, jóvenes y hasta señoritas de la sociedad mas culta.

Y mas que nunca se ha avanzado el año presente. La sociedad "Union Artística", y el clásico templo dórico levantado entre los árboles de nuestro mas hermoso parque, están allí para probarlo. Aquella será la fuerza que mantenga vivos la emulacion y el adelanto; éste, el permanente teatro donde los estraños podremos ir a juzgar de ese mismo adelanto, y donde periódicamente estaremos viendo si no hemos sido defraudados en nuestras lisonjeras esperanzas.

Advirtamos que todo esto débese a la iniciativa privada; y ojalá que siempre se pudiera en muchas otras empresas mantenerse libre de la accion del Estado, porque es seguro que todas ellas marcharian así mejor. El Estado es a menudo en Chile mas una rémora al progreso que el gran civilizador, cuyas atribuciones se arroga mas de lo justo, y mui preferible seria ver a los particulares emancipados de esa influencia, a veces funesta y las mas ociosa e inútil, dedicando cada cual su tiempo y sus facultades a la libre ejecucion del objeto a que le destinan preferentemente sus naturales inclinaciones.

***

La primera Esposicion anual, con que se inauguran los trabajos de la "Union Artística", ha obtenido, a nuestro

juicio, un resultado brillante, no tanto por el interes que haya ella podido despertar en el público de Santiago, que no supo favorecerla con sus visitas segun era justo esperarlo, como por la pequeña, pero escojida coleccion de pinturas que llenan por primera vez esas murallas alzadas recientemente con el objeto de contenerlas.

El número de esas obras es por cierto escaso, pero seríamos demasiado exijentes si pretendiéramos todavía más hallándonos en la infancia artística, y cuando desagradables incidentes personales y dificultades han venido desgraciadamente a limitar de una manera mui considerable el número de esponentes, y a privarnos quién sabe de cuántos trabajos hermosos o meritorios estudios.

Con lo que hai basta para formarse una idea de la escuela que comienza, de sus tendencias y cualidades, basta para convencerse de que, como decíamos mas arriba, está ya dado el primer paso en el noviciado artístico, y que contamos con un grupo de individuos consagrados a ese progreso, que podrian figurar sin gran desventaja en cualquiera otra ciudad, por grande y civilizada que fuese.

Dentro de esas tres pequeñas salas (que hacen pensar con envidia en las enormes de los museos y Esposiciones de Europa) encontramos muestras de casi todos los jéneros de pinturas. Desde la composicion histórica, de todas las mas grandiosas; el retrato, el paisaje de tierra y agua, y el cuadro de jénero, hasta el boceto que servirá mas tarde para una composicion mas estudiada, de todo hai allí un poco; en casi todos los diversos asuntos tambien algunos de verdadero talento, y si no siempre con la ejecucion vigorosa y firme de un maestro, muchas veces con el sentimiento delicado y la percepcion justa de la naturaleza, que impresionó verdaderamente el alma del artista.

No deseamos entrar en muchos detalles, porque ello seria largo, y difícil además hacer comentarios públicos sobre los trabajos de personas que nos tocan de cerca, sino

únicamente dejar constancia de la impresion jeneral que el Salon de 1885 nos ha producido, y agregar siquiera una palabra más de aliento a sus esponentes, para que vean que de dia en dia aumenta el número de entusiastas que los aplauden y animan, y que siguen paso por paso su carrera al través de las numerosas dificultades.

***

Llama la atencion desde el primer momento el colorido que en muchos de los trabajos domina.

Ello no es estraño en los que pertenecen al artista que podríamos llamar jefe de nuestra escuela, porque esa es una de las buenas cualidades que le caracterizan, y que consiguió obtener en su aprendizaje en el estranjero; pero pero sí sorprende en muchas otras telas que se deben a pinceles ménos esperimentados.

El color fresco, vigoroso, justo; la armonía de tonos y colores, y los efectos de luz, reales pero no exajerados, es lo que primero atrae cuando nos colocamos delante de un cuadro, porque hiere directamente a los sentidos; y aunque por cierto no es lo esencial en el arte, puesto que tiene mas relacion con ellos que con el alma, siempre es cualidad importantísima, y que debemos apreciar tanto mas que se le encuentra tan raras veces medianamente perfecta.

Los que creemos que el arte no es solo la reproduccion mas o ménos fiel de la naturaleza, sino que, siendo su objeto mas vasto y grandioso, debe encaminarse hácia lo *Bello*, combinándolo en triple alianza con lo *Verdadero* y lo *Bueno*, damos mayor importancia a la idea que al colorido, a la composicion que a los efectos de luz, y establecemos entre ellos una relacion análoga a la que existe entre la *Forma* y el *Fondo*.

Estos principios que parecen descuidarse mucho en el

día, en sacrificio de una reaccion y moda talvez pasajeras, son los fundamentos de toda Estética; y así como admirábamos el colorido de nuestros pintores, debemos tambien reconocer que es raro hallar entre tan pocos cuadros proporcion tan considerable de composiciones sérias, y de verdadero sentimiento artístico.

La trivilidad, que unida a veces a una banalidad prostituida suele ser la plaga que victima a muchos talentos, no se hace sentir aquí en manera alguna, y ello es mucho mas digno de alabanza cuando se tiene presente la escasez de elementos en el taller chileno y por lo tanto las mayores dificultades para la ejecucion.

La tela colosal de la "Fundacion de Santiago por Pedro Valdivia", que no por estar inconclusa deja de ser la joya de la Esposicion, llamaría la atencion en cualquiera parte, porque reune en sí las condiciones o las cualidades de composicion y colorido que hacíamos resaltar hace poco. Causa de veras sorpresa el ver que en Chile se pinte cuadros de mérito semejante, donde el artista ha debido vencer los mayores obstáculos, uniendo en una misma tela el agrupamiento feliz y bien combinado de las figuras, la concepcion noble de una escena histórica que de suyo nos interesa, el dibujo correcto de las formas cuyo gran tamaño se presta a las imperfecciones, y por último, un colorido armonioso y rico, que jamás le falta.

Despues de esa, son composiciones de gran idea, y que en cierta manera se asemejan por el sentimiento conmovedor y el dolor que las figuras revelan, la del "Hijo Pródigo", y aquella mujer romana atada a las cadenas de un calabozo. Tanta sorpresa nos ha causado la una como la otra, porque jamás habríamos pensado, por no haber tenido ántes el placer de ver ningun trabajo de ellos, que sus autores poseian tan notable talento. Son esas tambien las que han merecido los dos primeros premios acordados por

el jurado, y por cierto que mal puede caber duda sobre su merecimiento.

***

No tenemos tiempo ni deseos de hacer una crítica concienzuda de todos estos cuadros, sino que los mencionamos de paso, por ser ellos la prueba de adelanto y desarrollo de la escuela nacional, que es lo que nos ocupa. Perdónesenos, por lo tanto, si no hacemos resaltar con mayor detenimiento los méritos de cada uno, y si no hacemos una enumeracion mas completa de aquellos que nos han dejado impresion favorable.

Bien representado está así mismo el jénero del paisaje, desde las manchas brillantes de color que hacen sentir la influencia de la escuela impresionista, hasta los efectos mas convencionales de una fantasía poética y soñadora; los sitios agrestes y grandiosos, donde domina la desolacion completa; los risueños y apacibles en que la naturaleza parece reposarse para permitir a los hombres gocen tranquilos con sus múltiples encantos; todos los períodos del dia con sus diferentes colores, y los mas variados matices de los del año, en paises donde las estaciones llevan un sello mil veces mas marcado que en el nuestro.

En nada hai ménos uniformidad que en la manera como los artistas trascriben a la tela sus impresiones de la naturaleza: de allí los variados estilos en el paisaje, que cada cual trata a su modo, a ménos que careciendo de intuicion y sinceridod artísticas se limite a copiar las impresiones ajenas. Unos conciben tan solo el efecto jeneral de un trozo dado, el conjunto tal como se refleja en su alma; otros, considerándole como una parte de un todo, que no es posible trasladar al limitado espacio de la tela, dividen esa impresion del conjunto en muchas impresiones sucesivas en que se marcan bien los diferentes objetos, de donde viene la necesidad de reproducir con escrupulosidad los

detalles. Aquellos se esponen a caer en la exajeracion y el amaneramiento, porque no es raro que algunos artistas, llevados por el interés demasiado vivo de la orijinalidad, interpreten el color o el efecto del paisaje de una manera que les ha hecho apartarse demasiado de la realidad, y que por exceso de realismo caigan en un convencionalismo evidente, que es el polo opuesto a aquél. Los últimos tienen tambien sus peligros: dejan poco campo a la imajinacion y al espíritu, y se esponen a interpretar de un modo mezquino y poco elevado a lo naturaleza, qve al fin y al cabo impresiona mucho más por su conjunto que por sus detalles.

El término medio entre estos dos estremos es lo que debe buscarse para que el arte se acerque conjuntamente a lo *Bello* y lo *Verdadero;* y encontramos que no están léjos de él algunos paisajistas que hemos podido pizcar en la Esposicion. En sus pinturas el sentimiento del color es exacto, y en la reproduccion jeneral de la naturaleza no hai amaneramiento.

Nada mas hermoso, ni que satisfaga mas nuestro gusto, por ejemplo, que esa montaña verde y cielo tempestuoso de un paisaje europeo, o un primer plano de campo florido de primavera en el valle de Aconcagua, una y otra tela de nuestros dos mejores paisajistas.

***

Lo que decíamos del paisaje puede aplicarse tambien al retrato, que apénas participa de los caractéres de las demás composiciones de figuras.

La persona que pasa no tiene ni carácter histórico, ni dramático, ni místico, y para que el artista alcance a elevorse del rango de la fotografía al reproducir esa figura de la vida real y ordinaria, meneter es que sepa darle una espresion y un sentimiento que le sean peculiar, esto es,

que traslada a la tela nó la simple forma del cuerpo sino tambien el alma y la vida que se revela en él. Tambien, y como en la naturaleza, debe el artista cojer una impresion del conjunto, y si sería malo desatender por ella el parecido en la figura y demás detalles que especifican al modelo, peor serían aún sacrificarla a éstos.

Tenemos en la Esposicion una muestra espléndida de retrato, como por cierto jamás se habrá pintado en Chile, y aunque se le critica, y con fundamento, varios defectillos o inconecciones, no debe olvidarse que es una nota esquisita, una armonía deliciosa de tonos, que al artista inspirado cojió el momento feliz de su modelo, y que su arreglo es sobremanera delicado y artístico; en todos los cuales méritos agrégase además el tono de force de dificultades vencidas.

Pasando por alto en esta brevísima reseña muchos agradables cuadros de jénero, marinas, paisajes con figuras y arquitectura, (tentador sería detenerse en las simpáticas telas venecianas) acuarelas y dibujos, mencionaremos por último ántes de terminar, los bocetos que en varios tableros ocupan la tercera sala del edificio. No siempre están ellos al alcance de todos los visitantes, porque carecen de y de la conclusion que las personas no mui habituadas a la pintura exijen; pero para los aficionados sucede todo lo contrario; porque ellos son la primera impresion que el artista recibiera de la naturaleza, la espresion jenuina y directa de sus diferentes manifestaciones, ántes que la reproduccion y ensanche que léjos del sitio mismo y entre las murallas de un taller, le priven a veces de su frescura. Por esto preferimos a menudo los bosquejos a los cuadros concluidos; y con mucha mayor razon cuando ellos, como en el caso presente, nos acuerdan los sitios mas variados y deliciosos que recorrimos en nuestros viajes, y cuando aún los hemos visto pintar, sentados al lado del artista que era nuestro agradable compañero.

Para concluir de una vez repetimos lo de mas arriba: el arte ha hecho grandes progresos en nuestro país; la organizrcion de la "Union Artística," el edificio construido por ella, y las Esposiciones anuales lo confirman. Debemos un voto de aplauso a los organizadores y a los artistas; pero séanos permitido desear que, si el Salon de 1885 ha sido escojido y brillante, el próximo de 1886 lo sea mucho mas todavía, con el concurso unánime de todos los que en Chile se dedican al arte, sin que rencillas estrechas los dividan como al presente. Que recuerden el lema belga; "L'union fait la force," y que esa union es el único medio para elevarse.

Lebu, diciembre de 1885.

RAFAEL ERRAZURIZ U.

AL BORDE DEL SEPULCRO

¡Sombra querida! que, doquiera arrastro
Mis vacilantes pasos, vas conmigo;
Sombra, que fuiste de mi vida el astro
Que, aun apagado, con amor persigo;

¡Vision celeste! ¡Sombra idolatrada!
Permite a mi laud este lamento,
Voz interior de lágrimas cuajada,
Grito desgarrador del sentimiento.

Si no lanzára este afligido canto,
Mi corazon de pena estallaría;
Ni ¿para qué sirviera la poesia,
Que es todo amor y música del llanto?

Una a una recorro en mi memoria
Las fases de mi mísera existencia,
Y en todas ellas eres tú mi gloria,
Mi luz, mi númen, mi vital esencia.

Cuando apénas contaba yo veinte años,
Y era ya presa de feroz tortura,
De precoces, horribles desengaños,
De irreparable y negra desventura.

Quiso Dios colocarte en mi camino;
Y cual viajero que sediento vaga
Y se encuentra un arroyo cristalino,
Asi te hallé yo a tí, divina maga.

¡Qué hermosa estabas, ay! en ese dia
Que pude hablarte por la vez primera!
Lo recuerdo temblando todavía,
Como si, ayer no mas, feliz, te viera.

¡Qué rostro aquel tan bello! La azucena
Pudo envidiar tu cutis nacarado,
Y tu boca, de mil encantos llena,
Desafiar al clavel mas bien pintado.

Profusa, suave y negra cabellera
Bañaba tus espaldas y tu seno,
Como impidiendo que mortal cualquiera
Impuro te infiltrase su veneno.

En tu frente marmorea ya se vía
Impreso el sello de fatal destino,
Algo como un letrero que decía:
"Nació este ánjel bajo airado sino".

¡Y tu mirar! ¡Aquel mirar suave,
Aquellos ojos de tan dulce efluvio,
Verdes como las aguas del Danubio,
De tu alma generosa eran la llave!

¡Qué de goces leí yo en esos ojos!
¡Cuánta esperanza y célicos consuelos!
¡Qué de tiernos afanes y desvelos!
¡Qué de infinitos poéticos antojos!

Perdóname, amor mio, si recuerdo
Tu hermosura, tu gracia y gentileza
Hoy que la vida por instantes pierdo,
Y veo abrirse para mí la huesa.

Todo fué amarme tú, potente rayo
De inspiración bañó mi ser entero,
A la pereza y al letal o desmayo
Sucedió el pensamiento grave y fiero.

Conocí que era hombre y en mi frente
El arpa se anidaba del poeta;
Que en mi pecho vivía una alma ardiente,
A todo arranque del amor sujeta.

Con tus consejos me hice literato;
A tu sombra canté con voz robusta
Al arte y á la ciencia y á la augusta
Verdad que huye del mundano trato.

Canté al placer en apacibles sones,
A la ternura maternal y al llanto
Que une dos sensibles corazones
Como dos notas de celeste canto.

Mi gloria de escritor te pertenece,
Es tuyo mi saber, tuya mi pluma,
Todo lo que en mí halaga y enternece;
Todo cuanto yo valgo es tuyo en suma.

Mas, ay! todo voló con tu alma bella!
¡Todo despareció como un celaje!
¡Adios de mi existir radiante estrella!
¡Adios del cielo espléndido miraje!

¿Qué es ya mi vida si no cruel martirio,
Espiacion horrorosa del pasado,
Abrumador, fantástico delirio,
Un infierno de penas abreviado?

Y en medio del horror de mi existencia
Mi padecer gozoso lo bendigo,
Porque sufro por tí tanta dolencia
Y espero al fin el reposar contigo

En esa vida que se llama cielo,
Y mansion es de la inmortal ventura.
Ah! si yo no esperara este consuelo
Moriría en la rabia y la locura!

¡Sombra querida! guíame entre tanto;
Aliéntame á morir como moriste,
Dame el valor aquel con que opusiste
Robusto pecho a tu mortal quebranto;

Y cuando vaya mi postrer aliento
A lanzar, sollozando de tristeza,
Que vea yo tu imájen un momento
Para morir sin miedo ni flaqueza.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

DE COMO UN PRINCIPE FUÉ ALCALDE EN EL PERU.

(TRADICION)

A Ambrosio Montt, Ministro Plenipatenciario de Chile en Buenos Aires.

A riesgo de que se incomoden conmigo los trujillanos, y me llamen excomulgado á mata-candelas y hereje vitando, ocúrreseme hoy sacar á plaza conseja que, con ellos y con su tierra se relaciona. Es una tradicioncilla que, como ciertas jamonas, tiene la frescura de las uvas conservadas. Basta de algórgoras y á tus fuelles, sacristan.

I.

Grave desacuerdo había por los años de 1795 entre el ilustrísimo señor don Manuel Sobrino y Minayo, vigésimo obispo de Tujillo, y su Señoría el Señor Gil y Lemus, intendente de esa rejion y hermano de su exelencia el Virey, Don frey Francisco Gil de Tavoada y Lemus y Villamarin.

Era el caso que el intendente había autorizado una corrida de toros en Domingo, dia consagrado al Señor y el obispo veía en ello mucho de irreligiosa desobediencia á las pescripciones de la Iglesia; pues, por asistir á la profana fiesta y llegar á tiempo de obtener cómodo asiento, algunos cristianos, que cristianos tibios serían por an-

dar á caza de pretesto, olvidaban cumplir el obligado precepto de oir misa.

El Señor Sobrino y Minayo, á pesar de la mitra, era aficionado á la camorra; y tanto que la armó, y gorda, por poner en vijencia una ordenanza de Felipe II, la cual dispouia que las hembras de enaguas airadas vistieran, para no ser confundidas con las honestas damas, de paño pardo con adornos de picos; de donde, por si ustedes lo ignoran, les diré que tuvo origen la frase—*andar á picos pardos.* El señor intendente dijo que eso de lejislar sobre el vestido y la moda, era asunto de sastres y costureras mas que de la autoridad; que la réjia ordenanza había caido en desuso; y que, por fin, antes se pondría á clavar banderillas y á estoquear un toro bravo, que en dimes y diretes con el sexo que viste por la cabeza.

La cosa se ponía cada dia mas en candela, y la ciudad estaba dividida en bandos: el que atacaba los escrúpulos del obispo, y el que simpatizaba con los humos de resistencia de la autoridad civil.

El Obispo plumeaba largo, y hasta había logrado que la Inquisicion tuviera con ojo al márjen el nombre del intendente, como sospechoso en la fé, varapalo que tambien alcanzó á su hermano el Virey el que en un rejistro que orijinal existe entre los manuscritos de la Biblioteca de Lima, figura como lector de libros prohibidos.

Por su parte, el intendente tanpoco tenía ociosa la pluma; y por cada correo de valles (que asi llamaban al que mensualmente llegaba á Lima trayendo la correspondencia de los pueblos del norte) enviaba á la Real Audiencia y al Virey una resma de oficios, epístolas y memoriales contra el obispo. En uno de ellos acusaba su Señoría al mitrado de desacato á la majestad del monarca; porque en el escudo de armas de la ciudad, colocado en el salon principal del seminario, habia suprimido la corona real.

El escudo de armas de Trujillo fué dado á la ciudad por Carlos V. Constaba de un solo cuartel en el que, sobre fondo de azur, se alzaban dos columnas, en plata, sosteniendo una corona de oro. Dos bastos de gules sobre fondo de aguas, en simple, y en el centro de ellos la letra K (inicial de Karlus V) formaban una aspa con las colum-

nas. Este escudo, mantelado, estaba sobre el pecho de una águila.

En la cuestion de los toros, declaró la Real Audiencia que era indiferente lidiarlos en dia festivo ó de trabajo; y que, por lo tanto, ni el intendente se había extralimitado ni el obispo faltado á su deber reclamando contra lo que, en conciencia, creía infractorio de prescripciones eclesiásticas. Dedada de miel á ambos poderes.

En lo relativo á los picos pardos dijo la Audiencia que el Obispo hacía muy bien en querer que la oveja limpia no se confundiese con la oveja sarnosa; pero que tambien el intendente había estado en lo juicioso declarando que, en España é Indias, había caido en desuso la pragmática real, desde el advenimiento del cuarto Felipe al trono español. Otra dedada de miel.

En lo del escudo resultó culpable de descuido ó distraccion, el pintor, que la soga rompe siempre por lo mas débil; honrado el obispo, por que comprobó haber reprendido oportunamente al pinta-monos; y enaltecido el intendente, por que acreditó celo y amor á los fueros de la majestad real. Para repartir con sagacidad dedadas de miel, nó tenia pareja la Audiencia de Lima.

II.

Aunque, como se ha visto, la Real Audiencia cuidó mucho de no agraviar á ninguno de los dos contendientes, abriéndoles asi campo para una reconciliacion, no por eso cesaron ellos de estar á mátame la yegua que matarte hé el potro.

Vino el 1º de Enero de 1796, dia en que el Cabildo debia proceder á la eleccion de Alcalde de la Ciudad, cargo altamente honorífico y que se disputaban ese año entre un señor Maradiegue y un señor Velezmoro, los dos hidalgos de sangre mas azul que el añil de Costa-Rica, y muy acaudalados vecinos de Trujillo. El intendente Gil patrocinaba la candidatura del primero; y el obispo se declaró favorecedor entusiasta del antagonista.

Influencias por aquí é influencias por allá, intrigillas vienen é intriguillas ván, ello es que, reunidos los veinticuatro regidores de voz y voto, resultó, que doce cedulillas sacaron el nombre de Velozmoro y las otras doce el de Maradiegue.

Aplazóse la eleccion para el siguiente dia, y cada partido aprovechó las horas trabajando con teson para conquistarse un voto. Pero el resultado fué idéntico.

El 3 de Enero debía efectuarse la votacion decisiva. Si el empate subsistía, tocaba á la suerte decidir. Trujillo no podía quedarse sin Alcalde ¡Qué habrian dicho, en el otro barrio, las almas de Francisco Pizarro, fundador de la ciudad, y de Diego de Agüero su primer Alcalde!

En la mañana de ese dia tuvo el obispo barruntos de que uno de los regidores de su bando no jugaba limpio pues una su hija de espíritu le avisó, bajo secreto de confesonario, que, á media noche habian tenido misteriosa y larga conferencia intendente y Cabildante, y que aquel se frotaba con regocijo las manos, como quien dice:—Se divertió el obispillo! ¿adonde habia de ir conmigo?.

No era el señor Sobrino y Minayo para descorazonarse por tan poco; y convocando, sin pérdida de minuto, á los once regidores en cuya lealtad fiaba, les dijo;—

Amigos mios, hoy nos derrotan, sin remedio; que el bellaco de D. Teodosio se ha comprometido á hacernos una perrada. Lo sé de buena tinta. Pero ya que no podemos sacar avante á nuestro protejido, es muy hacedero estorbar el triunfo del adversario:—

—Y cómo Illmo. señor? preguntaron á una los cabildantes.

—De una manera muy sencilla. Lanzando hoy á la arena un candidato tan prestigioso, que ha de tener los gregüescos muy bien amarrados el regidor que le niegue el voto.

Los velezmoristas, quedaron boqui-abiertos. Al fin uno de ellos dijo:

—No encuentro, Señor Obispo, quien pueda ser el personaje de tanto fuste que nos saque del atrenzo.

—Pues no se devanen los sesos vuesamercedes por encontrarlo, que ya yo me he tomado ese trajin.

—Entónces, cuente su señoria i lustrísima con nuestros

votos. Y puede, sinó peca de indiscreta la pregunta, saberse el nombre del nuevo Alcalde?

—Calmen vuesamercedes su impaciencia. Mi secretario irá luego al Cabildo, y les llevará el nombre en las ceddlillas. Entre tanto, tenemos tres horas por delante que bien aprovechadas, nos darán colosal victoria. Mi carroza me aguarda y vóime al campo enemigo. Dios guarde á ustedes, caballeros.

Echóles el obispo una bendicion, dejóse besar el pastoral anillo, y los once Cabildantes se retiraron.

III.

A las dos de la tardo, y por diez y ocho votos contra seis, fué proclamado Alcalde de primer voto de la muy ilustre ciudad de Trujillo, en el Perú, el excelentisimo Señor don Maunel Godoy, principe de la Paz duque de Alcudia, ministro omnipotente de Cárlos IV, y amante idolatrado de la reina María Luisa.

IV.

—Manuel, (díjole una mañana á su valido el monarca español) ¿cierto es que te han hecho Alcalde?

—Y tan cierto—contestó sonriendose el favorito—como que he aceptado la honra y quiero acompañar la aceptacion con algunas provisiones, que vuestra Majestad firmará, haciendo mercedes á sus buenos y leales vasallos los trujillanos.

Y sacó tres pliegos de la cartera.

—Celebro que medres, hombre, y alégranme como propias tus bienandanzas. Trae, Manuel, trae—dijo Cárlos IV, y, sin leer el contenido, puso el sacramental *Yo elRey*,

Por la primera de estas reales cédulas se acordaban muchas preeminencias al Cabildo y Ciudad de Trujillo, y que el Alcalde de segunda nominacion desempeñase las funciones que á Godoy correspondian.

Por la segunda, se ennoblecía á la Ciudad hasta donde ya no es posible mas; por que se añadian á su escudo de

armas tres roeles de oro, en Santor, sobre las columnas de plata. Esto es metal sobre metal; lo que en heráldica, vale tanto ó mas que ser primo hermano de Dios Padre. Desde entónces los trujillanos blasonan, y con razon, de ser tan nobles como el Rey. Lima, con ser Lima, no luce en su escudo de armas metal sobre metal. Honra tamaña estaba reservada para Trujillo.

La última que, á mi escaso entender, era la de mas positiva significacion, establecía que los buque pudienran ir directamente de Cádiz á Huanchaco, lo que importaba poner á Trujillo en condicion suporior á casi todos los pueblos del Vireinato; con tal concesion, prosperidad y riqueza eran consecuencia segura para el vecindario.

Cuando se recibieron en Trujillo estas reales cédulas, el obispo Sobrino y Minayo no pudo holgarse con lo lectura de ellas; por que acababu de pasar á mejor vida, como dicen los que se precian de saberlo.

Pero vean ustedes lo ingrata que es la humanidad y lo olvidadizos que son los pueblos! Apesar de gangas y mercedes de tanto calibre, Trujillo fué la primera ciudad del Perú que, en el dia de Inocentes (28 de Diciembre de 1820,) proclamó en pleno cabildo la independencia patria, estendiendo y firmando acta en la que los vecinos juraban defender no solo la libertad peruana sino tambien, á usanza de los caballeros de Santiago, Alcántara y Calatrava, la pureza de María Santísima (Sic) Mas parece que álguien hizo al marqués de Torre-Tagle (verdedera alma del pronunciamento) caer en la cuenta de que era inconveniente esa mescolanza de religion y política; y al dia siguiente (29 de Diciembre) se firmó nneva acta, suprimiendo en ella lo relativo á la Santa Madre de Jesús.

Parlerias y murmuraciones envidiosas á un lado. Nadie les quitará á los trujillanos la gloria de haber tenido por Alcalde á un Princepe.

Lima, Noviembre 25 de 1885.

RICARDO PALMA.

NOTA. Talvez en cuanto á fechas no sean de rigurosa exactitud las de esta tradicion; pero, en lo que atañe á las reales cédulas, ellas deben existir en el Archivo de la Municipalidad de Trujllo, si no han desaparecido en el desbarajuste de los últimos cinco años.

AL PARTIR

En el aciago instante en que te pierdo
No sueño con mas dicha ni mas gloria
Que aquella de pensar que mi recuerdo
Llamará alguna vez á tu memoria.

MADRIGAL

Me miraste, alma mia,
Y fué tal mi alegría
Y es mi pasion tan loca,
Que sentir me parece todavía
El beso de tus ojos en mi boca.

MANUEL DEL PALACIO.

RELACIONES LITERARIAS

ENTRE LOS PUEBLOS LATINO-AMERICANOS.

Muchas veces nos hemos puesto á meditar de una manera bastante detenida y con esa despreocupacion que es la mejor garantía de acierto en la resolucion de toda clase de cuestiones, acerca del destino de los pueblos latino-americanos, de los males que actualmente resienten, de las causas que los han venido preparando y de los medios que pueden emplearse con buen éxito para conseguir que desaparezcan, si no con la facilidad y premura que serian de desearse, al ménos con cierta lentitud y venciéndose algunos obstáculos que, por lo comun, vienen á entorpecer la marcha regular y reposada de los pueblos hácia el cumplimiento de la mision que la Providencia les ha designado en sus impenetrables arcanos. Pero por más grandes que han sido nuestros esfuerzos para llegar al punto que nos sirve de objeto, no hemos podido dar una solucion satisfactoria á los diversos y complicados problemas que se han presentado á nuestra consideracion, porque lo mezquino de nuestros elementos intelectuales y la gravedad de semejantes problemas nos han impedido arribar al fin que nos hemos propuesto, esto es, al objeto que ha servido de meta á nuestras contínuas y persistentes meditaciones. Sin embargo, en medio de la pequeñez de los elementos á que acabamos de aludir y aun en presencia de la grandeza de las cuestiones que hemos tratado de resolver, han asaltado alguna vez nuestro ánimo ciertas ideas que han venido á atenuar en parte el desconsuelo que nos ha producido el ver defraudados nuestros bien intencionados propósitos

en favor de una causa que es para nosotros de verdadero patriotismo, porque entraña el secreto de todo lo que puede hacerse en provecho, honra y gloria de la América latina. Esas ideas se refieren á sentar las bases de ciertas relaciones que, comenzando en un terreno enteramente ageno de la política y, por consiguiente, neutral en lo que respecta á las encontradas aspiraciones que aquella engendra por lo comun en el espíritu de las masas, produzcan al fin esa suspirada union que es el alma de todo género de empresas y da pábulo é impulso á los mas difíciles y colosales proyectos, llevándolos á su perfecta realizacion.

Nada nos ha parecidos ni parece más propio y adecuado al objeto que perseguimos, que el establecimiento de las relaciones literarias entre los pueblos de orígen ibero que habitan la inmensa zona que se extiende desde la orilla derecha del rio Bravo hasta los límites septentrionales de la Patagonia, pueblos que identificados por sus comunes tradiciones, un mismo idioma, unas mismas instituciones unas mismas creencias religiosas y unas mismas aspiraciones hácia la realizacion del bello ideal que todos ellos acarician, el de su felicidad, fundada en el goce de una libertad bien entendida y del bien inapreciable de su independencia, que supieron conquistar á costa de los más cruentos sacrificios, en la tintánica contienda que sostuvieron con su antigua metrópoli, no tiene otro porvenir que el de vivir en el seno de la más perfecta armonía, tal como lo requieren sus propios intereses y especialmente la necesidad de ofrecerse ante el mundo, en indisoluble alianza, para oponer un valladar inexpugnable á las invasiones que les vengan de allende el Atlántico.

Al fijarnos en el medio que hemos insinuado, ha entrado en nuestro consideracion el benéfico influjo que el cultivo de las letras produce en los bandos políticos que, por una necesidad creada por la divergencia de opiniones con que el espíritu humano juzga de la bondad de las instituciones que rigen á los pueblos, existen en éstos. En el campo literario todos los rencores políticos desaparecen, y es un hecho, que no da lugar á la más insignificante duda, que mientras las estériles y enojosas discusiones de los partidos dejan en el ánimo cierto gérmen de efervescencia que lo mantiene exaltado y dispuesto á una tenaz lucha

contra todos los intereses que juzgan perjudiciales á los que conceptúa buenos, las discusiones literarias establecen ciertos vínculos indestructibles entre aquellos que se profesan odiosos sentimiento, neutralizando la fuerza de éstos y haciéndolos incapaces de producir sus nocivos efectos.

Estudiando, aunque sea ligeramente, la historia de los pueblos latino-americanos desde que realizaron su independencia hasta nuestros dias, se echa de ver la intervecion eficísima que la literatura ha ejercido en la político de esos pueblos, y á ella se debe en gran parte esa perfeccion que han venido adquiriendo las instituciones que forman su derecho constitucional, siendo así que mientras el cultivo de las letras ha venido adquiriendo el ensanche que hoy posee, ha venido tambien mejorando la condicion política de aquellos, como si los desastres producidos por su constantes contiendas intestinas, lejos de servir para hundirlos en el temeroso abismo de su completa ruina, hubiesen cooperado á hacer más fecunda en bienes positivos la influencia de las letras en el modo de ser de las sociedades hispano-americanas.

Es un axioma universalmente reconocido, que á medida que la guerra se ha enseñoreado de las hermosas regiones del Nuevo Mundo, relajando los más respetables vínculos de la sociedad y de la familia, elementos conservadores de su felicidad, se han sentido más capaces y más firmes en su resolucion de vencer toda clase de obstáculos para comunicar á su marcha política y literaria mayor impulso que el que tenia cuando se emanciparon del secular dominio de su antigua madre patria. Pueblos que ayer vivian en el seno de la más completa ingorancia, cuyos hijos, en su mayor parte, no tenian ni la más rudimentarias nociones de los derechos inmanentes en la personalidad humana, en cuyo horizonte intelectual comenzaban á dibujarse los primeros albores de la civilizacion moderna, al iniciarse el presente siglo, se han trasformado de una manera tan radical y tan completa, que por donde quiera que llevemos la mirada encontraremos pruebas tangibles y precisas de esta verdad.—De nada han servido para nulificar nuestro adelanto político y literario las honrrosas consecuencias de nuestras contiendas civiles, porque es una ley ineludible que influye constantemente en la

marcha de la humanidad, que el bien es el resultado precioso del sufrimiento, y que no lo podemos alcanzar miéntras no sea á costa de grandes y dolorosos sacrificios.— Esta revolucion moral, intelectual y política que se ha venido operando en los pueblos latinos de América, desde que adquirieron una existencia autonómica hasta el momento histórico en que vivimos; este modo de ser presente que los eleva á la condicion de pueblos libres é ilutrados, este estado de cosas que les hace vislumbrar un porvenir de dicha y bienandanza, desplegando ante sus ojos la risueña perspectiva de una confederacion de naciones independientes, resueltas á sostener en el Nuevo Mundo los sagrados derechos de la raza latina, no tienen más orígen ni reconocen otra causa que el feliz consorcio formado por la difusion de los conocimientos literarios, y el mejoramiento de las instituciones que estos pueblos se han dado en uso de inalienables y reconocidos derechos. Pero, ¿quién duda que estos bienes son á su vez, el resultado inmediato de una gestacion trabajosa y difícil? ¿Quién duda que para llegar á este resultado hemos tenido que caminar por sendas tortuosas y llenas de espinas? ¿Quién duda que los beneficios de hoy son la recompensa de los sacrificios de ayer?

Estas consideraciones nos han sido sugeridas por la observacion de un fenómeno que regularmente acontece en nuestra América, y es que miéntras más se ha apoderado la discordia civil de estos paises, anegándolos en sangre y cubriéndolos de ruinas, mayores han sido los provechosos frutos que de una manera contraproducente, por decirlo así, ha engendrado tan anormal situacion. Cuando la libertad ha estado a punto de perecer en manos sacrílegas, y el derecha ha sido objeto de toda clase de atentados; cuando la tiranía, en su repugnante desnudez, ha desplegado todo su furor para aniquilar á los pueblos que han sido sus víctimas; cuando el patíbulo, la tea incendiaria y otros elementos de destruccion han pasado sobre el bienestar de las sociedades hispano-americanas, no dejando en ellas ni la más lijera señal de esa tranquilidad que se disfruta cuando se está en el goce de todas las garantías sociales; entónces hemos visto cómo de en medio de tantos desastres y de tantas miserias se ha levantado, en alas de

un patriotismo sin límites, esa noble raza de hombres inspirados que, desafiando las iras de los tiranos, han llamado á los pueblos á los rudos combates en que, unas veces derrotados y otras triunfantes, se han puesto frente á frente de hombres que, como Rosas en la República Arjentina, Francia en el Paraguay, Carrera en Guatemala, Santa-Anna en Méjico y García Moreno en el Ecuador, han sido los verdugos de la libertad. Y así como han bebido su inspiracion en esta fuente, no la han bebido ménos en las de la justicia, el amor, la virtud y la ciencia, emanaciones purísimas de Dios, foco de donde parten todas ellas y á donde convergen esos efluvios impalpables que en alas de la oracion dirige la humanidad entera á la causa primordial de todas las cosas, y de que es débil trasunto esta vírgen naturaleza del Nuevo Mundo, tan llena de encantos y de esplendores, tan rica, tan variada y tan sorprendente, y en cuyos cuadros no sabemos qué admirar más, si la habilidad del Artífice que la formó ó la majestad y grandeza que imprime á los cantos de nuestros poetas, intérpretes fieles de esa admiracion con que el habitante de América contempla el soberbio espectáculo que se ofrece a su vista, bajo cuya abrumadora influencia cae postrado de inojos, y cuya sublimidad ha inspirado á tantos génios como Chateaubriand en *Atala* y Jorje Isaacs en *María*, y llenado de estupor á naturalistas de la talla de Humboldt y de Bompland.

Todas estas circunstancias vienen á unirse, en último término, á una no ménos importante, el sentimiento de la patria, tanto más arraigado en el corazon de los hispano-americanos, cuanto mayores han sido los sufrimientos y las contrariedades con que han luchado para llegar al goce de los beneficios que les ha proporcionado la libertad. Por eso es tan comun entre los poetas y escritores de América ese entusiasmo con que elevan himnos á la patria, acercándose á sus altares en los dias magnos en que se recuerdan los acontecimientos más trascendentales en la gloriosa guerra de la emancipacion ó en las que han tenido por objeto el triunfo del derecho sobre la tiranía. Llega á tal extremo el patriotismo de estos pueblos, que no es posible que los intérpretes de sus sentimientos se olviden de él en las grandes solemnidades con que nuestras Repú-

blicas celebran y conmemoran aquellos sucesos históricos.

Tales elementos combinados, no pueden ménos que producir esa universalidad de tendencias que viene caracterizando á la literatura latino-americana, imprimiéndole una fisonomía tan peculiar y tan exclusiva, que no es posible confundirla con la de ninguna otra parte del mundo. Y esto no obstante, nada es más incuestionable que, viviendo en un aislamiento casi completo, los pueblos de América no se conocen entre sí, y que, como si se tratara de paises que les deban ser completamente indiferentes, se habla en cada uno de ellos de lo que acontece en los demás, á la manera que si una causa desconocida les hiciera olvidar su comun orígen; que el idioma que en ellos se habla es el mismo que trajeron á sus playas los que, en nombre de la civilizacion y el pretendido derecho de conquista, plantaron en ellas el signo de la Redencion, como representantes de la noble reina que en los últimos años del siglo décimo quinto ocupaba el trono de Castilla; y que son unas mismas sus tradiciones, y han sido unos mismos los sinsabores que han sufrido para arribar a la tierra prometida de su libertad, cumpliendo así las leyes ineludibles á que todos los pueblos se ven fatalmente sometidos.

En virtud de este anómalo estado de cosas, tanto más inexplicable cuanto que no se comprende de una manera satisfactoria, cómo pueblos unidos por tantos vínculos de diversas y determinadas clases, tiendan á alejarse y á desconocerse recíprocamente, el observador imparcial tiene frecuentemente motivos para deplorar los tristes resultados que va produciendo el mal de que se trato, hasta tal punto, que estos pueblos, que cuentan con una literatura que puede llamarse universal en ellos, vivan en una actitud hasta cierto punto repulsiva, en momentos en que la confederacion de naciones de una misma raza nos viene presentando el ejemplo de cómo son fuertes y grandes, miéntras se hallan unidos, cómo fueron débiles y pequeños, mientras estuvieron separardos. Así en Alemania, Bismark realiza la idea de la Confederacion Germánica, obra exclusiva del Gran Canciller, y en Italia Garibaldi, Victor Manuel y los demás campeones de la Unidad Italiana, llevan á efecto esta otra idea, acariciada tanto tiem-

po hacía por los amantes de la libertad y de la independencia de aquella península.

La tirante situacion en que viven los países hispano-americanos se revela á primera vista cuando se reflexiona que aquí, á México, llegan con notable frecuencia las producciones literarios de Alemania, Francia, Italia, España, Portugal y quizá otra nacion europea, y nos hallamos más familiarizados con los nombres de Víctor Hugo, Alfonso de Lamartine, Enrique Heine, Alejandro Manzoni, Emilio Castelar, Gaspar Núñez de Arce, José Velarde, Manuel del Palacio, José Zorrilla y otros, que con las producciones y los nombres de nuestros hermanos que cultivan las letras en las demás secciones del continente. Esto sucede en idénticas circunstancias, en cada una de éstas respecto de Méjico y de las demás, como si se tratara de países completamente desconocidos, como si la homogeneidad de la raza á que pertenecen los pueblos que las habitan y la cirunstancia de vivir en un mismo continente apenas separadas por líneas imaginarias y convencionales, no fuesen otros tantos motivos que estableciesen entre ellas esa estrechez de vínculos y solaridad de intereses que en un tiempo más ó ménos remoto han de ser los medias que las identifiquen en la sola y comun tendencia de realizar esa deseada confederacian á que están destinados los pueblos de una misma raza.

No es, pues, de extrañarse que cuando llegan á nuestro conocimiento ciertos sucesos ocurridos en los pueblos á que nos venimos refiriendo, nos causen cierta especie de indiferencia, porque es natural que aquello que desconocemos ó que conocemos poco; interese á nuestro ánimo de una manera hasta cierto punto superficial, proviniendo de aquí que los hechos adversos y prósperos que se desenvuelven en esa parte del continente americano pasen inadvertidos á nuestros ojos y desnudos de toda especie de significacion. ¿Qué nos importa, por ejemplo, que estalle un movimiento revolucionario en Bolivia; que sus poderes públicos sean derrocados á impulsos de ese movimientos; que aquella república quede anegada en sangre, si al fin y al cabo su suerte nos es enteramente extraña y su porvenir no influye, en manera alguna, en el nuestro? Semejante raciocinio no deja de tener, á primera vista,

cierto apariencia de fundamento; pero á medida que se profundiza y se estudia la razon que pueda justificar tal fundamento, nuestro criterio no puede ménos que rechazarlo, porque si es verdad pue la diferencia es el resultado, así entre los pueblos como entre los individuos, de la ausencia de relaciones mútuas, tambien lo es que muchas veces esa indiferencia no tiene razon de ser, sobre todo cuando en los pueblos é individuos que no se conocen, deben existir ciertos lazos de simpatía, producidos por la comunidad de intereses y por otras causas que los identifican y hacen solidarios en la suerte que los acontecimientos históricos les han venido deparando. Este acontece cabalmente con los pueblos ibero-americanos, que no pueden vivir separados ni olvidarse de sus contradiciones, como no pueden vivir separados ni olvidarse de las suyas los hijos de una misma madre, no solo en el tiempo de su menor edad, sino tambien en aquel en que permanezcan emancipados de la patria postestad. Hablamos en términos morales y nos referimos, por tanto, á esa union de voluntades que estrecha con lazos indisolubles y de fraternal simpatía á los pueblos y á los individuos hermanos, aunque se hallen separados por inmensas distancias.

México, que se encuentra colocado en idéntica situacion, relativamente á las demás Repúblicas sus hermanas; que no puede olvidar, en consecuencia, las constantes y públicas manifestaciones del ardiente afecto que éstas le profesan, y que está obligada á corresponder á ellas á pesar de cuantas circunstancias se opongan al cumplimiento de este deber ineludibles; recuerda y recordará siempre cuán grande y cuán digna de consideracion fué la actitud patriótica que asumieron aquellas secciones americanas cuando la intervencion extranjera y el imperio que fué su consecuencia se enseñorearon de los destinos de nuestro país y pretendieron destruir, para siempre, la independencia y la libertad que nos legaron Hidalgo y Morelos; Juarez, Degollado y Ocampo.

Por lo mismo, lógico y natural es que los elementos, así políticos como literarios, que existen en México, tiendan á confundirse con los de igual clase que se encuentran en los demás paises americanos de nuestro orígen. De aquí nace la necesidad de que la juventud que se ha le-

vantado en aquellos pueblos y que encarna sus más elevadas aspiraciones, venga á estrecharse con la nuestra, para constituir un todo compacto y homogéneo, que se ocupe en trabajar con asiduo empeño en favor de los intereses que representa nuestra raza en América; y que la actual generacion política y literaria, consultando su proppia conveniencia, se dé una cita general, para que, colocándose en el terreno determinado por esa misma conveniencia, acuerde las bases sobre que ha de descansar en lo futuro la union de estos pueblos, tanto más exigida por sus comunes necesidades, cuanto mayores son los males que con ella se trata de remediar.

No desconocemos que una empresa de esta naturaleza, está llena de infinitas dificultades, porque destruir lo que el tiempo con su poder incontrastable ha venido sancionando no es obra de un solo dia. ni ésta puede ser perfeccionada por los débiles esfuerzos de una sola generacion. Pero nuestro deber nos aconseja principiar la obra, tomar la iniciativa, dar el primer paso, para que los que nos sucedan, vallan llevando á su perfeccion. Es lástima que desperdiciemos hoy tanta simiente provechosa, que, bien cultivada, ha de producir tan magníficos frutos en lo porvenir. Cuando observamos que en todos los paises de América se revela, en todo su vigor, esa multiplicidad de elementos que existen esparcidos por donde quiera que se encuentra un centro de vida y de movimiento; cuando nos penetramos de lo mucho que puede esperarse de la prudente explotacion de tales elementos, y cuando nos damos cuenta de que por pocos que sean los recursos que hoy pongamos en práctica para realizar tan inapreciable resultado, mucho se nos facilitará nuestra empresa, por la favorable disposicion en que para el efecto se encuentran esos mismos elementos, no podemos menos que sentirnos animados para proclamar la necesidad y conveniencia de no diferir un momento más la ejecucion de la patriota ideapor que venimos abogando.

Investiguemos, aunque sea someramente, los elementos literarios con que contamos para hacer fructuosa la empresa de que nos ocupamos. Para nadie es un misterio que en todos los paises latinos de América existen, en abundancia extraordinaria, cultivadores entusiastas de las bellas

letras, que ya en sonoros y cadenciosos versos, ya en una prosa fácil y llena de verdadera pureza de lenguaje, rinden culto á la literatura patria. Concretándonos á cada República, en particular, nos encargaremos de determinar, á grandes rasgos, tal como lo permiten las proporciones de este artículo, los hombres que por sus méritos especiales se han hecho dignos de los honores de ser distinguidos por una mencion tambien especial.

Principiando por Venezuela, en donde, si nuestro criterio no nos engaña, la diosa Minerva recibe mayor veneracion, nos creemos obligados, por un deber de estricta justicia á señalar, en primer término, al admirable y nunca bien loado polígrafo Andrés Bello, como tan acertadamente le llama el distinguido y docto académico D. Manuel Cañete, quién en el centenario del nacimiento de Bello se ocupó, en nombre de la Real Academia Española de la lengua, en hacer el panegírico de ese genio extraordinario, honra de nuestra raza y príncipe de nuestros literatos. Conocido Bello como autor de muy celebradas produciones poéticas, tales como la *Silva á la agricultura de la zona tórrida*, la famosa traduccion de *La oracion por todos* de Víctor Hugo y como otras muchas que no citamos en gracia de la brevedad, se ha conquistado una nombradía tan universal, que apénas es desconocido de uno que otro de los hombres de letras de ambos mundos. Y esta celebridad no se concreta simplemeute al cultivo de la poesía: Bello fué tambien autor de *Principios de Derecho Internacional*, Gramático, Filólogo, Restaurador de antiguos textos del habla primitiva castellana, Legislador de los principios ciertos de la Ortología, Ortografía y Prosodia, Educador, Escritor didáctico de Historia y Gramática, distinguiéndose tanto por estas monumentales obras cuanto por otras, como sus *Comentarios al Poema del Cid* y sus estudios sobre el orígen y formación de los asonantes, producciones todas que forman el pedestal de su imperecedera gloria. Como Bello se destacan en Venezuela figuras tan prominentes como Rafael María de Baralt, Fermín Toro, José Antonio Calcaño, el Marqués de Rojas, José Heriberto García de Quevedo, José Antonio Maitin, Juan Antonio Perez Bonalde y otros que no nos es posible citar en esta ligera reminiscencia. Los Estados Unidos de Colombia se enorgullecen de con-

tar en su seno á Santiago Pérez, Gregorio Gutiérrez González, el erudito humanista Miguel Antonio Caro, Rufino Justo Cuervo, distinguido y profundo filólogo, José María Samper, Jorge Isaáes, el hijo inspirado de Jauja y autor de ese idilio que, con el nombre de *María*, ha rivalizado con *Atala, Pablo y Virginia* y otras producciones de su clase, segun la autorizada opinion de un conocido literato colombiano; José Eusebio Caro, Julio Arboleda y otros de igual categoría. El Ecuador, la patria del insigne Rocafuerte y Olmedo no se queda atras en cuanto á su movimiento literario y á sus prosistas y poetas. Conocemos muy buenas producciones de Antonio Flores, Numa Pompilio Llona, Juan Leon Mera y de infinidad de escritores que dan honra y lustre á literatura ecuatoriana. El Perú se engrie justamente con los nombres de José Arnaldo Márquez, Manuel Nicolás Corpancho, Luis Benjamin Cisnero y Ricardo Palma, amén de otros que nos vemos abligados a callar por las grandes dimensiones que va adquiriendo este artículo. La floreciente República de Chile ostenta entre sus blasones literarios los nombres de Guillermo Matta, Guillermo Blest Gana, Cárlos Walker Martinez, Benjamin Vicuña Mackenna, del respetalísimo Victoriano Lastarria, de José Domingo Cortés, compilador laborioso de una série de producciones poéticas que en magnífica y esmerada edicion circula en América y en Europa, La República Argentina, esa tierra de bendicion, patria de tantos hombres ilustres, registra en sus anales literarios los nombres de Bartolomé Mitre, el literato soldado, Domingo F. Sarmiento, el pedagogo insigne, José Mármol, el Tirteo de aquel pueblo en los dias luctuosos de la denominacion de Rosas, y Víctor F. Varela, el escritor patriota é incesante propagador de las doctrinas de union y fraternidad entre España y América. Bolivia, ese pueblo de indomable carácter, á quién no han logrado vencer los rigores de la adversidad, tambien se envanece con las glorias literarias encarnadas en hombres de la talla de Mariano Baptista, eximio orador y respetable Vice-presidente de esta República, de Daniel Calvo, Ricardo Bustamante, Manuel José Cortés, Mariano Ramallo, Félix Reyes Ortiz, Benjamin Lens, Luca J. Jaime, Luis Zalles, Nector Galindo y Manuel Torres Tovar. La República Oriental, que tiene una historia de viscisitudes

de todo género y que en tiempo de la invasion de Rosas contó entre los mas esforzados defensores de su iudependencia á aquel genio de la guerra que se llamó Garibaldi, cuyo prodigioso valor realizó tantas hazañas casi inverosímiles, cuenta entre sus bardos á Juan Cárlos Gómez, cuyos cantos valen por todos los de los que se consagran en aquella tierra al culto de las musas. Nos basta citar este solo nombre para relevarnos de la obligacion de consignar los de los muchos poetas y prosistas que abundan en tan privilejiada region del continente americano. Nada diremos del Paraguay, porque sus antecedentes históricos le han sido tan funestos, que apénas puede descubrirse en su horizonte literario uno que otro destello de ese astro que ilumina con su luz indeficiente el mundo de Colon, de uno á otro de sus extremos, y de cuyos beneficios empieza ya á aprovecharse ese pueblo valeente y heróico, que no obstante la ominosa esclavitud á que lo tuvieron sujeto las dictaduras que han pesado sobre él, como las dal Doctor Gaspar R. Francia, Cárlos Antonio y Francisco Solano Lopez, ha sabido, á costa de supremos esfuerzos, sobreponerse á los rigores de su adverso destino.

Esto, por lo que respecta á la parte austral del continente. En las Repúblicas de Centro América encontramos tambien un vasto depósito, si así puede llamarse, de elementos literarios, que estamos en posibilidad de explotar con prodigiosa facilidad. Tanto en Nicaragua como en Costa Rica, en San Salvador como en Honduras y Guatemala se descubre, á primera vista, medios abundantísimos de cultura literaria, que no pueden pasar inadvertidos. Los doctores Lorenzo Montúfar y Tomás Ayon, tan eruditos y respetados en aquellas Repúblicas, unidos á esa generacion de vates, jóven y vigorosa, de la cual son dignos representantes figuras tan simpáticas como Francisco Antonio Gavidia, feliz imitador de Becquer, Miguel Plácido Peña y Federico Proaño, son la prueba más concluyente de la grandísima significacion que el movimiento literario va adquiriendo en aquella porcion del Nuevo Mundo.

El patriota pueblo dominicano. que, como México, rechazó, no hace muchos años, una invasion extrangera, haciéndose digno de su autonomía, no puede jamás encontrarse excluido de esta comunion de principios, aspiracio-

nes y necesidades en que se encuentran colocadas sus hermanas del continente. ¿No son tambien hispano-americanos José Joaquin Perez, José Francisco Richardo, Juan Isidro Ortega y otros poetas que son la representacion más conspicua del adelanto intelectual de aquella República? ¿Y qué diremos de Cuba, donde se ha mecido la cuna de génios tan preclaros como el inolvidable Gabriel de la Concepcion Valdés (Plácido) el dulce José Jacinto Milanés, el inspirado José María Heredia, el tierno Juan Clemente Zenea, mártir como Plácido, de la libertad de su patria, Narciso Foxá y tantos otros que descuellan en primera línea y que el laconismo á que tenemos que concretarnos nos obliga á callar?

Nos hemos detenido en este ligero y rápido bosquejo, para probar cuán fácil y hacedera es la iniciacion de la obra que proponemos, mucho más cuando se comprende que á la abundancia de los medios que acabamos de consignar, viene á añadirse la de otros de distinto carácter, y que sin embargo, propenden á la realizacion del fin á que se dirigen nuestras tendencias. Nos referimos á los medios naturales que con extraordinaria profusion existen diseminados en toda la América y que son otras tantas fuentes á donde van á buscar la inspiracion nuestros escritores y poetas. Intento vano sería pretender determinar en las dimensiones de este artículo las muchas, variadas y magníficas perspectivas que por donde quiera se ofrecen á los ojos del espectador; y sin pretender paticularizar los rasgos fisonómicos que distinguen á la naturaleza de cada país, hagamos una ligera sinópsis de lo que en esta materia se presenta como más importante y admirable en los cuadros encantadores que en la tierra americana se desarrollan magestuosamente. Elijamos al acaso una República cualquiera y fijémosnos, por ejemplos, en la República Argentina, cuyas pampas dilatadas, cuyos rios de curso casi interminable y ese país vasto y habitado tan solo por el indio salvaje, en cuyós aduares comienza ya á penetrar la luz bienhechora de la civilizacion, imprimen á aquella parte de América un carácter tan peculiar, que no puede ménos que producir en las obras de sus literatos esos pensamientos solemnes, esa entonacion vigorosa, ese espíritu elevado y austero que se notan en todas ellas, muy de

acuerdo con los accidentes topográficos y geográficos del territorio en donde aquellos han nacido. Si de aquella República pasamos á Chile, encontraremos, por un lado, el inmenso Océano Pacífico bañando sus costas y deteniéndose ante esa extensa faja de territorio que, limitada por los soberbios Andes, lo es tambien por el mar, y por otro, aquella magestuosa cordillera desde cuyas cumbres, el cóndor, de descomunal tamaño, emprende el atrevido vuelo hasta perderse en las regiones incomensurable del espacio. Por eso el hombre que se inspira en aquella naturaleza salvaje, adquiere en ella delicados pensamientos, que se reflejan con perfecta fidelidad en sus producciones; por eso los cantos de los poetas chilenos llevan imbibita en sí mismos, la sublimidad de la causa de donde toman vida. Lo mismo acontece con ligeras modificaciones en el Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela y la Banda Oriental, donde el imponente aspecto del océano, de la cordillera, de los rios, de los picos culminantes que aquella va presentando en su curso, de las cascadas, de los lagos, de los desiertos y de los mil objetos que se ofrecen á la meditacion del filósofo, presta á éste un manantial fecundo de ideas y sentimientos á que en vano trata de resistir. Lo mismo acontece en México, las Repúblicas Centro-Americanas, Cuba y Santo Domingo, pues, favorecido nuestro continente con los dones inapreciables que al Creador plugo concederle, no puede establecerse excepcion ninguna en los rasgos generales que distinguen la naturaleza del Nuevo Mundo, en gran parte comprendida entre los trópicos y bañada por los rayos de un sol ardiente, que le comunicán esa vida, esa animacion que exalta las facultades imaginativas de los que se entregan á la meditacion, al estudio de esa misma naturaleza, inspirándose en ella.

Se vé, pues, que todo lo que puede servirnos para llegar al punto objetivo de nuestro trabajo se manifiesta propicio y aún en lo que atañe á México, ¿no vemos tambien cómo su movimiento literario se presta admirablemente á servir los intereses que venimos defendiendo? Nos sobran elementos propios para contribuir á llevar á cabo tan recomendable empresa, coadyuvando así á la ejecucion del pensamiento. Registramos en nuestros anales literarios nombres tan ilustres como los de Alaman, Luis de la Rosa, Alejan-

dro Arango y Escandon, Manuel Cárpio, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Miguel Angel de la Peña, José Sebastian Segura, Ignacio Ramirez, Joaquin García Icazbalceta, Francisco Granados Maldonados, feliz traductor del *Paraiso Perdido de Milton*, Francisco Gonzalez Bocanegra, Florencio María del Castillo Ignacio Rodriguez Galvan, Fernando Calderon, Márcos Arróniz, Luis Gonzaga Ortiz, Guillermo Prieto, Félix María Escalante, Juan Valle, Gabino Ortiz, Jose Rosas, Vicente Riva Palacio, Manuel María Flores, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Acuña, Antonio Plaza, Agustin F. Cuenca, Gustavo A. Baz, Juan de Dios Beza, Joaquin Gómes Vergara, Justo Sierra, Joaquin Blengio, Pablo J. Araos, José Antonio Cisnero, Antonio Cisneros Cámara, Pedro Ildefonso Perez, José Peon y Contreras y Ramon Aldama. Todo se halla en la más excelente disposicion para prestar su provechoso concurso, en la línea que le corresponda, y si hay obstáculos que tiendan a oponerse al feliz resultado que se pretende, ellos desaparecerán al formidable impulso de todo ese conjunto de medios que acabamos de señalar á grandes rasgos.

Si hasta hoy, por causas que no acertamos á comprender hemos vividos olvidados de que la union es el único recurso que nos puede salvar de los males que la anarquía ha venido produciendo en nuestra organizacion social, es tiempo ya de fijar un hasta aquí á tan injustificable olvido. Iniciemos, pues, la union literaria hispano-americana, precursora feliz de esa otra union que en un tiempo más ó ménos remoto hará de los pueblos latinos del continente un solo cuerpo político, siguiendo así las tendencias de nuestro siglo, que llevan á las razas humanas á la realizacion del ideal que acarician: la felicidad de los individuos que las componen.

Siguiendo por esta senda, con la union vendrán la paz, el afianzamiento de los bienes que hemos adquirido á costa de tantos y tantos sacrificios, la destruccion de todos esos quiméricos fundamentos con que nuestros enemigos exteriores combaten nuestra existencia política, atribuyéndonos la mayor incapacidad para gobernarnos, la consolidacion de nuestras republicanas instituciones y, más que todo, la prueba más concluyente y decisiva de que la raza

latina no ha degenerado en lo más mínimo, ni olvidado los gloriosos antecedentes que la hicieron señora de medio mundo, venciendo el poder sarraceno despues de siete siglos de lucha titánica y efectuando el descubrimiento y conquista de tierras desconocidas y separadas del antiguo continente por la inmensidad de los mares.

Para esto solo se necesita una voluntad perseverante, esa voluntad que nunca abandona al génio cuando inicia las más difíciles empresas; que fué el arma más poderosa de que se sirvió Colon para luchar con sus enemigos y con todos los adversos elementos que se oponian á la colosal empresa que iniciara en medio de las más desconsoladoras circunstancias; que armó el brazo de Bolívar para crear las cinco nacionalidades que hoy le deben su existencia, y que ha vencido y vencerá los inconvenientes que la naturaleza opone al bienestar del género humano, horadando montañas, abriendo itsmos y abreviando maravillosamente la distancia. Es un principio universalmente reconocido que la union produce la fuerza; y si por causas que no nos atrevemos á calificar no hemos podido realizar aquélla, hagamos cuanto dependa de nuestra voluntad porque sea un hecho en lo futuro, ya que en lo pasado no ha sido más que una vana y engañadora ilusion; y animados de ese espíritu cosmopolita que en tiempo quizá no remotos hará la fusion de las razas, destruyendo las preocupaciones de nacionalidad que tanto se oponen al cumplimiento de la ley del progreso, pongamos la primera piedra del edificio que tratamos hoy de levantar, estableciendo las relaciones literarias entre los pueblos latino-americanos, por medio de tratados internacionales en que se extipule la libre introduccion de textos, de una manera mútua, de país á país, fomentando todo lo que pueda ser conducente á que nuestras repúblicas se conozcan, con aquella recíproca armonía que tan bien sienta entre agrupaciones é individuos de un comun orígen.

M. Molina.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

O

TOMAS BECKET.

POEMA DRAMATICO DEL POETA LAUREADO DE LA GRAN BRETAÑA: A. TENNYSON.

(Conclusion.)

ACTO V.

ESCENA I

Castillo en Normandía.—Cámara real.

ENRIQUE, ROGERIO DE YORK, FOLIOT, JOCELYN DE SALISBURY.

R. DE JORK Ya, Señor, cabalgando viene al frente
De escuadron de aguerridos partidarios.
Violó cuantas promesas falso os hizo;
A diestra y a siniestra ha escomulgado.
Contra vuestro hijo una faccion subleva.

ENRIQUE Siendo niños aún donde Teobaldo
Le odiaste, buen Rogerio, cordialmente.

ROGFRIO De su arrogancia indómita adversario
En mi defensa combatílo entonces,
Pero ahora en la vuestra le combato.

ENRIQUE No creo que se agite contra mi hijo,
Pues se con qué ternura supo amarlo.

ROGERIO Antes que Rey lo hiciéseis, porque Becket
Se agita contra todo Soberano.
La Iglesia es todo, el ser monarca un crímen.
En Europa, Señor, reino mas vasto
Que el nuestro no hay, no huelle la corona
Un Súbdito rebelde!

ENRIQUE No hai cuidado.

FOLIOT Mi real Señor, quizas algunas veces
Exedí mis deberes eclesiásticos,
Si bien no voy en zaga a Becket mismo
En cilicios, ayunos y trabajos
Que acrisolan el alma y el espíritu
Emancipan del mundo y de sus lazos.
Echese esto en olvido; importa poco.
De haberlos exedido no me alabo!
Mas en esta querella estuve siempre
Constante y fiel de la corona al lado
Esperando que fuese la corona
El paladin de cuantos la acataron,
Consagrando a vuestro hijo y obediencia
A las costumbres y a la ley jurando.
Pues por estos delitos York, yo mismo
Y Salisbury, vémonos del palio
De la Iglesia espulsados.
Oh Rey! Becket

JOCELYN DE S. Nos huella como a míseros gusanos;
Debajo de sus plantas medios vivos
A vos clamamos.

ENRIQUE (*Aparte*)
Tente, oh Rey! cuidado!

JOCELYN DE S. A tal estremo Becket nos reduce
Que el pan apenas bendecir osamos!

ENRIQUE Y qué quereis que yo haga?

ROGERIO Los barones
Convocad y en consejo consultadlos!
Mientres respire Becket yo aseguro
Que no tendreis una hora de descanso.

ENRIQUE Qué? Si?.... dejad de influenciarme os ruego;
Veo vuestros propósitos.... el caso
Puede que sea asi.... pero vosotros
Sabeis que fácilmente me arrebato.

Retiraos—sereis por él absueltos
Reparacion tendreis; me siento malo;
Dejadme descansar; dentro de poco
Os llamaré:—

(Salen Rogerio, Foliot y Jocelin de Salisbery).

La muerte le he deseado;
He perdido por él todo cariño;
Pluguíese a Dios de súbito llevárselo!
Llévatelo Señor!

(Se recuesta)

UN PAJE (*Entrando*).
Señor: la Reina!

ENRIQUE (*Alzándose sobresaltado*) Cielos!

LEONOR La Reina? no! Solo me llamo
Condesa de Aquitania; soñé un dia
Desposar la Inglaterra, hoy veo claro.

ENRIQUE Cuando de Albion soñabas ser la esposa
A mi hijo estabas contra mi instigando.

LEONOR No hay otro Rey que Becket, tuyo y mio
Y a Aquitania me voy.

ENRIQUE Si no te enclaustro
Para evitar que allá te prostituyas.
Aquitania! Aquitania! Ser estraño
Fuiste, Aquitania, para Luis, no esposa;
Y para mi, Aquitania sólo has sido.

LEONOR Porqué he de ser esposa de quien sólo
Por Aquitania me tendió su mano?
Mas sin serlo, mi flota de Provenza
Llegar os permitió al trono británico
Y ésta que no es esposa fuerzas tuvo
Para daros cuatro hijos todos bravos,
Y uno de ellos al menos en el mundo
Ha de llegar, milor, a superaros.

ENRIQUE Si; Ricardo! Sí, es mio como esposo
Aunque tú eres capaz de enajenármelo.

LEONOR Adueñarse de todos sabrá Becket.

ENRIQUE De Becket ya creia estás en salvo;
Tus odiosas intrigas van de nuevo
A suscitar un monte en pleno llano.

LEONOR A Aquitania me iré, que yo me había
Ser consorte de un Rey imajinado,

No de quien ante un fraile se doblega.

ENRIQUE Qué! Llegó el fin? a discernir el lauro
Vas en media batalla al enemigo?
Yo he de ser en mi casa, único amo,
Y tengo que triunfar! Qué plan diabólico,
Dime, con arte tal estás fraguando?
Porqué me arrojas a la cara a Becket?

LEONOR Porque? porque del Rey esposa, al cabo,
Temo que hasta del trono os precipite.
Conoceis esta cruz?

ENRIQUE *(Mirando a otro lado)* No! fuera, vamos!

LEONOR Ni el diamante del centro que avaluo
En la mitad de Antioquia do fué hallado?

ENRIQUE Ese?

LEONOR Os la dí, y a nuestra favorita
Obsequiásteis con ella; mas fué en vano
Que os la devuelve, muerta para el mundo
Y para vos!

ENRIQUE Qué! muerta! la has asesinado!
Descubriste el retiro y la ultimaste!

LEONOR Ignora Becket el secreto acaso?

ENRIQUE *(llamando)*
Hola! Prision por vida se te espera.
Y que dirá Aquitania a ese mandato
Primero libertad vuestra cautiva.

ENRIQUE Puedo yo alzarla de la tumba, endriago?

LEONOR Sois demasiado trájico; en comedia
Somos en este instante actores ambos
Y en vuestra corte de Provenza habríamos
Hecho reir; es ingenioso adagio
Aquel de Walter Maj, de que una bella
Amará a un clérigo antes que a un soldado;
Que hoy la tonsura es mas que la corona.
Queréisla recobrar? *(Ofreciéndole la cruz)*
(El la arroja al suelo)
Sois muy profano!
Pues vuelva a mi poder! *(Se la pone)*
Fué vuestro clérigo
Quien os robó la dama! oh Dios! qué espanto
Si él os pudiera ver! qué jesto horrible;
Y qué echar por la boca espumarajos.

Todo porque Tomas cual Rey sujeta
La favorita al par de los vasallos,
Y en honor a los castos mandamientos
Os la secuestra en relijioso claustro.

ENRIQUE Reclusa en claustro, mientes! no osaría!
Pero recuerdo ya, si no me engaño,
Que mandarla a un convento me propuso.
Iglesia! Iglesia! Llévesela el diablo.
(*Vase*)

LEONOR ¡Ah!
(*Entran los cuatro Barones*)

REGINALDO Porqué furioso vocifera?

LEONOR Creo que a Becket adorais los cuatro
Y se niega a absolver a los obispos.

REGINALDO Le odio porque es con todos tan impávido!

DE TRACY Y yo por ser con vos tan insolente!

DE BRITO Yo le odio porque le odio y no le trago,
Y a demas lo detesto por hipócrita.

DE MORVILLE Yo no le quiero porque se ha esforzado
En hundir la nobleza, y al Rey mismo
Hoy desafía.

LEONOR Entonces, sin retardo,
Dad el golpe, que el Rey, ya veis, aprueba.
(*Entra Enrique*).

ENRIQUE Cobardes todos son o mentecatos,
Ni uno hay que me obedezca quiera y honre:
Ha pisoteado al Rey su propio esclavo,
Ládrame el can que hartára de caricias!
El miserable que llegó a palacio
En un jamelgo cojo, por montura
Trayendo vieja capa toda harapos,
Remece el trono, invádeme la alcoba,
Donde hasta el siervo es siempre respetado.
La pondré en libertad, y los obispos
Absolverá, pues solo ejecutaron
Mi voluntad. No son como vosotros;
Necios ¿qué haceis allí paralizados?
Ya no seguis al Rey, seguis a Becket.
Abajo el Rey! el Arzobispo en alto!
No habra por fin un hombre que me libre
Del odioso pestífero prelado?

(*Vase*)
(*Los Barones desnudan los aceros*).

LEONOR Sois secuaces del Rey? Yo a él me adhiero!
LOS BARONES Por el Rey! Por el Rey! Vámosnos! Vamos!

ESCENA II

Una sala en el Monasterio de Cantorbery

BECKET Y JUAN DE SALISBURY.

BECKET Dijo eso York?
JUAN DE S. Lo dijo; el buen consejo
Debe el hombre adoptar aún del contrario.
BECKET York es capaz de todo! ¿Qué hace ahora?
Sin duda, al Rey ocupa con su caso
Y de nuestro anatema ante él se queja!
Como si el Rey pudiera levantárselo!
JUAN DE S. Yo quisiera, Tomas, haberte visto
A la vuelta a Inglaterra mas humano,
Como de sus campañas volver suele,
Despojado el ardor, príncipe sabio,
Proclamando sinceras amnistias
Y estendiendo de oliva el verde ramo.
A enemigos domésticos, el odio
Vos os habeis de todos concitado!
BECKET Qué quieres, Juan, mi reino no es del mundo.
JUAN DE S. Conciliando un poco el en que estamos,
El otro engrandeciérais; la política
De perdon oportuno triunfa en ambos.
El bendecir a nuestros enemigos....
BECKET Pero no los de Dios!
JUAN DE S. ¿No entra por algo
El fermento del mundo cuando a Roma
Clamais para que cruda y entre rayos
Promulgue sus derechos y os vindique?
Ah! Tomas, cuantas veces ofuscados
Atribuimos al cielo, los que solo
Son del mundo sacrílegos relámpagos.
El militar lanzado en la contienda
El nacional propósito olvidando
Con odio lidia en su defensa propia.

Perdon! Me autorizásteis; por eso hablo.
Por Dios trabasteis contra el Rey la lucha.
Mas seres inseguros, ignoramos
Si no van nuestros adios y despechos
Disimulados en el fin mas alto!
(*Entra Eduardo Grim.*)

BECKET De Cambridge llegas, Grim; dime qué opinan
Del Arzobispo?

GRIM Yo, que es el mas bravo
De todos los Primados sucesores
Desde Agustin; algunos, que no es raro
Que haya tambien allí viciados juicios,—

BECKET Están con York y son mis adversarios?

GRIM Así es! milord.—Un monje forastero
Solicita una audiencia del Primado.—

BECKET York contra Cantorbery! contra Cristo!
Decidle que entre!—(*Vase Grim*)
(*Entra Rosamunda disfrazada de monje.*)

ROSAMUNDA A solas puedo hablaros?

BECKET Vienes a confesarte?

ROSAMUNDA No! no ahora.

BECKET Habla, entonces, que este es mi duplicado
Ni se aparta de mi cual mi conciencia—

ROSAMUNDA (*Echando la capucha atrás*)
Lo conozco, el buen Juan!

BECKET Ya quebrantando
El noviciado para entrar de nuevo
De este mundo fatal al golfo amargo?
Hija mia, lo siento; yo creia
Haberte dado paz.

ROSAMUNDA Del noviciado
Fué muy corta la paz; hasta mi encierro
Penetró muro y puerta atravesando,
El tremendo rumor de que en breve íbais
A escomulgar al Rey; el sobresalto
Ni comer, ni dormir, ni orar me deja;
Tenia este disfraz, me endosé el hábito,
Creo que la Abadesa no lo ignora,
Y huí; con vuestro nombre por los campos
Techo, alimento y cama hallé doquiera.
Un salteador salióme un dia al paso

Díjele que iba a ver al Arzobispo
Y replicó: pasad! y seguí en salvo.
Fui de hogar en hogar y encontré en uno
Un hijo ciego de su madre al lado,
Fué entrar en la real selva su delito;
Cuando supo la madre, por mis labios,
Que iba a veros, del Rey y sus durezas
Amargamente lamentóse en llanto.
No es el culpable el Rey, sino sus cortes,
Díjele y no creyóme; odia al tirano.
Pide la Iglesia, Rey; vió al Arzobispo
Una vez, y le halló tan dulce y manso!
Padre, el pueblo os adora.

BECKET Ah! cuando yo era
Canciller, como el Rey era arbitrario!

ROSAMUNDA No es él, milord, no es él; son esas leyes

BECKET Leyes y usos!

ROSAMUNDA Le habeis escomulgado?
Milord, si ya lo hicisteis, absolvedlo!

BECKET Hija mia! hija mia! es un arcano
Que no debes tocar.

ROSAMUNDA Que lo conozco!
Entonces lo habeis hecho, y cruel os llamo.

JUAN DE S. Con el buen Arzobispo eres injusta
Que en Francia fué una vez el Rey tan áspero
Que pensó escomulgarlo y no lo pudo:
Venció el antiguo afecto y rompió en llanto.

ROSAMUNDA Dios le bendiga!

BECKET Juan de Salisbury,
Me estás como mujer representando
E infiel a los deberes de mi oficio!
Una voz en el medio de aquel atrio
No proclamó que el Rey estaba enfermo?
Podia yo en tal caso fulminarlo?

ROSAMUNDA Y hoy lo escolmugareis?

BECKET No; el tiempo es corto;
Ni lo haría, aun teniéndolo sobrado!

ROSAMUNDA Gracias en esta y en la eterna vida!

BECKET Vuélvete a toda prisa a tu buen claustro;
Que tu escapada última esta sea!
Cómo está el lindo chico? siempre sano

Sin fiebres, tos, ni pestes?

ROSAMUNDA No; peligros
Son de que se liberta el solitario!
De la ciudad la plaga es el azote,
Mas se libra el desierto de su estrago.

BECKET Que conserve de su alma la pureza!
Sea tambien la soledad tu ámparo.
Me recuerda?

ROSAMUNDA Yo cuido que no olvide.

BECKET Se te parece mucho! es tu retrato.

ROSAMUNDA Mas se parece al Rey!

BECKET Te engañas, hija.

ROSAMUNDA Esperad a que se halle mas formado;
Será el Rey mismo!

BECKET Y aunque fuere idéntico
No pienses en el Rey. Adios!

ROSAMUNDA Vi al paso
Que habia gente en armas por la villa

BECKET Aun así, vé con Dios!

ROSAMUNDA Pasaré un rato
A rezar por mi Rey, señor y dueño,
Por mi hijo y por mi alma e iréme al claustro.

BECKET Tambien por mí que bien lo necesito.
(*Rosamunda hace una genuflexion y vase*)
Duro es, Juan, el perder en celibato
De la esposa y del hijo la ternura.

JUAN DE S. Menos, milord, perdemos que ganamos.
Pues de vuestras esposas una sale
Fregona que parece un estropajo
Por desgreñada, neglijente y sucia;
Otra tan charlatana que no hay santo
Que le logre entender su pepitoria,
Astuta sierpe de enredoso amaño
Cullos silbos te[illegible]ran los oidos
Y hasta la muerte privan de descanso;
Otra obesa y linfática; una posma;
Otra adicta a suspiros y desmayos,
Que al mas leve reproche hace una escena
Y llamándose víctima es tirano;
Otra es una *uxor pauperis Ibyci;*
Que es la que al hombre ayuda en sus trabajos

Y transforma industriosa como abeja
El hogar en panal, caso muy raro!
Mas vale nuestra suerte, pues nosotros
A la Vírjen Purísima adoramos,
Por esposa tenemos a la Iglesia,
E hijos las almas son que hemos salvado,
Que abriéndonos están el Paraiso!
No juzgais mas prudente retiraros?
Habló de gente armada por el pueblo!

BECKET Un dia que vagaba por el campo
Con el Rey que aun me amaba, sorprendimos
Echado sobre un nido un pobre pájaro;
Despacio por asirlo hasta él lleguéme
Pero no se agitó bajo mi mano;
La nieve estaba dura en torno suyo
Y hallé un monton de huevos congelados
Bajo sus alas yertas; mira, cómo
En la obra de Dios, hasta en los brutos
El amor maternal es soberano!

JUAN DE S. Aficionado siempre de las bestias!
Mas de esa gente en armas no hareis caso?
De Broc viene quizas de su castillo
A vuestra santa madre a dar asalto
De miedo que incubando largo tiempo
Al mundo que es un huevo conjelado
Su ardor cordial consiga trasmitirle
Y le haga producir coros seráficos.
Ocultáos milord!

BECKET Rubia doncella
De mi madre en la casa vivió antaño,
Y si del mundo es rosa, Rosamunda,
Aquella era del mundo lirio casto,
Tan bella como pura

JUAN DE S. Y qué hay con eso!

BECKET Murió de lepra!

JUAN DE S. En la razon no caigo
Por qué evocais, milord, viejas memorias.

BECKET Recorre el que se ahoga, en curso rápido
Ya al punto de espirar, toda su vida!

JUAN DE S. Y a esa gente? milord, tratais de ahogaros.
Pierde de su martirio todo el mérito

Quien pudiendo eludirlo va a buscarlo.

BECKET Qué dia es este? Mártes?

JUAN DE S. Milord, mártes!

BECKET Nací en mártes, fuí en mártes bautizado,
En mártes con el Rey empezó el fendo,
En mártes salí huyendo de Northampton,
En mártes de Inglaterra fuí proscrito,
En Pontiguy en un mártes me auguraron
Mi futuro martirio, mártes era
Cuando entré del destierro al suelo patrio,
Y en un mártes.....
(*Entra Tracy; en seguida Reginaldo. De Brito y de Morville. Los siguen monges.*)
De Tracy!
(*Largo silencio roto por Reginaldo que esclama desdeñosamente*):

REGINALDO Dios os guarde!

JUAN DE S. (*aparte*) Nunca soportar pudo los sarcasmos:
Cómo el buen arzobispo ha enrojecido!

REGINALDO Un mensaje del Rey, milord, os traigo
Del otro lado del Estrecho; ántes estos
Preferis recibirlo o en privado?

BECKET Como quieras!

REGINALDO Milord, como os convenga!

BECKET Como mejor os acomode!

JUAN DE S. Acaso,
Conviene hableis a solas; nos iremos!
(*Salen todos y quedan Becket y los cuatro barones.—*)

REGINALDO Estamos solos; con su propio báculo
A que le rompo el cráneo!

DE MOVILLE Aguarda, mira
Que la puerta está franca, temerario!

REGINALDO La escomunion su Majestad condena.

BECKET Público asunto eso es: volved hermanos.
(*Vuelven a entrar Juan de Salisbury y los monges*)
Trasmitidme, señores, la real órden.

REGINALDO Por vuestra voz el Rey del otro lado
Del estrecho os ordena que sumiso
Seais a vuestro jóven soberano
En vez de criticarle sus flaquezas.

Cómo! a los que le ungieron condenando
Pretendeis anular la ceremonia?
Estad a las resultas!

BECKET Reginaldo,
Todos saben cuanto amo al jóven Príncipe.
Su padre un dia lo confió a mi cargo;
Fuí su segundo padre; faltas tuvo
Y mi propia existencia hubiera dado
Para librarlo de ellas, que el Rey solo
Tuvo en mi corazon sitio mas alto.
Antes que desmedrar su poderío
Desearia mas bien cuadruplicarlo,
Ensanchando sus rentas y sus límites
Con tal que la equidad no sufra agravio.

REGIDALDO Quebrantásteis la tregua convenida
Y con el Rey vuestro solemne pacto
Suscitando tal ruido y alboroto,
Que os llama cuenta a dar de vuestros actos
Ante su tribunal en Normandia.

BECKET No hableis de compromisos que es en vano;
Jamas a separarme de mi Iglesia
Volverá el ancho mar que rompe lazos,
Ni abandonaré nunca a Cantorbery.
Qué ruidos suscité? El campanario
El aire ensordeció con sus repiques.
En los templos los himnos y los cantos
Resonaron al par de los salterios.
Vibraron los trompetas en los patios
Entre sollozos, risas y clamores;
Por delante de mí tendieron mantos
Y hubieran enflorado mi camino
A no encontrarse con las nieves albo,
Que era mitad de invierno cuando ardia
En esos nobles pechos el verano!

REGINALDO El Rey os manda que absolvais al punto
Los obispos que habeis escomulgado.

BECKET Yo no absuelvo! al Pontífice pedidlo!

REGINALDO Mas vos al Papa aconsejasteis!

BECKET Claro!
Y no les queda mas que someterse!

LOS BARONES Somos gentes del Rey y es su mandato.

BECKET Los secuaces del Rey saber debieran
Que en Julis con el Rey dejé pactado
Que yo censuraría a los obispos
Que al jóven Rey Enrique coronaron
Atropellando a Dios y a Cantorbery.
REGINALDO Qué! osais llamar traidor al Soberano?
El por un acto que ordenó a los suyos
Convenir en que fuesen fulminados?
BECKET No hablé de traicion! En testimonio
Cito, de que es lo que aseguro exacto,
A obispos y prelados y barones
Monjes y caballeros que se hallaron
En la entrevista y lo que afirmo oyeron,
Tú allí estabas y oiste Reginaldo!
REGINALDO Yo no estuve!
BECKET Te ví.
REGINALDO No estuve.
BECKET Afirmo!
Nada olvido!
REGINALDO Señores, hasta cuando
Vamos a soportarle; al Rey de Judas
Y a mi de mentiroso me da el trato.
JUAN DE S. (*Hablando aparte a Becket*) Tratad milord con [ellos este asunto
En mejor ocasion. Están borrachos
Y alborotados vienen de una orgía
Listos para cualquier asesinato
Despues de sus copiosas libaciones.
BECKET Y estos protestan de alborotos que armo!
Del Rey los partidarios se apellidan
Y entraron por mi diócesis a saco,
Ultrajando a mis pobres inquilinos,
Mis rubias sementeras cosechando,
Espulsando a mis clerigos, y haciendo
Botin en mis graneros de mi grano
Que en dias de escasez es la reserva
Con que acude el pastor a su rebaño.
Los de Brocs que llamais vuestros amigos
En las plazas de Dorer me aguardaron
Para matarme: aquí en mi casa propia
Han perseguido a muerte mis venados;

Mutilaron mi mula calecera;
Piratas salteadores sobre un barco
Se echaron, que con vino de Gascuña
Me mandara el Rey padre de regalo;
Mataron y aherrojaron a la gente
Llevándose, por fin, hasta los cascos.

DE MOVILLE Por qué al Rey jóven no apelais de todo
En vez de castigar por propia mano?
Sabiendo que me amaba, al jóven príncipe
Me estorbaron llegar los adversarios.
¡Con qué orgullo alzas, Hugo, la cabeza!
Ademas yo ni al Rey ni a sér humano
Pido venia al salir de la vindicta
De mis justos derechos conculcados!
Dad al Rey lo del Rey y a Dios lo suyo!
En mi propia defensa yo me basto!

REGINALDO Amenazas! Ya ois como conmina!
¿Será al fin todo el mundo escomulgado?
(*Los Barones rodean a Becket*)

DE TRACY No lo hará!

DE BRITO Yo debiera, pues hasta ahora
A mi no me escomulga, serle grato.

BECKET. Naciste escomulgado y nunca he visto
De la gracia en tu espíritu ni un rayo.

DE BRITO Cristiana caridad!

BECKET Por San Dionisio!—

DE BRITO Ya estalló; va a perder en su arrebato
Cual otro San Dionisio la cabeza.

BECKET Quereis de mi lealtad al Padre Santo
Obligarme a cejar! No! Aunque reluzcan
Los aceros de Albion desenvainados
Listos para ultimarme a una real órden;
Aunque vibren y atruenen el espacio
Desde los rejios tronos mil trompetas
Sublevando a los hombres en mi daño,
Fiel permaneceré de pié invistiendo
La autoridad que Roma me ha confiado,
Cubierto de mi fé con la armadura;
Seré el primero en los primeros rangos
De los que están por Dios a morir listos
Para poblar el cielo el dia fausto

En que el Señor sus joyas atesore.
Una vez escapé—nunca otro escándalo!
Me asombrais! lo que media entre nosotros
Sabeis; al canciller como vasallos
Jurasteis obediencia y atrevidos
Atacais al Pastor en su palacio!

LOS BARONES Contra la obligacion que al Rey tenemos
No puede haber entre nosotros lazos.

REGINALDO Estorbar del traidor la nueva fuga
De órden del Rey, milores, os encargo.

BECKET Tranquilizaos! soy muy fácil presa;
Aquí me encontrareis; no daré un paso!

DE MOVILLE Vuestro lenguaje espone vuestra vida.

BECKET Insisto en él!

REGINALDO
DE TRANCY } Al arma!
DE BRITO

(*Salen los Barones, de Moville se queda atras—*)

BECKET Por honrado
Te tuve de Morville y aun me pareces
El menos homicida de los cuatro!
Para salvar tu alma no es ya tiempo?
No te condenes por seguir un bando!
Detente a hablar conmigo; te suplico.

DE MORVILLE Es demasiado tarde!

BECKET Demasiado?
El demasiado tarde de la tierra
Te llevará al infierno en breve espacio.

LOS BARONES (*A distancia*) Cerrad la puerta grande que da [al pueblo!

GENTES DE BECKET Echad llave a la sala!

(*Pausa*)

BECKET Juan, hermano
Los oyes? por qué estás tan silencioso?

JUAN DE S. Pensando estaba en un antiguo adagio:
Suaviter in modo fortiter in ré;
No quita el ser cortes el ser muy breve
Y *Virtus gratior est in pulchro corpore.*
A qué, Tomas, por esto airarse tanto?

BECKET Con templanza he creido responderles

JUAN DE S. Como quien sopla el fuego para enfriarlo.

Nunca un consejo ajeno habeis seguido,
Y os aferrais al vuestro.

BECKET Es eso exacto!
Bien; qué hubiérais querido que yo hiciera?

JUAN DE S. Que hubiérais a los vuestros consultado
Antes de consentir a estos bandidos
Presentarse ante vos, que de mataros
Vienen buscando la ocasion y dáisela.

BECKET Tomé el consejo, Juan, y está hecho el ánimo.
Estoy listo a morir.

JUAN DE S. No está el mas puro
Para morir, del todo preparado!

BECKET. Sea de Dios la voluntad!

JUAN DE S. Que sea!
(*Volviendo*)

GRIM. Los barones, mi lord, se están armando
Bajo del Sicomoro.

BÉCKET. Bien! que se armen.

GRIM. Y Roberto de Broc se unió a los cuatro.
Con Randulfo ese apóstata, aquí estuvo
Y conoce esta casa palmo a palmo.

BECKET. No haya miedo!

GRIM. Mi lord, nunca habrá miedo.
(*Crujen las puertas de la sala; huyen los monjes.*)

BECKET. Ya mis palomas cándidas volaron;
(*Levantándose*)
No se por qué son tímidos los monjes!

JUAN DE S. En vuestra catedral buscad amparo.

BECKET. No atacan al demonio día a día?
Valientes los quisiera al par que santos.
Por qué son pusilánimes los monjes?

JUAN DE S. Quien sabe si lo son; no están probados.
Refujiáos, mi lord, os lo repito.

BECKET. En este sitio prometí aguardarlos.

GRIM. Los monjes a su vez pensar pudieran
Que no osais en el coro presentaros;
Ya comienza el oficio; Presididlo.
(*Las campanas tocan a vísperas hasta el fin de la escena*)
Tiemblan de que hayáis sido asesinado;

Id a robustecer sus corazones
Que están con el temor incierto lánguidos.

BECKET. Sí! monjes, hombres nó!

GRIM. Mi lord, soy de ellos:
Quizas injusto sois;mas de uno acaso
Os defendiera a costa de su vida!

BECKET. Perdóname!

JUAN DE S. Al oficio! vamos, vamos.

BECKET. Quién con mi cruz en alto me precede?
Creí que iban con ella a hacer su estrago.
(*Grim la toma*)

GRIM. Yo que cargara si posible fuera
La cruz de angustias que os está abrumando.

BECKET. La mitra!

JUAN DE S. Vedla aquí! vais a ceñírosla?
(*Becket se pone la mitra*)

BECKET. De mi Rey al encuentro voy; el palio!
(*Alzan el palio*)

Grim. Al encuentro del Rey?
(*Crujidos en las puertas cuando salen*)

JUAN DE S. Mi lord, paréceme
Que con sobrada majestad marchamos!
No sentís cómo arrecia la tormenta!
Las puertas cederán hechas pedazos.

BECKET. Por qué rabia el impío? amigos mios,
Morir aquí u allá poco hace al caso.
Se me predijo sin embargo en sueño
Que en la iglesia seré martirizado.
Es voluntad de Dios; seguid! no aprisa,
No parezca que vamos escapando.

ESCENA III

Catedral de Cantorbery, nave del norte.—A la derecha una série de gradas que conducen al coro, otra a la izquierda que conduce a la nave del norte.—Tarde de invierno; va oscureciendo lentamente.—Truenos sordos de tormenta que se acerca.—Canto del servicio por los monjes.—Rosamunda arrodillada.

ROSAMUDA. Oh Bienaventurado Benedicto,
Esas jentes armadas son mi espanto!
Oh santo fundador de Cantorbery,

Salvad al que hoy empuña vuestro báculo;
Salvadle, él me salvó y salvó a mi hijo.
Su sangre infamaría al hombre que amo;
Salvadle hasta que santo a vuestro ejemplo
Libre de purgatorio, inmaculado
Vuele a la eterna gloria en derechura.
(*Rumor de pasos y voces en el claustro*)
Oigamos! ellos son! Cielos, salvadlo.
No está en la iglesia aun; gracias al cielo.
(*Sube las gradas que conducen al coro*)
(*Becket entra empujado por Juan de Salisbury y por Grim.*)

BECKET. No puedo soportar ser empujado;
No me forcéis, os digo, a pesar mio.

GRIM. Os salvamos, mi lord, de los sicarios.

BECKET. Impedís que me ciña la corona!

JUAN DE S. No ha de ser el martirio provocado.
(*Pára el oficio. Los monjes bajan las gradas que conducen al coro.*)

MONJES. Hé aquí al Arzobispo! Vive! Vive!
Con él glorifiquémosnos, muramos!

BECKET. Juntos conmigo?.... No! volved al coro
Y seguid el oficio comenzado!

MONJES. Venid a acompañarnos en las vísperas!

BECKET. Cómo seguiros si cerráis el paso?
Volved os digo y continuad el rezo!
Ante todo está Dios; servidle, aun cuando
En final terremoto se hunda el mundo
Y se alcen los abismos a los astros!
(*Ruido en el claustro*)

MONJES. Oid! Los asesinos! Ocultémonos!

BECKET. Qué teméis?

MONJES. Esas jentes en el claustro!

BECKET. Yo a encontrarlos saldré, no seáis tímidos.

GRIM Y OTROS. Cerrad las puertas bien y defendámoslo.
(*Cierran las puertas del crucero. Golpean.*)
Huid, mi lord, huid! las puertas rompen!
[*Golpean*]

BECKET. Son monjes que seguían nuestros pasos.
Los dejaréis afuera a que sucumban?
No es el templo un castillo! abrid! os mando

Llamad y os será abierto: qué! estáis sordos?
O perdí mi poder y es desacato?
Dejadme libre el paso;
[*Abre las puertas. Entran los monjes que vienen del claustro.*]
Entrad, amigos;
Aprisa, mas de prisa entrad, hermanos.

MONJES ¡Oh, milord arzobispo! diez Señores
—Con machetes y aceros muy armados....
Al coro! al coro!
(Los monjes se dividen: unos escapan por las gradas de la derecha, otros por las de la izquierda. Los últimos arrastran a Becket y lo fuerzan a subir algunos tramos, donde queda de pié, solo.)

BECKET Iré con mi rebaño,
De mis predecesores sobre el trono
A morir?

JUAN DE S. No! a la bóveda, diez tramos
Solo hay que descender; pero está oscuro;
Cuidad de no caer.

GRIM No! Sobre el arco
De San Blas; la capilla es buen asilo!

¡JUAN DE S. *(Señalando hácia arriba y hácia abajo!)*
Por una u otra via, mas salváos!

BECKET No! Por ninguna de ambas, mas por esa
Que de la noche lleva al dia claro
Y no hay diez gradas que trepar; basta una.
No temais de que ciego pise en vago,
Que si hoy triunfa el poder de las tinieblas
Vereis, al fin, la luz triunfar del cáos.
Yo me hallo en plena luz y no en las sombras
Me ofrezco de la Iglesia en holocausto
Surjierán fuerzas vivas de la muerte,
Que la emanciparán de los tiranos
(Entran los cuatro caballeros—Juan de Salisburry se refujia en el altar de San Benedicto).

REGINALDO Aqui jentes del Rey!
(Coje al último monje)
Dónde está el pérfido?

EL MONJE Yo no soy! Yo no soy!

REGINALDO *(Empujándolo)* Llévete el diablo!

Triple traidor al Rey ¿dónde te ocnltas?
DE TRACY Dónde está el Arzobispo?
BECKET Aquí! Vasallos!
Mas no traidor al Rey: de Dios Ministro;
De Inglaterra Católico Primado!
Soy quien buscais! qué me quereis?
(Desciende al crucero)
REGINALDO Tu vida!
DE TRACY Tu vida!
DE MORVILLE Si! tu vida Becket, salvo
Que absuelvas los obispos.
BECKET Nunca, a menos
De que a la Iglesia acaten prosternados.
Antes dí mi respuesta a esos clamores!
DE MORVILLE ¡Eres muerto si no huyes!
BECKET No huyo! vamos,
Mas que a matar vosotros, yo estoy listo
A morir! De Morville te ves falto
De corazon para acabar la obra
Y bañar con mi sangre el suelo sacro!
Dios os perdone a todos; pero en su ira,
Si tocais a uno solo de mi hato,
No tenga con el cruel misericordia
Y que os fulmine su potente rayo!
REGINALDO No ordené que cerráran la gran puerta?
Medio pueblo a la Iglesia viene entrando!
Nos va a aplastar el número; prendedlo!
Date a preso! Obedece!
DE MORVILLE No hagais daño
Al hombre, mas prendedlo.
(Reginaldo lo coje de la vestidura)
BECKET No me toques!
DE BRITO Cómo se diviniza el varon santo.
Aun al seno del Padre no ha ascendido.
REGINALDO Vas a ver si te toco y aun te arrastro.
BECKET Eres mi siervo y mi vasallo. Fuera!
(Lo empuja y Reginaldo vacilando casi cae)
DE TRACY *(Cojiendo a su vez al Arzobispo del manto)*
Te mandan darte a preso; ven!
BECKET Abajo!
(Lo tira de cabeza)

REGINALDO *(Acercándose con espada desnuda)*
Te dije que jamás te olvidaría!
BECKET Libertino: rufian!
REGINALDO Ois! Matadlo!
(Bota la mitra arzobispal y lo hiere en la frente)
BECKET *(Cubriéndose los ojos con las manos)*
En tus manos, Señor, la causa pongo!
Asístame la Vírjen y los Santos
Que a nuestro Cantorbery patronizan!
(Grim rodea con su brazo el cuerpo del Arzobispo)
GRIM Escusa esta defensa, caro hermano!
(Tracy levantado se acerca con la espada en alto.)
REGINALDO Tracy! péga!
ROSAMUNDA *(Precipitándose por las gradas del coro.)*
No! no! no! no!
REGINALDO Ramera,
Tambien tú aquí? Retenla!
DE MORVILLE Yo la aparto!
ROSAMUNDA *(Sujeta por De Morville y estendiendo los brazos)*
Piedad! Piedad! Si la esperais un dia!
REGINALDO Os digo que pegueis!
GRIM Oh Dios! que escándalo
En su templo ultimar al Arzobispo!
¡Papa y Rey van a un tiempo a condenaros:
Vais a ser el horror de todo el mundo,
Y como perros morireis al cabo!
No! buen Tracy, detente
(Alza el brazo)
REGINALDO No oigas, hiere!
DE TRACY Ve mi respuesta!
(Cae su espada sobre el brazo de Grim, y deslizándose por él hiere a Becket.)
GRIM Cercenóme el brazo!
No puedo mas; consuma el sacrificio,
Y nuere conquistando!
(Se arrastra herido a la capilla de San Benedicto)
BECKET *(Cayendo de rodillas)* Señor! caigo
A la derecha; en honra y mayor gloria

De vuestra Iglesia! Oh Dios! en vuestras manos!)

(*Cae postrado*)

DE BRITO De un mundo de alborotos líbrete ésta.

(*Lo mata*)

Para no alzarse mas, cayó el menguado!

REGINALDO Impusímosle? Cómo! al Arzobispo?
¿Respira? No?

DE TRACY Está muerto!

(*Estalla una tormenta*)*

DE MORVILLE Va en sus antros
A tragarnos la tierra?

DE BRITO Ya está el hecho
Consumado, Señores! Ea! Huyamos!

(DE BRITO, DE TRACY, REGINALDO, *salen gritando: ¡Favor al Rei!* DE MORVILLE *sigue en pos lentamente. Relumbran los relámpagos al traves de las abirragadas rosetas y ventanas ojivas de la Catedral.* ROSAMUNDA *arrodillada en el crucero junto al cadáver de* BECKET.)

CÁRLOS MORLA VICUÑA.

**Es histórico que estalló una tormenta espantosa sobre la Catedral en los momentos en que abandonaban el sitio los asesinos.*

FIN DEL DRAMA.

PRIMAVERA FUGAZ!...

(Capítulo primero de las Memorias de Julio el Bachiller).

AL SEÑOR DON CARLOS T. ROBINET

¿A qué negarlo?—La amaba con toda mi alma: á los diezisiete años nuestra amada no es mujer, es ángel, y á nuestros ojos y en nuestra imaginación, de mayores encantos y perfecciones adornada que los mismos rubios querubines del cielo; no debí decir que la amaba, ello es impropio, el amor no es sino el lazo invisible y firmísimo que une un sér á otro igual, ó que le mancomuna á un inferior, —y yo no me creía igual á ella—qué sacrilejio de presunción mayor que la de Satán hubiera sido aquél!—yo la adoraba, considerándome indigno de mirarla de frente sólo lo hacía á hurtadillas, llegando á enrojecer si me sorprendía, no marchaba jamás sino detrás de ella y á respetable distancia, y como la picaruela, más ó menos, . . . dirigía la vista. . hacia los sitios donde yo me encontraba, me creía el hombre más feliz de la tierra.

Todo en ella me parecía sublime, desde su nombre, que creía oriundo de la *esplendente región de la Media Luna:* llamábase Zulema. La conocí en un pueblecito de baños, cuyo recuerdo no quiero profanar nombrándolo; démosle un nombre cualquiera: Viña del Mar, por ejemplo. La ví por vez primera apoyada en un balcón, en la actitud de persona recién llegada que desea conocerlo todo de una vez y abarcarlo todo con la mirada. ¡Qué simpática me pareció! Su carita tenía la viveza picante de una educanda de las monjas que deja el claustro por corto tiempo y quiere aprovechar bien su fugitiva libertad; la tez morenita, de color virgen, sin una mancha, como un cielo de estío, labios tan risueños que parecían predestinados á no decir sino maldades, nariz correcta y breve, frente tersa como una hoja de azahar, cabellera graciosamente peinada y que daba á

su cabeza el relieve de una estatua griega, orejitas pequeñas que mostraban cierto orgullo de vivir á la sombra de la castaña madeja;—y el lector dirá, Zulema no tenía ojos? —Ah! lector querido, bien hubiera deseado que Zulema fuese belleza ciega, sin luz en la mirada, que oscureciera su rostro, sin fuego que quemara mi pobre corazón. Renuncio á describirlos: ni aun su color pude conocer—pero álguien me decía que eran negros y de extraordinaria viveza. ¿Podría un fotógrafo retratar á una persona, jamás quieta, y que se moviese ante él como á la influencia de un resorte eléctrico? Forzoso me es hacer idéntica declaración de imposibilidad: aquellos ojos tenían para mí más brillo que el mismo sol, puesto que éste solo me dejaría ciego si intentara fijar en él osadamente mi pupila, y los soles de Zulema llegaron hasta el alma y alejaron de ella para siempre la grata somnolencia en que reposamos antes de que la pasión, con fuerza semejante á la de Cristo ante la tumba de Lázaro, nos grite con imperio: Despierta y ama!

¡Qué ojitos aquellos! Si alguien me pidiera un secreto para conocer infaliblemente la fuerza del amor que una mujer le concediera, le diría: fijaos en su vista. La mujer miente con los labios, con el jesto, con los modales, pero jamás podrá mentir con la mirada: si se nos permitiera la expresión, diríamos que los ojos son balcones por los cuales asoma el alma de la mujer.

No te puedes quejar, Zulema: con tu mirada me has hecho médico del amor; ya vez que con la gravedad de un catedrático doy recetas salvadoras. Algo me habías de enseñar pues que me hiciste olvidar tanto en tu escuela!

Pocos dias despues la conocí: hicimos gala de talento disertando sobre temas tan abstractos como la temperatura, las distracciones de la localidad y los que en ella veraneaban; pero esto era lo que se oía, pues estábamos en presencia de mi presunta suegra—Dios la perdone!—y de varias otras personas. Al propio tiempo sosteníamos charla animadísima con los ojos sobre temas muy diversos, ya muy discutidos y que eran entre nosotros de constante actualidad; y tanto acaloráronse posteriormente los ánimos en esta discusión, que la señora suegra dijo un dia á Zulema con exquisita ternura: si en adelante miras siquiera á ese per-

dido insolente te llevo á Santiago y te encierro en las Monjas!

Palabras dichosas para mí: al dia siguiente, en la mañana, hora en que nos veíamos en los baños y en que soplaba á su oido confidencias de sincero amor, breves y sencillas, indicóme con la mirada una altísima roca vecina al camino al propio tiempo que señalaba á su madre que la seguía, con expresión elocuente que daba á conocer la nueva situación.

Me dirigí presuroso á la roca, busqué entre el musgo que crecía en sus grietas y encontré un papelito pequeñísimo. Precioso hallazgo! Le abrí con mano trémula, y leí las siguientes palabras: "Julito mio: Mi mamá no quiere que Ud. me mire porque teme que yo me enamore y dice que todavía soy mui chiquilla; pero yo sé que mi corazón es ya suyo y le pertenecerá hasta la muerte. Z."

Cómo no adorarla! esclamé, y digo esclamé porque lo dije en voz alta, mirando el mar infinito ante mí que me parecía pequeño ante nuestro amor. Besé mil veces con loca efusión aquel papelito, no hallaba donde colocarlo, creía engañarme y lo leia de nuevo y lo acariciaba como pudiera acariciarla á ella; en aquella edad, el alma es tan tierna que el placer como el dolor se resuelve en lágrimas, lloré de alegría, humedecí el papel con ellas y lo sequé con mis besos.

Aquel papelito exigía respuesta y la tuvo apasionadamente sincera. Desde entonces, mañana á mañana, Zulema con gentileza encantadora al dirigirse al baño y al pasar por la robusta roca decia á su madre: qué hermoso se ve el mar desde aquí!, apoyaba su manecita en el musgo y despues lo re.novía graciosamente. La roca fué buzón durante el mes de Febrero, Zulema y Julio no se volvieron á hablar y la presunta suegra, gozosa por el resultado de su prohibición de mirar, llegó acaso á creerse mas diplomática que el mismo Talleyrand.

El tiempo pasó para aquellos tiernos amantes con mas rapidez que la golondrina que vuela. La partida de Zulema, fijóse para los últimos dias de Febrero, y cambiáronse entre los enloquecidos jóvenes las dos postreras cartas que copiamos.

Febrero 26, penúltimo dia de mi dicha.

JULITO MIO:

Mañana á la tarde nos vamos á Santiago, mi corazón y mi pluma tiemblan al comunicártelo. No quisiera volver á las Monjas; mis quince años, entusiasmados por tí, se alejan del convento y me darán en él muy amarga vida; pero mi madre, que dice soy demasiado niña, cree necesario me eduque mas y llegue á ser bien instruida. Yo sé que tú me amas ignorante, no veo necesidad de aprender, temo además que la vida libre que vas á llevar te aparte de mi recuerdo y me hagas eternamente desgraciada.

No creas que porque soy mujer, según tú dices, no tengo memoria: sé querer mucho más que tú y te doy la prueba mandándote el pelo que me pides y que tú no me has querido dar.

Amame siempre: seremos felices algun dia. La que de veras te adora.

Z'

P. D.—Saldré del colegio todos los meses y me irás á ver don de tú ya sabes.

Febrero 27, último dia de felicidad.

ZULEMA ADORADA:

He leído cien veces tu papel, lo he besado hasta borrar sus letras y todavía no puedo creer que nos separamos. ¿Porqué nos hemos conocido si debíamos separarnos algún dia? Es inútil que vayas al colejio: tu carita divina y tu gracia inimitable son ciencias que ninguna mujer posee como tú y que todas te envidiarán: nada necesitas aprender. Exigencias son esas de tu mamá que no puedo perdonar. Miéntras estés en el Convento yo trabajaré con tesón por merecerte y estudiaré mis leyes dia y noche para ser pronto abogado y lograr poseerte eternamente. No te olvides del pobre joven qus te adora y piensa que con tu olvido le darás la muerte. El pelito que me mandas será mi mayor tesoro y lo llevaré siempre encima del corazón. Te besa los piés, el más amante y constante de los hombres.

JULIO.

Y como lo prometí, lo cumplí: los hombres somos indudablemente más cándidos que las mujeres; ellas prometen mucho y nada cumplen, nosotros prometemos poco y cumplimos casi sienpre al pié de la letra.

Ella ingresó á las monjas y se perdió de mi vista, pero conservó en mi alma el santuario que á su imagen adorada le dió mi amor de niño. Yo ingresé á laUniversidad, y fuí entre mis compañeros un tipo raro. Estudiaba con ahinco materias que requieren mayores esfuerzos, y entusiasmado por el amor y fiado en la fidelidad de Zulema, leía el Derecho Romano con deleite y lo aprendía con puntos y comas.

Todo me la recordaba: estudiaba la manumision, que significa libertar a un esclavo, y me decía en voz baja: ojalá Zulema no me manumita jamás!—pero quisiera, quedando esclavo, recibir de ella la palmada que á los Romanos libertaba! Hasta los contratos avivaban su recuerdo: *do ut des*, leía yo, prestar un servicio á cambio de otro, es decir recibir de Zulema, la divina, una caricia á cambio de otra prodigada por mí y pasar la vida en este inocente estudio práctico.

Oh! benditos comentarios! Malditas sean las lecciones de la vida que nos hacen ver en las cosas sólo la entidad objetiva y nos hacen reir acordándonos de reflecciones que debieran hacernos llorar; malditas lecciones que desnudan á los libros del ropaje poético que las hace atractivas y dejan al estudiante de leyes en la triste condición de vulgar disector que examina friamente las fibras de un miembro y se encadena al prosaismo!

Transcurrió pesadamente el año: en su curso la ví solamente tres o cuatro veces, no pude hablarla y la presencia de su madre me privaba hasta de saludarla: mis miradas la buscaban con afán y nuestros diálogos no era ya tan prolongados ni tan entusiastas.

Mi apasionado estudio alcanzó el merecido premio: y el viejo profesor llegó a decir en cierta ocasión a un compañero que yo era buen alumno porque no pensaba en niñas, *cosas*, segun el, *impropias de la edad*. Lamentable engaño! estudiaba por un doble deber, el primero y entonces más sagrado, el conpromiso con Zulema, el segundo mi propia obligación. Si hubiera oido mis comentarios!.....

Orgulloso de mi comportamiento anhelaba vivamenre encontrarla para probarle mi fidelidad y exigirla de su parte. Ella también cumplió su palabra....pero como mujer.

En los primeros dias de Diciembre la encontré en la Alameda, se paseaba distraidamente y al pasar por un asiento dejó caer una flor que presurosamente recojió un perillán rubio de descarado semblante.

Sentí algo como una fatiga, mi sangre se heló, mi corazón dejó de latir, me pareció que un rayo caía sobre mi cabeza. Zulema!... la morena de Viña del Mar!... los juramentos!... el estudio apasionado!... mi único amor! ... todo era tinieblas á mi alrededor. Dicen que caí enfermo de fiebre, y que deliraba, lo que no me extraña: era entónces tan... bueno!—Pensé hasta en morir, quise poner dinamita á toda la humanidad para vengar tan atroz injuria y perecer en las ruinas del mundo,—qué Nerón se es al recibir el primer desengaño!

Volví á Viña del Mar aquel año: llegué el 20 de Diciembre y al siguiente dia, á la vuelta del baño, encontré á Zulema en compañía de una hermana, y con la intencion de avergonzarla por su deslealtad acerquéme á ella.

—Cómo quema el sol, la dije. No tendremos la estación primaveral tan agradable del año pasado.

—Bah! No volverá, la primavera es tan fugaz!—me contestó sonriendo con esquisito descaro.

No lo he olvidado; y espero que no seré en lo futuro ni Pablo ni Nerón.

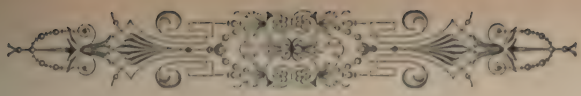
Como los niños tienen la gracia de contar sus amores y desventuras siempre que encuentran algun paciente, hice un dia mis confidencias á una señora madura, viuda de un Capitan de Granaderos, en términos sentidos que casi me arrancaban lágrimas.

—Qué mujer tan falaz! terminé, tan jóven y de alma ya tan perversa.

—No seas tonto, niño, replicó, la pobrecita ensayaba su papel!...

Diciembre de 1885.

LORENZO MONTT.



ESTADISTAS BOLIVIANOS

DON MARIANO BAPTISTA

I

De tiempo en tiempo aparecen en los pueblos ciertos hombres que atraen sobre sí la atencion pública, sea por el conjunto de cualidades sobresalientes que poseen, sea por la participacion que toman en los acontecimientos de su época.

Pocos de esos hombres hai en la vida política de Bolivia.

Los antecedentes de este pais como colonia, la lenta metamorfósis que ha debido sufrir para convertirse en nacion; y las condiciones sociales que lo caracterizan, no podian suministrar elementos capaces de producir esas figuras que los pueblos muestran con orgullo y los hombres miran con reverente entusiasmo.

Por otra parte los sucesos realizados en Bolivia, cuya corta existencia, apenas abarca el espacio de tiempo que llena la vida de un hombre, y cuyo desenvolvimiento ha sido lento y monótono,—son de un carácter especialmente heterojéneo y se han producido aisladamente.

Los centros de poblacion en aquel pais, sus principales ciudades, tienen todos vida propia; son independientes los

unos de los otros; y la importancia política o social de ellos está casi al mismo nivel en todos.—Existe allí una verdadera descentralizacion.—

Dadas estas circunstancias fácil es esplicarse la carencia de esas altas personalidades que irradian fama en su derredor o concentran en sí, como en un foco, la admiracion de sus conciudadanos.

Sinembargo hai en Bolivia, dos nombres jeneralmente conocidos.—El uno ha salvado la valla del pasado y vive, aun a travez de la losa funeraria que cubre al que lo llevó.—El otro crece, se estiende y arraiga, haciendo ver que ya no lo abatirá el peso del tiempo ni lo borrará la ola invasora del olvido.—Aquél es el de don Casimiro Olañeta y éste el de don Mariano Baptista.—

La personalidad de Olañeta concluyó su tarea con su vida y la apreciacion de ella pertenece al historiador.—

La de Baptista está aun en la labor.—Sus actos se comentan; su palabra se escucha o contradice; y su nombre mezclándose a los acontecimientos mas importantes de su pais, salva las fronteras nacionales.—

Y ¡estraña coincidencia! estos dos hombres de ideas y caracteres tan diferentes tienen un punto de semejanza.—Brilla y predomina en ambos la misma cualidad.—Baptista como Olañeta posee esa admirable elocuencia que conmueve y convence, atrae y arrastra, seduce y arrebata.

Olañeta fué llamado el príncipe de la tribuna boliviana.

Baptista es su heredero.

En frase galana José Vicente Ochoa ha dicho: "No alcancé a oir la palabra de Olañeta, conceptuado hasta los presentes tiempos como el primer orador de nuestra patria; pero los que le escucharon, aseguran que el c ro de la oratoria conquistado por aquél, ha pasado c erto de brillantes a las manos de Baptista."

ra poder apreciar debidamente a un hombre, es pre- c conocerlo en las diversas faces de su vida pública y

examinarlo en los diferentes caracteres que ha revestido al presentarse en el escenario público.—

Bajo este concepto, menester nos es mostrar a don Mariano Baptista no solo como orador, sino tambien como escritor y como político.

Baptista ante todo es orador.—Orador en la estension de la palabra y como tal digno de figurar en primera línea, no solo en su patria, sino aun fuera de ella.—

Hemos oido a muchos oradores, algunos de los cuales gozan de reputacion americana o europea, y aun de ambas y ninguno nos ha dado una muestra mas clara y potente de lo que es la verdadera elocuencia, que don Mariano Baptista.

Nadie como él, a impulsos de su palabra, ha hecho vibrar nuestra alma con mas fuerza, electrizándola con la sensacion súbita y profunda de los sentimientos que despertaba en ella.

Ninguno ha herido nuestra intelijencia con mas viveza, produciendo ese choque de ideas que ofuzca por el momento y que poco a poco dilata el espíritu, abre anchos horizontes a la mente y enjendra nuevos pensamientos.

¡Lástima grande que de ésta poderosa elocuencia no quede rastro sino en el recuerdo de los contemporáneo!

¡Y mayor aun que no sea posible formarse una idea exacta por los discursos escritos!

Hái una enorme diferencia, un verdadero abismo entre la palabra de Baptista escrita y la hablada.

No solo la falta de taquígrafos, hace imposible la reproduccion. Los mejores taquígrafos solo darian una pálida idea de la palabra de Baptista, porque no podrian reproducir el jesto, la entonacion, ni el timbre de esa voz tan poderosa, como arjentina y simpática.

Baptista jamas escribe sus discursos. Piensa, se reconcentra, fija ideas capitales y deja el desarrollo de ellas para el momento preciso. Por eso en los discursos de Baptista

no hai nada de mas. Todo en ellos es sustancia, idea, propósito.

Principia a hablar, despues de un momento de recojimiento, lenta, pausadamente; su voz no sube del tono ordinario; apenas acciona; su fisonomía está impasible.

Poco a poco se anima; levanta la voz; la idea se refleja en su fisonomía y brilla... El orador principia a darse a conocer.

En seguida su voz, su jesto, su mirada, su fisonomía entera entran en juego y espresan lo que su alma siente o su intelijencia concibe. El orador ha llegado a mostrarse tal cual es, grande, apasionado, elocuente.

El auditorio se siente entónces sobrecojido, dominado, electrizado y sigue al orador, en su accion y en su pensamiento, con anhelante mirada, con febril exitacion.

Mientras mas avanza Baptista, mas se posesiona de su alma y se olvida de sí mismo.

Su mirada entónces, es terriblemente fascinadora y puede en ella leerse de antemano, el pensamiento que la voz va a traducir.

El oyente se siente bajo el peso de esa mirada, y trata de rehuirla.... En vano. Hai que volver a ella, cediendo a una especie de fuerza magnética.

Por un curioso fenómeno, que esplica la actitud y la mirada que Baptista acostumbra en estos momentos, cada uno de los que lo oyen se cree directamente mirado, e interpelado.

Igual fenómeno observamos en 1877 al oir hablar a Gambetta en el circo Fernando. Atribuímos a esta circunstancia especial el dominio que este orador ejercia sobre su auditorio, y que Baptista tambien ejerce en el suyo.

Hai tambien otra causa. Las impresiones que un individuo esperimenta realmente, se comunican a su auditorio. Este es el don, el secreto y la fuerza del artista y del orador. Baptista siente de tal modo lo que habla, se posesio-

na tan completamente de lo que dice, que se abstrae, y se olvida de sí mismo.

No atiende entónces ni a la correccion del lenguaje, ni a la belleza del estilo.

Crea palabras, emplea locuciones poco gramaticales y solo se cuida de ser claro y de hacerse comprender. Este fin que el orador consigue, merced a la accion y a las modulaciones de la palabra, no lo obtiene el escritor.

Por eso un escrito de Baptista es difícil de entenderse.

Aparte de que no conoce mui bien su gramática, sus ideas metafísicas y su raciocinio abstracto, dan a sus escritos cierta rudeza, cierta oscuridad, cierta forma que colocan al escritor mui abajo del orador.

Fanor Velasco, ese elegante diarista que no sé si vive o ha muerto, pero cuya espiritual pluma siempre recuerdo, decia de Romeo Dionesi:—Es un artista a quien le basta abrir o cerrar los ojos para levantar o calmar las olas del sentimiento. Esta espresion podria perfectamente aplicarse a Baptista, a quien le basta un jesto, una mirada o una palabra para suscitar o calmar las tempestades de la multitud.

Examinando el fondo de los discursos de Baptista, se halla que ellos son lójicos, sóbrios, elevados y profundos.

Hay en éllos método, órden, propósito. Principia, casi siempre, reasumiendo el debate, como para fijar sus ideas y en seguida a modo de exordio, anuncia los puntos que va a tratar, o hace una reminiscencia histórica. Luego entra a la argumentacion, con claridad, con lójica de hierro, desdeñando todo adorno oratorio, para esponer sus ideas, un tanto abstractas. La accion y el tono de su voz, las hacen siempre comprensibles en sus discursos, cosa que no sucede en sus escritos.

Con aquella poderosa facultad retentiva que lo caracteriza, se hace cargo de todos los argumentos contrarios, sin

faltar uno solo, los examina, los contrapone a los suyos y saca sus deducciones.

Este método que podria llamarse de análisis, es el que distingue a Baptista. Así se hace cargo del asunto, consigue que su público se penetre de él y despues, con una argumentacion antitética, comparando las razones contrarias con las suyas propias, hace que sus mismos oyentes saquen las deducciones que él desea, aun ántes que él las esprese.

Suele en ocasiones, cargar un poco la mano, y esponer unas tras otras sus razones, en frases cortas, análogas sin enlace alguno, y de un modo abstracto. Esto que en otro seria cansado, difuso, en él es claro, preciso, merced a la entonacion que sabe dar a sus espresiones, a las pausas que emplea en sus frases, al jesto con que acompaña su argumentacion.

En esos casos con aquella accion que le es habitual, llevando la mano de un lado a otro, parece que amontona argumentos, los separa, los divide, los clasifica.

Pero donde Baptista se muestra brillante, y en todo su esplendor, es en la peroracion. Regularmente en ese momento se pone de pié, reasume corta, brevemente su discurso, usando una enumeracion rápida, descarnada, abstracta, y lanza en seguida, su palabra sonora, armoniosa, ardiente.

Dulce, tierna, lánguida para espresar dulces afectos. Severa, fuerte, insinuante cuando habla del deber. Ronca, airada, majestuosa cuando conmina o amenaza.

Entónces tiembla, se estremece o hiergue. Tiende sus brazos, y con esa accion siempre desembarazada y natural, parece que atrae o repele, que abraza o ahoga, que acaricia o mata. Cruzan sus miradas centellantes como espadas que hieren, como relámpagos que deslumbran; serenas y tranquilas, como reflejando la quietud de un corazon dor-

mido: cariñosas e insinuantes como traduciendo las emociones de una alma apasionada.

II

¿Cómo tan grande orador no ha llevado a cabo una obra digna de él u obtenido un éxito favorable en sus propósitos?

Esta pregunta que naturalmente fluye de los labios de todos los que oyen hablar de Baptista, y alabar su elocuencia, tiene una contestacion que es al mismo tiempo esplicacion de su conducta política y clave para comprender ciertos actos oscuros y de difícil interpretacion en la vida de aquel esclarecido ciudadano.

Vamos a darla aquí, con severa imparcialidad, porque si bien escribimos estas líneas con afecto, queremos ser siempre verídicos.

En Baptista hay que considerar no solo al orador, sino al político. El orador no es sino una faz de esta personalidad.

Ademas las cualidades morales del individuo contribuyen poderosamente al éxito de su labor, y bajo este punto de vista necesitamos tambien conocer cuales son las demas cualidades morales de Baptista y averiguar si ellas coadyuban, o neutralizan el efecto que produce su don oratorio.

El éxito alcanzado por los hombres en la escena pública es la resultante que producen sus cualidades morales e intelectuales puestas en ejercicio.

Examinémoslo ántes como político y apresurémosnos a dejar establecido que hay dos períodos diversos en la vida pública del señor Baptista.

Uno que se estiende hasta 1876 y el otro que principia

a diseñarse desde esa época. Don Mariano Baptista aparece en el escenario político de Bolivia, al iniciarse la administracion del Jeneral Córdova en 1855.

Fué sin duda, en un principio, afecto a esta administracion que se presentaba al pais, ostentando el preciado título de la investidura legal. Poco a poco separóse de ella y precisamente de su actitud en el Congreso de 1857, atacando valiente, aunque apasionadamente al Gobierno del Jeneral Córdova, data el principio de sus triunfos oratorios.

Sirvió despues bajo la administracion Linares, desempeñando el puesto de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones; y profesó a este caudillo "una veneracion profunda y un cariño filial."

Acompañó a Linares noble y desinteresadamente al destierro, lo cuidó afectuosamente en su enfermedad y lo sepultó piadosamente.

Baptista, pues, no solo fué un decidido amigo de Linares sino, mas aun, su mas fanático partidario.

Muerto Linares, viajó Baptista por Europa y desde su regreso al pais, no ha cesado de figurar en política, asistiendo a todos los Congresos, y tomando parte directa en toda cuestion importante. Representando al pais en el estranjero y dirijiendo sus negocios públicos como Ministro de Estado. Influyendo como particular en el Gobierno o como diputado en el Congreso.

Apesar de esto la obra de Baptista es nula, no se vé, no existe.

Los grandes hombres imprimen un sello característico y especial a sus obras. Baptista no lo ha hecho ¿Porqué? Porque la naturaleza no le ha dado ese conjunto armónico de facultades que constituye la grandeza del individuo, en la humanidad.

Porque poseyendo algunas grandes cualidades carece por completo de otras.

Porque las dotes personales que constituyen su individualidad, no estan suficiente y debidamente equilibradas.

Al lado de su intelijencia clara, falta por completo la voluntad.

El carácter, esa gran facultad que suele aun suplir en casos dados a la intelijencia misma, no acompaña a las otras cualidades del señor Baptista. En otros términos el señor Baptista carece por completo de carácter.—

Por eso lo vemos detenerse en medio de su camino, levantar el látigo y dejar caer el brazo desarmado; iniciar la acusacion y adelantarse a pedir la absolucion.

Para no alargar demasiado este mal perjeñado artículo concretémonos al período de la Administracion Campero.

Baptista era el núcleo de los convencionales del 80 que deseaban sostituir al Jeneral Campero, con otra personalidad, la de don Aniceto Arce, en la presidencia. Vino el momento de la eleccion y Baptista flaqueó, se abstuvo y dió el triunfo al Jeneral Campero que llegaba cubierto de vergüenza y despues de haber probado, por desgracia para el pais, su colosal ineptitud para administrar.

Mas tarde el Jeneral Campero marchó de desacierto en desacierto, y Baptista que era influencia, fuerza, opinion, dejaba hacer.

Mas aun. Pudo imponer un Ministerio y quizas así enderezar el desvencijado gobierno del Jeneral Campero, y no lo hizo.

Fué consultado sobre la composicion de casi todos los ministerios de aquella administracion, mas nunca logró hacer aceptar sus combinaciones y siempre terminaba por conformarse con los que le imponian.

De este modo se hacia solidario con una administracion que no satisfacia sus aspiraciones patrióticas y daba tácitamente su apoyo moral a personalidades, cuya competencia no reconocia.

Cuando en el Congreso de 1882, el Jeneral Flores con

patriótica enerjia acusaba al Gobierno promoviendo aquella discusion sobre dualidad, que era en realidad un voto de censura, Baptista tomó la palabra fulminó contra el Gobierno en un brillantisimo discurso y concluyó por obtener del Congreso el perdon del Ministerio, desviando asi, merced a su elocuencia, el voto de censura que casi por unanimidad iba a pronunciarse.

En la cuestion internacional que tan ardientemente se discutía, Baptista profesaba ideas contrarias a las de la política que sostenia el Gobierno; pero poco o nada hizo para sostenerlas, ni menos para imponerlas al Jeneral Campero, cuya pobre intelijencia y escasa instruccion, no le permitian conocer las verdaderas conveniencias del pais.

Vino a Tacna a tratar con el señor Lillo, ampliamente facultado; pero, a lo mejor, cambió de ideas el voluble Jeneral Campero y Baptista fué desautorizado.—Calló y volvió tranquilamente a su hogar.—Fué quizás patriótico este silencio por el momento, pero mas tarde cuando se hacia el inventario de las calaveradas de aquel Gobierno, antes aquel silencio fué inconveniente y lo que fué patriotico llegó a ser mas tarde culpable.

III

Como todo espíritu débil, Baptista teme las soluciones, tiembla ante la idea de provocar una crisis y en las mas difíciles situaciones se cruza de brazos con la fria impasibilidad de un creyente musulman, y espera, espera indefinidamente.

Este modo de ser de Baptista se debe en gran parte, a las ideas relijiosas que profesa y a su cultura interlectual.

Baptista es profundamente creyente y fervientemente relijioso. Todo lo espera del cielo y tiene mas confianza en la eficacia de un rosario o de una novena que en los principios de la ciencia o en la actividad de los hombres.

De ahi quizas que ponga poco de su parte para dirijir a su partido y encaminar los negocios públicos hácia el progreso.

Los que creen en la Providencia Divina y esperan la intervencion del cielo en las cosas de la tierra, no se preocupan del progreso ni se ajitan mucho para obtener por medio de su esfuerzo, la ventaja y conquistas de la civilizacion moderna.

Por otra parte Baptista no puede darse cuenta cabal de los problemas sociales modernos, por que su fé, opone a su espíritu una valla que no le es lícito salvar dentro de la órbita de sus creencias relijiosas.

No es posible hoi, ejercer una influencia positiva en sociedad alguna, sin poseer los conocimientos que impone el progreso moderno.

La ciencia entra hoi en todo y muy particularmente en la política y por desgracia Baptista mira ciertos estudios con el mismo respetuoso temor con que contemplaria, sin jamas atreverse a tocarlo, un plato de carne en dia de vijilia.

Por eso está atras de su época y desconoce cosas que no es posible ignorar en estos tiempos.

Su honradez y la sinceridad de sus creencias, hacen que sea un estricto y fiel observante de los preceptos de la relijion que profesa.

No le criticamos esto, y solo enunciamos el hecho para esplicar la apatía, la indiferencia y el poco interes con que mira el desarrollo de los acontecimientos.

Evidentemente quien todo lo espera de lo alto, y confía en Dios para todo, bien puede cruzarse de brazos y de-

jar pasar las cosas; pero entónces no puede encabezar un partido y dirijir a la juventud, ni guiar al pueblo.

Los partidos políticos como los pueblos viven de la accion. Se hacen compactos y grandes con la lucha y triunfan o mueren despues de muchas batallas. La fé ciega que puede trasportar los montes, no conseguirá jamas en política levantar una idea, sino es ayudada por las diversas facultades del individuo, puestas en activo ejercicio para ese fin.

Reasumiendo. La falta de carácter y sus profundas convicciones relijiosas, debilitan el poder de las facultades de Baptista, esterilizan su privilejiado talento oratorio y producen la inercia, la apatía y el ocio que lo caracterizan.

Apesar de esto, el alma de Baptista es apasionada y si bien es incapaz del odio vulgar y rastrero, sabe sentir las afectuosas ternuras del cariño, como las duras repulsiones de la antipatía.

Que es apasionado y violento, lo prueba la eterna apoteósis que hace del Gobierno de Linares que si fué mejor que otros, fué inferior a algunos y no pasó tampoco de ser una vulgaridad, que ni aun ostentaba título legal.

Hoi se vé que aquel Gobierno nada creó y que al derrocar una administracion plagada de abusos y faltas, no evitó ni alejó de si esos defectos.

Los Gobiernos que han venido despues de Linares, no han sido sino los continuadores del sistema que este empleó y todos se han servido con mas o ménos frecuencia de los mismos hombres que empleó Linares. ¿Qué hai pues entónces que pueda justificar la apoteósis de Linares que Baptista ha hecho cien veces y hace aun hoi?

No lo sabemos y aparte del afectuoso cariño del amigo, que acatamos, no se halla otra cosa que el ciego entusiasmo del partidario.

Cuando Baptista ha formado parte del Gobierno, sobre todo en la administracion Frias, se ha servido siempre de

hombres que como él, eran ciegos partidarios de Linares, enajenándose así el aprecio de una gran parte del pueblo que descubria en esto, cierta falta de rectitud y de justicia.

Su labor como Ministro de Estado, no ha sido sensible. Ello proviene, entre otras cosas de que Baptista es sumamente perezoso.

Charlador tan infatigable como ameno, deja trascurrir las horas del trabajo, sin resolverse a cortar la conversacion y ponerse a la labor.

Por premiosas que sean sus tareas, siempre las deja para *mas tarde* y fumando cigarrillos uno tras otro, deja correr las horas y se entrega al ocio, cuando debia estar trabajando.

¿Para qué apurarse, para qué fatigarse? En el órden de ideas que profesa Baptista, ello es inútil, si Dios de antemano tiene dispuestas las cosas y si su Divina voluntad se ha de cumplir forzosamente!

Cuadra perfectamente a un carácter perezoso este raciocinio, solo que nosotros no sabríamos decir si Baptista es creyente por no tomarse el trabajo de investigar las cosas, y por pereza de someterse a la tarea del raciocinio, o es perezoso porque con fé ciega y esperando todo de Dios, crea inútil el trabajo del hombre?

Bueno es, sin embargo hacer constar que la fé de Baptista, tiene algo de fatalista, de musulman. Es mas propia del musulman que del cristiano.

IV

Empero. Ya lo hemos dicho. Hai dos faces en la vida de Baptista. La segunda apénas principia. Hoi está en la plenitud de sus facultades, en todo el vigor de la vida, y posee la rica enseñanza del pasado.

Baptista tiene mas de cincuenta años, pero no alcanza a cincuenta y cinco, y su naturaleza robusta se conserva admirablemente bien.

Su fisonomía no es atrayente, pero es espresiva. Su frente ancha y saliente indica el poder de la concepcion; su mirada espresiva la intelijencia; sus labios gruesos la pasion.

Descuidado en el vestir, mas por pereza que por otro motivo, es modesto en su porte.

Afable en su trato, inspira confianza desde el primer momento, aunque hemos oido decir que en el poder cambia algo y se hace duro.

Por lo demas, Baptista en otro pais donde se necesitase ménos de la accion, que en Bolivia, figuraría en primera línea. Allí donde hay que iniciar la reforma y preparar la organizacion, Baptista será siempre un hábil, esperimentado y poderoso consejero de Estado, pero nó un buen Ministro. Podria dirijir un gabinete con su consejo, podria aun encaminar bien nuestras relaciones esteriores; pero no no creo que haria un papel brillante en una cartera que necesitase estudio, trabajo, actividad, ni ménos en un puesto donde fuese preciso buscar soluciones.

Para que pueda el lector formarse una idea mas exacta del hombre que tratamos de bosquejar, copiamos en seguida algunos trozos de sus escritos y reproducimos otros de sus escritos.

Refiriéndose a Linares escribia lo siguiente, en una esposicion dirijida como Oficial Mayor de Relaciones Esteriores, a los representantes del pais en el estranjero:

"Hemos admirado muchas veces cómo en esa naturaleza nerviosa, en ese orador que tiembla y se estremece socudido por contrarias emociones, que levanta su voz hasta el diapason de la cólera, que estaba con el acento de la amenaza, que lo suaviza hasta la ternura, que prorrumpe en el calor de la pelea, arrazados los ojos en este grito del

corazon: inícuos, ¡derraman la sangre de mis hijos! en ese hombre que nunca oye un vajido del dolor sin conmoverse, un recuerdo de iniquidad sin alzarse hasta la indignacion, sensible hasta la susceptibilidad, impresionable hasta la delicadeza..... Admiramos cómo en semejante carácter quepa y en alto grado la prudencia, la calma, la indeclinable firmeza y la igualdad de espíritu.

"Aceptará los datos que se le ofrezcan, oirá insinuaciones premiosas y acaloradas manifestaciones; pero su resolucion se formará reflexiba y gradual. Desespéranse muchas veces sus amigos. Para ellos el mal avanza, la situacion peligra, el remedio urje, mientras que el hombre jeneraliza sus respuestas con las formas vagas de una esperanza que sirve de pronto para hacer dormitar el amor propio del consejero. Avanzan entre tanto los dias y llega la hora de la accion tan precisa y oportuna siempre como fué la hora de las reflexiones.

"Esa alma impresionable nunca revela cuando así conviene, en alteraciones fisonómicas sus tempestades secretas. Debora en silencio la hiel de la ingratitud, refrena el corazon herido por las imprudencias del crímen y no estalla briosa e indignada sino cuando la necesidad prescribe que se rompa n vallas y se dé vuelta al torrente de una jenerosa exaltacion. Hasta tanto el traidor se sienta a su lado, el apóstata estrecha su mano,la víctima calla para que el juez se levante. Cuando se determina a lo que siente justo, su resolucion es invariable. En esos momentos, rifa sin exitar sus trabajos de diez años, sus peligros pasados, y su actualidad vencedora, aceptando entre una inícua tolerancia y la pérdida de su seguridad, la última parte del terrible dilema. La política grande es la política recta. La política menguada es la política de intriga y de ícuas transacciones.

"Ese presidente martirízado con las personas y las sas, no desahogará, mortificando ningun amor propio, s dis-

gustos de su alma. Cumplido caballero, la suavidad y la cultura les son características.

"Muchos años fuera del pais, una jeneracion nueva se ha educado léjos de él. Graves cambios han trasformado á no pocos de sus contemporáneos y antecesores; pero su espíritu observador suple la falta de esperiencia inmediata.

"¡A cuántos que se creen diestros los he visto desmañados!"

¡Cómo ha medido la altura de ciertos hombres!

"Lo bello moral depende de los contrastes. Siempre que examinamos á un hombre superior, nos sorprende el complejo de cualidades que al parecer debian escluirse; y entre tanto no hai superioridad real sin esa amalgama misteriosa de los dotes naturales. De aquí es que una superficial observacion vé contradiciones donde solo existen profundas armonias.

"Linares enriquecido con delicada sensibilidad estrechará afectado la mano del que poco antes castigó severo: ni una gota de resentimiento acibarará su lenguaje, ni la mas lijera nube empañará su frente. Su corazon henchido con todas las ternuras de la vida, consagrará á sus amigos recuerdos de candor juvenil y latirá de gratitud ante un servicio prestado con verdadera simpatia. Con semblante pálido y voz entrecortada saldrá frecuentemente al encuentro de todas las adhesiones. La fé le conmueve: todo grito de corazon le sacude.—Ese mismo hombre firmará una terrible sentencia comprimiendo su pecho con ambas manos y llevando adelante su propósito apesar de su espíritu, apesar de su organizacion, apesar del peligro, apesar de la muerte. El seguirá, cadavérico por el sufrimiento, desencajado con los choques de su misma alma, vacilante en el cuerpo, invencible en la determinacion. El amigo tierno repelerá sin tregua al compañero de infortunio que cometiese faltas. Resistirá la desolacion de la esposa, el llanto del hijo, la elocuencia de la madre. Esto gasta sin duda su naturaleza,

abrevia sus dias, enluta su vida interior...—Sabemos que él no debe gozar.

"Carácter fogoso sale al alcance de los peligros, se olvida de sí, provoca con sus arranques las quejas de sus amigos, sus reconvenciones y su disgusto. Sin embargo, ese Jefe arrojado sabe esperar. Ha esperado mucho tiempo.

"Franco por naturaleza, sus espresiones son íntimas. Reservado por cálculo, jerminan sus resoluciones, silenciosas impenetrables."

. . . . . .

Despues escribiendo la biografía de su amigo y colega don Daniel Calvo se espresa en estos términos, que son una defensa desimulada de su propia conducta y de su política:

"Los hombres de la escuela política a que perteneció Calvo han sido acusados alternativamente de utopistas, de tartufos y de débiles.

"Cierto que en cuanto a utopistas, puede tacharse de exajerada su adhesion a la lei escrita, única manifestacion de soberanía en países organizados; si en ocasiones la llevaron, en la oposicion o en el gobierno, hasta el servilismo de la letra; pero nótese que esta misma tendencia se esplica; porque es reaccionaria del hecho, tradicionalmente vencedor, en el dominio de nuestra política.

"Solo el tiempo podia mostrar a los ánimos prevenidos que el opositor, defendiendo la inviolabilidad de las instituciones y esponiéndose por ello a ser injuriado de hipócrita, tiene un medio único de levantar la desconfianza, practicando idéntica doctrina en la cuna del poder,—Calvo dió esa respuesta. Los gobiernos de que formó parte no quebrantaron, por accion propia, las prescripciones de la Carta segun las cuales administraban el país; y en una de las mas vastas conspiraciones militares que rejistra su historia, tan abundante en ellas, se defendieron, primer ejemplo, con la justicia comun, prefiriendo su ineficacia

relativa y la impunidad consiguiente a resguardarse con medidas de prevencion o estraordinarias; por eso los llamaron débiles. Sin valorar el cargo, podemos siempre concluir que *débiles* mató a *tartufos*.

"Otro ha sido el de instrasijencia. La han tomado en cuenta hasta escritores sérios del estranjero, creyéndola efecto de pasion personal y de violento espíritu de partido.

"La nocion de partido político no podia desprenderse de nuestras convulsiones de caudillaje. Solo existia al frente de ellas la aspiracion de regla, de constitucionalismo supeditándose en instituciones reales, a ese mismo caudillaje. Participábamos de estas ánsias de constitucionalizar el país con mas motivo que en Europa, donde esta fermentacion caracterizó sus movimientos mas vivaces durante la primera mitad de nuestro siglo. Allí corrieron los deseos al punto de querer romper con teorias sin base, el molde histórico de los Estados. Era un estremo no posible entre nosotros que carecíamos de esos antecedentes históricos y estábamos reducidos, desde nuestros progenitores, a trabajar por la creacion y el imperio de la lei política, jeneralmente reducida a meras declaraciones o a mandatos ineficaces.

"Cabía empero exajeracion en este liberalismo, caso de proponerse un objetivo constitucional que redujese a su mínimun el poder, cuando el tacto político, adquirido en el medio social donde vivíamos, consistia precisamente en dar a la autoridad el máximun posible de vigor arrancado de una lei fuerte, para evitar que continuara amparándose con los golpes ciegos y volubles de lo arbitrario. En este punto, mal esplicado por una observacion lijera, habia realmente cierto grado de intrasijencia a que no era estraño el espíritu de Calvo.

"Otra existia de un carácter práctico que subia en su círculo el tinte de doctrinarismo. Apesar de conocer íntimamente el terreno de accion política en el país no quiso

ingresar a él. Hablamos de aquel en que brotan las flores de la popularidad cosechadas al calor de la multitud en la algazara de calles y plazas. La naturaleza de Calvo era especialmente antipática a este jénero de propaganda, Le oíamos dolerse con malestar profundo de la única vez en que las necesidades de un trabajo electoral le habian obligado a terciar en fiestas políticas donde la cultura de los brindantes no corria parejas con las honradas impresiones de que daban testimonio.

"Con mayor motivo resistia prestarse a ciertas concesiones exijidas por el espíritu de caudillaje, ni le sacrificaba pormenores que pusiesen a buen recaudo lo fundamental del programa legal.

. . . . . .

Al tratarse de defender en el Congreso una disposicion suya sobre fondos municipales dijo:

"Tomo pues mi bandera, elijo el terreno de mi derrota y me yergo contra la grita de los que hacen política en los meeting, en la barra y en los periódicos, enconmendándome y abrazándome en esas masas que no tienen voz, que no gritan, que no prostetan: y que contribuyen. Yo apoyo al contribuyente: al que paga por la coca, al pobre agricultor que da sus primicias y diezmos, al indio indefenso que paga su taza, al harinero que desmendra su renta; á esos todos, iliteratos, que proveen á la caja municipal. Esos óbolos, su riqueza, he deseado que se presupuesten, que se afiancen, que se manejen segun práctica de contabilidad esa es mi bandera. Si la Asamblea censura la circular, si la increpa, si la condena, en buena hora. Acataré su voto, pero caeré envuelto en los pliegues de enseña, que es el harapo del pobre." . . . . . .

En su informe sobre la cuestion internacional se espresa así:

"Al comenzar el nuevo año (20 de enero) persistió Videla en restablecer el *modus vivendi* de abril, como una nece-

sidad que imponia la naturaleza y el estado de la cuestion. Segun el concepto de Chile, que el boliviano reputaba sin fundamento, la lei de febrero quebrantaba el tratado del 74. Este juicio contradictorio debia suspender *ipso facto*, la ejecucion de la lei, hasta que sobre ella decidieran los árbitros, que aceptaba Videla, respondiendo a la insinuacion de nuestro Ministro. Rogábale se apresurase a contestarle, ántes de los tres dias.

"El 6 de febrero hace nuestra cancillería, en su contestacion, las declaraciones siguientes: "Es ilegal la primitiva concesion de Melgarejo a los salitreros; la regularizó, no la transaccion de noviembre, sino la lei reclamada de 14 de febrero. Como la compañía protesta contra dicha lei, vuelven las cosas al estado que tenían en agosto del 71. Se rescinde en consecuencia el contrato de 27 de noviembre; carece ya de objeto la reclamacion chilena de julio pasado; y no há lugar al arbitraje propuesto. Está definida la cuestion y restablecida la armonía.—Si se suscitase, no obstante, algun nuevo incidente, siempre habría lugar al recurso del arbitraje."—Esta segunda insinuacion para acudir al arbitraje, increpó el Presidente de Bolivia a su Ministro de Relaciones Exteriores, a punto de obligarle a la dejacion de su cartera, segun consta del testimonio oficial llevado por uno de sus colegas a la Convencion de 1880."

"Procediendo así el Gobierno, decidió por avenimiento las reclamaciones indicadas: no estendió proyectos de transaccion, sino que transijió y solucionó. El cargo de cuenta a la Asamblea, solo miraba a la responsabilidad del Ajente. Surjia de ese cargo la censura o la pena del admistrador o del juez; nunca la derogacion de lo consumado legalmente. Dió cuenta el Gobierno de las transacciones en el mismo sentido en que la da de todos sus actos políticos o de administracion; solo que, en el caso especial, esa obligacion suya, quedó particularmente señalada.

. . . . . .

"Batida la alianza en los campos de Tacna, llegó la vez de que fuesen consultados los diputados de Bolivia, reunidos en convencion desde mayo del año 80. Una fraccion suya dejó oir su opinion, simple brote de ardimiento patriótico: la guerra a todo trance, que no pudo levantarse hasta el voto parlamentario. Otra considerable, calificada de pacista, preveyó, en términos decisivos, desastres posteriores, ya sobreviniesen como victorias del enemigo, ya como guerra civil en la república hermana; aconsejó en consecuencia el predominio de la accion diplomática sobre la bélica sin que se descuidara la segunda a los efectos de la defensa y como garantía para la eficacia de las mismas negociaciones; y pidió que se sugiriese al aliado este mismo procedimiento. Una opinion de mayoría mantuvo el predominio de la accion bélica sobre las tendencias a la paz, sin dar de mano, entre tanto, a las iniciativas subsidarias de una negociacion.

"No paramos mientes en el deplorable aislamiento que rodeaba a los dos gobiernos aliados, el de Lima y el de La Paz, a punto de no haberse podido recabar del primero ni aun contestaciones privada al Jefe de nuestro Estado; como no se tomó en peso la pretericion de Bolivia en los varios solemnes manifiestos y declaraciones, con que el Presidente del Perú estimulaba el patriotismo de su pueblo.

. . . . . .

"Se desprende naturalmente de esta sinópsis cuan necesaria sea, de nuestra parte, la espontaneidad que nos ha faltado, la iniciativa que no hemos usado, o, si alguna vez, para abandonarla luego, la accion oportuna para buscar, por consejo propio, el desenlace de situaciones premiosas.

"La actitud de nuestra cancillería nos induce a pensar que entra decididamente en ese camino, si es que el rebalse de los sucesos no ha obstruido ya su señalado término.

"Merced al innegable patriotismo que anima al Gobierno

y a la luz que la experiencia trae a sus consejos poniendo tan de bulto antiguas previsiones, presume vuestra comision que en el fondo al ménos, llegaremos a esta deseada conformidad:

"Negociar directamente la paz, provocando el inmediato concurso del Gobierno aliado, sin que esta sujestion coarte la libertad de sus deliberaciones al respecto, ni embargue tampoco la nuestra; con la única condicion, ineludible para Bolivia, de asegurársele una propiedad territorial bastante en el litoral del Pacífico."

"Una palabra aun para justificar este nuestro *sine qua non:* si el éxito no da derechos, los produce en los tratados que le subsiguen; y cuando se habla de ellos, conviene declarar que Bolivia, privada de todo su litoral, há menester de una compensacion, sin la cual no podría progresar, ni aun vivir como Estado. El derecho a la vida y a la espansion subordina todos los derechos; o mas bien, ningun derecho se explica ni existe sin ese derecho generador. Debemos hacer constar que este es el resignado, pero incontrastable *non possumus* de los Representantes del país".

- -

Para defender este imforme Baptista pronunció en la sesion del 10 de Octubre de 1884, un soberbio y espléndido discurso del cual trascribimos algunos párrafos.

- -

"Entre los puntos que he consignado para fijar mi pensamiento en las delicadas cuestiones que voi á tocar, no habia contado con la hostilidad de los grupos que asisten á la barra y me aflije la que muestra el grupo peruano.—Le he de recordar que allá en los tiempos apartados de la Grecia se destaca una figura, emblema del huesped en el vivaque del aliado, Temístocles, cuya palabra es leccion á la impaciencia: "da pero escucha." Parecen cambiados los papeles. Ahora es el noble Temístocles quien no quiere

escuchar, y a él le digo yo: "no nos hieras; escúchanos ántes; escúchanos, porque no nos conoces."

"Como acabo de faltar a mi costumbre de no dirijirme al público que me rodea, quebrantaré otra con mayor repugnancia y es esta de hablar de mi persona. Emplearé algunas veces ese odioso pronombre *yo;* me es imprescindible en ciertos casos, porque en lo jeneral de mis demostraciones no estoi solo; represento un círculo político, soi intérprete de sus convicciones."

. . . . . .

"No me toma de nuevo, la alarma que ha suscitado el informe. Como todo lo que remueve el fondo de las cosas, debia levantar polvareda. Sabia yo bien que el ultraje lanzado desde la silla de un senador no quedaria sin eco; le formarian coro despachos implacables estallando sobre mi frente en ira y en amenazas."

. . . . . .

"No sabemos cuál sea el destino que depara la Providencia á las diversas secciones de América; no sabemos a cuál de ellas pasará el poderío, ni si, al cambio de una jeneracion, caerán los fuertes y ascenderán los débiles; no sabemos si el virus de la conquista disolverá a la larga la fuerte organizacion de los vencedores, si el fuego del infortunio reconstituirá nacionalidades vencidas. No nos llevaria a conclusion alguna del presente, este jénero de observaciones. El hombre de estado tiene una sola tarea: la de ver con claridad el punto histórico en que se encuentra el pais que gobierna. Esa mirada sintética le es indispensable. Ahí está el nudo de las situaciones."

. . . . . .

"Ese fenómeno estraño, la guerra, responde a precedentes lógicos. De cien casos, uno es aventura; noventa y nueve veces es colorario. Como el rayo es resultado de las fuerzas naturales, la guerra es el resúmen, el estallido de todas las fuerzas de un pueblo. Alguna vez será azar, gol-

pe de mano; las mas veces es la resultante prevista, inflexible, de las costumbres, instituciones, condiciones intelectuales, físicas y morales de un pais. Ese conjunto se recoje, se yergue y se lanza. Por eso el hombre de estado tiene que abarcar de una sola mirada su pais y el vecino, su adversario probable, y orientar su política por los resultados de esta investigacion."

"Cuando el débil quiere contener al fuerte, no tiene otro medio que el de cubrirse con el derecho, saturarse de justicia, no abrir quicio al argumento, circunscribirse en demostraciones evidentes, renunciar a la verdad hipotética, asirse de la manifiesta, acudir a todo medio amigable, emplear la protesta ante la justicia flagrante, y no derramar la sangre de su pueblo, con la probabilidad del vencimiento, sino en los lindes de lo insoportable".

"A esta idea madre responden las convicciones de paz. No somos partido efímero; somos, si quereis, criterio sintético de lo que es guerra, criterio sintético de lo que es una situacion histórica."

"Nó; en la cámara de ningun labio caerá, no puede caer la palabra *traidor*. Déjese a la cólera grotesca de cierta prensa apasionada secretar esa invectiva".

"No os hablo de mí; sé cuanta fruicion puede haber en el aislamiento pasajero que suele rodear á las opiniones fuertes. No he olvidado que cuando Chile combatió á Españacon todo el empuje de la voluntad popular, alguien hubo, creo que Tocornal, alguien hubo que insistia contra todos: "no hagais la guerra." Tiempo despues aquel solitario, estaba acompañado por lo que llamaré la razon pública de su tiempo".

"No nos ofendamos ahora que todos estamos unidos en prevision y en sentimientos; ahora que Gobierno y cámaras estendemos juntas las manos para salvar al aliado en el estremo de su infortunio. Si ya no bastase la modestia, si para llevarnos á la conciliacion, fuese necesaria la humildad, yo la invocaria, yo me postraria en el triple amor de mi pueblo, de mi gobierno y del desgraciado pueblo peruano."

Los párrafos trascritos sólo pueden dar una pálida y débil idea de ese admirable discurso pronunciado en medio de una tempestad que dominó y calmó; pero, al mismo tiempo él es una prueba más de la debilidad del carácter de Baptista y de su miedo á toda solucion definitiva, porque él se batia en retirada y desvirtuaba el valor de las afirmaciones contenidas en su Informe.

V

No queremos abusar de la paciencia del lector, ni hacer pesada la benévola hospitalidad que tan galantemente se nos ha brindado en estas pájinas, y para concluir, reproducimos aquí el juicio de una bien cortada y diestra pluma, la del señor Sotomayor Valdes, sobre Baptista.—Sea él una indemnizacion de las líneas precedentes, escrita con cariño e imparcialidad, pero con torpe pluma.

"Verdaderamente Baptista nunca pudo ver en Achá mas que al cómplice de Fernandez en el golpe de Estado, y nunca perdió la oportunidad de atacarle en la tribuna y en la prensa. Esta preocupacion le arrancó torrentes de elocuencia que hicieron admirar su talento, pero que no le conquistaron el aprecio de los hombres probos y patriotas, pues con frecuencia empleó el sofisma y sutilizó en las cuestiones y olvidó la historia para perderse en las alturas de lo ideal y pronunciar desde allí la condenacion de los

actos del gobierno. Fuera del terreno de la política personalista, Baptista sabia conciliar la elevacion de su palabra con el talento jeneralizador y con la nobleza de los sentimientos; entónces era capaz de enseñar, de convencer y de arrastrar. Su discurso contra el proyecto relativo á la responsabilidad de las autoridades eclesiásticas en el ejercicio de sus funciones, tiene una lójica, una contextura sintética, una claridad de raciocinio admirables por mas que haya alguna confusion en su forma improvisada. Vése en él un talento rápido, flexible, elástico que traza círculos enormes, que abarca horizontes y los domina, y se ve una elocuencia fluida, que solo tiene el defecto de su escesiva exornacion y algun rebusque y alambicamiento en los lugares retóricos.

"No tenía aquel orador mas atractivo físico que su voz sonora y cadenciosa; pero con ella y con su noble apostura y con el hechizo de su palabra se transfiguraba como otro Mirabeau. Sin alcurnia, sin hacienda y dotado ademas de cierta modestia, su ambicion estaba subordinada al profundo respeto que profesaba á los mas conspícuos amigos del Dictador, para los cuales deseaba el honor de los altos puestos. En Ballivian, su coetáneo y compañero veia un predestinado para hacer la felicidad de Bolivia; Ballivian era su candidato para la presidencia de la república. Frias era su grande hombre de estado, la gran cabeza para gobernar el gabinete. Ligado a ellos los acompañó constantemente en sus campañas políticas contra el gobierno del jeneral Achá, combinó planes, apuró el injenio y fué su verdadero campeon en la asamblea y en la prensa."

Santiago, enero 12 de 1886.

L. Salinas Vega

DICHOSA EDAD

Allá en un valle risueño
Poblado de inmensas parras,
Que á lo lejos se divisan
Como cinta de esmeraldas,
Entre molles y algarrobos
Que alegre sombra me daban,
Pasé las horas primeras
De mi infancia no lejana:
Ahí en la feraz llanura
Y al pié de áridas montañas
Que con el verdor del llano
Triste desnudez contrastan,
Sobre un torrentoso rio
Se alza una casita blanca:
Penetrando entre las hojas
Los rayos del sol la bañan
Y entre el ruido de la brisa
Y de las aves que cantan
Saludando al nuevo dia,
Aparece la mañana.
No lejos de allí se escucha
El grato ruido del agua
Que luchando con las piedras
Las vence á todas y pasa:
Todo es dicha en ese sitio
Donde reina eterna calma.
Solo á veces y a lo lejos
Se oye algun perro que ladra
O algun campesino alegre

Que al bajar del cerro canta.
Al medio dia en la sombra
Grata frescura se halla
Y cuando la tarde llega
Se espande de nuevo el alma.
Como ancha franja de oro
Que á lo lejos se dilata
Se ven las jigantes copas
De los árboles, doradas
Por los vagos y postreros
Reflejos del sol que acaba.
Entre las breñas se escucha
La voz del pastor que baja
Conduciendo á su rebaño
Al redil, en donde balan
Los corderillos que hambrientos
Yá por regresar claman.
Sopla la brisa lijera,
Las aves su vuelo atajan
Y entre el canto de las aves
Llega la noche callada.
Se vé entonces centellante
El fuego de las cabañas
Y alegres los campesinos
Que de la faena descansan
Rodeados de sus hijuelos
Que con hambre los aguardan.
Escúchase muchas veces
La melancólica flauta
Y mas tarde todo queda
En completa paz y calma,
Que solo turban á ratos
El ruido de la chicharra
Que pasa toda la noche
Escondida entre las ramas,
O el duro chillar del grillo
Que de rato en rato calla.
Allí entre ardientes caricias,
En esa dichosa calma,
En medio de mis hermanos
Que así como yo gozaban

Los cariños de mi madre
Y de mi padre las sabias
Utilísimas lecciones,
Mi infancia alegre pasaba;
Pero su recuerdo ahora
Es muy mas grato a mi alma
Que el mismo tiempo dichoso
De aquella vida pasada.
Entónces, en ese tiempo,
Ser jóven ambicionaba:
"En la juventud dichosa
Goces y encanto se halla,
El estudio y las lecciones
En ese tiempo se acaban
Y es la edad en que se goza
Porque no preocupa nada,"
En mi ilusion me decía
Anhelando que llegara.
Hoy que a la edad he llegado
Que era el ensueño del alma
Y he contemplado de cerca
Lo que tanto ambicionaba,
Gloria y encantos, mentira
Por los hombres inventada;
Miéntras mas el tiempo corre
Mas el sufrimiento avanza,
Desengaños por do quiera,
Ilusiones que se matan
Y entre escombros y ruinas
Solo vive la esperanza.

. . . . . .

Con cuanto gozo volviera
Hoy a mi casita blanca
A jugar con mis hermanos
A la sombra de las parras,
Dó estaba mi buena madre
Mirándonos extasiada
Y mi padre que gozoso
A nuestro lado pasaba
Abarcando nuestro grupo
Con las miradas del alma.

¡Oh dulcísimos recuerdos!
¡Oh grata edad de la infancia
- -
- -
- -
Esa es la suerte del hombre:
Nunca el presente le halaga.
Es cuando niño su anhelo
Que pase pronto el mañana,
Llegar a jóven, ser hombre
Para gozar dicha y calma,
Y cuando jóven anhela
Volver a la dulce infancia,
Unica tiempo en la vida
Dó la ventura se halla
Donde el placer es completo
Y vive tranquila el alma.

Sucre, enero de 1879.

EDUARDO CALVO.

BESARSE Y MORIR

I

Era una palomita, como la pureza blanca y tan linda que más no se concibe. Tanto sentimiento, tanta ternura había en su arrullo, que muchas veces pensé:—¿Si tendrá alma de mujer esa paloma?—ó ¿será que la mujer tiene algo de paloma en la terneza de su alma?

Su vivienda era un palomar que formaba el tejado de nuestra casa de campo. De suerte que yo la veía siempre salir por las mañanas y distinguíala muy bien, pués, sobre ser ella más hermosa que todas las otras palomas, tenía en mitad del albo cuello una manchita oscura, que no semejaba sinó un guardapelo que sobre el corazón llevara colgado como recuerdo quizás de su dueño.

No sé porqué nació en mí verdadero cariño por la paloma y hubiérala talvez enjaulado para domesticarla y haberla á mano, á no saber que la libertad es el sólo aire que respiran con amor las aves.

Como eran caniculares los días en que acaeció la historieta que voy á referir, todas las mañanas á hora fija bajaba yo á bañarme en el limpísimo estero que corre vecino á nuestra cosa, é infaliblemente, al apuntar la sombra del sol la hora dicha, veíase salir al espacio á la blanca paloma de la mancha oscura en el cuello.

II

Una tarde salimos varios amigos á cazar y llegado que hubimos á parte del campo en donde no se veía persona humana, fuera de las nuestras, que eran cinco, aquel de

nosotros que llevaba la escopeta mejor, pensó demostrarnos, junto con la certeza de su eximia puntería, el alcance extraordinario de su arma; que, dicho sea de paso, miraba él como timbre honroso de mucha prez el que su escopeta fuera mejor que las de los otros. En menos tiempo que se puede pensarlo, hizo los puntos y disparó sobre un pájaro que apenas si como un punto perdido se divisaba allá en la lejanía azul del espacio.

—¡Bravo! dijo el cazador; acerté y corriendo alegremente nos dirijimos todos camino adelante.

De allí á poco nos detuvimos y en ese instante vino á caer á nuestros pies, manando sangre de la herida y batiendo solamente un ala, la blanca paloma que tantas veces viera yo por las mañanas.

No creía al principio fuera la misma. Empero, al ver en el nítido cuello del ave la mancha sombría que ornaba su blancura haciéndola más resaltar, convencíme de que era aquella la paloma que yo miraba todos los días salir ufanándose de su morada y perderse en los espacios en busca no sabía yo de qué. Sino que lo supe al mirar nuevamente á la avecilla moribunda y al ver que en su dorado pico llevaba alimento para sus hijuelos. Y entonces comprendí que las diarias salidas de la paloma tenían por objeto proveer á la primera subsistencia de tiernos hijuelos.

Al ver que el ave herida cayó á tierra y que su pura sangre roja comenzaba á manchar el verde del suelo; al ver que el disparo de mi compañero había herido á una paloma, símbolo tierno de la inocencia virginal, sentí en mi adentro profundo sentimiento y un gran disgusto por la caza (de la cual no fuí nunca aficionado). Y al ver á aquella avecita desvalida que aun moribunda aleteaba tristemente, como queriendo subir una vez más al libre espacio para devolverse á su palomar, como anhelando llegarse pronto á sus hijos para entregarles el alimento antes de morir, no pude menos que enternecerme muy hondamente y tomar á la paloma en mis manos con grande afán y cuidado.

Limpiéla con mi pañuelo de su sangre fresca é inocente y vi de tornarla á la vida entre mis brazos cariñosos. Al efecto, llevémela en aquel punto mismo á casa en donde,

merced á los infinitos cuidados que todos la prodigaron, revivió en pocos días. A vuelta de los cuales días la subí á su palomar; porque siquiera no volaba todavía, conocíase en sus mansos y tristes arrullos que anhelaba vivamente tornar á su morada antigua y allí la puse alimentos ya que la herida que la había desvalido un ala, la impedía volar á los aires en busca de él.

III

Discurrieron algunos días más, al cabo de los cuales, mi amigo, el de la buena escopeta, nos propuso una nueva partida de caza, diciendo que, cuando no le acompañáramos iría solo y que, como cuatro ó más ojos ven más y mejor que dos, resultaría de ello que yendo él sólo á la partida, le exponíamos á herir quien sabe si hasta á algún cristiano, porque sus dos ojos no eran bastantes para explorar todo un campo.

Oídas tales razones y otras muchas que hubo de darnos y de darme, particularmente á mí (á quien, dicho sea con perdón de Nemrod y de sus imitadores, hace poquísima gracia aquello de andarse matando pájaros no por atender á la propia sustentación sino para regalarse con el divertido placer de *cazar*) pusímonos en camino.

Salimos, pués, al cabo, los cinco mismos que pocos días antes fuéramos á idéntica empresa, y enderezamos nuevamente por el propio camino que entonces tomáramos.

No habíamos andado muchos pasos de las casas para afuera, cuando mi compañero, el que la echaba de gran cazador y que por lo mismo se las daba de hombro de mucha y muy buena vista, divisó en los aires una avecilla que semejaba llevar su vuelo hacia el palomar de casa, y dirigiendo los puntos al instante, disparó para ella el tiro de la escopeta exclamando gozoso:

—¡Esta si que no es paloma!

Al cercano estruendo del disparo volaron del palomar las palomas que dentro había y como pusiera yo mis ojos en él, vi que allí pugnaba—aunque en vano—por volar, la hermosísima paloma de la mancha en el cuello.

En esto disipóse el humo y entonces contemplé algo que nunca he de olvidar; algo que se me grabó hondo en el corazón; algo que, á haber sido mujer, me hubiera hecho llorar lágrimas de sentimiento.

El ave que había herido el cazador, era un lindísimo pichón oscuro, color de nubes de invierno y que ostentaba una mancha blanca en el cuello y blanquecinas pintas en los bordes de sus alas.

El ave que había herido el cazador pasaba en ese momento encimada sobre nuestras cabezas, con la suya doblegada, con las patitas y el pecho que manaban sangre más roja que recién abierta granada y con los desfallecidos ojos puestos en el palomar de casa.

El ave que había herido el cazador volaba espirante al palomar.—¿Qué buscaba en él?—No lo sé. Pero vi que la paloma de la mancha oscura en el cuello, contemplaba desde la entrada del palomar al moribundo palomo de la mancha blanca en el cuello. Y al mismo tiempo oí algo como un arrullo que me sonó triste y ternísimo en los oídos.

El palomo desfallecía y retrasaba su vuelo. Le vi entonces inclinar más la cabeza, le vi entornar los apagados ya blancos ojos, y le vi, en fin, abatir á tierra su manso vuelo. Parecía que iba á morir, pero que iba á morir antes de llegar á la vivienda de la paloma. Y en aquel momento, en que estábamos todos sobrecogidos y en silencio, se oyó levísimo arrullo que suspiro de moribundo semejaba y vi que del cercano palomar saltaba (que volar no podía) á los espacios, la blanca paloma de la mancha oscura en el cuello; vi que se dirigía al ave moribunda; vi que apenas si podía volar muy pesada y lentamente batiendo sólo un ala, y vi, por último, que en medio de los aires, á poca distancia del palomar y ya cerca del suelo, se encontraron el oscuro palomo moribundo con la blanca paloma herida; y que al encontrarse, abrieron por mirarse los ojos que ya no veían, modularon ambos un inimitable, casi imperceptible y sublime arrullo de ternura y dándose *un beso* en los aires cayeron confundidos á nuestros pies.....

IV

Las dos aves estaban muertas y la fresca sangre de ellas enrojecía las briznas de la tierna hierba.

Las dos aves estaban muertas. Pero ¿qué importaba? si se habían dado un beso en los aires, si habían muerto en los aires, palacio inmenso de su libertad!

Las dos habían sido heridas. La paloma, cuando llevaba de comer á sus pichoncillos. El pichón, cuando llevaba amor á la paloma.

El palomo era oscuro, del mismo color que las nubes de invierno y con manchas blancas en el cuello y en los bordes de sus alas.

La paloma era blanca, del mismo color que las nubes de verano y con mancha negra en mitad del almo cuello.

Al eco de aquel arrullo tierno y misterioso, los polluelos de la blanca paloma asomaron á la puerta del palomar, y al mirarles, observé que también ellos eran oscuros y del color de las nubes de invierno, con manchas blancas en los cuellos y con blanquecinas pintas en los bordes de las alas.

Desde entonces no salimos más á cazar.

Santiago, á 18 de agosto de 1884.

JORGE HUNEEUS GANA.

ADOLFO BALLIVIAN

Les nuages auront passé dans votre gloire;
Rien ne troblera plus son rayonement pur;
Elle se poserá sur toute notre histoire
Come un dôme d'azur.

V. Hugo.

I

No canto yo al guerrero esclaracido
que ostentando el laurel de la victoria,
desde alto pedestal reta al olvido
a oscurecer el lustre de su historia;
cuyo nombre la fama ha enaltecido
y es en mi patria símbolo de gloria;
no al Capitan de Ingavi;—al que fué, canto,
de lei y libertad caudillo santo.

Si, yo vengo al lugar en donde un dia
la amistad fiel con temblorosa mano
sus despojos guardó.—¡Soledad fria!
¿no contestas al eco del hermano?
¿En dónde el justo está? ¿por qué vacía
se mira aquí su tumba? ¿por qué arcano,
en vez de una urna se contempla un trono
dó se sienta triunfante el negro encono?

¿Dónde está Ballivian?..Ah, quien tuviera
del arcanjel el látigo de fuego!

¡cómo en la espalda de la turba artera
él resonara inexorable luego!..
de la vil turba, hipócrita y rastrera,
que la tumba profana y le da en riego
en vez de llanto, hiel; de esa caterva
de tartufos sin Dios, que Dios conserva.

¡Silencio, oh pecho, nó! no mas al viento
de justa indignacion lances el grito.
Queden ahí con su rencor sangriento
en el infecto charco del delito
los juglares y enanos. Otro acento
mas blando vibre en el lugar bendito;
acento de ternura, eco doliente
de alma huérfana en pos de otra alma ausente.

No fué su signo la serena estrella
cuyo fulgor predice la ventura:
fué un astro opaco cuya triste huella
se vé surcando la tiniebla oscura.
Miradle, es él: su rostro el dolor sella,
que aun niño, el cáliz de infortunio apura:
flor por el crudo cierzo deshojada
al abrir su corola en la alborada.

Vuélvele a ver la mente, cual solia,
bello, apasible, recojido, grave:
es el Apóstol que en su fé confía
y ardiente en torno propagarla sabe:
es el marino audaz que desafía
el turbio mar en mal segura nave.
Ciñe su frente espléndida aureola,
su mano el patrio pabellon tremola.

¿Aun preguntais quién es? El no ha nacido,
cual hongo venenoso, del pantano
ni entre las sombras se arrastró escondido,
cual se desliza mísero gusano:
Aguila hermosa, suspendió su nido
en las alturas del honor y en vano

la turba vocinglera alzaba el grito;
que él cruzaba sereno al infinito.

¡Honor! deber! ¡Oh patria Boliviana!
ignoras lo que cuestas a quien lleva
en el alma tu imájen soberana.
Esos que salen puros de la prueba,
todo el rigor de la justicia humana
supieron resistir, sin que conmueva
a nadie el silencioso sacrificio:
solo entre ellos y Dios pasó el suplicio.

Tú lo puedes decir, varon preclaro,
tú que buscando ajeno sol, contigo
tu nidada llevaste sin amparo,
tu esperanza expatriaste sin abrigo:
tú a quien la paz negó destino avaro
y a tu frente la mano de un amigo;
tú que entrar viste, aterrador, sombrío,
al espectro del hambre en tu hogar frio.

Yo te saludo, corazon gigante,
héroe modesto de batalla oscura
en que el patriota vence, agonizante,
al padre destrozado en la tortura,
y en tí saludo al porvenir triunfante
sobre un presente de honda desventura.
Estalló la tormenta y tu alma noble
fué contra el aquilon erguido roble,

Progreso, lei y libertad—ese era
tu lema santo por tu mano escrito.
¡Cuantos lustros al pié de tu bandera
alumbró el sol tu frente de proscrito.
¡Cuantos lustros tambien tu sombra austera
aterró al despotismo en el delito!
Lo quiso Dios que derramó en tu seno
la luz que manda al corazon del bueno.

La Patria...¡triste Patria! Ella jemia
bajo el yugo de fierro del soldado.

Los mas grandes cayeron y hubo dia
en que el camino por sus pies trillado
(recuerdo cruel! la dignidad moria),
por huellas de rodillas señalado,
mostraba al mundo cómo se derrumba
un pueblo esclavo en oprobiosa tumba.

¡La Patria! Oh Dante, solo tus pinceles,
esos con que pintabas tu Florencia,
pueden trazar sus infortunios crueles.
Mentes sin luz y senos sin conciencia,
látigo en vez de lei, hombres-lebreles
bajo la planta audaz de la insolencia
y dominando en torno, soberano,
el ceño fulminante del tirano.

¡Oh! no fué caro el precio del rescate
de tanta humillacion; tuvo el proscrito
en premio de sus horas de combate,
aire que respirar, campo infinito,
corazon que, aunque herido, altivo late
en el hogar de caridad bendito;
tuvo la libertad, sol de su frente,
guardó de la esperanza el sueño ardiente.

II

Al despuntar la suspirada aurora,
pálido un joven al timon avanza
y el rumbo imprime á la cortante prora
de la nave, que el mar surca en bonanza.
Mas ¿dónde está la chispa brilladora
de su mirada? ¿en donde la esperanza
cuyo nativo albergue fué su pecho?
¿De la Patria el encanto está deshecho?

¿Por qué no se detiene el pensamiento
en ese instante de recuerdo grato,
cuando un grito subia al firmamento

lanzado por un pueblo en arrebato,
que al verle ya encumbrado al alto asiento
esclavo era de júbilo insensato?
¿Por qué no se deleita en la palabra
con que su gloria el noble mártir labra?

Su cadáver mui cerca de esa gloria,
pone sobre ella sombras sepulcrales.
Cuando evoca la mente su memoria,
se oye, en lugar de músicas marciales,
la triste voz de la oracion mortuoria,
el bronco son de parches funerales:
en vez del capitan gallardo mira
un despojo no mas; una mentira.

Una mentira, nó; fué meteoro
que estampó de su luz la huella ardiente:
el ejemplo no muere, en letras de oro
él vivirá ante el libre eternamente:
siempre la Patria le dará su lloro,
siempre el amigo buscará al ausente,
al través de sus lágrimas de duelo,
en el azul del cristalino cielo.

Fuerte con la razon y con la lanza,
atleta de la paz y de la guerra,
era la encarnacion de la esperanza
de un porvenir de luz para esta tierra.
Lúgubre sombra, silenciosa avanza
y al justo el paso, inexorable cierra.
Languidece, desmaya... ¡Dios piadoso!
¡al menos en la tumba halle el reposo!

Sucre, febrero 14 de 1879.

DANIEL CALVO.

REFLECCIONES SOBRE LA INDEPENDENCIA DE AMERICA.

I

Los pueblos y las sociedades, como la naturaleza entera, no marchan a ciegas en el período de su vida, en busca de un algo desconocido, que escapa a sus fuerzas naturales y a sus aptitudes; no van como la saeta que lanza veloz y temblorosa el arco, ni como la veleta que chirrando sigue el impulso caprichoso del viento.

El Creador ha trazado al hombre su camino, al travez de la eternidad de su especie y de la lijereza de su vida, dándole al mismo tiempo que un cuerpo que desea y necesita, una intelijencia que concibe, una voluntad que obra y algo en sí que siente y ama y que al amar no querrá que los hijos de su amor vayan a pasar esas horas tan tristes que él pasó sin abrigo, sin patria, sin hermanos, sin hogar.

La lei del progreso quedó trazada imperecedera desde el momento en que el primer hombre posando sobre la tierra su planta desnuda alzó a los cielos su frente en demanda de algo con que cubrirla, y de aquí que el progreso tenga a su vez una lei; lei aborrecida y escarnecida por los hombres, en la que solo ven los dolores y los pesares, no la infinita sabiduría que irradia en todas las obras de la creacion, lei que nos hace trabajar y sufrir, y que la humanidad ha escrito con su sangre en el desierto y con fatigas y sudores en las montañas y praderas todas de la creacion. Esta es la lei de la necesidad.

Existiendo éstas el hombre tuvo que remediarlas y sa-

tisfacerlas y contó a sus hijos allá en el silencio de la noche, a la lumbre del hogar, miéntras afuera rujia la tormenta y estallaba el rayo; como pudo guarecerse, como pudo calentarse, y como pudo comer y se formó de padres a hijos ese catálogo tan largo hoy dia a que damos el nombre de esperiencia.

Y el hombre supo cuan impotentes eran sus fuerzas y sus medios para satisfacer ni aun medianamente sus diarias y apremiantes necesidades y se unió al hombre y constituyó la tribu que a su vez formó la sociedad.

Ya no como en otro tiempo tiene aislado que plantar y cosechar que correr muchas leguas en busca de un haz de leña y llegar jadeante hasta el arroyuelo a apagar su sed ni pasa su vida envuelto en la oscuridad, vencido por el frio, el calor, el cansancio y los deseos; ahora todo lo tiene a la mano; la sociedad entera trabaja para él que a su vez lo hace para los demas.

Aquí un hombre, callado, taciturno, entorpece su vista y pasa sus dias trabajando una ruedecita dentada que llevada quizas a mil leguas de ahí, se trasforma en un instrumento, pequeño, pero de un inmenso valor, con el que medirá su tiempo y arreglará sus horas.

Otro ahí turbulento y alegre, va a cojer en los bosques un racimo de frutas pequeñas y ovoides, que esprime, recojiendo su jugo en tubos de una materia cristalina y regalando al hombre la alegría y espansion que le domina al terminar su festin.

Otro teje sus vestidos y les da colores, otros trabajan por halagar sus sentidos y aquí y allá brotan como por encanto, llenando el mundo de bellezas, la poesía, la música, la escultura, la pintura, a recrearle con todos sus variantes, en la sentida estrofa, en la cuerda del violin, en la belleza de la forma, en la armonía del color. Aquel acorta las distancias y uniendo los estremos con dos líneas paralelas de hierro hace pasar las ciudades, los montes, los valles, los rios, como un torbellino y hasta la palabra corre veloz como el pensamiento.

Pero el hombre recuerda aun que en otro tiempo tuvo libertad; que los animales, la tierra, el mar, el aire le pertenecian, y cuando en sus horas de angustia la briza halagaba sus sentidos con el perfume de las flores, vedadas hoi

para él, sintió algo estraño en sí bajo la frente interrogó sus recuerdos y meditó. Todo el pasado de su especie, toda su pérdida libertad toda su desgracia y sus dolores se presentaron a su imajinacion y sentado a la puerta del señor con la mano en la barba, dejó rodar por sus mejillas una lágrima, pobre y callada espresion de sus congojas presentes y su porvenir cerrado por la valla de la esclavitud. Esa lágrima, empero, era la suprema palabra del desahogo la mas sublime manifestacion del alma libre en el derecho esclava en el hecho, la mas amarga y espresiva que un pueblo puede enviar al corazon de sus opresores, mientras quiera limitarse a pedir y olvido que puede tomar.

La necesidad hizo nacer los deseos, los deseos no pudieron satisfacerse y esto llevó al hombre a pensar.

II

La independencia de la América no fué, no, el resultado de ningun pacto, ni el producto de ninguna intelijencia ¿a qué buscar en el nombre glorioso de algun soldado o en la sonora palabra patria, la esplicacion de un hecho que era una consecuencia de un estado de cosas insoportable, el efecto de mil causas imposibles de sobrellevar? Acaso el pobre esclavo pudo soñar con la gloria de su patria ni con su amor ántes de tenerla? No, era tan solo el alma que arranque estalla unísona en todo el continente y que como el agua detenida fuera de su nivel tendia a ocuparlo. Era la suprema lei, la necesidad, que empujando los hombres a tomar posesion de otro estado, abria la esclusa puesta por el despotismo de los reyes o el servilismo de los cortesanos y echaba fuera el líquido que en chispeante espuma se desbordaba ya por sobre ella.

No invoquemos, haciendo gala de erudicion, para representarnos esta causa las batallas tan gloriosas o terribles que ensangretaron las llanuras de Guanajuato y las Cruces, de Boyacá y Carabobo, las riberas del Magdalena, la falda del Pichincha, los campos de Junin y Ayacucho, Chacabuco y Maipo, Tucuman y Salta, ni vayamos a turbar el sueño sagrado de aquellos cuyo nombre por sí es una

historia y que se llamaron Morelos, Hidalgo, Iturbide, Rolívar, Sucre, O'Higgins, San Martin, Rodriguez, Cochrane, Belgrano y Rivadavia, que las primeras, se sirvieron para consolidar la idea, no fueron, no, la causa que buscamos, y las sombras de los segundos si son un emblema de cariño para los que con su ayuda tuvimos una patria si, dispersaron los señores, rompieron las cadenas al esclavo hicieron retemblar los colosales Andes y palpitar al tranquilo Océano. Solo fueron el instrumento de algo mas poderoso, de la primitiva lei universal, de aquella que nos enseña, que nos obliga a hacer todo lo necesario a nuestra felicidad que irradiando sobre los hombres y las sociedades las impele hasta establecer el equilibrio, y esa independencia Americana era un hecho tan necesario en el órden lójico de los acontecimientos; como las leyes todas de la naturaleza, como la gravedad, como la atraccion, como el igual nivel de las moléculas en la superficie de los líquidos; y antes que esto sucediera la fuerza que empujaba y precipitaba los sucesos, establecia un estado imposible aguardaba la primera oportunidad y se desbordaria torrentoso y murmurante a colocar cada cosa en su verdadero sitio.

III

Como el viajero que llega al puerto de su destino, recapitulemos y meditemos. Hemos visto ya que lo que impele al hombre a obrar son las necesidades, lata y estrictamente hablando.

Analicemos todo lo que con ellos tenga relacion en su vida comun y social y vamos a buscar ahí como en los jeroglíficos del Ejipto o las ruinas de Pompeya, la historia entera y jeneral del grandioso acontecimiento que va a completar la obra de Colon, dando vida como el dió luz a la parte mas bella y mas floriada sin duda de la creacion.

Una de nuestras mas imperiosas necesidades es sin duda activar o revivir el principio vital, y preservarlo asimismo de la intemperie, necesidad que el hombre satisface apropiando la materia a estos objetos y ejecutando para ello

una série de actos y cambios a que ordinariamente da el nombre de comercio.

En estos cambios es preciso designar a los objetos un valor segun el mayor o menor trabajo que ha costado su produccion su conservacion o su trasporte, y este valor estará precisamente en razon directa no solo del trabajo que represente sino de la importancia de las necesidades que satisface y de la mayor o menor cantidad que de esos objetos tengamos o producidos u ofrecidos. Esta lei a que se sujetan los cambios es a la que viene a determinar su precio, regulando las industrias y estableciendo un perpétuo equilibrio en el trabajo humano.

El artesano, el agricultor, el minero, el simple consumidor ven ahí un término y una compensacion a sus esfuerzos y seguramente cifrarán sus necesidades en esta facilidad.

En América, el interes propio mal comprendido por los monarcas españoles los hacía obrar en un sentido opuesto al que dicta la razon y la palabra monopolio reemplazaba a la benéfica lei electiva y la competencia.

Cada 2 o 3 meses una flotilla Española siempre, trasportaba aquellos productos de que estabamos tan ávidos imponiendo el precio que su avaricia estimaba justo y en vano el pobre colono gasta sus fuerzas en un trabajo pesado, en vano el pobre criollo fertiliza la tierra con el sudor de su frente, pues su trabajo no le bastará a dar un abrigo a su cuerpo un pan a sus desnudos hijos, ni podrá soñar siquiera que a su muerte a fuerza de trabajar y sufrir conseguirá libertarlos de esos pesares darles una educacion crearles una posicion y alejar de su lado esa pesadilla tan cruel para el pobre: el hospital. En vano se afanará, en vano se esforsará siempre el mismo presente el mismo porvenir: el trabajo, la miseria, y allá, a lo léjos cerrando el horizonte como último término ese asilo donde la sociedad indiferente oculta las miserias y dolores de sus hermanos.

Con esta espectativa, con una imajinacion que concibe mas facilidades, con una intelijencia que las hace comprender, con el ejemplo y la emulacion y sin ninguna esperanza la vida del colono del hombre del pueblo jerminaba, oscura, sin una vilumbre de mejor suerte, sin un destello

de esa chispa luciente, el progreso que se escondía avergonzado tras la devocion, el tedio y la pereza.

La emigracion, su poderoso ajente, limitada por los reales permisos y estos no solicitados por la falta de garantia en los derechos individuales y por el menosprecio en que se tenia todo lo que no fuera de España, soportando el pobre pueblo multitud de impuestos, sin que a pesar de ellos consiguiesen mejorar su condicion; el consumo ordinario fácil, en verdad, pero siempre costoso por falta de trabajo y de medios; las comunicaciones cortadas e interrumpidas hasta el punto de ser un viaje un acontecimiento ruidoso, solo permitido a la primera clase de la sociedad: los nobles y ricos.

Los hombres divididos en razas o clases despreciándose y envidiándose unos a otros, sin leyes propias que los gobernasen y sin garantía en ellas como no fuese la bondad de los monarcas o gobernadores.

La correspondencia, el gran alivio de la penas de la ausencia y la gran palanca del comercio no se hacen sino aprovechando el viaje de un amigo o el correo que salia de un punto a otro, por mas cercano que fuese una o dos veces por semana.

La instruccion tan atrasada que solo algunos previlejiados alcansaban el difícil arte de escribir y leer; las mujeres jamas. Durmiendo las ciencias un sueño que parecia eterno, no siendo las profesiones sino conseguida despues de largo tiempo y sirviendo al hombre mas como título que como medio de subsistencia; las industrias arruinadas por las gabelas y fuertes derechos. La vida hacíase insoportable, iba a estallar la tormenta. Los americanos llegaron a saber que en otras tierras tenian los hombres mas goces, mas felicidades, allá se moria tranquilo confiando en el porvenir ya formado de los seres queridos, perpetradores de su nombre. Las colonias inglesas independizándose habian dado un ejemplo que preparaba y alentaba los ánimos.

La América pues, como el campo en la primavera, se encontraba fertil para sembrar en ella la simiente de la revolucion.

Faltaba solo un motivo, un primer impulso. La ambicion o la grandeza de un hombre se encargaron de dar a esto la última mano y cuando vieron los colonos a su rei

prisionero, preparándose a la independencia, organizaron la revolucion que prendió como por encanto en todo el continente; surjieron las juntas gubernativas, primera etapa del gobierno nacional y organizadas y desorganizadas éstas se presentó clara la idea a los criollos, mestizos y mulatos que entreviendo otra vida mejor, un cambio en sus rudas tareas, votaron la piqueta y la pala y corrieron a empuñar un fusil.

Por una parte el comercio monopolizado, las necesidades difíciles de satisfacer, la instruccion imposible y vaga la ciencia del saber velada por el fanatismo, la justicia sustituida por la gracia, el hogar intranquilo por la arbitrariedad e irresponsabilidad de los mandatarios, la relijion mantenida por el verdugo, los derechos desconocidos y violados y por la otra el ejemplo de los pueblos que entónces daban su sangre por legar un destello de libertad a la jeneracion que venia y los libros (que no por prohibidos dejaban de llegar y leerse) en que se le decia al hombre: "Esto eres y esto tienes derecho a ser. Naciste igual a tus hermanos y tienes superiores y tienes déspotas ¿dónde está tu razon?"

He ahí la historia entera de aquel acontecimiento grandioso y solemne las dos nubes que al juntarse formarán la tormenta! Llega el año 1818 las nubes se juntan retumba en las montañas y los valles, antes tranquilos, el trueno del cañon, una lluvia de metralla cae sobre los dormidos leones que llenan los campos con sus rujidos, el relámpago de la pólvora concluye con su valor y su entereza, y arroyos de sangre tiñen de rojo las quebradas, las colinas, las llanuras y el leon acorralado y vencido suelta la presa y escapa levantando en su camino, un torbellino de polvo.....

- -

La mañana siguiente, empero, amanece clara y despejada.

Dorando las cumbres de los Andes por el oriente aparece el sol y a su calor y a su luz, restablécese la calma, divídense los pueblos, concéntrase en sí cada uno, constiyense las naciones, se organizan; y ántes del medio dia entre el Pacífico y el Atlántico, los dos mas grandes océanos de la tierra, vé el viejo mundo atónito surjir una víren, mas pura y hermosa que el sueño del poeta, que ro-

bando al firmamento la estrella mas brillante de sus constelaciones: la de la libertad, va a colocarla titilando sobre su frente, prometiéndole seguir en su marcha de civilizacion y progreso.

S. E. S.

Santiago, agosto de 1885.

APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN)

Tissot, el autor de un libro sobre Alemania y especialmente sobre Dresden, muy popular en los boulevards de Paris, ha dicho que Sajonia es una casa de Prusia y el rey Alberto su portero. La espresion no es precisamente respetuosa respecto de un personaje coronado que puede exijir algo mas que el pobre oficio de un empolvado lacayo; pero dejando a un lado la metáfora vulgar, quién sabe si hay en la idea algo de cierto.

La constitucion del imperio Aleman ofrece dos fases muy distintas: una la unidad de todos los pueblos bajo el cetro imperial y ante el supremo principio de la nacionalidad jermánica, otra la autonomía de cada uno de esos pueblos, que no quieren olvidar sus tradiciones o su historia, ni la independencia de sus gobiernos, ni el carácter especial de la raza, que no por pertenecer a la gran familia teutónica deja de diferenciarse de las demas. Estos dos sentimientos hállanse muchas veces en contraposicion patente, y así miéntras por una parte se ve sangrar la herida de la dominacion y conquistas prusianas, por otra enciéndese el sentimionto patriótico en favor de esta misma nacion, que mediante aquellas ha conseguido unir todas las ramas dispersas y de muchos pueblos debilitados para formar uno solo, grande y poderoso. Miéntras por una parte ya escuchaba en Sajonia la espresion no de enemistad solo sio no de odio contra los hombres que han preparado y llevado a cabo ese acontecimiento, veia por el otro lado levantar-

se miles de protestas porque el parlamento llevado de un espíritu innoble de partido negaba los fondos necesarios para la prosecucion de la política colonial y de las anexiones en las comarcas negras del Congo. Él Bismark odiado de muchos porque hizo pasear los ejércitos prusianos por los campos de Sajonia y por Dresden mismo, y que por un sentimiento tan magnánimo como incomprensiblo dejó de anexionarla como acababa de hacerlo en el reino de Hannover y otros estados mas pequeños, el mismo canciller todopoderoso recibia de todas partes votos de aplauso y de apoyo contra una mayoría que, a pesar de que representaba a todos los pueblos alemanes, se habia atrevido a oponerse a su voluntad suprema.

El baron von G. . . ., mi amigo, estaba indignado como muchos otros, y en una asamblea reunida al efecto, no recordó que Bismark habia destronado a su soberano Ernesto y conquistado a su patria Hannover, sino que al gran ministro era a quien se debia la grandeza actual y estraordinaria de la nacion, que él por su voluntad habia creado el parlamento del imperio, y ¿cómo era entónces posible que viniera éste ahora a oponerse a los designios, a coartar la libertad del canciller?

Me esplico muy bien que pueda existir este doble sentimiento simultáneamente, porque todos los pueblos alemanes son como otras tantas familias, unas mas numerosas, otras mas reducidas, pero todas emparentadas entre sí, y si pueden tener sus rencillas dentro de la casa, manifiéstanse unidas al rededor de la mas fuerte tan luego como suena la voz de alarma,porque el móvil del honor, del bienestar comun es mucho mas poderoso que sus rivalidades. Esto es lo que parece por encima; pero ¡quién sabe si todas esas familias débiles solo están al acecho para aprovecharse de la primera coyuntura y salir del tutelaje!

El emperador es adorado en Prusia, pero el pueblo en los demas Estados apénas se conoce y cada uno tiene, como es natural, apego a su dinastía, y honra ahora a sus príncipes como los ha honrado siempre: el sajon al rey Alberto y el príncipe Jorje; el bávaro a Luis; el würtembergués a Cárlos; y así en cada uno de los grandes y pequeños ducados, sin que el vasallaje político haya influido en nada para disminuir esos sentimientos.

Y ese vasallaje, si así puede llamarse la relacion de todos los pueblos confederados con Prusia, solo se manifiesta en ciertos ramos, y cada uno de ellos conserva por lo demas su autonomía de tal suerte que quedan por lo ménos salvadas las apariencias, aunque el hecho de la nulidad o ineficacia de esos pequeños gobiernos sea efectivo.

El gobierno del imperio Aleman apénas podrá llamarse parlamentario, al ménos como lo comprendemos nosotros y algunas monarquías europeas que nos sirven de modelo, y el mismo Bismark declaró no há mucho en el "Reichstag", dieta del imperio, que Inglaterra era solo para él una República hereditaria y nó una monarquía.

Segun esto, aunque todos los estados envian al parlamento cierto número de representantes, y tienen votos en el consejo federal en proporcion de los habitantes de que constan, (Sajonia 4, y manda 23 miembros al Reichstag) el gobierno del imperio no viene a ser en muchos casos otro que el de Prusia, que se reduce al emperador y su canciller, en cuyas manos reúnese todo el poder y la influencia.

El mando del ejército que tiene el emperador, aun en tiempo de paz, (fuera de Baviera y Würtemberg) es en lo que se manifiesta mas la nulidad de los demas soberanos y príncipes. La fuerza militar de Sajonia forma el 12.º cuerpo del Imperio, y debe constar en pie de guerra de 67,000 hombres; el emperador nombra al comandante en jefe—que es hoy el príncipe Jorje, hermano del rey,—y los demas jenerales reciben el nombramiento de éste.

Tambien en las relaciones esteriores y diplomáticas solo el gobierno imperial tiene injerencia, así como en los correos y telégrafos; (Baviera ha conservado los suyos propios) pero se ven aun diplomáticos acreditados ante las pequeñas cortes, lo que mas parece una muestra de cortesía. Hay en Dresden ministros de Prusia, Austria, Rusia, y encargado de negocios de Inglaterra.

En todos los demas ramos de la administracion, y en los asuntos internos del pais conservan todos ellos su independencia, y tienen por lo tanto ministros de estado, cámaras, tribunales, (la Corte Suprema de Leipzig) acuñan sus monedas con los retratos de sus soberanos, aunque

con la águila imperial en el reverso, en vez de los propios escudos, como anteriormente, y aun Hamburgo, ciudad libre y anseática, conserva este privilejio, y, en fin, se manejan en todos sus negocios como naciones libres e independientes.

Para los que, como Sajonia, formaban parte desde una época anterior de la "Zolloverein"—liga aduanera—y de la confederacion de Alemania del Norte, no creo que el cambio traido por la guerra de 1870 haya producido grandes diferencia efectivas, entónces el rey de Prusia llamábase presidente de la confederacion, porque la encabezaba, y ahora llámase emperador aleman.

Se ha querido reconstituir el santo imperio que durante tantos siglos existió en el centro de Europa, hasta las guerras de Napoleon que obligaron a la casa de Austria a ceder el viejo título y sus derechos, y es cierto que ahora los paises alemanes forman una masa mucho mas homojénea que ántes, en que no se conocia otra cosa que luchas entre ellos mismos, que esfuerzos, muchas veces impotentes del emperador, para dominar verdaderamente por encima de electores, duques, marqueses y obispos que tenian divididos sus dominios en otros tantos feudos, en partes de un todo que en vez de discordantes deberian ser unas así como lo habrán conseguido las demas naciones de Europa, con escepcion de la península Anliana.—

Aunque muchos ménos que en aquella época, queda aún en Alemania un crecidísimo número de familias de príncipes, muchas de las cuales remontan en oríjen a las pájinas mas oscuras de la Edad Media, y cuya nobleza es mucho mas pura y antigua que la de los Hohenzollers, de Brandenburgo, que hoy ocupan el trono imperial. De ellas muchas hay todavía reinantes, y muchas despojadas, o vacantes, como podria decirse, echadas a paseo por el celo infatigable del gran canciller.

La existencia de todos los príncipes que han podido conservar sus tronos se presta ahora a innumerables anécdotas, algunas veces ridículas, porque no teniendo las distracciones de la guerra a que se dedicaban sobre todo sus antepasados en los pequeños dominios, necesitan ocupar su tiempo de una manera agradable, ya que no tienen gran

trabajo ni responsabilidades de gobierno, lo que les evitará muchos desvelos.

Todos, en mayor o menor escala, poseen grandes riquezas y rentas de sus estados, espléndidos palacios en las ciudades y castillos de recreo en los campos, y, rodeados de honores, como los mas grandes monarcas, pueden dedicarse a buscar en cuanto es posible la felicidad en el mundo, donde ocupan talvez las posiciones mas prácticas y ventajosas. La mayor parte entregada a los placeres busca entre las diversiones de la caza, los atractivos de las artes y de la música el medio de ver deslizarse agradablemente los dias de su floreciente reinado; pero con pocas escepciones como el penúltimo duque de Brunswick personaje tan loco como ridículo, son hombres de bien y sus súbditos carecen de motivo para quejarse, ántes bien, tienen que agradecerles sus liberalidades.

El rey de Baviera es el que hace cabeza en esta lejion de pequeños soberanos, aunque solo puede dársele este nombre por estar Baviera bajo el imperio, que de otra suerte sería un país considerable.

Es querido y respetado por su pueblo, pero fuera de esto no pasa de ser un personaje escéntrico y caprichoso, que sirve de tema a mil cuentos orijinales.

(He notado en toda Alemania poquísima simpatía por Baviera, pero además de las diferencias notables que hay entre los pueblos del Norte y del Sur, aquello se deberá sin duda a la diversidad de la relijion que Baviera profesa.)

Luis II es seguramente un tipo muy estraño. Apesar de que él fué el primero que ofreció al rey Guillermo la corona imperial ántes de la proclamacion de Versalles, no ha podido despues remediarse con el estado de cosas, ni perder su antipatía profunda por la Prusia, su soberano y y su ministro. Al paso que los demás príncipes guardan relaciones cordiales con la corte de Berlin, salvando al ménos las apariencias, él se ha mantenido completamente alejado de ella, de lo que ha dado pruebas aún en las circunstancias mas compromitentes como en las visitas del príncipe heredero a Munich a inspeccionar las tropas; entónces Luis II desaparecia como por encanto, y nadie conocia su paradero. Su pueblo, sin embargo, festeja a los miembros de la familia imperial, que no parecen produ-

cirle a él impresion tan grata. Por la inversa tiene aún buenas relaciones con la corte de Viena, con la que lo ligan además estrechos lazos de parentesco.

Su carácter escéntrico se manifiesta por su manera curiosísima de vivir. Es un verdadero personaje encantado, invisible para todo el mundo, que parece habitar otras rejiones léjos de la tierra, y que no tiene aquí mas atractivo que la música. Cuentan que pasa horas enteras en un kiosko delicioso de sus jardines escuchando las armonías de una orquesta invisible; que, miéntras los soldados hacen la guardia a las puertas de su palacio, y Munich arde de vida y movimiento, el soberano está gozando de una soledad tranquila e imperturbable sobre el techo del viejo castillo convertido por él en el mas hermoso de los jardines.

Su pasion por la música y el teatro llévanle a veces un poco léjos, pero es tal su entusiasmo que no se contenta con las ficciones de la escena sino que exije el efecto real y verdadero que el arte imita, cuando el calor y la fiebre de la situacion dramática se han apoderado de su cerebro, porque entónces nada le domina ni le contiene.

La ópera de Munich está a la altura de los primeros teatros de Europa, y seguramente el movimiento escénico debido al gusto del rey, está sobre todos. Pero éste no asiste jamás a las representaciones públicas; en su vida siempre solitaria y misteriosa ello no será el mayor de los sacrificios. Cuando desea escuchar una ópera hace prevenir a los artistas para que la pongan en escena, muchas veces cuando la acaban de cantar delante del público, y durante esa representacion solitaria, porque en todo el teatro no hay mas sitio ocupado que uno en el palco real, entrégase sin embarazo alguno a los transportes de entusiasmo que le causan las armonías.

En una ocasion subió aquel mas allá de lo ordinario, y los pobres actores fueron víctimas de él. Cantaban una ópera de gran movimiento; la música era hermosa; el drama de grandísima sensacion. Poco a poco habia ido este apoderándose del espíritu del rey, que aplaudía únicamente al principio, gritaba "bis" despues, y por último no pudo estarse en la real silla, de donde la agitacion lo hacía constantemente levantarse.

Llega la escena del desenlace; cascadas y vapores artificiales hermoseaban las decoraciones y el efecto jeneral del proscenio, y entónces, convencido el rey de que algo faltaba para que la impresion fuese completa, grita loco de entusiasmo: "¡qué se abran las llaves, qué se abran las llaves sobre las tablas!"

La sorpresa fué grande; suspendióse el canto, porque como el monarca no cesaba en sus estraños gritos, tuvo que venir el director del teatro a suplicarle suspendiese la órden, que traia consigo la ruina de las decoraciones, de los trajes y aun la salud de los actores. Pero el rey no escuchaba súplicas, sino que por el contrario habíase revestido de toda su autoridad para ordenarlo.—"¡Qué se abran las llaves!" continuaba gritando, y no cesó de hacerlo hasta que chorros enormes de agua caian de todos lados, y hasta que los infelices artistas continuaran cantando en medio de ese diluvio que los inundaba, destrozándoles los trajes, los adornos, las flores de las mujeres, y lo que para ellas era aun peor, haciendo correr por sus mejillas todos los colores artificiales con que habian tratado de aumentar su belleza.

Pero el rey miéntras tanto deliraba de gozo. La música, el canto, el drama, la realidad del agua, todo se juntaba para entusiasmarle mas cada momento, y estaba léjos de atender a la situacion tan desesperante como ridícula de sus cantantes, terminó por fin la escena, que para éstos habría durado mas de un siglo, y el rey, víctima de un verdadero frenesí, comenzó a gritar "bis," "bis"! "que se repita!" "Bravo! Bravo!" y en fin, a dar pruebas de la mas ardiente admiracion.

Pero esta vez los actores comenzaron a amotinarse, y negándose a repetir otra vez la escena en medio del diluvio; afortunadamente tambien el rey ya mas tranquilo dejóse convencer esta vez por el director, y manifestándose muy complacido del éxito artístico de la noche retiróse satisfecho a su palacio. Los artistas por su parte habían quedado en una situacion lamentable; perdidos los ricos vestidos de raso o seda, y probablemente con algunos constipados por añadidura. Mas aun había sufrido el teatro, porque las salas y las fortísimas murallas pintadas en

la escena no estaban calculadas para sufrir la caucion destructora del elemento húmedo.

Pero los cofres reales son abundantes, y si Luis es caprichoso sabe pagar con jenerosidad esos caprichos, devolviendo al teatro sus decoraciones, y a los artistas, a cuya costa habia tenido un rato de goce, todos los trapos, vestidos, pelucas y flores perdidas.—

Luis II es soltero; y cómo podría casarse cuando tiene honor a todas las mujeres? En esto se asemeja al primer rey de Prusia, Federico, soldadesco padre de Federico el grande; probablemente es más por escentricidad de carácter que por creerlas perjudiciales a su política, como aquel. Esta aversion al sexo femenino es parte estraña entre los príncipes y reyes, que por el contrario lo honran jeneralmente de una manera exajerada. Quién sabe qué motivos tienen para mantenerse tan alejado de él.

Una vez iba á verificarse en Munich una revista de tropas bávaras, y el canciller Bismarck había hecho anunciar al rey su visita. Todo estaba convenido para recibirlo pero al mismo tiempo que debía llegar el ministro marchose el rey de improviso y sin anunciarlo a persona alguna, a una de sus recidencias más inmediatas, cuando todos creían naturalmente que estaba muy tranquilo en su palacio esperando la llegada de aquél. Aunque Luis tiene dada órden que se niegue la entrada a sus parques y jardines a todo individuo miéntras él habita allí, el cuidador de castillo ignorando su repentina llegada, había permitido a un grupo de muchachas alegres y jóvenes entraran a pasear un rato entre los hermosos bosques tan codiciados por los habitantes de los alrededores.

Tocó la casualidad que en ese mismo tiempo salia el rey, solitario como de costumbre, a distraerse con el agrado del parque, que era preferible por cierto para él a la revista militar en compañía de Bismarck, y divisó de repente con gran disgusto, que aquellas jóvenes pizando en uno de los prados verdes, habían tomado posesion de sus jardines privados, y venian a perturbarle en su reposo y tranquilidad. Tan luego como ellas lo vieron, sea que le reconocieran o nó, alegres y bulliciosas corrieron a su encuentro, y dejándole al medio, cojidas de la mano formaron un círculo al rededor suyo y comenzaron a sal-

tar y cantar como si tuvieran allí a un compañero de la escuela.

La dignidad real veíase en tanto comprometida en esta escena digna de Watteau o Lancret, pero las muchachas no soltaban al prisionero, que por dulces que fueran las cadenas no podían agradarle, y al escuchar en elevadísimo título, en vez de asustarse y correr avergonzadas, redoblaron solo su entusiasmo y cantaron coplas al hermoso príncipe de ojos azules y de cabellos rubios. Al fin propucieron dejarle otra vez en libertad, pero con la condicion de que ántes diera un beso a cada una. Cumplióla el rey con escrupulosidad imprimiendo un real ósculo en las rosadas mejillas de cada una de sus hermosas súbditas, que se marcharon más alegres y satisfechas que nunca. La crónica no cuenta si el rey ha perdido desde entónces el horror a las mujeres, y si permite de vez en cuando la entrada a sus parques a las muchachas juguetonas; tampoco dice si el cumplimiento de aquella condicion costárale gran sacrificio: pero todo esto son asuntos privados de los reyes, y la crónica pública no debe de avanzarse a descorrer velo íntimo. (1)

Todos tienen que agradecer, sin embargo, la proteccion decidida a las artes que Luis I y Maximiliano II, sus antecesores, han prestado en todos los tiempos de su reinado. Aunque nada más hubiera hecho que llamar a su lado a Wagner y manifestándose en admirador más ardiente, darle nuevo aliento y vida para que continúase en su notable carrera musical, deberíamos agradecérselo, porque ello ha contribuido seguramente algo al éxito de ese jenio innovador que hasta entónces sufrió todas las consecuencias de la penuria y de la desgracia.

No es a él precisamente a quién debe Munich su formacion, puede decirse, y el desarrollo increible que en ella han tomado las artes, la arquitectura principalmente; pero ha seguido en la misma senda que encontró trazada, y bien pueden perdonársele las estravagancias de carácter que de ordinario a nadie perjudican.

---

(1) Nada de lo que se refiere al rey de Baviera es auténtico; son algunos de tantos rumores a que su vida escéntrica ha dado lugar.

Es talvez el único de los príncipes alemanes que no se ocupa en la carrera de las armas; pertenece más bien que a ésta a la época de los trovadores, y si encuentra mayor agrado en las artes y en la música que en el ejercicio y las marchas de sus soldados, no seré yo quién le critique de tal gusto, porque creo preferible una copla de aldeanas sobre el prado a la más brillante de las revistas con el príncipe de Bismarck a la cabeza.—En Alemania Luis II es un personaje de novela; pero no creo que sus súbditos hayan perdido aún su apego a la monarquía de Baviera a pesar de las escentricidades de su rey o de la proponderancia prusiana.—

Largo sería enumerar las anécdotas que se refieren de los diversos príncipes, y también fuera de mi propósito actual que se contrae solo a Sajonia, y Dresden especialmente; pero ántes de ocuparme en la familia reinante aquí y en sus antepasados, voi a mencionar al duque de Meiningen, soberano de uno de los pequeños ducados de Turingia, de la antigua familia sajona, a quien debo algunos ratos de sensacion en el teatro. No es la ópera, como el rey de Baviera, lo que este príncipe se ha propuesto favorecer, síno el drama, y ha logrado formarlo de tal suerte que difícilmente habrá en todo el mundo un teatro dramático más completo que el suyo. Siendo empresa particular del tesoro ducal no se ha hecho economía alguna para reunir los primeros actores de Alemania en una compañia en que todos son verdaderamente artistas; y no es ménos notable el estudio profundo que se ha hecho para copiar hasta los mas mínimos detalles históricos de los dramas que ponen en escena. Estos son solo unos pocos de Shakespeare, Lessinge y Schiller principalmente. Así tiene que ser para que la perfeccion alcance tan alto grado. Antes de póner en escena los históricos un investigador erudito marcha al país dónde ellas tenían lugar con el objeto de imponerse en el sitio mismo, o en las colecciones de los museos, de todos los accesorios que contribuyen a dar la mas escrupulosa exatitud, de trajes, y en fin, todo lo accesorio para trasladar al teatro, haciendo el efecto de la realidad, la época que el autor ha querido en su drama conmemorar.

Como la ciudad de Meiningen es mui pequeña y de poca importancia, el teatro ducal solo está abierto un período

corto del año, y dedican el resto a recorrer cada una de las ciudades grandes, llevando por supuesto consigo todos los requisitos para la representacion perfecta de sus dramas. Siempre que llega á cualquiera parte la "Compañia del duque de Meiningen" segun se titula, como la permanencia es corta se despierta entre todos el mayor entusiasmo, porque apesar de los magníficos teatros dramáticos de las capitales, todos reconocen que aquella no tiene rival en su admirable conjunto.

Llegó su turno a Dresden, y así tuve yo la suerte de apreciarla y convencerme de que jamás había visto una interpretacion mas exelente. Elejí la primera vez "María Stuard," porque, siguiendo la opinion del vulgo alemán, prefiero los dramas de Schiller á todos los otros; les encuentro un no sé qué de armonía que agrada a la par que conmueve, una relacion deliciosa entre la forma y el fondo, versificacion brillante é ideas profundas. Pero ¡qué enorme diferencia de la lectura de los versos en la propia habitacion, á escucharlos en esas tablas! No era el procenio de un teatro lo que yo tenia delante de mí, no eran aquellas simples decoraciones, no era una ficcion del arte, sino que todos los espectadores fuimos verdaderamente transportados a la época cruel de la historia de Inglaterra. María Estuardo, la degraciada reina, prisionera de muchos años y víctima de la fuerza, presentábase allí vencida pero no doblegada, mezcla de virtudes y de sanidad por su hermosura, quisás mas ávida de robar a Isabel el corazon de Leicester que el cetro de Inglaterra.

Y luego el trono de la reina y su brillantísima corte para recibir a los embajadores de Francia, no solo el diálogo era admirable, sino que cada uno de esos personajes era el fiel retrato de los orijinales por la figura; los trajes, las condecoraciones de la Yarretera, y hasta los "beefeaters," que se conservan aún hoi en la torre de Lóndres, estaban allí en medio de esa Corte que trataba a su Soberana como á una diosa.

El encuentro de las reinas enemigas en el bosque, uno de los trozos mas notable del drama, fué soberbio; primera vez que se veían frente a frente. María implora al principio, pero el escarnio de Isabel la exaspera; comienzan con la dignidad de reinas y vienen a terminar con una riña

de mujeres vulgares, porque estallando todas las pasiones, el odio, la envidia, los celos, olvidan ámbas su nombre y bajan hasta arrastrarse por el fango.—Y despues de esto las luchas de Isabel para firmar la sentencia de muerte que Lord Burleigh el demonio malo de María le pone por delante; y mucho mas aún la patética despedida de la infeliz María cuando es conducida al patíbulo, hacen una impresion profundísima. Camina al son de la misma marcha que tocaron en la ejecucion, porque hasta eso se ha buscado para que la similitud sea completa.

Ví dos veces esta trajedia, y nunca podré olvidar estos diversos pasajes, y ménos que todos el último que es de los mas patéticos que se hayan puesto jamás en escena. La imponente y serena figura de Estuardo ha quedado después siempre gravada en mi imajinacion.

Y no ménos interesante que aquella es la representacion en dos noches distintas del poema dramático "Wallenstein"; primero el "Campamento", y los "Piccolomini", y despues la "muerte de Wallenstein," que figura entre las obras maestra de Schiller. Allí estamos delante de un episodio de la guerra de treinta años, de aquella que asoló a Alemania como la mas terrible de las plagas que pueden llegar a una nacion. Es la historia de las intrigas en que se jugó la suerte del jeneral poderosísimo, a quien el emperador habia confiado el mando absoluto de sus ejércitos, y que casi mas fuerte que su mismo soberano estuvo en víspera de independizarse sentándose sobre el trono de Bohemia, si el destino no le hubiere sido adverso.

En todo el curso del drama hai una nota deliciosa; los amores de Tecla, hija de Wallenstein, con Max Piccolomini, porque es allí solo donde se encuentra la verdad, pureza de intenciones y nobleza en el sacrificio.

(Concluirá)

RAFAEL ERRÁZURIZ U.

REVISTA DE REVISTAS

Al dar a luz estos lijeros apuntes (estractados de un trabajo de mayor aliento) sobre los periódicos que en Chile se han publicado con el título de Revista, hemos prescindido de aquellos que han tenido un carácter político o de interes local, para dar lugar a los escencialmente literarios o científicos, por creer que el conocimiento de los últimos es mas oportuno y pueda despertar mayor interés.

En la numeracion de las Revistas seguiremos el órden cronolójico de los años en que fueron dadas a luz.

Hecha esta observacion a modo de prólogo, entramos en materia, no sin declarar ántes que estamos muy distantes de pensar que esta Revista sea completa y exenta de omisiones o de errores. Este pequeño trabajo no es mas que una estadística destinada a servir de guia para los que se dediquen a estudiar mas a fondo el desarrollo de la prensa literaria del país.

REVISTA DE VALPARAISO

Este periódico, el undécimo que se publicó en Valparaiso, fué el primero que llevó el título de Revista.

Salió a luz a mediados de febrero de 1842, dejando de existir en julio del mismo año.

Fué su fundador y redactor don Vicente Fidel López, auxiliado por don Juan Bautista Alberdi y don Juan Maria Gutierrez, todos ellos emigrados arjentinos, llegados a

Chile huyendo de los tiranos de su patria. La presencia entre nosotros de tan ilustrados huéspedes, contribuyó mui eficazmente a impulsar y dirijir el movimiento literario que se inició en 1842.

La fundacion de la *Revista de Valparaiso* tuvo esclusivamente por objeto propender al desarrollo de los estudios literarios o científicos, para lo cual publicó revistas europeas, biografías americanas, y muchos otros artículos orijinales o traducidos.

El total de escritos publicados alcanzó a veintinueve. Entre ellos hubo algunos de verdadero mérito, como uno de Alberdi titulado: "Algunas vistas sobre la literatura sud-americana"; y dos de López; uno sobre el "Clasicismo y Romanticismo", y el otro titulado: "Cuestiones filosóficas", en que su autor hizo la crítica de un discurso pronunciado por don José Victorino Lastarria en su incorporacion a la *Sociedad literaria de Santiago* fundada por ese mismo tiempo.

La Revista de Valparaiso fué el tercer periódico literario que se publicó en Chile. Fueron sus predecesores el *Redactor de la educacion*, fundado y redactado en 1826 por Mr. Lozier, rector que fué del Instituto Nacional; y el *Mercurio Chileno*, publicado en 1828 bajo la direccion del literato español don José Joaquin de Mora, ayudado por los doctores Passaman y Bertero. Ambas publicaciones fueron dadas a luz en Santiago.

Con motivo de haber pasado López a redactar la *Gaceta del Comercio de Valparaiso* cesó de publicarse la Revista despues de su sesto número. Estos seis números forman un volúmen en 8º de 247 pájinas, y salieron por la Imprenta del Comercio. Esta Revista es mui rara.

REVISTA CATOLICA

El 1º de abril de 1843 apareció este periódico quincenal y despues semanal, *relijioso, filosófico, histórico y literario.*

Ningun otro periódico de su especie alcanzó tan larga vida como esta Revista, pues dejó de existir a los treinta y un años, el 11 de julio de 1874, fecha en que le sucedió, pero bajo otro carácter, el "*Estandarte Católico*".

Venida al mundo en una época en que se debatian graves cuestiones políticas y relijiosas, en que muchos espíritus liberales batallaban por reaccionar contra las tradiciones políticas y relijiosas, imperantes desde antiguo, no pudo por ménos que terciar en las luchas ardientes de los bandos militantes.

Los esfuerzos hechos por los mas avanzados no habian sido estériles. El espíritu público hacíase ya libre pensador en relijion y liberal en política.

El poder eclesiástico que se vió atacado y herido en lo mas íntimo, trabajó por tener en la prensa un representantante para contrarrestar a aquellos principios, y fuera al mismo tiempo el porta voz de sus aspiraciones y el defensor de sus derechos.

Con este objeto, la Curia eclesiástica de Santiago, fundó la *Revista Católica*, en cuyo prospecto, publicado a principios de marzo, se hacia notar los beneficios que la relijion habia prestado al país como ajente civilizador. Para estimular a la juventud estudiosa prometia publicar los autores clásicos en ciencias sagradas, y artículos sobre historia eclesiástica, y en especial, la del país.

La redaccion del periódico fué confiada en su principio a los mui ilustrados y virtuosos sacerdotes don Rafael Valentin Valdivieso, don Justo Donoso y don José Hipólito Salas, que mas tarde no solo llegaron a las mas altas dignidades de la iglesia chilena, sino que fueron sus mas brillantes lumbreras. En pos de los anteriores vinieron sucesivamente los señores José Vitaliano Molina, José Ignacio Víctor Eyzaguirre, José Vicente Bustillos, Ventura Marin, Joaquin Larrain Gandarillas y José Manuel Orrego (actuales obispos), Rafael Fernández Concha y Luis Vergara Donoso.

En su larga vida la Revista combatió ardorosamente con elevacion y dignidad, fuera de muchas otras cuestiones, por la absoluta independencia del poder eclesiástico del civil, no reconociendo predominio alguno del Estado sobre

la Iglesia, lo que dió y ha dado lugar a una lucha encarnizada cuyas consecuencias no son difíciles de proveer.

Epocas hubo en que la Revista sola tuvo que sostener el choque de toda la prensa en jeneral que, olvidando por un momento sus divisiones, caia sobre ella en compacta masa.

En esos momentos fué cuando sus primeros redactores pusieron de manifiesto sus brillantes cualidades de escritores y polemistas, conquistándose merecida fama. De los innumerables artículos políticos y relijiosos que publicó la Revista, mas de la mitad quizas salieron de la bien cortada pluma de aquellos redactores.

En 1874, el antiguo redactor señor Valdivieso a la sazon arzobispo de Santiago, quiso que el clero contara en la prensa diaria con un representante enteramente suyo, de una representacion mas considerable, de mas vastas proporciones, en armonía con la importancia del poder esclesiástico. Con este fin se publicó el "*Estandarte Católico,*" y cesó la Revista.

Cada número del periódico constaba de ocho pájinas en 4º a dos columnas: y el total de los publicados alcanzó a 1300, repartidos en 31 tomos; algunos de los cuales tienen índices.

Las imprentas que tomaron parte en su publicacion fueron la de la *Opinion*, del *Progreso*, de la *Sociedad*, del *Conservador* y del *Correo.*

REVISTA DE SANTIAGO.

A principio de abril de 1848 se dió a luz este periódico quincenal *científico y literario*, que terminó en el mismo mes de 1851.

El movimiento literario y de rejeneracion política que habían iniciado en 1848 varios jóvenes liberales, encontraban a fines de 1847 paralizado casi por completo por diversas causas que no es del caso esponer.

Don José Victorino Lastarria uno de los mas entusiastas

e ilustrados adalides de aquel movimiento, proyectó y llevó a cabo, aunque los momentos no parecian oportunos, la publicacion de un nuevo periódico literario que viniera a dar vida a la postrada literatura nacional.

Contando con la cooperacion del ilustre sabio don Andres Bello y la de los señores don Marcial Gonzalez, don Cristóbal Valdes y don Jacinto Chacon, lanzó en marzo de 1848 el prospecto de la *Revista de Santiago*, y poco despues apareció su primer número que fué mui bien recibido por el público.

La prensa le dirijió entusiastas saludos, y el *Comercio de Valparaiso* en un artículo que le dedicó, espresaba "que no habia un papel mas interesante y respetable en la América del Sur."

Llevó la direccion del periódico don José Victorino Lastarria, que redactó las revistas mensuales publicadas al fin de cada número.

Don Andres Bello que, como hemos dicho, cooperó a la fundacion de la Revista, daba un artículo mensual, contribuyendo así a darle mayor importancia.

Entre los colaboradores figuraron como poetas don Eusebio Lillo, don Hermójenes Irisarri, don Andres y don Jacinto Chacon, que ya habían hecho sus primeras armas conquistándose merecida fama. Al lado de éstos hicieron su estreno en la Revista don Floridor Rojas, don José Antonio Torres, don Guillermo Blest Gana, que poco mas tarde alcanzaron la mas sólida reputacion por su buen gusto, sentimiento, correccion y talento artístico.

Como prosistas colaboraron don Marcial Gonzalez, don Cristóbal Valdes, don Ramon Briceño, don Santiago Arcos, don Santiago Linsay, don Francisco Fernandez Rodella, don Joaquin Blest Gana, don Juan Bello, el doctor Herz, don Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui que ahí iniciaron su brillante carrera de historiadores y literatos.

Entre todos los jóvenes y entusiastas escritores de la Revista, Cristóbal Valdes fué uno de los que mas se hizo notar. Bajo el título de "Estudios histórico económicos" publicó una série de doce artículos, por demas notables, que manifiestan en su autor rara erudicion y concienzudo estudio. Estos artículos se encuentran repartidos en los

tres primeros tomos del periódico, y abrazan como 200 pájinas.

A poco de su aparicion alcanzó la Revista grande importancia debida a los trabajos, en su mayor parte notables, que dió a luz, lo que contribuyó a robustecer el movimiento literario de 1842.

No se concretó la Revista solo a los estudios literarios, sino que tambien terció en las contiendas políticas, batiéndose con denuedo, elevacion y dignidad, por la causa del partido liberal, que perseguia la rejeneracion de las ideas y la independencia del espíritu que debian servir a la reforma de las instituciones y prácticas democráticas. Estos principios que estaban en pugna con los de otro poderoso bando, dieron lugar a una porfiada lucha cuyos resultados fueron desfavorables al primero y afectaron a la vida misma de la *Revista*.

A fines de 1849, con motivo de un artículo de don José Victorino Lastarria, publicado en el último número del tercer volúmen de la Revista, títulado el "Manuscrito del Diablo," en que su autor, con un tono algo exajerado, combatia muchas preocupaciones contrarias a la democracia y condenaba vicios y hábitos anti-sociales, los conservadores, que miraron muy mal el tal artículo, hicieron tal propaganda contra la *Revista* que su editor se vió en la necesidad de suspender su publicacion.

Sin embargo, cuatro meses mas tarde, en abril de 1850, volvió la Revista a reaparecer para ir a morir en el mismo mes de 1851 a consecuencia de las medidas estremas tomadas por el gobierno para acallar la prensa exitada con los sangrientos sucesos que entónces tuvieron lugar.

En esta segunda série la *Revista* estuvo bajo la direccion de don Francisco de Paula Matta, jóven ilustrado e intelijente, que anteriormente habia escrito en el *Crepúsculo* y en el *Siglo*.

Matta abandonó en la cuestion política la senda que al principio habia seguido la Revista, tomando un camino muy diverso aunque siempre sustentando las ideas liberales.

Figuraron como coloboradores en esta segunda época don Manuel Antonio y Guillermo Matta, don N. Magallanes

don Alberto Blest Gana, don R. Santos, don Manuel Blanco Cuartin y don Diego Barros Arana.

Todos los números de la Revista forman siete tomos en 8º publicados por la *Imprenta Chilena*. Cada tomo consta de unas 400 pájinas mas o ménos y los tres primeros tienen índices.

En el mes de marzo de 1853 apareció nuevamente la *Revista de Santiago*, bajo la direccion de uno de los colaboradores de su segunda época, don Guillermo Matta, ayudado por sus hermanos Francisco y Manuel Antonio.

La mayor parte de los escritores que figuran en la primera época prestaron su concurso en esta ocasion, y asi fueron colaboradores don Andres Bello que publicó un trabajo sobre la "Historia de la Literatura Española de Jorje Ticknor," y otro sobre la "Antigua Poesía Castellana, don Victorino Lastarria, don Marcial Gonzalez, don Diego Barros Arana, don Eusebio Lillo, don Miguel Luis y Gregorio V. Amunátegui, don Joaquin, Alberto y Guillermo Blest Gana, don Jacinto Chacon. Ademas de los anteriores escribieron en esta época don Domingo Santa María, don Francisco Várgas Fontecilla, don Martin José Lira, don Pio Varas Marin, don José Antonio Donoso, don Eduardo Asquerino (poeta distinguido y Encargado de negocios de España en Chile) don Francisco Marin Recabárren, don Adolfo Valderrama, y la señorita Ana Smith Irisarri.

En esta época comenzó a hacerse notar don Alberto Blest Gana como novelista, jénero que apenas se habia iniciado en Chile, haciéndose digno de aplauso. Blest Gana llegó mas tarde a conquistarse el primer puesto entre nuestros novelistas por su talento descriptivo, fecundo y vigoroso, por la verdad de sus cuadros y la fidelidad en la pintura de nuestras costumbres.

El total de escritos publicados acendió a noventa y siete, de ellos setenta y dos en prosa y veinticinco en verso.

Sin embargo, que su director habia asegurado en el primer número de la Revista, que ella no moriria de "tisis por carencia de recursos," lo cierto fué que, a fines de octubre, tuvo que desmentirse suspendiendo la publicacion

del periódico, precisamente por falta de tan indispensable elemento.

Se alcanzaron a publicar siete números por la *Imprenta Chilena*, que forman en volúmen en 8º de 822 pájinas.

REVISTA MEDICA DE SANTIAGO.

Este periódico científico apareció en octubre de 1856 para morir con su segundo número en el mismo mes del año siguiente.

Fué su fundador y único redactor el doctor don Benito García Fernandez, español de nacimiento que habia llegado a Chile allá por los años 1849 o 1850.

El doctor García se propuso con su periódico hacer propaganda de la medicina homeopática, dar a conocer su empleo, para que pudiera servir en las enfermedades de niños, y en los de la jente del campo, como un medio fácil de curacion en una época en que apenas si habia boticas en los centros mas poblados. La medicina que profesaba García era segun los principios del doctor aleman Ismael Hahnneman que fué el primero que los descubrió y enseñó.

En Chile no se practicaba el tal sistema; y asi no fueron pocos los ataques y controversias que García tuvo que sostener contra los médicos alópatas, lo que contribuyó a la poca duracion de su periódico.

A pesar de la oposicion que se le hiciera, la homeopatía fué aceptada por muchos, y al presente cuenta con no pocos adeptos.

Entre los artículos insertos en el periódico, figura, en el número segundo, un informe que pasó García, y que le valió fuertes ataques, sobre la enfermedad de Cármen Marin (vulgarmente llamada la "Endemoniada de Santiago") que metió mucha bulla por aquellos tiempos.

Los dos números de este periódico, de unas 120 y tantas pájinas cada uno, fueron publicados en 8º por la *Imprenta Chilena.*

REVISTA DE CIENCIAS Y LETRAS.

El primer número de este periódico científico y literario apareció en abril de 1857, y el último en abril de 1858.

Se publicó en Santiago bajo la proteccion del Gobierno, que quiso por este medio coadyuvar al adelantamiento de las letras y de las ciencias.

Fué su fundador y director don Antonio Varas con la colaboracion de los eminentes profesores don Ignacio Domeyko, don Rodulfo A. Philippi, don Cárlos G. Moesta, don Amado Pissis y don Juan G. Courcell Seneuil, que ahí publicaron mas de un trabajo notable.

Colaboraron ademas los señores José Eujenio Vergara, Francisco S. Asta-Buruaga, don Salvador Sanfuentes y don Diego Barros Arana, que escribió la crónica literaria y científica, uno de los mejores adornos del periódico.

El total de trabajos publicados alcanzó a treinta y uno; de ellos solo uno de bella literatura, *Tendo o Memoria de un Solitario* de Sanfuentes, los demas versaron sobre jeolojía, botánica, astronomía, economía política, lejislacion, jeografía, historia, mineralojía y jeografía física.

La *Revista*, a pesar de ser auxiliada por el Gobierno, a pesar de sus hábiles colaboradores, solo alcanzó a publicar cuatro números. Con ellos se formó un volúmen en 4º de 778 pájinas, dado a luz por la Imprenta de *El Ferrocarril*.

REVISTA DEL PACÍFICO.

En julio de 1858 apareció el primer número de este periódico quincenal *literario y científico* que concluyó a fines de 1861.

Fué su fundador y primer director don Guillermo Blest Gana, poeta de conocida reputacion, ayudado por don José Santos Tornero propietario de la imprenta y libreria del Mercurio en Valparaiso, lugar donde se publicó el periódico.

Favorecieron la publicacion de la *Revista*, que vino a

aumentar mas aun el progreso intelectual alcanzado desde 1842, antiguos compañeros de Blest Gana, entre los que figuraban los señores José Victorino Lastarria, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Joaquin y Alberto Glest Gana, Guillermo y Manuel Antonio Matta, Diego Barros Arana, Martin José Lira y J. G. Courcelle Seneuil, que fueron sus colaboradores. Al lado de los anteriores aparecieron tambien en el mismo carácter, don Daniel Barros Grez, don José Antonio Donoso, don Gabriel René-Moreno, don E. Williamson y don Benjamin Vicuña Mackenna, hoi el mas fecundo y poderoso de los injenios que sustentan nuestras letras, que ahí principió por publicar una mui bien escrita biografía del coronel don Jorje Beauchef.

Cada número del periódico constaba de unas 64 pajinas de escojido material, siendo casi todos los artículos orijinales y firmados por sus autores. Don Guillermo Blest Gana escribia una crónica quincenal en la que, ocupándose de la política interna del pais, manifestaba sus ideas liberales y censuraba sin embargo, con toda independencia, los actos del Gobierno.

Con motivo del movimiento revolucionario que estalló en distintos puntos de la República a principios del 59, el Gobierno, haciendo uso de facultades dictatoriales, suspendió toda la prensa independiente, cesando por esta causa de publicarse la *Revista*. Su director, mal de su agrado, tuvo que emprender forzado viaje al estranjero.

A cuarenta y ocho alcanzaron los trabajos publicados, veintitres en verso y veinticinco en prosa.

En los seis meses que duró la publicacion de la *Revista del Pacífico* se dieron a luz doce números. Con ellos se formó el primer tomo con 772 pájinas, impreso en 4º por la Imprenta de *El Mercurio*.

Un año despues, el 1º de enero de 1860, don Jacinto Chacon (que habia fundado en Valparaiso la *Sociedad de Amigos de la Ilutracion)* junto con don Joaquin Villarino y don Juan Ramon Muñoz, emigrado bolivianos, restableció la *Revista del Pacífico* para que Valparaiso tuviera como lo decia en el prospecto de esta segunda série del periódico, una voz y una representacion en el movimiento literario del pais.

Asi fué que la *Revista* sirvió para publicar los trabajos

de los miembros de la Sociedad fundada por Chacon, y los de muchos otros notables escritores de Santiago.

Ayudó la publicacion del periódico con el carácter de editor don José Santos Tornero, como lo habia hecho a la época de su fundacion.

Entre los escritores que colaboraron se contaban los señores Manuel G. Carmona, Joaquin Zelaya, M. Arosemena, Miguel Roselló, G. René-Moreno, José María Gutierrez, Aquinos Ried, Joaquin Villarino, José Antonio Donoso, Aniceto Chacon, Lorenzo 2º Víctor, J. R. Muñoz, Manuel José Cortes, Benjamin Vicuña Solar, Emilio Sotomayor, Martin Palma, Daniel Barros Grez, Mariano Reyes Cárdona, Manuel A. Hurtado, Zorobabel Rodriguez, don Jacinto Chacon y otros.

Ademas figuró como uno de los mas constantes colaboradores, la distinguida señora Rosario Orrego de Uribe que tantas glorias conquistara, y ahí publicó bajo el seudónimo de "Una Madre" su primera novela titulada *Alberto el jugador*.

Hasta fines de junio del mismo año tuvo la direccion del periódico don Jacinto Chacon.

Con los números publicados hasta esa fecha se formó el 2º tomo con 804 pájinas.

Los trabajos que se dieron a luz, fuera de las primeras actas de la Sociedad de Amigos de la Ilustracion que ahí se insertaron, ascendieron a 49: 7 sobre poesía; 4 de medicina e hijiene; 2 de biografía; 3 de tipografía e hidrografía; 3 novelas 19 de poesías, 11 sobre varias materias científicas y económicas, todos firmados por sus autores.

El 1º de julio se hizo cargo de la publicacion y direccion del periódico el editor Tornero con la colaboracion de los miembros de la *Sociedad de Amigos de la Ilustracion*, y *Círculo de Amigos de las Letras* que se habia establecido en Santiago.

Don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui fueron encargados de la revision de los trabajos que se remitian para la Revista desde la capital, don Jacinto Chacon como Presidente de la Sociedad Amigos de la Ilustracion y don Juan Ramon Muñoz como secretario de la misma lo fueron para los trabajos de los colaboradores de Valparaiso.

Ademas de los escritores que anteriormente habian publicado sus trabajos en la Revista, lo hicieron en esta ocasion los señores J. S. Jackson (Presidente de la Cámara de Comercio de Valparaiso), Adolfo Valderrama, Marcial Gonzalez, G. René-Moreno, Miguel Cruchaga, Domingo Arteaga Alemparte, Justo F. Lobek, Eduardo de la Barra, B. Caravantes, Mariano Ramullo, David Campusano, Manuel José Olavarrieta, Arcesio Escobar, Eujenio Olavarrieta, Ramon Briceño, Pedro Pablo Ortiz, Ricardo Palma, Vicente Cuenca, H. M. Moreno, T. C. Morales, José M. Samper, Rodolfo A. Philippi, Vicente Padin, Cárlos N. Cuervo, Florentino Gonzalez, J. M. Monroy, Pastor S. Obligado, H. C. Fajardo, M. Zavala, J. J. Boda, M. N. Camacho, M. Concha, Juan N. Espejo, jeneral J. J. Flores, Eusebio Lillo, J. A. Marquez, C. A. Murillo, N. G. Quezada, P. Varas, M. Zapata, E. de Zernoza, J. M. Zubiría, la señora María Mendoza de Vives. y la señorita Dolores Olañeta.

Variados e interesantes fueron los trabajos publicados por tan distinguidos colaboradores mucho de los cuales en la actualidad son verdaderas notabilidades.

Desde que se hizo Tornero cargo de la publicacion de la Revista hasta su conclusion se publicaron tres tomos con doce números cada uno.

El tercer tomo forma un volúmen de 792 pájinas y contiene 49 piezas diversas, de ellas 20 en prosa y 20 en verso; el cuarto de 800 pájinas comprende 59, en prosa 45 y 13 en verso; y el quinto de 772 pájinas publicó 65 trabajos, 36 en prosa y 29 en verso.

En resúmen, el número de trabajos publicados en los cinco tomos de la *Revista del Pacífico* asciende a doscientos setenta, lo que manifiesta que los progresos alcanzados en esa época no fueron pequeños.

El total de números dados a luz fué de sesenta, y todo el trabajo se hizo por la Imprenta del *Mercurio.*

(Continuará)

RÓMULO AHUMADA M.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

Las letras hispano-americanas están de duelo. Vicuña Mackenna no es una gloria chilena meramente. Sus obras y su fama de escritor desde largos años atrás han traspasado las fronteras de Chile, para propagarse de un extremo á otro del mundo de Colón.

¿En cuál pueblo de primera, de segunda y de tercera importancia de esta América Española no es admirado Benjamín Vicuña Mackenna?

Chile llora en estos momentos al que fué el más preclaro de sus hijos delante de las naciones.

No sólo es el escritor chileno más universalmente conocido fuera de su país, sino que también es el único en estos momentos que haya obtenido tan insigne gloria en todos los pueblos americanos de habla castellana. Es sin disputa el escritor más fecundo, más ameno y más brillante entre los pueblos latinos del nuevo continente. Otros habrá que le sobrepujen en alguna de estas cualidades; ninguno en las tres juntas, ninguno en extensión de nombradía.

No menos de ochenta volúmenes sobre diversas materias, que se refieren en su mayor parte á la sociabilidad humana, principalmente chilena y americana desde la conquista hasta nuestros días, han servido de fundamento ancho y sólido á esta reputación entre los contemporáneos.

Y todos estos volúmenes han brotado de esa plnma con

brío, ardientes con el calor de la imaginación y de la fantasía, radiantes con esa claridad que pasa derramando un reguero de intuiciones, evocaciones y remembranzas de toda especie.

Con el mismo poder de que se sirvió para vencer la incomunicación material que reina todavía para los efectos literarios entre nuestras repúblicas, Vicuña Mackenna ha triunfado del alejamiento moral que era consiguiente á una guerra sangrienta entre naciones hermanas y vecinas.

Porque se engañaría grandemente quien creyera que los últimos terribles sucesos han enajenado simpatías americanas al insigne escritor chileno. Los pedidos constantes y la exportación creciente de sus libros, están ahí para demostrar con elocuencia aritmética lo contrario.

Muy lejos de eso. Durante la lucha no era la pluma del afamado escritor la palanca menos poderosa de los intereses de Chile. El patriota benefició á manos llenas su nombradía para herir al enemigo y levantar hasta las nubes la causa de su país. Y tenemos que ahora, después del combate, las simpatías por el escritor no han experimentado menoscabo ninguno, ni entre los vencidos, ni entre los que creen que Chile ha turbado el concierto americano gravemente, con el uso que ha hecho y sigue haciendo de la victoria.

Cuando se piensa, que quien ha obtenido en el orbe hispano-americano esta aura tan dilatada y tan querida, es un escritor genuinamente chileno, que en la pasada contienda resumió sin miramientos la conciencia plena de su país, con sus ambiciones todas y sus gritos feroces de combate, no puede uno ménos que preguntarse: ¿cuál es el secreto por donde este ingenio nacional de pura casta, puede alentar ahora como siempre y espaciarse á sus anchas en el aire ambiente general de la gran patria americana?

La razón está en la solidez inconmovible de la reputación adquirida, y en la cabal conciencia que en todas par-

tes ya se tenía sobre los más altos y privilegiados sentimientos de su alma como tribuno de estas democracias, nacidas en la misma hora y que atraviesan un mismo purgatorio de purificación y engrandecimiento.

Vicuña Mackenna ha sido siempre el apóstol más elocuente de la unión y confraternidad americana, desde que en 1861 resurgió esta idea con motivo de la invasión de Méjico y anexión de Santo Domingo, y poco después con la doctrina sobre la reivindicación de las Chinchas.

Nadie ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las nacionalidades congregadas. Examínense las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispano-americana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables.

En el fondo de su naturaleza moral se advertía un doble movimiento de gravitación hacia los profundos afectos, y de ascención á la altura para ampliarlos en la esfera de la inteligencia. Sus propensiones eran sintéticas por decirlo así de las emociones é impresiones recibidas. Había en su sér algo como una fuerza centrífuga, que le lanzaba de su órbita á las otras órbitas y al pensamiento colectivo de todas las órbitas.

Resumir el pensamiento que divagaba mudo y confuso en la mente de los demás, despertar á la vigilia y al afán eso que dormía años quizá en la conciencia social, han sido siempre las impulsiones más espontáneas y de mayor alcance de su talento. Por eso sus más hermosos y seducto-

res escritos llevan el timbre vibrante de una improvisación; son un levantamiento del juicio humano á los clamores de una emoción generosa; son el numen del entusiasmo por un concepto que debiera ser general, ó por un sentimiento que debiera ser unánime, ó por una voluntad ó un acto que debiera ser el de la sociedad entera.

A nada llegaba por virtud de un raciocinio ni por los términos de una progresión analítica. Su primer arranque era siempre un destello luminoso, cuya fugaz claridad le permitía contemplar y adivinar con prontitud sin igual los pormenores de un asunto. Y cuando en seguida era menester, por causa de la lentidud material del tiempo, considerar ó reconsiderar lo menudo de las cosas, se armaba deplorable pugna en la mente del escritor, entre el florecer intuitivo de sus visiones y contemplaciones de la verdad, y el escuadrón de datos objetivos y reales que brotaban de las entrañas del asunto, para enderezar y rectificar el estro del escritor hasta el remate de la obra.

El éxito de este formidable combate ha sido muy vario, y sus heroísmos brillantes y sus estragos pueden contemplarse en los trabajos del autor, desde los más concienzudamente concluidos hasta los más galopeados.

Cualquiera cree que una obra literaria así constituida no tiene fundamento sólido en los pedestales del arte. Hay quien sostiene que esta numerosa progenie está llamada á vivir en la soledad de los recuerdos, y á encontrar su postrimer asilo en las catacumbas de la bibliografía.

Nosotros mismos, con ocasión de cierto escrito biográfico del autor, nos hemos preguntado otra vez: ¿hasta qué punto el éxito actual corresponde al de esa lozanía persistente de los campos elíseos de las letras, que no agostan los tiempos, ó al de la gallardía matutina de las rosas, que duran lo que todos sabemos que duran?

Arduo problema para los que, con la vista en los anales de la literatura, recuerdan á no pocos autores, hoy profun-

damente olvidados, y que causaron no obstante la admiración de sus contemporáneos.

En el caso de Benjamín Vicuña Mackenna la cuestión ha de concretarse á la vida de su incomparable estilo.

Por severas que sean las tachas que recaigan sobre el fondo de sus obras, no olviden los que miran el estilo como cosa subordinada al fondo, no olviden que Solís, imitando las formas latinas como un discípulo, escribió con el pincel elocuente de su estilo la peor conquista de Méjico que se conoce, y la escribió en las páginas de un libro que no ha perecido todavía y que seguramente no perecerá jamás.

En otros escritores aventajados el ingenio literario no es sino la resultante lógica de otras fuerzas, la fusión de diversas aptitudes intelectuales. Por concentración ellos obtienen el obrar con firmeza y seguridad en el espíritu de sus lectores. Pero es lo cierto que no por eso logran contar con el resultado, no diremos de durar, pero ni de ser leídos actualmente por la generalidad de los que leen.

Esta magia inapreciable la poseía por completo Vicuña Mackenna. En comenzando uno á recorrer con la vista un escrito suyo, tenía que seguir y proseguir hasta el fin, á veces sin quererlo. Si la palabra escrita es un arte ¿cuál arte ó qué otras prendas literarias son equivalentes á ésta? Con ella ha sabido conquistarse Vicuña Mackenna la admiración de sus contemporáneos. Con ella es muy de esperar que sabrá retener la atención de la posteridad.

Como sucede con todos los talentos expansivos, él consigue casi siempre estampar en la página su emoción individual. Este flúido efusivo del alma es en Vicuña Mackenna contagioso, y está con eficacia en sus escritos puesto al servicio de las ideas, ó si decimos mejor, de la universalidad de las ideas.

No vivía gozando de su rico patrimonio cual sucede á los poetas y que no són sino poetas. Tampoco contraía el esplendor de sus dones al cabal desenvolvimiento lógico del

asunto, como hubiera sido de desear. Todos lo saben: Vicuña Mackenna casi nunca acertó á destacar el sujeto literario solo, independiente y severo.

Abrazábase apasionadamente con él, agigantábalo al contacto de su corazón, lo iluminaba con la luz eléctrica de su fantasía, y junto con todo eso envolvía en la atmósfera caliente del asunto á los lectores, y se infiltraba en el ánimo de éstos él mismo con su modo de ser íntimo, con todo el alentar de su alma. Desde este momento el autor y el libro formaban una sola entidad, para los efectos de una impresión resultante y definitiva. Uno cerraba el libro, y ya quedaba pensando en Vicuña Mackenna, y no sin frecuencia en cordial y calurosa discusión con él.

Y el corazón de ese autor era ancho y benévolo, abierto á todas las impresiones generosas; tan entusiasta por las empresas grandes de la fuerza que destruye, como por los esfuerzos superiores de la mente que levantan; incierto á veces en sus sanciones justicieras, pero con el dón nobilísimo por excelencia de transparentarse en la página para servir de espejo á la verdad, á través del éter simpático de las veleidades é incertidumbres más perdonables del criterio humano.

La obra de Vicuña Mackenna no solamente es la que vemos impresa en los numerosos libros que llevan su nombre. Está contenida también en las ideas y en los pensamientos que esos libros han suscitado en la presente generación chilena. ¿Cómo negar el ascendiente irresistible que el popular escritor ha ejercido desde 1856 en el espíritu de la sociedad de un extremo al otro de la República?

En el desenvolvimiento de los estudios históricos, en el culto público de la patria, en el levantamiento marcial del patriotismo, en la edilidad i enseñanza popular de Santiago, en tantas otras manifestaciones de la labor progresiva del país, se ve clara y potentemente impreso el puño del infatigable escritor.

¡Ai! Toda esta fuerza de vida intelectual, trascendente é impulsora, languidecía y se extinguía desde meses atrás. Uno solamente hará que en el seno de la intimidad decía al que esto escribe estas palabras, que sin duda ninguna son las de un gran moribundo:

"¡Quién piensa ya en letras, ni en política, ni en nada! Todo acabó. Sin duda ninguna la vida es algo inmenso contenido en un tiesto; y el tiesto se ha rasgado de las asas al asiento, y la vida no se evapora por los bordes superiores que daban paso á su vuelo, sino que se escapa como un gas sutilísimo por la menguada y vilísima rasgadura. Este grandioso aparato del universo se apeñuzca como un terrón encima de mí. ¡Qué ideas, amigo mio! Esta amplia bóveda de luz y colores se tiñe de negro, y desciende como un cendal para envolver á esta criatura miserable. Es en vano ya disimulármelo. La verdad es que mi naturaleza está minada, desquiciada, y que se desploma: y sintiendo estoy el crujido de mi existencia que se desmorona y se hunde en la eternidad."

Santiago, enero 28 de 1886.

G. René-Moreno.

GABRIELA

I

EL BAILE.

No de Medellin mui léjos,
De una colina a la falda,
Cercada de verdes árboles
Existe una hermosa casa,
Donde una noche serena
Alegres jentes bailaban
En medio de la arboleda
Bajo de las verdes ramas,
En que alumbraban flotantes
Bellas y lucientes lámparas
Que levemente mecian
Los céfiros con sus alas.
En el azul firmamento
Tambien la luna brillaba,
Alumbrando aquella fiesta
Con su débil luz de plata.
Y entre los revueltos jiros
De la caprichosa danza,
Flotaba como una sombra
Una bella jóven pálida,
En cuya frente lucia
De azahar una guirnalda,
Pendiente de sus cabellos
Un blanco manto de gasa.

Sus dos grandes ojos negros,
Bajo de largas pestañas,
Eran dos astros lucientes
Al traves de nubes pardas.
Su talle erguido y flexible,
Su boca color de grana,
Y su voluptuoso seno
Diáfano cendal guardaba.
Era pura como un ánjel
Y tierna como una lágrima;
Dulce como una caricia
De la mujer que se ama.
Cuando balanceaba el talle
En la grave contradanza,
O cuando en valse lijero
Flotaba cual nube blanca,
Todos fijaban en ella
Con avidez la mirada,
Contemplando su belleza
Y arrobados por su gracia.
Era Gabriela su nombre;
Y su traje revelaba
Que era la *novia del baile*
Y de aquella fiesta el alma.
Pero talvez la aflijia
Alguna pena callada,
Porque anublaba su frente
La sombra de la desgracia.
Y apesar de la alegría,
Del contento y de la zambra,
Su mirada indiferente
Tenia un no sé que de vaga,
Como si algun pensamiento
Su cabeza calcinara,
O su corazon tuviera
Alguna secreta llaga.
A veces se sonreia
Mas con espresion amarga,
Y despues de la sonrisa
Enjugábase una lágrima.
Suspiraba con zozobra,

Y al menor ruido temblaba
Cuando en las hojas se oia
El susurro de las auras.
Y es que la tristeza tanto
Nuestro valor amilana,
Que vemos siempre peligro
En cada sombra que pasa.
Las sonrisas son suspiros,
Y los cantos son plegaria,
Todos los ruidos son quejas,
Las ilusiones, fantasmas.
Por eso fué que Gabriela,
Cuando un cárabo cantara,
Sacudiendo entre los árboles
Con ruido sus pardas alas,
Lanzó conmovida un grito
E inmóvil como una estátua,
Creyó escuchar en su canto
Un augurio de desgracia.
Pero ¿qué pesar oculto
El corazon le desgarra,
En la noche de su boda
Y en medio de fiesta tanta?
¿Será que ha dado su mano,
En aquella noche infausta,
A un hombre por quien no siente
Del amor la dulce llama?
Y obedeciendo de un padre
A la voluntad tirana,
Ha sido de la avaricia
Sacrificada en las aras?
Nada se sabe; mas dicen
Que Gabriela es desgraciada
Porque esa noche se ha unido
Con un hombre a quien no ama.
Ademas, que hai un mancebo
De figura mui gallarda
Para quien Gabriela ha sido
El porvenir y esperanza,
Y a quien ella desde niña
Su existencia consagrara,

Con todas sus ilusiones
Y toda la fe de su alma.
Mas, que el padre de Gabriela
Se opuso a que se casara
Con aquel honrado jóven
Que era de fortuna escasa;
Y hoi la ha dado en matrimonio
A don Alvaro Sanraga,
Hombre de inmensas riquezas
Y posicion elevada.
Todo esto en aquella fiesta
Los danzantes conversaban,
Despues de dar parabienes
A la hermosa desposada.
Pero era ya media noche,
Y miéntras se descansaba
De la ajitacion del baile,
En dulces y alegres pláticas
Van a la mesa contentos,
En bulliciosa algazara
A renovar la alegria
Con los humos del champaña.

II.

EL FESTIN.

De alegre mesa alrededor sentada
La comitiva de la boda está,
Bajo de una alameda perfumada
De naranjos cubiertos de azahar.

Alli se vé a don Alvaro contento,
De vanidad henchido el corazon;
Y a Gabriela agobiada de tormento,
Perdida su esperanza y su ilusion.

Alza alegre don Alvaro la copa
Y brinda por el triufo de su amor,
Miéntras Gabriela entre su blanca ropa
Una lágrima oculta de dolor.

Pobre Gabriela! el sol de sus amores
En una noche eterna se apagó;
Hoi entra en una senda de dolores
Donde su avaro padre la lanzó.

¿Por qué don Alvaro no mira
De Gabriela el inmenso padecer?
¿Por qué cuando ella con afan suspira,
El se embriaga de júbilo y placer?

Quizás juzga que aquella pesadumbre
Es de una vírjen natural temor;
Que es la duda crüel, la incertidumbre
De una novia en la noche de su union.

Mas de repente el lánguido sonido
De una blanda gitarra se escuchó,
Como el eco lejano de un jemido
Errante de la noche entre el rumor.

Y oculto tras un árbol corpulento,
Con aire, en el semblante, de dolor,
Hai un jóven que pulsa el instrumento
Y a su compas entona esta cancion:

"El mundo es un vil mercado
"Donde se puede vender
"Todo hasta lo mas sagrado,
"Y novios hai que han comprado
"Para esposa una mujer.

"Pero en esposa comprada
"No se puede tener fe;
"Que una mujer desgraciada
"Si está de otro enamorada
"Puede ser talvez infiel."

I como si este canto
Un rayo hubiera sido,
Que hiriera a los esposos
En medio del festin,
Quedaron un momento
Confusos, sin sentido,

Sin comprender entónces
Lo que pasara allí.

La vista de Gabriela
Cubrió de llanto un velo,
Y en lánguido desmayo
Su frente se inclinó;
Cual tímida paloma
Que en medio de su vuelo
Oyera de repente
El grito de halcon.

Don Alvaro rabioso
Alzóse del asiento,
Y quiso con arrojo
Lanzarse hácia el cantor;
Pero al ver a Gabriela
Inmóvil, sin aliento,
Tomóla entre sus brazos
Convulso de dolor.

A la inmediata estancia
Llevóla presuroso,
Un pomo de perfumes
Haciéndola aspirar;
Y desatando el traje
Del seno voluptuoso,
Quedó cubierto apénas
Con diáfano cendal.

Los ojos de don Alvaro
Fijáronse anhelantes
Sobre los blancos pétalos
De aquella tierna flor.
Y ardiente en fuego impuro
Miró algunos instantes
Aquel turjente seno.
Del ánjel de su amor.

Pero una carta oculta
Doblada sobre el pecho
Entónces con asombro
Su vista descubrió!

Tómala tembloroso,
Y lleno de despecho
Con ávida mirada
Don Alvaro leyó.

III

LA CARTA.

"Te vas a unir a un hombre con un vínculo
Que la muerte no mas desatará;
Mas al jurar amor a ese hombre, pérfida,
Tu labio balbuciente mentirá.

Tu corazon al parecer pusísimo,
Por otro hombre se abrasa en loco amor,
Y ¡así en el ara jurarás impávida
Entregar a tu esposo el corazon!

"Tu triste suerte compasion inspírame,
Tu perjurio me causa indignacion;
¡Pobre mujer! de la avaricia víctima,
Manchada con estigma de baldon.

"Hoy ya son vanos tus esfuerzos débiles,
Tu orgullo no te deja retractar,
Y con un juramento atroz, sacrílego,
Vas a insultar a Dios en el altar.

"Mas, mereces perdon, porque eres tímida
Y ante la fuerza tu valor cejó;
Que tu padre cruel por un vil cálculo
La promesa maldita te arrancó.

"Cuando te miro siempre melancólica
Revelando tu angustia y tu dolor,
Te me pareces a la amante tórtola
Que llora viuda su perdido amor.

"Dios puso por castigo de los crímenes
De la conciencia el fiero torcedor,
Y tú ya sientes que esa horrible víbora
Te muerde sin cesar el corazon.

"Por eso está tu faz marchita, pálida,
Tus ojos apagados sin fulgor;
Y una sonrisa convulsiva:, histérica,
Tus labios pone en triste contraccion.

"Cuando te pida tu presunto cónyuje,
Una caricia, un beso quemador,
Se lo darás como la esclava mísera
Que agasaja obediente a su señor.

"Y esas caricias y esos yertos ósculos
No tendrán la ternura del amor,
Y serán para tí martirio crónico
Que agostará tu juventud en flor.

"Alguna vez quizá indiscreta lágrima
Quemante rodará sobre tu faz,
Y espresará que un sentimiento impúdico
No deja que haya en tu conciencia paz.

"Mas por deber tendrás que ser hipócrita
Y tu pena fatal ocultarás,
Que cuando el llanto es criminal, adúltero,
Una esposa no puede ni llorar.

"Peor será tu suplicio que el de Tántalo
Sin poder apagar su ardiente sed,
Porque tú siempre beberás el tósigo
Y nunca, nunca, acabarás con él.

"Y mas horrible aun y muy mas hórrido
Beber eternamente amarga hiel,
Que ver el agua murmurante, límpida,
Y no poder calmar la ardiente sed.

"Entre algazara y bullicioso júbilo
A la iglesia, mujer, te llevarán,
Y tus verdugos maldecidos, réprobos,
El sacrificio atroz consumarán.

"Despues vendrá la comitiva espléndida
Con faz risueña a darte el parabien;
Mas en medio los brindis y los plácemes,
Fiebre terrible quemará tu sien.

"Aquella boda para tí quimérica,
Vision, será de pesadilla atroz,
Que martiriza tu aflijido espíritu
Y tortura tu débil corazon.

"Pero ¡Dios Santo! nada habrá fantástico;
Todo será por tu desgracia real;
Será el festin con que, infelice víctima,
Disfrazan tu aparato funeral..

"Flor ofrecida a la avaricia sórdida
Que sacrifica al oro la virtud,
En aras de un mandato crüel, despótico
Ofrendaste tu amor, tu juventud.

"Ojalá puedas oponer santísima
Resignacion a tu fatal dolor;
Porque. si no, profanarás tu tálamo
Con la mancha de eterno deshonor.

"Ofender puede tu virtud anjélica
Esta horrible y cruel suposicion;
Pero ¡ai! el crímen es el triste término
Donde acaba el exceso del dolor...."

Al leer esa carta nublóse su frente;
Un fuego en sus ojos siniestro brilló;
Rompíola en seguida con mano tremente
I luego postrado cayó en un sillon.

Apoyó en las manos la sien palpitante
Acaso queriendo su afrenta ocultar,
Y en hondo silencio sumido un instante,
Sintió en su cabeza terrible volcan.

Y viendo perdida quizá la esperanza
De ser de Gabriela feliz poseedor,
Buscando ajitado sangrienta venganza
Salió ds la estancia con paso veloz.

Gabriela entretanto siguió desmayada
Y un hondo suspiro del pecho exhaló,
Diciendo anhelante, con voz apagada:
"Perdóname, Cárlos, es tuyo mi amor."

Las jentes huyeron despues con espanto,
La casa en silencio profundo quedó,
Y allá en la arboleda de un cárabo el canto
Cual triste lamento, de nuevo se oyó.

IV

EL DUELO

Como el torrente que crecido rueda
Por la pendiente de elevada loma,
Y cada instante mas veloz arrastra
Sus turbulentas y ajitadas hondas.

Asi corre don Alvaro furioso,
El frenesí creciendo de su cólera,
En busca del amante de Gabriela
Para vengar su mancillada honra.

Va en un caballo de color retinto,
De sus pesebres la primera joya,
Que largo tiempo preparado habia
Para estrenar en su deseada boda.

Rápido cruza la arboleda espesa
Do ántes sonaba música sonora,
Y donde luego solamente se oye
El murmullo del viento entre las hojas.

Pero se encuentra en su camino un hombre
Que camina con marcha perezosa,
Y que en aperos de orejon cabalga
Un corcel blanco de gallardas formas.

Flotante ruana de sus hombros cuelga,
Sobre zamarros de una piel lustrosa,
Y en el estribo de metal resuena
El casquillejo de su espuela corva.

Fuerte retranca de la silla pende
Que los hijares del caballo adorna,
Y de este en la cerviz luce galana
Una amarilla jáquima reinosa.

Debajo las corazas de la silla
Enroscada se ve la dócil soga,
Y entre los dos bordados cojinetes
Luce un par de magníficas pistolas.

Era el cantor.—Don Alvaro irritado
Lanzó sobre él una mirada torva,
Reconociendo a Cárlos, el amante
A quien Gabriela enamorada adora.

D. Alva. El nocturno trovador
Que canta como un jilguero,
Sostendrá cual caballero
Sus serenatas de amor?

D. Car. Aunque a decir la verdad,
Mi cancion es verdadera;
(Y ojalá fuera quimera
Por vuestra felicidad.)

El que esta noche ha cantado
Entre la arboleda oculto
Os responde del insulto
Que juzgueis os ha irrogado.

D. Alva. El insolente cantor
Ha de saber pronto como
Una mordaza de plomo
Yo le pongo a un trovador.

Y veré con dicha suma
Si aparece tan ufano
Con una pistola en mano
Como con líviana pluma.

Porque debeis entender
Que aquella infamante esquela
Que mandasteis a Gabriela,
Yo la tengo en mi poder.

Y ahora mismo, sin tardanza
Vos me dareis de ella cuenta,
Porque he jurado mi afrenta
Borrar con pronta venganza.

D. Carl. Estamos solos y el punto
Tan apropósito está,
Que mui pronto se sabrá
Cual de los dos es difunto.

Yo tengo aqui preparado
De pistolas un buen par,
Con que. . . no mas conversar.
D. Alva. Pronto estareis castigado.

Despues el ruido se oyó
De dos tiros y postrado
En propia sangre bañado
Don Alvaro alli cayó.

Y luchando con la muerte
Que le preparó el destino
Dijo a Cárlos "Asesino."
Y quedó exánime, inerte.

Cárlos se alejó de alli
Diciendo con triste voz
"Gabriela, un crímen atroz
Hoi me separa de ti."

V

LA MONJA.

Es de noche. En la celda de un convento
Al pié de un crucifijo arrodillada,
Reza sobre el humilde pavimento.
Solitaria una monja desgraciada;
Su pecho exhala a veces un lamento
Que le interrumpe la oracion sagrada.
Porque sus ojos con tristeza lloran
Mientras sus labios balbucientes oran

De la celda se vé por la ventana
A la luz de la luna temblorosa,
De una colina en la estension lejana
Una casa de campo silenciosa

Y una guirnalda de árboles galana
La cubre con su sombra misteriosa,
Y alli dos años hace se danzaba
Cuando esta monja entónces se casaba.

De su boda las galas se han trocado
Por un sayal, remedo de un sudario;
Su blanco cuello de marfil torneado
No tiene mas adorno que un rosario;
El corazon que a un hombre habia entregado
Se ha ofrecido por don en el santuario
Y al traves de la toca se revela
Que aquella monja es la infeliz Gabriela.

Pero entregada a horrible desconsuelo,
Por sus tristes memorias aflijida,
Cuando dirije su oracion al cielo
Por el perdon de su pasada vida.
Escucha en alta noche, en su desvelo,
Una queja tristísima perdida,
Y los vientos murmuran a lo lejos
De esta cancion los desmayados dejos.

"Ai! para que te vi ¡desventurado!
Si no puedo llegar nunca hasta ti,
Si un muro entre nos se ha levantado
Y que nunca por mi será salvado,
Mujer hermosa ¿para qué te vi?

"Si eres solo la sombra de un misterio
O la imájen de un sueño para mí,
Si del mundo no estás bajo el imperio,
Flor del jardin de un santo monasterio,
Mas flor vedada; ¿para qué te vi?

"Si has de pasar tu solitaria vida
Entre esos muros encerrada así;
Perdida al mundo y al placer perdida,
Cual la violeta tímida escondida
Entre las zarzas, ¿para qué te vi?

"Si al verte yo guardada entre prisiones
Si he de esperar para mi amor un sí;
Si no tienes mundanas ilusiones,

Si solo deben santas oraciones
Tus labios pronunciar ¿por qué te ví?

"Si hay amor en tu pecho y si guardados
Tienes tesoros de ternura allí,
Si esos tesoros dulces, deseados,
Solo a Dios los tienes consagrados,
¿Por qué, bella mujer, por qué te ví?

"Mas si escondieras bajo el santo velo
De algun secreto amor el frenesí,
Si le rogaras por un hombre al cielo
Y fuera yo el objeto de tu anhelo
Oh! feliz, muy feliz porque te vi."

Junto al convento, un hombre misterioso
Esta cancion lloroso repetia,
Y su acento aflijido y quejumbroso
En el espacio inmenso se perdia;
Y miéntras de la noche en el reposo
Aquel desventurado así jemia,
Gabriela, sin pensar en sus dolores,
Delira con imájenes de amores.

Y al escuchar aquella voz lejana
Exhaló de su pecho hondo lamento,
Pensando triste en la pasion mundana
Que viene a recordarla aquel acento;
Pues no han matado su pasion insana.
Dos años de dolor y sufrimiento;
Y aunque hoy es ya para su amor muy tarde,
Aquél sensible corazon aun arde.

CONCLUSION.

Desde la cima de elevado monte,
Se vé de Medellin el verde llano,
Sus torrentes, su cielo de verano,
Sus montañas de forma colosal.
Es la llanura un árabe mosaico
Matizado de mieses y de flores
Y de un sol tropical los resplandores
Bañan de luz el panorama ideal.

Y a Medellin en la mitad del valle
Como una vírjen sobre verde alfombra,
De palmas y de sauces a la sombra
Y bajo un cielo hermoso de cristal.
Y entre juncos, y cañas, y maizales
El Aburra destrenza su corriente,
Como cinta de plata reluciente,
Enredada en las cañas y el juncal.

Y hay en el valle fuentes que murmuran
Arrastrando sus aguas entre flores,
Y hay pájaros pintados de colores
Que entonan cantos a su dulce amor:
Y hay selvas y sábanas de esmeralda,
Y brisas perfumadas, y jardines,
Y bosques de naranjos y jazmines,
Y un horizonte azul, encantador.

Y en aquella ciudad y en aquel valle
De Cárlos y Gabriela no hay memoria,
Que se olvidó su desgraciada historia
Al trascurso del tiempo que pasó.
Gabriela entre el misterio del convento
Al mundo le ocultó su desventura,
Y devorando a solas su amargura
Consumida de amor por fin murió.

Cárlos huyó a las selvas abrumado
Por la carga fatal de su destino,
Y entre ásperas montaña peregrino
Murió tambien en triste soledad.
Nadie lloró su muerte, porque hay seres
A una eterna desgracia condenado,
Y que viven y mueren olvidados
En medio del dolor y la orfandad.

ARCESIO ESCOBAR.

Medellin—1853.

EL CATOLICISMO

EN LOS ESTADOS-UNIDOS

Y

CARÁCTER RELIGIOSO DE LA AMÉRICA DEL NORTE

POR

Pedro Duval

Miéntras la antigua guerra contra la Iglesia católica vuelve á encenderse en Francia con nuevo ardor, la América del Norte viene presenciando tranquila el rápido desenvolvimiento de la ortodoxia, aplaude sus adelantos y contempla sin espanto el porvenir. Una democracia sin principios fijos, un liberalismo bastardo, una prensa servil, sin respeto de sí misma, alzan á un tiempo la voz contra el enemigo comun, contra el único obstáculo que se opone á la realizacion á la de sus sueños insensatos, contra el único poder que desbarata sus planes por demas conocidos, en una palabra, contra la Iglesia. Entre tanto allende el Atlántico existe una democracia mas radical, mas sincera, sobre todo mas liberal que se considera harto recargada con la tarea de ocuparse en los asuntos propios, en la pacífica transformacion de sus instituciones, en imprimirles cierta fuerza de cohesion y resistencia contra las nuevas crísis sociales, sin inmiscuirse en los fueros de la conciencia; una democracia que deja libre á la relijion completamente, no por indife-

rencia ni por desprecio, sinó por un justo respeto hácia su carácter y con la esperanza de conseguir algun beneficio debido al influjo de esa relijion. Una nueva campaña acaba de abrirse entre nosotros en demanda de la libertad de la enseñanza superior y si esto se alcanza, siquiera sea mediante los grandes esfuerzos y el tiempo invertidos en las pasadas luchas parlamentarias, habrá que estimarnos muy felices. Si se tratase en los Estados Unidos de levantar una Universidad católica en Baltimore ó en cualquiera otra ciudad, los mismos protestantes se apresurarian á remitir su sucricion como acontece diariamente en circunstancias análogas, demostrando así al europeo sorprendido cuando no escandalizado, que hay un honor para sí y para el pais en favorecer la difusion de las luces. El Sumo Pontífice no hallaria en el dia poder alguno en Europa con el cual le fuese dado contar con seguridad para hacer en su propia casa lo que juzgase mejor para la Iglesia; este mismo Papa, hará luego un siglo, no ha tropezado en Norte América con la oposicion del gobierno. Hace lo que quiere, convoca concilios, erije nuevas sedes episcopales, y nombra los titulares; por manera, que Pio IX puede repetir y exclamar con su antecesor: "en ninguna parte me considero mas Papa que en los Estados Unidos." En fin, si por una parte es justo suprimir delante del cuadro que están ofreciendo tanto los reyes como los pueblos de su injustificable demencia contra la Iglesia, que serán muchas las apostasías y muy grandes las catástrofes en probable castigo de tamaños crímenes, por otra, no lo es ménos examinar, en vista del creciente triunfo del apostolado católico en el nuevo mundo, la confianza y seguridad con que el americano calcula el tiempo que le falta á esa misma Iglesia para rematar la completa conversion de su pais.

Fácil nos seria continuar el anterior paralelo, pintando las trabas que encuentra la Iglesia en Europa y la omnímoda libertad de que goza en los Estados Unidos.—Mas, no es tal nuestro propósito. Queremos examinar simplemente el movimiento católico, su marcha en el seno de la union americana, sin deducir conclusiones contra lo que en otras partes sucede en nuestros dias.

I

Imposible seria formarse una idea exacta acerca del estado actual de la Iglesia Católica de los Estados Unidos, sin conocer antes el temperamento religioso y moral del americano; de la misma manera que para cultivar bien una planta es menester saber la tierra que le conviene para crecer y desarrollarse. La vieja raza sajona es la tierra que ha recibido la simiente católica; las instituciones políticas y relijiosas de las colonias inglesas son la atmósfera moral do vive, respira y se dilata el Evanjelio.

El rápido desenvolvimiento de la poblacion católica proviene indudablemente y en primer lugar de la emigracion irlandesa, elemento nuevo que de medio siglo acá se sobrepone al primero; y desde luego es lícito asegurar que la propia lejislacion americana influye en las corrientes de dicha emigracion en gran parte. Quien conozca la fé ardiente de este pueblo mártir no puede pensar que el halago de los simples intereses materiales le bastasen, si no estuviera persuadido de hallar el pleno y libre ejercicio de su relijion. Ademas, y fuera de la emigracion, está produciéndose en el centro de la América, desde las ásperas colinas de la Nueva Inglaterra hasta las cálidas riberas del Rio Grande, desde las orillas del Atlántico hasta las dilatadas praderas del *Far-West*, un movimiento hácia el catolicismo, digno de estudio, antiguo en sus causas y de resultados los mas fecundos cada dia y lleno de muy halagüeñas esperanzas. ¿Qué pueblo es este que se desengaña cada vez de su fé protestante, que descubre paulatinamente los lados vulnerables de esa fé, sus efectos funestos en daño de las costumbres públicas, que la coteja con la antigua y robusta unidad católica, observa despacio la marcha de ambas, la juzga por sus obras, y que si no se siente aun con suficiente valor para volver en masa á la fé de sus padres, le tributa por lo menos un público testimonio de respeto, aumenta cada año el número de sus adictos con grandes conquistas, favorece su difusion y le da en parte a sus hijos para que los eduque?

He aqui la primera cuestion ¿cuál es desde el punto de vista que nos ocupa, el carácter del pueblo americano?

La América del Norte aparece como la tierra escojida para dar asilo a los refugiados religiosos. Durante el siglo XVII las sectas condenadas á padecer en Europa respecto á su fé y á su culto, volvieron la vista hácia las playas del nuevo mundo y allí pidieron junto con el asilo, el derecho de vivir conforme á sus creencias religiosas y á las leyes de su eleccion. Así fueron llegando sucesivamente á las orillas del Atlántico, al monte, á las numerosas y hondas bahias de la Nueva Inglaterra los puritanos y presbiterianos de Escosia; á las márjenes del Rio Hudson, do se alzan en el día los miles de campanarios de Nueva-York, los reformados de Holanda; á las llanuras de la Pensylvania los Cuáqueros ó sea *la Sociedad de los Amigos*; á las riberas del Potomac, en el Maryland, los católicos ingleses bajo la direccion de lord Baltimore; á la Carolina del Sud, los hugonotes de Francia, espulsados por la revocacion del edicto de Nantes. Esta emigracion que duró un siglo, desde 1607 hasta 1682, compuesta de razas diferentes así por el oríjen como por la lenga y las costumbres forman el núcleo del pueblo americano y le imprime su señal especial y dominante, esto es, su carácter relijioso.

Muy diferentes de las antiguas colonias de Ejipto ó de la Fenicia, de la Grecia ó de Roma, procedentes de gravosas desgracias, de ideas ambiciosas ó mercantiles; muy distintas sobre todo de las modernas colonias españolas y de Portugal movidas por la sed del oro, las del Norte de América reconocen por oríjen casi todas la idea religiosa que las arrancó de su pais, las condujo y las sostuvo en sus pruebas, dejando impresa su honda huella en la lejislacion, en las costumbres y en la historia de los primitivos emigrantes. El cambio del réjimen político y las ventajas comerciales inherentes á la nueva posicion de que gozaban fueron secundarias para ellos, subordinándolas, por lo contrario al empeño de asegurar tanto para sí como para sus descendientes una completa libertad de conciencia. Admirable cosa es, sin duda, el ver como esas mismas sectas espulsadas por la persecucion religiosa se apresuran á desterrar de su propio terrritorio á toda secta enemiga suya y como se persiguen mútuamente con implacable saña. Efectivamente, á excepcion de los católicos, que fueron los primeros y los únicos, durante mucho tiempo á quienes cumple

el honor de reconocer por una ley la libertad de conciencia y de cultos en el Maryland, todas las demas sectas presentan el doloroso cuadro de un mutuo ostracismo armado de una lejislacion bárbara. Para ellas era el exclusivo medio de salvar los dogmas por los que habian abandonado todo. Por estrecha que nos parezca ahora semejante lójica, sin embargo, confirma la idea que es fuerza tener acerca de la fé de aquellos primitivos peregrinos, fé robusta, fé exclusiva, á la cual sacrificaban todo y aun la justicia.

Entre las diversas comuniones, la mas importante por su influencia, su número y el lugar que ocupa en la historia del pueblo americano es la puritana. Este nombre le viene del celo con que protestaba contra los que atacaban la palabra de Dios, interpretándola de distinto modo que ella. Habia crecido su número bajo los reinados de Isabel y de Jacobo I, de estos déspotas tan absolutos en lo temporal como en lo espiritual que se imajinaban destruir la resistencia sujetando con mano de hierro cualquiera conato de libertad relijiosa ó civil. Mas existian tanto en las montañas de Escosia como en las Universidades de Oxford y de Cambrige espíritus esforzados é independientes, que extraviados como otros muchos, habian visto en la reforma la emancipacion de la conciencia, y que no estaban dispuestos en manera alguna, á doblar la frente bajo la autocracia mucho mas dura y humillante de los tiranos sanguinarios que fundaban la Iglesia nacional con el tormento y los suplicios, ni tampoco bajo el cayado poco pastoral de sus satélites de los Cromwell, Cranmer, y la *Laud*.

Esta oposicion que no carecia ni de firmeza ni dignidad, llevó impreso el sello distintivo de una secta: algo de estrecho, de mezquino y exclusivo junto con una afectacion farsáica de querer conservar la letra de la Biblia. Ménos les importaba discutir puntos doctrinales que abolir los vestigios de las ceremonias romanas conservadas por la Iglesia anglicana; para ellos las cuestiones sobre la sobrepelliz y la barreta eran cuestiones capitales, en las que desplegaban la ciega tenacidad del sectario y en las que ostentaban un aire tieso, estirado, una inflexibilidad fanática que los hacen notables entre las demas sectas protestantes.

El duro, el frio dogmatismo calvinista hermanado con el fondo seco é intratable de la naturaleza sajona ha producido ese tipo de puritano que se ha abierto camino en la colonizacion del norte de América, tipo que ha dado mayores señales de firmeza y de enerjía que de moderacion y de justicia, tipo que ha conseguido hacerse temible y nunca simpático ni amable. Mucho lo ha modificado el tiempo, al puritano se le conoce fácilmente en el *yankee;* la fisonomía orijinal subsiste: el exclusivismo sin entrañas, junto con el egoismo yerto é implacable.

Apesar de todo, eran los puritanos hombres profundamente relijiosos á su manera, hombres que no cedian á la tentacion de los pingües beneficios y de los cuales jamas pudo triunfar la omnipotencia del monarca. Expulsado de la Gran Bretaña bajo el reinado de María la Católica, regresaron, mandando Isabel, la cual no les dispensaba mas afecto, pues los encerró mas de una vez en la cárcel ó los hizo morir en el patíbulo, para que de este modo conociesen mejor la especie de libertad otorgada por ella á sus subditos. Jacobo I, sucesor de Isabel, trató de discutir con los ministros puritanos y de demostrarles la necesidad de una sola fé, de una sola disciplina, de una relijion única en el reino. Mas perdió su tiempo y su paciencia, concluyendo por decirles: "os haré á todos *conformistas*, ó bien os expulsaré del reino; y esto, si no os sucede algo peor." Desde luego entendieron que para ellos mas valia volver al destierro voluntariamente, y fueron á fundar una primera colonia en Holanda en 1608. Pero el pesar de la patria ausente, el deseo de vivir bajo un gobierno conforme á los principios, que anhelaban para sí y sus hijos, todo esto junto hizo que mudasen de propósito. Enviaron una diputacion al rey con encargo de hacerle presente la intencion que tenian de establecerse en el Norte de América, bajo las leyes de la madre patria, gozando de la entera libertad de sus creencias. El monarca aprobó el proyecto, que favorecia la extension de sus colonias y acojió la peticion, concediéndoles la libertad relijiosa. Preguntados los delegados á que clase de comercio pensaban dedicarse, contestaron *que á la pesca*—"¡A fé mia! replicó el monarca, tal comercio es muy honesto y sobre todo muy apostólico. El monarca burlon no sospechaba, á la sazon,

que las barcas de aquellos pescadores harian rendir mas tarde sus pendones á toda la escuadra inglesa y que disputarian á la orgullosa Albion el imperio de los mares de que se muestra tan codiciosa.

La partida para América quedó fijada para el mes de julio de 1620. Los *peregrinos* hicieron todos los aprestos, empezando por un ayuno solemne, despues del cual, su pastor les recomendó en un discurso de despedida el apego inviolable á la fé y una sana confianza en Dios en cuanto á lo demas. Bajo tales auspicios, refiere uno de sus historiadores, Nathaniel Morton, abandonaron esta ciudad (Delft) la que habia sido para ellos un lugar de descanso. Entretanto estaban serenos: sabian que eran peregrinos y extranjeros en la tierra, no vivian apegados a las cosas del mundo, tenian antes los ojos fijos en el cielo, su cara patria, donde Dios les reservaba una morada santa. Muchos amigos que no podian partir con ellos quisieron por lo menos acompañarlos hasta el puerto. Pasaron la noche en vela, entre los dulces coloquios de la amistad, en pláticas piadosas y conversaciones llenas de cristiana ternura. El siguiente dia fueron a bordo; sus amigos se empeñaron en acompañarlos todavia; en este momento oyéronse hondos suspiros, abundantes lágrimas bañaban todos los rostros, escuchábanse largas y sentidas oraciones al compaz de los abrazos. Los propios extranjeros estaban conmovidos. Dada la señal de la partida, cayeron todos de rodillas, y el pastor alzando al cielo sus ojos arrasados de lágrimas, los bendijo, recomendándolos á la misericordia divina. Finalmente despidiéronse los unos de los otros, pronunciando un *adios* que para muchos debia ser el último." (1)

El dia 22 de diciembre de 1620, el buque *La Flor de Mayo* desembarcó en el cabo Cod, sobre el peñasco de Plimouth, la primera colonia de puritanos compuesta de cien individuos entre hombres, mujeres y niños. Durante la travesia murió un hombre, pero nació un niño, con lo que se conservaba igual el número; circunstancia notada con cuidado por los historiadores de la época, dispuestos á ver la mano de la Providencia en los detalles mas peque-

(1) Tocqueville—*Democracia* en América, tomo 1.°, cap. II.

ños de aquella emigracion memorable. Por mucho tiempo fué celebrado el aniversario del 22 de diciembre en la Nueva Inglaterra, con una fiesta, con discursos en prosa y en verso, y la roca de Plymouth convirtióse en una reliquia y en un lugar de devocion para los hijos de los primeros puritanos. En el dia los discursos y las romerias han acabado; un espíritu mordaz ha destruido la piedad del patriotismo religioso y la roca de Plymouth ya no es sino un objeto de simple curiosidad, que el extranjero acude á visitar por mera costumbre.

El mismo dia del desembarco todos los individuos de la colonia firmaron el siguiente documento: "En el nombre de Dios, amen: Nosotros, los abajo firmados, leales súbditos de nuestro temido señor y amo Jacob, por la gracia de Dios rey de la Gran Bretaña, de *Francia*, y de Irlanda, defensor de la fé, etc. etc. hemos acometido la empresa, para gloria de Dios, del adelanto de la fé cristiana y el honor de la patria, de fundar un primer establecimiento, al norte de la Virginia; y por los presentes nos comprometemos delante de Dios, mediante un consentimiento mútuo y solemne a constituirnos en cuerpo civil y político, con el objeto de gobernarnos y de trabajar hasta dar cumplimiento á nuestros designios; y en virtud de este pacto, convenimos en promulgar leyes, actos, ordenanzas, y en instituir, conforme á las necesidades, majistrados á los cuales prometemos sumision y obediencia. En fé de lo cual firmamos la presente acta el 22 de diciembre del año del Señor 1620."

Repárese como la idea religiosa forma la base de esta empresa; pues si han venido es para la gloria de Dios y el adelanto de la fé; si se constituyen en cuerpo político, es con el fin de trabajar eficazmente hasta conseguir él cumplimiento de sus designios. Hé aquí igualmente el primer ensayo del gobierno democrático. Nada de un gobernador nombrado por el rey, nada de propietarios acompañados de sus brazeros para cultivar la tierra; todos son iguales en materia civil y política; todos son electores y elegibles. El gobernador y su consejo eran nombrados cada año. Durante mas de veinte años juntóse el pueblo para discutir y votar las leyes; mas habiendo crecido la poblacion, cada

aldea se hizo representar por dos delegados, que formaban el poder legislativo de la comunidad.

Igual idea religiosa descuella en el oríjen de las demas colonias de la Nueva Inglaterra. La de Massachusets, fundadora de Boston y que merced á esta ciudad tuvo un influjo preponderante, fué establecida con el determinado propósito de "ofrecer un asilo á todos aquellos individuos que padeciesen persecucion por sus creencias en el antiguo mundo y tambien para propagar el reinado de Cristo en el nuevo." (1)

Cuando en 1630 desembarcaron novecientos emigrantes en la bahia de Massachussets, cuidáronse ante todo de dar gracias al Señor con un dia de ayuno y de oracion. Muchos de estos desterrados voluntarios abandonaban el bienestar y sus riquezas; pero lejos de quejarse tenian esto en suma gloria. "Mi patria, decia uno de ellos, es la tierra donde me es dado poder servir á Dios segun mi fé, y donde hallo la compañia de mi mejores amigos." (2)

De idénticos sentimientos estuvieron animados los fundadores de las colonias de Connecticut, de New Hampshire y del Maine. La relijion lo dominaba todo: imprimia su forma al gobierno civil y político; su espíritu y á veces aun la letra de las leyes. Así es, que en New-Haven, por jemplo, los primitivos lejisladores hallan muy natural el adoptar como reglas de su gobierno, "las mismas señaladas en las escrituras para ellos."

"Conviene, dice uno de sus primitivos historiadores (3) que la nueva Inglaterra tenga contantemente presente, que ha sido fundada con un fin religioso ántes que comercial." Léese en su frente que hace profesion de pureza en materia de doctrina y de disciplina. "Si alguno entre nosotros prefiere el mundo á la religion, este individuo no está animado de los verdaderos sentimientos de un hijo de la Nueva Inglaterra." Todos ven el sentimiento religioso que los anima la razon del triunfo. Antes de la llegada de los puritanos, los ingleses probaron muchas veces de po-

(1) V. Bair Religion en América, pág. 52.
(2) Winthrop's Journal, tom. 1° pág. 359.
(3) Princés christian history, pag. 66.

blar el pais que ahora habitamos, mas como sus miras no iban mas allá de los intereses materiales, salieron pronto vencidos por los obstáculos. No puede decirse lo mismo respecto de los hombres que vinieron á América, á impulsos y con el apoyo de una idea altamente religiosa. Por mas que estos encontrasen mayor número de enemigos que los fundadores de cualquier otra colonia, lo cierto es que perseveraron en su designio y que el establecimiento fundado por ellos subsiste todavía en nuestros dias (1)

Esta idea fundamental que ilumina por completo toda la historia de Norte América y en particular la de la Nueva Inglaterra, no podia esconderse al talento perspicaz y recto de Mr. de Tocqueville. Aunque dedicado especialmente al estudio de las instituciones democráticas, no ha dejado por esto de conocer que aquellas arrancan de la religion y que tienen á esta por base. "El carácter de la civilizacion norte americana, dice, es el resultado (y conviene tener esto siempre presente) de dos elementos completamente distintos; los cuales han estado frecuentemente en pugna en otras partes, pero que en América han logrado confundirse formando entre sí una hermandad admirable. Refiérome al espíritu de religion y al espíritu de libertad. (2)

Tales son *los padres de la Nueva Inglaterra*, hombres á quienes la Biblia, entendida á su manera, sirvió de código religioso, civil y político; hombres animosos, enérgicos, perseverantes que lucharon con obstáculos de todo tamaño, hasta triunfar de ellos; hombres instruidos la mayor parte; y que al propio tiempo que sembraban el trigo en sus campos descuajados, fundaban escuelas y universidades; hombres que no son mercaderes, sino apóstoles de una idea religiosa y patriótica que creen tener una mision y se consagran á cumplirla con el entusiasmo del sectario y el presentimiento de la futura grandeza de su nacion. Mas tarde diremos las medidas extremas é injustas á que los condujo ese mismo principio religioso y si es suya la gloria de haber aplicado los primeros la libertad de con-

(1) Magnolia chaissi americana. Vol. 1.° cap. 4, pag. 61.

(2) *Democracia* en América, tomo 1.°, cap. II, pág. 69.

ciencia y los derechos políticos. Mas sus errores y sus faltas no impedirán que hagamos debida justicia á sus virtudes, como hombres y como cristianos. De aquellos errores el menor (y los hubo seguramente) fué el del éxito En 21,200 se calcula el número de emigrantes que llegaron á la Nueva Inglaterra durante los 30 primeros años; y en un millon de pesos fuertes el valor de las tierras que aquellos compraron. En el dia sus descendientes forman una poblacion de mas de dos millones de almas, y á un número igual asciende el de los puritanos que han abandonado la Nueva Inglaterra, pasando á los Estados del Oeste y del Sud.

Antes de examinar el espíritu religioso reflejado en la legislacion americana, demos una ojeada al orígen de las demás principales colonias. Esas colonias que se extienden á lo largo del Atlántico, desde el Hudson hasta las Floridas, tuvieron por primitivos habitantes á unos hombres muy diferentes de los puritanos del Norte. Los últimos oriundos de la raza anglo-sajona é hijos de la clase media habian fundado su nueva patria, á su propia imágen, con la sencillez de sus costumbres, la igualdad de los derechos y de las clases y las formas de un gobierno puramente democrático. Las demas colonias, por lo contrario, de orígen mas exclusivamente normando y aristocrático, se gloriaban de cierta superioridad intelectual, de nacimiento y de carácter, y habian conservado en el nuevo mundo cuando no determinados privilegios, por lo menos las costumbres y el espíritu caballeresco de la madre patria. Dueños de grandes territorios y rodeados de multitud de esclavos, ejercian sobre los pequeños propietarios un influjo reconocido, y encontraban en sus filas la direccion de la cosa pública.

El tiempo, la fusion de todas las colonias en un gobierno federal y democrático y la reciente abolicion de la esclavitud, no han podido borrar aun las diferencias de orígen que median entre los *caballeros* del medio dia y los toscos plebeyos del Norte, entre los descendientes de la raza victoriosa y los de la raza vencida. Estas antipatías añejas reanimadas por nuevos odios y recíprocos agravios, subsisten aun mas poderosos, si cabe, y se traducen en la gran querella entre el Norte y el Sur; y puede bien suceder que en una crisis social produzca un peligro gravísimo

para la conservacion de la union. Mas, tales contrastes de índole y de costumbres desaparecen luego que se compara al Sur con el Norte únicamente bajo el punto de vista religioso. No existe, si se quiere, armonía en las creencias, pero sí unidad en el sentimiento. El espíritu religioso del Sud, sin poseer un matiz tan pronunciado, tiene el mismo poderío, debido á iguales causas, á la persecucion.

Sin embargo, la Virginia, la primera de todas las colonias, no ha debido su fundacion á los proscritos de la fé, sino á mercaderes y á grandes propietarios. Este orígen pacífico no la libró de las conmociones religiosas que turbaban á la sazon la Inglaterra. La Iglesia nacional ó espiscopolista fué allí establecida desde un principio y sus derechos contra los disidentes conservároнse con una intolerancia sin igual. Ni los católicos, ni los puritanos, ni los cuáqueros, ni opositor alguno podian penetrar en la colonia, cuya entrada les estaba vedada. El judio que se atrevia á pisar el territorio de la Virginia era declarado esclavo por este mero hecho. La frecuente concurrencia á los oficios de la parroquia y la participacion en los llamados sacramentos estaban reglamentados por la ley, y las infracciones eran castigadas con fuertes multas. Escuso decir que al citar estos hechos sola y únicamente lo hago para presentar un testimonio de la energia de la fé en aquellos colonos y de ningun modo como prueba de su rectitud, que en este caso no tiene nada de plausible.

Cuando los holandeses se establecieron por la primera vez en 1614 en la península donde está construida la ciudad de Nueva York, llevaron consigo sus leyes religiosas y políticas. En calidad de reformados franquearon sus puertas á todos los refugiados protestantes de Europa. Arribaron luego los de Inglaterra, de Escosia, Francia, Italia, y Alemania. Los ríjidos puritanos les hacian burla de semejante tolerancia. "Soy maestro de escuela, decia un personaje de comedia, y quisiera entenderme con Ud., caballero, para fundar cuatro nuevas religiones en Amsterdam." Así se llamaba en aquel tiempo Nueva York. Si los intereses religiosos no han ganado mucho con la mezcla de tantos *credos* y de tantas naciones, en cambio ha sucedido lo contrario con el comercio, pues este se ha aprovechado grandemente.

Ya en aquella época Nueva York tenia su fisonomia actual la de una ciudad cosmopolita, por excelencia. Con el tiempo el elemento holandés quedó absorbido por el elemento inglés. Desaparecieron la lengua y las costumbres, mas no la religion que ha sido conservada por algunos descendientes de los primitivos colonos.

El Maryland es de todos los Estados el único que debe su fundacion exclusiva á los católicos. Lord Baltimore, en vista de las persecuciones atroces contra los católicos ingleses habia abjurado el anglicanismo. Habiendo obtenido del rey Jacobo I una concesion de tierras en Norte América, con la facultad de practicar libremente su fé, preparó una espedicion de doscientas familias inglesas católicas, muy dichosas tambien de poder comprar con el destierro la libertad de su culto y se disponia á partir cuando le sorprendió la muerte. Su hijo Leonardo Calbet, le sustituyó, como cabeza de la colonia y llegó á orillas del Potamac el 25 de marzo de 1634. En nombre del Salvador de los hombres tomó posesion del territorio de Maryland, y desde luego proclamó en su provincia la libertad de conciencia. "Considerando, *dice el acto de religion*, que la represion de las conciencias en materia de fé religiosa, ha producido funestos resultados donde se ha ejercido; y tambien con el objeto de favorecer la tranquilidad y la paz en esta provincia y en su gobierno, y particularmente para conservar una caridad mútua y un afecto fraternal entre sus moradores, no podrá ser turbado en el ejercicio de su culto ni tampoco inquietado en su religion individuo alguno que profese la fé en la divinidad de Jesucristo." Segun confesion de los historiadores, incluso los protestantes, el anterior fué el primer reconocimiento legal de la libertad religiosa en América, y para los católicos del Maryland será un eterno honor el haberla concedido, en una época en que sus correligionarios eran perseguidos por su fé así en el antiguo como en el nuevo mundo. Pocos son los nombres en la historia de los oríjenes del catolicismo en los Estados Unidos que brillan con mas esplendor que el de Lord Baltimore y de sus dos hijos Leonardo y Cecilio, eminentes varones que llevaban la siguiente divisa *paz á todos*, y para los cuales el Maryland reconocido ha conservado el título de *Padres de la Patria*. Mas este primer es-

establecimiento de los católicos en las colonias inglesas ocupa un espacio harto considerable en el estudio que estamos haciendo para que mas adelante no entremos en mayores detalles.

La Pensilvania debe su oríjen á Guillermo Penn, tambien uno de los perseguidos á causa de su fé religiosa. Hijo de un distinguido almirante inglés y heredero de un píngüe patrimonio, no pudo sobrellevar largo tiempo con resignacion, y sin sentir lastimada su alma recta y honrada, el despotismo de la nueva iglesia, establecida en su patria. Separóse de ella, afiliándose en los principios de Jorge Fox, iniciador de la secta de los cuaqueros. Encarcelado por haber predicado su nueva fé en Irlanda, contestó al virey: "La religion es mi crímen y mi justicia; á los ojos de los malos soy un criminal digno de castigo; pero en realidad la religion me constituye verdaderamente libre." De vuelta á Inglaterra y deseando obtener para sí y sus correligionarios una completa libertad de conciencia, entregó al rey Cárlos II un crédito considerable en cambio de tierras en América, y fué á establecerse á orillas del Delaware, en 1682. Fiel á sus principios proclamó en sus vastos dominios una libertad de conciencia casi absoluta, de las que ni aun los católicos estaban excluidos, á pesar de ciertas restricciones en cuanto al libre ejercicio del culto: merced á esta libertad religiosa, de la que muchos se aprovecharon, consiguió Guillermo Penn el poder fundar con gloria uno de los Estados mas florecientes de la Union y la ciudad á la que puso el nombre de *Philadelfia*, una de las mayores y de las mas hermosas de América, cuna de la independencia nacional y por mucho tiempo la residencia del gobierno federal. Entre todas las sectas primitivas la de los cuaqueros es la que mejor ha conservado la fisonomia religiosa. Si se examina el carácter tan interesante como simpático del cuaquero, de ese hombre de maneras sencillas, de costumbres sérias, probo, honrado en los negocios, benévolo con todo el mundo, no se comprenderá por qué ha sido durante tanto tiempo en Inglaterra la constante víctima de un odio religioso por demas violento. Los historiadores hablando de él le llaman el *pacífico Cuáquero*, pero la lejislacion puritana, calvinista, episcopaliana de las demás colonias solo contiene contra él anatemas, prescrip-

ciones y sentencias de muerte. Los anatemas han pasado y el cuáquero ha conservado su religion del espíritu iluminador; no presta ninguna clase de juramento delante de la justicia, se abstiene del servicio militar por horror de la sangre, condena los juegos de azar, cuya prohibicion tiene ordenada, lo mismo que las diversiones teatrales, las danzas, la lectura de las novelas; nada concede á las exigencias de la moda, conservando la humildad del traje; no habla nunca mal de nadie, pero tutea á todo el mundo en un idioma que solo admite el tuteo hablando con Dios; condena toda fórmula de urbanidad que no sea la expresion exacta de la verdad, y se niega á dar título que lastiman, en su opinion, la humildad cristiana, como los de magestad, Excelencia, Reverencia. Esta secta es realmente singular; mejor que en otras se armonizan sus principios: es tambien una de las mas puras en cuanto á su moral y de las que se aproximan mas al catolicismo; especie de reaccion es esta del buen sentido y de la piedad contra las desesperantes doctrinas del calvinismo y de la hueca y helada aridez de la predicacion puritana.

Muchos cuaqueros se convierten y son notados por su piedad entre los católicos.

La sangre francesa corre por las venas de una porcion notable de ese pueblo americano que debe su existencia principalmente á las tres grandes naciones del Norte de Europa, Inglaterra, Alemania y Francia. La emigracion de los hugonotes data del sitio de la Rochela, continúa sin interrupcion hasta la revocacion del edicto de Nantes, y desde esta época toma mayores proporciones todavía. Nueva York fué para ellos unos de los asilos primeros. En opinion de Smith, historiador de esta colonia, eran despues de los holandes, la porcion mas considerable y mas rica de la ciudad, al principio del siglo XVIII; por manera, que todos los actos públicos tenian que ser notificados tanto en idioma francés como holandés. La ciudad Nueva Rochela, á siete leguas mas arriba de Nueva York, fué una exclusiva fundacion de los hugonotes, y la lengua francesa se ha mantenido allí mucho tiempo, como lengua oficial, aun despues de la guerra de la independencia. Tambien en la Nueva Inglaterra poseyeron varios establecimientos. Mas lo grueso de la emigracion se dirijió hácia el Sud. El clima

de ambas Carolinas les recordaba mejor el del mediodia de Francia, al que pertenecia el mayor número de ellos, y les permitia dedicarse al mismo género de cultivo de su propio pais. En 1679 Cárlos II de Inglaterra armó por su cuenta dos buques destinados al trasportes de numerosas familias de hugonotes franceses á la Carolina del Sud, con el objeto de plantear el cultivo de la viña y del olivo. A esta emigracion siguieron otras. No es fácil el poder apreciar la cifra de tales emigraciones sucesivas. Si es verdad que aquella época quinientos mil hugonotes abandonaron la Francia, esparciéndose por Alemania, Holanda é Inglaterra, bien puede creerse que la América del Norte, punto natural de reunion de los proscriptos por causa de la religion, acogeria á un gran número de ellos. Por lo demas, tal es la opinion de varios historiadores, los cuales hacen figurar el elemento francés como parte considerable de las doscientas mil almas que en 1701 existian en las colonias inglesas. A la influencia del número añadieron los hugonotes la de la industria, de la riqueza y de las luces. Muchos apellidos suyos se encuentran en el dia entre las principales familias de los Estados de Nueva York, del Maryland, de la Virjinia y de las Carolinas. De los siete presidentes que dirijeron las operaciones de la guerra de la independencia, y ejercieron el poder supremo, tres pertenecieron á esas familias de hugonotes: Juan Fay, Enrique Laurens, y Elio Boudinot; los tres eran hombres de carácter y de talento. Todos se hallaban tambien animados de las pasiones religiosas de su tiempo, todo lo habian dejado por la fé, y en medio de los árduos trabajos que tuvieron que acometer para labrarse una nueva existencia, véseles satisfechos antes y quejosos, y escribiendo á sus amigos de Francia que por fin son libres. La colonia que formó la Nueva Rochela cerca de Nueva York tuvo que hacer al empezar, esfuerzos inauditos para pagar las tierras que habia comprado. Hombres, mujeres y niños trabajaban desde el amanecer hasta la noche; y como á un no tuviesen un templo, partian todos en la noche del sábado, andaban *siete* leguas para llegar á Nueva York donde asistian dos veces á los oficios del domingo y salian en la noche para poder llegar temprano el lúnes y emprender sus labores. Orden, economia, aptitudes para el cultivo de la tierra y de las artes

mecánicas; inteligencia y probidad de carácter, tales eran las calidades principales de los hugonotes de América. Jamas refugiado alguno, dice un historiador, pagó mejor que los hugonotes la generosa hospitalidad que recibian. Los nombres de sus descendientes brillan entre los mas ilustres de los Estados del Norte y del Sud, en los cargos lejislativos, en la majistratura, y en el ministerio de la palabra sagrada. Háse observado y así es la verdad, que rarísima vez suena el nombre de hugonotes franceses en los tribunales del crímen. (7)

Tales fueron durante el siglo XVII los principales orígenes del pueblo americano. La emigracion católica irlandesa no habia empezado todavía, ó se efectuaba en tan limitada escala, que apenas se hallan leves noticias sobre el particular. Hubo tambien otros contingentes, de Bohemia, de Ollaravia, del Piamonte y de la liberal Polonia, la cual tuvo tambien de vez en cuando, al parecer, sus revocaciones del edicto de Nantes. (7) Mas estas colonias parciales, se diseminaron por las provincias y perdieron pronto su carácter nacional,

Visto está; la América del Norte es un pueblo de desterrados, á causa de la fé; las persecuciones relijiosas hicieron la América, como la ambicion hizo Roma, la libertad la Grecia, el comercio Cartago y las invasiones bárbaras la Europa moderna. La señal originaria del pueblo americano es el sentimiento religioso; y conviene saberlo para poder conocer las instituciones civiles y políticas de este pueblo: y sobre todo, para darse mejor cuenta de su actitud presente para con el catolicismo. Los hombres que se destierran para salvar sus creencias son almas virilmente templadas, que anteponen el honor de su fé á todo, y para los cuales la patria, las relaciones sociales, la fortuna, la propia vida, tantos bienes juntos son poca cosa, cuando no está libre la conciencia. ¿Cómo es posible que tales hombres no enseñen á sus hijos, á estimar, como ellos, el primero de todos los bienes, la religion? ¿Cómo, siendo dueños en su casa, no harán las leyes, las costumbres á su propia imágen? ¿Cómo no han de poner la idea relijiosa

(7) Dev. pr. Hawlls's History of opiscopal church-pirquicia.

como fundamento de su vida social y política? Quién en el dia se atreveria á poner en duda, que si á consecuencia de de otras revoluciones, llegase una fé distinta de la de ese pueblo, á refugiarse a sus puertas, ó á sus hogares, esa fé podria encontrar opositores, la contradiccion y aun el destierro; pero nunca la indiferencia, esta letargía espiritual, la peor de todas las enfermedades del alma, puesto que apoya en ella hasta el deseo de vivir? Luego, si esos mismos hombres, merced á impulsos mas justos, mas generosos se abstienen de estorbar la predicacion de una fé religiosa cualquiera ¿no es de presumir que gracias á la libertad, aquella de esas creencias que tiene mayores derechos de ser creido, como la verdadera, ganará paso á paso el terreno que el derecho de la fuerza le hizo perder e que acabará tal vez por triunfar? Pues bien, ésta es la situacion, ésta la historia del catolicismo en América. Puesto fuera de la ley durante siglo y medio, espulsado del seno de la única colonia que ántes fundara, vé ahora abrirse para él la era de la libertad, y desde la presente época su marcha no es sinó una victoria contínua sin interrupcion, que vá creciendo cada dia. Si hubiese tropezado con la indiferencia (refiérome no á la indiferencia de un pueblo jóven é ignorante y que escucha, sinó á la indiferencia de un pueblo envejecido que cree saber todo y hace alarde del desprecio) ¿qué habria hecho? Una cosa, lo único posible, resignarse á mantener en la fé el *pusillus grex* de los creyentes, arrebatando de vez en cuando una ú otra alma á la epidemia del marasmo, y contemplar á las mas poseidas de ese frio letal del que nadie vuelve, precipitarse lastimosamente en la cima de la decrepitud. En lugar de esto, el catolicismo ha dado con pueblo profundamente religioso, y lo que es mas con un pueblo cristiano.

El protestantismo no es mas que una rama cortada de la vieja encina católica. Debió la vida á una doble fuerza: á la fuerza positiva y á la fuerza negativa. La fuerza negativa ó protestante pertenecia en parte á las pasiones humanas, autores de esta gran revolucion y en parte tambien, digámoslo con sinceridad, porque es cierto, á los abusos y desórdenes que aflijian á la Iglesia. La fuerza positiva correspondia á las verdades católicas conservadas por los rebeldes, los cuales no pretendian llamarse innova-

dores sino reformadores. Este fué para ellos el principio vital, la razon de su duracion, como la sávia que por mucho tiempo conserva las ramas separadas del tronco. Una ley lójica tenia necesariamente que hacer declinar la fuerza negativa del protestantismo, con las causas que le habian dado orígen, con las pasiones calmadas y la enmienda de los abusos. Y en lo presente, la reforma no seria mas que un mero recuerdo histórico, si aun no permaneciese una relijion, mediante los principios de fé cristiana tomados del catolicismo; pero relijion enferma, en verdad, lánguida y que consume lentamente los restos de su primitiva existencia.

Ahora bien; la Iglesia católica se halla en el dia colocada delante de esta fase cristiana del pueblo americano. El añejo espíritu presbiteriano y anglicano han desaparecido, cuando no por completo de las costumbres, por lo ménos de la legislacion. Grande ilusion seria, pues habria que desconocer la naturaleza humana, si creyésemos que las partes interesadas, que los ministros, los ardientes y celosos de las diferentes sectas, que las instituciones religiosas de todos los matices, que los asilos, colejios, y hospitales han de permanecer impasibles delante de los crecientes progresos de la ortodojia. Mas, tal oposicion sin eco en las masas, cada dia mas tolerantes y sagaces, carece sobre todo de apoyo legal y ya no encuentra en el antiguo arsenal jurídico de los pasados tiempos una sola ley tras la cual pueda atrincherarse y defenderse contra la verdad que se abre camino y penetra por doquier. La legislacion es cristiana; lo es así en lo que prohibe como en lo que manda. Prohibe perjudicar en lo mínimo á la libertad relijiosa, conforme al principio católico, sobre la distincion de los dos poderes, el espiritual y el temporal. Manda el cumplimiento de los actos que imponen á todos la obligacion de respetar la fé cristiana, que es la fé de la generalidad: el descanso del domingo, los dias de accion de gracias y de penitencia pública, la invocacion de las bendiciones del cielo sobre las principales funciones de la vida civil y política. Una pincelada rápida sobre esta parte relijiosa de las costumbres y de las leyes federales y provinciales pondrá mas de relieve su carácter cristiano.

EN LAS SELVAS

Las horas de soledad despiertan en el alma los más tristes y los más gratos recuerdos: aislada del mundo esterior, remonta el tiempo y gusta de contemplar las imájenes queridas y de finjirse las emociones que en otros dias la conmovieron. La juventud, alegre y bulliciosa, no escluye tales meditaciones, y con mucha frecuencia, a las convulsiones del placer sucede la embriaguez del dolor, despertado por la huella perdurable de ciertos seres que jamás se olvidan.

La historia de Guillermo, mi pobre amigo, merece los mejores recuerdos y las mejores lágrimas. Jóven, intelijente, de distinguida cuna, de gentil semblante y apostura, mereció los nobles sentimientos de la amistad entre los hombres y los más espléndidos homenajes del amor entre las mujeres. Su vida, hasta la edad de veinte años, no se distinguió por accidente alguno estraordinario: dedicado a la milicia, cumplia estrictamente su deber, y merecia el jeneral aprecio; llegó la época en que le fué forzoso abandonar los halagos de la vida social y cambiarlos por las penurias de una campaña en la frontera araucana, y comenzó entonces la existencia azarosa i combatida que dió a su alma los goces más puros del amor y,—después de comunión tan santa,—la llevó a la rejión del eterno destino.

Llegado á la Araucanía al mando de escasos soldados, recibió de su jefe órden de marchar hácia el interior con

el objeto de apaciguar á los indíjenas audaces, que contínuamente invadian las poblaciones cercanas. La necesidad era apremiante. Cruzó en pocos dias espacio vastísimo, de travesía penosa, marcando el rumbo hácia donde creia encontrar el núcleo de las fuerzas enemigas i el foco de la insurrección; vadeando rios, descansando muchas noches en los bosques, metidos en las anchas cuevas de sus árboles seculares, rendidos de fatiga i desesperando muchas veces del éxito de la espedición, sufrían los mil contratiempos de la vária fortuna, extenuados a las veces, pero siempre animosos y esforzados.

Cierta noche, después de jornada larga y fatigosa, depusieron las armas en sitio bien guardado y se entregaron al sueño en la espesura de los bosques, confiados en que el enmarañado ramaje los ocultara a toda mirada, que no fuera del mismo sitio, al cual era difícil llegar por diverso camino del custodiado. Tal confianza fué, no obstante, burlada por el indíjena suspicaz i atrevido: espió con mirada penetrante el sitio en que las fuerzas de Guillermo reposaban, i en medio del silencio i oscuridad de la noche, dejóse caer sobre el campamento sembrando el espanto i la muerte con estrepitosa algazara y dando ámplia satisfacción á sus sentimientos de venganza: feroces en la guerra, verdaderos corazones de león en la pelea; tiernos y sencillos, espíritus de amor en el hogar, los indíjenas araucanos demuestran tener, como el célebre conquistador bárbaro, oro para sus amigos y hierro para sus enemigos.

Apesar de la sorpresa, las tropas civilizadoras pelearon con denuedo y enerjía. Las primeras luces del alba iluminaron un cuadro de lastimoso horror: en medio de la vejetación exhuberante de vida i frescura que despierta el soplo primaveral, dos razas luchaban con brutal tesón por esterminarse: la blanca, poseida de mejores ideas y de mejores elementos, no cejaba un punto, sin desconocer su inferioridad en el número; y la araucana, indomable i fiera, adherida a su suelo por el doble amor pátrio y religioso, lanzando con frenesí sus proyectiles y celebrando con gritos de victoria cada herida abierta en el pecho enemigo, cada cuerpo desfallecido próximo a exhalar bajo su planta el postrimer jemido de dolor.

No clareaba ya la aurora, sino que el sol quemaba con fuego abrasador á los porfiados combatientes, cuando el éxito decidióse por los indíjenas, gozosos ante el reducido grupo que yacia en tierra, cadáveres los más, incapaces de seguir luchando quienes habian escapado con graves heridas y veian fluir por ellas copiosamente la sangre.

El capitan Guillermo fué blanco tambien de las lanzas, y yacía desmayado entre un monton de cadáveres, cuando las mujeres indíjenas atraidas por los ecos de victoria, llegaban en confuso tropel á celebrar el triunfo. La hermosa Yacolda, hija del cacique Pumaquen, jefe de la tribu, se detuvo temblorosa ante el ensangrentado rostro de Guillermo y exclamó con ternura: *¡Qué hermoso muchacho! merece vivir*— y le suspendió con esfuerzo en sus brazos, robustos por el constante ejercicio corporal, y le llevó adonde no alcanzaba la barbárie araucana, y donde solo imperarán Dios en la majestad grandiosa de la naturaleza vírjen, y la mujer, como ánjel tutelar, abnegada y amorosa, pródiga de cuidados y consagrada al culto que merecen la juventud, la belleza y el infortunio: llevó al enfermo á su propio hogar, prometióse medicinarle por su misma mano y sanarle, juró ante el cielo y su conciencia arrancar tan atractiva presa á la muerte y entregarla pura y fresca á todas las delicias de la vida!

Veló desde entonces á su lado con incansable afan: durante cuarenta dias, desoyendo los consejos de Pumaquen que,—temeroso de afecto más profundo que el de la caridad,—instaba á Yacolda á menor cuidado y la recomendaba mayor respeto por las ideas y preocupaciones de su raza, oyendo sólo la voz de su corazón, irresistiblemente atraido á aquel jóven que significaba á sus ojos un elegido de la Providencia, pues le entregaba agonizante y desdichado en sus manos, ofreciéndole como premio si alcanzaba á devolverle la salud y la alegría, fiel y constante en su obra, la hermosa india despreciaba al novio, designado por su padre, valiente y noble descendiente de un cacique vecino, y sólo pensaba cuánto sufriria su pobre amigo, cuánto merecía por su rostro y su bondad toda clase de atenciones y cuánto le comprometerian aquellos cuidados—que á la mujer sólo pueden pagarse con amor.

Su primera mejoria le dió el necesario conocimiento para

comprender su situación, la belleza de su altiva protectora y sus caritativos cuidados, mas no fué suficiente á sujerirle algunas ideas que expresaran la sinceridad de su reconocimiento y sólo lo manifestaban de vez en cuando, su mirada lánguida y dulce, entrecortadas palabras que al corazón femenino hablan con mayor elocuencia que los más sonoros discursos. Lentamente, la mano cariñosa de Yacolda fué curando y cerrando las heridas, devolviendo las palpitaciones de la vida á aquel corazón, próximo un dia á sucumbir,—y volvió el conocimiento al aletargado espíritu de Guillermo, devuelto á la animación y á la esperanza por la proteccion de tan bella y bondadosa sacerdotisa de la caridad.

Transcurrieron veinte dias, durante los cuales cambiáronse con frecuencia entre los jóvenes palabras de afecto y agradecimiento, miradas que revelaban sentimientos nobles y profundos, ideas que reproducian fielmente aquellos caractéres: educado el uno en el apartamiento de la civilización, á influencia de los solos instintos naturales, y el otro, estimulado por las mil lecciones de la vida culta y progresista, y llamado por su cuna á cuanto puede ofrecer de halagüeño y seductor el porvenir en la familia y en la pátria.

Yacolda no era, sin embargo, el tipo de la araucana inconsciente, ignorante y de costumbres salvajes: era la combinación feliz de las cualidades de la raza blanca y de las lejendarias de la sangre araucana. Su madre era blanca; robada en los primeros dias de su juventud por Pumaquen, el prestijioso cacique, fué después su esposa. En el rostro de Yacolda amábanse la altivez indíjena con la regularidad de las facciones de la raza castellana: su porte, airoso y viril, era fruto del constante ejercicio á que su padre la sometia y por el cual habia llegado á adquirir la majestad altanera de una reina; sus ojos negros, rasgados y de mirada audaz, eran como el espejo de su alma, y parecian amorenar con su ardor la tez tersa y pura; la nariz breve, y ligeramente gruesa, los labios coralinos y abiertos por poder natural que parecia complacerse en mostrar á la general admiración su hilera de blanquísimos dientes, abundante y renegrida cabellera: encantos enaltecidos por su aire inteligente y que deslumbraron á Guillermo cuando,

despertando de largo sopor y por primera vez en la cabaña, pudo contemplar aquella imájen, hermosa y altiva, que parecia prodigarle sus cuidados á condición de respetar profundamente su raza y su libertad. Su vestido no la hacia tampoco una de tantas *castas indecencias* (1) como en el estado salvaje abundan y que merecen disculpa: ocultaba su seno y sus hombros ancha camisa de oscura tela que caía formando pliegues hasta cerca del tobillo, adherida á la cintura por gruesa faja de seda que ocultaba á su izquierda un puñal; sus menudos piés vagaban por doquiera protegidos por la dura sandalia, que los preservaba del áspero contacto con el suelo y su porte marcial, las bellezas y atractivos de su franca fisonomía y la sencilléz mezquina de su traje dábanle el aspecto de una diosa de las selvas, consagrada á vagar tan sólo en el recinto de su dominio y predestinada por Dios á cuidar y cultivar los jardines de la naturaleza.

Hija predilecta del más poderoso cacique, era el orgullo y la esperanza de la tribu: desde su nacimiento, fué destinada por mandato de los sacerdotes indíjenas, que decian escuchar á los dioses, á un célebre señor de ilustre sangre, indomable fiereza y abundantes posesiones. Ella lo sabia: hasta la batalla de Temuco obedecia sin protesta alguna la ley de su destino, que la condenaba á entregar su corazon y su vida al designado de su padre; más, después del luctuoso combate, su voluntad pareció ménos dócil, su corazon ménos indiferente, en suma, no entregó su porvenir, como hasta entónces, al cuidado ajeno, quiso discutirlo consigo misma, quiso pensar en que la filial obediencia no era el único sentimiento digno de ella y que la felicidad tan soñada á su edad y tan querida de su corazón ardoroso, talvez fuera mejor comprendida por ella que por Pumaquen.

II

Y la hora de partir sonó para Guillermo: completamente restablecido, hubiera quedado, no obstante, prisionero, á

(1) Victor Hugo.

ser un enemigo vulgar; empero, su retencion entreñaba sérios peligros para Pumaquén, conocedor del ascendiente que ejercía sobre su hija, deseoso y obligado por su autoridad y su propia conveniencia á alejar para siempre aquel capitan que en su cabaña, aun enfermo y postrado, había causado la inquietud de Yacolda y despertado las desconfianzas de la tribu. Notificó su resolucion al extranjero, quién le expresó en términos de profundo agradecimiento cuánto le obligaban aquellos cuidados que le habían devuelto la vida y concluyó advirtiéndole que en la mañana siguiente partiría para no volver.

Inútil nos parece decir que aquellas palabras desgarraron el corazón de Guillermo. De sentimientos nobles y exaltados, sufría muy de véras al pensar que en pocas horas mas dejaría de ver para siempre a la araucana jenerosa que merecía tanta gratitud, y a la preciosa mujer que había despertado en su alma tan puro y vehemente amor. Afligido por semejante idea, marchóse a la tarde, a la hora crepuscular, a un valle lejano de la cabaña, en donde el sitio agreste, el silencio, la melancolía misma que cubre a la naturaleza en esa hora, favorecían y casi ayudaban las inspiraciones de su alma, tenazmente preocupada con la noticia de la partida, llorosa y anonadada ante la imájen de Yacolda que se perdía de su vista como la luz del rayo que nos deslumbra un instante y se extingue dejándonos estupefactos.

Mas la Providencia no protejía las intenciones de la material conveniencia y ántes quiso velar por la fortuna de dos seres dignos de la felicidad, y que se habian encontrado por tan caprichosos accidentes. Paseaba perezosamente Guillermo por el sombrío bosque, abstraido en sus tristes pensamientos, y de improviso oyó profundo suspiro que parecía el ay! de un corazón desgarrado y que se confundió en su alma con el recuerdo de Yacolda. Acercóse al sitio en que creyó hubiera nacido aquel gemido, la oscuridad de la noche jugaba con su curiosidad, y solo sintió su mano dulcemente cojida por otra suavísima al propio tiempo que una voz amiga le decía: Guillermo, aqui estoy.— Hermosa Yacolda, contestó Guillermo, la oscuridad que envuelve en estos momentos á la naturaleza reinará eternamente en mi alma desde mañana: tu padre me anunció la

necesidad de partir y las primeras luces del alba alumbrarán el camino que me alejará de tí para siempre.

—El Grande Espíritu proteja tu vida, querido amigo, y ponga sobre tu frente las rosas que la selva niega a la araucana.

—No lo digas, divina Yacolda. A tu lado he vivido los dias mas felices de mi existencia; tu corazón anjelical que me arrancó á la hoguera me dió la vida, pero ay! la vida que me diste me la arrebatas también al partir. Dejo en este bosque cuanto ama mi alma porque te abandono á tí, á quién quiero con pasion ardiente, á quién debo la sangre que me anima. el aire que respiro y el calor de este corazón animado por tí y que no latirá de placer en tu ausencia: El orgullo de tu raza te reclama y serás reina en tus bosques, adorada de todos, miéntras yo gima en lejana región, evocando siempre el recuerdo de la preciosa araucana que con su aliento de amor, sembró la primavera en mi alma y la halagó con perfumes que no volverán!....

—Guillermo mio, calla, tus palabras me embriagan más que el vino. Vuelve á tu familia, ocupa en el mundo la posición que tus méritos exíjen, y sé soberano como el puma (1) en el bosque; no turbes con frases ardientes el alma fria y tranquila de Yacolda, condenada á vivir en la desgracia y predestinada al sacrificio de su corazón ante un hombre á quién no ama y á quién le es forzoso entregarse: seré la paloma en las garras del cóndor. En estos bosques, serias muy desgraciado, causarias mi perdición y la tuya. ¿Qué puedo ofrecerte digno de tí? Debo la fortuna de comprender tu lengua y de hablarla á mi pobre madre, arrebatada con mano brutal de su familia y que lloró con afán inconsolable el rapto, que sin duda causó su muerte prematura. Sofoca en tu alma el sentimiento que te parece amor, y que no es sino la gratitud generosa de un noble corazón por cuidados que bien mereces. Si algún día te acuerdas de la araucana que veló á tu lado en penosos instantes, consuélate pensando qqe su alma te tiene en su santuario, y que día á día se alzan al cielo mis plegarias por tí.

---

(1) Leon araucano.

—Pobre Yacolda! Tu porvenir me espanta. Porqué sacrificas con ciega obediencia tu alma á quién no amas?

—Te engañas, amigo, le entregaré mi cuerpo, mi alma inmaculada estará siempre contigo.

—Y la mia con ella! esclamó con entusiasmo Guillermo, al propio tiempo que la estrechaba tiernamente y besaba con efusion su frente purísima.

—No, mi hermosa Yacolda, yo no puedo alejarme y dejarte condenada á un hombre que tu corazón rechaza: sería un cobarde, y tendría vergüenza de mi mismo. Si tú me amas como te amo yo, entrégame tu vida asi como yo te doy la mia; el bosque inmenso nos ofrece su mansión de primavera y de perfumes, huyamos a él, apartémonos de la mirada de tus verdugos y busquemos la alegría de nuestros corazones allí donde no obren las miserias humanas y solo reine Dios que nos bendecirá á cada instante y nos protejerá de nuestros enemigos. Adiós el mundo de tus padres y el de los mios, adiós la vida de los sacrificios y los dolores, entreguémonos con delirio, Yacolda divina, al mundo de nuestro amor, puro y santo, que solo nos dará alegría y placer, y alejémonos para siempre de las gentes que nos dividen y pretenden ahogar nuestros corazones.

—Piedad, Guillermo mio, piedad: mi alma no puede resistir la vehemencia de la tuya y tendrá que sucumbir. Piénsalo bien, déjame mañana porque te debes á tu raza así como yo me debo á la mia: no nació el trile para la jaula de oro; busca la felicidad entre los tuyos: mil mujeres hermosas querrán tu corazón y en su compañía gozarás los esplendores de una civilizacion que no conozco, pero que respeto y admiro; déjame en la humilde cabaña de Pumaquén, fiel á mi tribu y á mi religión y haciendo el sacrificio de mi felicidad en su homenage.

—Ah! entónces no me amas, Yacolda. Por qué vacilas? Si la felicidad te busca, á qué despreciarla? Yo abandono gozoso el mundo de esplendores que sueña tu imaginacion para morar en la región verdaderamente espléndida de estas selvas encantadas. Olvida tu cabaña, como yo mi techo, acuérdate solo de tu corazón y de Guillermo, postrado á tus piés y que te cree la única mujer digna de su amor. Reconciliemos nuestras razas: en íntima unión el corazon castellano latirá á la influencia del pecho arau-

cano bajo el ramaje de estas selvas. Busquemos la vida propia de nuestra pasión, que el mundo sea para nuestro amor y nó nuestro amor para el mundo!

Yacolda no respondió: sus lágrimas corrian abundantemente y con la negra y espesa cabellera las enjugaba; Guillermo, á su lado, la prodigaba mil caricias, las caricias inocentes del verdadero amor, y estrechaba sobre su seno la gentil cabeza de la araucana que se doblaba como tierno lirio azotado por terrible vendaval. Oíanse entrecortados gemidos y juramentos: aquellos los ecos de la pasión que se rinde y anonada el delicado ser femenino y éstos los arranques frenéticos de un corazón cansado de luchar y próximo al triunfo.

—Ah! Me amas, sublime Yacolda? preguntó Guillermo.

—Tuyo es mi corazón, tuya es mi vida. Tú la pides ahora; talvez muy pronto exigiré yo la tuya.

La noche era oscura, pero las luciérnagas que alfombran el suelo de esos bosques, parecian haber recibido el resplandor de las estrellas ocultas en el cielo, iluminaban la selva con ténue claridad y hacían digno de los amantes aquel teatro selvático, en que ambos hicieran iguales juramentos y sacrificios y abandonaran los paternos lares para entregarse á la vida agreste, la única digna de un amor que no cabe en la mezquindad social y busca la inmensidad....

III

¿Quién será capaz de narrar la historia de dos amantes, jóvenes i entusiastas, que logran salvar los obstáculos que á su felicidad se oponen i se entregan, guiados por su solo amor, á la vida de la pasión sin límites, léjos de la sociedad y sus tiranías, en la estensión divinamente poética de las selvas?

Guillermo y Yacolda huyeron aquella misma noche que llamaremos del juramento, vagaron como dos pajarillos que escapan por primera vez del nido i se detienen en cada árbol, en cada rama para posesionarse de su libertad. El pecho de Yacolda latía con violencia: no solo el amor apasionado que la sometía á Guillermo la exaltaba, temía

el castigo de su padre y temblaba pensando en la suerte que la aguardaba á élla y a su amante. Pero, en los brazos de su amigo, ya no pensaba en su cabaña: ébria de amor, sonriente á cada palabra de sus labios, á cada mirada de aquellos ojos que la quemaban, inocente y buena hacía el sacrificio de su amor con el entusiasmo de sus dieziocho años....., de los años vividos bajo un sol abrasador, en una naturaleza exhuberante que dá mayor vigor al espíritu, que exita con fuego más vivo la imaginación.

Al siguiente dia se aproximaron al pequeño pueblo en que tenían su campamento los soldados de la reducida división á que en otro tiempo perteneció Guillermo. La fortuna le fué propicia en esta ocasión, y poco antes de llegar al pueblecito encontróse con un soldado, asistente suyo el dia del memorable combate, y que había fugado del campamento araucano; ocupábase en buscar combustible. Fácil le fué reconocer a Guillermo: aunque algo demudado, la felicidad habíale devuelto la alegría del rostro, marchito por las penurias de la campaña. Dióle a entender con escasas palabras su situación y comprometióle á llevarle dia á dia los alimentos necesarios á su subsistencia, á la selva cercana. El buen soldado agradecido á la benevolencia manifestada en otro tiempo por su capitan, accedió gustoso al propio tiempo que se obligó á ocultar el secreto de su vida, enajenada á la milicia y consagrada al culto de un noble sentimiento en aras de un ser digno de todo homenage y que ponía en sus labios el caliz del placer más exquisito que puede gustar el labio humano.

Gozaba Guillermo del amor más puro y más soñado del alma: aquellas almas no se alimentaban en el fausto de la vida social, en que tantas conveniencias tienden profano velo sobre sentimientos que debieran brillar á la luz del sol; aspiraban el ambiente delicioso de la selva, sin más techo que el cielo, sin más abrigo que el ramaje protector del bosque, cariñoso para preservarles de un calor excesivo y pródigo en sombra que atemperaba el ardor de sus corazones, sin más lecho que las cuevas de los árboles, las anchas concavidades abiertas por la mano del tiempo y que les ofrecian deleitoso asilo; cada sentimiento de aquellos amantes era de adoración y gratitud al Señor que les anticipaba en la tierra las delicias del cielo: sus almas con-

fundidas en la pasión amorosa más ardiente y soñadora, volaban á lo infinito—el mundo que pisamos no les atraia, lo despreciaban: habia en aquellas almas algo de superior, de sublime y todo lo inmortal busca á Dios.

Historia de poesía es la historia de aquel amor. Ah! corazones privilejiados, ángeles arrancados al cielo para brillar más inmaculados después del martirio, estended vuestras cándidas alas sobre las cabezas juveniles, sobre las almas que se aman y guardadlas del roce impuro de las miserias humanas! Amores benditos de la selva, sed como sus árboles, fecundísimos en vegetación y aroma, que ofrecen á todos los caminantes: ofreced vuestros encantos á todos los viajeros del largo camino de la vida!

Más, no narramos historia fantástica, y la suerte fatal de mi pobre amigo renueva en mi alma el dolor de otros dias y hace considerar cuán fugaces son los encantos del placer en el valle que cruzamos. Yacolda, la araucana encantadora, se manifestaba amorosa y tierna como en los primeros instantes del sublime drama: hija de las selvas, parecía tener como ellas exhuberancia eterna de juventud y poesía; Guillermo, delirante, á la influencia de aquel corazón vivia en el voluptuoso y gratísimo abandono del sultan adormecido en lecho de azahares. Como quien mirara al sol, y cegado por su brillo fijara en él eternamente la pupila, asi Guillermo se extasiaba en la contemplación constante de la divina Yacolda que le encendia el alma y se adueñaba de ella: era feliz, dichoso como saben serlo los ángeles del cielo y los amantes fieles de la tierra. Qué guardaba el porvenir? Guillermo no lo sabia ni pensaba en ello; Yacolda, previsora y torturada por el recuerdo de su padre y las prácticas de la tribu, contemplaba oscuro porvenir que no mostraba á su amante: habia tenido audacia para abandonar la paterna cabaña por el amor de un extranjero y tendria tambien valor para asegurarse eternamente el amor que le costaba tan caro sacrificio.

Una tarde, á la hora vespertina, Yacolda se reclinó suavemente en el hombro de Guillermo, le miró con tristeza, y después de gemir por vez primera en su compañía, le dijo:

—Presiento la venganza y el castigo que merezco; á estas horas mi padre me buscará en las selvas, acompañado de numerosos servidores, la fuga no es posible, los enemigos

nos rodean y forzoso nos será sucumbir á sus manos. ¿Ves aquella fogata, cuya lumbre rojiza centellea en la espesura? Ese fuego les calienta, y los primeros albores de la mañana les permitirán seguir su persecusión: piensa en tu amor, en el mio más ardiente que la lumbre del sol y más constante que la sombra en este bosque: prepárate al último viaje y á la dicha eterna.

Guillermo no comprendia las palabras de Yacolda: la escuchaba con la acostumbrada complacencia y al terminar selló sus labios con tierno beso que parecía el premio de su elocuencia.

La mujer jamas se engaña en sus previsiones y llega á ser infalible si el amor la ayuda. Aquella noche, inquieta, temblorosa, pálida con la visión del próximo desenlace, Yacolda ofrecia á su amante las últimas gotas del delicioso cáliz, las últimas palpitaciones de su corazon tan noble y desgraciado.

—Piensa en mí, le decia, comprende mi amor y mi sacrificio y levanta al cielo el alma pidiendo proteccion.

Guillermo no consideraba la verdad de estas expresiones: el hombre enamorado se aturde y puede el rayo caer sobre su cabeza sin sentido si al propio tiempo escucha la voz apasionada de su amor; y solo la contestaba aquellas frases eternamente vulgares y eternamente sublimes que todos los corazones han sentido y que son ¡ay! el único recuerdo de la felicidad paradisiaca.

Huyeron las sombras, los primeras rayos de la aurora rasgaron el debil ramaje que ocultaba á los desposados y besaron con amor sus frentes; el sueño no resistió al ósculo de la luz, y Yacolda entreabrió sus ojos, contempló a Guillermo, acercó sus labios a los suyos y produjo un delicioso rumor que le habria parecido á su compañero beso de anjel si se hubiera olvidado de Yacolda; despertó tambien, la dirijio mirada que rechaza todo verbo humano y volvieron á adorarse por última vez.

Qué noche de tristeza! murmuró Yacolda, los demonios de la tumba, durante mi sueño, nos han envuelto en sus sombras. Tengo sed; mis sienes laten con violencia. Voy a la fuente.

Levantáronse con prontitud y dirijiéronse a una fuente cercana en que el agua se ofrecia purísima a la sombra de

una roca por cuyas grietas bajaba de la quebrada, y Yacolda sedienta, pero siempre mujer, se contempló un instante en su espejo, llevó despues con exquisita delicadeza su mano ahuecada a la corriente, y suspendió la preciosa copa hasta los labios de Guillermo, que bebió con ansia, hasta la última gota.... El pobre amante, condenado como todos los de su sexo, a la triste imitación, nunca orijinal, la ofreció su copa y la sed de Yacolda hizo necesario su servicio repetidas veces.

—Volvamos á nuestro Edén, dijo Guillermo.

—¡Ah! pronto nos eternizaremos en él! replicó, con lentitud Yacolda.

Regresaban á la cueva silenciosamente, y la mirada penetrante de la indíjena se clavó de pronto en el horizonte con misteriosa fijeza. Guillermo, exclamó turbada, ves aquellas lanzas que relumbran a lo léjos? Son las de mi padre y sus soldados: nos traen el castigo y recibiremos sus lágrimas..... Huyamos a la cueva, hermoso mio.

Llegados a ella, se recostaron suavemente y se contemplaron como en sus primeras confidencias.

—Ha llegado, dijo Yacolda, mirando a su amante con ternura y altivez, el momento en que todo acaba para nosotros en la tierra y logramos confundirnos en el Grande Espíritu. Tu amor, tus palabras me arrebataron á la paterna cabaña, todo cuanto vale en mí lo deposité a tus piés como ofrenda de adoración. Este sacrificio mio, si es cierto que me amas, te ha dado cuantas delicias ofrece la vida: un corazón puro, extasiado en tí y rendido á tu capricho. Te dí mi suerte por mi amor: la tuya me pertenece por tu amor. Si vivieras, caerías en poder de tus enemigos y morirías; salvado de ellos, otra mujer, borrada ya mi memoria, obtendría tu amor: no puedo consentir que caigas bajo el arma de mi tribu ni bajo los halagos de otra mujer que yo: si has dispuesto de mi vida, la tuya me pertenece á mí. Juntos moriremos.

Guillermo llegó á creer que desvariaba: la contestó con amor y la sujetó ambas manos á su pecho con delicadeza, y repitió inconsciente:

—Juntos moriremos. Yacolda desligó sus manos, le abrazó con efusión, pasó después su brazo izquierdo por la espalda de Guillermo, y le asió con firmeza a la vez que

sacaba de su faja un puñalito de hoja acerada y brillante.

—El último beso !exclamó Yacolda, y los labios se encontraron y se desgarraron: la indíjena sabia amar como leona, con sublime enerjía.

Duraba el éxtasis, levantó el puñal sobre el corazón de su amante, dijo con dulzura y entusiasmo: *volemos al cielo, El nos llama*, y clavó con fuerza desesperada la hoja en el corazón de Guillermo. Apenas exhaló un ay! doliente, contempló con angustia á Yacolda y vió el puñal sobre su propio corazón, que manaba arroyos de sangre que se confundian con la suya, y una mirada suplicante que le buscaba y le mostraba el cielo.

Se abrazaron con la fuerza febril de la agonía y... abrazadas sus almas llegaron hasta Dios.

En las noches serenas de estío, en que el ánimo cansado cubre a mis ojos el mundo con funesto velo, elevo al cielo la mirada y contempló en éxtasis dos estrellas hermanas, que los astrónomos llaman *Geminis* y que para mí son las almas de Yacolda y de Guillermo que me sonrien y me invitan al amor y al sacrificio; y cuando contemplo con *Ella* el cielo, una fuerza superior me hace decirle: *Vivamos en las selvas*?

LORENZO MONTT.

ENSEÑANZA DE LA JEOGRAFIA (1)

Parécenos oportuno consignar en esta advertencia algunas observaciones sobre el verdadero método que debe seguirse en la enseñanza de la Jeografía, tan descuidada hoy en nuestras escuelas y colegios, no obstante los positivos progresos que, bajo otros respectos, hace la instruccion primaria entre nosotros.

Ante todo, la Jeografía tiene por objeto dar una idea de la superficie terrestre, haciendo resaltar, por medio de esta nocion, el cuadro animado del mundo exterior y el órden que en él reina, para ofrecer á la ávida imaginacion del niño el espectáculo maravilloso de la creacion entera.

El principal deber del maestro consiste en despertar la curiosidad del alumno, por el interés que en sí mismo presentan los conocimientos jeográficos, procediendo de lo particular á lo general, de lo mas inmediato á lo mas lejano, del pais en que se vive á los demás pueblos y naciones que componen el Universo; porque lo particular exije un esfuerzo mas simple de la memoria, lo que está mas cerca nos atrae mas fácilmente que lo que se encuentra mas distante, y el propio pais provoca, con preferencia á otros, los sentimientos mas vivos y duraderos.

Para concebir la forma y aspecto de la Tierra es menester comenzar por darse cuenta de lo que es la comarca ó region que habitamos, haciéndola conocer tanto por los

(1) Fragmentos de la Introducción á un testo de *Jeografía Física i Política* para las escuelas de la República Arjentina.

grandes rasgos que ofrece su configuracion física, como por los accidentes característicos del suelo, de modo que el conocimiento de los detalles sirva para formarse una idea cabal del conjunto. Un arroyo, por ejemplo, que se desliza por entre el césped siguiendo el curso caprichoso que le imprimen las sinuosidades del terreno, es el hilo conductor para llegar al rio, en cuyo amplio seno se derrama, sin dejar de notar el observador la vegetacion exhuberante y variada que forma el contorno de sus riberas. Los rios van á su vez á depositar sus aguas en el mar, de vastísimo caudal y de límites indefinidos, que impone por su misma inmensidad. El suave arroyo, el revuelto rio y el Océano majestuoso, son concepciones que penetran natural y lójicamente en la intelijencia del niño, cuando se ha tomado en la realidad el punto de partida que conduce á la adquisicion de los conocimientos jeográficos.

El mas vivo interés se apodera del espíritu si el observador contempla desde una eminencia el cuadro que la naturaleza ofrece á sus ojos. Colocado en la cima de una montaña, domina un vasto horizonte y descubre á lo lejos los valles de pintoresco aspecto, las corrientes de agua moviéndose en la verde llanura como serpientes de plata, los montes que desprendiéndose paralelamente del macizo principal, aparecen como grandes relieves que se alzan sobre la superficie del suelo, los árboles gigantescos, las relucientes cataratas que se precipitan en los abismos, despertando todo esto en él emociones tan profundas que el espectáculo que tiene á la vista no se borrará jamás de su memoria.

El sér racional ama á la naturaleza en cuyo contacto vive y tiene para él encantos y atractivos que se ligan á las impresiones de la primera edad, por lo que el niño muestra un interés muy persistente por adquirir los conocimientos que se refieren á los parajes ú objetos que le son queridos. No sucede lo mismo con otras rejiones que no tiene particular empeño en conocer, porque no se siente estimulada su curiosidad, ni descubre, á primera vista, un objeto práctico en darse cuenta de lo que es un pais lejano, con el cual aparentemente nada tiene que ver.

Por eso las nociones rudimentarias de la Jeografía deben versar sobre el conocimiento de los lugares inme-

diatamente sujetos á la observacion del niño, aplicando á ellos los términos jeográficos y las definiciones que encuentran en la enseñanza práctica su evidente comprobacion.

Alguien ha dicho que el amor de patria es como el amor de madre, y nosotros agregaremos que ese amor no es puramente ideal, sino que se adhiere á los objetos materiales, cuando ellos evocan hechos memorables, heróicas hazañas ó grandes acontecimientos nacionales. Ese sentimiento esclusivo y delicado hace que nos inclinemos con respeto ante la Pirámide de Mayo, que conservemos como una reliquia la Casa en que se proclamó la Independencia, y que se levanten símbolos históricos en los campos gloriosos donde triunfaron nuestras armas.

La Jeografía, bajo ese punto de vista, conserva y propaga la relijion de los recuerdos, agrupando al rededor de cada rasgo ó descripcion física, los acontecimientos mas interesantes que naturalmente hay que referir al encontrarse en presencia del teatro en que se desarrollaron.

Pero ese sentimiento lejítimo de cariño á nuestra patria, no debe exajerarse hasta el estremo de no querer conocer ó estudiar la Jeografía de los demás países, bajo el pretesto de que tal estudio no reporta utilidad alguna. Solo el conocimiento, por medio de la Jeografía, de lo que son todas las comarcas en que se divide la tierra, puede dar una idea completa del globo terrestre, como solo el conocimiento de la civilizacion que se desenvuelve en cada país, puede darnos la medida y el carácter de las leyes que rijen á la Humanidad, en medio de contradicciones aparentes y de maravillosas armonías.

No despierta seguramente en el alumno el mismo interés el estudio de la Jeografía, en todas sus partes ó en todos los países que comprende, pues hai razones atendibles para establecer diferencias al respecto, y es justo tenerlas en cuenta.

Lo primero que debe conocer un arjentino es su propio país, y, despues de él, el continente de que ese país forma parte, esto es, la América, con la cual constituye un solo sistema jeográfico y tiene estrechas relaciones de sociabilidad y civilizacion. Fuera del continente americano, el estudio de la Jeografía de Europa es el que des-

pierta mas interés, porque esa parte del mundo es el foco actual de las ciencias, de las artes y de las letras, y el centro mas brillante del progreso humano. En seguida vienen el Asia, el Africa y la Oceanía, que representan, las dos primeras, la antigüedad con sus muertos recuerdos y sus institutuciones fenecidas, y la última, un continente novísimo, que comienza recien á desarrollar la civilizacion europea y las costumbres de los pueblos cristianos.

En un método verdaderamente progresivo de la enseñanza de la Jeografía, ha de seguirse el órden que indicamos, consultando el interés y la conveniencia en la adquisicion de los conocimientos positivos que esa ciencia abarca.

Desgraciadamente para nosotros, la enseñanza de la Jeografía en nuestros establecimientos de educacion, está reducida á una nomenclatura estéril, á un hacinamiento de nombres que la memoria mas feliz no puede retener, porque se presentan desprovistos de todo atractivo para la imajinacion, y de toda nocion sustancial que les dé arraigo en el entendimiento. De ahí la necesidad que se siente de reaccionar contra los métodos actuales que quitan su verdadera importancia á los estudios jeográficos, relegándolos á la última categoría en la enseñanza de los ramos literarios.

Para todos los grados del estudio de la Jeografía,, dice Bain, la posicion local, la forma y el tamaño de los países, deben aprenderse por un esfuerzo distinto de la memoria, y el entendimiento debe retenerlos como hechos visibles, fundados en el estudio del mapa ó del relieve. Esta impresion puede ser favorecida y confirmada por todos los detalles de causa y de efecto, y por los de las relaciones mútuas entre los diversos países; pero estos detalles no deben darse hasta que los discípulos hayan grabado bien en su entendimiento el órden en que los países están representados en el mapa. Cualquier cosa que sea lo que se quiera enseñar, existe una regla que no debe nunca perderse de vista: es separar cada hecho de su razon y describir primero aquel, para hacerle comprender y retener como tal. Esta regla se aplica al estudio tan vasto de los conceptos jeográficos; se presenta primero la superficie como un hecho, luego se la considera bajo el punto de vista de las nu-

merosas relaciones que existen entre los diferentes elementos de que se compone una comarca.

El método descriptivo adoptado para la enseñanza de la Jeografía en las escuelas de Escocia é Inglaterra, tiene la ventaja de presentar clasificados y en órden, todos los detalles relativos á las comarcas, como son su superficie, montañas, valles, llanuras, etc., indicando su respectiva posicion y direccion. Las ventajas de este sistema, que Ritter ha generalizado y perfeccionado, consisten en ligar por medio de las categorías que establece, los conocimientos de un mismo órden, trasmitiéndolos de un modo más duradero á la memoria por las relaciones que existen entre la posicion, los límites, la estension, etc. de cada pais, reuniendo de este modo todos los rasgos característicos ó peculiares de cada comarca, además de que la exposicion oral, apoyada en el mapa, presenta en un conjunto ordenado y lógico, todo lo que pueda decirse sobre cualquier país ó region.

Tiende tambien este sistema á evitar la aridez penosa de la enseñanza de la Jeografía, cuando se la reduce á una simple repeticion de nombres y á ejercicios de memoria, sin base en la intelijencia y en la comprension del niño.

Como no puede eliminarse de la enseñanza de este ramo la nomenclatura de los lugares, es conveniente ligar á cada nombre un hecho interesante que lo haga retener por alguna relacion circunstancial con el paraje ó nombre que se menciona. Wickersham aconseja que los áridos detalles de la Jeografía se rodéen de incidentes agradables, pero da este escritor tal amplitud á su idea, que un curso de Geografía, siguiendo al pié de la letra el precepto, puede convertirse en un curso de Historia ó de Ciencias Naturales respectivamente, si el maestro hubiera de mezclar á sus lecciones los vastos conocimientos que directa ó indirectamente se relacionan con la ciencia jeográfica. Es menester, pues, aplicar con discrecion el consejo de Wickersham para hacer útil y atrayente la enseñanza de la Jeografía, sin exajerar su objeto y tendencias.

Buscando algunos pedagogos los medios de hacer mas amena y atrayente esta enseñanza, han aconsejado refundir en un mismo curso la Jeografía y la Historia, á fin de

que los conocimientos que aquella suministra, sirvan para apoyar y hacer mas claras las esplicaciones de esta; pero creemos del caso observar que si bien la Jeografía es una clave necesaria para penetrar en los dominios verdaderos de la Historia, no puede dejar de reconocerse tampoco que la refundicion de esos dos ramos se verifica en perjuicio de la Jeografía que solo entra, una vez adoptado ese sistema, como parte indispensable para explicar los acontecimientos históricos, preocupando estos de una manera preferente la atencion del discípulo, ya sea por el interés que en sí mismo inspiran, ya por la mayor facilidad que ofrecen para retenerlos.

Ese método rebaja sensiblemente la enseñanza de la Jeografía, y solo puede aplicarse por escepcion, cuando se trata del estudio de la historia de los pueblos antiguos, en que tan indispensable es el conocimiento de la Jeografía de esos mismos pueblos, compulsando la nomenclatura antigua y moderna, para darse cuenta de su vida y de sus hechos.

Los textos y los mapas son los elementos indispensables en que se basa la enseñanza de este ramo, y ellos influyen directamente en su adelanto ó atraso. Los textos que se escriban sobre la materia, deben ser claros metódicos y comprensivos, evitando recargarlos, como suele suceder, de una gran masa de detalles que la memoria mas feliz no podria retener, y por cuya circunstancia su estudio reclama mayor tiempo que el que se puede consagrar á la Jeografía, desatendiendo el que simultáneamente se hace de otras asignaturas.

Tampoco deben ser los textos de tal manera compendiados que no presenten sinó una seca y árida nomenclatura, porque no dan una idea completa de la materia; y el alumno mas laborioso no sacaría provecho alguno de su estudio.

Conviene que el desarrollo de los textos sea determinado en órden al interés que haya en conocer ciertas comarcas ó países, midiendo, segun este criterio, su estension. Asi, la jeografía del país de nuestro nacimiento debe abundar, en detalles porque damos paticular importancia y singular interés al pueblo ó nacion de nuestras afecciones, fuera de la utilidad incuestionable que tiene para nosotros

el conocimiento perfecto del suelo en que vivimos. Síguele en interés el continente de que nuestro país forma parte, y despues, los continentes ó naciones que tengan mayor importancia por su estado de civilizacion, riqueza y poblacion, dejando para los cursos superiores los tratados fundamentales y la lectura de los viajes, que son un precioso complemento para la enseñanza de la Jeografía.

En cuanto á los mapas se puede decir que cuando están muy recargados de detalles. imponen un trabajo penoso para buscar los nombres que pide una leccion y si, como sucede generalmente en nuestras escuelas, esos nombres no están en castellano, el alumno encuentra mayores dificultades todavia, y malgasta inútilmente su tiempo.

Algunas veces el profesor, para salvar esos inconvenientes, traza en la pizarra los detalles principales de un mapa, dibujando los límites, las comarcas, las montañas, los rios, las ciudades, dando á éstas su posicion correspondiente, y á medida que avanza en este bosquejo, va exponiendo todos los detalles de la leccion, de modo que el niño tiene al mismo tiempo la representacion material de una region dada, y las particularidades de esta, comunicadas á la vez por el texto y por el profesor.

Este método es útil pero moroso, y solo por escepcion se pone en práctica en nuestras escuelas. Si bien seria conveniente que los niños dibujasen en la pizarra las cartas jeográficas, ó las calcasen sobre el papel, no pueden ejecutar tal labor sinó los alumnos regularmente ejercitados en el dibujo, y aún en el caso de que estuvieran en estado de hacerlo correctamente, es una tarea engorrosa que toma demasiado tiempo é impide que el maestro haga trabajar en conjunto á la clase.

Comparando Prodhomme el método que dejamos apuntado, con el sistema de estudio por medio de mapas ó cartas jeográficas, dice: "El estudio de las cartas parlantes y de las cartas mudas, sin presentar tan grandes ventajas, no ofrece, ni con mucho, los mismos inconvenientes. Todos los niños pueden hacer uso de ellas, no se perjudican los otros estudios, el maestro no está obligado á hacer ningun sacrificio de tiempo y dinero. y cuando las cartas, parlantes han sido estudiadas con fruto, el institutor puede asegurarse por medio de las cartas mudas, si la situacion

y el nombre de los lugares se han grabado bien en la memoria de los niños."

Este es sin duda el sistema más práctico de enseñar la Jeografía, sobre todo, si se hace uso para ese objeto de las colecciones completas que se han puesto hoy al alcance de nuestras escuelas.

A muy sérias reflexiones presta se el estudio de la Jeografía fundamental, cuando se la considera en su conjunto y bajo el punto de vista de las leyes científicas de su desenvolvimiento; pero no está por desgracia establecida esta enseñanza en nuestros intitutos preparatorios, como seria de desear, para vulgarizar por este medio los principios de la ciencia en general, armonizando la ciencia social con las ciencias naturales, que encuentran, en ese grado de los estudios, el punto de union ó de alianza que las hace fácilmente accesibles al espíritu, respondiendo á la variada instruccion que la juventud debe tener en nuestra época.

Nos obtenemos, sin embargo, de entrar en mas ámplios desenvolvimientos, porque las precedentes observaciones son encaminadas únicamente á la enseñanza elemental de la Jeografía por cuya razon las libramos al buen criterio y experiencia de los maestros.

Buenos Aires, Enero 15 de 1884.

JACOB LARRAIN.

CANTO AL ARTE

I

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad, ¿por qué luchar crüeles
Mientras la humanidad vaga perdida,
Náufraga en los oceános de la vida?

¿No hay más allá en el mundo,
Tras la prisión que la mirada abarca?
Y el vuelo del espíritu ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? Acaso el Arte?
Que creó el sentimiento del poeta,
Es un ensueño de la mente inquieta?

La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
¿Será quizá engañosa
Transformación de la materia ciega?

¡Virtud, justicia! ¿sois también mentira,
Atributo del átomo que gira?
¿Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?

¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quién llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el Arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende.
Allí sus forma el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón, postrada,
Se siente por el vértigo atraída
Hacia el abismo de su propia nada.
¡Allí principia el Arte! Allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
¡Y siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza á la región de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito
De esferas en esferas va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se templa
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y, de süaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
¡Y los vagos acordes

Que al imperio del ritmo se conciertan,
Sed de infinito al corazón despiertan!

III

¡Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
Verdad, justicia, ¡aspiración perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el Arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?

La ciencia intenta conocer el cielo
Y la unidad descubre de las fuerzas;
¡Pero mira allí mismo el sentimiento,
Y ve los mundos, que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna!

La razón, quiso penetrar al hombre
Y sólo halló un cerebro;
Pero el Arte ha encontrado la conciencia,
¡Y ha visto á Dios, allí, donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!

¡No! ¡no es una ilusión! ¡no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
¡No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida
Es feliz y perfecta
Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
A las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;

El bruto muere sin pavor: en su alma
Elemental, no exsiste
De la severa ley la imágen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
¡No! ¡no es una ilusión, no es un delirio
La santidad del bien! ¡luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
Hay algo más que el átomo y la fuerza,
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio!

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama.
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!
¡No es material el sér que lo proclama!

El canto poderoso de Bethoven,
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz trasformada el universo!

¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende
Toda virtud y gloria de la tierra?
Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga

Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella,
Sabe leer su presente, y de su historia
Talvez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan del infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y ajusta á ellos la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.
Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota.

Eso es lo que sentimos
Cuando en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma,
¡Gravitación sublime! á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;
Cadena de armonía que vincula
El ser creado á su celeste orígen.

V

Cuando en la edad primera
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba oscuro al labio balbuciente,
Y preso en las cadenas

De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.

Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.

Hasta que al fin la llama creadora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente
Como la luz de la primera aurora,
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre:
—¡Hay un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.

Así la humanidad se alzó del polvo,
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.

Desde entonces, para siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada;
Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no ve—que el alma siente.
Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes,
Ella es la fe que al mártir acompaña.

El frío escepticismo
Alza su estéril mano,

Y borrar lo invorrable intenta en vano
¡Ante la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos el universo sepultara!

No volverán los días
De aquel ser de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
¡Vive de la verdad! Su alma, tocada
Por el fuego divino,
Presa no puede ser de muerte incierta;
¡Tiene ante sí la inmensidad abierta!
¡Allí su aspiración y su destino!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa:
Dios es del Arte la sublime idea:
¡Que su revelación el Arte sea!

Suprema luz increada,
Artista de los mundos! ¡Yo te invoco!
¡Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

CARLOS ENCINA.

REVISTA DE REVISTAS

(Continuacion.)

REVISTA DE SUD AMÉRICA.

ANALES DE LA SOCIEDAD AMIGOS DE LA ILUSTRACION.

Apareció el primer número de este periódico quincenal literario y científico, el 10 de noviembre de 1860 para ir a terminar el 16 de abril de 1863.

Fué fundadado por la Sociedad de Amigos de la Ilustracion con el auxilio del Gobierno, para que sirviera, como lo decia en su prospecto, de recopilador de sus anales, y fuera el órgano de esa falanje de obreros que, de un estremo a otro del continente, trabaja por el mejoramiento social y ansía por darse una literatura propia, así como sus projenitores supieron darse una patria feliz e independiente.

Cada número del periódico, a mas de los trabajos literarios y científicos, debia publicar una crónica *política*, *literaria* e *industrial* en la que se resumirian las noticias mas interesantes recibidas en Chile sobre la situacion, marcha y progreso de las demas repúblicas americanas. Debia ocuparse tambien de los últimos adelantos de las ciencias y letras, así como de las cuestiones de réjimen interno de mayor importancia.

La redaccion y direccion corrió a cargo de una comision compuesta de los señores Juan Ramon Muñoz, Bernabé Chacon y Manuel Guillermo Carmona. La direccion supe-

rior la tuvo don Jacinto Chacon como Presidente de la Sociedad de Amigos de la Ilustracion.

Numerosísimos fueron los escritores nacionales y estranjero que figuraron como colaboradores de la *Revista*, entre ellos se contaron a los señores Gregorio Araos de La-Madrid, Benjamin Vicuña Mackenna, Eduardo de la Barra, Francisco Bilbao, J. J. Bruner, Ricardo J. Bustamante, Manuel Antonio y Manuel Guillermo Carmona, Antonio Cleret, Guillermo E. Cox, Hemelio Fajardo, Manuel Salustio Fernandez, Pio Fernandez, Francisco Fonck, Guillermo Frick, Juana Manuela Gorriti, Juan María Gutierrez, Ramon L. Irarrázabal, Mercedes Marin del Solar, José del Pilar Medina, Manuel Miquel, Felipe Molina, Juan Ramon Muñoz, Rosario Orrego de Uribe, Ramon Ocampo, Ricardo Palma, Mariano Paz Soldan, Vicente G. Quezada, Luis Rodriguez V., Fernando Urízar Garfias, Joaquin Villarino, Diego Barros Arana, Eusebio Lillo, Adolfo Ibañez, Marcial Martinez, Rafael Minvielle, Emilio Sotomayor, Francisco Vidal Gormaz, Benjamin Vicuña Solar, Bernabé Chacon, Jacinto Chacon, David Trunbull, Félix Frias, Francisco de Paula Taforó, Floridor Rojas, Zorobabel Rodriguez, Adriano Blanchet, y muchos otros que seria demasiado largo enumerar.

A principios de 1863 con motivo de la disolucion de la Sociedad Amigos de la Ilustracion, cesó la publicacion de la Revista, no sin haber contribuido poderosamente a dar consistencia y vida propia a la literatura nacional.

De 12 entregas se compone cada tomo, menos el último que sacó 11.

Las 77 entregas que sacó esta Revista están repartidas en 4 tomos.

El primero tiene de 779 pájinas y se completó en abril de 1861. Contiene 106 piezas diversas sobre historia, poesía, literatura y ciencias. Las crónicas quincenales fueron escritas por don Manuel Guillermo Carmona.

El segundo con 800 pájinas y completado en 1861, contiene 80 piezas. Las crónicas fueron escritas por don Juan Ramon Muñoz.

El tercero de 568 pájinas completado en abril de 1862 contiene 92 piezas: sus crónicas las escribió el notable literato peruano don Ricardo Palma.

El cuarto y último, con 592 pájinas, se completó en abril de 1863 y contiene 95 piezas. Las crónicas fueron escritas por don Adriano Blanchet, don Ricardo Palma y don Juan Ramon Muñoz.

La impresion de todo el periódico se hizo por la "*Imprenta del Universo*", de propiedad de don G. Helfmann.

REVISTA MINERA Y METALURJICA DE COPIAPO, CHILE Y SUD-AMERICA

Principió este periódico mensual y científico el 1º de de agosto de 1860, terminando al parecer en enero del año siguiente.

La publicacion de este periódico, que coincide, podemos decirlo así, con la instalacion del Colejio de mineria de Copiapó, tuvo por objeto propender al desarrollo de los estudios mineralójicos y dar a conocer y popularizar en Chile los procedimientos europeos, para el laboreo de minas y beneficios de los metales.

Fué su fundador y director don Benjamin Lenoir, francés establecido en Copiapó desde años atras, y donde habia contraido matrimonio.

Se contaron entre los colaboradores a los señores Ignacio Domeyko, Armando Pissis, Eujenio Croy, Bernardino Vila, Samuel Garcia, Cárlos I. Soublette, Cárlos Achsenius, director de las minas de carbon de piedra de Coronel y varios injenieros chilenos y estranjeros residentes en Chile.

Debido talvez a la poca duracion del periódico los trabajos fueron poco numerosos y de escaso interés. Todo se reduce a unos cuantos, pequeños artículos sobre jeolojía y las leyes que en esa época rejian la minería en Chile.

Los números publicados fueron seis, cada uno de cuatro pájinas en folio, impresos por la *Imprenta del Imparcial.*

REVISTA ILUSTRADA

El 15 de junio de 1865 se dió a luz en Santiago el primer número de este periódico quincenal y literario que terminó el 1.º de setiembre del mismo año.

Su publicacion fué motivada por el deseo de sus autores para contribuir al desarrollo y progresos de los estudios literarios y científicos.

Fueron sus fundadores redactores don Eduardo de la Barra, don Emilio Bello, don Cárlos Boizard y don Francisco Gandarillas.

Figuraron como colaboradores los señores Miguel Luis y Gregorio V. Amunátegui, Domingo y Justo Arteaga Alemparte, Andrés Bello, Diego Barros Arana, Joaquin y Guillermo Blest Gana, Manuel Blanco Cuartin, Miguel Cruchaga, Pedro Lucio Cuadra, Isidoro Errázuriz, Marcial Gonzalez, Benjamin Gaete, Vicente Grez, Hermójenes Irizarri, Sandalio Letelier, Pedro 2º Lira, Guillermo Matta, Pedro Moncayo, Adolfo Murillo, José Pardo, Vicente Reyes, Demetrio Rodriguez Peña, Joaquin Santa Cruz, José Antonio Soffia, Adolfo Valderrama, Crisólogo Varas, Benjamin Vicuña Mackenna y Manuel Villamil.

Cada número constaba de diez y seis pájinas a dos columnas, adornadas con retratos y vistas litografiadas de interés para los lectores y cuyo número alcanzó a veintiuno. Entre los retratos se contaron los de Abraham Lincoln, José Miguel Infante, Bartolomé Mitre, Pedro Félix Vicuña, Antonio Varas, Federico Errázuriz, jeneral San Martin, Manuel Antonio Matta, Joaquin Larrain Gandarillas y varios otros. Recibian ademas, los suscritores, cada mes, una pieza de música de compositores nacionales, o trozos selectos de las composiciones mas aplaudidas y recientes de maestros europeos. A los números que no iban acompañados de piezas musicales se les agregaban patrones de modas que fueran de utilidad a la parte femenina de los suscritores.

En la corta vida del periódico se publicaron sesenta y tres piezas diversas: cuarenta y tres en prosa y veinte en versos. Las crónica quincenales que se publicaban a fin de cada número las escribió don Francisco Gandarillas. La suscricion importaba tres pesos por trimestre.

El total de números dados a luz fué de seis, que forman un volúmen en 4º de 106 pájinas, impreso por la *Imprenta de la Sociedad.*

El 15 de setiembre del mismo año de 1865 se principió

a publicar una segunda série de la *Revista*, pero esta vez con el título *Revista literaria ilustrada.*

Solo se publicó un número en la misma forma de los anteriores, con la única diferencia que, en lugar de don Emilio Bello como redactor, figuró don Adolfo Murillo, y entre los colaboradores se contó a mas a don Moises Vargas.

Este número se dió a luz por la imprenta de la *Voz de Chile.*

REVISTA DE INSTRUCCION PRIMARIA.

El 17 de setiembre de 1866 se dió a luz este periódico mensual que termino el 1º de enero de 1867.

Fué fundado por la junta directiva de la Sociedad de Instruccion Primaria de Santiago, para que sirviera como de complemento a la educacion del pueblo, proporcionándoles aplicaciones útiles a su aprendizaje.

Para correr con su direccion y redaccion se nombró una comision compuesta de miembros de la misma Sociedad, en la que figuraron don Demetrio Lastarria, don Cárlos Boizard, y don José Antonio Soffia.

La Revista fué sucesor de otro periódico que con el título de Boletin de Instruccion Primaria habia comenzado a publicarse en el año anterior, y que se suspendió por causa de la guerra con España.

Cada número de unas veinte pájinas contiene variados artículos sobre instruccion primaria, método de enseñanza, maestros, division de estudios, réjimen interno de las escuelas, pedagojía, etc., las actas de las sesiones de la Sociedad y las distribuciones de premios a los alumnos de las escuelas sostenidas por aquella institucion.

Cinco fueron los números que se publicaron por la Imprenta Chilena de propiedad de don Miguel Herrera. Estos números forman un volúmen en 8º de 101 pájinas.

REVISTA COQUIMBANA

Se dió a luz el primer numero de este periódico semanal, *literario, científico, industrial y noticioso,* que se publicó en la Serena, el 1º de junio de 1867.

Aunque el periódico terminó en 1873, el carácter escencialmente literario solo lo conservó durante sus primeros dieziocho primeros números, que serán de los que nos ocuparemos.

La *Revista Coquimbana* fué el tercer periódico literario que se dió a luz en la Serena. Habian sido sus predecesores: el "*Eco literario del Norte*" publicado en 1857 y redactado por don Benjamin Vicuña Solar, don Simon Cordovéz, don Manuel Concha y don Enrique Blondel; y el "*Cosmopolita*" publicado en 1858 y redactado por don Luis Roman y don Manuel Concha.

Fué el redactor fundador y editor responsable de la *Revista* don Enrique Blondel, con la colaboracion de los señores Francisco Sains de la Peña, Sinforoso Ugarte, Enrique Goquel, Juan Estevan Guerra, Federico Prado y varios otros.

Cada número del periódico constaba de doce pájinas en 4º a dos columnas y en ellas se publicaban a mas de los trabajos literarios y científicos, una revista notisiosa de paises estranjeros y una cronica local. Quincenalmente se obsequiaba a los suscritores fotografías y litografías con reproduccion de música en miniatura, jeroglíficos y charadas. La suscricion importaba diez pesos por año, dos pesos ochenta centavos por trimestre, y un peso al mes.

Con motivo de haberse dejado de publicar la *Serena* diario que se publicaba en la misma localidad, el propietario de la Revista don Enrique Blondel, la transformó en periódico político de tres veces por semana y en un formato mucho mayor.

Como hemos dicho, dieziocho fueron los números ecencialmente literario de la Revista, y forman un volúmen en 4º de 216 pájinas, publicado por la Imprenta del *Colejio* de propiedad del mismo Blondel.

REVISTA MILITAR.

Principió este periódico semanal el 16 de setiembre de 1867 y concluyó el 6 de abril de 1868. Se dió a luz en Santiago.

Su publicacion tuvo por objeto fomentar el desarrollo

de la instruccion y educacion moral entre los individuos del ejército; poner al alcance de la jeneralidad los descubrimientos y adelantos hecho en Europa en el arte de la guerra; facilitar a los militares el conocimiento diario del movimiento habido en los departamentos de guerra y marina y dar a conocer las leyes y decretos concernientes a esos ramos. En una palabra queria ser el órgano del ejército.

Sensible fué que su duracion no correspondiera a sus propósitos, y mas sensible todavía que su ejemplo no haya tenido imitadores. En el dia un periódico de esta clase seria utilísimo; aun mas, lo creemos casi indispensable. Ojalá pronto veamos aparecer un periódico de esta especie y cuyo mantenimiento podria ser auxiliado por el Gobierno.

Fué el fundador, editor y redactor de la Revista don Ambrosio Letelier ayudado por varios entusiastas militares.

Los números que se alcanzaron a publicar fueron veintiuno impresos a tres columnas en folio por la *Imprenta Militar*.

REVISTA AMERICANA.

El 29 de agosto de 1866 apareció el primer número de este periódico semanal, de literatura y ciencias, que terminó el 8 de noviembre del mismo año. Se dió a luz en Santiago.

Su publicacion fué motivada por el deseo de propender al desarrollo y progresos de los estudios científicos y literario.

Fué su fundador principal redactor y director don Benjamin Gaete.

Entre los colaboradores del periódico figuraron los señores Adolfo Murillo, José Antonio Soffia, Eduardo de la Barra, Rosendo Carrasco, Guillermo Blest Gana, Cárlos Walker Martinez, y varios otros.

La suscricion importaba tres pesos por trimestre; y cada número, de diez y seis pájinas en 4º a dos columnas, era ilustrado con retratos de personas como don Andres Bello, doña Mercedes Marin del Solar, y otros. Semanalmente se publicaba una revista teatral y todas ellas fueron escritas por don Benjamin Gaete.

Los once números que se dieron a luz contienen treinta y ocho piezas diversas; dieziocho en prosa sobre biografia, historia y literatura; y veinte de poesías.

Todos estos números forman un volúmen en 4º de 176 pájinas publicado por la Imprenta de la *Union Americana* de propiedad de don Daniel Castro, y por la Imprenta Chilena.

REVISTA AGRÍCOLA.

Principió este periódico quincenal e ilustrado que se publicó en Santiago, el 15 de octubre de 1869, y terminó a lo que perece en el mismo mes del año siguiente.

Fué fundado para servir los intereses agrícolas de la república, estudiando los cultivos y medio de mejorarlos, los instrumentos agrícolas, y la química aplicada a la agricultura.

Su redactor en jefe, fundador y editor lo fué don Cárlos Cueto Guzman con la colaboracion de várias personas interesadas por los adelantos de lo que constituye una de las principales fuentes de riqueza del pais.

Este periódico que satisfizo una verdadera necesidad, contiene muchos trabajos sobre economia rural, vinicultura, apicultura alboricultura, maquinaria agricola, arquitectura rural etc., su número ascendió mas o menos a doscientos.

Los números publicados, segun nuestros datos, fueron veinticinco. Los veinticuatro primeros forman el primer tomo en 8º de 389 pájinas ilustradas con grabados de maquinaria agricola, planta etc. El primer número del segundo tomo se publicó el 15 de octubre de 1870; y todas fueron impresas por la *Imprenta Chilena* de propiedad de don Miguel Herrera.

REVISTA CIENTÍFICA LITERARIA

El 2 de setiembre de 1871 se dió a luz en la Serena el primer número de este periódico *científico industrial y literario*, que concluyó el 28 de octubre del mismo año.

Fué fundado por el profesor del Liceo de la Serena don Enrique Blondel, que fué su principal redactor y editor.

Entre los colaboradores figuran don Emilio Vieytes, don Juan E. Guerra y algunos otros jóvenes estudiantes y profesores del mismo liceo.

Cada número del periódico constaba de doce pájina en 4º a dos columnas, y su suscricion importaba ochenta centavos al mes, dos pesos por trimestre y diez pesos al año.

Los números publicados alcanzaron a ocho que forman un volúmen en 4º de 91 pájinas, en las cuales no figura un solo trabajo de mérito. Se dió a luz par la *Imprenta del Colejio* de propiedad de Blondel.

REVISTA DE SANTIAGO.

El 1º de mayo de 1872 apareció el primer número de este periódico quinsenal de *literatura, artes y ciencias*, que terminó el 15 de octubre de 1873.

A la fecha de la publicacion de la Revista, existian en Santiago dos periódicos literarios, la *Revista Católica* y la *Estrella de Chile*, ambos consagrados, aparte de la literatura, a la propaganda y disfusion de las ideas sustentadas por los bandos conservador y clerical.

Los fundadores de la Revista al darla a luz se propusieron servir a los intereses liberales, proporcionando a sus hombres un órgano que fuera el porta voz de sus ideas y aspiraciones; esforzándose al mismo tiempo por cimentar el desarrollo de los estudios científicos y literarios.

Fueron sus fundadores y directores don Fanor Velasco y don Augusto Orrego Luco.

Figuraron como colaboradores los señores Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Eduardo de la Barra, Gaspar Toro, Abraham König, Guillermo Matta, Domingo Arteaga Alemparte, Demetrio Lastarria, Francisco Solano Asta-Buruaga, Ruperto Murillo, Pedro Lira, Eujenio Maria Hóstos, Vicente Grez, Adolfo Valderrama, Augusto Ferran, José I. Vergara, Augusto Matte, Benjamin Lavín Matta, Benjamin Vicuña Mackenna, Federico Leybold, G. René Moreno, Daniel Barros Grez, Arturo Toro Herrera, Víctor Torres Arce, Enrique Wood Arellano, Joaquin Larrain Zañartu, Pablo Garriga, Francisco Miralles, Joaquin Bles Gana, Valentin Murillo, Manuel A. Matta, Rodulfo A. Philippi, Sandalio Letelier, Fernando Santa Maria, la señorita Martina Barros Borgoño y la señora Rosario Orrego de Uribe. Ademas figuran como corresponsales estranjeros don Ricardo Palma en Lima, don Jorje Isaacs en Bogotá, don Eduardo Wilde en Buenos Aires y don Luis Guimaraens Junior en Rio Janeiro.

Cada número, de cuarenta a ciento y tantas pájinas de

buen material publicaba una *Revista de la quincena*, escritas todas por don Fanor Velasco.

En la imposibilidad de enumerar todos los variados e interesantísimos trabajos publicados en la Revista, y de apreciar su mérito e indicar sus autores, diremos que entre estos descollaron los señores Amunátegui y Barros Arana por sus numerosos trabajos de investigacion histórica llenos de datos por demas importantes. Nos parece debemos hacer mencion especial de la traduccion y juicio crítico de la obra de Stuart Mill titulada "La esclavitud de la Mujer," trabajo de la señorita Martina Barros Borgoño que se encuentra publicado en el tercer tomo del periódico.

A pesar de lo dicho anteriormente indicaremos los trabajos de mayor estension, que fueron tres: uno de don Eujenio María Hostos sobre el poeta cubano *Plácido*; otro de don Miguel Luis Amunátegui sobre el literato español *don José Joaquin de Mora*, que figuró en Chile; y el tercero de don Federico Leybold títulado: *Una escursion a las Pampas Arjentinas* que contiene datos bastantes interesantes.

La Revista dejó de publicarse por haber pasado sus directores a ocuparse de otros trabajos que no les dejaban tiempo disponible que dedicarle.

El primer tomo del periódico, que comprende los meses de marzo a diciembre de 1872 contiene diez y seis números que forman un volúmen en 4º mayor de 1034 pájinas y VI de índice. Los artículos insertos alcanzan a 94: 69 en prosa sobre historia, literatura biografia y ciencias, y 25 composiciones poéticas.

El segundo, comprende los meses de enero a junio de 1873, contiene doce números que forman un volúmen de 940 pájinas y VI de índice. Los trabajos publicados en este tomo suben a 53; 40 en prosa, y 19 en verso.

El tercero y último sacó ocho números, y forma un volúmen de 742 pájinas, y contienen 59 piezas: 37 en prosa y 22 en verso. Los dos primeros números fueron reimpresos.

Todos tienen índice, menos el último y fueron publicados por la *Imprenta de El Ferrocarril*, y por la *Imprenta Nacional*, rejentada por don José Santos Valenzuela.

(Concluirá)

RÓMULO AHUMADA M.

ULTIMOS MOMENTOS

DE

DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

No pretendo hacer un estudio científico sobre la última enfermedad del señor Vicuña Mackenna.

Sería inoficioso, y expuesto á provocar polémicas que, desgraciadamente, no conducirían á resultado práctico alguno. Voy á satisfacer, como testigo íntimo de una triste escena, la anhelante curiosidad que aun vive pendiente de aquel grande hombre, y que quiere saber, detalle por detalle, cómo fueron sus últimos instantes. ¡Interesa tanto á todo chileno lo que con él se relaciona! Y ¿cómo no desear conocer hasta en sus postreras peripecias la batalla que libró la materia para apagar aquella actividad sin ejemplo, aquella imaginación sin segunda?

Por lo demás, es harto triste mi papel. No vengo á ser el cronista de las glorias de ese hombre, sino el cronista de su última hora, es decir de la debilidad y de la mudez que engendró en él la cercanía de la muerte. Fuí su compañero en el momento en que su poderosa inteligencia y su corazón nobilísimo se desplomaban para no levantarse jamás, roto ya el vaso de arcilla que había albergado á ambos en la peregrinación de la vida.

No vi levantarse esa columna grande, sino que la vi caer, y todo lo que es ruina, impresiona tristísimamente al corazón.

Fuí también, además de testigo, el médico de su hora

postrera y, por consiguiente, había de ser más tarde el blanco de los clamores de la nación entera que pregunta: "¿Porqué no lo salvaron?"

¡Ay! no es á mí, que en ese instante de lucha suprema no era ni el menos acongojado ni el menos deseoso de prolongar aquellos días inapreciables, á quién debe dirigirse esa pregunta. Todos los extremos que inspiran amor á un grande hombre y la veneración á una gloria inmensa, los toqué en la medida de mis fuerzas ese día de profundas angustias para mi corazón y de recuerdo indeleble para mi memoria. Todos los que éramos actores de aquel sombrío drama de dolor y de muerte sentíamos que la vida se nos iba junto con aquella vida que mirábamos extinguirse sin remedio.

La enfermedad del señor Vicuña Mackenna nos era conocida hasta en sus menores detalles desde dos años á esta parte; preveíamos su desenlace funesto, aunque nó tan prematuro, y nuestra impotencia para contener los estragos del mal nos afligía el alma, y nos inspiraba desencanto de una ciencia que amamos y cuyos vaticinios eran tanto más desconsoladores cuanto con mayor avidez la consultábamos, para contener el desmoronamiento de esa columna de la patria.

Hoy es memoria y recuerdo lo que ayer era presente y realidad, y porque mañana el país habrá de querer formar un solo cuadro desde el principio hasta el fin de esa vida de labor y de grandezas, yo, que la vi desvanecerse, quiero contar descarnada pero fielmente todo lo que se relaciona con ese término fatal.

Llegué á Colmo á las dos y media de la tarde del sábado 23 de enero, y encontré al señor Vicuña Mackenna de mejor color, con el rostro un poco más lleno, al parecer, y sin el tinte ceniciento que le había notado en mi viaje anterior. Estaba en el salón recostado en un sofá, y sólo se quejaba de falta de fuerzas en las piernas, que se negaban á sostenerlo. Cumpliendo con mi deber y con el objeto de mi viaje, procedí á reconocerlo profesionalmente y repetí el examen en la noche. Sentía mucha sed (*polidipsia*) y había un aumento en la secreción urinaria (*poliuria*), pero no manifestó sentir dolor de ninguna naturaleza. En los repetidas análisis que hice de la orina, análisis prescritos

por la medicina más elemental en esta clase de enfermedades, encontré una gran cantidad de albúmina y sólo un ligero indicio de azúcar.

Desde ese instante, para mí, el pronóstico fué de lo más grave, é insinué á la familia la conveniencia de trasladar al enfermo, lo más pronto posible, á la capital.

En el corazón se notaba un desdoblamiento de los ruidos en la punta, y se producía un sonido semejante al galope lejano de un caballo.

La noche de ese día fué relativamente buena, aunque en las primeras horas estuvo un tanto nervioso. El domingo, cuando lo fuí á saludar á la cama, lo noté más contento y animado.

Después de haber recibido una ablución fría, hizo algunos ejercicios de gimnástica de sala para favorecer la reacción de la cutis. Pasó en seguida al salón de recibo de la hacienda.

Se quejaba de mucha flojedad en las piernas y su andar era vacilante. Al dirigirse al comedor, á eso de las diez y media, se tomó del brazo de uno de sus amigos á quien le dijo: "Apoye á este anciano: tal vez no lo volverá á hacer otra vez." ¿Era éste el presentimiento del desenlace fatal que se acercaba invisible á pasos agigantados?

Almorzó bastante bien. Después, y durante el día, durmió á cortos intervalos, y en la tarde salimos á dar una vuelta por los alrededores de las casas, en compañía de su señora esposa y de don Nemecio, su hermano. En este su último paseo me cupo el alto honor de servirle de apoyo.

Esa noche se recogió temprano á su cama y su sueño fué uno de los mejores de que había disfrutado desde tiempo atrás.

El lunes 25—día de su muerte—amaneció tanto ó más animado que los otros días, y en la mañana los ejercicios fueron más libres: las piernas lo sostenían con mayor firmeza.

Acompañélo al comedor, y, mientras se apoyaba en mi brazo, me decía:—"Ayude á su viejo, doctor: ¡quién sabe si lo hará por la última vez!" Y eran proféticas esas palabras del grande hombre.

Almorzó bien, y después pasó al salón. En él estuvimos entretenidísimos oyéndole contar—á él que era uno de los

mejores conversadores de Chile—algunas alegres historietas de su juventud. Más de una vez se rió alegremente, como en sus mejores días, recordando sus travesuras de niño.

A la tres pasó á la Biblioteca, pequeña pieza cuyas paredes estaban adornadas con los retratos de los hombres más célebres de la Francia contemporánea, y allí se recostó en un sofá. Una hora después, como nos preparáramos para salir á caballo: "Con mucho gusto los acompañaría: me siento con fuerzas" exclamó; y al despedirse, me dijo: Diviértase bastante y no se maltrate mucho, porque mañana nos iremos."

Efectivamente, esa mañana se había dirigido á Santiago una parte de la familia, y al día siguiente, debíamos seguirla nosotros.

No haría media hora que andábamos á caballo cuando nos alcanzó un mozo para decirnos que el señor Vicuña Mackenna estaba muy malo.

¿Qué había sucedido?

Después de nuestra salida, se quejó de mucho sueño, sueño invencible que lo dominaba. Se quedó dormido y su esposa que velaba por él, fué á verlo á los diez minutos y trató de despertarlo. Le habló y sólo pudo obtener simples movimientos y sonidos guturales que se le escapaban trabajosamente de la garganta.

¡Qué cuadro el que se ofreció á mi vista cuando llegué á las casas! Salió á recibirnos la digna compañera del señor Vicuña, pálida, desmelenada, con los brazos abiertos y los ojos anegados en lágrimas.

Ya ella veía que las tinieblas de una noche eterna, de una soledad inmensa, comenzaban á rodearla!

En la misma pieza de la Biblioteca, tendido sobre unas pieles, con la cabeza insensible apoyada en las faldas de su hermosa hija Blanca yacía inerte y moribundo aquél grande hombre americano, ornamento de nuestra patria, orgullo de nuestras letras.....Ahí veía yo apagarse momento por momento la luz de una de las más altas inteligencias.

Tenté todos los recursos recomendados para tales casos: sinapismos, lavativas diversas, cognac con café, sales amoniacales, flagelación, fricciones estimulantes: pero todo en

vano. Desesperado de no poder volverlo al conocimiento, recurrí á un medio enérgico: le apliqué el *Martillo de Mayor*. Al sentir en su pecho el agua hirviente, exclamó "*Qué dolor.*" Esas fueron sus últimas palabras: la lucha terminaba, y la materia era lo único que iba á quedar en vez de aquella gran potencia intelectual.

A eso de la 7 ½, viendo que todos mis esfuerzos eran inútiles, creí del caso hacer llamar á un sacerdote. El señor cura de Limache, don Plácido Labarca, á la sazón en Concón, no pudo llegar á tiempo.

Se acomodó una cama en el salón y allí se trasladó al señor Vicuña. A eso de las 9.10 conociendo que iba á llegar el desenlace, hice sacar de la pieza á sus hijos, presas todos de amargo llanto y horrible desesperación.

A las 9 ¼ entregaba don Benjamín Vicuña Mackenna su alma al Creador, después de haber exhalado un profundo y prolongado suspiro.

—Así cortó la muerte el hilo de esos días tan queridos para todos, tan preciados para la Patria. Así, á la edad de cincuenta y cinco años, cuando no había vivido todavía la vida de un hombre, se hundió en el sueño que no tiene despertar uno de los mejores amigos de la humanidad. Es el caso de decir con el poeta: "¡Moriste, oh sol, en la mitad del día!"

En otro teatro más vasto, en Alemania, en España, en Francia, el señor Vicuña Mackenna habría sido una de las mas altas figuras universales, Víctor Hugo, Castelar..... Aquí faltaba ancho campo de acción á ese cerebro poderoso; faltaba un escenario digno de su talento á un hombre, que en una sociedad europea, habría sido actor principal en las luchas políticas, certámenes literarios, etc, etc.: tropezaba aquí con las miserias de nuestra pequeñez donde quiera que tornara los profundos ojos de su espíritu.

El pueblo lo adoraba porque lo comprendía, era, de nuestros grandes hombres, el que más se había acercado al pueblo: noble, era un verdadero demócrata, vivía con el oído puesto en el corazón del pueblo oyendo sus palpitaciones, para hacerse eco en la prensa, en el parlamento, en todas partes en fin, de los sufrimientos y de las aspiraciones de los desheredados de la fortuna. Por eso, un día, los que tanto le amaban porque lo conocían de cerca, qui-

sieron llevarlo al solio supremo y hacerlo árbitro de sus destinos.

De hoy más este nombre pertenece á la América y á la historia. Las grandes figuras, como don Benjamín Vicuña Mackenna, no pueden ser apreciadas de cerca: sucede con ellas como con las montañas: es necesario admirarlas y medirlas desde lejos.

Nuestro principal propósito al escribir estas líneas ha sido el suministrar datos á los que han de venir después de nosotros, y que han de hacer la apoteosis de quien tanto la merece. Sirvan estas páginas para completar en algo la biografía que alguna vez ha de escribirse del americano de imaginación más rica y de corazón más tierno y más amante de la humanidad.

EDUARDO LIRA E.

LIA

(LEYENDA BÍBLICA)

Léjos, mui léjos, se divisan los montes de Bether y las colinas en que brotan las vides y nacen las fuentes y los arroyos.

Y mas allá se estiende el desierto de Zin, tierra de ardientes arenas, en donde habitan los lobos y se arrastran las serpientes.

Pero Jehová habia dado a su pueblo el hermoso valle cubierto de olivos, higuerales y canelos, en donde se cosecha el aceite y la miel, y perfuman el aire el lirio, el nardo y el cinamono.

Tranquila y apacible se deslizaba la vida para los habitantes de la tríbu.

En la mañana, ántes que el sol dorara los montes, los pastores se dirijian con sus rebaños a los collados vecinos.

Y mui luego se veia a las alegres doncellas con sus pañizuelos de vistosos colores ocupadas en los menesteres de la casa, miéntras los ancianos sentados en escaños de madera, y en las puertas de su viviendas se informaban del estado de las cosechas o daban provechosas advertencias a los mozos.

***

Conocidos eran en la tríbu los amores de Saul, el hijo de Ismael, con Lia, la vírjen de cabellos mas negros que la noche, de labios mas rojos que la flor del granado y cuya frente rivalizaba con los albos vellones de sus ovejas.

El anciano Eleazar habia dado su consentimiento y el enlace tendria lugar despues de la siega, cuando las juguetonas golondrinas emigran en bandadas mas allá de los montes de Galaad.

Saul, miéntras llegaba la época fijada, construia una cabaña con vigas de cedro y cipres y a su alrededor habia plantado cañas olorosas y los lirios del valle que tanto gustaban a Lia.

Y ésta habia aplicado sus manos al huso y tejía el blanco lino para hacer un cinto a su amado.

Y en la tarde, a la hora del crepúsculo, Lia iba con su cántaro a la cisterna y regresaba junto con Saul, bajo los oscuros olivos, cuando las sombras principian a invadir el valle, y cuando se siente a lo léjos el balido de los rebaños que vuelven de las verdes colinas.

***

Se supo en la tríbu que mas allá de los montes de Bether y mas allá del desierto de Zin, de donde viene el aquilon, habian llegado naves de Tharsis.

Y los ancianos enviaron la cria de las ovejas y los frutos del campo para cambiarlos por objetos que vienen del cabo de la tierra.

Saul partió, abandonando su hogar, con los mozos de la tríbu y así como brota el agua de la fuente, raudales de lágrimas manaron de los ojos de Lia cuando supo el viaje de su mui amado.

Pero éste obedecia los mandatos de su padre y se alejó de la tríbu en la época en que la cigüeña no canta, cuando no hai flores en el campo y cuando se siente el rujido del leon en el monte y el graznido del cuervo en los cipreses.

Triste, mui triste, fué la despedida de Saul, muchas promesas se cambiaron, el padre de Lia le dió sabios consejos, y recibió de ésta el cinto de blanco lino que habia tejido y en el momento de partir la bendicion de su padre, el anciano Ismael.

***

Desde la partida de los mozos de la tríbu no se volvie-

ro a escuchar los cantos de Lia, pues dicen que es mui triste el arruyo de la tórtola cuando ha perdido a su compañero.

Y cuando pasaba cerca de la cabaña que habia construido Saul y veia los blancos lirios, los retoños de las cañas y las juguetonas golondrinas que anidaban en los aleros y que habian regresado con la nueva estacion, en medio de sollozos murmuraba:

—Han brotado las vides en las colinas, los higuerales se han cubierto de nuevo follaje, todo renace.... pero mi amado no viene!

Asi como un sol ardiente marchita las yerbas del campo y las flores de la pradera un dolor intenso estingue las fuentes de la vida.

Ya Lia no escuchaba con el mismo recojimiento las santas narraciones de su padre y ya no se volvió a verla, al caer la tarde, entrenida con los juegos de sus alegres compañeras.

Oculto es el oríjen de la vida y nadie sabe porque termina.

Y Lia repartió entre las doncellas los brazaletes y los zarcillos que le habia dado su madre y dicen que asi como se pierde en el aire el aroma de las rosas, el alma de Lia se separó de su cuerpo y pasando los espacios se fué, allá, adonde los ánjeles baten sus blancas alas al rededor del trono de Jehová.....

***

Volvieron a resonar los alegres cantos bajo los frondosos nogales; los pastores se iban al amanecer con sus rebaños a los verdes collados y los lobos no bajaban como en el tiempo del frio y de la lluvia.

Regresaron tambien los mozos de la tríbu que se habian enviado a negociar con las naves que vienen de Tharsis, y entónces junto a la cisterna del agua, se oyó una voz que triste murmuraba:

—Es mas blanca que la nieve que en el invierno cubre los montes.

Sus mejillas rivalizan con las rosas de Zaron.

Su voz es mas suave que el arruyo de las palomas de las viñas de Engadí.

Y ya que lo sabeis, amigas, decidme ¿dónde está mi mui amada?

Y el viento de la tarde traia en sus ondas los perfumes del nardo y del aloe confundidos con los de las flores de la pradera.

Las sombras con negros ropajes envolvian los montes de Bether.

Y siempre la misma voz repetia junto a la cisterna:

Abandoné mi hogar y me separé de la mujer que amaba por mandato de mi padre, y cuando regreso mi padre ha muerto—pero, doncellas; por piedad! decidme ¿dónde está Lia?

En mis viajes por paises estraños he comprado collares y zarcillos, pero ella no responde a mi acento.

Hilo de grana para bordar su túnica y gazas y cordoncillos tengo para mi amada; pero Lia nò acude a mi llamado.

En este sitio y bajo los higuerales de su casa mil veces sus labios me dijeron:

—"Prométeme volver antes que florezcan los granados del huerto de mi padre."

Decidle, doncellas, que mas allá de la cabañas de Cedar su mui amado estuvo en peligro.

Decidle, tambien, que me ha sido imposible regresar ántes a la tríbu—que no he olvidado mis juramentos; pero, luego.....corred y llevadle la noticia!

Y las doncellas interumpian sus alegres cantos al llegar a la cisterna.

Talvez pensaba en la pobre Lia, cuyos restos descansan al pié de los oscuros olivos; o en el sentimiento de Saul que repetia canciones tan tristes y cuyo espíritu estaba trastornado desde la muerte de su mui amada—

A. L. B.

Santiago, febrero de 1885.

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía;
Y el arte prostituído blasfemaba,
Y en el estruendo de perpetua orgía
La miserable humanidad rodaba....
Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos
Sintiendo al Dios que el Universo encierra,
Alzó la frente al cielo!
¡Y cayó de rodillas en la tierra!

¡Así la humanidad fué redimida,
Así el Cristo en la cruz cambió su suerte;
Así desde el espanto de la muerte
Á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
Sólo la Cruz alcanza:
¡Ella es la tabla en que salvó el abismo
Desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila
El ideal del arte se transforma;
La estirpe humana misma
Girando en el perpetuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios cambia de forma.

La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte,
¡Y enciende el pensamiento soberano,
Que en la frente del hombre reverbera
Como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,
Qué ha sido del poder y de la gloria
Con que la España deslumbró la historia
Al pisar en la América ignorada?
¡Lo que fué de la estela
Que en las olas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela
Que güió de Colón la fe cristiana!
¡Sólo quedó la cruz del Misionero
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
Lo ve la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma en su esperanza tierna:
Todo pasa en el mundo,
Todo cambia en los ámbitos del orbe:
¡La Cruz sólo es eterna!

- -

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
¡Yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
¡Yo levanto la Cruz.... yo muero en ella!....
Yo soy su misionero,
Yo soy su combatiente solitario;
¡Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
De la familia humana,
¡El hogar de la paz y la alegría
Se cierra para siempre al alma mía,
Que ata el lazo bendito
Que el padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente;
Y en el lecho doliente
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
¡Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida
Y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate
Con la sandalia de mi pie llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla
Que ocultan á los cielos tus despojos,
¡Te hago besar la Cruz en la batalla
Y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
¡Soy soldado de Cristo sobre el mundo!..
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la Cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina:
¡La Cruz, más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;
La Cruz, donde repite el niño tierno
La oración de la madre y de la esposa;
¡La Cruz, que en el regazo
De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra,
Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron
Y á la espantada Europa sorprendieron
Y entre sus propias ruinas la abismaron,
El *Fraile* moribundo
Hasta en las Catacumbas perseguido,

Salvó en las Catacumbas escondido
El progreso del mundo:
¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
Qué fué tu patria entera
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi Cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano
Que recibe del bárbaro la flecha,
Y abre en sus hordas la primera brecha
Al pensamiento humano!
Y sobre el rastro de la sangre mía
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
En la vida de glorias rodeada
Cuando la muerte mi pupila cierra?..
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?
¡El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohada,
Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!
Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, sólo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbría...
El gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
Por la gloria del hombre eternamente...
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡Escúpeme en la frente!

RICARDO GUTIÉRREZ.

LA BIBLIOTECA DEL GENERAL MITRE

Es un vasto salon de treinta varas de largo por ocho de ancho, circundadas las paredes por una estantería corrida, alta casi hasta el techo. En el testero interno del salon opuesto á la puerta de entrada se lee:

BIBLIOTECA AMERICANA

HISTÓRICO-GEOGRÁFICO-ETNOLOGICA,

y en la cornisa de la estantería se ven determinadas las secciones que la biblioteca comprende, desde el estremo del Norte de la América Septentrional hasta el último país vecino al Estrecho de Magallanes, Canadá, Estados Unidos, Méjico, Centro-América, Colombia, Venenzuela, Ecuador, las Guayanas, Perú y Bolivia, Brasil y Paraguay, las repúblicas bi-ribereñas del Plata y Chile. Otra seccion encierra cuanto sobre bibliografia americana se ha escrito; otra especial abraza todo el periodismo del Rio de la Plata hasta 1850; otra reune la mas completa coleccion de obras sobre idiomas indígenas de la América; la historia argentina tiene su seccion aparte; la etnologia y la arqueologia tienen tambien su estante especial, y por último hay otro destinado esclusivamente á las cartas geográficas, desde las primitivas que se trazaron sobre los primeros descubrimientos de Colon y de Vespucio hasta las mas recientes que se han editado; mapas generales del mundo entero y de los dos continentes ligados por el istmo de Panamá, cartas de cada uno de los paises que el continente comprende, planos regionales de provincias y departamentos, otros que demarcan el curso de un rio, otros que dise-

ñan la direccion y ramificaciones de cordilleras y serranias; unos originales del geógrafo que los trazó, otro de ediciones antiquísimas ya agotadas; en una palabra, dos mil mapas trazados en tres siglos en que se ven los errores de los primeros espedicionarios y las modificaciones que poco á poco fué introduciendo la ciencia, hasta fijar definitivamente los perfiles de nuestro continente.

Y además de los libros, de los periódicos y de los mapas, hay todavía colecciones de tésis, de documentos oficiales, de actas de sesiones, de memorias ministeriales, de folletos sobre cuestiones internacionales; mazos de interesantes papeles inéditos, cartas, panfletos políticos, almanaques desde el primero que se editó en Buenos Aires; todo, en fin, cuanto puede encerrar un dato que contribuya á enriquecer la historia de estos paises.

Que larga é interesante relacion seria la de narrar el cómo han llegado á sus manos y de donde ha logrado desenterrar el general Mitre tanto librajo viejo, tanto papel desconocido, tanto documento trasmitido de mano en mano sin que nadie cayese en la cuenta de su valor histórico! Papeles que como el vino han sido abonados por los años, cobrando mayor valor á medida que el tiempo los ha ido amarillando, entreborrada ya la tinta, pero mostrando en esa misma vejez la virtud de autenticidad que es la que les da valor; ejemplares únicos de libros cuya edicion se ha agotado por completo, perdida en parte por la ignorancia y la indiferencia de los que la poseyeron, comida la otra parte por los ratones y roida por la polilla en su paciente labor de destruccion; diarios antiquísimos puestos de nuevo en circulacion por algun almacenero que los compró al peso como papel viejo de que el poseedor se deshizo como mercancia inútil, todo está reunido y ordenado allí en su estante respectivo ó en su archivo especial, pronto para ser consultado en el momento en que se le necesite.

Y no es aquello una vana ostentacion de libros adquiridos con el solo objeto de formar número por uno de esos maniacos afectados de la neurosis coleccionista, sino que todos ellos han sido hojeados, estudiados, comentados, como se echa de ver con solo tomar cualquiera de los quince mil volúmenes allí reunidos, pues no hay uno solo de

ellos que no tenga anotados los márgenes con observaciones, concordancias, contradicciones resaltantes de uno y otro autor, reminiscencias y críticas, de manera que puede decirse que hay una biblioteca dentro de otra, todo un estudio de la bibliografía americana que formaría por sí solo una obra voluminosa, una especie de enciclopedia de cuanto pueda interesar á la historia de América.

¡Qué suma de labor inmensa representan esas solas anotaciones, cuántas horas de lectura, cuántos esfuerzos de memoria, cuánta penetracion de juicio para comentariar miles de libros de diversa índole y de autores contradictorios!

Conoce el general Mitre todos sus libros uno por uno, recuerda fijamente el sitio preciso que cada uno ocupa en la vasta estanteria, los abre por la página en que está el pasaje que quiere mostrar ó consultar, sabe el tamaño de cada obra, la ciudad en que fué editada, la fecha de su publicacion, el valor que tiene en el comercio de libros raros, todas las particularidades que le atañen, enumerándolas como datos insignificantes, sin hacer ostentacion del caudal de erudicion y de memoria que todo aquello representa.

Toda la coleccion de libros, papeles y mapas está catalogada minuciosamente, no en una simple enumeracion del título de la obra, nombre del autor, tamaño de la edicion y año de la impresion, sino acompañados todos esos datos de un estudio del libro, resúmen de su contenido, rasgos biográficos del autor, comentarios y observaciones que constituyen la obra mas completa y acabada que nunca se haya hecho sobre la bibliografía americana; una obra monumental que por sí sola bastaria para cimentar una reputacion de erudito si no tuviera el general Mitre tantos otros títulos para ser considerado como tal.

La suya es una de las existencias mas laboriosas que puedan presentarse como ejemplo, y para comprenderlo así no es necesario entrar en la intimidad de su vida: basta ver lo que ha hecho y lo que hace, pues no se limita su tarea á esa investigacion retrospectiva de los datos que se refieren á la historia y la geografía americanas, sino que al mismo tiempo sigue el movimiento científico y literario moderno, lee todas las revistas europeas, estudia todas las

obras recientes, conoce los experimentos electricistas de Edison y los ensayos de inoculacion de Pasteur; escribe hoy una página de historia y mañana una circunstanciada descripcion de las constelaciones de nuestro hemisferio; ayer un capítulo de una obra, y hoy un artículo sobre política internacional, al dia siguiente una minuciosa noticia bibliográfica de las obras últimamente aparecidas, y todavía en medio de todo este trabajo encuentra tiempo para intervenir en las cuestiones de actualidad, de las que cien veces ha querido alejarse por completo y otras tantas ha sido arrastrado á ellas por los deberes que su propia talla le impone en la gestion de la cosa pública de su país.

Y al verlo allí, en medio de aquellos quince mil volúmenes alineados en la extensa estantería, dando noticia de cada uno de ellos, me parecia que los veía reproducidos dentro de las paredes de su cráneo, representado cada libro en una molécula mnemónica en que estaria condensado todo el contenido de la obra á que correspondia, ordenadas todas las moléculas en la misma disposicion que ocupan los volúmenes en la biblioteca, pues solo así, por una ficcion material, podia darme cuenta de que pudiese almacenar en cabeza tanto nombre, tanta fecha, tanto recuerdo, tanto detalle como los que iba enumerando en la conversacion, abrazando en ella miles de leguas de estension, siglos y siglos de tiempo en la historia de la humanidad.

Hay en la coleccion verdaderas curiosidades bibliográficas y cartográficas: el primer libro que se editó en América, la primera obra que se imprimió con tipos fundidos en una mision de jesuitas por los indios reducidos, tipos groceros y contrahechos, pero que imprimian en caractéres legibles el catecismo cristiano vertido en lengua indígena; un volúmen de documentos emanados del Gobierno central traducidos al guaraní; un mapa á pluma, firmado de puño y letra de don Félix Azara; libros impresos con caractéres góticos, negros y apretados, que marean la vis- , volúmenes que han sido prolijamente lavados hoja por hoja en Europa para hacer legible la impresion, y cien otras rarezas cuya enumeracion exige un tiempo y un espacio que me faltan.

Cada una de aquellas obras, de aquellos mapas, de

aquellos papeles, tiene un valor intrínseco en el comercio corriente de libros; unos valen 20, otros 50, otros 200 duros, segun su importancia y escasez. Hay otros que no tienen precio porque son ejemplares únicos y valen lo mismo cien que mil. Avaluada tomo por tomo y mapa por mapa, la coleccion del general Mitre vale, pues, una suma considerable de muchos miles de pesos, pero tomada en conjunto, ese valor se decuplica, porque representa un capital bibliográfico único, cuya adquisicion no está al alcance del dinero, pues si bien muchos de los libros han sido comprados, otros, los de mayor estimacion, le han llegado donados por la amistad, conquistado por su prestigio, desenterrados por él de donde nadie sabia que se encontraban, adquiridos mediante influencias que solo hombres de su valer pueden poner en juego; y así, poco á poco, en el trascurso de muchos años, ha ido reuniendo todos los elementos que constituyen la biblioteca americana de historia, geografía y etnología mas nutrida que se conoce.

Y todavía no está completa. Segun el general Mitre, falta mucho aun para reunir todo lo que es indispensable á la historia política del continente, y continúa acaparando cuanto le cae á la mano, con una avidez de avariento, movido no solo por el interes personal de enriquecer su caudal de erudicion, sino tambien, por otra ambicion mas levantada y trascendental: la de legar todo lo que él ha reunido, anotado y catalogado á su patria, para que sirva de plantel á la mas vasta biblioteca americana que pais alguno posea.

Algo mas, mucho mas que un plantel es lo que encierra la estensa estanteria de su biblioteca, y puede asegurarse que no hay en el mundo una coleccion bibliográfica y cartográfica tan completa sobre historia americana, de manera que la tarea que falta por hacer es simplemente la de complementar lo coleccionado con alguno que otro libro que haya escapado á sus pesquisas por conseguirlo. Solo sobre cuestiones de lingüística indígena figuran en la biblioteca trescientas obras. Por este dato ya puede calcularse la riqueza de esa sola seccion.

Un único rasgo característico de coleccionista falta al general Mitre. Es empeñoso para buscar, no repara en la cantidad cuando le proponen la adquisicion de una obra

importante y rara, pone en juego todos sus recursos de amistad y de influencia para conseguir un papel que le interesa, pero no es egoista. Ese es el rasgo típico de que carece. Los libros están á disposicion de todo el que solicita consultarlos, y encuentra verdadero placer en proporcionar un dato, en explicar una duda, en aclarar un error, poniendo en comparticipacion de su caudal á los que de él necesitan, congratulándose de poder ser útil á los que se aplican á esa fatigosa remocion del pasado para explicar ciertos fenómenos del presente, que tienen su lógica en el orígen de que emanan.

La América entera tiene contraida una deuda de gratitud hácia el americano que mas se ha preocupado de compilar los datos que han de servir para escribir su historia, y cuando el tiempo haya dulcificado con sus infalibles lenitivos las esperanzas de las pasiones del momento, no habrá un solo argentino que no se incline con respeto ante uno de los ciudadanos que mas han contribuido á la cultura de este pais, prestigiándolo ante el extranjero con el brillo de un nombre cuya popularidad ha salvado las fronteras llevado por la fama de su erudicion, una de las mas vastas y nutridas de los hombres de su tiempo en todo el continente.

Es bueno, es patrióticamente americano recordar todo esto con criterio imparcial, desvinculado de toda pasion, en los momentos en que los ardores del partidario hacen olvidar á los combatientes las consideraciones y respetos que merecen las personalidades que como la del general Mitre son un timbre de gloria para la Nacion que se enriquecerá con su renombre, pues que el tesoro histórico de un país lo constituyen las proezas de sus héroes y el talento y la erudicion de sus hombres de letras.

SANSON CARRASCO. (1)

---

(1) *Bajo este seudónimo da á luz sus producciones el escritor uruguayo, señor Daniel Muñoz.*

LOS NOVIOS DE MI PRIMA

Mui alegre llegó a su casa mi prima Leonor despues de la última reparticion de premios en ese tremendo encierro de la calle de Santa Rosa, a donde no volverá mas, pues su educacion está ya terminada. Asi lo ha declarado oficialmente la madre superiora, enviándola al seno de la familia con todos los signos de la obra concluida, incluso el embalaje y la etiqueta, en la cual brillan con fulgor deslumbrante siete primeros premios y la bella corona de rosas artificiales, signo infalible de estudiantil superioridad.

Bajo estos auspicios halagüeños para el amor propio, ítem mas un palmito agraciado y seductor, vivacidad y jentileza de espíritu, diezisiete años y algunos pesotes en la perspectiva dotal, como diria un orador parlamentario, inicia la prima su entrada en la vida de sociedad.

La mariposa abandona el capullo, conservando sobre sus alas el variado y pintoresco oropel de una educacion a la moda, es decir, frívola y superficial.

Mis tios, los padres de la chica, no caben en sí de gusto con el pimpollo y se miran y remiran en él, sintiéndose orgullosos de ver en la hija el dechado de todas las mundanas perfecciones.

¡Y cómo no habian de estar satisfechos! Leonor sabe bordar con maestría: testigos dos hermosos loros verdes y dos guirnaldas de flores en fondo de seda granate, que los amigos de la casa han visto y admirado en uno de los sofáes del salon.

Leonor es una calígrafa sin rival; allí están ese calendario y ese cuaderno de arabescos, que pueden competir con al mas paciente labor de prolijo monje benedictino.

Leonor toca el piano, si no como maestra, al ménos como aficionada de gusto y sentimiento. El repertorio de sus piezas favoritas comienza en el valse *Las estrellas de oro* y termina en las *sonatas* de Beethoven.

Leonor baila a la perfeccion; y aquí conviene declarar que este arte de adorno no le fué enseñado por las santas madres del colejio, sinó que lo ha adquirido en casa, durante los entreactos, quiero decir las vacaciones y dias de salida, los cuales han llegado a respetable número merced a cierta afeccion de dolores nerviosos que la niña habia domesticado hasta el punto de gobernarlos conforme cuadrara a sus deseos de ocio y de placer.

Leonor es ademas una niña de mucha lectura, casi una sábia para su edad. Tiene en la cabeza toda la biblioteca que las buenas monjas permiten leer a sus carísimas educandas. Nadie como ella saboreó con mas delicia el *Almacen de las Señoritas*, en donde viene aquel cuento de *Bella y la Fiera* que hace correr las lágrimas por las frescas y nacaradas mejillas de las jentiles colejialas; el de *Fatal y Afortunado*, que es por su enredo, desarrollo y desenlace una especie de padron de novelas de aventuras; los de *El príncipe narigudo*, *La Cenicienta*, *Barba Azul*, y tantos otros que todos mas o ménos hemos leido en nuestros infantiles años. *Virjinia* o *La huérfana de Moscow* es una de las obras que mas la impresionaron, llegando a eclipsar a *Fabiola* o *La Iglesia de las Catacumbas*, del cardenal Wisemann, en la cual; si bien es cierto que se habla de amores, es de los mui ideales entre San Sebastian y Fabiola, cosa que por ser tan escelsa no toca las cuerdas sensibles del corazon femenino encerrado en un colejio monacal. Aquellos sitios de Moscow y de la Rochela la conmovian hondamente con sus trozos episódicos saturados de drama y de trajedia. ¿Para qué hablar de *Las veladas de la quinta*, *El año cristiano*, *Bertoldo*, *Robinson Crusoe* y otros libros mas o ménos vulgares, cuando sobra con decir que Leonor, durante los seis años de reclusion, pasó y repasó toda la biblioteca? Sin que esto signifique, por cierto, que solo allí haya nutrido su espíritu ni alimentado su vivaz imajinativa, pues ladinamente se asiló en el contrabando la devoranr algunos volúmenes de Alfonso Daudet, la prosa y poesias de Gustavo Adolfo Becquer, no pocas novelas de

Dumas padre, Balzac, Ohnet, Cherbuliez, Jorje Sand, Octavio Feuillet y *El Fausto* de Gœthe, para lo cual entró a saco en la biblioteca de su hermano mayor; sin contar con que de manos de sus condiscípulas obtuvo algunos novelones de Perez Escrich, Fernandez y Gonzalez, la empalagosa Sinués de Marco y aquella buscada *Voz de la naturaleza* por García Malo, llena de dolorosas esclamaciones, y que apesar de ellas o tal vez por esa misma causa, no desdice en nada del segundo apellido de su autor.

Pero debo en honor de la verdad asentar que no obstante los cuatro últimos autores citados, el gusto de Leonor no sufrió mui recias sacudidas, pues gracias a los consejos de su hermano y a las lecciones de literatura del último año, ha logrado, por el contrario, refinarlo grandemente.

Nadie pondrá en duda, en consecuencia, que con tal cultivo, y tal figura, amen del lastre monetario, sea mi prima un buen partido, y que para el mozo que la atrape equivalga al premio gordo en esa lotería conyugal con mas trampas y *maulas* que la famosa de San José de Buenos Aires.

Por eso no es estraño que apénas llegada Leonor a la casa paterna, haya caido sobre ella una tupida nube de novios con mas prisa y afanes voraces que hambrienta langosta mendocina.

Como fuera tarea larga y engorrosa pasar revista a todos estos señores pretendientes, me limitaré a presentar los perfiles de aquellos mas *caracterizados* y que reunan ciertas probabilidades de éxito, para lo cual me bastará trascribir aquí el informe facultativo que en mi calidad de primo mui querido he pasado a mi señora tia en respuesta a su consulta sobre los méritos y cualidades de los candidatos a la mano de la hermosa chiquilla. Dicho informe es un documento dictado por el mas estricto espíritu de justicia y equidad, y al componerlo no me movió ningun jénero de estrecha pasion, ni otro interes que el de la felicidad de Leonor, a quien Dios guarde muchos años.

El documento dice asi:

"*Santiago, enero* 30 *de* 1886.

Señora doña Eulalia Picarte de Conti,

Presente.

Mi mui querida tia:

A su consulta de anoche sobre los jóvenes que voltejean al rededor de Leonor con ánimos y pretensiones de futuros maridos no quise darle una contestacion verbal, porque deseaba refleccionar para que fuera digna de la gravedad del punto consultado.

He meditado mucho, repasando en mi memoria todos los datos que se relacionan con los señores pretendientes. Fruto de estas meditaciones son los retratos que paso a hacerle de aquellos que por su edad, situacion y prendas personales están en riesgo de agradar a la prima hasta provocar un caso de matrimonio.

Comenzaré por el de mas edad, es decir por Arturo, a quien veo sitiar con muchos ímpetus el corazon de Leonor.

El jóven Arturo del Pino, edad 29 años, salud buena, figura regular, señas las de mas abajo, es un sujeto... mui sujeto, ni bueno ni malo, ni alegre ni triste, ni sábio ni ignorante, ni rico ni pobre, ni torpe ni talentudo. Como usted ve, no pasa de una mediocridad perfecta, que seria aceptable si no fuera por ciertos puntillos de aristocracia que lo hacen caer en ridículo, sosteniendo mui formalmente que desciende del duque de Alba y que en España seria duque del Infantado, marques del Pino y conde de Fuencarral, con cuyos títulos presume estar sobre el nivel de todos sus rivales.

Debe borrársele de la lista; porque si es verdad que su plácida mediocridad es buen síntoma de su temperamento marital, el ridículo que ha hecho caer sobre su persona anula aquellas buenas cualidades.

Tenemos eliminado uno, y debe usted verificar idéntica operacion en el ánimo de Leonor, manifestándole cuán desgraciado papel haria en el mundo al lado de semejante tipo. Esto le será a usted fácil poniendo en juego ciertos

recursos que ninguna madre hábil y diplomática deja de poseer a fondo.

Al noble señor del Pino sigue inmediatamente en edad el mui digno, pacífico y tranquilo José María Quiñones, recien llegado al goce de una mayor edad que solo le beneficia en el sentido político, pues sus padres viven y hasta piensan seguir haciendo esto mismo durante medio siglo mas, a juzgar por la robustez aldeana que los proteje de los ardides y emboscadas de la traidora muerte.

Sin ser un hombre de talento ni de carácter, el jóven Quiñones ha sabido abarcar de una mirada la ruta que le conviene seguir en esta lucha por la vida, en la que pocos aciertan a dar con la senda del éxito y en la que tantos, errando el camino, concluyen por perderse y naufragar. Consultadas sus aptitudes y sus conocimientos se confesó a sí propio que no estaba dotado para la accion positiva y que el mejor medio era seguir las huellas trilladas, revistiéndose de cierto barniz que suele cubrir muchas ineptitudes y muchas deformidades morales. En una sociedad profundamente relijiosa le era indispensable aparecer piadoso; si no se sentia con fuerzas para abrazar la verdadera virtud era menester finjirla, y al efecto adoptó la máscara de una relijiosidad que raya en fanatismo.

Desde que abandonó las aulas, donde bien poco fruto recojiera, se propuso José María pasarla por un jóven timorato y relijioso; y sin tener la fé, que es una de las grandezas del alma, se entregó con ardor a las prácticas esternas del culto.

Se hizo miembro de casi todas las cofradías relijiosas de Santiago; en las procesiones, escapulario al pecho, toma colocacion entre los alumbrantes; oye misa todos los dias, elijiendo las iglesias mas a la moda; confiesa y comulga cada semana; los meses de María y del Corazon de Jesus lo cuentan entre sus mas fieles y visibles devotos; no pierde *triduos*, ni novenarios, ni jubileos, ni sermones, ni primeras misas, ni tomas de hábito, y en donde quiera haya alguna fiesta o distribucion relijiosa, allí se le ha de encontrar entre los mas fervorosos y convencidos.

¡Qué jóven tan relijioso, tan bueno! Las madres lo mi-

ran con cariño y lo proponen como ejemplo a sus hijos descarriados y turbulentos.

Quiñones no entra jamas a un café. Nadie le ha visto beber en público una copa de licor. En la mesa solo toma agua. ¡Es un modelo de temperancia y seriedad!

Tal es lo que se ve en la superficie. En el fondo, una sorda pasion lo devora: hacerse rico, nó a fuerza de trabajo ni de perseverancia, sino atrapando una novia rica. Este es el bello ideal de su vida y el norte fijo de sus acciones mas insignificantes.

Alma estrecha y material, no tiene otra nocion de la felicidad que la riqueza. El amor, los nobles impulsos y las santas pasiones de la juventud son para él otras tantas necedades que desprecia profundamente desde la altura de su cálculo y de su interes.

Y a estas escelencias de su moralidad expeculativa se añaden las prácticas secretas de sus virtudes. Hipócrita, busca las sombras para desarrollar sus instintos. Noche a noche frecuenta cierta casa-garito, en donde, con toda habilidad de cálculo y lijereza de manos, despluma a los incautos pichones que caen en sus garras. Despues del juego, y para celebrar las ganancias, hace largas y escondidas libaciones al dios Baco. Intrigante, solapado y envidioso, no respeta medio de dañar a cuantos le rodean. Vivos están los recuerdos de sus chismes, de sus calumnias, de sus vergonzosas violaciones de correspondencia para impedir a toda costa el matrimonio de un honorable jóven a quien se vendia por amigo leal y desinteresado y cuya novia ansiaba captar para sí.

No quiero profundizar más el exámen de este personaje, sobrándome con decir que todo en él es postizo, desde la santidad hasta los dientes.

Hace un año que anda husmeando a Leonor, y por eso le vemos hoi ser uno de los mas asiduos en cortejarla.

Desconfiad, ¡oh respetable tia! de estos santurrones, de estos sepulcros blanqueados. Desconfiad de los que jamas beben vino, pues he visto a mas de uno de estos caballeros templarios beberlo mas tarde, y tan en esceso, que han llegado a desenmascararse, dejando en descubierto las mas degradantes pasiones. He visto a muchos de ellos casados con lindas y virtuosas jóvenes a las cuales han sabido de-

vorarles el dinero, destrozándoles el corazon. Es cierto que otros son despues de casados lo mismo que eran ántes y no dan que hablar, como se dice, pero en cambio en el seno del hogar son unos tiranos avarientos, solo preocupados de atesorar, inflijiendo a sus pobres mujeres todo linaje de secretas y tristes humillaciones.

Inútil me parece agregar que José María debe sufrir la misma suerte de Arturo. Con éste llevamos dos fuera de combate. Veamos qué destino cabe al tercer pretendiente, al emperejilado y mundano Rigoberto Callejas.

Cabeza de chorlito, es barco sin timon que navega a merced de la corriente.

El cuidado de su persona le roba la mitad del tiempo; el sobrante lo dedica un poco al galanteo callejero de portales, plazas y paseos, y otro poco a visitar aquellos salones en donde se puedan pescar muchachas bonitas y principalmente ricachonas, pues el buen pantalon, el vistoso chaleco de fantasía, el *jaquette* y la levita de *La sastrería Santiago*, amen del sombrero de Dumas, el calzado de Silva y demas atavíos de la real persona no se dan de regalo, y para conservar siempre estos esplendores del vestido es preciso tener las arcas bien repletas de inconvertibles.

Se me olvidaba consignar aquí que los momentos destinados a la traslacion de su persona, casi siempre hecha en tranvía, los ocupa en cierta clase de galantería sospechosa con aquellas conductoras mas gachonas y elegantes; eso sí, siempre que la situacion se lo permite, es decir, cuando los carritos van vacíos de jente *comme il faut* y solo en poder de la *sintiquería* y el medio ganchete.

En sociedad es Rigoberto un mozo mui atento con el bello sexo. Gran bailarin con las jóvenes, no descuida por esto a las venerables mamás, y sabe hacerles tales atenciones, que todas a una le proclaman un escelente jóven, mui bien educado y simpático. Y la del diablo es que sabe el mui pillo insinuarse en el corazon femenimo. Frívolo, porque jamas ha tenido meollo, sus charlas están salpicadas de todas las vaciedades corrientes: vive al tanto de la moda, del último escándalo social y es un *pelador* mui fino. Tiene el buen gusto de no ser aficionado a las letras, y de las artes habla con mucho desparpajo y suficiencia; ninguno como él para las críticas del *Salon*; al vuelo os hablará de

escuelas, de tonos, semi-tonos y escalas cromáticas; es un creyente convencido del tono gris y sus derivados, que como sabeis es hoi dia el *desideratum* de los *amateurs* de *pur sang.*

Este pollo es de lo mas peligroso para las jóvenes, aunque no tenga mal corazon interesa alejarlo de Leonor, pues seria un marido con todos los inconvenientes de un Lovelace y de un Tenorio menudos, mas preocupado de la flor en el ojal y del corte de sus levitas que de la felicidad de su mujer.

Tócale ahora el turno al asiduo Nicómedes Pamplona, ese eterno moscardon que desde hace cinco años zumba a la oreja de Leonor y que se jacta de ser su primer maestro de baile y su primer *tiemple.* Este se cree con derechos adquiridos a la corona, y si no los alega de oríjen divino los estima, sin embargo, de incontrovertible lejitimidad.

Echemos una ojeada hácia los títulos que exhibe en su abono.

Nicómedes, estudiante de medicina, tiene el raro mérito de haber cursado las humanidades en un colejio de Europa, en donde aprendió muchas cosas, entre ellas el griego antiguo, que habla a la perfeccion, segun lo asegura él mismo bajo su palabra de honor. He aquí un mérito positivo: un marido que habla el griego tiene mucho, muchísimo avanzado en favor de la tranquilidad conyugal, y no dudo que usted, tia, sabrá apreciar esta cualidad en toda su estension. En cuanto a los estudios de medicina, eso es otra cosa: el lugar que ocupa el griego en el privilejiado cerebro de Pamplona no le deja sitio suficiente para almacenar la ciencia de Hipócrates, y aquí tiene usted que hasta ahora mi buen Nicómedes se ha empacado en la anatomía, y aunque se le pongan dos yuntas de bueyes creo que nadie lo sacará del atolladero.

Por otro lado el mozo es un buen muchacho a carta cabal, aunque gran discutidor, y quizas un tanto irascible cuando le contradicen; pero esto es disculpable en un estudiante que posee el griego. Ademas sus rabietas terminan con esplosiones como las de la pólvora, calmándose pronto gracias al recuerdo en griego de alguna máxima del heroico Sócrates o del divino Platon.

Tanto es mi respeto por los helenistas, que a éste no le

pongo *peros*, mas sí tal a Leonor, quien no podrá ser su esposa sin estudiar y aprender el griego hasta nivelar sus conocimientos con los de aquel. Esta es condicion indispensable, y como Leonor no estará mui dispuesta a lanzarse entre las *bethas*, las *gammas*, las *pies* y las *rhoes*, ni ménos engolfarse en declinaciones singulares, duales y plurales, es cuerdo dar pasaporte a Nicómedes, anulando dictatorialmente todos los derechos de antigüedad y de preferencia que pudiera alegar en pro de su candidatura, aunque con ello se lastime en algo el tierno corazon de Leonor.

De Nicómedes se pasa sin transicion violenta al latinista Ruperto Nibelungo, gran poeta, gran soñador, gran perezoso, y miembro ilustre de la bohemia literaria, por estos mundos casi absolutamente desconocida, y en la que se podrán reclutar mas hombres de jénio que buenos maridos.

Dotado de bellísimo corazon y de talento distinguido, carece por completo de voluntad y de carácter. Habitualmente en las nubes, cuando desciende a la superficie de este mundo se deja arrastrar por el primero que le habla en nombre del placer y la alegría. Con sus aptitudes podria tentarlo todo, pero el desequilibrio de su cerebro lo imposibilita para cualquier labor que requiera esfuerzos sérios y sostenida perseverancia.

Todo en él es inconcluso; todo está en bosquejo. Jamas ha llegado a terminar nada, si no son tres o cuatro sonetos mui pasables y algunos madrigales compuestos en honor de las bellas muchachas que ha cortejado por temporadas, pues en amor como en todo es un picaflor inquieto y emigratorio.

Cuando sus amigos le reprochan esa soberana pereza que le es injénita, se disculpa con las muchas obras que tiene entre manos: habla de una novela realista de la cual ha escrito el nombre y un capítulo; se refiere a un poema épico que pasará de trescientos mil versos, y del que solo faltan hacer doscientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve; cita un famoso tratado sobre la belleza, en el cual esplica sus teorías coloristas, llegando su culto al tono gris hasta hacerlo oso bravío, devorador de sus pobres colegas de paleta, y como si todos estos monumentos

en proyecto fueran poco, añade por via de postre un *Manual del perfecto enamorado* para uso de la juventud, y otro ídem sobre *El arte de jugar al trompo*, que hará las delicias de la infancia.

Si hoi mariposea Ruperto en la vecindad de mi prima es por una de esas veleidades tan naturales en su temperamento de poeta, y estoi seguro de que si llegara a enamorarse sériamente tendria solo para algunos meses, y despues, tornándose indiferente, habria de volar en busca de emociones y sentimientos nuevos.

Despidámoslo como a novio, conservándolo como a comensal y amigo. Será siempre tan agradable compañero de mesa como detestable dueño de casa. Esperar de él otra cosa seria pedirle peras al olmo.

Forma contraste con el brillante tipo de bohemio desinteresado y cabeza rota de Ruperto el frío y calculador Samuel Jacobs. De oríjen israelita por la línea paterna e inglés por la materna, el jóven Samuel ha heredado todos los defectos de ámbas razas, no poseyendo mas cualidad buena que un certero golpe de vista para los negocios. Gran aficionado al *sport*, los dias de carreras no sale del *club* Hípico, en donde es un apostador siempre ganancioso. Se asegura que posee todos los secretos del azar y que las apuestas en él no tienen de aleatorio mas que las apariencias.

Establecido como ajente comercial en la calle de Huérfanos, es el mas activo y ladino de los ajiotistas en flor. Segun los estrenos irá mui léjos: hai en él la semilla de un futuro millonario, y lo llegará a ser si encuentra pronto el regadío de una buena dote, tras de la cual va únicamente al pensar en Leonor. Para él es el matrimonio uno de tantos negocios de bolsa, que solo debe mirarse por su lado mas positivo y sonante.

Afortunadamente nada debemos temer, pues luego Leonor lo conocerá a fondo y lo rechazará de plano, siendo, como todas las mujeres de noble corazon, enemiga de esos caracteres egoistas y sórdidos, idólatras del becerro de oro y ajenos a todo movimiento levantado y jeneroso.

Si Jacobs representa la sed de oro, Mauricio Montero es la encarnacion viva de una ambicion política tan violenta como prematura.

Abogado sin pleitos, y sin esperanzas de tenerlos, quiere a toda costa abrirse camino en la carrera política y llegar cuanto ántes a las alturas del poder.

Ansioso por de pronto de ser diputado, se ha puesto a las órdenes de un partido político poderoso, a cuyo servicio se consagra con vehemencia y con ardor. En donde hai lucha allí se le ve: vocifera en la plaza pública; aplaude o silba en las tribunas del congreso; habla en los *choclones* políticos; capitanea turbas en los dias de alboroto y escitacion electoral, pero saca siempre su cuerpo libre de las peloteras, tan frecuentes en los azares ardientes de la política.

En medio de esta vida tan continuamente ajitada, no le ha faltado tiempo para pensar en que un buen casamiento simplificaria mucho la cuestion, pues sabe cuánto influjo electoral existe en un puñado de escudos y cuántos méritos descubre una desahogada posicion social.

Urje alejar de Leonor a este torbellino. Caudillejo arrebatado y tronera como es, no seria estraño que cautivase a la muchacha, gracias a ese mismo esceso de vitalidad que lo atormenta y que a las mujeres suele causar alguna impresion.

Al ver cómo desahucio a tanto pretendiente, dirá usted para sus adentros: "Por lo visto no hai un solo jóven digno entre los que visitan mi casa y se inclinan a Leonor, o acaso mi sobrino es mui difícil de contentar." Nó, querida tia; no es ni lo uno ni lo otro; pero hai que armarse de paciencia y seguir leyendo hasta el fin este largo informe. Paris bien vale una misa, decia Enrique IV; la felicidad de Leonor bien vale una lectura, diré a mi vez.

Y prosigo la tarea.

Llego, por fin, a la nota mas grotesca en este coro de aspirantes.

Casimiro Arreboles se llama ese moceton de apostura atlética, abdómen más que regular, ojos biscos, carrillos inflados, barbi-lampiño, coloradote y mui menesteroso de apéndice nasal. Tartamudo, apénas pronuncia una palabra cuando la hilaridad se apodera del auditorio. Esto lo envalentona, haciéndolo creerse mui gracioso y ocurrente. Todo se esplica sabiendo que es *literato* y romo de mollera al mismo tiempo, dos poderosos acicates de vanidad. Poseedor de una regular fortuna, no le han faltado aduladores

que lo animen en sus gustos de escritor; esto no mas se ha querido para lanzarse de lleno en tan espinosa senda.

Lleva publicados cuatro gruesos volúmenes de prosa y tiene escritos diez o doce mas. Su afan es producir mucho; cree que el arte de escribir es el arte de borronear atroche y moche, sin piedad a las plumas ni compasion por el papel. Se cree un jenio nacional, y sobre toda materia diserta majistralmente, eso sí con tan poca novedad como detestable, ramplon, desaliñado y bárbaro estilo. Pertenece por sus cuatro abolengos a la numerosa falanje de Cacacenos literarios, cuyo maestro y fundador es el profundo sabio Pero Grullo. Es de los que se envanecen por su penetracion con frases como estas: "Una persona, ya sea macho o hembra, que no tiene mas que un ojo bueno para mirar los objetos que se pueden ver en el mundo, es, en verdad, una mujer o un hombre tuerto: tales reflecciones nos hacíamos considerando que el sacristan de las Capuchinas etc. etc." Esto es testual, y asi da comienzo a una leyenda histórica que titula: *De como un obispo de Santiago de Chile se vió en apuros con los alguaciles del Rei de España*, y sigue la retahila hasta decir en el título toda la sustancia de su difusa relacion.

A pesar de los defectos de su lengua es Mauricio un brindador colado, y no desperdicia ocasion de dar muestras de su estraordinaria elocuencia, exornada, para mas brillo, con cierta tendencia a pluralizar todas las palabras y a injertarles en el cuerpo tal cual letra de su particular agrado. Asi dice, por ejemplo, (hablando de los sabios y la ciencia, a propósito del cumpleaños de una respetable matrona de Paredones)—"Y asi *succesivamente*, señores, *ses* fueron *descubriendos* todos los *mineraloides* y todos los *áccidos, desdes* el *nitricos hastas* el *fécnicos!*.....

Es preciso predicar a Leonor que por ningun concepto dé oidos a semejante adefesio, y aunque por su nulidad y necia pretension pareciera *imposible* a los ojos de las mujeres, en realidad no lo es tanto, pues el bello sexo suele gustar de esos tontarrones que gozan fama de hombres sérios, de maridos mui amantes, dóciles y cómodos sobre toda ponderacion.

En el invierno último principié a sospechar que el jóven hacendado Santiago Pastrana no visitaba su casa solo por

tener el gusto de ver a usted y a mi buen tio; hoi, con mejores datos, esa sospecha se ha convetido en certidumbre, y ni usted, ni Leonor, ni nadie ignora ya que este mozo es uno de los candidatos en candelero.

Con satisfaccion me cabe decir que Pastrana es un jóven lleno de méritos y que será un escelente marido. Por otra parte no anda mui a pié en cuanto a fortuna que sin exajeracion se le puede avaluar en cien mil pesos, no contando la escritura de las deudas y la alcabala de las ponderaciones.

Quizas el mozo no sea de una figura mui agraciada, y tal vez sus maneras se resientan de cierta rústica franqueza. Lo primero poco importa, y lo segundo desaparecerá luego con el trato de una mujer tan bien educada como Leonor.

Abro, pues, el rejistro de candidatos con Santiago Pastrana, nombre que tal vez no sonará mui bien en los oidos aristocráticos; pero que en cambio es el de un hombre de bien, recto, leal y honrado.

Fuera de unos cuantos tipos demasiado vulgares e insignificantes, queda únicamente el mas moderno de los pretendientes: me refiero a Rafael Arroyo, que solo en la última tertulia se atrevió a declarársele a la primita.

Arroyo es un jóven de veintidos años, estudiante aprovechado de medicina. Será dentro de pocos meses uno de nuestros mas afamados Esculapios, segun se deja ver por el gran talento que todos le reconocen.

Orijinario de una de las mas ricas provincias de Chile, es huérfano de padre y madre y poseedor de una mas que mediana y saneada fortunita.

A un lado cierta verbosidad propia de la juventud y una aficion algo peligrosa por el violin, es Rafael un jovencito bastante a propósito para desempeñar el complejo y difícil cargo de marido.

No debemos olvidar tampoco que una vez graduado de doctor habrá médico en la casa, y por consiguiente una probabilidad para toda la familia, ya de vivir largos años, o de morir segun fórmula, sin dilatorios cuanto dolorosos tratamientos.

Pero la cualidad suprema de Arroyo es la de ser un novio que no aporta al matrimonio la servidumbre de sue-

gros para su mujer. Esto, querida tia, sin ofender lo presente, es una rara y valiosa circunstancia que jamas se llegará a estimar debidamente.

Dados estos antecedentes, pongo el nombre del futuro galeno en la lista de los candidatos que me atrevo a presentarle como dignos de recibir la mano de Leonor.

Ahora me resta insinuarle que solo falta consultar a la interesada, quien resolverá de *motu propio*, elijiendo entre los dos novios *presentados* oficialmente, pues a la simple presentacion están reducidos los derechos del materno patronato.

Por otra parte Leonor debe considerarse mui feliz con tener una madre como usted, que tanto y tan cuerdamente se ocupa en conocer a los pretendientes de su hija. Si todas hicieran lo mismo no se verian por ahí tantos matrimonios desgraciados e infelices.

A pesar de todo, creo oportuno que la chica haga un viaje, ya en compañía de usted, ya en la del tio. Esto concluirá por darle mayor esperiencia y le servirá sin duda para el acierto en la eleccion.

Hé aquí cuanto puedo informarle, mi querida tia, acerca del punto consultado. Terminaré recordándole que en el grave negocio del matrimonio toda precaucion es poca, y que los mejores pronósticos suelen salir fallidos.

De usted A. S. S.

Su Sobrino.

***

Impuesta la familia de este informe, se resolvió a seguir mi consejo sobre el viaje; y esta es la hora en que Leonor y su papá cruzan el pais en todas direcciones.

***

Ahora pido al lector me conceda la palabra para un incidente personal.

Punzantes dudas y graves remordimientos asaltan mi espíritu. ¿Habré sido enteramente imparcial en los retratos

de los pretendientes? ¿O talvez oculto sentimiento de propio interes guiaria insidioso el criterio y la pluma del informante?

Amigo de las situaciones francas, descorreré los velos de la conciencia, y aunque sea para mi descrédito, pondré de manifiesto la verdad desnuda y sin máscara. (*Trozo de oratoria ministerial.*)

El mismo dia que salieron de Santiago mi tio y Leonor, puse en el correo una carta dirijida a esta última, con destino a la primera ciudad en que iban a detenerse.

En esa carta, con toda la astucia de un zorro viejo, le declaro por mi cuenta el amor mas puro, mas profundo y sobre todo mas desinteresado, (*sic*) proponiéndole que unamos nuestros destinos con los indisolubles lazos de Himeneo. Para inclinar a la prima en mi favor, hago la mas halagüeña y vanidosa esposicion de mis prendas personales, y es tal la habilidad de la amorosa dialéctica, que cuento por seguro el ser aceptado sin dilaciones ni regateos.

Entre tanto aguardo impaciente la respuesta de Leonor.

SALVADOR SMITH.

Santiago, febrero de 1886.

EXPEDICIONES E INVASIONES

I

En tres ocasiones diferentes el gobierno argentino lanzó sus ejércitos libertadores al territorio del Alto Perú.

Primeramente contra Nieto y contra Goyeneche. Es la expedición que á cargo de Castelli experimentó el desastre de Huaqui el 20 de junio de 1811. Después, en 1813, el ejército que con Belgrano á la cabeza fracasó el propio año en Vilcapujio y en Ayouma. San Martín, que en reemplazo de Belgrano acudió á Tucumán á organizar la defensiva, se apartó de este peligro por buscar otros mayores, convencido de que por el lado del Alto Perú era empresa larga y desastrosa concluir con los realistas. La expedición de Rondeau subió en mayo y sucumbió en noviembre de 1815, no lejos de Cochabamba, en Sipesipe.

Después de este tercer desastre, el ejército argentino no tornó á penetrar en el Alto Perú. La expedición que Belgrano confió á Lamadrid en 1817, y que llegó temerariamente hasta Chuquisaca, no pasó de una correría militar á cargo de una división ligera del ejército del norte.

Con el título de Auxiliar del Perú tres años estuvo este ejército acantonado en Tucumán. Su actitud no era fija ni sedentaria. Estaba en observación de lo que ocurriese en el Alto Perú. La entrada al llano argentino corría á cargo de Güemes y sus gauchos en Salta. Fué ese el mismo ejército que, envuelto en el torbellino de la guerra civil, se sublevó en Arequito el 8 de enero de 1820.

Por su lado, en nueve ocasiones diferentes el ejército realista ó sus vanguardias, descendiendo los contrafuertes me-

ridionales de las provincias altas, penetraron por Jujuy á las llanuras argentinas.

La primera vez con tres mil hombres al mando de Tristán en 1812. La batalla de Tucumán el propio año y la rendición del ejército realista en Salta el año siguiente, dejaron por entonces libre el territorio argentino.

Segunda invasión es la de 1814 al mando de Pezuela y de Ramírez su jefe de vanguardia. Llegó á contar en sus filas tres mil y quinientos hombres. Ese mismo año verificaron los realistas el repliegue á sus posiciones del Alto Perú.

La tercera es la gran invasión de 1817 al mando de La Serna, y que evacuó prontamente las provincias bajas.

Olañeta, jefe de vanguardia de La Serna, descendió hasta Tilcara en agosto de 1817 á la cabeza de mil hombres solamente. Este alarde estratégico y de merodeo fué hostilizado por los guerrilleros gauchos, tan esforzadamente como en las dos inmediatas veces anteriores, y bien puede ser considerado como cuarta invasión.

En 1818, otra correría de Olañeta, con mil hombres reforzados por unos cuatrocientos de Jerónimo Valdés, tocó el 14 de enero en Jujuy, hizo recogida de animales en el cercado y emprendió pronto su repliegue. Es la quinta invasión.

La vanguardia de Canterac verificó una excursión, en 1819, que no pasó de Tilcara. Como la de 1817 produjo gran alarma en Jujuy y Salta, y fué acosada entre las breñas por los gauchos guerrilleros. Pudiéramos numerarla como sexta invasión.

La sétima, de cuatro mil hombres á órdenes de Ramírez, bajó hasta Jujuy el 24 de mayo de 1820, entró el 31 en en Salta, adelantó sus descubiertas hasta el río Pasaje, y en junio inmediato retrocedió á las sierras, repelida donde quiera por guerrilleros y por el general entredicho de los moradores.

Verificóse en 1821 la octava invasión. Una columna de la vanguardia de Olañeta, ya á la sazón general en jefe del ejército de Tupiza, se presentó en abril delante de Jujuy.

Güemes, caudillo de los gauchos y tirano de Salta, daba entonces espaldas al enemigo exterior por guerrear contra

sus hermanos los de Tucumán. El gobernador sustituto Gorriti, doctor en derecho, montó súbito á caballo á la cabeza de 600 jinetes, salió al encuentro de la columna enemiga, la sorprendió, la rodeó, la asedió dos días, la descalabró con repetidos combates parciales, y la rindió á discreción quedándose con cuatro jefes, doce oficiales y doscientos prisioneros.

José Ignacio Gorriti con sus salteños y jujeños se cubrió de gloria americana, en los momentos que Martín Miguel Güemes arrojaba á la hoguera de la discordia los impuestos y la sangre de la independencia. Volvía de Tucumán después del segundo desastre de sus armas. En la guerra entre dicha provincia y la de Santiago, habían esas armas terciado en favor de la segunda. Llegó á sojuzgar un movimiento revolucionario, que contra su tiranía había estallado en su ausencia.

Todo lo sabía el español en Tupiza, todo. Emprendió entonces la novena invasión, que se declaró con el famoso asalto nocturno de José María Valdés el *Barbarucho* á Salta. Güemes salió herido y murió presto.

Fortuna es para su memoria que su sangre, siendo la postrera, haya puesto el sello á la independencia de su patria. Los realistas no tornaron á pisar el suelo argentino.

Seis años la causa de la independencia había usufructuado los bríos de una pasión que hervía en las venas del profeta de los gauchos. Quería mandar, mandar sólo, ser dueño absoluto de vidas y haciendas. Le era de todo punto imposible tolerar que otro depotismo que el suyo hiciese gemir á la humanidad en Salta. Patriota ó realista, ningún otro pudo caber á su lado en la provincia, ninguno que invistiese autoridad ó mando (1).

---

(1) Más bien que en Camba, Paz, Urcullu y otros memorialistas coetáneos, las expediciones y las invasiones están narradas con gran conocimiento y crítica por MITRE en su *Historia de Belgrano*. Para ciertos particulares puede ser consultado *Belgrano y Güemes*, opúsculo de crítica y rectificaciones históricas, que contiene la polémica habida al respecto entre Mitre y Vélez Sarsfield, año 1864. Además, es interesante por el valor y número de los documentos la *Gaceta de Buenos Aires*, y también por virtud de ciertos documentos ZORREGUIETA, *Apuntes históricos de Salta en la época del colo-*

II

Desde tiempo atrás los jefes españoles aquietaban al virey diciéndole, que el ejército del Alto Perú tenía bien á cubierto su derecha, apoyada en la vorágine de la anarquía argentina.

Resguardada su retaguardia por el despoblado de occidente, y extendida á mansalva su izquierda por Puno y Arequipa hasta tocar en su base de operaciones, la cual estaba y consistía en la dominación absoluta del virey en el Bajo Perú, ese ejército se desplegaba con desembarazo en todas direcciones destacando brigadas, columnas ligeras y partidas volantes para domar por dondequiera la insurrección siempre renaciente de los pueblos alto peruanos.

El arribo de la expedición libertadora de San Martín vino á trastornar esta posición ventajosa. De aquí ciertas instancias y ciertos trabajos para que en las provincias argentinas se organizara cuanto antes una expedición, que amagando á los realistas si cuando más no fuera con unos mil hombres situados en Suipacha ó en Tupiza, obtuviera una diversión y retención de fuerzas españolas en el Alto-Perú, ahora que sus grandes masas se concentraban sobre el Bajo contra la expedición libertadora del general San Martín.

En 1820, Güemes promovió entre las provincias hermanas la idea de una reorganización nacional, con miras puramente militares respecto del Alto Perú. Esas miras revestían grandeza y osadía.

Quería que lanzándose á las provincias altas un ejército de cinco mil hombres, que obrase de concierto con el del general San Martín en el Bajo Perú, diera argentino remate al programa de la revolución de mayo, consumando la

---

niaje. Tocante á Güemes es de luminosa consulta en particular CARRILLO, *Historia de Jujuy*, Apoyados en documentos contiene no menos de doce capítulos sobre sucesos relacionados con Güemes y sobre las guerrillas de sus gauchos.

empresa de la independencia y de la unión nacional hasta en los últimos confines del vireynato (1).

Fiado en su ardor y en la fiereza de sus gauchos, el caudillo de Salta llegó á soñar con que él en persona fuera quien comandase la expedición. Y cuando en julio de 1821 pereció á manos de los realistas, daba con los amagos del enemigo mayor vuelo á sus planes invocando al efecto el auxilio de Buenos Aires, para que fiel ésta á sus antecedentes de 1811, de 1813 y de 1815 respecto del Alto Perú, diese ahora por Salta la última mano á la empresa acometida en Mendoza el año 1817, empresa fiada en Chile y el Perú al brazo fuerte y certero del general San Martín (2).

No hay duda que, desde principios de 1820, el sentimiento de la propia seguridad y la ruda experiencia de las invasiones realistas, venían acalorando en Salta una aspiración allí muy general: la de ver realizada cuanto antes una expedición auxiliadora del Alto-Perú (3). Este deseo llegaba hasta Tucumán. En octubre de 1821, un gobernador de esta provincia, Abraham González, manifestó á las provincias hermanas la necesidad de situar una división argentina en la frontera del Alto-Perú (4).

Por este mismo tiempo y con idéntico propósito comenzaba el general San Martín á instar, desde el Bajo-Perú, á las principales autoridades de la capital y las provincias (5). Este pensamiento se ligaba con la expedición

(1) Manifiesto de Salta en marzo 16 de 1820; Acta capitular de julio 5 de 1820: uno y otra en ZORREGUIETA, *Ap. hist.*, seg. ed., pp. 115 y 119.—MITRE, *Hist. de Belg.*, ter. ed., tomo III, p. 508—Es á la tercera edición de esta obra á la que habremos de referirnos en adelante.

(2) LOPEZ, *Hist. de la Rev. Arg.*, tomo IV, p. 1245, copia un oficio al respecto que original existe en su poder.

(3) Manifiesto de Salta antes citado.

(4) HUDSON, *Recuerdos históricos de la provincia de Cuyo*, cap. III, en la *Revista de Buenos Aires*, tomo XVII, pág. 341.

(5) *Instrucciones reservadas á Luzurriaga, MS.* de la biblioteca de Paz-Soldán en Lima.—Luzuriaga estaba acreditado también para Chile. Un periódico del día lo da en Santiago el 17 de febrero de 1822, dispuesto á pasar á Buenos Aires en desempeño de su misión.

á Intermedios, que era también asunto de gestiones á la sazón ante el gobierno de Chile (1).

Por fin se practicaron formales instancias é incitativas ante el gobierno de Buenos Aires y ante las autoridades provinciales. Tres años duraron estos esfuerzos. El general San Martín confió la empresa á un oficial de caballería, jefe de la vanguardia de Güemes. El comandante José María Pérez de Urdininea escolló contra la mala voluntad de Buenos Aires y contra la anarquía que devoraba las provincias interiores. Buenos Aires tenía sus razones.

Pero Urdininea logró después de Ayacucho penetrar en el Alto-Perú con un puñado de hombres laboriosamente reclutados, mantenidos y disciplinados. Su fuerza sirvió de base al pequeño ejército de Arenales.

Antes habíamos dicho, que después de su tercer desastre no penetró el ejército argentino en las provincias altas. El ejército observador de Arenales sería de ello la una excepción. Eso sí: esta vez penetraba para salir pacíficamente al encuentro de los colombianos.

G. René-Moreno.

(1) Instrucciones reservadas á Cabero y Salazar, en Paz Soldán *Historia del Perú Indep.*, tomo I, pág. 276.

ADELANTE

Carpe diem

HORACIO.

Ánimo, peregrino! Los abrojos
un punto no detengan tu pisada.
Vivir es batallar, que siempre alzada
tu frente desafíe al porvenir.
Toma el bordon, viajero; arrostra, vence
la punzante aspereza del camino;
muestra que vive espíritu divino
en el flaco mortal que lucha así.

Ya el ave canta saludando al dia
que despunta risueño en el oriente.
Al surco, oh labrador; que la simiente
para brotar anhela tu sudor.
Arriba, oh artesano: que el martillo
que el pan te da, despierte al sibarita
que en ocio vil estúpido dormita,
mientras la lei se cumple en derredor.

Alzate á Dios, angelical cabeza;
invoca con el pájaro su nombre
y vé á aprender lo que enaltece al hombre,
pon tu labio en la fuente del saber.
Comenzaste á vivir y la pelea
te cuenta entre las filas del soldado:
en lugar del juguete codiciado
el libro, siempre el libro. ¡Lucha, pues!

Arriba, oh pensador, cuya alta frente
es en el mar social brillante faro:
no dejes sin tu luz en desamparo
á los que habitan lóbrega region.
En la bandera que los libres alcen
esplendorosa irradiará la idea,
que ya tu sien para brotar golpea,
animada al calor del corazon.

Sus tiendas pliegue en el desierto inmenso
la caravana que lo cruza errante:
vuele con nuevo impulso el navegante
que flota como un átomo en el mar.
Su desvan abandone el proletario,
obediente á la voz de la faena:
en pié, todos en pié, vasta es la arena:
obreros, á la accion; á trabajar.

Aqueste en las entrañas de la tierra
descargando en la roca golpe eterno;
sumido el otro dentro el mundo interno
la lei humana investigando en sí;
rápido hendiendo el anchuroso espacio
aquel que vuela en pos de la fortuna;
todos así en accion inmensa y una
sustenten el combate hasta morir.

Un dia mas: la vida así se teje.
En cada instante nuevo una esperanza
se dibuja, risueña, en lontananza,
y hácia ella va la ardiente humanidad.
Mañana, esa esperanza la conquista
será que ostente el valeroso atleta,
que suprimió el espacio y hoi sujeta
á su imperio la vaga inmensidad.

Vasta es la arena, ricos los tesoros
que brinda la victoria. Allí un gigante,
en la cima de un siglo ya distante,
contemplando su ser descubre á Dios.
Proclama conmovido el nombre santo,

y aunque en premio le dan mortal cicuta,
eterna esa verdad deja en su ruta,
eterno vibra el eco de su voz.

El luto cubre la mitad del cielo:
un mundo va á morir, otro en su aurora
indeciso sonrie; esa es la hora
que inmortaliza con su amor Jesus;
figura que ante el orbe suspendida,
despues del grito que profiere el sabio,
repite hasta hoi con moribundo labio
el grito del perdon que dió en la Cruz.

Asi la prueba alcanza en la medida
de la fuerza de cada criatura.
Desde el dolor del Cristo y su amargura
¡cuán pequeño se muestra otro dolor!
Así la humanidad en su camino
cosecha el sacrificio y va adelante
en pos de un ideal bello y distante,
iman de su alma, objeto de su amor.

¡Adelante! adelante! Allá en la mente
de un genio colosal se pinta un mundo,
que en el confin del piélago profundo
es vasto Eden radiante de ilusion.
Y audaz, inquebrantable, arrebatado
por asir la vision que lo enamora,
mendiga, y lucha, y su dolor devora
hasta besar la América, Colon.

Shakespeare inmortal, águila altiva,
escándalo del tiempo y de la historia,
para sí solo arrebata el sol de gloria;
si otros vienen despues, les presta luz.
Su fama es galardon de sus vigilias:
¿quién sondeó como él el seno humano?
quién mas creyente se encumbró al arcano
que oculta al ojo el infinito azul?

Marca Dios con su dedo a las edades

su rumbo y su labor: crea gigantes
que cual Dante Alihieri ó cual Cervántes,
del mundo intelectual los Andes son;
ó pródigo de luz, sobre los pueblos
la derrama á torrentes á su paso,
como derrama el sol de Oriente á Ocaso
su rayo fecundante en la creacion.

¿A donde va la humanidad? Lo sabe
el brazo omnipotente que la guia
y apénas se columbra la osadía
del genio que presiente mas que ve.
La humanidad es Hércules que tiene
á la materia á su poder sujeta
y que soberbia al imposible reta;
mas cuando mira á Dios se postra y cree.

Es Hércules sujeto á la lei santa
que en la conciencia dícele: trabaja.
Y á la tierra se lanza y la descuaja,
ahueca un leño y es Señor del mar.
Dentro la nube á la tormenta espía,
súbito arranca su centella al rayo,
y obediente á su voz la vé en desmayo
su cólera á sus plantas humillar.

Alas, que de un confin a otro la llevan,
da á la palabra vibracion eterna:
en la estrella, en el aire, en la caverna,
su ojo profundo los enigmas lee:
Ora mide los cielos, ora anima
la inerte masa del planeta oscuro,
y hasta el abismo, humilde á su conjuro,
los misterios que entraña pone ante él.

Con el hilo nervioso del telégrafo
junta á las razas en abrazo estrecho,
y dilatando el anheloso pecho
aun quiere audaz la tierra al cielo unir.
Es fama que en el éter cristalino
suele verse á la reina de la esfera

posar el vuelo, contemplando, fiera,
al eterno invasor, al hombre, allí.

¡Animo y fé! De la labor oscura
trasfigurada se alza de repente,
rica de inspiracion, la noble frente,
que en sudor fecundante se bañó.
Es Newton, es Arquímedes, es Humboldt,
mostrando al orbe otra verdad triunfante,
mientras la humanidad clama: adelante,
corona al genio y glorifica a Dios!

DANIEL CALVO

Sucre, julio de 1878.

LA ESCUELA CHILENA DE PINTURA.

I

¿Hai en Chile una escuela de pintura? ¿Hai en Chile una escuela, es decir, el conjunto de los cuadros espuestos por los pintores chilenos en los últimos años revela que la pintura en Chile toma una direccion determinada, que se comprende el color y la forma, la luz y el dibujo de un modo especial, propio de nuestro pais, de tal manera que, si no tenemos aun, estemos en camino de tener una escuela nacional de pintura que marque con sello especial los cuadros de Chile, como ha marcado cada escuela a los suyos desde los antiguos tiempos hasta el dia?

He creido que podia contestarme que sí, o, mas bien, para ser verdadero, he hecho involuntariamente la observacion de que en todos los cuadros hai condiciones comunes que indican que las mismas causas jenerales obran sobre los artistas chilenos, influenciándolos en tal forma que ya pueden indicarse, no solo las cualidades de este y del otro pintor, sino de todos los pintores chilenos.

Ahora bien, si así como ya es posible indicar algunas cualidades comunes a todos los pintores chilenos actuales, ellos continuan trabajando voluntariamente en perfeccionar estas condiciones de semejanza a que han llegado involuntariamente, se habrá constituido una escuela chilena de pintura, tendremos en nuestro pais un arte nacional, en el sentido mas lato y mas importante que envuelve esta frase.

Voi a esplicarme, porque ya temo que alguno de mis lectores encuentran que divago demasiado sin entrar en materia.

Todos los pintores chilenos, es decir, los que hacen carrera de la pintura (no los aficionados que borronean retratos con procedimientos fotográficos y buscan temas de litografías para hacer grandes cuadros) manifiestan dos condiciones que nunca podrán ser bastante aplaudidas y que constituyen, en mi sentir, la base misma del arte. Los pintores chilenos sienten la pintura, les agrada pintar, pintan porque la emocion del color y de la luz en las mil variadas formas en que se presenta en la naturaleza se traduce por verdadera e íntima satisfaccion en su cerebro; en una palabra, sienten la pintura con verdad.

Todos tambien se han enfrentado con la naturaleza, la lucha entre el agrado sentido con el cuadro visto o soñado y el cuadro pintado, esa batalla del cerebro y de la mano del artista, todos la han peleado valientemente, unos con mas felicidad que otros, pero todos con decision y con enerjía dignos de los mayores elojios: todos han pintado con verdad.

Yo querria detenerme a demostrar a los jóvenes pintores chilenos toda la importancia que tienen estas dos condiciones, no solo en la pintura, sino en todas las artes, para que nunca las abandonaran ya que naturalmente las poseen.

No hay arte sin emocion sentida, profundamente sentida, cuya trasmision quiera hacerse por alguno de los procedimientos que puede comunicarla a los demas hombres.

Estos procedimientos, la palabra para las ideas, la música para los sonidos, la pintura para el color, constituyen la parte mecánica del arte, la que sirve para traducir la emocion sentida, que es el alma del arte, su esencia misma.

¡Sentir! abiertos los ojos al sol del mediodía, llenos los oidos de los murmullos de la naturaleza, el cerebro preñado de ideas y conceptos, palpitante el corazon, el alma limpia, vigoroso el brazo enfrente de la tela o del papel en que quiere dejarse vivo y tanjible el sentimiento esperimentado, como perfume de flor que nunca se pierde ni minora y que fluye misteriosamente de los tiernos pétalos, ese debe ser siempre el estado del espíritu y el anhelo del artista. Su vida ha de ser un sacerdocio, su alma una lira

cuyas cuerdas puedan vibrar por cuanto es grande y bello en la existencia.

Solo así, considerándose como fuentes vivas de emocion, sintiendo que se tiene en el cerebro la propiedad de sentir y el deseo de traducir este sentimiento, el artista es concebible.

En la obra de cada pintor como de cada poeta o músico, puede marcarse las producciones sentidas: son las buenas; y las solamente pensadas: son los mediocres o las malas.

Tener en su bagaje artístico el mayor número de obras emocionales, ese debe ser el *desideratum* de todo pintor, y para realizarlo el precepto es sencillo: sentirse siempre impresionado con la vision de lo que se quiere pintar, de lo que se desea dejar en la tela.

Ahora bien, en lo que yo me atrevo a creer que puede llamarse la escuela chilena, hai en cada uno de sus representantes actuales, en Lira, Subercaseaux y Orrego, en Gonzalez y Correa, en Jarpa, Vargas y Valenzuela, y las señoritas Mira y Castro, el invisible lazo de union de la emocion pictórica profundamente sentida y pintada.

Puede faltar y falta en la realizacion del cuadro, en muchos de los pintores nombrados, la habilidad necesaria para que los procedimientos de espresion, el dibujo, el color y la luz formen el todo armónico que se llama una verdadera obra de arte; pero no puede negarse que, en casi la totalidad de los cuadros de los pintores mencionados, si se ve el error, si hai partes en que la mano ha sido infiel al deseo del artista, en que la voluntad ha quedado impotente, en que le ha faltado al pintor seguridad y discernimiento suficientes para elejir y armonizar los detalles, hai, en cambio, otras partes en que el alma del artista se revela en todo su vigor, destellos de luz, lampos de color, vigores inesperados de dibujo y de modelacion, anuncios todos de que los autores de esas telas tienen en sus cerebros partículas del fuego sagrado que Prometeo robara a los dioses y que si ellos lo quieren, si allegan a esas partículas incandescentes combustible de voluntad, de sentimiento y de intelijencia, su alma entera se inflamará y llegará a tener la íntima y suprema adivinacion de la belleza

con todo lo que concurre a espresarla por medio de la pintura.

Es posible que en todo lo que llevo indicado, como cualidades de la escuela chilena de pintura, no haya nada que merezca citarse como un rasgo característico, de tal modo que sus obras puedan distinguirse entre las de otras escuelas por ese rasgo peculiar. Es cierto, pero si se atiende a que en el dia las escuelas francesa y alemana, española e italiana producen cuadros cuya procedencia seria imposible determinar y que no tienen otro sello de escuela que el que podria llamarse de la escuela europea del siglo XIX, si esto pasa en Europa, es mucha cosa y mui importante, en mi sentir, que los cuadros de los pintores chilenos, puedan figurar entre los de la actual escuela europea, como si formaran parte de ella, como si sus autores hubieran participado de la enseñanza de todos los grandes progresos que los artistas estranjeros han realizado en la comprension de la pintura.

Este hecho indiscutible y manifiesto, la semejanza de los cuadros de la escuela chilena con la de todas las escuelas europeas del dia, puede ser aparentemente esplicado, con gran facilidad, diciendo que es natural que esto suceda, desde que una buena parte de los pintores chilenos han hecho en Europa estudios de pintura y que, los que no han estado en Europa, han visto, en las esposiciones sucesivas que han tenido lugar en Chile, buenos cuadros de todas las escuelas europeas.

Esta esplicacion si bien asienta un hecho efectivo no disminuye el valor de la escuela chilena, porque, justamente, el mérito de un artista está en poder apropiarse las buenas condiciones de su arte, donde quiera que las halle, y esto es lo que, durante siglos, no han podido hacer jeneraciones enteras de hombres, en cuyas manos el arte ha decaido en lugar de sostenerse, y nosotros vemos que la escuela chilena desde el primer dia, desde que se presenta en la arena lo hace como un gladiador esforzado, lleno de vigor y juventud al que si puede faltarle la habilidad para luchar con los mas espertos, le sobra atrevimiento y osadía para pretender llegar a los primeros puestos.

Es tanto mas digno de ser considerado como un gran mérito para la escuela chilena su semejanza con las actua-

les escuelas europeas cuanto que estas escuelas han llegado hoi, despues de largos años de decadencia, a una verdadera rejeneracion de la pintura que, como se sabe, ha coincidido con el movimiento jeneral de renovacion literaria y artística iniciado hace medio siglo.

Me esplico este fenómeno por tres causas: la primera física, y las otras dos morales que obran en mi sentir conjuntamente para hacer de los pintores chilenos artistas bien dotados, y con independencia de criterio.

La causa física es la que las condiciones atmosféricas de cada pais determinan en la mayor o menor bondad de la vista y que en Chile son tan felices que, como es notorio, apénas si se ven personas que usen anteojos; siendo mui comun poseer un órgano visual tan perfecto como el qui mas: de tal modo que es natural suponer que los artistas chilenos tienen en sus ojos una vision mui clara de los objetos y sobre todo de los colores, sin vicios de refraccion que les impidan apreciarlos en su justo valor, y con esto el amor a la realidad de las cosas que es uno de los distintivos de la escuela moderna de pintura.

La primera de las causas morales es la de no tener los jóvenes que se dedican al arte tradicion que respetar, escuela establecida que los influencie, en ningun sentido determinado, en la edad en que se resuelven las vocaciones, en que el hombre se prueba para tomar tal o cual camino en la vida.

Es una gran cosa poder decir que se quiere ser pintor porque se siente el deseo de pintar, porque se vé la naturaleza bajo un prisma de luz y de color que proporciona con su contemplacion profundo goce, y no resolverlo porque el cuadro tal cual nos produce esa impresion. Los que se determinan por el ejemplo porque les gusta lo que otros han hecho, tienen en la mayor parte de los casos perdida ya la gran base de todo arte, la orijinalidad; serán artistas, pintarán, como pintó aquel que los indujo a hacerse pintores, algo de los cuadros del maestro pasará fatalmente a los suyos y el supremo goce y el gran secreto de la vida del arte, la orijinalidad, la nueva sensacion sentida y trasmitida al hombre, que es como un cuño flamante de moneda que sella piezas de oro de la mas alta lei, eso faltará a los cuadros.

Esta falta de tradicion de escuela impuesta por un maestro, que no ha existido en Chile, porque los de pintura que hemos tenido apénas si podrian considerarse como artistas mediocres, es lo que esplica la independencia de los pintores chilenos y su admirable disposicion para apropiarse todas las buenas condiciones de la moderna escuela europea.

Por último, la segunda causa moral es la que podria llamarse la de seleccion natural en lenguaje científico.

En realidad, el artista en Chile es tal, despues de haber pasado por la seleccion que le imponen las condiciones de nuestro país, en el que, por una parte, hay tanta facilidad de trabajar y de ganarse la vida, que, la persona de mediana fortuna que pretende hacerse pintor, está solicitada por una ganancia diaria y segura en muchas otras ocupaciones y debe resistir, como a una tentacion a estas solicitudes, para mantenerse en el trabajo improductivo de los años de estudio; y, por otra parte, si los jóvenes que quieren dedicarse a la pintura son de las familias acomodadas, encuentran tales distracciones y tan pocos estímulos, por no decir que hallan tantas críticas que les separan del cultivo de un arte que, como todos, se estima en Chile cosa fútil y de poco momento, que concluyen por abandonarlo si no tienen verdaderas, poderosas disposiciones que los impulsen y los obliguen a decidirse a la pintura como el mayor goce de su vida.

De aquí, sin duda alguna, proviene el vigor de los pintores chilenos y la orijinalidad verdaderamente notable de algunos de ellos. Y de aquí tambien que los pintores chilenos sienten con verdad lo que pintan y pintan con verdad lo que sienten.

II

He dicho que un cuadro debe ser sentido para que sea bueno.

El precepto es de tanta importancia que merece mas lata esplicacion.

No todo el mundo puede comprender cuales son las condiciones de un cuadro sentido y estoi cierto de que mu-

chos jóvenes pintores, que desde luego hallan razon al consejo, se preguntan ¿cómo se hace para sentir un cuadro?

Lo digo porque, un amigo mio, que me leyó una novela inédita, cuando le observaba que no era sentida me contestó: ¿y qué llamas tú sentir una novela? yo he observado mis tipos en la naturaleza, los he descrito en paisajes, calles, edificios, interiores de piezas, que he visto; y me he dado un gran trabajo para hablar de todos sus detalles ¿qué mas quieres que haga para sentir mi novela?

Es sencillo: penetrarse del argumento de tal modo que cada personaje en el momento en que habla diga absolutamente la frase mas apropiada, que no es sino una, la verdadera; y describir los objetos, casas y piezas, en que los personajes se mueven, dando los detalles que el desarrollo de la novela exije para su intelijencia; pero no insistiendo, por ejemplo, en los adornos de un empapelado y en el tamaño y color de sus dibujos, cuando se trata de una pieza en la que un personaje vá a escribir una carta y en la que, á lo mas, puede ser útil la descripcion del escritorio.

¿A quien no le ha pasado oirle a un pobre campesino la frase típica, característica, la verdadera y la única que describe completamente un objeto o dá cuenta de un suceso, y pensar que habria sido inútil querer inventar igual frase para ponerla en boca de un personaje imajinario

Y sin embargo, el jenio literario debe tener esas adivinaciones de las frases únicas, típicas, al sentir profundamente el argumento de una novela y al entrar a vivir, como si lo hiciera en realidad, con la vida de sus personajes.

Igual cosa debe pasarle al pintor, el que si siente verdaderamente su cuadro debe ver vivas á sus figuras en el momento en que las representa, con la espresion, con el movimiento, accion y actitud que corresponde a la espresion de las ideas y sentimientos que anima a sus personajes.

Y aun hai mas, porque, aun siendo posible y natural suponer que, los personajes todos de un suceso, no concurrieron en la vida con una espresion o accion particular a realizarlo, en el cuadro no es permitido que no tenga cada personaje el distintivo de su carácter o de su condicion,

pues no se trata de hacer una fotografía de la realidad de las cosas sino una pintura, esto es un agrupamiento inteligente de personas, con el objeto de manifestar el sentimiento que los anima, y producirlo, por la verdad de su traslacion a la tela, en el espectador.

¿Los artistas que han pintado cuadros de figuras en la última esposicion han sentido sus cuadros?

Comencemos por Lira.

Yo juzgo a Lira con Lira.

Tengo en mi poder una cabeza de mujer pintada por Lira, en Paris, en mi presencia, en una hora, y nunca creo que se ha encerrado mayor sentimiento en un bosquejo. Lira queria pintar una Magdalena moderna para el salon, era el cuadro con que habia soñado su imajinacion exaltada por la fiebre, que lo retenia en cama sin dejarlo trabajar, estando ya próxima la apertura. En la inmovilidad obligada del lecho su fantasia debió reproducir, mil y mil veces, el tema del cuadro y la Magdalena moderna debia ir hecha completamente realizada, en su cerebro, el dia en que, convaleciente todavía, tomó los pinceles para comenzar su cuadro.

El resultado es esa cabeza que yo no cambio por cuadro alguno de Lira; porque es la tela en que ha encerrado mas sentimiento, aquella en que en ménos tiempo ha dejado mas de su vida.

Pero que es el Pedro Valdivia de Lira!—¿Qué hace ese Pedro de Valdivia?—¿Mira y examina el valle tan solo? ¿Es por acaso Pedro de Valdivia un caballero establecido en la ciudad vecina, que viene, cómodamente, rodeado de servidores y de amigos, en su caballo, a elejir el lugar mas conveniente para ubicar la nueva ciudad? No, Pedro de Valdivia es el atrevido e incansable capitan que, con un puñado de españoles, ha llegado a la lejana y desconocida tierra de Chile.

Ni es posible olvidar que Pedro de Valdivia funda, con la ciudad de Santiago, la primera de su reino; que, como todos los conquistadores, era sumamente apegado a las fórmulas y que, ante su propia imajinacion, ha debido presentársele, el acto de determinar el establecimiento de una ciudad, como de grandes consecuencias y de verdadera importancia para su gloria y la de su patria.

Por otra parte, Pedro de Valdivia, ha atravesado el pais, encontrado, en todas partes, las huellas de la desgraciada espedicion de Almagro, hallando desde Copiapó, la poblacion en armas, sin tener muchos dias como alimentar a sus soldados, negándole los indios todo alimento y pretendiendo reducirlo por el hambre, y viéndose, por último obligado a batirlos con pérdida de un compañero y dos caballos en la jornada.

Era pues natural que, desde capitan a paje, la fundacion de la ciudad, les significara la adquisicion de un seguro contra los indios, cualesquiera que fueran los acontecimientos que se desarrollaran; y que, los sentimientos relijiosos de los conquistadores, hallaran tambien satisfaccion, encontrándose ante una numerosa poblacion de indios a quienes llevar la luz del evanjelio.

De estas preocupaciones, nada revela la figura de Valdivia ni la del fraile domínico. El primero, vestido como un señor de corte, discute, talvez, las condiciones de la nueva ciudad; pero, sus ojos, no se habren ni se iluminan con la espresion del que cree estar realizando algo extraordinario, nuevo y de grandes consecuencias; y al segundo ni siquiera se le mueve un músculo de la cara que revele que, el fanatismo relijioso del conquistador, está interesado en la partida.

¿Y qué decir de ese indio indolente, cuanto hermosamente pintado, que, mira a Valdivia, sin que pueda estudiarse la espresion de su figura, cuando allí, en ese personaje, debia estar reflejada la muda y asombrada protesta del indio chileno, que vé su patria invadida y que adivina, en las picas y mosquetes de esos hombres, de una raza desconocida y de todo en todo diferente de la suya, a los futuros y naturales verdugos de su patria, a los que han de dominar su suelo y estinguir su civilizacion.

Ese indio contribuye a la placidez decorativa del cuadro, llevándola tan lejos que hace absolutamente inaceptable el que pueda representar a Pedro de Valdivia en los primeros dias de su llegada a Chile.

Repito que juzgo a Lira con Lira, y agregaré que no puedo comprender que el pintor del Prometeo y de Cain se satisfaga en pintando cuadros en que hai de todo, hermo-

sísimo paisaje, perspectiva, luz y colores pero en el que falta el alma de los personajes.

Ya, en el Colon, pude notar que habia falta de sentimiento. No es un cualquiera, sin duda alguna, el que mueve en ese lecho, esa blanca y venerable cabeza debe ser de algun buen servidor de la patria o de la humanidad; pero el mal está en que ella no revela que aquel hombre, víctima de una de las mas grandes injusticias humanas, tiene, al morir, como la vision de su grandeza en la posteridad, que se siente dignificado ante si mismo y que sus ojos muestren todo el sublime orgullo y la confiada esperanza del que, al morir, recuerda que lega a su patria adoptiva, a la ingrata España, un nuevo mundo.

En el Pedro de Valdivia los defectos de falta de espresion son mas sérios.

El esforzado capitan ha debido subir a la cumbre del Huelen por vez primera, la idea de edificar la ciudad y su asombro al contemplar el valle de Santiago y al advertir la posicion estratéjica en que podia establecer la poblacion han debido tambien coincidir en su espíritu, y tanto él, como todos los audaces guerreros que lo acompañan, debieran manifestar, por animados signos, la grata impresion que les produce el descubrir el lugar donde van a asentar su soberanía y a donde vendrán a descansar tranquilos de las jornadas de la guerra.

El fraile debiera dar gracias a Dios, lleno de la santa uncion que caracterizó a los sacerdotes de la conquista, y especialmente al buen licenciado Pozo que acompañó a Valdivia hasta la muerte. El indio, viendo las caras resplandecientes de alegría de los conquistadores, al descubrir el lugar en que entronizarán su dominio, debiera manifestar el odio y el temor instintivos que se apoderan de su corazon.

Acaso me atrevo demasiado al entrar en estos detalles con que ya, no solo juzgo el cuadro que Lira presenta sino tambien al que debiera habernos pintado, pero no se olvide que Lira es el primero de nuestros pintores, que hace escuela en Chile y que está llamado a ejercer una influencia determinante en la pintura del pais durante muchos años.

Ahora mismo la crítica que debo hacer al Galvarino

en acecho de Gonzalez es crítica a Lira, que no ha colocado a su alumno enfrente de la dificultad, obligándolo a mostrar la espresion de la figura del indio.

Justamente, el gran progreso de la pintura moderna, consiste, mui especialmente en la escuela francesa, en haber abandonado el desnudo sin espresion de la Escuela del célebre David, que floreció hasta el año 30, y que Sthendal tanto hizo por matar con sus orijinales críticas de arte.

El cuadro del Ercilla de Correa adolece tambien de los defectos del maestro, lo que hace las faltas de este mucho mas dignas de consideracion.

Aquel Ercilla es por su porte y talante un jóven y almibarado guerrero, sin duda afortunado en amores, pues está dejándole, a la amada ausente, un tierno recuerdo de las felices horas del dia anterior, en la corteza del árbol, a cuya sombra juntos habrán contemplado las trasparentes aguas que le bañan.

Ercilla, el inspirado cantor de los araucanos y el valiente y esforzado guerrero ¿porqué ha de ser aquel personaje?

Si se quiere producir la emocion intelectual del cuadro histórico es necesario satisfacer el espíritu de los hombres ilustrados que miran el cuadro, recordándoles las verdades históricas del suceso, y, en este caso, es menester no olvidar lo que, el mismo Ercilla relata, sobre las bravezas del gran brazo de mar que debió atravesar para llegar a la isla aquella y las condiciones del terreno y demas detalles que dá en los siguientes versos del canto XXXVI:

Mas yo que mis designios verdaderos
eran de ver el fin de esta jornada,
con hasta diez amigos compañeros
jente gallarda, brava y arriscada,
reforzando una barca de remeros
pasé el gran brazo y agua arrebatada,
llegando a zabordar, hechos pedazos
a puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa
sin lengua y sin noticia, a la ventura;
áspera al caminar y pedregosa,
a trechos ocupada de espesura

- -

No volveré a repetir cuan conveniente es colocar al personaje principal, de un cuadro histórico sobre todo, con la cara de frente al espectador; pero, para concluir con los errores históricos convendrá indicar uno importante del cuadro de Lira, en la figura de Pedro de Valdivia, que no corresponde con las descripciones que de él han dejado sus contemporáneos, los que están de acuerdo en que era de cuerpo membrudo y fornido y de cabeza grande conforme al cuerpo, de rosto alegre y grave, que debia revelar su buen entendimiento y su habilidad para la guerra, que se ha hecho célebre por el dicho de Carvajal, mirando los tropas de Xaquixaguana, "el diablo o Valdivia anda entre ellos."

Era Valdivia tan notable capitan y esforzado guerrero como desaforado jugador y aficionado a fáciles amoríos, y en suma, hombre vividor, liberal y jeneroso, condiciones que no revela el semblante sóbrio y por demas reflexivo del Valdivia de Lira.

Pero de todos los cuadros de este autor, aquel en que pelean la mas reñida batalla sus verdaderos conocimientos artísticos, correcion de dibujo y habilidad de colorista con la falta de sentimiento es el retrato de la señorita J. Smith.

Cuanto es posible imajinar para embellecer a una hermosa señorita, cuya figura y cuerpo llama agradablemente la atencion en cualquier paseo, está a porfia acumulado en ese cuadro, el que sin embargo no produce una clara emocion de agrado con su vista.

El vestido de baile de seda rosado de los matices mas suaves compite en color con el de la garganta y brazos de la Señorita Smith, venciendo a veces, el pintor, la dificultad que resulta, de este parecido, con tanto acierto que llega a aparecer estraordinaria la vida de la carnacion, en puntos como la mano derecha y la parte descubierta de la garganta.

Pero, así como, en el Pedro de Valdivia, admiran las grandes condiciones de dibujante y de pintor que el señor Lira puede poner, al servicio de su voluntad, para fijar en el lienzo los trajes, las figuras, el paisaje y la luz y se lamenta que, toda esa habilidad de artista, no haya estado dirijida por un concentrado sentimiento en el concepto de la obra, otro tanto se observa en este retrato, debiendo atribuirse a esto la falta de unidad y armonía en todos los detalles.

¿Como se le ha ocultado al señor Lira que, si la señorita Smith tiene un cuerpo del que un escultor puede sacar gran partido, un pintor debe ante todo atacar la figura y aprovechar las condiciones que la paleta le ofrece con el color y el claro oscuro, para trasladar la espresion del rostro? ¿Acaso esa señorita, que tan lindo cuerpo muestra, no tiene hermosos y sombreados ojos que llaman la atencion de las jentes? ¿Por qué encerrar la pintura en las condiciones de su hermana, la escultura, y dejar en un cuadro solo las formas cuando es posible dejar el alma de la persona?

Aquí, el señor Lira, ha incurrido en términos mucho mas sérios en el defecto de esquivar la espresion de la figura, de Correa y Gonzalez, de que adolece tambien la notable figura de su indio en el Pedro Valdivia. Un retrato no es concebible en condiciones de perfil que sacrifiquen del todo el parecido. Y en realidad, ese no es un retrato sino un cuadro en que, la señorita Smith, ha servido de modelo, sin que se sepa, juzgándolo bajo este punto de vista, que es lo que el autor ha querido espresar, porque, como lo he dicho, no se percibe una clara emocion pictórica con su contemplacion.

Si yo dijera a Lira todo lo que pienso, puesto que se trata de servirle para el engrandecimiento de su buen nombre, que es uno de los orgullos del país, le indicaria que desconfiara de su facilidad para pintar, y que no pintara como una obligacion, ni mucho ménos que lo hiciera en los ratos desocupados de trabajos de otro jénero.

El mal que revela la escasez de figuras de la última esposicion y su poca bondad es, como lo esplicaré cuando me ocupe de los paisajes, la prueba mas evidente de la falta de concentracion de los artistas chilenos. Todos ma-

nifiestan que tienen grandes cualidades de pintores, las que dejan perder por que no han tenido constancia para que sus ideas maduren al sol ardiente de la cavilacion y de la perseverancia.

Han atacado su cuadro sin tenerlo hecho en la imajinacion, sin haberlo visto y soñado mil veces, sin haberse representado a sus personajes cual si los miraran vivos, hablando y moviendose; de alli esos olvidos y esos defectos de armonia inesplicables, que matan la emocion que el cuadro debiera producir.

Eso mismo le ha sucedido a la señorita Magdalena Mira con el cuadro del negrito que llama "el primer robo."

Si el catálago no lo dijera en todo habria pensado ménos en que ese negrito se hubiera robado el plátano que tiene en la mano; parece mas bien que, por cualquier motivo tiene pena, la que le sale a los ojos, y que ni siquiera piensa en comerse el plátano que le han dado. Creo que la señorita Mira le levanta un gran testimonio a su negrito suponiendolo ladron: si se hubiera robado el plátano y se hallara arrepentido ya se lo habria comido y a lo mas sería la cáscara la que estaria mirando.

Mucho mas feliz ha sido, en la espresion, la señorita Aurora Mira, en el cuadro de esa prisionera cuyos ojos revelan de tal modo el dolor que se vén secos a fuerza de no tener lágrimas que llorar y cuya actitud de no ble resignacion está perfectamente comprendida.

Para concluir debo indicar al señor Correa que, si bien su cuadro encierra sentimiento y produce la emocion del dolor de su personaje, no creo que ha acertado con la actitud, porque ese gran dolor, esa pena y desesperacion del que ha abandonado su hogar y que todo lo ha perdido y que teme y desea volver entre los suyos, no me parece natural que se esprese, con los mismos movimientos con que se manifiestan las comunes y ordinarias penas de la vida, con la frente apoyada en una mano y el rostro triste y pensativo.

Debo tambien observar, al señor Gonzalez, que es muy sensible que su indio, conservando la actitud que tiene o en otra mas apropiada, no dé la cara al espectador. La dificultad séria de su cuadro estaba en la espresion del indio, eso era lo que debia pintarse: bien está producir con la

actitud del cuerpo un efecto, y es mucha cosa haberlo realizado al punto que lo ha conseguido el señor Gonzalez, pero algo falta en el cuadro, se quiere ver la figura del indio y como no se consigue no se siente satisfecho el espectador.

Querria indicar, tanto a las señoritas Mira como a los señores Correa y Gonzales, algunos de los defectos graves de sus cuadros, verdaderos descuidos u olvidos; pero los límites de este artículo no me permiten entrar en detalles de crítica que reservo para otra ocasion.

III

Llego por fin a los paisajes del salon que es donde los artistas chilenos compiten en bellezas, mereciendo todos verdaderos elojios.

Aqui es donde muchos de ellos han dejado marcada la garra del leon, estampado el sello del jenio por la orijinalidad y verdad del sentimiento encerrado en el cuadro.

Lo diré injenuamente: me he sentido orgulloso de ser chileno al ver que en mi país podia hacerse una esposicion tan numerosa de buenas obras de arte, y a la que sin embargo, no habian concurrido todos los pintores chilenos.

No es esto decir que todos los paisajes sean maravillas, se trata, en muchos, de jóvenes artistas que revelan, en lo que hoi presentan, de lo que serán capaces el dia de mañana.

Pero todos, lo repito, tienen méritos indiscutibles, todos pintan con agrado sus paisajes, saben lo que estan haciendo al pintarlos, se dan cuenta exacta de que procuran trasladar al lienzo la impresion propia para producirla en el espectador, y algunos lo consiguen a la perfeccion.

En una palabra todos han sentido sus paisajes al pintarlos.

Pero es menester esplicarse sobre este punto para encaminar a los jóvenes artistas y tambien para habituar al público a discernir las bellezas de un paisaje o de una naturaleza muerta.

Un crítico hablando de las fresas de la señorita Celia

Castro decia en un diario: "no sé con que arte májico hace vivir esas fresas, porque se nota en ellas un cierto destello de vida, de animación, parece que nos hablan, que nos contemplan, que aspiran el mismo ambiente que nosotros."

Este es un disparate; nunca la condicion que hace la fresa agradables a la vista ha sido que tengau destellos de vida ni de animacion y mucho ménos que parezcan hablarnos y contemplarnos, ni jamas, las ganas de comerlas, nacen de que álguien se imajine que aspiran su mismo ambiente.

Lo que a todos nos agrada en las fresas, lo que nos hace elejir las primeras que tomamos del canasto en que nos las ofrecen es el que a la simple vista, nos parezcan buenas, y que cada una esten diciendo claramente: cómeme

¿Cómo ha de pintarse esto? No me toca decirlo ni indicarlo, ni tengo para qué, desde que la señorita Castro se encarga de mostrarlo en todas las fresas que pinta en su canasto. Todas ellas son tentadoras, dicen a gritos que estan maduras y fragantes, se las adivina riquísimas; y se siente venir el agua a la boca contemplándolas.

¿Cómo hace la señorita Castro para penetrar en las condiciones de agrado de las frutas, para acertar con lo que gusta, a la vista, en cada una y espresarlo en la pintura es algo que sorprende y que solo puede esplicarse diciendo que esta señorita siente el agrado de la fruta que pinta, y que, por esto atina en manifestar sus cualidades y méritos esenciales.

La prueba de ello es que esos tonos aterciopelados de las fresas y de los dátiles, esa especie de luz de madurez y de almíbar que los baña no existe, ni nada hai que la recuerde en los rabanitos, donde la cualidad esencial, puesta en relieve, es su frescura, esa misma cualidad que nos llevaria a elejir entre ciento al rabanito que pareciera demostrarla mas completamente.

La comparacion de los tonos de la fresas y de los rábanos, de la señorita Castro, es uno de los estudios que un aficionado puede hacer, con mas provecho, para comprender de cuan diferente modo un pintor espresa la idea que persigue.

Un artista debe hallar tambien motivo serio de estudio en la comparacion del éxito que, la señorita Castro, obtiene

cuando pinta frutas y legumbres y cuando pinta figuras, para llevar a su espíritu la idea de que no es dado. al mismo artista, sentirlo todo con igual fuerza y claridad y mucho ménos acertar en las condiciones que han de ponerse de relieve en todo cuadro para producir el efecto que se desea.

No pretendo llegar a deducir de esta indicacion que no sean buenos pintores de figuras los que hoi manifiestan tener grandes condiciones de paisajistas.

La mayor diferencia entre la pintura del paisaje y la de la figura es que el primero exije mucho ménos tiempo para quedar en la tela encerrando la impresion que ha sentido el pintor.

La figura requiere mas espacio y estudio y es mui fácil perder de vista el sentimiento que, en el primer instante y durante los primeros dias, animó al artista; quién, al cabo de una semana, si se deja distraer por otras ocupaciones, puede llegar a mecanizarse completamente en la realizacion de su obra, y a no tener guia, en su propio espíritu, para elejir los detalles de la figura y de los colores correspondientes al todo armónico del cuadro visto en el primer momento.

De aqui que, para el que quiere dedicarse a la figura, el mayor peligro de la pintura del paisaje es el hábito de proceder con rapidez en la ejecucion y conclusion a que naturalmente el paisaje inclina, y como consecuencia, a la falta de concentracion en la misma idea durante varios dias que exije cualquier cuadro de figuras, por las dificultades del dibujo y estudios previos de manos y pies, eleccion de actitud, distribucion de los personajes etc. lo que a veces pide muchas semanas y aun meses para su completa realizacion.

Pero, conocido el peligro, es fácil evitarlo entregándose a un completo retiro, viviendo solo y honestamente y en condiciones de aislamiento y concentracion absoluta por lo que hace a preocupaciones ajenas al arte. De este modo, el jóven pintor puede tener la seguridad de dar a sus figuras todo el sentimiento que desea por muchos que sean los dias que demore en su trabajo.

Volviendo al paisaje, querría ir uno por uno desentrañando las bellezas que contienen

Hai en algunos de ellos primores de color, aire que se

mueve entre los árboles, luz que los inunda, cielos claros serenos con diáfanas y vaporosas nubes que los cruzan todos, tan verdaderos y tan sentidos y tan admirablemente pintados que no dejan nada que desear. Tiene el señor Lira un paisaje que llama, "luz y sombra" tan admirable de efecto con solo los distintos colores verdes de los árboles, que es, entre todos los suyos, el mas sentido y el cuadro en que el espíritu encuentra mas motivos para solazarse contemplándolo, quizá porque, aquellos inesperados cambios del mismo color; y las profundidades y las luces y sombras y claridades de ese bosque, son como las olas movibles del mar y como todo lo que nunca cesa de vivir y de variar, cuna en que el espíritu mece sus ilusiones recordando las perdidas y forjando nuevas y mas dulces, o sintiendo a veces que las pasadas han dejado barrido y seco el corazon.

Para esplicar el encanto de los cuadros del señor Subercaseaux no hallo la frase apropiada. Ante todo es él en sus cuadros, cuando pinta es porque lo que ha visto lo ha sorprendido manifestándosele con luz y color que nunca ha encontrado en pintor alguno.

Tiene la conviccion de su orijinalidad profunda y la demuestra con vigor y habilidad incomparables.

La palmera es soñada, es la palmera real, la altiva palma del bosque cuyas hojas se ajitan con el viento produciendo dulcísimo murmullo y que, en las horas de vendabal, sacudida por el aquilon, ha sentido desgajarse alguna de sus ramas quedando marchitadas y amarillentas al lado de las otras.

Se siente, se vé llóver en la plaza de armas y es cosa que maravilla como el efecto está producido.

Pero, por sobre todo, coloco la playa de Viña del Mar. No he visto entre los pintores, de los titulados y pretendidos *realistas*, de la escuela francesa, nada que pueda acercársele en orijinalidad. Es una nota única, es algo como el grito salvaje que dá la hembra una vez en la vida y que despues no vuelve a repetir cambiadas ya las condiciones de su existencia. Ese cuadro revela tanta y tal lei de orijinalidad que es pecado, gravísima falta que el señor Subercaseaux no se dedique por completo a la pintura para gloria de su patria y encanto de los aficionados al arte.

Aqui debo detenerme: me he exedido de tal modo de los límites que me habia fijado para este artículo que es menester cortarlo, sin demora, a riesgo de que se convierta en libro si paso a ocuparme de los paisajes de Orrego, Vargas, Jarpa, J. F. Gonzalez y Swimburn.

Por otra parte, no he pretendido pasar en revista todo el salon del 85 sino solo aquellos cuadros que se prestaban a observaciones útiles para formular sanos principios útiles a la concepcion del arte y a la perfeccion de la pintura entre nosotros.

GUILLERMO PUELMA TUPPER.

Santiago, enero de 1885.

APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN)

(Conclusion.)

Sobre la muralla esterior de la sala de Armas en una de las dependencias del castillo de Dresden puede seguirse la completa sucesion de los príncipes que han gobernado en esa tierra; están pintados a dos colores, como pasando en una procesion continuada, desde los condes belicosos y medio salvajes de la Edad Media hasta los reyes actuales, y vénse allí los trajes jermánicos del siglo XII, las armaduras, la elegancia del XVI, los rasos de los Luises de Francia, y por último los uniformes alemanes del actual ejército.

Hé allí una familia nobilísima que desde 800 años ha venido sucediéndose sin interrupcion.

El primero de todos es "Conrado de Wettin", que desde la época remota de 1123 convirtió en hereditario el Markgravado de Meissen, que hasta entónces habia sido gobernado por señores feudales puestos en él a voluntad del emperador. La vida de esos señores de los tiempos oscuros de la Edad Media es sobremanera novelesca, y ninguna como la del conde Wiprecht, verdadero caballero andante, hoi dueño de innumerables tierras, mañana despojado de todas ellas, hoi victorioso, mañana prisionero.

Destruia ciudades, conventos, iglesias, y no contento con llevar a cabo sus aventuras en su propio pais, marchó has-

ta Italia, donde el emperador, queriendo convencerse si era en realidad tan valiente como su fama, hízole soltar un leon furioso, para que el caballero desarmado y sin mas defensa que su brazo combatiera con él. No solo se convenció el emperador sino que quedó, despues de la dura prueba, mas admirado que nunca, porque el conde dió al leon tal feroz puñetada sobre los ojos, que el animal desatentado y lleno de terror no se atrevió a acercarse mas al terrible adversario.

Poco despues el mismo Wiprecht, rebelde al emperador, perdió sus dominios de Sajonia, y habría perdido tambien su cabeza si no la hubiera redimido con ellos. Pero, como todos los señores de aquel tiempo, expió todas sus aventuras y crímenes con un peregrinaje a Roma y a Santiago de Compostela, y vino a terminar su vida con la capucha de fraile, en un convento fundado por él, probablemente en el mismo sitio donde habia destrozado otro.

Algunas jeneraciones despues de Conrado de Wettin aparece Alberto I; las tierras de Turinjia habíanse unido a los dominios de Meissen, y Alberto, que habitaba el famoso castillo de "Wartburg", tan conocido en la historia de los trovadores, ha merecido el apodo de "malo". Su esposa era la hija del emperador Federico II, el enemigo mortal del Papa; y cuenta la leyenda que deseando el margrave deshacerse de Margarita para casarse con Kunigunda de Eisenberg trató de hacerla asesinar. Un conductor de asnos, que venia todos los dias al Wartburg fué encargado de penetrar una noche a sus habitaciones y degollar a la piadosa Margarita en su propio lecho; pero al momento de hacerlo remordióle la conciencia, y en vez de cometer el crímen, descubrió a la condesa su intento, proporcionándole los medios de escape en la oscuridad de la noche con escalas y cuerdas para descender las murallas del castillo y salir del poder de su esposo.

Margarita ántes de partir se despidió con el corazon desgarrado de sus tres hijos que dormian, y con la violencia del dolor imprimió una mordedura en las mejillas del mayor de ellos, Federico, que le quedó gravada para siempre.

Miéntras Margarita iba a morir de pesar en Frankfort, Alberto se casó con Kunigunda, y los hijos de aquella tu-

vieron que entrar en las luchas mas reñidas para conservar sus hermosas tierras de Turinjia, porque el rei aleman negaba el derecho de suceder a los miembros de una familia puesta en entredicho por el Papa.

Federico estaba ya en posesion del margravado de Turinjia, pero las tropas del rei Alberto de Austria vinieron a atacarlo poniendo sitio a su castillo, en esos momentos nació al conde una hija, y como no quisiera perder tiempo en hacerla bautizar, hizo armar a unos cuantos de sus servidores, y él acompañando al ama que conducia a la criatura, salió a media noche con direccion al convento mas próximo. Divisáronlo los enemigos y se lanzaron a perseguirlo. Para mayor desgracia comenzó a llorar la niña. "Señor, dijo el ama, la criatura tiene hambre, y no callará hasta que no halla tomado el pecho".—"No privaré de eso a mi hija aunque me cueste todas las tierras de Turinjia", contestó el margrave y buscando un sitio oculto en el bosque, se detuvo, eso fué lo que le salvó, porque miéntras tanto los soldados enemigos siguieron adelante en su persecucion. Algun tiempo despues las tropas de Meissen derrotaban a los austriacos y bohemios del rei, y Federico, que sobre la muralla tiene el sobrenombre "desterrado", era dueño pacífico de todos sus dominios.

Federico, el belicoso, que viene mas adelante, se hizo notable en la guerra de los Husitas, plaga desoladora que acarrió tantas pérdidas y desvataciones en Sajonia y Bohemia, y reuniendo el margravado de Meissen al pequeño Electorado de Sajonia, llevó desde entónces el título de Elector, con que continuaron sus sucesores. Fué él ademas quién fundó en 1049, la Universidad de Leipzig cuando un sin número de estudiantes descontentos de la de Praga, que es la Universidad alemana mas antigua, se dirijieron hácia él para suplicarle la fundacion de una nueva; desde entónces Leipzig ha conservado uno de los primeros puestos entre todas las Universidades de Europa.

Este fué el Elector, que como tantos otros príncipes alemanes, se dirijió al lago de Constanza para presenciar en uno de sus pueblos la acusacion de Huss y de Hieronymus, que fueron condenados a las llamas por su rebelion a la Iglesia. Ninguna de las comitivas fué mas brillante bue la de Federico, y la pompa del mismo Emperador

Sejismundo palideció ante el lujo y número de caballeros, pajes y servidores que lo acompañaban.

En Waldheim atacó al castillo de un señor que le había sido rebelde; ni las poderosas defensas ni el el valor de los defensores valió para impedir que cayera en su poder después de los primeros ataques. Federico declaró a todos prisioneros permitiendo al mismo tiempo a la mujer del caballero rebelde saliera en libertad sacando consigo todo lo que alcanzara a cargar sobre sus espaldas. La mujer hábil a la vez que robusta, no deseaba otra cosa; y cual sería la sorpresa de Federico al verla salir por las puertas del castillo trayendo a su marido a cuestas. En su fidelidad no había encontrado nada de mayor valor que salvarlo de manos de los conquistadores. El Elector, que ya había dado su palabra, no podía retirar la promesa; pero en vez de enfadarse, admirando la astucia de la dama y sus buenos sentimientos, concedió la libertad no solo a ellos sino tambien a todos los habitantes del castillo, y despues de este acto magnánimo se guardaron bien de continuar haciendo la guerra a su salvador jeneroso.—

Refiérese algo semejante de uno de los castillos del Rhin, por que todos ellos poseen sus leyendas—pero entónces todos los defensores tenian a sus mujeres dentro de las murallas: de suerte que cuando la concesion del conquistador fué hecha a éstas, pudieron salir todos los hombres cargados en hombros de sus caras mitades; ello prueba que las mujeres alemanas son mui fieles y cariñosas con sus maridos, y al mismo tiempo que son bastante fuertes para resistir a cargas pesadas.

Los dos hermanos Ernesto y Alberto, que continuan con pequeña interrupcion la notable lista, gobernaron juntos, y desde entónces se dividió la familia sajona en dos ramas diversas: la línea albertina, que es la que continuó en el Electorado sajon, y la ernestina en los ducados turinjios.

Aquellos dos, cuando mui niños todavía, sufrieron una aventura que, gracias a la Providencia, no les fué fatal; es mui popular ahora en el país, la he visto reproducida varias veces en la tela, y se le conoce con el nombre de "Robo de los Príncipes", porque ellos fueron robados en efecto.

El valeroso caballero Kunz de Kaufungen era uno de los mas poderosos y ricos del Electorado de Sajonia; poseía numerosos feudos en Turinjia y Bohemia, y todos los príncipes debíanle gran consideracion por sus proezas en la guerra contra los Husitas. Habiendo perdido una de sus propiedades en Turinjia, a causa de las luchas privadas que los príncipes habían mantenido entre sí, quiso recuperarla del Elector de Sajonia, que lo era a la sazon Federico, el apacible. Como éste no hiciera caso de sus quejas, el airado caballero juró venganza en la carne y sangre del Elector, segun fueron sus propias palabras.

Marchó a su castillo de Eisenberg, en Bohemia, con el objeto de prepararse para su tentativa y juntar algunos guerreros atrevidos que estuvieran dispuestos a secundar completamente sus planes, para los cuales ya contaba con el apoyo de un miserable criado de cocina en el castillo Electoral. De vuelta de Bohemia con 37 caballeros de séquito y unos cuantos guerreros mas de a pié, fué informado por aquél que, debiendo el Elector marcharse a Leipzig con toda su jente de corte, el castillo de Alenburg iba a quedar pronto sin proteccion alguna, y que entónces los dos pequeños príncipes estarían a su merced. Sucedió así en efecto, y llegado el momento en que todos los preparativos y precauciones para el éxito estaban asegurados, tanto de adentro como de afuera, escaló Kunz las murallas con nueve de sus más valientes servidores, y penetrando a las habitaciones donde los niños dormían, apoderóse él mismo de Ernesto, que era el mas grande, y dejando que otro de los suyos se apoderara del menor. La duquesa Margarita despertó al ruido, pero apesar de sus gritos y clamores indefensos no pudo impedir que aquellos hombres poderosos bajaran las escaleras con sus dos hijos sobre los hombros. Al llegar abajo descubrió Kunz que sus compañeros se habían equivocado en su presa, porque el niño no era uno de los príncipes sino un conde que dormia con ellos; pero ello no le importó mucho, porque miéntras ordenaba a algunos de los guerreros condujeran a Ernesto a su castillo de Bohemia, entraba otra vez a la residencia electoral para reparar el error y sacar al verdadero príncipe que se habia quedado desapercibido en otra de las habitaciones. Las campanas del castillo tocaban

ya a alarma, y corría la voz entre los asustados habitantes del desacato terrible cometido en la ausencia del Soberano; pero ello fué inútil, porque ya el audaz criminal había tomado las sendas perdidas del bosque, donde nadie podría jamás descubrir sus huellas

Para mayor precaucion despidió a todos los individuos que aún habían quedado a su lado, dejándose únicamente a un fiel criado para que le guardase compañía en el escondite. Al llegar en medio del bosque a la choza de un carbonero, que junto con el amanecer del dia tomaba su primer alimento, imploró el fatigado niño un instante de reposo; porque sediento de sed solo allí podia satisfacerla. Detúvose Kunz ante las repetidas súplicas, y habiendo el príncipe encontrado una oportunidad de descubrir su nombre al carbonero, éste, hombre fuertísimo y de valor a toda prueba, no pudo contenerse, y valiéndose de su perro y de un enorme garrote, dió de improviso tal ataque al caballero y su criado, que ámbos pronto quedaron fuera de combate. El príncipe Alberto estaba salvado; y el atrevido captor, atado y prisionero, vióse conducir por el paisano a Freiberg, cuya plaza ostentó muy pronto su ejecucion como castigo inmediato, y pudo exhibir a las miradas de todos la cabeza del temible caballero Kunz de Kaufunge. El carbonero, cuyo nombre era Georg Schonidt, se hizo el personaje mas popular de todo el país, y recibió naturalmente del Elector las mas señaladas muestras de su gratitud.

Casi al mismo tiempo ocurrió la salvacion del mayor de los Príncipes, Ernesto, que con sus guardianes habia tomado el camino de Bohemia. Como la alarma habia cundido, aquellos veíanse ya perseguidos por todas partes, amenazados en todas direcciones, y faltándoles el valor al ver que la escapada hácia la frontera se hacía imposible, ofrecieron a las autoridades de Swickau entregar al Príncipe prisionero con la condicion que se les dejara a ellos en libertad para escaparse de Sajonia. Fué ella otorgada, y a la tarde siguiente al suceso el Elector, Margarita y los dos Príncipes, cuya escapada habia sido tan Providencial, marchaban en peregrinaje a Ebersdorf en accion de gracias por la proteccion del cielo en tamaño peligro.

De los cómplices en el crímen casi todos sufrieron la

muerte de una manera u otra; unos colgados, otros destrozados con tenazas hirvientes, otros sencillamente decapitados, pagando así caro la aventura en que habian tenido participacion.

Este es el "robo de los Príncipes," hecho tan popular en la historia sajona, y que entre muchos decora las murallas del hermoso castillo de Missen; cuyo guardian se empeñaba en referírmelo cuando yo probablemente lo conocia con mayores detalles aún que él.

Los dos hermanos que, a diferencia de sus predecesores, fueron verdaderamente hermanables, reinaron juntos en el Electorado, y esa época se hizo notable por el descubrimiento de las minas de plata de Schuceberg, que dieron grandes riquezas al país. El Duque Alberto y su hermano aprovecharon por cierto de las mismas, y aquel recibió un enorme trozo de plata que hizo colocar como cubierta de una mesa esclamando: "¡Ni el Emperador tiene una mesa semejante!"

Esas minas como otras han tenido gran importancia desde entónces en Sajonia en donde forman una de las principales industrias; y en los países alemanes es talvez aquel en que la minería ha alcanzado mayor desarrollo. La esplotacion de carbon tuvo su oríjen algunos años mas tarde; y mucho despues naturalmente la fundacion de la gran Escuela de Minas de Freiberg, hoi uno de los centros científicos mas importantes de toda la confederacion.

Dejaré pasar en silencio, por que lo contrario sería tarea larga, los varios príncipes que vienen en pos de los últimos, en que ya se notan los trajes y el aspecto de la época moderna; aquellos que fueron los mas grandes protectores de la reforma de Lutero en Alemania, combatiendo con el poderoso Cárlos V en Mühlberg, y con otros de los príncipes católicos; los que en seguida, formando parte de la colosal guerra de Treinta Años, fueron testigos de todos los azotes que ella trajo consigo para su país desgraciado, las desolaciones de las hordas suecas por una parte, y las de los imperiales bajo Wallenstein por la otra; porque deseo llegar pronto a uno que no lleva ya coraza ni escudo, sino rasos, sedas y peluca empolvada, porque pertenece a la época lujosa de Luis XIV, a Augusto el Fuerte, por fin, que es el personaje con quien uno se fa-

miliariza mas en Dresden: tan conocido y popular es su nombre.

Ya mas de una vez he tenido ocasion de nombrar a este soberano, que tanto como "el Fuerte" podría ser llamado "el Magnífico," al ocuparme del palacio del Toviger, y del Tesoro real, que él en su lujo loco formó en su mayor parte. La vida de Augusto fué una mezcla de guerras, de combate en las cuatro partes de Europa, y de una ambicion desmedida por brillar en lujo, riqueza, y disipacion enorme en todos los placeres materiales de la vida. La Corte del Gran Monarca francés produjo en él su efecto: pero cuando se vió dueño del trono supo sobrepujarla en estravagancias, y probablemente no se habrá visto en la historia un período de mayor locura en el derrochamiento y mucho mas si se considera la pequeñez y escasos recursos de Sajonia, que se veía oprimida por otro lado con las mas terribles y costosas guerras, traidas únicamente por la ambicion personal de su Elector Augusto.

Este fué llamado "el Fuerte," porque tenía en efecto fuerzas hercúleas; podía quebrar con los dedos una herradura de hierro, romper un plato de metal, y en una ocasion sostuvo con un brazo horizontal, desde la curia de la torre de San Estéban de Viena, a un trompetero que tocaba miéntras tanto su trompeta. Cuéntase que desde que nació fué alimentado con leche de leona, y a este rumor atribuia el pueblo el oríjen de sus fuerzas colosales.

En la guerra era uno de los hombres mas nombrados de su época, y peleó repetidas veces en las campañas contra Luis XIV, y después contra los turcos en Austria, contribuyendo en gran manera con el rei polaco Sobiesky a salvar a Viena del peligro tan inmediato de la dominacion musulmana.

A la muerte de aquel rei el trono de Polonia quedaba vacante, y Augusto no quiso perder la oportunidad de colocar la corona sobre su cabeza; el Electorado era demaciado pequeño para sus pretensiones y su pompa, y había menestar de los honores reales. A la vez que él, el Príncipe francés Conti quiso hacer valer las mismas pretensiones, pero fué vencido en la eleccion por su rival, que se había cuidado de enviar a Polonia 10 millones de florines para obtener desde luego las simpatías de los electores; y sobre

el dinero mando 8,000 soldados para que acabaran de asegurarle el éxito. En su entrada triunfal en Varsovia y en las fiestas de la coronacion se calcula que su traje y joyas tenían un valor de mas de un millon de thalers, porque quería por el fausto imponer desde luego a sus súbditos polacos.

Vino entónces la invasion de Cárlos XII, de Suecia, en Polonia, y Augusto derrotado en todas partes por las huestes conquistadoras de aquel monarca-héroe, vióse obligado a renunciar al trono en favor del protejido de Cárlos, hasta que mucho tiempo después pudo volver nuevamente a ocuparlo, mediante el triunfo definitivo de los rusos sobre los ejércitos cada vez mas reducidos del norte. Era naturalmente la infeliz Sajonia la que pagaba las guerras y los gastos estraordinarios del fausto de su Elector, que alcanzaron hasta la suma increible de 100 millones de thalers, y como el país no alcanzaba a darle cuanto necesitaba, vendió aún a Brandenburgo algunos de sus dominios.

Para ocupar el trono de Polonia debió tambien Augusto renunciar a su relijion, que desde la reforma había sido la de sus antepasados, y convertirse al catolicismo, que a su vez ha sido desde entónces la de los Soberanos del país.

Las fiestas con que Augusto celebró en Dresden el matrimonio de su hijo con la hija del Emperador de Alemania fueron verdaderamente reales, y costaron ellas solas 4 millones de thalers. Cuando la jóven princesa llegó por el Elba en un barco magnífico, esperábala el rei Augusto en la orilla rodeado de 1,900 nobles, y de un ejército inumerable y espléndidamente equipado; sus propios vestidos y joyas pasaban de 2 millones en valor; 107 carrozas de a seis caballos, miles de guardias, suizos, moros, caballos, mulas, formaban una procesion interminable. Y después durante muchos dias sucesivos seguían las fiesta en el teatro, torneos, paradas, caceríos, ferias; fiestas turcas y mitolójicas, y en fin una sucesion tal de espectáculo y entretenimientos como talvez no se ha visto jamas en los tiempos modernos; y ello no solo en Dresden sino aún en cada uno de los castillos y residencias reales en el país.—

En otra ocasion el rei de Prusia, el soldadesco Federico, y su hijo, que se llamó despues el "Grande," hacían una visita a la Corte Sajona; Augusto no podía ménos de festejar de una manera digna de él a sus reales huéspedes, y dispuso otro jénero de festividades, no tan prolongadas como en las bodas de su hijo, pero que siempre costaron mas de un millon de thalers a su pueblo. Esta vez fué una reunion de 30,000 soldados; que en una sola comida consumieron 170 bueyes, en otros tantos platos de madera que fueron en seguida arrojados al rio; fuegos artificiales de tamaño colosal; varios navíos venecianos con miles de luces sobre el Elba; marineros de todos trajes y países, turcos y jenízaros que con vestidos de oro resplandecían: y en todo, el conjunto mas fantástico y hermoso, porque el rey tenía además de su amor al lujo bombástico verdadero discernimiento artístico. ¡Cuánto escandalizarían al austero Federico de Prusia estos enormes despliegues de riqueza y la vida increiblemente voluptuosa de la Corte de Dresden! Fué en ello donde su hijo, hasta entónces sin mas distracciones que las que le proporcionaba el cuartel y el ejercicio, aprendió a entrar en el camino de los placeres, porque abriósele allí un nuevo campo que aún no conocía.

Pero ese aspecto de la vida de Augusto el Fuerte prefiero pasarlo en silencio, aunque si es uno de los aspectos por que él ha sobresalido mas; para conocer la historia de la Condesa Cosel, (que hizo gastar al Rei 20 millones) de la Barberina, de la Mingotti, y en fin, de muchas otras hermosuras de su tiempo, basta abrir las pájinas de los actuales comentadores franceses de Alemania.

Despues de conocer en tanto detalle la vida de Augusto el Fuerte, y de escuchar en Dresden su nombre a cada instante, encontré su tumba—un ataud enorme por cierto —en las bóvedas de la Catedral de Cracovia, junto con los demas sarcófagos reales de Polonia. Pregunté al judío que me servia de guía en la ciudad, si no estaban tambien enterrados allí los hijos de Augusto. El guía no supo contestarme, pero comprendí que ignoraba su número, porque si hubiera sabido que ellos subieron a 353 no hubiera titubeado un momento para decir que no estaban enterrados ahí; la cripta es pequeña, y 353 ataudes no hallarian sitio al lado de los Segismundos, Sobieskys, Poniatowskys, y

demas ilustres polacos que en ella reposan.—El corazon de Augusto fué llevado, sin embargo, a Dresden, de modo que ha legado su cuerpo al reino estranjero, y al electorado nativo su corazon. Para éste su recuerdo es ménos feliz que brillante.

En pos de Augusto el Fuerte tenemos allí a su hijo mayor y heredero, Augusto III, y su vida es igualmente un contraste de pompa, placeres y guerras terribles en el país, aunque él mismo supo huir de sus estragos; no era militar como su padre, ni tenia su talento, pero sí tenia un gusto estraordinario por las artes, gracias al cual cuenta Dresden con su célebre galería de pinturas, que él supo poco a poco enriquecer. Logró igualmente hacerse elejir rei de Polonia, y fué allí a donde se escapó durante las desastrosas guerras de Silesia, especialmente durante la de "Siete Años", en que por unirse al Austria contra Federico de Prusia, fué víctima su país de todas las crueldades y desatres que le impusiera ese gran rei. Miéntras Sajonia veia derramar la sangre de sus hijos, desvastar sus ciudades, desde Dresden hasta las mas pequeñas; imponer las mas odiosas contribuciones a sus habitantes, miéntras él perdia 100,000 hombres y su tesoro 200.000,000 de thalers, el Elector, con su favorito Brühl, continuaban en las capitales polacas sumerjidas en la vida ociosa y de placeres, no preocupándose absolutamente de los terribles sucesos que acaecian entretanto en su propio país.

Pero Augusto III no era casi responsable de su gobierno porque, carácter débil, dejóse dominar desde el principio por ese ministro omnipotente, cuya historia es mas importante aun que la de su Señor, puesto que fué el verdadero monarca, y quien tenia en sus manos los destinos del Electorado. Brühl tuvo un oríjen insignificante.

Era paje de Augusto el Fuerte; pero apesar de esa condicion tan humilde, habia sabido ganarse poco a poco por medio de halagos y adulaciones todas las simpatías del rei, a quien agradaba sobremanera su porte elegante y la hermosura distinguida de su figura. Cuéntase que el Ministro o Consejero privado de Augusto entregábase con mucha frecuencia al vicio de la bebida, cuyos efectos le

impedian, naturalmente, desempeñar en esas ocasiones las tareas de su cargo.

Apesar de lo mucho que esto disgustaba al rei nunca habia podido hacer el ánimo, sin embargo, a deshacerse de un Consejero que por lo demas le servia con tanta intelijencia como consagracion; pero llegó al fin el caso en que la falta se hizo imperdonable, y en que el rei se fatigó de su prolongada condesendencia.

Estaba Augusto un dia solo en su gabinete, sin mas servidumbre que su paje Brühl, que jamas dejaba de acompañarle, y habiendo recibido un despacho de importancia, dijo a aquel: —"Vé a buscar inmediatamente a mi Consejero privado, a quien necesito al instante para la contestacion de este despacho."—Marchóse el paje a cumplir la órden, y al cabo de un rato estaba de vuelta, pero sin que el Ministro llegara con él.

¿Por qué no viene aun? preguntó el rey.

"Su Excelencia pide a Vuestra Majestad le escuse de presentarse hoi a palacio, porque está imposibilitado para salir", fué la respuesta del jóven Brühl.

"Vé de nuevo, y díle que si no viene al punto, cumpliendo las órdenes del rei, queda en el mismo momento destituido de todos sus cargos; no puedo tolerar que un súbdito se burle así de las órdenes de su Soberano.

Brühl no deseaba otra cosa que estar fuera del alcance de la cólera caprichosa de Augusto, y salió por segunda vez en direccion a las habitaciones del desgraciado Consejero. Pero todas las órdenes reales del mundo no habian bastado para hacer salir a éste de su escondite, y ménos aun para que pudiese redactar un acto cualquiera de gobierno, porque los efectos del licor se habian apoderado de su cabeza con mas fuerza que nunca. La amenaza no le hizo por lo tanto efecto alguno, sino que por el contrario, la devolvió con un insultante mensaje, que por cierto Brühl se guardó bien de trasmitir.

Llegado a la real presencia enteró a Su Majestad del rehusamiento del Consejero:—"Está ébrio, y mal puede hoi servir en los deberes de su puesto" fueron sus palabras, y callando el resto, tuvo que ser testigo mudo de las iras del rei que naturalmente se desencadenaron contra el desvergonzado Consejero que ya tantas veces le habia hecho falta por

el mismo motivo ignominioso. Pero ni sus arranques de cólera, ni el desgraciamiento del Ministro, a quien juraba no admitir mas en el palacio, ni todas las protestas contra la Majestad ofendida bastaban para satisfacer las necesidades urjentes del momento, porque allí sobre la mesa esestaba el despacho recien abierto, y no se habia redactado aun la requerida contestacion.

Brühl aguardaba con paciencia entretanto, y cuando creyó llegado el momento oportuno, púsose delante del rei, y le dijo:—"Si Vuestra Majestad me lo concede, yo podria escribir el pliego, puesto que ahora no tiene otro secretario."—Solo Brühl entre todos los pajes podia permitirse semejante osadía de ofrecer sus servicios para consejero íntimo, y por venir de él no lo tomó el rei a mal; pero se burló sí de las pretenciones del muchacho, que queria dar un salto demasiado precipitado de paje al primer puesto.

Pero nada puede mas que la simpatía; y como Brühl no se dejara atemorizar por el primer rechazo, sino ántes bien redoblase sus súplicas y esfuerzos para servir a su Soberano en estas circunstancias difíciles, obtuvo al fin que éste le permitiera escribiera la respuesta necesaria al despacho, segun su propia opinion, la que despues el rei podría aprobar o desaprobar. Lo aceptó Augusto solo por condescendencia, porque estaba demasiado seguro que la tarea era superior a la esperiencia y a los conocimientos del entusiasta servidor.

El paje ocupó el puesto del Ministro, y despues de haberse impuesto detalladamente del contenido de la nota redactó sin gran tardanza su contestacion, cuya lectura dignóse luego el rei en escuchar. Enorme fué su sorpresa al notar en cada uno de los párrafos la correccion y limpieza de estilo, la prescision de los términos, el profundo conocimiento, en fin, que en todos los asuntos de Estado demostraba el jóven secretario, y tan grande su entusiasmo al haber descubierto su talento hasta entónces desapercibido, que elevándole en el acto de la humilde categoría de paje le colocó en los mas altos puestos del Estado.

Pero toda esta importancia fué para Brühl solo los principios de su gradeza, que vino a desarrollarse durante el reinado de Augusto III. Entónces no solo fué Ministro,

sino que reunió en sí todos los cargos del Gobierno, toda la masa de poder del mas despótico de los tiranos, porque su voluntad pesaba mas que la del rei mismo, mas temidas eran sus iras y sus disgustos, y no ménos fastuosa la pompo de su vida ni la riqueza de sus palacios. Hizo construir uno a orillas del Elba, y formó los jardines y terrasas, que todavía se conservan entre los paseos más agradables de Dresden; tenía ayudantes de cámara, pages y mas de 200 individuos de servidumbre, y todo a espensas del pobre país a quien malgastaba innumerables millones. Protestante en Sajonia, en Polonia católico, pero siempre dueño absoluto del débil Augusto III, para quien compraba pinturas antiguas en Italia, es uno de los tipos mas curiosos de la historia, y mas esencial por cierto que el rey de quien fué siempre único favorito.

Oh! a cuántos comentarios y observaciones se prestaria el estudio de las figuras que llenan esa muralla, y de quienes yo solo he bosquejado una que otra silueta; la historia de los príncipes se identifica con la de la nacion, porque de ordinario deben ellos de participar de las circunstancias, ser poderosos cuando ella es poderosa, desgraciados cuando ella es desgraciada, pero entónces les queda el deber de levantarla.

Despues de los dos Augustos que, por el contrario, la habian dejado en la ruina mas completa, vinieron algunos Electores cuya única tarea fué borrar esas faltas, rehacer el tesoro, y sin hacer mas caso de esa corona de Polonia que tan caro habia costado, ocupáronse únicamente del bienestar de su pueblo.

Luego toca su turno a Federico Augusto I, creado rei por Napoleon I, pero que tuvo que pagar el honor de su pais creado reino, y la alianza con los franceses de la manera mas amarga. Participó durante algun tiempo de todas las victorias y de los favores del conquistador que parecia indencible; vió agregarse a sus dominios el Ducado de Varsovia: y siempre fiel a la alianza francesa, a pesar de la repugnancia de sus propios soldados, sufrió al fin el destino cruel de los vencidos en Leipzig, en la batalla de las Naciones.

Tomado allí prisionero, quedó Sajonia completamente entregada a los aliados victoriosos; un gobernador ruso do-

minó en Dresden; y poco despues en el Congreso de Viena se acordó despojarla de mucho mas de la mitad de su territorio, que pasó a manos de la Prusia, que naturalmente lo ha conservado.

Este rei, de sobrenombre "el Justo", ha dejado a los sajones la memoria mas grata, y una estatua erijida a ella se levanta en los jardines del Turisger en Dresden.

Comienzan en seguida los reyes constitucionales, aquellos que como en casi toda Europa, debieron oponerse al movimiento revolucionario y tratar de asegurar sus tronos, otorgando constituciones que garantizaban los principios de libertad. Despues de otros, Federico Augusto II, que en 1839 vió inagurarse el primer ferrocarril de importancia en Alemania, entre Dresden y Leipzig. Su muerte, acaecida en 1854, tuvo lugar de una manera misteriosa: la version recibida es que, viajando por las montañas del Tirol, se volcó el coche que lo conducia, y recibió tan fuertes golpes que al cabo de pocos minutos habia dejado de existir; en ese mismo sitio han edificado despues una capilla.

Pero el hecho de que no hayan traido a Dresden sus restos para que reposaran junto con todos los personajes reales, ha dado entre otras cosas que sospechar que no fué verdaderamente ese su fin, sino que hai algo de oculto y misterioso. Algunos cuentan que no murió en el viaje, sino que fué arrebatado por los jesuitas, (¿cómo podian faltar los jesuitas en historia misteriosa?) para quienes era desagradable, y que, encerrado desde entónces en un convento de Baviera, vive todavía, por el estilo de aquellos prisioneros de romance, como el de Chillon, que envejecen bajo los hierros, y cuyas voces y clamores quedan perdidos entre las piedras de las gruesas murallas, sin que los vivos de afuera alcancen a escucharlas.

Otros han cambiado un poco la historia, aunque conservando sus rasgos principales. El rei está vivo y encerrado en un convento, pero ello por su propia voluntad. Habia tenido desde su juventud un amor muy vehemente por una mujer de condicion baja, y que de ninguna manera le era dado esposar; ese amor era, sin embargo, lo único que le halagaba en el mundo, y al descubrir una vez que su amante lo habia abandonado, que ese único atractivo esta-

ba perdido para siempre, la vida fastuosa de la Corte se le hizo insoportable, y queriendo renunciar a los honores y a la riqueza por una vida completamente alejada y tranquila, se puso de acuerdo con su hermano Juan su heredero, para esparcir entre el pueblo el rumor de su muerte trájica y repentina; de esa suerte en vez de volcarse el coche en los desfiladeros del Tirol, lo conducia al convento a donde iba a buscar un refujio para el resto de sus dias.

No faltará probablemente otras versiones de la muerte o de la desaparicion de Federico Augusto II; pero estas son las que han llegado a mis oidos. La muerte en el Tirol debe de ser la única efectiva, porque tan improbable es hoi que se encarcele secretamente un rei entre las murallas de una prision o convento, como que él mismo por "desengaños de amor" renuncie a su trono y demas prerogativas en el mundo para encerrarse en una prision perpétua; y en ámbos casos conservar por tantos años ese secreto, o que no se haya averiguado positivamente, mas que improbable parece imposible.

A continuacion del rei desaparecido está el rei Juan, y con él se entra a los dominios de la historia verdaderamente contemporánea, de nuestra propia jeneracion, a los acontecimientos importantes que todos conocemos, y cuya síntesis es la dominacion absoluta de la Prusia por intermedio de Bismark en Alemania, y no ménos talvez la dominacion de Alemania en el Continente europeo.

Juan reinaba mui tranquilamente en su pueblo, que si pequeño en tamaño puede vanagloriarse de haber estado siempre en primera línea en todos los ramos del progreso y de la civilizacion; reinaba mui tranquilo, pero parece que el destino ha condenado a Sajonia a ser el eterno teatro de las querellas de los demás pueblos, y a sufrir las consecuencias desastrosas de sus luchas. Las guerras de los Husitas, la de los paisanos, la de treinta años, las de Cárlos XII, las de Federico II, las campañas napoleónicas, todas la habian destrozado, y muchas veces solo por su posicion intermedia entre los paises belijerantes. Esto mismo sucedióle de nuevo el año 1866, cuando estallaron por fin las animosidades de Prusia y Austria para decidirse la supremacía entre las naciones jermánicas, despues

de la conquista de los ducados daneses tan injusta como sin gloria.

La Prusia sentíase demasiado fuerte para ocupar el segundo lugar en la Confederacion; el de Austria habia llegado a ser demasiado poco alemana para ocupar el primero. Desligóse aquella de la gran liga de naciones hermanas, y vino la guerra. Sajonia, entre las dos, debía tomar un partido: permaneció constante al Austria, y tuvo que sufrir las consecuencias. En pocos dias estaba invadido su territorio, tomadas sus ciudades, y el pequeño ejército, al mando del Príncipe Alberto, hoi rei, impotente para resistir a las terribles fuerzas prusianas, debia retirarse a Bohemia para llevar su continjente a los austriacos.

Unos y otros fueron en Königgätz completamente deshechos, porque los prusianos fueron invencibles en la guerra de siete semanas de Guillermo contra Francisco José, así como habian sido en la de siete años, de Federico II contra María Teresa. Sajonia tuvo entónces que entrar a la Confederacion de Alemania del Norte, que fué la precursora del imperio. Es de creer que por mala inspiracion haya siempre elejido Sajonia las alianzas que iban a acarrearle desgracia, porque hasta ahora nunca ha acertado a colocarse en el lado seguro; es posible, sin embargo, que en la esperiencia recibida no vuelva a tomar las armas contra Prusia para favorecer al Austria, que tiene sobre sí una mala suerte señalada.

El rei Juan no era soldado sino un verdadero sabio, en las campañas sus hijos Alberto y Jorje mandaban las tropas sajonas; él escribia, miéntras tanto, obras que la han colocado entre los hombres de pluma mas distinguidos de Alemania.

Alberto y Jorje, el primero como rei, y el segundo como heredero y comandante en jefe del ejército, o en las dos últimas figuras que terminan la procesion de los soberanos, pero ellos no pertenecen todavía a la historia porque viven, y los vemos todos los dias en las calles de Dresden, en los paseos o en los espectáculos. Hé allí 800 años de la vida de una nacion representada en la vida de sus príncipes; 800 años de una familia que desde el margrave Conrado de Wettin hasta el rei Alberto ha venido sueediéndose en el dominio apesar de todas las contiendas

entre sí y las guerras con el estranjero. ¡Cuántos acontecimientos importantes para la vieja Europa nos recuerdan las pinturas de esa murallas que todo sajon debe mirar con interés y aun con orgullo!

Alberto es a la vista un rei simpático; su figura es noble y distinguida, lo que no sucede siempre entre los reyes, aunque ella parece ser cualidad indispensable, así como la belleza en las reinas; y no le falta gallardía con sus 58 años; es más bien sencillo que fastuoso, y creo que entre su pueblo es universalmente querido y respetado, porque tiene tan buenas prendas como hombre que como Soberano. Como casi todos los príncipes alemanes, desde el emperador para abajo, viste siempre el uniforme sencillo de los oficiales, y él puede llevarlo con motivo porque se ha distinguido en muchas batallas, no solo en la guerra con Prusia, sino principalmente en la última campaña contra Francia, en la que figuró como uno de los primeros jenerales.

A diferencia del rei de Baviera éste conserva siempre aun buenas relaciones con la corte de Berlin y el emperador Guillermo, habiéndose hecho ámbos muchas visitas. La reyna Carola, su esposa, es princesa sueca de la antigua familia de los Wasa, desposeída del trono desde Bernardotte, pero que dió a su pais tantos héroes notabilísimos, Gustavo Wasa, el fundador de la dinastía, que con Gustavo Adolfo fué el gran baluarte de la reforma en todo el norte, y Cárlos XII, el mas novelesco de los reyes.

Carola pudo haber sido emperatriz de los franceses, por que Napoleon III quiso casarse con ella; pero no le tentó el brillante partido, por lo cual no habrá tenido que arrepentirse. Si preveía los trastornos políticos fué una mujer mui hábil y previsora; si se negó por no contrariar las inclinaciones de su corazon muy cuerda, y digna entre las princesas, que tantas veces al contraer los lazos se sacrifican para siempre. Sea como fuere elijió una corona mas lijera para sus sienes, y gracias a su poca ambicion logrará llevarla tanto como dure su vida.

La pareja real no ha tenido hijos, y no los tendrán porque ya hace tiempo celebraron las bodas de plata. Vive en relacion íntima con el príncipe Jorje y su familia, y no deslumbra a los habitantes de Dresden por el lujo ni por

la ostentacion; eso seguramente los hará mas simpáticos. La residencia en el Castillo de la ciudad es mui corta, reduciéndose solo a los meses de invierno en que tienen lugar las recepciones oficiales, pero una gran parte del año residen en una "villa" mui sencilla a cortísima distancia de la capital, y todos los dias puede encontrárseles en ella. El resto en los otros castillos, o en los viajes, que siempre ocupan mucho tiempo a todos los reyes y príncipes, sobre todo por las partidas de caza a que recíprocamente se invitan, y en que todos parecen tomar un vital interes.

Estos reyes son talvez mas felices que otros mas poderosos; tienen las riquezas como ellos (la renta que el rei recibe del Estado, fuera de su propio patrimonio es de 2.800,000 marcos) y mas que ellos la libertad. Pueden salir a donde ellos les place sin necesidad de escoltas, ni de temer a cada rato el estallido de una bomba o la esplosion de la dinamita; por esto se les ve con la mayor sencillez en la ópera, en los conciertos, donde he estado diez veces por lo ménos a corta distancia de ellos, y aun en las tiendas de la ciudad. Todos los domingos se presentan tambien en las tribunas de la Iglesia Católica, desde donde oyen misa y los largos sermones de sus capellanes.

La sencillez de la reina para vestirse, cuando se presenta al público, llega a ser exesiva; dicen quo es mui económica en todos los asuntos domésticos y que sabe hacer el papel de una dueña de casa arreglada; pero la economía no podrá llegar hasta el vestido. En la ópera, miéntras el palco de gala estaba lleno con los señores y demás de la corte he visto a los reyes sentados en el palco pequeño sin compañía alguna, y el traje de la reina mas parecia de mañana que apropósito para presentarse en el gran teatro.

En estos mismos dias ha habido cerca de la casa que habito un bazar de caridad organizado por los señores más distinguidos de la aristocracia, y bajo la proteccion de la reina Carola. Una noche, pasada ya la hora en que el bazar estaba abierto al público, ocurriósele a ésta visitarlo, y acompañada de una sola dama, dejó su carruaje y tocó a la puerta de la casa en que el bazar estaba instalado. Al salir la portera espresó la reina sus deseos, pero aquella con cierta impolítica hízole saber que ya era demasiado tar-

de para permitir la entrada, y que bien podría volver al dia siguiente. No insistió mas la reina, sino que saliendo mui tranquila después del rechazo tomó de nuevo el carruaje que la esperaba en la calle para volverse al castillo. Al dia siguiente temprano un ayudante del rei ponía en conocimiento del directorio del basar lo ocurrido, con una fuerte reprimenda por el descuido que tan agraviante había sido para la soberana. Naturalmente la falta recayó sobre la portera, y cuando se la echaron en cara, la mujer, que sería de malas pulgas, esclamó: "Si la reina quiere que la reconozcan bien podría vestirse siquiera como una señora!" En la oscuridad y en esa figura mas que sencilla no se le habría ocurrido tener delante de sí a una señora tan alta. Aunque el dicho haya llegado a noticias de la reina no creo que despues del pesado chasco haya hecho venir modelos de Paris ni aumentado un poco la elegancia de los vestidos.

Los reyes suelen a veces sufrir chascos cuando no los conocen, y ello es natural puesto que su figura nada tiene de estraordinario, ni llevan marcado en la frente el signo del cetro o de la corona. Recuerdo apropósito de ello, algo que le pasó al rei de España en su último viaje a Viena, poco ántes del cortés recibimiento que los galantes parisienses le brindaron en sus boulevares. Habiendo hecho una parte de su educacion en el notable colejio "Theretianum," de la capital austriaca, quiso volver a ver a uno de sus mas antiguos y queridos maestros, y para hacer esta visita lo mas amigable y sensilla marchó un dia solo a la casa de aquel sin hacerse siquiera anunciar de antemano. Llegado á la modesta habitacion de un piso segundo, salió al ruido de la campanilla una mujer desarreglada y puerca, que no era otra que la cocinera.

—"¿El señor profesor estará en casa?" preguntó el rei.

—"Sí, está pero en la mesa, y a esta hora no recibe visitas; tenga Ud. la bondad de volver mas tarde."

—"Sin embargo, creo que a mí me recibiría si supiera que estaba aquí, repuso Alfonso, apesar de que la hora es inoportuna para visitarle. Prevéngale Ud. que un señor español desea verle."

—"Es imposible, ya he dicho a Ud. que puede volver

mas tarde u otro dia; mi amo no recibe jamas durante la comida; no insista Ud. porque es inútil."

Ya le iba a dar con la puerta en las narices cuando el rei para proseguir la broma que no le disgustaba, volvió a insistir con la criada, pidiéndole que al ménos le permitiera un pedazo de papel y lápiz para escribirle unas líneas que necesitaba con urjencia. Consintió en esto la cocinera, y haciéndole entrar le condujo a la cocina por estar más a mano y ser de su dominio, y puso allí a disposicion del rei los útiles que le había pedido. Sobre la mas sucia de las mesas que Alfonso habrá tocado en su vida sentóse a escribir, y curiosa de averiguar el contenido, la mujer trataba de leer por encima de sus espaldas; lo cual observando aquél firmó con enormes letras: "Rey de España." Hasta entónces la cocinera había estado mui altiva con el desconocido, pero al descubrir quien era no tuvo límites su confusion y su pesadumbre. Echóse a sus plantas pidiendo perdon de la falta de respeto, del recibimiento indigno que le había dado, y suplicándole, sobretodo, no refiriera a su amo lo sucedido, porque de seguro habría de despedirla. El rei, que es un "bon garçon," había pasado un rato entretenido, y disipó todos los temores de la criada, que sin resistirse mas lo introdujo al comedor de su amo con las mayores cortesías. Este naturalmente quebrantó su regla de las visitas, porque nunca recibió una que le llenara de mas orgullo ni satisfaccion.

La Emperatriz de Austria hacía un viaje de placer en las costas del Adriático, en los alrededores de Trieste y de la península de Istria, uno de aquellos períodos de movimiento que a menudo necesita darse la mas activa de las soberanas, la mas amazona de las mujeres. Quiso visitar un dia, acompañada de una princesa y otra dama, la pequeña iglesia de una de las aldeas italianas de Istria, y precisamente, al llegar a ella estaba parado en la puerta el pobre clérigo que servía de capellan.

Este que tenía en la mano las llaves no se negó a introducir a las señoras a su iglesia, pero sin darse el trabajo de acompañarlas quedó otra vez a la puerta. No dejaba de tener, sin embargo, alguna curiosidad de saber quienes eran ellas, y tan pronto como la princesa hubo salido, porque fué la primera que dejó la iglesia, preguntóle el cape-

llan:—"Las señoras son estranjeras, no es verdad?"—"Sí, somos de la córte," replicó ella;—"Entónces Ud. debe conocer a la Emperatriz; algunos dicen que es mui hermosa." —En esos momentos la Emperatriz que salía de la iglesia alcansó a oir la frase del clérigo, y avanzándose a la contestacion de la princesa le dijo:—"Nada mas fácil que verla, y convencerse por sí mismo de si es o nó hermosa."—"Sin embargo, repuso el capellan mui tranquilo, dicen que es mui difícil conseguir la entrada al castillo de Miramar que ella habita, y solo lo pueden hacer los grandes personajes."—La Emperatriz se habia divertido con la escena, y queriendo ya partir pasó al clérigo una moneda de limosna. Talvez ello no le pareció bien, y al recibirla, dijo:—"Creo que las señoras no se han dado cuenta de quién yo soi, y que me desconocen." La Emperatriz entónces, que parece lista en sus contestaciones, repuso: "Si Ud. no se da cuenta de quien *yo* soi, y me desconoce, bien puede escusarse el que yo a mi vez pueda desconocer a Ud."—Con esto se marcharon las damas, y el humilde capellan no alcanzó a darse cuenta de estas palabras hasta que supo con quién había tenido lugar su pequeña aventura. En ellas se regocijan de ordinario los reyes, sea confundiendo a las pobres jentes, o colocándose en esa posicion infinitamente mas alta que los demas mortales en que les ha colocado la farsa del mundo, desde donde a veces descienden para comunicarse con aquellos. Pero difícilmente se contará otro ejemplo en que una reina haya quedado tan mal como Carola despues de su visita al bazar.

RAFAEL ERRÁZURIZ U.

A MERCEDES

Huye lejos de mí; por un instante
Amor, déjame solo;
Deja que goce y cante.....
Y entonen ya las cuerdas de mi lira
Los alegres acentos
Que disipan pesares y tormentos.

¿Por qué me aflijes tanto,
Amor, y me entristeces,
Y lloroso levanto
A los cielos un lúgubre jemido
Del alma desprendido?
Hoy, deja que tranquilo

Llegue el placer a mi alma
Y llena de contento
Goce de una apacible y dulce calma;
Deja por un momento
Separarme del mundo,
Porque mirando el claro azul del cielo
Encuentro mi consuelo.....

No me atormentes mas, déjame solo,
Amor; por un instante
Deja que goce y cante!

A. D'ALAER.

FIN DEL TOMO V.

INDICE DEL TOMO V.

ENTREGA DE NOVIEMBRE 15 DE 1885

Págs.

La redacción—Procuremos fijar el rumbo..... 6
José Roehner—Origen del arte religioso en Grecia..... 15
N. Tondreau—Yungas (poesía)..... 28
Ramón R. Rozas—El embajador chileno en España en 1888..... 32
Raimundo Salas—El sueño de un niño..... 45
Carlos Morla Vicuña—Tomás Becket ó la Iglesia y el Estado (poema dramático. Acto segundo)..... 57
Jorge Huneeus Gana—Lo que ella cantaba..... 72
Vicente Aguirre Vargas—Revista Literaria..... 92

ENTREGA DE DICIEMBRE 1º DE 1885

La Redacción—El mal de la absorción..... 95
Enrique Nercasseau M.—Dos novelas y dos novelistas..... 102
Manuel del Palacio—Felicidad (poesía)..... 115
G. Resé-Moreno—Anales de la prensa boliviana (conclusión)..... 116
Carlos Morla Vicuña—Tomás Becket ó la Iglesia y el Estado (poema dramático. Acto tercero)..... 135
Pedro N. Albornoz—Estudios ortológicos y ortográficos..... 152

ENTREGA DE DICIEMBRE 15 DE 1885

La Redacción—Conviene que estudiemos..... 165
Alejandro Silva de la Fuente—Una autobiografía..... 176
Ricardo Palma—"Ernesto" Cuadro social (Crítica)..... 183
Julio S. Hernández—Respuesta (A Ricardo Palma)..... 185
José María Díaz—Análisis Ideológica..... 192
Carlos Morla Vicuña—Tomás Becket ó la Iglesia y el Estado (poema dramático. Acto cuarto)..... 217
Javier Larraín Irarrázaval—Una Golondrina..... 228
R. Villalobos—Tesoro inmortal..... 232

ENTREGA DE ENERO 1º DE 1886

Págs.

Rafael Errázuriz U.—A propósito del Salón de 1885 233
Manuel Blanco Cuartín —A bordo del sepulcro (poesía) 242
Ricardo Palma—De como un príncipe fué alcalde en el Perú 246
Manuel del Palacio—Al partir, Madrigal (poesías) 252
M. Molina—Relaciones literarias entre los pueblos latinos-americanos. 253
Carlos Morla Vicuña—Tomás Becket ó la Iglesia y el Estado (poema dramático. Acto quinto) 269
Lorenzo Montt—Primavera fugaz 291

ENTREGA DE ENERO 15 DE 1886

Luis Salinas Vega—Estadistas bolivianos, don Mariano Baptista 297
Eduardo Calvo—Dichosa edad (poesía) 323
Jorge Huneeus G Besarse y morir 327
Daniel Calvo—Adolfo Ballivián (poesía) 332
S. E. S.—Reflecciones sobre la independencia de América 337
Rafael Errázuriz U.—Apuntes de viaje. (Dresden) (concluirá) 345
Rómulo Ahumada M.—Revista de revistas 357

ENTREGA DE FEBRERO 1º DE 1886.

G. René-Moreno—Benjamín Vicuña Mackenna 369
Arcesio Escobar—Gabriela (poesía) 376
P. Duval—El catolicismo en los Estados Unidos 391
Lorenzo Montt—En las selvas 410
Jacob Larraín—Enseñanza de la Geografía 424
Carlos Encina Canto al arte (poesía) 432
Rómulo Ahumada M.—Revista de revistas (continuación) 439

ENTREGA DE FEBRERO 15 DE 1886

Eduardo Lira—Últimos momentos de don Benjamín Vicuña Mackenna 449
A. L. B.—Lía (leyenda bíblica) 455
Ricardo Gutiérrez—El Misionero (poesía) 459
Sansón Carrasco—La Biblioteca del general Mitre 463
Salvador Smith—Los novios de mi prima 459
G. René-Moreno—Expediciones é invasiones 484
Daniel Calvo—Adelante (poesía) 490
Guillermo Puelma Tupper—La escuela chilena de pintura 495
Rafael Errázuriz U. Apuntes de viaje 514
A d'Alaer—A Mercedes (poesía) 535

SERIAL